ITALIA-ESPAÑA

GUÁRDESE COMO

JOYA PRECIOSA

EX-LIBRIS

M. A. BUCHANAN

PRESENTED TO

THE LIBRARY

BY

PROFESSOR MILTON A. BUCHANAN

OF THE

DEPARTMENT OF ITALIAN AND SPANISH

1906-1946

FEA Y CON GRACIA

Esta obra es propiedad de sus autores, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

Los autores se reservan el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

SERAFÍN Y JOAQUÍN ÁLVAREZ QUINTERO

Fea y con gracia

ENTREMÉS

CON MÚSICA DEL MAESTRO

JOAQUÍN TURINA

SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑ
PROPIEDAD
MADRID

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Núñez de Balboa, 12

1905

LS
A4138
1899

[Serafín y Joaquín ...
Teatro. 3.]

FEA Y CON GRACIA

ENTREMÉS

DE

SERAFÍN Y JOAQUÍN ÁLVAREZ QUINTERO

con música del maestro

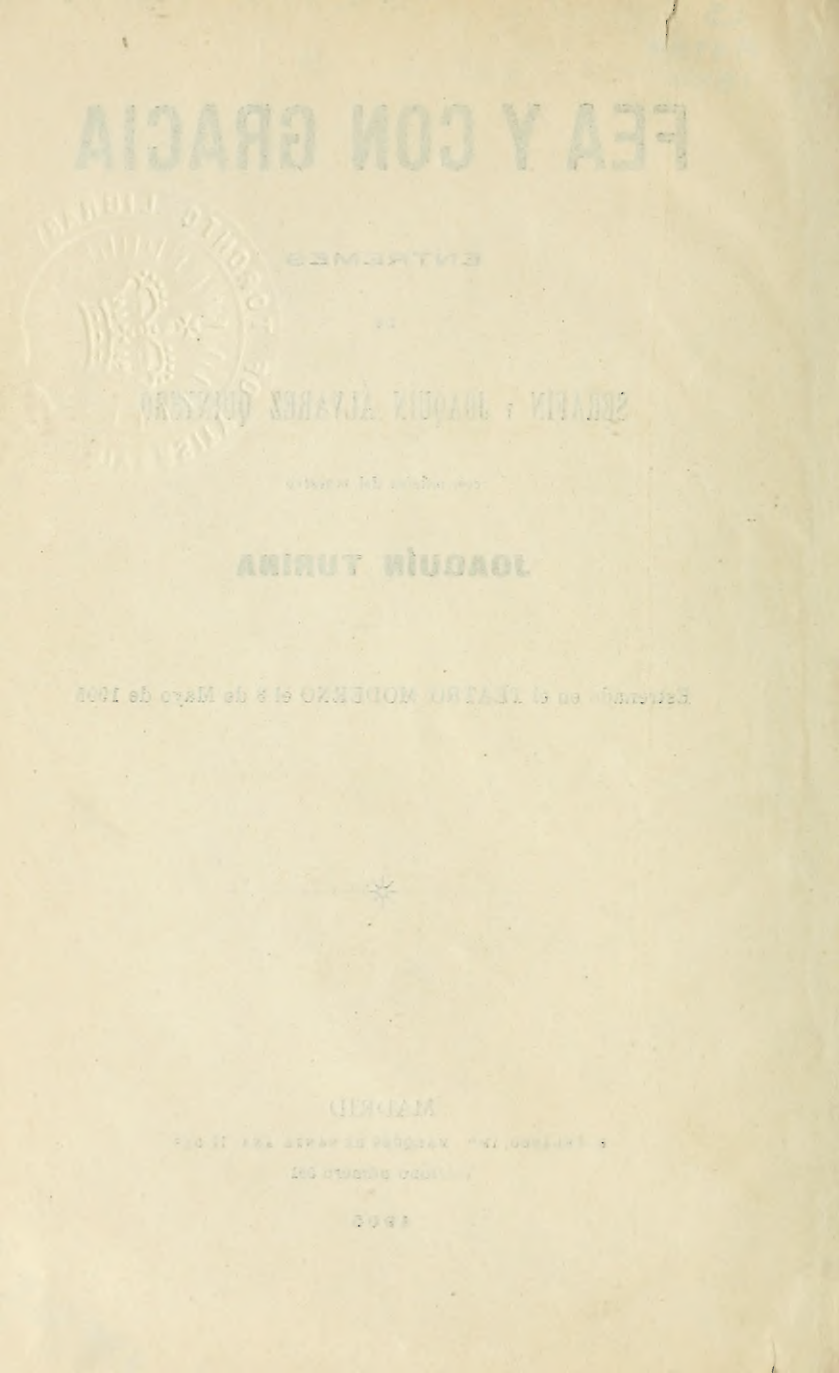
JOAQUÍN TURINA

Estrenado en el TEATRO MODERNO el 3 de Mayo de 1905

MADRID
E. VELASCO, IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP
Teléfono número 551

1905

458828/47
3



A Loreto Prado

prodigio de intuición artística, de talento y de gracia.

Los Autores.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
PEPILLA LA FEA	SRTA. PRADO.
CARMEN LA BONITA	FRANCO.
LEONOR	LÓPEZ.
REMEDIOS	MARTÍN.
ASUNCIÓN	N. N.
MARÍA	N. N
FERNANDO	SR. CHICOTE.
MANOLO	SOLER.
JUAN	LLANEZA.
CHIRIBITAS	CASTRO.
ISIDORO	PONZANO.
JOSÉ MARÍA	JARILLO.

FEA Y CON GRACIA

Habitación en casa de José María, en Sevilla. Una puerta al foro y una ventana enrejada á la izquierda del actor. Muebles modestos. Es de noche. Luces de petróleo.

ESCENA PRIMERA

CARMEN LA BONITA, LEONOR, REMEDIOS, JUAN, MANOLO y CHIRIBITAS; luego JOSÉ MARÍA

(Todos los personajes visten á lo popular y están de fiesta. Al levantarse el telón, Leonor canta un tango. Remedios, al final, lo baila.)

Música

LEONOR Macarenita de mala suerte,
no hay ningún hombre que varga un cuarto,
ni se merese ninguno de eyos
que tus ojitos abrase er yanto.
No yores porque se ha ido:
pídele á Dios si no güerve,
que le nazcan en la cama
peinesiyos de arfileres.
Contigo
me voy ar moro, serrano,
si tú te vienes conmigo.

—

JUAN (Arrancándose espontáneamente.)
Morena,
sólo con que tú me mires
no hay pa mí en er mundo pena.

—

(Siguen todos el compás con las palmas, y acaba Remedios de bailar entre ¡oles! y gritos de entusiasmo. Cesa la música.)

—

CHIR. ¡Ole, ole!
MAN. ¡Baila usté mejó que mi caye!
JUAN ¡Hombre, qué salía!
MAN. Usté no sabe cómo baila mi caye los sábados. (Llamando á José María, que cruza por el foro.) ¡Pepe!
J. MAR. (Asomándose á la puerta.) Me yamo. ¿Qué? ¿Nos divertimos?
MAN. Bautiso como este no lo ha habío nunca.
J. MAR. ¡Como que en ca habitasión tengo una fiesta!
MAN. ¡Ajolá le nazca á usté un niño toas las semanas!
J. MAR. ¡Hombre, no!
MAN. ¡Aunque no sea de ust ! ¡Si es pa que se repita er bautiso!
J. MAR. De toas maneras. No gastá esas bromas. Hasta luego.
MAN. Adiós.

ESCENA II

DICHOS, menos JOSE MARÍA

LEONOR Vamos á vé: que no nos enfriemos. ¿Usté, Carmelita, no canta?
CAR. (Que es tan sosa como bonita.) ¿Y yo que ví á cantá?
LEONOR Malagueñas, tangos, soleares...
JUAN ¡Lo que usté sepa!
CAR. ¿Y yo que ví á sabé?
LEONOR Pos si no sabe usté cantá, baile usté argo; que no fartará quien la acompañe.
CAR. ¿Y yo que ví á bailá?

LEONOR Lo que haya usté bailao otras veses. Y si no, toque usté. La cuestión es animá esto.

CAR. ¿Y yo que ví á tocá?

MAN. Toque usté cuarquier cosa que le guste.

CAR. ¿Y á mí qué va á gustarme?

LEONOR Ah, ¿no?

CAR. Si yo soy mu sosa.

LEONOR Ya lo estamos viendo. (Reparando en Pepilla, que pasa por el foro, y levantándose á llamarla.) ¡Pepiya! ¡Pepiya!

JUAN ¿Quién es, la Fea?

LEONOR Sí.

MAN. Tráela.

LEONOR Esa sí que tiene salero. (Se va por el foro llamándola.) ¡Pepiya!

ESCENA III

DICHOS, menos LEONOR; después LEONOR y PEPILLA

MAN. A mí es una mujé que me hase reí. (Asomándose á la puerta.) Pepiya, ven acá; que tos somos amigos.

REM. Verdá que sí: pocos, pero bien aveníos.

JUAN Aquí ar lao no se pué pará: yo he tenío que salirme. Se han metío tres patosos echándoselas de que están sembraos, que no hay quién los resista.

PEP. (Por el foro, con Leonor. Es de un feo gracioso.) Que coste que canto las soleares—güenas noches—si la guitarra está ya templá.

MAN. ¿Pos no va a está templá?

JUAN ¡Y esperándote!

PEP. Lo digo porque en er patio hay un tocaó que ya ha echao dos canas templando. Yo se las he visto salí.

LEONOR Aquí nos lo encontramos to hecho. Siéntate.

PEP. Ya está.

LEONOR A vé esas soleares.

MAN. Pero canta las tuyas, ¿eh?

PEP. Claro. Pa argo son mías. Anda tú también, Juaniyo; que se arme tiroteo. Vamos ayá.

Música

JUAN — La mare que te parió
se merese que la veas
puesta en el artá mayó.

CHIR. — ¡Ole! ¿E-te?... (Silba en son de elogio.)

PEP. — (Cantando con mucho sentimiento los dos primeros versos nada más, y rematando luego la copla con una salida de tono, hablada.)
En er sementerio entré
dando voses como loca...
y me dijo er sepurturero: á la caye ahora mismo, que esto no es ningún café cantante. (Risas.)

REM. — ¡Ay, qué güeno!

JUAN — ¡Miste que la ocurrensia!

MAN. — ¡Es mucha Pepiya!

LEONOR — Y que lo saca de su cabesa, no de ningún libro.

JUAN — Venga grasia para mí:
la grasia manda en er mundo;
la grasia no tiene fin.

CHIR. — ¡Bien por mi tocayo! ¿Este?... (Vuelve á silbar.)

PEP. — Er pobresito e mi pare
es un viejo esgrasiaíto...
que se emborracha tos los lunes, porque es sapatero, ¡y nos pega ca palisa á mi mare y á mi!...
(Nuevas risas.)

JUAN — ¡Grasiosa!

MAN. — Es cosa e comprá á esta mujé.

CAR. — (Riéndose desentonadamente.) ¡Ja, ja, ja!

PEP. — ¿Qué ha sio?

CAR. — Na: yo.

PEP. — Ah.

JUAN — Vente conmigo, morena,
que te pagaré en cariño
lo que farte en la alasena.

CHIR. — ¡Ole!

PEP. — (Remedándolo.) ¿Este?... (Silba.)

CHIR. — Anda tú, simpática.

LEONOR — Anda tú.

PEP. — Dile ar sacristán que doble,
que ponga cortinas negras...

y ya verás tú cómo no te hase caso, porque el hombre no está pa lo que ca uno quiea mandarle. (Se repiten las risas.) Ea, ahora escuchá una en serio, y se acabó lo que se daba.

Solo porque me quisieras,
quisiera sé más bonita
que las rosas tempraneras.

(Palmas, oles y gritos de alegría. Cesa la música.)

—

MAN. Anímate tú, Chiribitas.

CHIR. Yo estoy ya borrao. No me quean más que orejas pa oí.

PEP. ¿Sabeis quién canta como un griyo reá?

LEONOR ¿Quién?

PEP. Ese larguirucho que tiene en la nariz una quemaura.

REM. ¿Ese tan feo?

PEP. Ese mismo. ¿Por qué no vais por é?

CHIR. Yo lo conozco.

PEP. Pos anda.

CHIR. (A Manolo.) Acompáñame tú.

MAN. Echa pa alante ya. Ar momento gorvemos. (Se van los dos.)

LEONOR (A Remedios.) ¿Vamos nosotras por tu hermana y por Asunsión, pa bailá unas seviyanas las cuatro?

PEP. Bien pensao. No dejarlo pa luego.

REM. Por mí que no quede.

LEONOR Andandito. (Se van también las dos.)

JUAN Con eso me dais tiempo á mí pa que tome otra copa dos cuartos mas ayá; que yevo veintitrés... y me cargan los nones. (Vase.)

ESCENA IV

PEPILLA LA FEA y CARMEN LA BONITA

PEP. Ni yo conozco ar larguirucho, ni sé cómo canta, ni me importa saberlo, ¿se entera usté? Lo que yo quería era que me dejaran tranquila un rato. (Se sienta.)

CAR. ¡Ja!

PEP. Crea usté que ya no tengo cuerpo esta noche. He cantao más que una sigarra.

CAR. ¡Ja!

PEP. ¡Jesús, qué baruyo! Y to, porque ha nasío un niño que paese una nuez.

CAR. ¡Ja!

PEP. Como no se enmiende en er desarroyo, lo cascan pa postre.

CAR. ¡Ja!

PEP. (Pero, ¿esto es una mujé ó es un pájaro?) (Pausa.)

CAR. ¿Ha visto usté qué caló hase?

PEP. (Remedándola.) ¡Ja! ¿Quié usté mi abanico?

CAR. Grasias: tengo yo uno. (Se levanta.) Místelo. Estaba sentá ensima de é.

PEP. Ah, vamos... Se conose... Yo er caló lo tengo en la cara.

CAR. ¡Ja!

PEP. ¡Ja! (Se abanican las dos.)

ESCENA V

DICHOS, FERNANDO é ISIDORO

(Aparecen los dos en la puerta, algo alegrillos, y se detienen en ella disputando.)

FER. Aquí hay golondrinas. Te digo yo á tí que saco novia en er bautiso.

ISID. ¡Qué pesao te pones en cuanto lo pruebas!

FER. No tengo otra cosa que hasé, y saco novia en er bautiso.

ISID. ¡Te pones argo pesao en cuanto lo pruebas!

FER. ¡Si casi no he bebío tres copas, hombre! ¡Pero saco novia en er bautiso!

ISID. ¡Miá que te pones pesao en cuanto lo pruebas!

FER. ¡Güeno, pos déjame en paz, si no quiés aguantarme! ¡Yo saco novia en er bautiso!

ISID. ¡Y yo te dejo! ¡Pero te pones mu pesao en cuanto lo pruebas! (Se va.)

FER. ¡Adiós, pluma!... Es simpático, y güen amigo... y sabe gastarse sinco duros... ¡pero se pone mu pesao en cuanto lo prueba!

ESCENA VI

PEPILLA LA FEA, CARMEN LA BONITA y FERNANDO

FER. (Fijándose en las dos muchachas, que están sentadas de espaldas á la puerta, una á la derecha del actor y á la izquierda otra.) Pué que esté aqui mi suerte... ¡Porque yo saco novia en er bautiso! ¿Con cuar me encaro de las dos?... Sin sabe por qué, así por la esparda, paese que tira más esta de la derecha... Vamos ayá... (Saludando á Pepilla.) Güenas noches, niña.

PEP. (Volviendo la cara.) Güenas noches.

FER. (Separándose, desagradablemente sorprendido.) (¡Camará qué susto!... ¡Jesús!)

PEP. (Por er sarto que ha dao le he debío de paresé una miniatura.)

FER. (El eferto del amoniaco me ha hecho... Vamos á ve la otra.) (Se vuelve hacia ella y se queda encantado mirándola.) (¡Ole! Mentira paese que en un parmo e terreno haya una arcachofa y un clavé. ¡Vaya colores, vaya ojos, vaya boca, vaya hechuras, vaya!... ¡Vaya, hombre, vaya! ¡Que saco novia en er bautiso!) (Se dirige á Carmen.) Niña, por una de esas casualidades que se dan, ¿es usté la que se ha caío der sielo hoy por la mañana?

CAR. Ay, ¿der sielo?

FER. Pos si no es der sielo, ¿de dónde se ha podío usté caé con esa cara tan presiosa?...

PEP. (Eya de un nío y tú de otro.) (Observa la escena con maliciosa burla y gozándose en el chasco de Fernando.)

FER. ¿Con esa cara, que es er luserito e la tarde?

CAR. Se ha fijao usté en la cara.

FER. Naturá: en cuanto la he visto.

CAR. Ay, en cuanto la ha visto.

PEP. (¡Con qué grasia le ha contestao!)

FER. ¿Está usté triste?

CAR. Ay, yo triste.

FER. Eso pregunto; que si está usté triste.

CAR. Ay, que si estoy triste.

FER. Sí. Me había querío paresé que andaba usté preocupaíya.

CAR. Ay, preocupaíya.

FER. ¿Qué? ¿No anda usté preocupaíya?

CAR. Ay, preocupaíya.

PEP. (¡Sopas de macarrones vas á sudá!)

FER. O será que yo no sé leé en unos ojos tan bonitos.

CAR. Se ha fijao usté en los ojos.

FER. O que esa boca de corá no quié desirme á mí lo que sabe.

CAR. Se ha fijao usté en la boca.

FER. En la boca, que cuando se ríe, enseña dos hileras e dientes como pa dejarse mordé.

CAR. Se ha fijao usté en los dientes.

(Pepilla se esfuerza en aguantar la risa. Fernando la mira mosqueado. Pausa. Pepilla desahoga la risa tras el abanico. Fernando vuelve á mirarla.)

FER. (Rompiendo á sudar.) ¿Usté es de este barrio, paloma?

CAR. Ay, paloma.

FER. ¿Es usté de este barrio?

CAR. Sí.

FER. Ya desía yo... ¿A que se yama usté Consuelo?

CAR. No.

FER. ¿Cómo se yama usté entonses, si pué saberse?

CAR. Carmen.

FER. ¡Carmen! Er nombre más bonito.

CAR. Se ha fijao usté en er nombre.

FER. Me he fijao en er nombre... me he fijao en er nombre... (Sopla sofocado.) Hase caló...

CAR. Hase caló... (Pausa.)

PEP. (Lo que es ya, como no le ofrezcas un puro...)

(Nueva pausa. Carmen está en Babia. Fernando suda, y mira á la otra que ríe nerviosamente queriendo en vano reprimirse.)

CAR. (Levantándose.) Ay, yo ví á bebé una poquiya e agua.

FER Mejó será que tome usté una gaseosa.

CAR. Ay, una gaseosa. (Se va.)

FER. Sienta mu bien pa la asaura. ¡Vayan con Dios las salinas e Cádiz! ¡Caray con la niña!

ESCENA VII

PEPILLA LA FEA y FERNANDO

FER (A Pepilla, que se ríe de él con no bastante disimulo.) ¿Quié usté haserme er favó de no reirse tanto?

PEP. (Imitando á la otra.) Se ha fijao usté en la risa.

FER Ah, ¿pero es *pitorreo?*

PEP. (Lo mismo.) Ay, *pitorreo.*

FER. (Dispuesto á marcharse para cortar la burla.) Vaya, niña, que usté se alivie.

PEP. Cuidao con ese clavo, que to er mundo tropiesa en é.

FER. (Deteniéndose en la misma puerta y mirando al suelo.) ¿Qué clavo?

PEP. (Con sorna.) Me he confundío. Es en la habitasión de junto.

FER (Un tanto corrido y picado por el «camelo,» que, sin perdón, así se llama.) ¡Güeno está, hombre, güeno está!... Se ha querío usté divertí conmigo.

PEP. Sí, señó.

FER. Pos na más que por eso ya no me voy de aquí.

PEP. Me iré yo entonses. (Se levanta.)

FER. ¿Por qué?

PEP. Porque á la fuersa no quieo yo que esté nadie á mi lao. Y usté, por su voluntá, ya tomaba er portante.

FER. Es que también me queo por mi voluntá.

PEP. Si to ha sío una broma. Me voy, porque es tarde pa mí, y me estarán esperando en mi casa. (Señalando á la pared á que dé la espalda Fernando.) Son ya las dose y media.

FER. ¿Las dose y media? (Volviéndose y buscando inutilmente el reloj.) ¿Dónde está er reló?

PEP. En el Ayuntamiento.

FER. (Tragando saliva.) ¿Ah, sí?... ¿Otro gorpesito?

PEP. Otro. La vía hay que pasarla á tragos.

FER. Güeno, pos no se vaya usté.

PEP. ¿Y no le dará á usté mieo de verse aquí tan solo conmigo?

FER. Quisá no me dé mieo.

PEP. Soy tan fea, que asusto. A usté lo asusté cuando entró.

FER. ¿A mí?

PEP. A usté. ¡Pegó usté un respingo!... Y, la verdá, yo no escogí esta cara... Le salió asín á mi papá, y no era cosa de reñirle luego.

FER. (Riéndose.) Grasia sí tiene usté.

PEP. To no iba á fartarme. Las cosas güenas están más repartías de lo que parese.

FER. Verdá que sí, niña.

PEP. (Suspirando.) ¡Ay!... (Se sienta y se abanica. Pausa.)

FER. ¿Me deja usté que me siente á su lao?

PEP. Sí, señó; pero coja usté otra siya, que esa está rota.

FER. ¡Vamos ayá!... ¿Quié usté darme er terser gorpesito?... Tonto soy, pero tres veses no me caigo. (Se sienta en la silla indicada por Pepilla la Fea que, efectivamente, está rota, y da en el suelo con su cuerpo.) ¡Ay!

PEP. (Riéndose.) ¿No le dije á usté que cogiera otra siya?

FER. ¡Como se está usté divirtiendo conmigo desde que yegué!..

PEP. Y lo que quea.

FER. (Sentándose á su lado en otra silla, después de probarla.) ¿Quea mucho?

PEP. Hasta que usté se cause. Es la vengansa que yo tomo. Me río de to er mundo ¿No ve usté que to er mundo se ríe de mí por la cara que tengo?

FER. Por la grasia digo yo que será. A medía que se habla con usté, va usté mandando, niña.

PEP. ¡Mandá yo!... Tenía yo que sé tan inosente como usté pa creerme eso.

FER. ¿Quié usté dejarme á mí en pá un ratito?

PEP. Güeno.

FER. Formá le digo á usté que el hombre que le

hable dos minutos y no vea que es usté una persona e mérito, y no se ría con er salero que usté tiene, es porque lo han armidonao.

PEP. ¿De veras?

FER. De veras. Y er que se ría de otra cosa... ese... ese ni es hombre, ni se viste e limpio, ni pué dí á ningún lao, ni vale dos peetas. Sobre que no hay en to er bautiso esta noche quien se ría de usté estando yo presente.

PEP. Porque se lo come usté, ¿no es verdá?

FER. Es posible.

PEP. ¡Jesús, qué fiera!

FER. ¿Ahora es usté la que se asusta?

PEP. ¿Yo? ¿De qué? ¿De las fieras? ¡Ca, hombre! Estoy acostumbrá. ¡En mi casa soy yo la más bonita, conque usté carcule! Un día fuimos á retratarnos en grupo mi papá, mis dos tíos, mi madrasta, mis hermanos y yo, y nos dijo er fotógrafo que uno á uno sí se atrevía, pero que á tos juntos no se determinaba.

FER. ¡Ja, ja, ja!

PEP. Oiga usté: al espejo de mi madrasta le pasó lo que ar de la copla.

FER ¿Er qué?

PEP. Que se le fué el asogue por no verla.

FER. ¡Vamos ayá!... ¡Bendita sea la hora en que hiso Dios que entrase yo por esa puerta!

PEP. Sss... ssss... ssss... que no me lo creo.

FER. ¿Me pongo en cruz?

PEP. Va usté á está mu incómodo.

FER. A su lao de usté, ¿qué me importa?

PEP. Que no me lo creo.

FER Miste que lo juro: que me hinco de roiyas.

PEP. Tenga usté mucho cuidao con lo que hase.

FER. ¿Por qué?

PEP. Porque lo pué sorprendé mi novio.

FER. ¿Su novio? ¿Pero usté tiene novio?

PEP. ¡Y me lo pregunta usté como una cosa rara!

FER. Como una cosa que yo sentiría.

PEP. ¡Menos!

FER. ¿De formalidá tiene usté novio?

PEP. De formalidá. Y hay que verle la cara. Hase

juego conmigo, en peó. Un fenómeno er pobresito. Cuando van niños en er tranvía no lo dejan subirse.

FER. ¡Ah!

PEP. ¡Ah! Se tranquilisa usté, ¿no es eso?

FER. Eso: justamente.

PEP. ¿Quiè usté una poquiya de agua pa er susto?

FER. ¿Quié usté no burlarse tanto de mí?

PEP ¿Y usté de mí, con toas esas cosas que me esta disiendo pa que me las crea? (Se levanta.)

FER ¿Pero se piensa usté que son mentira? ¿Tengo yo cara de engañá á nadie?

PEP. Ar presente, quisá me esté usté hablando una mijiya convensío. Ya ve usté si soy franca. Pero sale usté ahí fuera, le da un poco el aire, se refresca, ve usté unos ojos bonitos, asules, ó verdes, ó negros, ve usté una cara e rosa, ve usté una boca de piñón que se ríe que da gloria, ve usté una mata e pelo enrisao con dos flores ayí dormías de gusto, ve usté un cuerpo de esos que se simbrean, ve usté unos pies chiquirritivos, ve usté unas manos como dos palomitas... ve usté... to lo que á mí me farta, pa acaba pronto, y no se güerve usté á acordá de Pepiya la Fea.

FER. ¿Que no?

PEP. Que no. Si así tiene que sé: si eso es lo que manda en er mundo: los ojos grandes, la boca chica, er cuerpo grasioso... No lo niegue usté, porque está una viéndolo tos los días. A usté mismo, le pie por la caye una limosna un chiquiyo que tenga los ojos bonitos y er pelito enrisao, y le toma usté la cara, y le da una monea, y hasta le dise:—Chiquiyo, bendita sea tu madre. Y, en cambio, se la pie á usté uno de esos pobresitos mal encaraos, con los ojos bizcos y los pelos tiesos, y usté lo menos que hase es darle un empujón y desirle: —Vete ya, niño, que eres más feo que armorsá en camiseta...

FER. ¡Tiene usté grasia por catorse!

PEP. ¡Pero soy fea por veintisinco! Váyase usté á

buscá á la Bonita, como le disen, que le irá á usté mejó. Deje usté á la Fea: miste que á la Fea, fea y to, le duelen mucho los desengaños.

FER. (Después de contemplarla un momento.) (Me ha dao la noche esta mujé.) (Se sientan lejos el uno del otro. Pausa.)

PEP. (Mirándolo de reojo.) (Y es simpático el hombre. Y hasta guapo, comparao conmigo.)

FER. (Mirándola á ella.) (No es esta mujé tan fea tan fea como parese ar pronto.)

PEP. (Tiene una oreja más grande que la otra. Pero eso se arregla tirándole tos los días de la más chica.)

FER. (Y eya está en que me gusta... Y me gusta, me gusta; no es broma.)

PEP. (¡Ay!.. Por tené otra cara daba yo ahora mismo mi baú con mi madrasta dentro.)

FER. (¡Qué se le va á jasé!)

PEP. Oiga usté; pero ¿hemos peleao?

FER. Por mí, no.

PEP. Como se ha puesto usté tan lejos...

FER. (Acercándosele.) Como usté me echó de su vera...

PEP. ¿Yo?

FER. Usté.

ESCENA VIII

DICHOS y JUAN

JUAN (Llegando de improviso.) Pepiya, ¿quiés hasé er favó de venirte ar patio?

PEP. ¿Pa qué?

JUAN Porque no me dan una copa hasta que te yeve.

PEP. Ahora voy.

JUAN Miá que van á bailá cuatro muchachas mu bonitas y me han comprometío pa que yo cante.

PEP. Ahora voy, te digo.

JUAN Güeno.

PEP. (Deteniéndolo cuando va á irse.) Oye.

JUAN ¿Qué?

PEP. Mientras yo yego, canta tú esta copla. (Le habla al oído.)

JUAN (Mirando al otro con malicia y sonriéndose.) Enterao.

PEP. Y con arma; que se oiga desde aquí.

JUAN ¡Enterao, mujé! ¿Te digo que enterao? (Vase.)

ESCENA IX

DICHOS, menos JUAN. Al final ISIDORO

PEP. ¿No va usté ar patio, amigo?

FER. A mí no se me ha perdío na en er patio.

PEP. Pos ¿y el arfilé de corbata?

FER. (Echándose mano al pecho.) ¿Eh?

PEP. (Riéndose.) Pero, hijo mío, si no trae usté ni corbata, ¿ande iba á vení el arfilé?

FER. ¡Como que acabará usté por desirme que se me ha caío la nariz y yo por buscarla con un misto!

PEP. ¡Ja, ja, ja! Váyase usté ar patio, que está ayí la Bonita.

FER. ¡Que le den á la Bonita cuatro tiros!

PEP. ¡O cuarenta! Pero que sean con sá, y se le hase un favó de camino. (Oyese á Juan dentro, que rompe á cantar una seguidilla.) Caye usté. (Escuchan los dos. La copla que se oye es la siguiente:

Me dijiste que era fea,
me pusiste una corona:
más vale fea y con grasia,
que no bonita y guasona.
Er salero en las mujeres,
y en las rosas el oló,
y si usté no está conforme,
vaya usté mucho con Dios.

(Palmas, oles, etc. Durante el canto, Pepilla se ríe, y Fernando manifiesta en su desasosiego que ha comprendido la alusión.)

PEP. (Repitiendo el final de la copla.)

Más vale fea y con grasia
que no bonita y guasona...

Está bien.

FER Diga usté, niña: ¿merezco yo que se me cante esa copla?

PEP. ¿Se ha fijao usté en la copla?

FER. Me he fijao en la copla, porque usté le dijo ar que ha estao aquí que me la cantara.

PEP. Es verdá; pero no se enfade usté por eso.

FER. No me enfao; pero vamos á hablá en serio dos palabras. ¿A qué hora se duerme su madrasta de usté?

PEP. En cuanto mata tres osenas de mosquitos. Tarda poco, porque los mata con el aliento, que es venenoso.

FER. Pos con las boqueás del úrtimo, estoy yo mañana á la noche ar pie de su ventana de usté.

PEP. ¿Y usté qué sabe donde está mi ventana?

FER. Tengo veinticuatro horas pa enterarme.

PEP. ¿Y á qué va usté á dí?

FER. Eso usté lo verá.

PEP. Pos ¿sabe usté una cosa?

FER. ¿Qué?

PEP. Que si usté me lo dise porque se figura que no vi á bajá, se engaña.

FER ¿Bajará usté?

PEP. ¡Ya lo creo! Y si usté no va... usté se lo pierde.

FER. Verdá que sí. Hasta mañana.

PEP. Hasta mañana.

FER. (Lo que es enamorarse: ya me está paresiendo bonita.)

PEP. (Lo que es la ilusión: ya le veo las orejas iguales.)

FER. (Casi desde la puerta.) Hasta mañana.

PEP. Hasta mañana.

ISID. (Que llega cuando Fernando va á marcharse.) ¿Ande vas?

FER A la caye.

ISID. ¿A la caye?

FER. ¡He sacao novia en er bautiso!

ISID. ¡Qué pesao te pones en cuanto lo pruebas!

(Se marchan juntos.)

ESCENA ÚLTIMA

PEPILLA LA FEA, LEONOR, REMEDIOS, ASUNCIÓN y MARÍA; luego JUAN, CHIRIBITAS, MANOLO y CARMEN LA BONITA

LEONOR ¡Er trabajo que nos ha costao traé á estas niñas!

REM. ¡No las querían dejá!

PEP. Es claro: lo güeno está mu solisitao.

JUAN (Saliendo.) ¡Qué bien fuiste, mujé!

PEP. No te importe, hombre; que la fiesta vamos á armarla aquí.

MAN. (Llegando á tiempo con Chiribitas.) ¡Ni más ni menos! Porque ni ese tío de la quemaura sabe cantá, ni hay grasia más que en este cuarto.

CHIR. ¡Pero así como suena!

PEP. ¡Pos animarse tos! ¡A tocá tú, á cantá yo y á que bailen las niñas! ¡Yo estoy mu contenta esta noche! ¡Aquí vamos á está hasta que nos eche el amo e la casa! ¡Vengan parmas y venga alegría!

(Mientras todos se disponen á reanudar la fiesta, ella dice, dirigiéndose al público y batiendo palmas al final.)

Ya que tan fea nasí,
y que la suerte me sopla
y un hombre se fija en mí,
hagan ustedes así
acompañando esta copla.

Música

(Leonor, Remedios, Asunción y María bailan las sevillanas; Juan toca la guitarra; canta Pepilla, y los otros llevan las palmas y jalean.)

Las caras lindas se arrugan
y los cuerpos se joroban,
y en cambio la grasia vive
mientras vive la persona.

Yo quisiera tu cariño,
yo quisiera tu caudà,
yo quisiera muchas parmas
que yevaran er compás.

(Cae el telón.)

FIN

Madrid, Enero 1905.

ADVERTENCIA IMPORTANTE

Las empresas que pongan en escena este entremés, pagarán por derechos de propiedad la mitad de los correspondientes á una zarzuela en un acto.

OBRAS DE LOS MISMOS AUTORES

Esgrima y amor, juguete cómico. (2.ª edición.)
Belén, 12, principal, juguete cómico.
Gilito, juguete cómico-lírico. (2.ª edición.)
La media naranja, juguete cómico. (2.ª edición.)
El tío de la flauta, juguete cómico. (2.ª edición.)
El ojito derecho, entremés. (3.ª edición.)
La reja, comedia en un acto. (3.ª edición.)
La buena sombra, sainete en tres cuadros, con música. (5.ª edición.)
El peregrino, zarzuela cómica en un acto.
La vida íntima, comedia en dos actos. (3.ª edición.)
Los borrachos, sainete en cuatro cuadros, con música. (2.ª edición.)
El chiquillo, entremés. (4.ª edición.)
Las casas de cartón, juguete cómico.
El traje de luces, sainete en tres cuadros, con música.
El patio, comedia en dos actos. (3.ª edición.)
El motete, entremés con música (2.ª edición.)
El estreno, zarzuela cómica en tres cuadros.
Los Galeotes, comedia en cuatro actos. (3.ª edición.)
La pena, drama en dos cuadros.
La azotea, comedia en un acto.
El género ínfimo, pasillo con música.
El nido, comedia en dos actos. (2. edición.)
Las flores, comedia en tres actos.
Los piropos, entremés.
El flechazo, entremés.
El amor en el teatro, capricho literario en cinco cuadros, prólogo y epílogo.
Abanicos y panderetas ó ¡A Sevilla en el botijo! humorada satírica en tres cuadros, con música.
La dicha ajena, comedia en tres actos y un prólogo.
Pepita Reyes, comedia en dos actos.
Los meritorios, pasillo.
La zahorí, entremés.
La reina mora, sainete en tres cuadros, con música.
Zaragatas, sainete en dos cuadros.
La zagala, comedia en cuatro actos.
La contrata, apropósito.
El amor que pasa, comedia en dos actos.
El mal de amores, sainete con música.
El nuevo servidor, humorada.
Mañana de sol, paso de comedia.
Fea y con gracia, entremés con música.

SERAFÍN Y JOAQUÍN ÁLVAREZ QUINTERO

La aventura de los galeotes

ADAPTACIÓN ESCÉNICA

DEL CAPÍTULO XXII DE LA PRIMERA PARTE

DE

DON QUIJOTE DE LA MANCHA

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Núñez de Balboa, 12

1905

LA AVENTURA DE LOS GALEOTES

Esta obra es propiedad de sus autores, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

Los autores se reservan el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

LA AVENTURA DE LOS GALEOTES

ADAPTACIÓN ESCÉNICA

del capítulo XXII de la primera parte

DE

DON QUIJOTE DE LA MANCHA

POR

SERAFÍN Y JOAQUÍN ÁLVAREZ QUINTERO

Representada en el TEATRO REAL el 10 de Mayo de 1905, con ocasión del III Centenario de la publicación del *Quijote*

MADRID

R. VELASCO. IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.°

Teléfono número 551

1905

CUATRO PALABRAS

Deberes de patriotismo, siempre inexcusables para todo buen español, nos obligaron á poner nuestras manos pecadoras en el mejor libro del mundo, con motivo del tercer centenario de su publicación. Sin el acicate ó estímulo de aquellos deberes, por espontáneo impulso, jamás hubiéramos osado lo que, de todas maneras, acaso sea una profanación indisculpable.

Se nos encomendó el adaptar á la escena uno de sus capítulos, y elegimos entre todos el de la famosa aventura de los galeotes, no sólo por considerar ésta como una de las más bellas y expresivas, y de elementos más pintorescos y acomodables al teatro, sino porque, además, tal vez ninguna otra pudiera ser llevada á él con menos añadidos de parte nuestra. Y, en efecto, la labor realizada ha sido más bien de selección y de ensamblaje que de invención, ya que hemos empleado frases y aun párrafos enteros de otros pasajes, que convenían á la adaptación escénica del escogido por nosotros.

Sírvanos esto de descargo, si no de disculpa, y absuélvanos en último extremo lo puro de nuestra intención y el no haber rehuido responsabilidad ni trabajo alguno en la ocasión solemne en que se trató de honrar, con mejor deseo que fortuna, al príncipe de nuestros ingenios.

S. y J. A. Q.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
DON QUIJOTE	Sr. Díaz de Mendoza (F.)
SANCHO PANZA	Palanca.
EL ENAMORADO	Santiago.
EL TOLEDANO	Soriano.
EL HECHICERO	Carsí.
EL ESTUDIANTE	Mesejo.
GINÉS DE PASAMONTE	Díaz de Mendoza (M.)
GUARDA 1.ª	Manrique.
IDEM 2.ª	Juste.
IDEM 3.ª	Cirera.
IDEM 4.ª	Guerrero.

Siete galeotes que no hablan

LA AVENTURA DE LOS GALEOTES

Camino real en los campos manchegos. Es una mañana de Agosto.

(Salen por la izquierda del actor, DON QUIJOTE y SANCHO, caballeros en Rocinante y en el rucio. Don Quijote lleva en la cabeza la bacía que él diputa por yelmo de Mambrino. Apenas salen detienen su marcha.)

D. QUIJ. Aquí podemos, hermano Sancho Panza, meter las manos hasta los codos en esto que llaman aventuras; mas advierte que aunque me veas en los mayores peligros del mundo no has de poner mano á tu espada para defenderme, si ya no vieres que los que me ofenden es canalla y gente baja, que en tal caso bien puedes ayudarme; pero si fueren caballeros, en ninguna manera te es lícito ni concedido por las leyes de caballería que me ayudes hasta que seas armado caballero.

SANCHO Por cierto, señor, que vuestra merced sea muy bien obedecido en esto, y más que yo de mío me soy pacífico y enemigo de meterme en ruidos ni pendencias: bien es verdad que en lo que tocare á defender mi persona no tendré mucha cuenta con esas leyes, pues las divinas y humanas permiten que cada uno se defienda de quien quisiere agraviarle.

D. Quij. No digo yo menos, pero en esto de ayudarme contra caballeros has de tener á raya tus naturales ímpetus.

Sancho Digo que así lo haré, y que guardaré ese preceto tan bien como el día del domingo.

D. Quij. La ventura va guiando nuestras cosas mejor de lo que acertáramos á desear. Este es el día, oh Sancho, en el cual se ha de ver el bien que me tiene guardado mi suerte: este es el día, digo, en que se ha de mostrar tanto como en otro alguno el valor de mi brazo, y en el que tengo de hacer obras que queden escritas en el libro de la fama por todos los venideros siglos. ¿Ves aquella gente desaforada y feroz que allí parece y hacia nosotros camina? Pues yo te digo, Sancho, que ó yo me engaño, ó esta ha de ser la más famosa aventura que se haya visto.

Sancho Peor será esto que los molinos de viento: mire, señor, que le digo que mire bien lo que ve, no sea el diablo que le engañe: que esa pobre gente que hacia nosotros viene, no son gigantes, ni endriagos, ni encantadores, ni cosa que lo valga; que á lo que á mí se me alcanza es cadena de galeotes, gente forzada del rey, que va á las galeras.

D. Quij. ¿Cómo gente forzada? ¿Es posible que el rey haga fuerza á ninguna gente?

Sancho No digo eso, sino que es gente que por sus delitos va condenada á servir al rey en las galeras de por fuerza.

D. Quij. En resolución, como quiera que ello sea, esta gente, aunque los llevan, van de por fuerza y no de su voluntad.

Sancho Así es.

D. Quij. Pues desa manera, aquí encaja la ejecución de mi oficio, desfacer fuerzas y socorrer y acudir á los miserables.

Sancho Advierta vuestra merced, que la justicia, que es el mesmo rey, no hace fuerza ni agravio á semejante gente, sino que los castiga en pena de sus delitos.

(Llega frente á ellos en esto la cadena de los galeotes, que oportunamente debe aparecer en el fondo, hacia

la derecha del actor. Vienen hasta doce hombres á pie, ensartados como cuentas en una gran cadena de hierro por los cuellos, y todos con esposas á las manos. Vienen asimismo con ellos cuatro guardas: dos de ellas con escopetas de rueda, y las otras dos con dardos y espadas.)

D. Quij. Deteneos, señores guardianes y comisario, que por la orden de caballería que profeso, os pido y ruego que seais servidos de informarme y decirme la causa ó causas por qué traeis á esta gente de esta manera.

(Detiénense todos y le miran asombrados de su extraña figura.)

Guar. 1.ª Señor caballero, esta cuadrilla es de galeotes, gente de su majestad que va á las galeras: y no hay más que decir, ni vuestra merced tiene más que saber.

D. Quij. Con todo eso, querría saber de cada uno de ellos en particular la causa de su desgracia.

Guar. 2.ª Aunque llevamos aquí el registro y la fe de las sentencias de cada uno de estos malaventurados, no es tiempo este de detenernos á sacarlas ni á leellas: vuestra merced llegue y se lo pregunte á ellos mismos, que ellos lo dirán si quisieren, que sí querrán, porque es gente que recibe gusto de hacer y decir bellaquerías.

D. Quij. Yo os agradezco, señor guarda, la licencia que me otorgáis, y haré lo que me decís de muy buena gana. (Al Enamorado, mozo de hasta edad de veinticuatro años.) Decidme vos, hermano, ¿por qué pecados vais de tan mala guisa?

Enam. Por enamorado, señor.

D. Quij. ¿Por eso no más? Pues si por enamorados echan á galeras, días ha que pudiera yo estar bogando en ellas.

Enam. No son los amores como los que vuestra merced piensa, que los míos fueron que quise tanto a una canasta de colar atestada de ropa blanca, que la abracé conmigo tan fuertemente, que á no quitármela la justicia por fuerza, aun hasta ahora no la hubiera dejado de mi voluntad: fué en fragante, no hubo lugar de tormento, concluyóse la

causa, acomodáronme las espaldas con ciento, y por añadidura tres años de gurapas, y acabóse la obra.

D. Quij. ¿Qué son gurapas?

Enam. Gurapas son galeras

D. Quij. (Encarándose con el segundo galeote de la cadena, el cual no responde palabra) ¿Y vos, hermano? ¿Cuáles son vuestras desventuras? que según vais de triste y melancólico presumo que no han de ser pocas.

Enam. Este, señor, va con nosotros por canario, digo que por músico y cantor.

D. Quij. ¿Pues cómo, por músicos y cantores van también á galeras?

Enam. Sí, señor, que no hay peor cosa que cantar en el ansia.

D. Quij. Antes he oído decir que quien canta sus males espanta.

Enam. Acá es al revés, que quien canta una vez llora toda la vida.

D. Quij. No lo entiendo.

Guar. 3.ª Señor caballero, cantar en el ansia se dice entre esta gente *non santa* confesar en el tormento: á este pecador le dieron tormento y confesó su delito, que era ser cuatrero, que es ser ladrón de bestias, y por haber confesado le condenaron por seis años á galeras, amén de doscientos azotes que ya lleva en las espaldas; y va siempre pensativo y triste, porque los demás ladrones que allá quedan y aquí van le maltratan y aniquilan y escarnecen y tienen en poco, porque confesó y no tuvo ánimo de decir nones: porque dicen ellos que tantas letras tiene un no como un sí, y que harta ventura tiene un delincuente que está en su lengua su vida ó su muerte, y no en la de los testigos y probanzas; y para mí tengo que no van muy fuera de camino

D. Quij. Y yo lo entiendo así.

Toled. Y yo también, señor caballero, y mayor es mi desgracia, que voy por cinco años á las señoras gurapas por sólo faltarme diez ducados.

D. Quij. Yo daré veinte de muy buena gana, por libraros de esa pesadumbre.

Toled. Eso me parece como quien tiene dineros en mitad del golfo, y se está muriendo de hambre sin tener adonde comprar lo que ha menester: dígolo porque si á su tiempo tuviera yo esos veinte ducados que vuestra merced ahora me ofrece, hubiera untado con ellos la péndola del escribano, y avivado el ingenio del procurador de manera que hoy me viera en mitad de la plaza de Zocodover de Toledo, y no en este camino atraillado como galgo; pero Dios es grande, paciencia, y basta.

D Quij. Vos habéis hablado como discreto. (Al Hechicero, anciano de venerable rostro.) ¿Y vos, buen hombre, cómo os veis en tales andanzas y en tan grande vergüenza? Mal dicen en este lugar y ocasión vuestro venerable rostro y vuestra barba blanca.

(El Hechicero rompe á llorar, entre burlas y risas de algunos galeotes. El Estudiante habla por él.)

Est. Este hombre honrado va por cuatro años á galeras, habiendo paseado las acostumbradas vestido en pompa y á caballo.

Sancho Eso es, á lo que á mí me parece, haber salido á la vergüenza.

Est Así es, y la culpa porque le dieron esta pena es por haber sido corredor de oreja y aun de todo el cuerpo: en efecto, quiero decir que este caballero va por alcahuete, y por tener asimesmo sus puntas y collar de hechicero.

D. Quij. A no haberle añadido esas puntas y collar, por solamente el alcahuete limpio no merecía el ir á bogar en las galeras, sino á mandallas y á ser general dellas, porque no es así como quiera el oficio de alcahuete, que es oficio de discretos, y necesarísimo en la república bien ordenada: pero la pena que me ha causado ver estas blancas canas y este rostro venerable en tanta fatiga por alcahuete, me la ha quitado el adjunto de ser hechicero, aunque bien sé que no hay hechizos en el mundo que puedan mover y for-

zar la voluntad, como algunos simples piensan; que es libre nuestro albedrío, y no hay yerba ni encanto que le fuerce.

HECH. Así es, y en verdad, señor, que en lo de hechicero que no tuve culpa, en lo de alcahuete no lo pude negar; pero nunca pensé que hacía mal en ello, que toda mi intención era que todo el mundo se holgase, y viviese en paz y quietud sin pendencias ni penas; pero no me aprovechó nada este buen deseo para dejar de ir adonde no espero volver, según me cargan los años y un mal que llevo que no me deja reposar un rato.

(Torna á llorar como al principio. Sancho, movido de la compasión, desmóntase del rucio y acercándose á él le da una limosna.)

SANCHO Tomad, hermano, un real de á cuatro, que los duelos con pan son menos.

D. QUIJ (Al Estudiante.) ¿Y vuestro delito, cuál es, señor estudiante?

EST. Yo voy aquí porque me burlé demasiadamente con dos primas hermanas mías, y con otras dos hermanas que no lo eran mías: finalmente tanto me burlé con todas, que resultó de la burla crecer la parentela tan intrincadamente, que no hay sumista que la declare: probóseme todo, faltó favor, no tuve dineros, vime á pique de perder los tragaderos, sentenciáronme á galeras por seis años, consentí, castigo es de mi culpa, mozo soy, dure la vida, que con ella todo se alcanza. Si vuestra merced, señor caballero, lleva alguna cosa con qué socorrer á estos pobretes, Dios se lo pagará en el cielo, y nosotros tendremos en la tierra cuidado de rogar á Dios en nuestras oraciones por la vida y la salud de vuestra merced, que sea tan larga y tan buena como su buena presencia merece.

D. QUIJ. (A una de las Guardas, y refiriéndose á Ginés de Pasamonte, el cual lleva más prisiones que sus compañeros de cadena.) ¿Y este buen hombre, por qué va con tantas prisiones más que los otros?

GUAR. 3.ª Porque tiene él solo más delitos que todos ellos juntos, y es tan atrevido y tan grande bellaco, que aunque le llevamos desta manera no vamos seguros dél, sino que tememos que se nos ha de huir.

D. QUIJ. ¿Qué delitos puede tener si no han merecido más pena que echarle á las galeras?

GUAR. 3.ª Va por diez años, que es como muerte cevil: no se quiera saber más sino que este buen hombre es el famoso Ginés de Pasamonte, que por otro nombre llaman Ginesillo de Parapilla.

GINÉS Señor comisario, váyase poco á poco, y no andemos ahora á deslindar nombres y sobrenombres: Ginés me llamo, y no Ginesillo, y Pasamonte es mi alcurnia, y no Parapilla como voacé dice, y cada uno se dé una vuelta á la redonda, y no hará poco.

GUAR. 3.ª Hable con menos tono, señor ladrón de mas de la marca, si no quiere que le haga callar mal que le pese.

GINÉS Bien parece, que va el hombre como Dios es servido; pero algún día sabrá alguno si me llamo Ginesillo de Parapilla ó no.

GUAR. 3.ª ¿Pues no te llaman así, embustero

GINÉS Sí llaman, mas yo haré que no me lo llamen, ó me las pelaría donde yo digo entre mis dientes. (A Don Quijote.) Señor caballero, si tiene algo que darnos, dénoslo ya y vaya con Dios, que ya enfada con tanto querer saber vidas ajenas; y si la mía quiere saber, sepa que yo soy Ginés de Pasamonte, cuya vida está escrita por estos pulgares.

GUAR. 3.ª Dice verdad, que él mismo ha escrito su historia, que no hay más que desear, y deja empeñado el libro en la cárcel en doscientos reales.

GINÉS Y le pienso quitar, si quedara en doscientos ducados.

D. QUIJ. Hábil pareces.

GINÉS Y desdichado, porque siempre las desdichas persiguen al buen ingenio.

GUAR 3.ª Persiguen á los bellacos.

GINÉS Ya le he dicho, señor comisario, que se vaya

poco á poco, que aquellos señores no le dieron esa vara para que maltratase á los pobretes que aquí vamos, sino para que nos guiase y llevase adonde su majestad manda: si no, por vida de... basta, que podría ser que saliesen algún día en la colada las manchas que se hicieron en la venta, y todo el mundo calle y viva bien y hable mejor, y caminemos, que ya es mucho regodeo este.

GUAR. 3.º (Amenazando á Ginés con la vara.) Ahora verás, ladrón.

D. QUIJ. (Estorbando la acción.) Señor comisario, yo os ruego que no le maltratéis, pues no es mucho que quien lleva tan atadas las manos, tenga algún tanto suelta la lengua. (Volviéndose á todos.) De todo cuanto me habéis dicho, hermanos carísimos, he sacado en limpio que aunque os han castigado por vuestras culpas, las penas que vais á padecer no os dan mucho gusto, y que vais á ellas muy de mala gana y muy contra vuestra voluntad, y que podría ser que el poco ánimo que aquel tuvo en el tormento, la falta de dineros deste, el poco favor del otro, y finalmente el torcido juicio del juez hubiese sido causa de vuestra perdición, y de no haber salido con la justicia que de vuestra parte teníades: todo lo cual se me representa á mí ahora en la memoria, de manera que me está diciendo, persuadiendo y aun forzando que muestre con vosotros el efecto para que el cielo me arrojó al mundo y me hizo profesar en él la orden de caballería que profeso, y el voto que en ella hice de favorecer á los menesterosos y opresos de los mayores; pero porque sé que una de las partes de la prudencia es, que lo que se puede hacer por bien no se haga por mal, quiero rogar á estos señores guardianes y comisario sean servidos de desataros y dejaros ir en paz, que no faltarán otros que sirvan al rey en mejores ocasiones, porque me parece duro hacer esclavos á los que Dios y Naturaleza hizo libres: cuanto más, señores guardas,

que estos pobres no han cometido nada contra vosotros; allá se lo haya cada uno con su pecado, Dios hay en el cielo que no se descuida de castigar al malo, ni de premiar al bueno, y no es bien que los hombres honrados sean verdugos de los otros hombres no yéndoles nada en ello: pido esto con esta mansedumbre y sosiego, porque tenga, si lo cumplís, algo que agradeceros; y cuando de grado no lo hagáis, esta lanza y esta espada harán que lo hagáis por fuerza.

GUAR. 3.ª Donosa majadería: bueno está el donaire con que ha salido á cabo de rato: los forzados del rey quiere que le dejemos, como si tuviéramos autoridad para soltarlos ó él la tuviera para mandárnoslo: váyase vuestra merced, señor, norabuena su camino adelante, y enderécese ese bacín que trae en la cabeza, y no ande buscando tres pies al gato.

D. QUIJ. Vos sois el gato y el rato y el bellaco. (Diciendo y haciendo arremete con él tan presto, que sin darle lugar á defenderse, lo hiere de una lanzada. Vacila el hombre y va á caer dentro.)

GUAR. 3.ª ¡Favor! ¡Muerto soy!

D. QUIJ. Culpa, ruin bellaco, á tu sandez y demasía!

(Las demás Guardas ponen mano á sus armas y arremeten á don Quijote. Los galeotes, viendo la ocasión que se les ofrece de alcanzar libertad, procuran romper la cadena donde vienen ensartados. Las Guardas, en fin, ya por acudir á los galeotes que se desatan, ya por acometer á don Quijote que los acomete, no hacen cosa de provecho. Sancho, por su parte, ayuda á soltar á Ginés de Pasamonte, que es el primero que salta en la campaña libre y desembarazado.)

GUAR. 1.ª ¡Favor al rey!

GUAR. 2. ¡Favor a la justicia!

D. QUIJ. ¡Aquí os aguardo y espero, gente descomunal y soberbia, ahora vengais uno á uno, como pide la orden de caballería, ora todos juntos, como es costumbre y mala usanza de los de vuestra ralea!

GUAR. 4.ª ¡Que se desata esta canalla!

GUAR. 1.ª ¡Voto va!

GUAR. 2.ª ¡Por las barbas de mi padre!

GUAR. 1.ª ¡Noramala dimos con este salteador de caminos!

GINÉS (Saltando libre.) ¡Norabuena dimos con él! (Desaparece un momento y vuelve á salir luego con la escopeta del comisario que cayó dentro herido.)

D. QUIJ. (Desafiando á las Guardas.) ¡Venid acá, gente soez y mal nacida! ¿Saltear de caminos llamais al dar libertad á los encadenados, soltar los presos, acorrer á los miserables, alzar los caídos, remediar los menesterosos? (Reaparece en esto Ginés de Pasamonte con la escopeta, y apuntando á una Guarda y señalando á la otra, no queda una en todo el campo. Los galeotes, sueltos y libres ya, contribuyen á la huida de las Guardas á pedrada limpia.)

GUAR. 4.ª ¡Ah, don ladrón!

GUAR. 1.ª ¡Ah, bellaco villano!

GUAR. 2.ª ¿Contra la mesma justicia te atreves?

GUAR. 1.ª ¡Voto va!

D. QUIJ. Non fuyais, miserables criaturas, gente infame, canalla ruin y de poco ánimo! ¡Bien dice vuestra cobardía lo bajo y vil de vuestra condición y oficio!

SANCHO Conténtese con lo hecho, señor Don Quijote, y no tiente al diablo, ni dé más voces, sino sólo gracias á Dios, que demasiadamente bien hemos salido de este suceso, libres de nuevos golpes las costillas, y mire que le digo que esas guardas que van huyendo han de dar noticia del caso á la santa hermandad, con la cual no hay usar de caballerías, que no se le da á ella por cuantos caballeros andantes hay dos maravedís: y así yo le ruego que nos partamos de aquí y nos embosquemos en la sierra, que cerca está.

D. QUIJ. Naturalmente eres cobarde, Sancho: yo sé lo que ahora conviene que se haga. (Apéase y se dirige á los galeotes, que andan dispersos y alborotados y que han despojado al comisario herido de sus ropas.) ¡Acercaos, hermanos; venid á mí todos! ¡Venid os digo, que por la libertad que os dí, bien puedo pediros que me escucheis!

(Rodean todos á Don Quijote, entre burlones y curiosos.)

GINÉS ¿Qué nos manda vuestra merced, señor caballero?

D. QUIJ. De gente bien nacida es agradecer los beneficios que reciben, y uno de los pecados que más á Dios ofenden es la ingratitud: dígolo porque ya habeis visto, señores, con manifiesta experiencia, el que de mí habeis recebido, en pago del cual querría, y es mi voluntad, que cargados de esa cadena que quité de vuestros cuellos, luego os pongais en camino, y vais á la ciudad del Toboso, y allí os presenteis ante la señora Dulcinea del Toboso, y le digais que su caballero el de la Triste Figura se le envía á encomendar, y le conteis punto por punto todos los que ha tenido esta famosa aventura hasta poneros en la deseada libertad, y hecho esto os podreis ir donde quisiéredes á la buena ventura.

GINÉS Lo que vuestra merced nos manda, señor y libertador nuestro, es imposible de toda imposibilidad cumplirlo, porque no podemos ir juntos por los caminos, sino solos y divididos y cada uno por su parte, procurando meterse en las entrañas de la tierra, por no ser hallado de la santa hermandad, que sin duda alguna ha de salir en nuestra busca: lo que vuestra merced puede hacer, y es justo que haga, es mudar ese servicio y montazgo de la señora Dulcinea del Toboso en alguna cantidad de avemarías y credos, que nosotros diremos por la intención de vuestra merced, y esta es cosa que se podrá cumplir de noche y de día, huyendo ó reposando, en paz ó en guerra; pero pensar que hemos de volver ahora á las ollas de Egipto, digo á tomar nuestra cadena y á ponernos en camino del Toboso, es pensar que ahora es de noche, que aun no son las diez del día, y es pedir á nosotros eso como pedir peras al olmo.

D. QUIJ. (Puesto ya en cólera.) Pues voto á tal, Don Gine-

sillo de Paropillo ó como os llamais, que habéis de ir vos solo rabo entre piernas, con toda la cadena á cuestas.

GINÉS (Guiñándoles á los compañeros.) Mire vuestra merced, señor caballero, de qué donosa manera le obedezco. (Coge un guijarro y se lo dispara á Don Quijote que con la rodela se cubre.)

D. QUIJ. ¡Ah, bellaco y harto de ajos! ¿Contra quien te dió la libertad la empleas?

(Los galeotes todos, al ejemplo y seña de Ginesillo, se apartan y entre gritos y risas comienzan á tirar tantas y tantas piedras sobre Don Quijote, que éste no se da manos á cubrirse con la rodela. Sancho se pone tras su asno, y con él se defiende de la nube y pedrisco que sobre entrambos llueve.)

ENAM. ¡Recebid ésta, señor caballero andante!

EST. ¿No tiene vuestra merced otra orden que darnos?

GINÉS ¿Adónde queréis que os lleve la respuesta de vuestra señora Dulcinea?

TOL. ¿Qué os parecen las peladillas de arroyo, señor caballero?

SANCHO ¡Válame Dios, señor! ¿Ve vuestra merced cómo mejor estaríamos en la sierra?

D. QUIJ. ¡Oh, señora de mi alma, Dulcinea, flor de la fermosura, socorred á este vuestro caballero, que por satisfacer á la vuestra mucha bondad en este riguroso trance se halla! (Le aciertan con tal tino dos guijarros seguidos, que le hacen vacilar y caer al suelo. Apenas le ve en él, el Estudiante le quita la bacía de la cabeza y le da con ella tres ó cuatro golpes en la espalda; Sancho acude á remediar á su amo; Ginés, mientras, le roba su gabán.) ¡Ah, bellacos! ¡ah, gente mal nacida!

SANCHO ¡Válame Dios! Mire vuestra merced en qué nueva locura se ha metido.

EST. Señor caballero de la Triste Figura, ¿le contamos esto también á la señora Dulcinea del Toboso?

D. QUIJ. ¡Ah cobardes villanos, atended que no por cobardía, sino por mi desgracia, estoy aquí tendido!

SANCHO (Encarándose con Gines.) ¿A quien te soltó las manos robas, hijo de la tal?

GINÉS (Huyendo.) ¡Ahora, cada uno á su buena ventura!

ENAM. ¡Y Dios sea con todos!

EST. ¡Y á quien El se la dé, San Pedro se la bendiga!

(Se dispersan corriendo, y desaparecen en varias direcciones. Quedan solos jumento y Rocinante, Sancho y Don Quijote: Sancho temeroso de la santa hermandad: Don Quijote mohinísimo de verse tan mal parado por los mismos á quien tanto bien ha hecho.)

SANCHO (Llegándose de nuevo á su amo, para ayudarle á levantarse.) ¡Ah, señor Don Quijote de mi alma! ¡Quién creyera que cuando me holgaba yo con vuestra merced de haber sacado limpias de palos las costillas, había de venir por la posta y en seguimiento suyo esta tan grande tempestad de piedras y puñadas que ha descargado sobre nosotros!

D. QUIJ. Siempre, Sancho, lo he oído decir, que el hacer bien á villanos es echar agua en la mar: si yo hubiera creído lo que me dijiste, yo hubiera excusado esta pesadumbre; pero ya está hecho, paciencia, y escarmentar para desde aquí adelante.

SANCHO Así escarmentará vuestra merced, como yo soy turco.

(Durante las últimas palabras de Don Quijote y Sancho va cayendo el telón lentamente.)

FIN

Madrid, Abril 1905.

OBRAS DE LOS MISMOS AUTORES

Esgrima y amor, juguete cómico. (2.ª edición.)
Belén, 12, principal, juguete cómico.
Gilito, juguete cómico-lírico. (2.ª edición.)
La media naranja, juguete cómico. (2.ª edición.)
El tío de la flauta, juguete cómico. (2.ª edición.)
El ojito derecho, entremés. (3.ª edición.)
La reja, comedia en un acto. (3.ª edición.)
La buena sombra, sainete en tres cuadros, con música. (6.ª edición.)
El peregrino, zarzuela cómica en un acto.
La vida íntima, comedia en dos actos. (3.ª edición.)
Los borrachos, sainete en cuatro cuadros, con música. (2.ª edición.)
El chiquillo, entremés. (5.ª edición.)
Las casas de cartón, juguete cómico.
El traje de luces, sainete en tres cuadros, con música.
El patio, comedia en dos actos. (3.ª edición.)
El motete, entremés con música. (2.ª edición.)
El estreno, zarzuela cómica en tres cuadros.
Los Galeotes, comedia en cuatro actos. (3.ª edición.)
La pena, drama en dos cuadros. (2.ª edición.)
La azotea, comedia en un acto.
El género ínfimo, pasillo con música.
El nido, comedia en dos actos. (2.ª edición.)
Las flores, comedia en tres actos.
Los piropos, entremés.
El flechazo, entremés.
El amor en el teatro, capricho literario en cinco cuadros, prólogo y epílogo.
Abanicos y panderetas ó ¡A Sevilla en el botijo! humorada satírica en tres cuadros, con música.

La dicha ajena, comedia en tres actos y un prólogo.
Pepita Reyes, comedia en dos actos.
Los meritorios, pasillo.
La zahorí, entremés.
La reina mora, sainete en tres cuadros, con música. (2.ª edición.)
Zaragatas, sainete en dos cuadros.
La zagala, comedia en cuatro actos.
La contrata, apropósito.
El amor que pasa, comedia en dos actos.
El mal de amores, sainete con música.
El nuevo servidor, humorada.
Mañana de sol, paso de comedia.
Fea y con gracia, entremés con música.
La aventura de los galeotes, adaptación escénica de un capítulo del *Quijote.*
La pitanza, entremés.

SERAFÍN Y JOAQUÍN ÁLVAREZ QUINTERO

La musa loca

COMEDIA EN TRES ACTOS

(el tercero dividido en dos cuadros)

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Núñez de Balboa, 12

1906

LA MUSA LOCA

Esta obra es propiedad de sus autores, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

Los autores se reservan el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

LA MUSA LOCA

COMEDIA EN TRES ACTOS

(el tercero dividido en dos cuadros)

DE

SERAFÍN Y JOAQUÍN ÁLVAREZ QUINTERO

Estrenada en el TEATRO DE NOVEDADES de Barcelona,
el 4 de Julio de 1905

MADRID

E. VELASCO. IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 D P.°

Teléfono número 551

1906

A Jacinto Benavente

peregrino y aristocrático ingenio, audaz innovador de la comedia española, sus devotísimos admiradores y amigos,

Serafín y Joaquín.

REPARTO [1]

PERSONAJES	ACTORES
ACTO PRIMERO	
FIDELA	SRTA. SUÁREZ.
DON ABEL SECANO	SR. DÍAZ DE MENDOZA (F.)
DON MAURICIO REGLA Y SALAZAR	CIRERA.
URRUTIA	SANTIAGO.
CABRA	CARSÍ.
TOLEDO	MESEJO.
MANOLO	JUSTE.
BARBUDO	DÍAZ.
DON JESÚS	URQUIJO.
LUCAS	CAYUELA.
UN PRESTAMISTA	GIL.
UN CAMARERO	FERNÁNDE .
ACTO SEGUNDO	
DOÑA ANTONIA PACHECO	SRA. MORERA.
IRENE	SRTA. ASQUERINO.
DOÑA ANDREA	SRA. GUERRERO.
FELISA	SRTA. BREMÓN.
MARIQUITA	GARCÍA.
DON ABEL SECANO	SR. DÍAZ DE MENDOZA (F.)
DON MAURICIO REGLA Y SALAZAR	CIRERA.

(1) Merced á algunas ligeras alteraciones introducidas en el acto segundo de esta comedia después de su estreno en Barcelona, consignamos aquí el reparto de la primera representación en Madrid, en lugar del que allí se le dió.

Debemos, sin embargo, mencionar á la Sra. Guillén, á la Srta. Torres, al Sr. Palanca y al niño Peral, que interpretaron en Barcelona los papeles de Luisita, Felisa, don Mauricio Regla y Salazar y Eduardo respectivamente, y que no figuran en la actualidad en la compañía del Teatro Español.

URRUTIA	Sr.	Santiago.
UN SEÑOR ANÓNIMO		Díaz de Mendoza (M.)
BUSTAMANTE		Guerrero.
DON GENARO		Medrano.
ROMERO		Soriano Viosca.

ACTO TERCERO

IRENE	Srta.	Asquerino.
LUISITA		Cancio.
LIBORIA		Bueno.
DON ABEL SECANO	Sr.	Díaz de Mendoza (F.)
DON MAURICIO REGLA Y SALAZAR		Cirera.
URRUTIA		Santiago.
FOSO		Mesejo.
DON JOVITO		Carsí.
EDUARDO	Niño	Quintín.
PARRA	Sr.	Viñals.
BERMÚDEZ		Urquijo.

ACTO PRIMERO

Negociado de don Mauricio Regla y Salazar, en una oficina del Estado, en Madrid. Mampara al foro. Ventana grande á la derecha del actor. Puertecilla de escape á la izquierda, empapelada como las paredes. Estera de cordelillo. A la derecha, en primer término, mesa y sillón de don Mauricio. A la izquierda, frente á ella, mesa y sillón de don Abel Secano, oficial primero. En el foro, á la derecha de la puerta, un par de mesas de dos pupitres fronteros cada una. La del rincón está colocada, como las de don Mauricio y don Abel, de suerte que al sentarse ante ella los empleados el público los vea de perfil. La otra en sentido contrario: un empleado dará la espalda al público y otro estará de frente á él. Hacia el centro de la habitación otra mesa análoga á la primera y colocada en igual forma. En las paredes, perchas correspondientes á las mesas y alguna anaquelería con legajos. Sobre todas las mesas, aparte el servicio de escribir, abundancia de papeles y libros. Sillas de gutapercha. Cerca de la ventana una estufa. Escupideras y cestos de papeles junto á las mesas. Pendiente del techo, sobre cada una de ellas, una bombilla de luz eléctrica con pantalla verde. Timbres. Almanaque.—La vejez y mal estado de los muebles, el polvo de libros y legajos, el borroso color del papel de las paredes, y aun los remiendos de la estera, patentizan que por la covachuela que hoy rige don Mauricio, han pasado algunas generaciones.—Es por la mañana.

ESCENA PRIMERA

DON ABEL; luego LUCAS; después CABRA

(La oficina está sola. Abrese la mampara y sale don Abel. Don Abel, protagonista de esta comedia, es un pobre diablo. Frisa

con los cincuenta; tiene poco pelo, y éste gris, bigotillo y mosca. Los ojos, mortecinos y tristes. Alguna vez, no obstante, fulgura en ellos siniestra llamarada. Lleva gafas de acero. Sus ropas son humildes, defendidas con maña y bencina de las inclemencias del uso. Al llegar tiende la vista por la estancia, desde la misma puerta, cerciorándose de que aún no hay allí ningún empleado.)

D. ABEL Nadie. Parece que es un crimen, y no es un crimen. (Corre á su mesa, y sin quitarse sombrero ni capa, se sienta, saca de uno de los cajones un cuaderno, y rápidamente, lleno de turbación y ansiedad, busca una entre sus páginas manuscritas.) Aquí está. (Después de leer para sí.) ¡Ah! ¡Ya decía yo! El ritmo de la frase era otro. (Leyendo.) «¿Por qué? ¿Por qué no me contestas ahora? ¿Por qué?» ¡Claro! Se repite dos veces el por qué. ¡Qué tontería! Y no he podido pegar los ojos en toda la noche. (Sigue hojeando el cuaderno.) ¡Qué bien me ha salido esta escena!... ¡Qué linda es esta frase!... «No quiero más esclavitud que la de mi cerebro: no quiero más cadenas que las de mi conciencia.» Aquí hay un aplauso, ó sé yo muy poco de estas cosas. (Mirando con recelo á la puerta.) ¿Eh?... Temí... (Volviendo á la obra.) ¿Pues y ésto? Esto parece de Echegaray. «No pidamos á la carne humana en la tierra, resistencia de roca en la playa.» ¡Bravo! Se me saltan las lágrimas. (Guardando el cuaderno.) Al cajón otra vez, drama mío, no me sorprenda alguien... Ahora causaría mofa, lo que luego ha de causar admiración y envidia. (Mientras cuelga la capa y el sombrero.) ¡Y dicen los críticos que el monólogo es falso!... ¡que no es real!... ¿Pues no vengo yo hablando solo desde mi casa? Por supuesto, ¿quién había de sospechar en el mundo que Abel Secano, el humilde oficial primero de esta mísera covachuela, iba á sentir bajo su cráneo la llama de la inspiración; iba á escribir un drama como ese?.. (Sale Lucas, ordenanza de la oficina, por la puertecilla de escape.) ¿Quién?

LUC. Señor Secano, buenos días.

(Este Lucas procede de la Guardia civil. Usa grandes bigotes, y conserva en su empaque y modos el sello y los hábitos de su primera profesión. En la mano trae un jarro lleno de agua, que vierte en una cacerola que hay sobre la estufa.)

D. ABEL Buenos días, Lucas. (Abstraído: entre dientes.) «No pidamos á la carne humana en la tierra, resistencia de roca en la playa.»

LUC. ¿Manda usted algo?

D. ABEL Nada, Lucas.

(Lucas va á irse por el foro, á tiempo que llega Cabra, á quien deja pasar.)

CABRA Hola, Lucas.

LUC. Felices, señor Cabra. (Vase.)

CABRA Buenos días, don Abel. A usted no hay quien le coja la delantera.

(El ciudadano Cabra, víctima resignada de la administración, y miope de añadidura, viene de capa castaña y hongo café, y usa gafas de gruesos cristales. En la oficina usa manguitos. Las rodilleras de sus pantalones manifiestan que de los sesenta años que tiene ha pasado sentado cincuenta y cinco. Ocupa el primer pupitre de la derecha. Trae en la mano un rollo de papeles.)

ESCENA II

DON ABEL y CABRA; después DON MAURICIO

CABRA ¿Cómo sigue el chico?

D. ABEL Mejor está, Cabra; muchas gracias. ¿Qué papeles son esos?

CABRA El trabajo extraordinario que le dió el jefe á Urrutia. Al fin y al cabo tuve yo que cargar con él. Hasta las tres de la mañana no he podido acostarme. (Arranca la hoja del almanaque.)

D. ABEL Le digo á usted que se está poniendo esta casita... (Saca un periódico y lee de pie junto á la estufa, sin dejar de atender á Cabra.)

CABRA Y menos mal ustedes, los que suben. Ya ve usted yo: ayer hizo cuarenta años que tomé posesión de este mismo pupitre.

D. ABEL ¿Con cuánto?

CABRA Con seis mil reales. Y hoy tengo cuatro mil.

D. ABEL ¡Sí que es una carrera loca!

CABRA (Suspirando.) Aquí me he dejado la vista, el pulso, el pelo, el estómago... No es que yo me queje... Aquí he cogido el reuma que me va á llevar al cementerio; aquí he cogido las jaquecas que padezco alternando con el reuma... No es que yo me queje... Aquí conocí á mi mujer, que en paz descanse. Era hija del entonces portero mayor, que en paz descanse. Se empeñó en casarnos el jefe de esta sección en aquella época, don Inocencio Colmenar, que en paz descanse. La pobrecita me dejó doce hijos, que me viven todos... No es que yo me queje .. A otros les va mucho peor... pero de cuándo en cuándo un desahoguillo... Iré haciendo el parte. (Se levanta, coge de la mesa de don Mauricio una hoja de asistencia, y escribe en ella los nombres de los empleados del negociado, los cuales, á medida que llegan, la van firmando.)

D. ABEL Mire usted, Cabra; yo también me veo rodeado de mucha gente. El mayor de mis chicos ya es un pollo: usted lo conoce. Es listo, es bueno; vale. Será un hombrecito. Me tiene muy contento. Pues bien: si algún día se le ocurriera decirme: «Papá, yo quiero servir al Estado», lo disecaba. No le digo á usted más. Lo disecaba.

CABRA Y haría usted muy bien. ¡Ojalá mi padre me hubiera disecado á mí! Daría gusto de verme ahora.

D. ABEL En cuanto á un servidor de usted... Pero, bueno; esto es otra cosa... Tiempo al tiempo... No quiero hablar. (Saludando á don Mauricio que llega por el foro.) Dios te guarde, Mauricio.

CABRA Don Mauricio, muy buenos días.

D. MAUR. Hola, señores. ¿Qué hay?

(Don Mauricio Regla y Salazar, jefe del negociado, es hombre recto, inflexible, aunque cortés y cariñoso con sus subordinados. Para él la administración es un

culto y él un sacerdote. Su fisonomía es vigorosa, expresiva, muy española. Tiene cuarenta y tantos años. Viste de chaqué.)

D. ABEL ¡Pschés!

¡Hoy como ayer, mañana como hoy,
y siempre igual!
¡Un cielo gris, un horizonte eterno,
y andar... andar!

D. MAUR. Chico, chico, qué por las nubes me recibes. ¿Es que te has dado á la poesía?

D. ABEL Tal vez. De poeta, músico y loco...

D. MAUR. ¿Y tu pequeño?

D. ABEL Parece que ha amanecido mejor. La noche ha sido buena. Luego vendrá la muchacha á decirme el parecer del médico.

D. MAUR. Oye una cosa. (Don Abel se le acerca.) Mira el borradorcillo que he hecho para contestar á la Dirección. (Le da unas cuartillas.) A ver qué te parece.

(Don Abel lee para sí. Don Mauricio en tanto lo contempla con el resplandor del esperado triunfo en la fisonomía. Llega Manolo.)

ESCENA III

DICHOS y MANOLO; luego BARBUDO; después URRUTIA

MAN. Buenos días, señores.

D. MAUR. Hola, Manolo.

CABRA Buenos días.

MAN. Y frescos. (Deja gabán y sombrero en la percha correspondiente, y antes de sentarse en su sitio, que es uno de los pupitres del centro de la escena, se acerca á la estufa para calentarse. Es un muchacho simpático y listo. El gabán que lleva es de entretiempo y el traje de verano. Como se ve, tampoco nada en la abundancia. Para trabajar en la oficina se quita los puños y trueca la americana de la calle por otra remendada y llena de tinta que guarda en su pupitre.)

CABRA Ahí tienes el parte.

MAN. Ahora voy.

D. MAUR. (A don Abel, así que acaba la lectura.) ¿Qué tal?

D. ABEL De lo más bonito que has hecho, Mauricio.

D. MAUR. ¿Eh?

D. ABEL Pero fuerte.

D. MAUR. Eso quiero: darle en la tetilla. Y ya habrás visto que le tapo todos los callejones. Que me sale por peteneras: ley de 15 de Abril del 94; que esto, que lo otro, que lo de más allá: real orden de 26 de Agosto del 95: que tal y cual y qué se yo: real decreto de 14 de Mayo del 96; que si fué, que si vino: instrucción de 12 de Setiembre del 97; que patatín, que patatán: circular de 29 de Octubre próximo pasado. Y no hay más. Tiene que meterse en el burladero.

D. ABEL Sí, sí: no hay escape. (Se va á su sitio.)

D. MAUR. Manolo.

MAN. Mande usted.

D. MAUR. Ponga usted la minuta de esto.

MAN. Sí, señor.

D. MAUR. Y que luego Cabra lo saque en limpio.

CABRA Está bien.

(Llega Barbudo, viejo gruñón de malísimas pulgas. Disfruta un haber de seis mil reales, y toca la trompa en un teatro. Tiene más cejas que bigote. Viene de capa.)

BAR. ¡Qué atmósfera! ¡Se masca el carbón! ¡No sé cómo pueden ustedes resistirla! ¡Aquí nos vamos á morir todos! Buenos días, señores.

CABRA Buenos días.

D. MAUR. ¿Quieren ustedes que abramos la ventana un momento?

BAR. ¡Sí, hombre, sí!

MAN. ¡No, hombre, no! Estos del norte no tienen nunca frío.

BAR. ¡Lo que no quieren es respirar veneno!

MAN. ¡Ojalá se muera usted mañana! ¡Así puede que ascienda yo!

BAR. Sí, sí; no lo verán tus ojos. Tienes oficial quinto para rato. (Después de colgar la capa y el sombrero, siéntase ante el pupitre de frente á Cabra.)

D. MAUR. (Mirando el reloj.) La media ya y faltan cuatro todavía. El mejor día llevo el parte así, y vamos á tener un disgusto. ¿Se sabe de Jiménez?

D. ABEL Continúa malo. Yo estuve ayer á verlo.

D. MAUR. Pues Toledito y Urrutia me van á oir. Y eso que pierde uno la fuerza moral: luego se presenta á las doce ese niño gótico de Jorgito, que abusa porque tiene el tío alcalde, ¿y quién les dice nada á los otros?

BAR. Aquí hay dos razas: los que toman el sol y los que toman quina en rama. Y ande el movimiento. (A Cabra.) Ya me ha dado usted dos veces con el pie en la espinilla.

CABRA Ha sido sin querer.

BAR. Es que sin querer también me duele.

(Llega Urrutia todo jadeante. Es el hazmerreir del negociado. Viste malamente: usa un hongo muy alto y un gabán color de hoja seca, entallado y con raja hasta la cintura. Es ligeramente tartamudo.)

URRUT. Fe... fe... felices.

D. MAUR. ¡Vamos, hombre! ¡Firme usted el parte en seguida!

URRUT. Us... usted perdone, don Mauricio. ¿So... soy el último?

D. MAUR. Firme usted el parte y no se meta en más.

URRUT Us... usted perdone.

D MAUR. No hay de qué. ¿Me quiere usted decir que ha estado usted haciendo?

URRUT. Re... re.. retratándome.

D. MAUR. ¿Cómo?

URRUT. De... de cuerpo entero. Pien... pienso hacerme unas postalitas.

D. MAUR. Siempre había usted de apearse por las orejas. Oiga usted. Ayer, en este oficio, me puso usted fecha de Octubre.

URRUT. ¿Y qué?

D. MAUR. Que estamos en Noviembre.

URRUT. Pues... pues tiene usted razón. Me... me habré equivocado.

D. MAUR. ¿Qué duda cabe?

URRUT. Lo... lo rasparé, y si no queda bien haré otro. Con... con permiso. Don... don Abel, ¿cómo sigue el enfermo?

D. ABEL Un poco mejor; muchas gracias.

MAN. Es verdad; que yo no le he preguntado. ¿Sigue mejor, eh?

D. ABEL Así parece.

(Deja Urrutia sombrero y abrigo en la percha corres-

pondiente, y se acomoda ante su pupitre, de frente al público. También se cambia de americana.)

ESCENA IV

DICHOS y un PRESTAMISTA

PRES. (Saliendo violentamente por el foro con el sombrero puesto, una estaca de la que Dios nos libre, y unas intenciones peores que la estaca.) Buenos días.

D MAUR. Buenos dias.

PRES. ¿El señor Toledo?

D. MAUR. No está.

PRES. ¿No está?

BAR. ¡Pero cúbrase usted!

PRES. ¿Cómo? (Se quita el sombrero.) Ustedes dispensen. ¿De modo que el señor Toledo no está?

D. MAUR. No, señor, no está. Creo que salta á la vista.

MAN. Espere usted un poco. (Levanta la tapa de su pupitre y mira hacia dentro en son de burla.) No; no está.

PRES. ¿Eso ha sido un chiste? Pues el señor Toledo me anda buscando, y me anda buscando el señor Toledo, y no digo más sino que va á encontrarme el señor Toledo.

URRUT. Us... usted á él ya es más difícil.

PRES. ¿Sí, verdad? Buenos días. (Vase como entró.)

MAN. ¡Ladronazo!

URRUT. ¡Ju... judío!

BAR. ¡Chupa sangre!

D. ABEL Pero ¿quién es ese?

CABRA Un prestamista.

D. ABEL ¡Ah! El amigo Toledo trae siempre unas combinaciones y unos enjuagues...

ESCENA V

DICHOS menos el PRESTAMISTA. TOLEDO

TOL. (Asomando el rostro apicarado por la puertecilla de escape, y dando los buenos días en voz baja.) Señores, buenos días.

D. MAUR. ¡Toledo!

TOL. Schsss... Por Dios, don Mauricio, no me riña usted.

D. MAUR. Firme el parte al momento, que voy á llevármelo.

TOL. (Obedeciendo sin quitarse la capa y con el sombrero en la mano todavía.) Sí, señor. Usted comprenderá que hay peligros superiores al rayo.

D. MAUR. Ya, ya estoy. A trabajar ahora. (Vase por el foro con la hoja de asistencia.)

ESCENA VI

DICHOS, menos DON MAURICIO; después LUCAS

(Toledo es joven, madrileño de raza. Se peina entre chulo y señorito. Usa cuello bajo, corbata encarnada y bota con caña de color. Su sitio en el negociado es el de frente á Manolo. Deja capa y sombrero y abre su pupitre mientras le interrogan los demás sobre el pasado lance.)

MAN. Oye, tú, ¿qué belén es este?

TOL. ¡Poca cosa! Que le huyo el cuerpo á ese matatías, porque lo he clavado en cincuenta duros.

(Regocijo general.)

MAN. ¿Sí?

CABRA ¿Sí?

BAR. ¿A ese?

URRUT. ¡Me... me alegro!

D. ABEL Pues es usted el príncipe de los ingenios, amigo mío. ¿Cómo ha sido la cosa? A ver, á ver...

TOL. Ese es mi secreto. El hecho es que no ve una peseta de los cincuenta duros.

BAR. De las pocas veces que ha tenido usted gracia.

URRUT. In... infeliz de mí: le tomé veinte á uno de la calle del Salitre, y ya le llevo entregados más de ochenta.

D. ABEL ¡Qué atrocidad!

URRUT. ¿No... no ve usted que hasta que no le dé la

cantidad íntegra me está cobrando intereses?

TOL. Tú tienes la culpa. Por bruto.

URRUT. Si... si... si fué cuando la enfermedad de mi madre. No... no digo eso: fi... fi... firmo yo la horca.

D. ABEL Toledo, ¿me da usted *El Imparcial?*

TOL. Sí, señor.

D. ABEL Tenga usted *El Liberal.*

URRUT. ¿Quie... quiere usted *El País?*

D. ABEL Luego.

(Cada uno está sentado en su sitio. Don Abel y Toledo leen los periódicos; Urrutia raspa y enmienda su equivocación, en que vuelve á incurrir; Manolo compone un reloj, y Cabra y Barbudo trabajan. Todos, sin embargo, intervienen en la conversación. Toledo, antes de sentarse, toca dos veces el timbre, que se oye lejos.)

TOL. Beberemos agua, ¡que diablo! Para que pase el susto.

URRUT. ¡Mal... maldita sea mi suerte!

MAN. ¿Qué le sucede á usted?

URRUT. ¡Que... que he raspado Octubre y he vuelto á poner Octubre! ¿Es *pata* la mía? Se va á quedar esto como una tela de cebolla.

TOL. ¿Tu raspador no tiene sueldo?

URRUT. ¡No... no tiene sueldo!

TOL. ¡Pues es quien más trabaja en el negociado! (Risas.)

D. ABEL Amigo Barbudo: ayer á su novillerito de usted le echaron un bicho al corral.

BAR. También se los echaban á Lagartijo, amigo Secano.

MAN. ¡Ande usted con esa, don Abel!

URRUT. Es... es que en Madrid no se sabe ver toros. ¿Verdad, Barbudo?

BAR. No señor; no se sabe.

TOL. Para ver toros hay que ir á su pueblo de usted. ¡Creo que los lidian en la sala de sesiones del Ayuntamiento!

CABRA ¡Ja, ja, ja!

URRUT. ¡Hom... hombre: crisis!

(Gran alarma.)

BAR. ¿Crisis?

CABRA ¿Crisis?

MAN. ¿Cómo crisis?
URRUT. En... en Portugal.
CABRA ¡Ah, vamos!
MAN. ¡Nos ha asustado usted!
LUC. (Por el foro, con dos vasos de agua en una bandeja.) Agua, señores.
TOL. Deme usted, Lucas.
D. ABEL Deme usted á mí también. (Beben ambos.)
LUC. ¿Quiere algún señor más?
D. ABEL Gracias.
LUC. Servir á ustedes. (Vase.)

ESCENA VII

DICHOS menos LUCAS

MAN. Cómo se conoce que este Lucas ha sido de la Guardia civil. Siempre está cuadrado.
BAR. Ya lo malearán los otros bigardones.
TOL. (Levantándose.) ¡Ah, señor Barbudo, ahora que me acuerdo! Ya decía yo que había entre nosotros una cuentecita pendiente. Anoche, en casa de Morán, estuve cenando con varias amigas y dos ó tres ilustres *concurdáneos*; uno de ellos, este chico que escribe de teatros... este... Calpena.
D. ABEL ¿Es usted amigo de Calpena?
TOL. Unas miajas. Coincidimos en gustos: Blázquez ó N. P. U. Bueno, pues se me ocurrió preguntarle sobre la discusión que ayer tuvimos, señor de Barbudo, y me aseguró que se puede decir ó muy gordo ó gordísimo; pero que *muy gordísimo*, como usted sostenía...
BAR. ¡Y sostengo!
TOL. Es un disparate de á folio, impropio de toda persona que ande en dos pies, aunque usted lo haya oído en el Congreso.
D. ABEL ¡Claro! Escuche usted: un ministro, que ya es académico de la lengua, dice *á por* y dice *riyéndose*. Me consta.
TOL. Lo creo.

CABRA — Pues un gobernador de provincia, protector mío, que en paz descanse, á las *cocretas* las llamaba croquetas.

D. ABEL — Y las llamaba bien.

CABRA — ¿Bien? ¿Pero no son *cocretas*?

D. ABEL — No señor.

CABRA — Pues es un error en que llevo cincuenta años.

URRUT. — Y .. y mi portera con usted. (Risas.)

D. ABEL — Bueno, señores, vamos a trabajar, que luego don Mauricio me dice á mí que si no puede dejarme solo, que si yo alboroto el cotarro, etcétera, etcétera.

TOL. — Vamos á trabajar.

BAR. — ¡Ya era hora!

(Todos obedecen la indicación de don Abel, á excepción de Urrutia, el cual levanta y sujeta la tapa de su pupitre con un cuadradillo, y oculto tras ella nadie puede ver lo que hace. Hay un breve silencio. A poco, hacia la derecha, principia á oirse un número popular de zarzuela tocado al violín por un músico callejero.)

URRUT. — (Detrás de su tapadera.) A... ahí viene el ciego.

MAN. — Pobre hombre: á las dos de la noche está todavía rascando el violín por esas calles.

TOL. — Anoche lo ví yo á última hora tocando los *couplets* de las enaguas.

D. ABEL — ¡Oh! ¡No puedo ya con las enaguas! ¿Va gente á ver eso, Barbudo?

BAR. — Pican, pican.

D. ABEL — Yo lo sentiría por usted, que toca la trompa en la orquesta y se gana un sueldo honradamente; pero me alegraría de que cerraran ese teatrucho.

BAR. — ¡Hombre!

D. ABEL — A mí deme usted arte: á mí no me dé usted pantorrillas.

TOL. — Opino todo lo contrario.

(El ciego ha ido aproximándose; luego pasa cerca de la ventana, y al fin se aleja. En cuanto lo que toca llega á ser bien perceptible, primero uno de los empleados, en seguida dos, después todos ellos, tararean ó silban á compás. Toledo, en algunos momentos, hace de director de orquesta, usando por batuta un cuadradillo. En el instante en que es más vivo el entusiasmo, preséuta-

se don Jesús por el foro. D. Jesús es un viejecito jubilado, recortadito y pulcro. Lo reciben con mucho afecto.)

ESCENA VIII

DICHOS y DON JESÚS; después LUCAS

D. JES. ¡Buenos días, señores! ¡Este es el negociado de la a egría! ¡Je!

D. ABEL ¡Don Jesús! ¡Dios le guarde!

CABRA ¡Querido Jesús!

URRUT. ¡Ho... hola, don Jesús!

MAN. ¿Qué tal, don Jesús?

D. JES. ¿Estábamos de concierto, eh? ¡Cómo se conoce que anda por ahí Mauricio!

TOL. ¡Hay que alegrar la vida, don Jesús!

D. ABEL ¡Nos tenía usted olvidados!

D JES. La lluvia, hijo, la lluvia. Ya sabéis que cuando hace sol, vengo á la oficina como si estuviera en activo. No puedo remediarlo: me veo en la calle y se me vienen los pies para acá.

D. ABEL Por aquello de que
siempre, aunque sea una cárcel,
hay un ricón olvidado...
¿No es cierto, don Jesús?

D. JES. Muy cierto, muy cierto... (Acercándose á don Abel.) ¿Qué hay, amigo Secano?

D. ABEL Lo de siempre: dejándonos aquí la vida, día por día. Estoy más harto de estas cuatro paredes...

D. JES. Hombre, pues tú no te puedes quejar: llevas una carrera muy bonita...

D. ABEL ¡Ay, don Jesús! El mundo es muy grande, muy vario... Hay en él muchas veredas por surcar.

D. JES. Chico, no te entiendo.

LUC (Por el foro.) Señor Toledo; aquí le buscan.

TOL. (Levantándose y escondiéndose á prisa tras su capa.) ¡No estoy! ¡Diga usted que no estoy!
(Manolo y Urrutia contribuyen en seguida al engaño, suponiendo que es el prestamista otra vez.)

MAN. (Alzando la voz.) ¡El señor Toledo no ha venido! ¡No está en Madrid!

URRUT. ¡Es... está en Marruecos!

D. ABEL ¿Quién pregunta por él?

LUC. No conozco... Es una señora muy guapa, de mantón.

TOL. (Saliendo á escape del escondite.) ¡Pero, hombre, haberlo dicho! ¡Si es una peinadora que me proteje! (Vase por el foro corriendo. Todos se ríen del lance.)

LUC. Señor, yo no sabía... (Se va también.)

D. JES. Es mucho peine este Toledito... Oye, Abel, ¿y tu gente?

D. ABEL A Ricardín lo tengo algo malucho. Los demás están buenos.

D. JES. Irenita se ha puesto monísima. El otro día me la encontré. Iba con tu cuñada. Es un pimpollo la criatura.

D. ABEL Dios me dé fuerzas para verlos en camino á todos. Y son siete, querido don Jesús.

D. JES. Ya, ya sé que son siete. Pero tú verás cómo los sacas adelante. (Acercándose á Urrutia, el cual se levanta.) ¿Qué hay, pollo?

URRUT. Us... usted dirá, don Jesús.

D. JES. Siéntate, hombre. ¿Y tu madre?

URRUT. Tan... tan buena: fastidiada con su reuma.

D. JES. ¿Y tu padre?

URRUT. Tan... tan bueno: fastidiado con su hígado.

D. JES. Hace un siglo que no los veo.

MAN. Don Jesús: ¿se le volvió á parar á usted el reloj?

D. JES. (Acercándosele.) No, hijo mío: desde que tú me lo compusiste...

MAN. Diga usted; ¿es cierto que va usted á instalar en su casa la luz eléctrica?

D. JES. Hombre, no sé: eso quiere Gertrudis. Ya veremos.

MAN. Pues no se comprometa usted con nadie.

D. JES. ¿También electricista?

MAN. También. Hay que agarrarse á todo: tengo ya dos chicos. Quedará usted satisfecho, don Jesús. Es más: le enseñaré á usted una trampa para que no corra mucho el contador.

D. JES. ¡Je! Lo que tú no discurras... ¿Y ahora qué te haces, Manolillo?

MAN. Pues aparte esas menudencias que suelen

salirme, cuando acabo aquí en la oficina me voy á casa de Rodríguez Rincón, donde llevo el correo; allí estoy hasta las seis ó las siete, según el número de cartas; luego al Real,—ya sabe usted que soy acomodador de las plateas...

D. JES. Sí; eso es de mis tiempos. ¿Y á casita después?

MAN. ¿A casita? ¡A la buñolería!

D. JES. ¿A qué buñolería?

MAN. A una que he abierto á medias con un francés en la calle Mesón de Paredes.

D. JES. Ya.

MAN. Mi socio ha puesto el dinero y yo la inteligencia. Y hay que estar encima. Porque no es posible fiarse de nadie. Ni siquiera del socio.

D. JES. Chico, chico...

MAN. Al amanecer me retiro á casa, y trabajo un poco en marquetería, compongo relojes, ilumino algún retratillo... Lo que cae.

D. JES. Pero, muchacho, ¿y cuándo duermes?

MAN. Los domingos.

D. JES. ¡Je! (Volviéndose á don Abel un momento.) Escúchame, Abel, ¿contestaron de la Administración de Huelva ó hubo necesidad de conminarles con multa?

D. ABEL No, no; contestaron.

D. JES. ¿En la forma que yo indicaba?

D. ABEL Sí, señor.

D. JES. ¡Claro! ¡Si aquello era de sentido común! (Acercándose á la otra mesa.) ¿Qué hay, señor Barbudo?

BAR. ¿Qué ha de haber? ¡Rabiando!

D. JES. ¿Y la señora?

BAR. ¡Calcule usted: rabiando!

D. JES. ¡Vaya por Dios! Tú, amigo Cabra, siempre dando ejemplo de laboriosidad.

CABRA Psché... ¡qué remedio!

D. JES. Ya supe que se murió tu cuñada Pepa.

CABRA La pobrecita descansó. Lo que no sabes es que toda la familia está conmigo.

D. JES. ¿Sí, eh?

CABRA Una de esas gangas que á mí me caen... No

es que yo me queje, pero hazte cargo: añade cuatro bocas más á las doce que ya tenía, y dime si con cuatro mil reales es posible vivir. ¡Catorce nos sentamos á la mesa!

D. JES. ¿Catorce?

CABRA ¡Catorce! Nos levantamos en seguida ¿eh? pero nos sentamos catorce.

D. JES. ¿Tu hijo mayor te ayuda?

CABRA Me entrega lo que gana el pobrecillo: una miseria que le dan en ferrocarriles. El segundo quiere ser actor: me trae frito.

D. JES. ¿Y Leopoldín?

CABRA A ese lo tengo en una imprenta, y á Salvador en un comercio. Me los exprimen como limones y les dan dos reales los sábados, pero siquiera aprenden á trabajar.

D. JES. ¿Y Asunción?

CABRA Asunción se casa en Febrero.

D. JES. Que sea enhorabuena. ¿Con quién?

CABRA Con un sacristán. Lo primero que ha salido; no íbamos á escoger... Parece buen muchacho; la quiere...

D. JES Bueno, hombre, bueno... Está bien, está bien... Voy á saludar á los de aquí junto.

MAN. Vaya usted con Dios, don Jesús.

TOL. (Llegando.) Don Jesús, vaya usted con Dios. Siempre ha habido pobres y ricos.

D. JES. Adiós, buena pieza... Si como eres listo quisieras trabajar...

TOL. Es que si quisiera trabajar ya no sería listo.

D. JES. ¡Je! Quedaos con Dios. Hasta otro diíta.

D. ABEL Adiós, don Jesús.

URRUT Va... vaya usted con Dios.

TOL. Déjese usted ver de cuándo en cuándo.

MAN. No me eche usted en olvido, don Jesús.

D. JES. Quedaos con Dios, que láos con Dios.. (Se va por la puertecilla de escape.)

ESCENA IX

DON ABEL, URRUTIA, MANOLO, TOLEDO, BARBUDO y DON MAURICIO

TOL. Pues señor, ¡vaya un día! Después de la buena vista de mi peinadora, se me ocurre entrar en el negociado de Bermúdez, estaban tallando al monte y he ganado cuarenta céntimos.

MAN. Eres el niño de la suerte.

D. MAUR. (Por el foro, con unos papeles en la mano.) Hoy viene el jefe con los pantaloncitos de montar. (Á don Abel.) Chico, á Marchena lo ha puesto verde.

D. ABEL ¿Sí, eh? Pues quiera Dios que no me llame á mí, porque traigo los nervios de punta.

D. MAUR. Urrutia, ¿qué hace usted?

URRUT. (Asomando la cabeza por encima de la tapa del pupitre.) Pi... pi... pitillos.

D. MAUR. No es ocasión de hacer pitillos. ¿Enmendó usted aquel oficio?

URRUT. Sí señor; tome usted.

D. MAUR. (Indignado al ver lo lamentable de la raspadura.) ¡Hombre, por Dios! ¿Usted cree que esto se le puede presentar al jefe? ¡Ni que raspase usted con un cuchillo de cocina! Cabra, copie usted esto en limpio.

CABRA En seguida.

URRUT. Pue... puedo copiarlo yo, don Mauricio.

D. MAUR. No hace falta: usted sume estas cantidades y ponga en un papel aparte el total que arrojen. Manolo, deme usted mis cuartillas, que el jefe las quiere leer. Probablemente no servirá una letra; pero quien manda manda. ¡Ah! y todos en su sitio, que me temo que le dé hoy la ventolera de visitar los negociados. (Se va de estampía por el foro.)

TOL. ¡Cómo me molestan las lumbreras de la administración!

URRUT. Y... y á este cura.

D. ABEL A mí me molestan la administración y las lumbreras.

ESCENA X

DICHOS, menos DON MAURICIO; un MOZO de café

BARB. Milagro será que no nos haga venir esta noche.

MAN. Sí; porque empieza á torcerse el día.

TOL. Lo que será milagro es que nos escapemos sin aquello de... (Imitando á don Mauricio, pasea y dicta en tono campanudo.) Manolo: coja usted cuartillas y escriba. (Los demás se ríen.) Bases... para la organización y reforma de la Hacienda pública, coma... del Ejército, coma... (Auméntanse las risas.)

D. ABEL Señores, señores, que no está ni medio regular burlarse así de nuestro jefe... á espaldas suyas.

URRUT. ¿Y... y cómo vamos á burlarnos cuando esté delante, don Abel?

TOL. ¡Claro!

CABRA ¿Tiene usted papel de membrete, Urrutia?

URRUT. Pen... tengo un pliego; pero está manchado de queso.

MAN. Yo tengo limpio. Tome usted.

(Sale con un servicio el Mozo de café por la puertecilla de escape, y lo deja sobre la mesa de Manolo.)

MOZO Buenos días.

TOL. Hola, Sebastián.

MAN. ¿A quién le toca hoy?

MOZO Al señor Urrutia.

URRUT. Pues apún... púntalo.

MOZO Está bien. Hasta luego. (Se va por el foro.)

(Suena el timbre correspondiente á la mesa de don Abel.)

D. ABEL ¡Hombre! ¡qué gracia! ¿Qué tripa se le habrá roto á ese don Finchado que tenga yo que componer? (Se levanta de mala gana). Vamos á ver á su excelencia. ¡Como si nosotros tuviéramos la culpa de que él se haya casado con una señora que lo trae de cabeza! (Vase por el foro.)

ESCENA XI

TOLEDO, URRUTIA, MANOLO, BARBUDO y CABRA; luego LUCAS

MAN. Caballeros, ¿ustedes han visto cómo está cambiando este don Abel?

BARB. De eso justamente iba á hablar yo. Hace una temporada que es otro hombre. ¿Qué diablos le pasa?

URRUT. A... anoche, serían las doce y media, lo ví yo por la calle del Colmillo discutiendo solo.

TOL. Pues el domingo por la tarde—miento, el lunes,—estaba en un cafetín de la calle Toledo con tres ó cuatro tipos que si no eran cómicos le andaban muy cerca.

MAN. ¿Cómicos?

TOL. Así parecían. ¡Vaya usted á saber en qué andará metido!

LUC. (Por el foro.) ¿El señor Secano?

CABRA Está con el jefe.

TOL. ¿Quién lo busca?

LUC. La doncella que tiene ahora: esa que vino el otro día.

TOL. ¡Ah! ¡Esa tan guapa!

MAN. ¡Que pase!

TOL. Hombre, sí: dígale usted que pase; que don Abel ha de tardar un rato.

LUC. Perfectamente. (Se va.)

CABRA ¿No se incomodará, señores?

TOL. ¿Por qué?

MAN. La chica es preciosa.

URRUT. Y... y muy distinguidita, ¿verdad?

TOL. Eso es lo mejor: sus pretensiones de persona fina.

MAN. Digo yo: ¿si todo lo que tendrá don Abel será que ha perdido el seso por la doncellita?

TOL. No: me parece que no.

LUC. (Abriendo la mampara del foro y dejando pasar á Fidela.) Aquí. Pase usted.

ESCENA XII

DICHOS, menos LUCAS. FIDELA

(Aparece Fidela, en actitud entre resuelta y comedida, que ella cree de suprema distinción. Es una muchacha de pueblo, que por azares de su vida se encuentra en Madrid, dedicada al servicio doméstico. Viste con arreglo á su posición actual, pero con ciertos detalles que quieren ser de señorío.)

FID. Con permiso. Muy buenos días. Ay, todos son hombres.

MAN. Buenos días.

URRUT. Bue... buenos días.

FID. ¿Cómo están ustedes? ¿Están ustedes buenos?

MAN. Bien, ¿y usted?

FID. Yo bien; muchas gracias. ¿Sus familias de ustedes están bien?

TOL. Bien; muchas gracias.

URRUT. ¿Y... y la de usted?

FID. Una servidora no tiene familia; pero muchas gracias.

TOL. Siéntese usted aquí. (Ofreciéndole una silla junto á la estufa.)

FID. Ahí, no; muchas gracias. Con permiso de usted, me arrebata demasiado el calor.

TOL. (Trasladando la silla junto á la mesa de secano.) Pues aquí entonces.

FID. Ahí tendré muchísimo gusto. Muchas gracias. (Se sienta.)

TOL. ¿Hace frío en la calle?

FID. Sí, señor; muchas gracias.

(Pausa. Todos la miran y ella alardea de que no siente turbación.)

TOL. En seguida vendrá don Abel. Le ha llamado el jefe á su despacho.

FID. Una servidora no tiene prisa mayormente. ¡Ay, mayormente!... Esto no lo dicen más que las personas de cierta clase. Todo se pega menos lo bonito.

(Manolo ha repartido el café en tres vasos. Le lleva

uno á Urrutia, él bebe de otro, y el otro lo deja en el pupitre de Toledo.)

TOL. Puede usted expresarse con libertad. Aquí no nos asustamos de nada.

MAN. Y que, diga usted lo que diga, sus modales y sus palabras dicen bien claro que no es usted lo que parece.

FID. Ay, no, señor; no soy lo que parezco.

URRUT Ya... ya se ve que es usted una persona muy distinguida

FID. Muy distinguida, sí, señor. ¿Para qué voy yo á negar lo que salta á la vista? (Suspirando.) ¡Ay!... Los azares del mundo me han hecho descender unos cuantos peldaños en la sociedad... Por eso digo que no tengo familia, pero la tengo... y muy honrada... Si yo les declarase á ustedes el nombre de mi señor padre, tal vez se asustarían.

URRUT. ¿Ra... Ravachol?

FID. Dispénseme usted que lo oculte.

TOL ¡Sí, señora! Pues no faltaba más! (Bajo á Manolo, al ir por su vaso.) (¡Es una doncella de abrigo!) ¿Quiere usted un sorbo de café?

FID. Ay, muchas gracias.

TOL ¿De veras?

FID. Muchas gracias.

URRUT. ¿La... la irrita á usted?

TOL. ¿Es que no le gusta?

FID Sí, señor; sí que me gusta. He tomado mucho café en este mundo. Pero de otro modo.

URRUT. ¿En... en grano?

TOL. ¿Quieres callarte, estúpido?

FID. Ese caballero se burla. No hay como bajar unos peldaños en la sociedad para ser la diversión de la gente.

URRUT. No... no me burlo. Ha sido una broma, señorita.

FID. Señorita, bien dicho está: señorita. Empleada hoy día por mi desgracia en bajos menesteres, pero muy señorita. ¡Ay, si mi familia ganara un pleito que tiene en Portugal sobre unos títulos de nobleza! No lo ganará, porque cuando viene la mala todos son reveses. Pero sin *arremontarme* tanto: si

usted supiera quien fué el padrino de boda de mi hermano el fraile... (Risas.) De mi hermano el fraile, no es equivocación. Casó muy bien, enviudó el pobrecito, y de pena se metió en un convento.

URRUT. Co... como don Alvaro.

TOL. Hombre, don Alvaro no enviudó.

MAN. ¡Ni se casó siquiera!

URRUT. Pe... pero se encerró en un convento, que es lo que yo digo.

FID. ¡Ay!

MAN. ¿Y está usted á gusto en casa de don Abel?

FID. Contenta estoy, porque todos allí son muy cariñosos conmigo; pero derramo lágrimas interiores, porque quien ha sido y no es... usted calcule. Con todo, bendigo á Dios que me los puso en mi camino por una dichosa casualidad.

TOL. ¿Luego usted no tenía relaciones anteriores con ellos?

FID. No, señor. Yo, hace ya algunos meses, venía en el tren sola con mis penas, huyendo de una ciudad de cuyo nombre no quiero acordarme, como dicen en el *Don Quijote*—ya ven ustedes como tengo mi poquito de ilustración. Y—lo que pasa en las *líneas* férreas—en la segunda estación del *trayeto* se subió en mi coche una señora. Yo no podía contener los sollozos, y la señora, á poco de oirme, se interesó por mí y me preguntó lo que me pasaba. Le *riferí* mi historia y me tuvo mucha piedad. ¡Mi historia es muy triste, señores míos, muy triste! Si supieran ustedes quien fué mi padrino de confirmación, comprenderían lo bajo que ha caído esta desgraciada. La señora aquella era la hermana política de don Abel—cuñada, que se dice ordinariamente,—y como se enteró de mis intenciones y la conmoví tanto con mis lágrimas, me ofreció su casa desde luego y me llevó á ella, porque vió el peligro que en un Madrid corría una joven tan decentita como yo y tan bien dotada por la naturaleza, aunque esté mal que yo lo diga.

BAR. (Dando un puñetazo en la mesa.) (¡Ya me ha equivocado tres veces!)

FID. En fin, señores míos, qué cosa no será mi historia, cuando un señor de tanto talento como el señor Secano, ha compuesto un drama con ella.

(El empleado que menos abre un palmo de boca al escuchar tal revelación.)

TOL ¿Eh?

MAN. ¿Cómo?

URRUT. ¿Un... un drama?

FID. Un drama, sí ¿Pero ustedes no lo sabían?

TOL. ¡Ya lo creo! ¡Si nos lo ha leído! (Les guiña á los demás.) Se titula...

FID. *La paloma herida.*

TOL. *La paloma herida*; eso es. Lo que no sabíamos nosotros era que usted fuese la heroína de ese drama.

FID. La heroína, justo: la heroína. Sí, señor; pues yo soy.

TOL. ¡Vaya por Dios! ¿Tan desgraciada es usted como aquella... no recuerdo el nombre... como aquella...?

FID. Alfonsa.

TOL. Alfonsa: cabalmente.

FID. No ha querido ponerle Fidela, que es mi gracia, por no echar un borrón sobre mi familia. En el primer *ato* y en el segundo *ato*, pasa todo de la misma manera que me ha pasado á mí. En el tercer *ato* ya varía un poquito.

MAN. ¿Y eso?

FID. Pues usted imagine: varía en que Alfonsa muere del pecho... y yo... en buena hora lo diga... me parece que... Don Abel no quería matarme: pero dice que luego los críticos, si no muere alguien en la obra, salen con que no es drama...

TOL. Ya.

FID. Y él quería que lo fuese.

URRUT. Y... y lo probable es que lo sea.

MAN. Sobre todo si llega á representarse.

FID. En eso anda. Aquí le traigo yo una gran noticia: una carta de un señor que tiene mu-

cha mano con los cómicos, que lo cita mañana en su casa para que le lea el drama á un primer *ator*, á ver si lo quiere echar en su teatro. Yo me alegraré mucho de que lo eche.

TOL. Ah, pues lo echará, lo echará... ¡En cuanto que lo oiga!

MAN. Si no echa el drama, echa á don Abel..

FID. ¿Cómo?

TOL. (Por don Abel, que vuelve.) Aquí está nuestro hombre.

ESCENA XIII

DICHOS y DON ABEL. Al final DON MAURICIO

D. ABEL Hola, Fidelita. A ver, qué carta es esa...

FID. Tome, señor. La que usted esperaba.

D. ABEL ¿Sí? (Loco de júbilo lee la carta repetidas veces.)

FID. La señorita Irene se atrevió á abrirla, porque conoció la letra del sobre, y nos la leyó á todos. Figúrese usted qué alegría. Por eso me mandó al instante con ella.

D. ABEL Ya, ya. ¿Y el chico?

FID. Mejor está. La fiebre ha *rimitido*.

D. ABEL Pues vete allá y diles que me quedo saltando de gozo, y que hoy me marcharé más temprano.

FID. Bueno, señor.

D. ABEL Ah, mira. Ten ahí. (Dándole dinero.) Compra unos pasteles.

FID. ¿De *clema*?

D. ABEL De todos.

FID. Hasta luego, señor.

D. ABEL Adiós, Fidela. (Relee la carta radiante de alegría.)

FID. (A los empleados.) ¿Mandan ustedes algo á una servidora?

TOL. Gracias.

MAN. Muchas gracias.

FID. Pues con su permiso... Yo he tenido mucho gusto en conocerlos...(Se encamina hacia la puerta de la izquierda.)

TOL. Por ahí no...

FID. Ay, me había confundido. Es la primera vez que entro en este local... A cualquiera le pasa... No es por falta de trato... Servidora de ustedes... (Encamínase á la ventana.)

TOL. Por ahí tampoco: esa es la ventana.

FID. Ya, ya lo veo. Es que iba á mirar si llovía... No es por falta de trato...

URRUT. (Abriéndole la mampara.) Pa... pase usted.

FID. Muchas gracias. Servidora de ustedes... (Saludando á don Mauricio, que llega á tiempo y la deja pasar.) Beso á usted la mano.

D. MAUR. Adiós.

D. ABEL (Frotándose las manos gozoso.) ¡Bien, hombre, bien! ¡Perfectamente bien!

ESCENA XIV

DICHOS menos FIDELA. DON MAURICIO

TOL. ¡Vaya una doncellita que gasta usted para andar por casa!

D. ABEL Guapa chica es, en efecto.

D. MAUR. ¿Es esta quizás aquella de que tú me hablaste?

D. ABEL La misma.

D. MAUR. Sí que tiene buen ver.

D. ABEL Lo que yo siento es que un pobre oficial primero como yo, cargado de familia, no puede sostener doncellas de tal fuste.

BAR. (Acercándose á don Mauricio.) Don Mauricio, ¿me permite usted que me llegue un momento al teatro?

D. MAUR. Sí, hombre, sí.

BAR. Muchas gracias.

TOL. ¿Va usted á seguir á la doncellita, eh?

BAR. Ni más ni menos. Muérase usted de envidia. (Se pone el sombrero y la capa, y se va en medio de las risas de todos.)

ESCENA XV

DICHOS menos BARBUDO

(Don Abel no se puede estar quieto. La satisfacción no lo deja. Así, pues, mientras trabajan los demás, él pasea hablando de lo suyo.)

D. ABEL Fidelita, Fidelita... Ha impresionado Fidelita... Ustedes, los jóvenes, claro es, se fijan más en el rostro hechicero, en los labios de grana, en el seno turgente... ¿eh? Pero créanme á mí: Fidela, con ser tan hermosa, es mujer, más que para vista por fuera, para vista por dentro.

TOL. Eso no lo niego yo, don Abel.

D. ABEL Sin mostaza. Su historia, que ya les he contado á ustedes á grandes rasgos, es interesantísima de veras.

¡Ay infeliz de la que nace hermosa!

D. MAUR. ¿Nos la vas á contar otra vez?

D. ABEL (Sin atenderle.) Es la historia hermosamente vulgar y sencilla de la mujer que cae por amor. (En sus ojos reluce la llamarada siniestra que se ha mencionado al principio.) Un hombre le miente al oído palabras engañosas: el niño ciego acecha entre flores: no pidamos á la carne humana en la tierra, resistencia de roca en la playa.

D. MAUR Pero, Abel, ¿qué dices?

TOL. (A Manolo.) Me da el corazón que está *probando* una escenita.

D. ABEL Y yo pregunto... (Don Mauricio lo mira asombrado por cima de los lentes.) Y pregunto yo: ¿qué sociedad es esta que tiene vítores y aplausos para el ladrón de honras ¿eh? y no más que desdén y lodo para la víctima? ¿eh? ¿eh?

MAN. Eso se pone en un drama y lo aplauden.

D. ABEL ¿Lo aplauden, verdad? ¿Qué mundo es este en que vivimos, tan mezquino, tan miserable, tan pequeño...

D. MAUR. (Interrumpiéndole en el mismo tono, al oir el timbre correspondiente á la mesa de don Abel.) ¿En que á

lo mejor te llama el jefe y tienes que ir á su despacho?

(Risas aduladoras de los subordinados.)

D. ABEL (Un poco corrido.) Pero ¿es á mí?

(Vuelve á sonar el timbre.)

D. MAUR. A tí: no lo dudes. Ya lo estás oyendo.

D. ABEL (Contrariado.) Nuestro dignísimo superior jerárquico, sobre ser imbécil es inoportuno.

D. MAUR. Paso, paso, querido Abel: sabes que no me gusta que se trate así á quien debe merecer nuestro respeto.

D. ABEL Pues son dos trabajos, si bien lo miras: es el uno, que no te guste, y es el otro, que tienes que aguantarte. (Al timbre, que vuelve á sonar.) ¡Voy, hombre, voy! (Yéndose por el foro.) ¡Qué fastidio!

ESCENA XVI

DICHOS, menos DON ABEL

D. MAUR. Señores, necesito verlo para creerlo. Este Secano era trabajador, incansable, obediente, respetuoso; y de algún tiempo acá, yo no sé qué mala hierba habrá pisado, que se nos ha vuelto del revés: gandul, charlatán, alborotador, levantisco... Por las barbas de mi abuelo que no sé, no sé...

TOL. (Con júbilo.) ¡Nosotros, sí!

D. MAUR. ¿Cómo?

MAN. (Lo mismo.) ¡Hace diez minutos hemos descubierto la clave!

D. MAUR. ¿De veras? ¿Pues qué hay?

TOL. Hay, que don Abel ha escrito un drama con el argumento de la chica, es decir, que de la historia de Fidela ha sacado el argumento para un drama, y ese drama es el que le ha hecho perder la chabeta.

D. MAUR. ¿Qué me cuenta usted?

TOL. ¡Lo que nos ha contado la muchacha!

D. MAUR. ¡Pero si hace falta estar loco!

MAN. ¡Pues lo estará!

D. MAUR. ¡Cristo, qué desgracia!

CABRA Tremenda, don Mauricio, tremenda... Y cuenta que una cosa así le sucedió á mi hermano Baldomero, que en paz descanse.

D. MAUR. ¡Pobre Abel! ¡Pobre amigo mío! (Manolo y Toledo se ríen.) No, no; no es caso de risa.

TOL. Pues ¿de qué ha de ser, don Mauricio?

D. MAUR. De lástima: créanme ustedes. Conozco ejemplos estupendos. El *bacillus* del autor es más temible que el del cólera morbo. El hombre que escribe un drama sin deber escribirlo, ya no tiene una hora feliz. Y siéntense ustedes, no venga y nos coja murmurando de él. (Reparando en el pupitre de Urrutia que tiene la tapa levantada y á Urrutia detrás.) Urrutia, ¿usted qué hace?

URRUT. (Asomando la cabeza como la otra vez.) Li... limándome una uña.

D. MAUR. Pues esa operación la deja usted para su casa. ¿Sumó usted las cantidades que le dí?

URRUT. (Yendo con los papeles á la mesa del jefe.) Sí... sí, señor; aquí está el resultado.

D. MAUR. ¿Qué saca usted?

URRUT. Vein... veintisiete mil quinientas cuarenta y cinco pesetas... con quin... con quin... con quince céntimos.

D. MAUR. ¿Ve usted, hombre? ¡Luego dice usted que le tengo ojeriza! ¿Cómo han de dar estas cifras un total de veintisiete mil pesetas, si una sola de las partidas es de cuarenta mil?

URRUT. Me... me... me habré equivocado.

D. MAUR. (Mirándolo con indignación.) ¡Naturalmente! Cabra.

CABRA Señor.

D. MAUR. Haga el favor de sumar esto.

CABRA En seguida.

(Suenan sucesivamente y á diversas distancias varios timbres. Uno de ellos es el correspondiente á don Mauricio.)

D. MAUR. (Levantándose.) ¡Bueno va! Tenemos reunión magna. (A don Abel, que llega cuando él va á marcharse.) ¿Qué sucede, chico?

D. ABEL Nada, hombre, nada: que las contrariedades domésticas de ese don Botijo las hemos de pagar aquí.

D. MAUR. Mira, Abel, no olvides lo que te dije antes.

D. ABEL ¡Pues no olvides tú tampoco lo que te repliqué!

(Se va don Mauricio.)

ESCENA XVII

DICHOS y DON ABEL

D. ABEL (Barajando en la mesa papeles y libros y tomando notas en una cuartilla.) Ganas de pedir datos ridículos para darse tono... ¡Mentecato!... (Suena el timbre correspondiente á él.) Aguarda un poco, vida mía... ¿En dónde tendré yo esos papelotes? (Vuelve á sonar el timbre.) Aguarda un poco, digo, hijo del alma, que es más fácil dar con el dedo en el botón, que dar con estas sandeces que tú quieres. (Tararea cualquier musiquilla.) ¡Jesús, qué caramba! (Suena el timbre de nuevo.) ¿Otra vez? ¡Mira no me cruce de brazos, si hurgas mucho!

CABRA (Inquieto.) ¡Que se juega usted el destino, don Abel!

D. ABEL ¡Y me lo juego á usted al mus, mi querido amigo! (Ríasa.) ¡Pues hombre! ¡A fe que estoy yo para templar gaitas!

D. MAUR. (Llegando y encarándose con su amigo.) Abel, ¿qué es esto? ¿No has oído el timbre del jefe?

D. ABEL Sí.

D. MAUR. ¿Y por qué no has ido inmediatamente al despacho?

D. ABEL Porque... tengo reuma en los tobillos, ¿te enteras?

D. MAUR. Para tener ese reuma es preciso ser accionista del Banco; ¿te enteras tú? Y por la amistad particular que nos profesamos, y por la subordinación que como inferior jerárquico me debes, te suplico que mientras sirvas á mis órdenes no des espectáculos como este que acabas de dar. Conque vé al despacho del jefe en seguida, y tengamos en paz la fiesta. Si no basta el ruego del amigo, valga el mandato del superior.

D. ABEL (Un tanto amostazado y nervioso.) Mira, mira, Mauricio, no quiero contestarte.

D. MAUR. Mejor es.

D. ABEL Para tí, por lo menos.

D. MAUR. Y para tí.

D. ABEL Bien está.

D. MAUR. Pues bien está. Y silencio, ¿eh?

D. ABEL (Con desdén soberano.) ¡Eres un legajo que habla! (Se va por el foro de mal temple.)

ESCENA XVIII

DICHOS menos DON ABEL; después BARBUDO

D. MAUR. (Paseándose preocupado.) ¡Inaudito! ¡inaudito! Y lo pongo á raya: esto no; esto no. Ni amigo, ni hermano; esto no. Si se ha vuelto loco que lo encierren. Ante todo, subordinación y respeto.

CABRA (Que hasta ahora no ha podido respirar.) Amigo Urrutia.

URRUT. Man... mande usted.

CABRA ¿Qué total era el que usted sacaba?

URRUT. Vein.. veintisiete mil quinientas cuarenta y cinco pesetas, con quin... con quin... con quince céntimos. ¿Y usted, qué saca?

CABRA Catorce millones, trescientas veintidós mil novecientas ocho pesetas, con quince céntimos.

URRUT. Es... estaban bien los céntimos.

D. MAUR. (Prestando atención hacia el foro.) ¿A ver?... ¿Oyen ustedes?

TOL. ¿Qué pasa?

(Oyese lejos un violento altercado entre el jefe superior y don Abel. Todos escuchan.)

D. MAUR. Ya se armó: la que yo me temía.

MAN. Pero si don Abel está desatado...

D. MAUR. Callar.

(Siguen escuchando. La tormenta arrecia allá dentro.)

TOL. ¡Buena banderilla!

D. MAUR. ¡Qué bruto!

MAN. Va á costarle el destino.

URRUT. ¡De... demonio de hombre!

CABRA Ay, ay, ay... ¡Pobre familia! ¡Pobre don Abel!

BAR. (Llegando en plena algarabía.) ¡Parece que hay bronca en el ocho!

D. MAUR. ¿Pero han visto ustedes qué insensatez? ¡Estoy horrorizado! ¡Estoy perplejo! ¡Ese pobre diablo ha perdido el sentido común!

MAN. Aquí viene, aquí viene...

D. MAUR. Pues ahora me va á escuchar á mí. Señores, cada cual á su puesto.

(Obedecen todos, en expectativa de una escena sabrosa. Don Mauricio también se va á su sitio.)

ESCENA XIX

DICHOS y DON ABEL

(Viene fuera de sí: lívido, descompuesto, temblón, el cabello en desorden, los ojos chispeantes.)

D. ABEL ¡Pues hombre!... ¡pues vaya!... ¿Es que somos una piara de borregos? (Como si tuviera delante al jefe.) ¿Qué se ha figurado usted, señor vacío? ¿Eh? ¡Lo que le he dicho á usted en su despacho se lo repito con ilustraciones en la Puerta del Sol! (Buscando en sus interrogaciones el asentimiento de los compañeros.) ¿Eh? ¿eh? ¡Es usted una calabaza con gabán de pieles! ¿Eh?

D MAUR. (Levantándose.) ¡Abel: no puedo consentir que sigas por ese derrotero!

D. ABEL ¡Pues vete, si no quieres oirme! ¡Yo tengo la lengua para hablar, y nada más que para hablar! ¡No es mi camino el de la adulación servil y baja, que dijo Cervantes! ¿Eh? ¿eh? ¿eh?

D. MAUR. ¡Daré parte al director general y al ministro!

D. ABEL ¡Yo me salto al uno y al otro! (Encarándose con la ventana.) ¡Sí, señor ministro! ¡me lo salto á usted, que todo lo que ha hecho en esta

oficina es quitarnos al empleado más útil, para traernos á un sobrinito imbécil, que discurre menos que un raspador! ¿Eh? ¡Ministritos á mí!... ¡Si nadie ignora que entro vuecencia en el ministerio con un trapo atrás y otro delante, y ya tiene dos fincas en el Escorial y una casa de vacas en los Cuatro Caminos! ¿Eh? ¿eh? ¿Me muerdo yo la lengua? ¿Eh?

D. MAUR. (En tono duro, tratando de imponerse.) ¡Basta ya! ¡No quieras que apele á la violencia! ¡Basta ya!

D. ABEL ¡Basta, sí, basta, porque yo me voy á la calle!

D. MAUR. ¡Si te autorizo para ello!

D. ABEL ¿Si me autorizas tú?... ¡Hombre, no suelto una carcajada volteriana, porque no sabes quién fué Voltaire! (Murmurando palabras incoherentes, saca del cajón de su mesa el cuaderno del drama, y luego coge su sombrero y su capa dispuesto á marcharse.) ¡Pues tendría salero!... ¡Qué salidita!... Ministros... jerarquías... autorizaciones... ¡Ja, ja! ¡A mí con esas!... Si, sí...

D. MAUR. (Yéndose á las buenas, compadecido de su amigo.) Abel: no es el jefe, es el amigo quien te suplica que te quedes, que te tranquilices.

D. ABEL Déjame, déjame... ¡Si es que me ahogo! ¡si es que necesito aire puro en donde respirar!...

CABRA Pero aguarde usted un ratito, y ya más sereno...

D. ABEL ¡Nadie me chiste!

MAN. ¿No comprende usted que si sale así?...

D. ABEL ¡Nadie me conteste! ¡Hay mas horizonte que el de esta misera covachuela! ¡Hay más luz que la que entra por esa ventana! ¡Adiós, compañeros! ¡Quiero, aunque sea un día, gozar del sol de la libertad! (Blandiendo el drama.) ¡En la mano tengo la llave de mi cárcel! ¡No me compadezcais, porque no soy digno de vuestra compasión, sino de vuestra envidia! ¡Quédese la compasión para vosotros todos; para usted, desdichado Cabra, que tendrá que seguir por los siglos de los siglos comiendo y almorzando obleas! ¡Esto dice el amigo, esto dice el caballero particular!

¡El empleado grita, para que hasta los sordos lo oigan, que se salta al jefe del negociado, y al de la sección, y al director general, y al ministro del ramo, y al presidente del consejo, y á la Constitución vigente! ¡Abur! (Vase por el foro, ante el asombro general.)

ESCENA XX

DICHOS menos DON ABEL

(Hay un momento de estupor. Los empleados se miran en silencio, como ante una cosa nunca vista. Luego rompen á comentar el lance y acaban por charlar todos á la vez.)

MAN. ¡Qué atrocidad!

CABRA ¡Pobre don Abel! ¡Cesantía segura!

URRUT. Pe... pero ¿han visto ustedes?

TOL. ¡Está más loco que un cencerro!

URRUT. ¡A... á mí me da pena, la verdad!

CABRA ¡Es otro, es otro!

BAR. ¡Y tiene más razón que un santo; esto es aparte!

D. MAUR. (Dando en su mesa un formidable puñetazo, para imponer su autoridad.) ¡Silencio! (Todos lo miran.) ¡Silencio he dicho! Esto se acabó. (Con dignidad y energía.) No piensen ustedes que vamos ahora á hacer comidilla de la desgracia de nuestro compañero, que por desgracia la diputo. El señor Secano ha sido hasta hoy un funcionario idóneo, un amigo leal, un compañero intachable. Censuremos en nuestra conciencia sus flaquezas, pasajeras sin duda, pero sepamos no imitarlas. ¡A trabajar todos! (Ante algún murmullo que no da la cara.) ¡A trabajar he dicho! Ese es nuestro deber. (Cada cual ocupa su puesto.) Manolo: escriba usted lo que voy á dictarle.

MAN. Usted dirá.

D. MAUR. Bases... para la organización y reforma de la Hacienda pública, coma... del Ejército, co-

ma... de la Armada, coma.. de la Agricultura, coma... de la Industria, coma... de...

(Dicta, paseándose, con candorosa solemnidad. Los empleados lo miran á hurtadillas. Algunos se ríen disimuladamente. Por la calle, en sentido contrario que antes y tocando lo mismo, pasa el ciego del violín. El telón va cayendo con lentitud.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Interior del cuarto de doña Antonia Pacheco, antigua actriz, en un teatro de la corte. Al foro, la puerta de entrada. A la derecha del actor, una cortina abierta por medio, que da al cuartito tocador. Decorado sencillo. Sillas y divanes. Una butaca. Una mesita. En las paredes, algunos retratos de autores y actores ilustres, muertos ya. En el techo, un globo de luz. Sobre la puerta, un timbre. Es de noche.

ESCENA PRIMERA

IRENE y FELISA

(El cuarto está á oscuras y cerrado. De pronto se ilumina, ábrese la puerta y salen Felisa é Irene. Irene es hija de don Abel: viste con pobreza. Felisa es la doncella de doña Antonia Pacheco, joven y bonita.)

FEL. Pasa, pasa... ¿Ves tú cómo nadie te ha visto? Estás temblando... ¡Pobrecita!

IRENE Si vieras que me da vergüenza... con estos guiñapos... Y que no quiero que papá se entere...

FEL Tu papá estará en el saloncillo, si es que ha venido ya. Mi señora está en escena todavía.

IRENE Nunca he entrado en el cuarto de una actriz hasta ahora... (Fijándose en uno de los retratos) ¿Quién es este señor?

FEL. Uno que escribía comedias muy bonitas...

no recuerdo su nombre. A todos estos los conoció mi señora.

IRENE ¡Ay! ¿Saldremos con bien de nuestro empeño, Felisa?

FEL. ¿Qué duda cabe, tonta? ¿Es posible que sea para mal nuestro encuentro del lunes, después de más de un año de no vernos? Además, mi señora goza haciendo bien.

IRENE ¡Ay, Felisa! ¡Ojalá me atienda y me ampare! Porque si se nos hunde también esta tabla, yo no sé qué va á ser de nosotros.

FEL. ¡Pobrecita! (A un movimiento de Irene.) Calla. (Se asoma á la puerta.) ¡Dios mío!

IRENE ¿Qué? ¿Viene alguien?

FEL. Sí.

IRENE ¿Quién?

FEL. Tu papá.

IRENE ¡Mi papá! ¡El señor nos valga!

FEL. No te apures. Escóndete aquí. (Entreabre la cortina del tocador.)

IRENE (Obedeciéndola.) ¿Ves qué mala suerte?

FEL. No te apures, mujer. Está tranquila. Yo te avisaré cuándo has de salir.

ESCENA II

FELISA y DON ABEL

(Preséntase éste con las huellas de su padecer en el rostro y de su penuria en las ropas.)

D. ABEL Felisa, Dios te guarde.

FEL. Don Abel, buenas noches.

D. ABEL (Sentándose con abatimiento y soltando un profundo suspiro, que es el primero de una serie.) ¡Ay!... ¿Tu señora está en escena aún?

FEL. Sí, señor. Y todavía tarda.

D. ABEL Me parecen siglos los momentos. Tú sabes que esta noche va á hacerme la merced de escuchar mi obra.

FEL. Sí, señor: ayer me enteré. Como sólo trabaja en los dos primeros actos de esta comedia, y quedan otros dos, tiene tiempo.

D. ABEL ¡Ay!

FEL. Y á propósito, señor don Abel: si usted me diera su permiso, yo me quedaría á la lectura.

D. ABEL Desde ahora lo tienes. Más entiendes tú que algunos zopencos.

FEL. Gracias: es favor.

D. ABEL ¡Ay!

FEL. Pero ¿á qué vienen esos suspiros? ¿Por qué está usted triste esta noche?

D. ABEL Hija de mi alma, ¿cómo he de estar si llevo ya cuarenta y dos lecturas en año y medio? Me falta la fe, me falta el entusiasmo... y aun temo que me falte la campanilla Permíteme este rasgo de humorismo: también cantan los pájaros en el sauce.

FEL. ¡Pobrecito don Abel: en cualquier tontería que dice se echa de ver el talento que tiene!

D. ABEL ¡Ay!

FEL. Váyase usted al saloncillo, que estará más animado que esto.

D. ABEL (Levantándose maquinalmente.) Me iré... me iré al saloncillo... Como me iría á la casa de fieras, si me enviases... Bien es verdad que tanto monta. Adiós, Felisa.

FEL. Vaya usted con Dios, don Abel.

D. ABEL (Marchándose.) ¡Ay!

FEL. ¡Pobrecito! ¡Qué acabadito y qué derrotadito está! (Acércase á la cortina del tocador y habla con Irene.) Irenita, pasó el peligro. Ya se fué. Pero bueno es que te quedes ahí, para que no te vea nadie hasta que mi señora llegue y yo la prevenga. (Asómase á la puerta del cuarto y luego vuelve al tocador.) Me parece que ha acabado ya el acto primero. Hay tiempo de todo, porque en el segundo sólo toma parte en una escenita. (Va otra vez á la puerta.) Ya viene, ya viene.

ESCENA III

FELISA y DOÑA ANTONIA; luego IRENE

(Llega doña Antonia del escenario. Viste un traje de época.)

D.ª ANT. ¡Jesús, lo que me fatiga esta pícara obra! Gracias á Dios que acabo pronto. (Siéntase en la butaca.)

FEL. ¿Hay gente?

D.ª ANT. ¿Quién ha de haber? ¡Nadie! La familia del autor en un palco, y el autor entre cortinas mordiéndose el bigote.

FEL. Pues ya ve usted que los críticos dijeron que esto era un asombro, y una maravilla, y qué se yo qué...

D.ª ANT. Pues ningún crítico de esos ha vuelto otra noche. De modo que ó tienen mucho que hacer ó no les gusta tanto como dijeron. (Pausa. Felisa mira hacia el tocador y luego va á la puerta del cuarto y la cierra.) ¿Qué haces, chica?

FEL. Perdone usted, pero ahora...

D.ª ANT. ¿Qué pasa?

FEL. Esta noche es noche de audiencia. ¡Tiene usted tan buen corazón!

D.ª ANT. ¡Ay, Dios mío! Siempre serán tus cosas. ¿Quieres decirme?...

FEL. (Entreabriendo de nuevo la cortina del tocador.) Sal, Irenita, sal.

D.ª ANT. Pero ¿quién está ahí?

IRENE (Saliendo cohibida y emocionada.) Buenas noches.

D.ª ANT. (Levantándose.) Buenas noches.

FEL. Esta señorita es hija de don Abel Secano.

D.ª ANT. ¡Ah! Celebro mucho...

IRENE Servidora.

D.ª ANT. Sí se le parece.

IRENE Usted dispensará mi atrevimiento al presentarme sin mi papá.

D.ª ANT. Atrevimiento no hay ninguno. Siéntese. Venga aquí.

IRENE (Obedeciendo.) Con licencia.

FEL. Si no es por mí no viene, le advierto á usted. Le daba vergüenza; le daba miedo.

D.ª ANT. ¿Miedo? ¿Es que se asusta usted de las viejas?

IRENE (Sonriendo.) No, señora. Temía lo que pudiera usted pensar de mí.

D.ª ANT. Seguramente nada desfavorable.

FEL. Verá usted, doña Antonia; porque si no, todos van á ser cumplimientos... Es el caso que Irenita y yo fuimos compañeras en el taller de una modista de sombreros... «Madame Lulú»: una de Triana. Y hará cosa de cuatro días, nos encontramos en la calle. ¡Lo que nos alegramos las dos! Irenita me contó sus penitas, yo le conté las mías—que algunas tengo—y lo demás... usted lo comprenderá sin que yo se lo explique.

IRENE Dice bien: usted ya lo habrá comprendido, con sólo ver cómo me presento. Vengo á pedir por mi papá. A pedir es poco: á rogar, á implorar, á llorar, si fuese necesario.

D.ª ANT. Conmigo no lo es, no se aflija. Usted quiere hablarme de *La paloma herida*, ¿no es eso?

IRENE Sí, señora.

D.ª ANT. Pierda usted cuidado, que en mí no influye poco ni mucho la desventurada leyenda que ese drama tiene, ni menos aún la condición humilde de su autor. Los viejos somos compasivos. De algo bueno han de servir los años.

IRENE Dios se lo pagará. Todo el mundo se burla de los autores desconocidos.

D.ª ANT. Yo no. En todo caso de los conocidos. A los otros creo que es un deber escucharlos. ¿Qué sabe nadie lo que hay en un manuscrito que no ha abierto? Algunas veces, entre el trigo asoman dos orejas; pero ¡caramba! también pueden asomar dos amapolas. ¿No es verdad?

IRENE ¡Qué buena es usted!

FEL. ¿Lo estás viendo? Tiene mi señora un corazón que es una posada: para todo peregrino hay albergue. Mira: el otro día vino aquí un autor, tan mal de ropa el angel de mi alma...

D.ª ANT. Tú, tú; deja las anécdotas sentimentales. Por hablar no sabes lo que dices. (A Irene.) Diga usted, niña: su papá de usted, y perdone la indiscreción, ¿no es más que autor dramático?

IRENE Ahora, nada más. Antes era empleado; pero hace ya cerca de año y medio que quedó cesante. Cuando escribió el drama, el jefe lo tomó entre ojos.

D.ª ANT. ¿Por qué?

FEL. Por envidia, y nada más que por envidia.

D.ª ANT. Calla. ¿Y son ustedes muchos hermanos?

IRENE Siete. Sino que desde la cesantía nos quedamos con papá sólo dos, porque así lo ha querido la necesidad. Los otros cinco, uno aquí, otro allá, están en casa de varios parientes.

D.ª ANT. ¿Su mamá vive con ustedes, por supuesto?

IRENE No señora: mi mamá nos faltó cuando yo tenía nueve años. Y soy la mayor.

D.ª ANT. ¿Y cómo nació en su papá de usted la idea de escribir ese drama á su edad, y de lanzarse á estas andanzas? ¿O es que su vocación desde joven le empujó á ello?

IRENE ¡Ca! no, señora. ¡Si todos en casa nos quedamos con la boca abierta! Le sopló la musa de pronto.

D.ª ANT. ¿Le sopló la musa?...

IRENE Papá sacó el drama de la historia desgraciada de una tal Fidela; una doncella que tuvimos en casa... cuando podíamos permitirnos esos lujos. Por cierto que luego hemos sabido que se casó con un cacharrero de Pozas, y que son felices. A papá le ha contrariado, porque dice que su heroína no debe acabar de tan prosáica manera; pero no varía el final de su obra, porque también dice que el arte tiene derecho á modificar la realidad.

D.ª ANT. Indudablemente. Sólo que suele ser la realidad la que lo modifica todo.

IRENE Esa sí que es una gran sentencia. Ahí está la triste realidad de mi casa. ¡Qué cambio! ¡qué vueltas! ¡qué carecer aun de lo más

preciso! ¡Ay, señora; crea usted que nos van faltando los alientos! Ya no nos queda más tabla á que agarrarnos que *La paloma herida*, ni tenemos otra esperanza que la que usted nos dé. Mi papá espera de su drama tranquilidad, satisfacción, dinero, alegría; yo, tal vez casarme: tengo un novio que me quiere mucho; mi hermano el mayor librarse de las quintas; mis hermanitos los pequeños, volver á casa... Por eso me he determinado á llegar hasta usted, venciendo mis escrúpulos. De usted depende la salvación de esta familia desgraciada. Usted puede llenar nuestra casa de luz.

D.ª ANT. ¿Qué más quisiera yo, criatura? Yo no puedo hacer más que escuchar la obra, y pedirle á Dios que me guste mucho. Yo no soy aquí más que una actriz vieja; respetada y querida, eso sí, pero á la que no se le atiende... si no le conviene al empresario. De todos modos, haré cuanto esté de mi parte. No lo dude usted.

IRENE (Levantándose.) Pues no molesto más. Señora, le doy á usted infinitas gracias... A mi papá no le diga usted nada de esto. Adiós, señora.

D.ª ANT. Adiós, niña.

IRENE Felisa, ¿quieres acompañarme por los pasillos?

D.ª ANT. Sí, sí; acompáñala hasta la salida.

IRENE Muchas gracias.

D.ª ANT. Adiós.

IRENE Me voy muy contenta, muy contenta. (Se marchan las dos.)

ESCENA IV

DOÑA ANTONIA, DOÑA ANDREA y MARIQUITA. Al final FELISA

D.ª ANT. ¡Pobre niña! ¡Qué ilusiones más desatinadas! Esta locura del teatro la debían estudiar los médicos. ¡Una familia que fía su porvenir, su vida, del drama de don Abel

Secano, hazmerreir de bastidores!... ¡Jesús, Dios mío! Y dice que le sopló la musa... ¡Pobre señor! ¡Más valía que le hubiera soplado el Guadarrama!

D.ª AND. (Asomándose con Mariquita á la puerta del cuarto.) ¿Hay permizo?

D.ª ANT. ¡Hola! Adelante.

(Pasan doña Andrea y Mariquita, madre é hija, andaluzas las dos, y meritoria esta última en el teatro. Viste también un traje de época, en armonía con el de doña Antonia.)

D.ª AND. Nos vamos en zeguía: no molestamos. Venimos na más que á darle á usté las gracias, y á darle á usté las gracias, y á darle á usté las gracias. Da las gracias, niña.

MAR. Muchísimas grasias.

D.ª AND. Esta es mu corta y no ze atreve á hablá delante e nadie. Místela ya como una amapola. Y yo le digo que en er teatro la vergüenza no zirve pa na. ¿Es ó no es?

D.ª ANT. Yo creo que no es.

D.ª AND. ¡Ay, qué gracioza ha estao! Po zí, po zí: a usté ze lo debemos to. Yevaba la pobrecita mía arrinconá zeis mezes de meritoria. Lo más que hacía era entre bastidores: de mormuyo. Y usté la ha zacao, usté la ha zacao: usté la ha puesto en las candilejas. Dios ze lo pague á usté, doña Antonia. En er teatro, ardabas, y ardabas, y ardabas.

D.ª ANT. No, doña Andrea: en el teatro, como en todas partes, mérito, afición, estudio...

D.ª AND. ¡Y ardabas, y ardabas!

D.ª ANT. Bueno, y *ardabas*, si usted quiere.

D.ª AND. ¡Ay, me remea, me remea! ¡Qué gracioza es! Ahora, un papelito, un papelito. Porque lo de esta noche no ha zío na: zacá dos velas, y apagá una. Zoplá, zopla cuarquiera. ¿Es ó no es? Usté que es tan güena y tiene tanta mano con loz autores, á vé zi le conzigue un papé. Ya zabe usté lo que zon estas cazas: ze está oscurecía hasta que ze agarra un papé. ¡Un papé, un papé, doña Antonia Pacheco; búsquele usté un papé! Esta lo hace to, lo hace to. Le da usté una tonta, y la

hace; le da usté una lista, y la hace; (Acercándose mucho á doña Antonia y bajando la voz.) le da usté una tunanta, y la hace,—que no zé dónde lo ha aprendío la chiquiya.

D.ª ANT. Descuide, que no he de abandonarla.

(Vuelve Felisa.)

D.ª AND. Ya lo estás oyendo. ¡Güena madrina te has echao! No la dejes tú á eya. Pínchale, pínchale; que en er teatro, ardabas y papeles, y ardabas y papeles, y ardabas y papeles. ¿Es ó no es? Y vámonos ya, que no me gusta que incomodes.

D.ª ANT. La niña no incomoda...

D.ª AND. ¿Yo zí, verdá? ¡Me la ha zortao! ¡me la ha zortao! ¡Con qué zalero me la ha zortao! ¡Quéeze usté con Dios, zo gracioza! Y muchízimas gracias, muchízimas gracias, muchízimas gracias.

MAR. Muchísimas grasias.

D.ª ANT. Vayan con Dios. No las merece.

D.ª AND. (Volviéndose desde la puerta.) ¡Doña Antonia Pacheco... que zoy una madre... que zoy una madre... que zoy una madre!

D.ª ANT. Ya, ya lo sé.

(Se retiran la madre y la hija.)

FEL. Pero ¿por fin ha trabajado Mariquita esta noche?

D.ª ANT. Sí, hija, sí: por no oir á la madre; que es una madre, como ella dice, pero que habla por toda una familia.

FEL. Pues tengo que darle el parabién á la muchacha. ¡Pobrecita! ¡Es más buenecita y más pavita! ¿Qué ha hecho?

D.ª ANT. Figúrate: tenía que apagar una vela, y la apagó diez minutos antes. La Ristori no es.

(Llega Bustamante, autor joven, de aspecto simpático.)

ESCENA V

DOÑA ANTONIA y BUSTAMANTE

BUST. Ilustre doña Antonia.

D.ª ANT. Hola, Manolillo. ¿Cómo lo pasas?

BUST. Bien, ¿y usted?

D.ª ANT. No te agradezco la visita. Sé que vienes aquí porque están cerrados los cuartos de las jóvenes.

BUST. No sea usted mal pensada.

D.ª ANT. No seas tú hipócrita. (Viendo que Felisa se entra en el tocador.) Y también vienes porque te gusta mi doncella.

BUST. Me gusta, sí; pero no vengo por eso. Yo, como autor, seré una desdicha; pero como particular, soy de lo más formalito que pisa escenarios.

D.ª ANT. Ya, ya te conozco.

BUST. Vengo del saloncillo, doña Antonia; y vengo á respirar, le soy á usted franco. ¡Ese señor Secano es un ciprés! ¡No habla más que de asuntos tristes! Me ha entrecogido en un rincón y me la ha dado buena. Va á limpiar aquello de gente.

D.ª ANT. ¡Pobre don Abel!

BUST. Pobre, sí; pero que no se meta en el saloncillo á amargarnos la vida á todos.

D.ª ANT. Pues tú, y otros como tú, tenéis la culpa. Porque os divertía le dábais bromas verdaderamente crueles, haciéndole creer que era un genio, y entre todos le habéis vuelto el juicio. Ayer recibió una carta de París, pidiéndole su obra para la Comedia Francesa. ¿Te parece? El otro día le hicieron un retrato en el cuarto de la Peral, diciéndole que iba á publicarse en un periódico de Alemania. En fin, horrores.

BUST. Esas son cosas de Rufete.

D.ª ANT. Pues bien podía Rufete emplear más ingenio en las obras y menos en el saloncillo.

BUST. Más en las obras, lo comprendo; pero menos en el saloncillo, no puede ser.

(Se ríen los dos.)

ESCENA VI

DICHOS y UN SEÑOR ANÓNIMO; después DON GENARO y ROMERO

(Este señor Anónimo es uno de esos seres insignificantes y entrometidos que conocen á todo el mundo, y á quienes no conoce nadie. Habla de lo suyo como si la humanidad viviera consagrada á pensar en él. Viste con pulcritud, está siempre contento, y saborea la dicha de vivir.)

SEÑOR (Asomándose á la puerta del cuarto.) ¿Se puede?

D.ª ANT. Adelante.

SEÑOR ¿Cómo está usted, mi señora doña Antonia?

D.ª ANT. (Sin saber con quién habla.) Bien... ¿y usted?

SEÑOR Bien, muchas gracias. ¡Caballero Bustamante! ¿qué tal?

BUST (Lo mismo que doña Antonia.) Bien... ¿y usted?

SEÑOR ¡Vamos tirando de esta vida perra! ¡Je! He llegado hoy. Me voy mañana.

D.ª ANT. ¿No se sienta usted?

SEÑOR Con mucho gusto. Estaré un ratillo.

D.ª ANT. (A Bustamante.) (¿Quién es, tú?)

BUST. (A doña Antonia.) (No lo sé, doña Antonia.)

SEÑOR Pues sí: he llegado hoy.

BUST. ¿Y se va usted mañana?

SEÑOR Mañana, sí; no puedo abandonar aquello.

D.ª ANT. Claro.

SEÑOR Yo siempre como un meteoro. ¡Je! ¡Ni visto ni oí lo! ¡Tan pronto aparezco como desaparezco! ¡Je! ¿Usted se casó, Bustamante?

BUST. No, señor.

SEÑOR ¿No? Pues ¿quién se ha casado?

BUST ¡Mucha gente! ¡Como que es no parar!

D.ª ANT. ¡Cualquiera pesca á este mariposón!

SEÑOR Ya, eso sí; pero yo juraría haber leído... ¡Ah, doña Antonia! Muy encarecidos afectos de Julia: ¡pero muy encarecidos!

D.ª ANT. ¿De quién?

SEÑOR ¡De Julia!

D.ª ANT. Ah... de Julia. Devuélvaselos usted de mi parte.

SEÑOR Lo agradecerá muy de veras. Está encanta-

da con usted: ¡encantada! ¿Se acuerda usted del día del chocolate?

D.ª ANT. No. Digo, sí; sí me acuerdo.

SEÑOR ¡Ya ha llovido! ¿Se lo ha contado usted a este? Puede que le saque partido para una piececilla.

D.ª ANT. Momentos antes de llegar usted—mire usted qué casualidad—hablábamos precisamente de eso.

SEÑOR ¡Lo que nos reimos! ¿Se acuerda usted?

D.ª ANT. ¡Como que yo me puse mala!

BUST. Y yo, cuando me lo contó. (A doña Antonia.) (Es que no tengo la menor idea de este caballero.)

(Se ríen los tres: doña Antonia y Bustamante, del señor Anónimo, y éste del día del chocolate. Llega don Genaro, caballero elegante.)

D. GEN. Pues, señor, a ese don Abel vá á haber que darle un destino en Caracas. ¡Muy lejos!

BUST. ¿Otro que huye?

D. GEN. ¡Y huirán hasta los retratos de la pared! ¡Si es tétrico! ¡Si es abrumador! ¡No hay digestión tranquila con ese hombre!

D.ª ANT. ¡Ja, ja! Mi cuarto es un refugio esta noche. ¡Qué poco pueden ustedes sufrir al prójimo!

D. GEN. ¡A prójimos patibularios, desde luego! Yo no, yo no. He comido con la de Vista Alegre: estaba guapísima. Nos ha dado una comida espléndida: vinos y licores exquisitos... Yo terminé con *pippermint*. ¡Pues por causa de ese señor Secano, se me ha puesto la langosta de pie! ¡Imposible! ¡imposible!

SEÑOR (Sorprendido de que don Genaro no lo saluda.) ¡Amigo don Genaro! ¡Desde que no nos vemos no nos conocemos! ¡Je!

D. GEN. (Confuso.) Ah... usted dispense... No había reparado...

SEÑOR ¿Cómo está usted?

D. GEN. Bien... ¿y usted?

SEÑOR He llegado hoy. Me voy mañana.

D. GEN. Ya.

SEÑOR Si quiere usted algo para aquella gente... ¡Je!

D. GEN. Nada: expresiones... (A doña Antonia.) (¿Quién es este señor tan regocijado?)

D.ª ANT. (A don Genaro.) (Por lo visto se trata de un anónimo: ha llegado hoy, pero viene sin firma.)

SEÑOR Vaya, vaya, con don Genaro... ¡Je! ¿Se acuerda usted del día de las ostras? ¡Je! ¡Ya ha llovido!

D. GEN. Le diré á usted... tomo ostras casi todos los días; de modo que no es fácil...

SEÑOR ¡Je! ¡Cómo nos divertimos!

(Aparece Romero en la puerta. Viste, como doña Antonia, de época.)

ROM. ¿Está aquí Bustamente? (Viéndolo.) Bueno, chico, esto es cosa resuelta: hay que sortearse para ver quién mata á Secano. (Risas.)

D.ª ANT. Calle usted, mala sangre.

ROM. ¿Mala sangre? Mire usted, doña Antonia...

SEÑOR (Cortándole la palabra con un abrazo que no puede retardar más tiempo.) ¡Romerillo! ¿Cómo te va? ¡Dichosos los ojos, hombre, dichosos los ojos! ¿Qué hay?

ROM. (Perplejo.) ¿Que qué hay? Pues... nada... Aquí representando comedias.

SEÑOR Confiésalo: ¿á que lo que menos esperabas era verme?

ROM. Sí, sí; efectivamente: lo que menos. (A don Genaro.) (¿Quién es?)

D. GEN. (A Romero.) (Se ha perdido la fe de bautismo.)

SEÑOR Yo las gasto así: cuando menos se piensa... ¡Je!

D.ª ANT. Ha llegado hoy.

SEÑOR Sí: he llegado hoy.

D.ª ANT. Y se va mañana.

SEÑOR Sí: me voy mañana. ¿Qué he de hacer? No tengo más remedio. El ojo del amo... ¡Je! Al yunque, al yunque. Además, tú sabes lo que es Julia.

ROM ¡Oh! No me hables de eso. ¿Está buena, eh?

SEÑOR Sí, ya está buena. Aquello no fué nada. Un parto doble: lo de todos los días. ¡Je! Ahora sueña con su automóvil.

BUST Amigo, cómo se conocen los ricos...

SEÑOR ¡El que habla, y escribe cuatro patochadas y gana un dineral! ¡Je!

BUST. ¡Hombre!

SEÑOR No lo niegue usted, porque lo han dicho los periódicos muchas veces. Siempre que estrena usted le ajustan las cuentas los críticos. ¡El teatro es un filón! ¡un filón!

D.ª ANT. ¡Un filón! ¡Y todos los autores, ricos! Ahí está don Abel Secano.

(Movimiento en todos como para irse.)

ROM. ¿Dónde?

D.ª ANT. Lo cito como ejemplo.

ROM. Ya. Hasta esta noche no me ha colmado las medidas el tal Secano. Antes no era así. ¡Se ha puesto de un fúnebre que aterra!

SEÑOR Pero ¿quién es él? ¿Quién es ese?

D.ª ANT. Un pobre señor que ha escrito un drama y no consigue verlo representado. ¿Le parece á usted floja desdicha?

SEÑOR Si fuese divertido me lo llevaba mañana á almorzar. ¡Je! Yo me río mucho con esos tipos.

ROM. A eso estamos: á reirnos los unos de los otros. ¿No es verdad?

SEÑOR ¡Je! ¡Qué punto! Romerillo, Romerillo... ¿Te acuerdas del día del arroz? ¡Je!

ROM. ¡Calcúlate: no pienso en otra cosa!

SEÑOR ¡Ya ha llovido, caramba, ya ha llovido!

D. GEN. Oiga usted, doña Antonia: ¿y hay catástrofe en ese drama?

D.ª ANT. Yo no lo conozco todavía.

BUST. ¿Que si hay catástrofe? ¡Espantosa!

D. GEN. ¡Por Dios, que no nos pongan eso! ¡Va á ser imposible venir! ¡Si el teatro no es un sitio para digerir bien, no sé qué es el teatro!

D.ª ANT. Compadezco á ese pobre hombre. Son tantos los que se han soltado á escribir comedias á la buena de Dios, que ya va habiendo más autores que público.

ESCENA VII

DICHOS y URRUTIA

URRUT. (Presentándose en la puerta sombrero en mano, azorado y temblón.) ¿Se... se puede pasar?

D.ª ANT. Adelante.

URRUT. (Sin oirla.) ¿Se... se puede pasar?

D.ª ANT. Adelante.

URRUT. Bue... buenas noches.

D.ª ANT. Buenas noches.

D. GEN. Buenas noches.

(Urrutia mira á todos, con cuya presencia no contaba, y no acierta á decir palabra. Pausa angustiosa.)

D.ª ANT. ¿A quién busca usted?

URRUT. A... á la señora Pacheco.

D.ª ANT. Yo soy.

URRUT. Lo... lo siento mucho.

D.ª ANT. ¿Cómo?

URRUT. No.. nada... Me... me he equivocado.

(Nueva pausa y nuevas miradas. La reunión se ríe con disimulo.)

D.ª ANT. Usted me dirá lo que quiere.

URRUT. A... ahora no es ocasión. Está usted ocupada. Vol... volveré.

D.ª ANT. Como usted guste.

URRUT. Tra... traía una cartita.

D.ª ANT. ¿Para mí?

URRUT. Pa... para usted.

D.ª ANT. Pues démela, y la leeré con permiso de estos señores.

URRUT. Sen... sentiría incomodar.

D.ª ANT. No, no señor, no.

URRUT. To... tome usted entonces. (Al adelantarse hacia doña Antonia para darle la carta, pisa á uno, y al retroceder para ponerse donde estaba, pisa á otro.) Us... usted dispense, caballero.

D. GEN. No hay de qué.

URRUT. ¿Le... le he hecho á usted daño?

SEÑOR No, señor.

D.ª ANT. (Leyendo la carta para sí.) Ah, es de Rovira. Perfectamente. (Apartándose á un lado.) Haga usted el favor.

URRUT. Sen... sentiría incomodar.

D.ª ANT. Siéntese usted.

URRUT. Gra... gracias: no tengo prisa.

D.ª ANT. Pues soy toda oidos.

URRUT. ¿To... toda oídos?

D.ª ANT. Quiero decir que ya le escucho.

URRUT. No... no la entendí á usted. Se... se trata de un monologuito, escrito para usted exprofeso

D.ª ANT. ¿De usted?

URRUT. Y... y de tres compañeros de oficina. La idea es de un servidor.

D.ª ANT. ¿Cómo se titula?

URRUT. *El... El baul mundo se vende.*

D.ª ANT. ¿Es cómico?

URRUT. Tie... tiene lo suyo.

D.ª ANT. Bueno; pues yo lo leeré con todo cariño, y usted se da una vuelta por aquí dentro de unos días.

URRUT. ¿Co... como cuando?

D.ª ANT. ¿Hoy qué es, jueves? El lunes próximo.

URRUT. Mu... muy bien. Me... me alegro de que no sea el martes. Le suplico á usted benevolencia; y que influya para que lo pongan; que está todo muy malo, y... y un servidor tiene á su padre, y... y tiene á su madre, y... y tiene á su novia, y... y tiene cuatro mil reales de sueldo.

D.ª ANT. Ya, ya me hago cargo.

URRUT. Pues... pues muchísimas gracias. Us.. usted perdone la libertad... y hasta el lunes.

D.ª ANT. Pero ¿y el monólogo?

URRUT. ¿El... el monólogo? (Palpándose.) ¡Es *pata* la mía! ¿Pues no me lo he dejado en casa? Y... y lo puse adrede con el sombrero.

D.ª ANT. ¡Vaya por Dios!

URRUT. Yo... yo se lo traeré á usted mañana.

D.ª ANT. (Reprimiendo la risa.) Cuando usted quiera.

URRUT. Bue... buenas noches.

D.ª ANT. Adiós.

URRUT. (A los contertulios.) Bue... buenas noches.

BUST. Buenas noches.

URRUT. (Dándoles la mano uno por uno de puro aturdido que está.) Que... que usted siga bueno... Que .. que

usted siga bueno... Que... que usted siga bueno... Que... que usted siga bueno.

SEÑOR Vaya usted con Dios.

URRUT. (Á doña Antonia.) ¿Me... me he despedido de usted?

D.ª ANT. Sí, señor.

URRUT. Us... usted dispense la pregunta. (Pisando a otro al retirarse.) Us... usted perdone. ¡Parece que voy ciego! ¡Es *pata* la mía!

(Todos se ríen de él cuando se va.)

ESCENA VIII

DICHOS menos URRUTIA. DON ABEL

ROM. ¿Quién es ese moscón que tanto tropieza?

D.ª ANT. Un autor que no viene más que á traerme un monólogo, y se lo deja en casa. Compadezcámosle también.

BUST. Dios le dé mejor suerte que á don Abel Secano.

D. GEN. ¡Y una musa más regocijada!

(Suena el timbre.)

D.ª ANT. Me llaman á escena, señores. Ustedes se quedan en su cuarto. (Saludando á don Abel, que llega á tiempo que ella se va.) ¡Don Abel! ¡Tanto gusto!...

D. ABEL ¿Cómo está usted, mi buena amiga?

ROM. (¡Uf!)

D. GEN. (¡Nos copó!)

BUST. (¡A mí no me pesca!)

D.ª ANT. Pase, pase; ahora vuelvo. No tengo más que cuatro palabras. (Se va.)

D. ABEL Buenas noches, señores.

SEÑOR Buenas noches. (Á Bustamante.) (¿Es este el *sombrón?)*

BUST. (Al Anónimo.) (El mismo.)

D. ABEL ¿Qué hay de cosas, amigo Bustamante?

BUST. ¡P'sché!...

(Bustamante, Romero, don Genaro y el señor Anónimo se van marchando con toda suavidad y disimulo, sucesivamente, huyendo de la quema y tarareando una misma canción entre todos. Uno la empieza y los demás la siguen al marcharse.)

BUST. Tará tará tará tarara...
ROM. Tiri tirí tirí tiró...
D. GEN. Torá torá torá toriaro...
SEÑOR Turú turú turú turó...

ESCENA IX

DON ABEL y FELISA

D ABEL (Con amargura.) Cuando no les distraigo me huyen... ¡Y se figuran que no me doy cuenta!... ¡Ay, Abel, qué camino más largo y más penoso! (Siéntase dando muestras de postración.)

FEL. (Saliendo del tocador.) ¿Está usted hablando solo, señor Secano?

D. ABEL Sí, hija mía; estoy hablando solo.

FEL. ¡Ay, pobrecito! ¿Y por qué es eso?

D ABEL Porque no tenía con quien hablar, y tenía que hablar necesariamente.

FEL. Pero, dígame usted; ¿no estaban aquí unos señores?

D. ABEL Aquí estaban, sí; pero entré yo... y eso bastó para que se fueran.

FEL. ¡Pobrecito! Ande usted, que ya le llegará la suya.

D. ABEL ¿Lo crees tú?

FEL. A pies juntillas, don Abel. ¡No faltaba más sino que se quedara oscurecido un talento tan grande! Verá usted cómo mi señora le da la mano.

D. ABEL Dime, Felisita, ¿qué piensa doña Antonia de mí? ¿Qué dice de la lectura de esta noche? ¿Le has oído algo? ¿Sabes algo? ¿Me puedes contar algo?

FEL. Don Abel... Don Abel... ¿Ve usted? Ya la tenemos.

D. ABEL ¿Qué tenemos?

FEL. Ya voy á decir lo que no debía.

D. ABEL ¿Cómo?

FEL. Lo que he prometido callar.

D. ABEL ¡Dímelo, por Dios!

FEL. ¿Quién piensa usted que ha estado aquí hace poco?

D. ABEL ¿En dónde?

FEL. Aquí: en este cuarto.

D. ABEL ¿Quién?

FEL. Irenita.

D. ABEL ¿Mi hija?

FEL. Sí, señor.

D. ABEL ¿Mi hija? ¿Que ha estado aquí mi hija? ¿Para qué?

FEL. Para pedirle á mi señora protección y amparo.

D. ABEL (Conmovido.) ¡Hija de mi alma!

FEL. Yo la traje, yo la presenté, yo la acompañé luego hasta la puerta... ¡Iba la pobrecita saltando de gozo! ¡Porque no sabe usted cómo la recibió mi señora!

D. ABEL ¡Ay, si esto fuera el principio del fin!

FEL. Lo será, lo será.

ESCENA X

DICHOS y DOÑA ANTONIA

D.ª ANT. (Saliendo.) ¡Gracias á Dios! Esta noche ya no vierto más perlas, don Abel.

D. ABEL ¿Acabó usted ya?

D.ª ANT. Por fortuna. Nada me molesta tanto como trabajar con el teatro vacío. ¿Tiene usted ahí la obra?

D. ABEL ¡Qué pregunta!

D.ª ANT. Bueno, pues me voy á quitar estas galas y la leeremos en seguida.

D. ABEL ¡Je!... Los malos tragos... ¿No?

D.ª ANT. Una advertencia. Creo que debe usted invitar á Carranza. Es el primer actor de la compañía y le conviene á usted tenerlo de su parte. No vendrá, pero usted lo invita y queda bien. Dígale que ya estamos de acuerdo.

D. ABEL ¡Cuántas bondades, doña Antonia! ¿Cómo podré pagar?... Yo también me he permitido invitar á un amigo... ¿Usted no tendrá inconveniente?

D.ª ANT. ¡Ninguno! Traiga usted á quien quiera.

D. ABEL Gracias. ¿Será usted benévola con este pobre autor?

D.ª ANT. Lo soy con todos. Mi padre fué escritor también, y sé lo que cuesta producir.

D. ABEL Es usted muy buena, muy buena... Usted no puede imaginar lo que va á resolverme... lo que para mí significa... Además, aquí, entre tantas burlas, entre tanto desprecio, si viera usted cuánto se estima esta consideración, esta cortesía... aunque no sea más que esto... Vaya, vaya, no quiero dar el espectáculo de echarme á llorar como un chiquillo.

D.ª ANT. Por Dios, don Abel; ¿á qué viene eso ahora? Ande usted á cumplir con Carranza. Yo salgo al instante.

D ABEL Allá voy, allá voy...

FEL. ¡Pobrecito! (Entrase con doña Antonia en el tocador.)

ESCENA XI

DON ABEL y el SEÑOR ANÓNIMO

D. ABEL (Enjugándose los ojos.) Esperaré un momento... Temo que esas fierecillas me vean llorar. Porque si hay uno que se ría de estas lágrimas, soy capaz de ahogarlo. (Pausa.) ¡Quién sabe! ¡quién sabe! Puede que la victoria esté cerca, y entonces... Yo no guardo rencor para nadie, pero esos que se mofan de mí descaradamente, esos que hacen sainete de mi desgracia... esos... lo que es esos...

SEÑOR (Presentándose risueño y decidor como de costumbre.) Felices.

D. ABEL ¿Quién? (Reconociéndolo.) ¡Ah!

SEÑOR ¿Sabe usted si la señora Pacheco está en el tocador?

D. ABEL (Después de mirarlo de arriba abajo, márchase tarareando la misma canción que antes le tararearon á él.)

Tarí tarí tarí tariaro...

ESCENA XII

EL SEÑOR ANÓNIMO y DOÑA ANTONIA

SEÑOR ¡Ay, qué gracia! ¡Me la ha devuelto! ¡Es el *sombrón!* ¡el loco! ¡Je! ¿Pero que ese pobrete quiera escribir comedias? ¡Qué cosas se ven! (Acercándose al tocador y gritando) ¡Doña Antonia!

D.ª ANT. (Dentro.) ¿Quién?

SEÑOR Yo.

D.ª ANT. ¿Quién?

SEÑOR Yo.

D.ª ANT. ¿Quién?

SEÑOR Yo.

D.ª ANT. ¡Ah!

SEÑOR Un minuto nada más, doña Antonia. Me voy mañana, y las despedidas á la francesa no entran en mis costumbres. ¡Je! ¿Qué me dice usted para Julia?

D.ª ANT. ¿Para Julia? Nada... mis afectos... ¡Y que á ver cuando voy por allá!

SEÑOR ¡Bravo! Otra cosita, y no molesto más por ahora. Dentro de un mes volveré á verla. ¡Recíbame usted con un trabuco!

D.ª ANT. ¿Por qué?

SEÑOR En mis ratos perdidos he escrito una comedia de chistes, y deseo que usted la conozca. ¡Je! ¡Es un mamarracho muy grande! ¡Je!

D.ª ANT. ¡Jesús, qué sorpresa! ¿Cómo había yo de presumir...?

SEÑOR Cuando el diablo no tiene que hacer, escribe comedias con el rabo. ¡Je! ¡Ah! Y conste que si á usted le parece más mala que á mí, me la echa al corral sin rodeos. ¡Yo no me enfado! ¡A otra!

D.ª ANT. ¡Eso es! ¡A otra!

SEÑOR Conque hasta pronto. Muchos aplausos, mucha salud... y muchas pesetas. ¡Sin pesetas no se camina! ¡Je!

D.ª ANT. ¡Adiós!

SEÑOR ¡Adiós!

ESCENA XIII

EL SEÑOR ANÓNIMO y DON MAURICIO

SEÑOR (A don Mauricio, que llega cuando él va á marcharse.) Pase usted.

D. MAUR. Usted primero.

SEÑOR Hágame el favor.

D. MAUR. Muchas gracias.

SEÑOR ¡Calle! ¡No lo había conocido! ¿Cómo estamos?

D. MAUR. (Sin conocerlo a él.) Bien... ¿y usted, señor?

SEÑOR ¡Tan famoso! ¡Je! He llegado hoy. Me voy mañana. ¿Quiere usted algo para allá?

D. MAUR. Nada: feliz viaje.

SEÑOR Que usted siga bueno.

D. MAUR. Vaya usted con Dios. (Cuando se marcha el otro.) No recuerdo haberlo visto en mi vida.

ESCENA XIV

DON MAURICIO y FELISA; después DOÑA ANTONIA

FEL. (Saliendo del tocador.) ¿Quién es?

D. MAUR. Buenas noches.

FEL. Buenas noches.

D. MAUR. ¿El cuarto de la señora Pacheco es este?

FEL. Este es.

D. MAUR. ¿Está la señora?

FEL. Cambiándose de traje está. ¿Qué se le ofrece á usted?

D. MAUR. Hablar con ella; pero por mí que no se impaciente.

(Felisa entra y sale trayendo y llevando recaditos.)

FEL. Que tenga usted la bondad de decirme su nombre.

D. MAUR. Dígale que no me conoce; que es inútil.

FEL. Que haga usted el favor de sentarse.

D. MAUR. (Obedeciendo.) Muchas gracias

FEL. Que no hay de qué. (Quédase en el cuarto. Pausa. Se miran los dos como queriendo reconocerse.)

D. MAUR. Su cara de usted me es conocida.

FEL. Y á mí la de usted, señor. Desde que salí me estoy fijando, y juraría que le he visto en alguna parte.

D. MAUR. Igual me ocurre á mí con usted.

FEL. (Recordando de pronto, y con muestras de complacencia.) ¡Ah, ya caigo!... Sí, sí, el mismo; ya se quién es usted. Y es la tercera vez que le veo; pero soy muy buena fisonomista.

D. MAUR. Vamos á ver: ¿quién soy?

FEL. Ahora, no sé: antes, era usted el jefe del señor don Abel Secano.

D. MAUR. Cierto. ¿Y usted?

FEL. Yo soy una amiguita de Irene. Y alguna vez tuve el gusto de encontrar á usted en su casa.

D. MAUR. Sí, es verdad; sí.

FEL. ¿Y qué le trae por aquí, señor? Por si puedo servirle en algo lo pregunto.

D. MAUR. Por aquí me trae precisamente el propio don Abel.

FEL. ¿Es usted quizás el amigo suyo á quien ha invitado á la lectura?

D. MAUR. El mismo soy. Ya veo que tiene usted noticias.

FEL. Me hallaba presente cuando se lo advirtió á la señora. ¡Es precioso el drama de don Abel! ¿Usted no lo conoce aún?

D. MAUR. Lo conozco, sí. No es drama: es tragedia.

FEL. ¿Tragedia?

D. MAUR. Sí: tragedia.

FEL. Usted fué siempre gran amigo suyo.

D. MAUR. Y sigo siéndolo. Por eso he venido á la lectura.

(Sale doña Antonia en su traje habitual de calle. Don Mauricio se levanta.)

FEL. La señora.

D.ª ANT. Muy buenas noches.

D. MAUR. Buenas noches. Usted me perdonará la libertad... Ya creo que sabe usted por el señor Secano...

D.ª ANT. Ah, sí. ¿Es usted su amigo?...

D. MAUR. Mauricio Regla y Salazar, para servirla. El iba á presentarme á usted: me presento yo, y tanto monta.

D.ª ANT. Siéntese usted. Ahora vendrá el reo.

D. MAUR. ¿Quiere usted hablar cuatro palabras conmigo, antes que venga él?

D.ª ANT. Con mil amores. Felisa...

FEL. Yo le he pedido permiso á don Abel para quedarme á la lectura.

D.ª ANT. A la lectura, sí; pero á esto, no.

(Vase Felisa y cierra la puerta tras sí.)

ESCENA XV

DOÑA ANTONIA y DON MAURICIO

D.ª ANT. Usted me dirá.

D. MAUR. Lo primero, que no se figure usted que vengo á leerle otro drama.

D.ª ANT. Mire usted; no dejo de agradecer la advertencia.

D. MAUR. Soy moro de paz. Acaso el único español que no haya escrito un drama. Pero prefiero ser la excepción á ser uno de tantos.

D.ª ANT. Y yo le felicito.

D. MAUR. Mi intención no es otra que hablarle á usted del autor de *La paloma herida.*

D.ª ANT. ¡El pobre Secano!

D. MAUR. El pobre Secano: usted lo ha dicho. La amistad que me une á él es antigua y desinteresada—de esa que nace en las aulas del instituto—y me duele y me aflige verle como le veo.

D.ª ANT. En efecto: es una compasión. Yo no he sabido negarme á la lectura de esta noche. El piensa de mí que soy en esta casa una institución, que mi autoridad en ella es indiscutible... Se engaña. Pero sea lo que quiera, yo le aseguro á usted que no le faltará mi apoyo.

D. MAUR. Eso ya es bastante. Y aquí entro yo con mis manos lavadas.

D.ª ANT. Ya adivino lo que va usted á hacer: recomendarme el drama de su amigo como si fuera suyo propio.

D. MAUR. ¡No lo permita Dios!

D.ª ANT. ¿Que sea suyo?

D. MAUR. Ni que sea mío, ni que yo recomiende tal.

D.ª ANT. ¿Entonces?...

D. MAUR. Señora Pacheco, aquí se trata de salvar á un hombre; á una familia entera. Si Secano sigue adelante sin más norte de vida que sus dramas y sus locuras, esa gente perece. Y sería un dolor. Yo tengo amigos en la situación política actual: hoy por hoy, puedo fácilmente reponer á Secano en su antiguo empleo, y conseguir así que vuelvan las aguas á su curso. Mañana no sé si podré. Aquí se levanta uno con una situación y se acuesta con otra. Pues bien: yo pido á usted para ese pobre loco...

D.ª ANT. (Interrumpiéndole.) Chist, silencio.

D. MAUR. ¿Qué?

D.ª ANT. (Prestando oído hacia la puerta.) Nada: creí que llegaba. Siga usted.

D. MAUR. Yo pido á usted para ese desventurado amigo nuestro un desengaño tan doloroso y tan cruel que le obligue á romper la pluma y á quemar todos los papeles.

(Pausa.)

D.ª ANT. Si usted hubiera oído á su hija, que ha estado á verme esta misma noche, y me ha hecho encargo muy distinto del que usted me hace, comprendería la pena y el asombro con que le escucho.

D. MAUR. Pues apelo á su conciencia de usted: si me oye á mí, entre los dos salvaremos á esa familia; si atiende usted á los ruegos y lágrimas de Irenita, no hará usted sino alentar en sus caballerías al infeliz Secano, empujado al despeñadero en que se halla, como tantos otros, por la ignorancia y por las dificultades de la vida.

D.ª ANT. Me hace usted dudar. Pero ¿es que el drama no tiene pies ni cabeza?

D. MAUR. El drama... ¿Usted ve al autor? Pues como el autor es el drama. ¿Cree usted posible que un pobre diablo que jamás tuvo esas aficiones, á quien nunca le pasaron las letras por la imaginación, de pronto se siente á la

mesa y escriba un drama bueno, nada más que porque tiene siete chicos y el sueldo no le alcanza? Esto es muy doloroso, pero...

D.ª ANT. Sí, señor, es verdad: el drama no es el que él ha escrito, sino el que él vive y representa. Se ha ponderado y voceado tanto, por lenguas y papeles, la ganancia del autor dramático en estos tiempos, que ha perdido la cabeza medio mundo.

D. MAUR. Añada usted á eso, señora, los sueños de gloria, la eterna aspiración á descollar sobre quien nos rodea, el halago de los aplausos..

D.ª ANT. ¡Ah, los aplausos!... A ellos, á ellos se debe principalmente que la escena tenga dos musas, como digo yo: Talía, que á mí me parece una gran señora, y una hermanastra suya tan desatinada y tan loca, que es capaz de volver tarumba al hombre más equilibrado y prudente. Imagine usted, con cuarenta años de teatro, lo que pudiera yo contarle á usted de estas cosas. Este arte, como ninguno, apasiona, deslumbra, emborracha... No he visto nada igual. Aun aquellos mismos que públicamente fingen desdeñarlo, allá en su fuero interno lo estiman, lo quieren, y envidian sus glorias doradas... No en vano es un arte capaz de unir á muchos hombres en un momento... Pero nos apartamos de nuestro asunto, y don Abel va á presentarse y á dejarnos á media entrevista. ¿En qué quedamos?

D. MAUR. Eso usted lo ha de decir.

D.ª ANT. Pues quedamos en que, si el drama efectivamente es un disparate, como ya creo, salvaremos entre los dos á don Abel Secano.

D. MAUR. De usted depende.

D.ª ANT. La primera parte. La segunda, de usted. Cuente usted con el desahucio del dramaturgo.

D. MAUR. Cuente usted con que vuelve á su empleo. ¿Pactado?

D.ª ANT. Pactado.

D. MAUR. Y Dios dirá.

D.ª ANT. Y don Abel también. Porque, dejando á un

lado ya la formalidad de nuestro pacto, yo le aseguro á usted que Secano saldrá de aquí diciendo que usted es un mal amigo suyo y que yo soy una vieja loca.

D. MAUR. Con tal que queme el drama...

D.ª ANT. Antes quema á uno de los chicos; no sea usted inocente.

ESCENA XVI

DICHOS, DON ABEL y FELISA

D. ABEL (Desde dentro.) ¿Hay permiso?

D.ª ANT. Adelante.

(Sale don Abel. Felisa lo sigue.)

D. MAUR. ¡Si es nuestro hombre!

D. ABEL Te he estado buscando por la sala para presentarte á esta señora... ¡Tonto de mí! Conociéndote, he debido comprender que te anticiparías...

D.ª ANT. ¿No viene Carranza?

D. ABEL No, señora, no viene.

D.ª ANT. Me alegro.

D. ABEL Pero ha agradecido mucho la atención.

D.ª ANT. ¿Ve usted?

FEL. (Bajo á doña Antonia.) (Por supuesto, yo oigo la lectura.)

D.ª ANT. Sí, mujer; ya estoy.)

D. ABEL (Bajo á don Mauricio.) (¿Le habrás hecho el elogio de la obra?

D. MAUR. (A don Abel.) He hecho... lo que he debido hacer.

D. ABEL (Estrechándole las manos.) ¡Que Dios te lo pague!)

D.ª ANT. Cuando usted guste, amigo Secano.

D. ABEL Cuando usted mande, señora mía.

D.ª ANT. (A Felisa.) Cierra la puerta, tú; que no nos interrumpan. (A don Abel.) Aquí estará mejor. Siéntese.

D. ABEL Muchísimas gracias.

(Se sientan todos: Doña Antonia, don Abel y don Mauricio, ante la mesita, formando un grupo. Felisa aparte, un poco lejos.)

FEL. (¡Y poquito que le va á gustar á mi señora! Con esta, ya la he oído yo seis veces.)

(Don Abel, temblando de emoción, desabróchase el chaleco y saca el trágico manuscrito.)

D.ª ANT. ¿Querrá usted un poco de agua?

D. ABEL. Ahora no: más tarde, si acaso... (Lee con voz apagada y balbuciente.) «*La paloma herida*, drama en tres actos, original de don Abel Secano y Canseco... Personajes... Alfonsa, diecinueve años... Manuela, veinticinco años... Lolita, quince años...» Bueno, ya irán saliendo los personajes... No quiero cansar...

D.ª ANT. Pero, por Dios, don Abel, que no es noche de estreno... Está usted temblando...

D. ABEL. Sí, sí señora... estoy temblando... Usted me perdonará si soy ridículo... Estoy temblando... Y este temblor no es sólo mío... no se queda aquí... va y viene... Porque ahora mismo... en este mismo instante... allá en mi casa tiemblan también todos los míos esperando el resultado de esta lectura... Y es que, para ellos y para mí, hay mucho dolor ó mucha alegría detras de estos papeles... Este lo sabe... usted acaso lo adivina... yo lo puedo jurar... Perdóneme... perdóneme... Ya me iré serenando... (Hace un esfuerzo y continúa la lectura con voz cada vez más turbada.) «Acto primero... El teatro representa una sala de casa pobre... muy pobre... en un histórico pueblo de Castilla... Puertas al foro y laterales... Muebles... muebles desvencijados y rotos... A la izquierda una ventana... por donde entra un rayo de sol...»

(El telón ha caído lentamente. Todavía, sin embargo, se oyen algunas palabras de don Abel.) «Escena primera... Aparecen Alfonsa y Lolita...»

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

CUADRO PRIMERO

Comedor muy pequeño en casa de don Abel Secano, en Madrid. Puerta al foro. Mesa vieja y pobre con tapete de hule más pobre y viejo que la mesa. Aparador sin platos. Sillas. Es de noche. Pendiente del techo, sobre la mesa, da su escasa luz una bombilla de cinco bujías enteramente «á cuerpo».

ESCENA PRIMERA

IRENE, LIBORIA y FOSO

(A Irene ya la conocemos; Liboria es la portera de la casa, que por cierto tiene bigote; Foso es un vecino viejo del cuarto de al lado, catador teatral y empleado en consumos. Viste de capa, gorro y babuchas. Fuma en pipa.)

IRENE — Le aseguro á usted, señor Foso, que estoy yerta: de miedo y de frío. Si llego á ir al teatro me pongo mala y tengo que volverme.

FOSO — Calma, Irenita, calma: tranquilidad. La hora de la justicia ha llegado. Esta noche morderán el polvo los enemigos de su papá de usted. No siento más que no presenciarlo; pero me hace tanto mal salir de noche...

IRENE — ¡Ay, Dios le oiga!

LIB. ¡Que se fastidien! Yo, pa mí, como si lo estuviera viendo; porque mi-te, señorita Irene, que aquí el señor don Mauro sabe de cosas de teatro.

FOSO (Vanidosamente.) ¡Psché!

IRENE ¡Vaya si sabe! Papá cree en lo que usted le dice como en el Evangelio.

FOSO Los años... la experiencia... He estrenado mucho, me han silbado mucho... y perdiendo se aprende, Irenita. Sin embargo, en el teatro nunca se acaba de aprender: el teatro es un arca cerrada.

LIB. ¡Digo!

IRENE Por eso yo no estoy tranquila...

LIB. ¿Se acuerda usté, señor don Mauro, de la última obra que le echaron abajo en Novedades?

FOSO ¡Ya lo creo! *La deshonra de una madre enferma ó los crímenes de los jesuitas.*

LIB. Cabal.

FOSO Bueno; aquel era un drama de pelea, de lucha: no podía salir bien. En el café lo dije yo por la tarde: «Esta noche me silban.» Y todos: «¡Ca, hombre, ca!» Y me silbaron.

LIB. (A Irene.) ¿Eh?

IRENE Pero, por Dios, no hablemos ahora de silbas; yo no tengo los nervios para oir hablar de silbas esta noche... ¡Cómo estará el pobre papá!... ¡Cómo irá la representación!...

FOSO ¿Cómo ha de ir, Irenita? ¡A pedir de boca!

LIB. ¡Ay, señorita, qué alegría!

IRENE ¡Ay, portera, ay, vecino, yo no quiero creerlo! ¡Sería tanta felicidad! Deseo ver entrar á papá, y á mi hermano, y á la tía Luisita... y al mismo tiempo estoy temiéndolo... Diga usted, señor Foso: ¿la escena de Alfonsa y el sacerdote, no tiene peligro?

FOSO ¿Quiere usted callar? ¡Si es la más segura de la obra!

LIB. ¡Cómo lo ve todo desde casa!

FOSO (Engreído.) ¿Recuerda usted, Irenita, aquella frase del acto primero que dice: «El sol alumbra sin preocuparse de que quema, y quema sin preocuparse de que alumbra»?

IRENE Sí, señor.

FOSO Pues ahí ha debido ser el primer aplauso de la noche. Tan seguro tuviera yo mi ascenso en consumos.

IRENE ¡Ay, Dios lo quiera! Mire usted que son ya tres años y medio de padecer constante... ¡Cuánto disgusto! ¡Cuánto sinsabor! ¡Cuanto desengaño!

FOSO ¡Ah! En este terreno no hay amigos. Dígalo el petardo que nos dió á todos aquel don Mauricio Regla y Salazar, el amigo del alma, ¿eh? el compañero de la escuela, que se fué á pedirle á la Pacheco que ni á tres tirones pusiese el drama. Poco le dijo su papá de usted cuando lo descubrió, para lo que se merecía.

IRENE Es una de las cosas que á mí se me resiste creer: que aquel señor siempre tan bueno con nosotros...

FOSO Usted es un ángel, Irenita...

IRENE Como tampoco entiendo por qué la Pacheco hizo más caso de él que de papá.

FOSO ¡La Pacheco está chocheando! Pero, así y todo, buenas tripas se le pondrán cuando se entere del triunfo. Lástima que el estreno sea en un teatrillo de mala muerte.

LIB. (Prestando oído hacia la puerta.) Calle usté.

IRENE ¿Qué pasa?

LIB. Me parece que llaman al sereno. ¿No oye usté?

IRENE Sí, efectivamente. ¿Habrá acabado ya la obra?

FOSO ¡Es muy pronto!

IRENE Yo voy á asomarme al balcón. (Vase por el foro hacia la izquierda.)

FOSO ¡Qué alegría va á tener esta pobre niña!

LIB. ¿Sí, verdá?

IRENE (Asomándose llena de inquietud á la puerta.) ¡Es la tía Luisita! ¡la tía Luisita!

LIB. ¿Sola?

IRENE Con don Jovito el del tercero. (Vase corriendo hacia la derecha.)

FOSO Pues sí que lo extraño. ¿Qué hora es ya? (Sacando su reloj.) Vaya usted á saber: este reloj no anda más que de día...

LIB. Se conoce que se nos han ido las horas charla que charla.

FOSO Eso debe de ser. Tengo... tengo... No obstante mi seguridad en la obra, tengo... tengo cierta emoción.

LIB. ¡Ay, Dios mío!

FOSO Nada, nada: descuide usted, que no ha pasado nada.

ESCENA II

DICHOS, LUISITA y DON JOVITO

(Salen con Irene. Luisita, solterona de buen ver, que usa quevedos, viene arrebatada, sofocadísima, llena de indignación. Don Jovito, vecino de la casa, ya entrado en años, es hombre apagado y pacífico.)

IRENE (Pálida, trémula, asombrada.) Pero, por Dios, tía Luisita, ¿es eso posible?

LUI. ¡Ay, qué rato! ¡ay, qué noche! ¡ay, qué indignación! ¡Sinvergüenzas! ¡canallas! ¡animales!

FOSO Pero ¿ha terminado ya el drama?

LUI. ¡Ay, qué gente! ¡ay, qué público! ¡ay, qué picardía! ¡Bandidos! ¡tunantes! ¡borrachones!

IRENE ¿Oye usted, señor Foso?

LUI. ¡Asesinos! ¡Destruir así el porvenir de una familia honrada! ¡Ay! ¡ay! Un abanico... ¿Qué digo un abanico?... ¡Un revólver! Porque yo mato á alguno, yo mato á alguno... ¡Ay, Dios mío! ¡ay, qué infamia! ¡qué infamia! ¡qué infamia!...

FOSO (Atónito.) ¿Pero no hemos tenido un éxito muy grande?

LUI. ¿Pero no me está usted oyendo, señor?

D. JOV. Ha sido una desgracia; una mala noche...

FOSO A ver, á ver, ¿quiere usted explicarnos?...

IRENE Sí, sí; cuente usted, tía Luisita, cuente usted...

LIB. Cuente usté...

IRENE ¡Ay, Dios mío de mi alma! ¡Cuántas ilusiones por tierra! ¡Pobrecito papa! ¡Pobrecitos

nosotros todos! (Llorando.) ¡Ay, señor Foso, el teatro es un arca cerrada: tiene usted razón!

LUI. Yo he pasado primero una angustia, y luego un sofoco, y después una rabieta... ¡Ay! ¡Por supuesto, mi cuñado es un calzonazos, un viva la Virgen!... ¡Si llego yo á ser hombre esta noche—que me ha faltado poco—yo no salgo de allí sin armar una gresca; sin pegarme con ocho ó diez, sin volar el teatro! ¡Piratas! ¡granujas! Y vengo decidida: tenemos que fundar un periódico, cueste lo que cueste. ¡Esto no queda así! Al concluir el segundo acto casi me dió un insulto. Gracias que don Jovito es muy amable, y me subió un refresco. ¡Ay! ¡ay!

FOSO (Impaciente.) Pero, ¡por los clavos de Cristo! ¿tiene usted la bondad de referirnos lo que ha pasado? ¿Es que ha habido muchas protestas?

LUI. ¿Cómo protestas? ¡Un motín! ¡un escándalo! ¡un terremoto!

D. JOV. Por ahí; por ahí...

LUI. ¡De seguro que ha ido gente pagada!

D. JOV. Por ahí...

LUI. Porque la tomaban con todo, señor: con el drama, con los actores,—¡mala bomba en ellos!—con las actrices,—¡mala peste en ellas!—con los trajes,—¡ay, qué trajecitos!—Y venga gritar, y pegar patadas, y dar bastonazos... ¡Qué país este! En Francia no se silba; ni en Inglaterra... Y en Alemania, cuando no gusta una obra, se pide cerveza, y nada más.

IRENE ¡Jesús! ¡Jesús!

FOSO ¡Jesús mil veces!

LUI. El uno que hacía el gato, el otro que hacía el perro, el otro que hacía el mirlo, diez ó doce lo menos que hacían el gallo...

FOSO (Filosóficamente.) ¡El teatro es un arca cerrada!

IRENE ¡Virgen mía de las Angustias! ¿Era esto lo que nos tenías reservado? Pero ¿ómo aseguraba usted, señor Foso, que iban á sacar á mi papá en triunfo?

FOSO Irenita, ya estoy perplejo: yo estoy frente al caos.

LIB. Si me dicen á mí que la inquilina del entresuelo ha venido una noche sola, no me asombro más.

D. JOV. ¡Mucho!

FOSO Vamos á ver, señora, vamos á ver... Porque yo me pellizco y... ¿Dónde empezó el jaleo?

LUI. Calcule usted: empezó en el acto primero: en aquella frase tan bonita del galán en que dice que el sol alumbra sin reparar en que pica y viceversa.

IRENE (Estupefacta.) ¿Está usted oyendo, señor Foso?

FOSO (Después de soplar la pipa.) Me lo temía.

IRENE ¿Que se lo temía usted?

FOSO ¡Ya lo creo! Había callado, porque no me gusta alarmar; pero esa frase hay que decirla muy bien, ó no tiene efecto ninguno.

D. JOV. Ahí le duele.

LUI. Pues aquel perro de cómico—¡mal rayo lo parta!—la dijo todo lo mal que pudo. Se equivocó al final. Por decir alumbra, dijo alambre. Y luego ¡qué galán! Así de estatura. Y sin voz. Del paraíso le gritaban: «¡Más alto!» «¡Más alto!»

IRENE ¿Por la voz?

LUI. ¡Y por la estatura, sería!

FOSO Con elementos así, no hay éxito posible: ya me voy explicando la catástrofe.

D. JOV. Por ahí...

IRENE Dígame usted, tía: la escena de Alfonsa y el sacerdote, ¿cómo cayó?

LUI. No me la nombres, hija. Allí fué Troya: allí fué lo grande. (Foso sopla otra vez la pipa por hacer algo.) ¿No ves que el público la traía emprendida desde el principio con el dichoso cura? Además, el bribonazo que hacía el papel, en lugar de afeitarse el bigote—¡mala tiña se lo consuma!—se lo tapó con pasta. Y á la cuenta lo hizo tan mal, que con el calor del teatro, y con los gestos de la escena, se le empezó á salir una guía lo mismo que una brocha. ¡No quieras oir á los guasones! «¡Que se afeite!» «¡Que se afeite!» «¡Ese cura es de pega!» El hombre se cortó, se azoró, y quiso seguir la escena de espaldas al público; pero en

esto se le cae el solideo, y cuando vieron que no tenía corona, fueron tales los gritos y las voces, que hubo que echar abajo el telón. ¡Ay, Dios mío! ¡Qué corajina tengo! ¡Estoy furiosa!

FOSO — Ya no hay más que oir ni que pensar: ya está descubierta la incógnita: lo imprevisto. El tiro que falla, el niño que llora, la estatua que estornuda... Lo imprevisto. ¡Si me ocurrió á mí en Price cuando estrené *La sotana y la levita ó los crímenes de los masones!* Primer acto: arriba; segundo acto: arriba; tercer acto: un personaje dice: «El señor obispo se acerca.» Y en lugar del obispo sale un perro de aguas. ¡Se acabó la obra! ¡No recuerdo tumulto igual! Tuve que marcharme á mi casa con barba postiza.

IRENE — (En súbito arranque de indignación.) Pues si lo han silbado á usted tantas veces, ¿por qué se las echa de entendido?

FOSO — ¿Eh?

D. JOV. — Ahí le duele.

FOSO — Oiga usted, niña, ya que me sale usted por peteneras: si su papá de usted hubiera sido un poco más modesto, y cogiendo su drama me hubiera dicho: «Amigo Foso, ahí está mi obra: dele usted cuatro toques», otro gallo le cantaría.

LUI. — ¿Otro gallo? ¡Si usted le da esos toques que dice, arrastran á mi cuñado esta noche!

FOSO — ¿Eh?

LUI. — ¡Pues, claro, señor! Tiene razón Irene: ya cansa usted con tanto echárselas de sabio, y predicar cómo debe hacerse, y esto está mal y lo otro está peor... Y luego estrena usted y hay que avisar á la Cruz Roja.

D. JOV. — Por ahí; por ahí...

FOSO — Señora doña Luisita, el vulgo... etcétera, etcétera... y pues lo paga... etcétera... hablarle en... etcétera, etcétera.

LUI. — ¡Señor Foso, está usted en mi casa y me está usted faltando!

FOSO — Señora doña Luisita, es que hay cosas...

LUI. — ¡Pues si hay cosas, la primera cosa que debe usted mirar es que habla con una dama!...

FOSO Acepto la repulsa, á fuer de prudente.

LUI. Bueno, bueno.

FOSO ¡Y tan bueno!

LUI. Bueno.

IRENE Han llamado. Ya están ahí. (Yéndose.) ¡Qué noche más distinta de la que soñábamos!

LUI. ¡Pobre Abel! ¡Quería á su drama como á un hijo!

LIB. Quite usté; si se parte el alma...

LUI. (A Liboria, que se asoma á la puerta.) ¿Son ellos?

LIB. Ellos son, sí señora.

LUI. (Yéndose á recibirlos.) ¡Ay, Jesús! Esto parece una pesadilla.

FOSO ¡Culparme á mí!... ¡culparme á mí!... ¡Pues hombre! ¿Soy yo el papa?

D. JOV ¡Tremenda desgracia, señores! Yo he presenciado aquello y todavía no he entrado en calor.

LIB. Es un espanto, don Jovito. ¡Y en la situación que les coge!

D. JOV. Pues eso es lo horrible: que aquí no hay pan para mañana. ¡Deben hasta el aire!

FOSO Chito, que llegan ya.

ESCENA III

FOSO, DON JOVITO y LIBORIA; DON ABEL, EDUARDO, IRENE y LUISITA

(Salen los cuatro últimos por este orden, silenciosos y mustios. Don Abel se sienta en una silla, abatido, sin decir palabra. Su hijo Eduardo permanece un momento abrazado á su hermana y luego se sienta sin hablar también. Luisita reprime sus nervios. Todos contemplan al autor con aire compasivo. Nadie se atreve á romper el silencio en un rato.)

D. ABEL (Mirando á Foso, lleno de aflicción.) Amigo Foso, hemos perdido la batalla.

FOSO Lo sé, don Abel; y soy el primero en lamentarlo. Pero no tengo yo la culpa.

D. ABEL ¿Y quién lo culpa á usted, señor?

FOSO ¡Todos los presentes!

D. ABEL ¿Por qué? La culpa no es de nadie. La cul-

pa es mía: enteramente mía. Y mucho me duele mi equivocación, si la hay, en efecto; pero lo que más me aflige, me indigna, es la manera brutal, desconsiderada, soez, con que se ha rechazado mi trabajo, que á nadie ofendía; con que se han pisoteateado mis ilusiones

IRENE — Pero la silba ¿ha sido tan grande como dicen, papá?

D. ABEL — Ha sido tremenda, hija mía.

EDU — Tremenda, hermana.

IRENE — ¿Ni aun en el paso de la muerte han aplaudido?

LUI. — (Estallando.) ¿Cómo habían de aplaudir si uno de la orquesta había puesto su sombrero junto á la concha del apuntador, y los de arriba empezaron á tirarle cosas? ¡Qué país! ¡Qué asco!

FOSO — ¿También de eso seré yo responsable?

LUI. — Lo que debes hacer, Abel, es darle más ensayos á la obra, acortar algunas escenas y meterle tres ó cuatro chistes al principio. Si á tí no te salen, Castañeda, el sastre del portal, tiene muy buenas ocurrencias.

LIB — ¡Eso! ¡Y que la traguen!

FOSO — Yo me reservo mi juicio.

D. JOV. — ¿Y poniéndole música, gustaría?

LUI. — ¡Qué barbaridad!

IRENE — Calle usted por Dios, don Jovito...

LIB. — ¡Miste que música! ¡Vamos!

D. JOV. — Ustedes perdonen.

LUI. — No hay más que hacer lo que yo he dicho, y quitar el cura. Al público le ha chocado el cura. Salió el cura, y todo se lo llevó el diablo

LIB. — Como que dice mi marido que las cosas de la iglesia no se deben sacar á las tablas.

D. JOV. — ¡Mucho! ¡mucho!

LUI. — Ya recordará éste que se lo aconsejé: haz de ese cura un comandante. No es preciso que sea el confesor de la familia. Los militares tienen mucha autoridad siempre. ¿Qué opina usted, Foso?

FOSO — Insisto en que me reservo mi juicio. Pero

sí diré, que cuando á mí me silbaron *La herencia fingida ó los crímenes de los protestantes...*

IRENE Déjese usted de protestantes ahora...

D. ABEL Sí, sí; no deliremos. Lo ocurrido esta noche es irremediable.

IRENE Irremediable: esa es la verdad.

LIB. ¡Qué dolor! ¡Con lo que aquí se ha *fantasiao!...*

D. JOV. *Mala la hubísteis,* ingleses,
en esa de Roncesvalles...

FOSO Franceses, hombre.

D. JOV. Yo sé por lo que digo «ingleses».

LIB. ¿E-tán llamando?

IRENE ¿Quién podrá ser ahora?

LUI. Castañeda, el de abajo, seguramente.

LIB. Deje usté; yo iré. (Vase.)

FOSO Pero, amigo don Abel, no sé qué me da verlo de esa manera. Levante usted el ánimo, hombre de Dios, que quién más, quién menos, ya sabemos á qué sabe el jarabe de silba. ¿O cree usted, por ventura, que es el primero á quien le ponen las orejas calientes? Han silbado á Lope, á Calderón, á Moreto, á Zorrilla, á Tamayo, á mí... ¡á todos, hombre, á todos!

LUI. Y, aparte de eso, Abel, que la obra es muy bonita, digan lo que quieran; que en el público ha habido gente envidiosa, y gente pagada...

D. JOV. Y gente que no ha pagado también...

LUI. Que los cómicos la han degollado..

D. ABEL Eso sí; no cabe discutirlo.

LUI. Que tenemos que fundar un periódico...

FOSO ¡Bravo! ¡Un periódico!

D. JOV. Por ahí...

FOSO ¡Muy bien! ¡muy bien! Yo me encargo de la revista de teatros.

LUI. Sí, señor; porque es muy triste que haya que aguantarse en un caso así.

D. ABEL Calla, Luisita, calla. Callad todos. No disparatemos en nuestro afán de hallar paliativos á lo que no los tiene. Mi desengaño ha sido tan grande, tan cruel, que me hace

abrir los ojos á la realidad. ¿Qué importa ahora que el drama sea malo ó sea bueno, ni que el cura deba ser militar, ni que yo tenga quien me envidie, ni que Foso se equivoque ó acierte, ni que en el público haya habido mala fe, ni que al castigarme haya empleado groserías de taberna ó de plaza de toros? Lo tremendo aquí, lo pavoroso, es mi ruina total, mi ruina abrumadora; es que yo dejé mis medios de vivir por estas caballerías del teatro, y sacrifiqué neciamente á mis hijos; es que no veo solución á este desastre; es que no sé, no sé qué va á ser de mí ni de los míos, derrumbadas las esperanzas que puse en mi obra...

ESCENA IV

DICHOS y DON MAURICIO

D. MAUR. (Presentándose oportunamente en la puerta.) ¿Se puede pasar?
(Movimiento en todos.)

D. ABEL. ¿Eh? (Avergonzado al verlo.) ¡Mauricio!

IRENE (Con timidez.) Adelante, señor Regla, adelante.
(Pasa don Mauricio y estrecha las manos á Irenita, mirando á los demás. Liboria asoma en este momento y contempla el cuadro. Foso vuelve á soplar la pipa. Cae rápidamente el telón.)

FIN DEL CUADRO PRIMERO

CUADRO SEGUNDO

Despacho elegante y severo de don Mauricio Regla y Salazar, en un ministerio. Al foro la mesa de trabajo y una mesita auxiliar. Chimenea encendida á la derecha del actor. Mampara á la izquierda. Es de día.

ESCENA V

DON MAURICIO y BERMÚDEZ

(Bermúdez poniendo documentos á la firma de don Mauricio.)

D. MAUR. ¿Anoche se trabajó de firme?
BERM. Todo el personal estuvo aquí. El señor ministro quería esos datos para la sesión de hoy.
D. MAUR. ¿Quién ha escrito esto?
BERM. Un sobrinillo mío, que sirve de temporero hace un mes.
D. MAUR. Tiene bonita letra.
BERM. Algo recuerda la escuela todavía.
D. MAUR. Esta noche lo necesito á usted.
BERM. ¿A qué hora?
D. MAUR. Después de cenar. Nos reunimos en el café y nos venimos juntos. ¿Hay más?
BERM. No, señor. ¿Manda usted otra cosa?
D. MAUR. Nada. No deje usted de comprobar eso en la *Gaceta*.
BERM. Ahora mismo. Hasta luego.
D. MAUR. Adiós, Bermúdez. (Vase éste con todos los documentos firmados.)

ESCENA VI

DON MAURICIO y PARRA; luego DON ABEL

(Don Mauricio fuma y hojea papeles. Después oprime el botón de un timbre, que suena dentro, y aparece Parra por la mampara. Parra es el portero mayor. Frisa con los cincuenta.)

D. MAUR. Oiga, Parra.
PARRA Usía me dirá.

D. MAUR. Sin usía.

PARRA Como es la primera vez que veo á usía esta mañana...

D. MAUR. ¡Sin usía, hombre! Menos usía y más obediencia. ¿Ha venido alguien?

PARRA Precisamente acaba de llegar el caballero de que ayer me habló usted.

D. MAUR. ¿Y cómo no lo ha hecho usted pasar?

PARRA Porque acaba de llegar, precisamente.

D. MAUR. Pues que pase, que pase.

PARRA En seguida. (Se va.)

(Don Mauricio se levanta, y de espaldas á la chimenea espera la visita. De pronto, Parra vuelve á abrir la mampara y deja pasar á don Abel.)

D. ABEL. ¿Hay permiso?

D. MAUR. Entra, hombre, entra. ¿Cómo te va?

D. ABEL. Tirando.

D. MAUR. ¿Y la gente menuda?

D. ABEL. Bien todos. ¿Y tu hermana?

D. MAUR. Así, así. (Mira á Parra.)

PARRA ¿Desea usted algo?

D. MAUR. Sí, señor: que se vaya usted, y que no se quede escuchando detrás de la mampara, como otras veces.

PARRA Entendido.

D. MAUR. Lo he dicho bien claro.

(Vase Parra.)

ESCENA VII

DON MAURICIO y DON ABEL

D. ABEL Veo que no cambias de carácter. Genio y figura...

D. MAUR. Es que este buen Parra es muy entrometido y muy hablador, y si no lo pongo á raya capaz es de acercarse á contarnos un cuento. Pero deja el sombrero, simple. ¿Vas á gastar cumplidos?

D. ABEL (Obedeciéndolo.) Soy el pobre escribiente del ilustrísimo señor don Mauricio Regla y Salazar.

D. MAUR. Eso, luego. Ahora eres mi amigo Abel Secano. (Lo abraza.) ¿Te has venido á cuerpo?

D. ABEL Sí.

D. MAUR. Pues hace un frío de todos los demonios.

D. ABEL (Suspirando.) Sí lo hace, sí; pero... me he venido á cuerpo. Achaque de escribientes.

D. MAUR. Ya se atenderá á todo. ¿Quieres un cigarrillo?

D. ABEL Dámelo. ¡Buen despacho tienes!

D. MAUR. No es malo, no.

D. ABEL Te lo mereces todo, Mauricio. Mi familia está que no sabe dónde ponerte. Irenita ha recortado un retrato tuyo de no sé que periódico; le ha hecho un marco de paja de un sombrero mío, y te ha colgado en el comedor.

D. MAUR. ¡Ja, ja! Dile que lo quite. Yo os mandaré uno bueno.

D. ABEL Te lo cuento para que veas hasta dónde mis hijos saben agradecer lo que haces por su padre.

D. MAUR. Bien está, bien está.

D. ABEL A mí me has salvado.

D. MAUR. Calla.

D. ABEL Sobre sacarme de la cabeza mis caballerías literarias, mis locuras, me das un medio decoroso para que no me muera de hambre. Recobro el juicio, tengo pan que llevar á mi casa, y tengo tu amistad, que vale más que todo ello junto.

D. MAUR. Oye una cosa. Tu reposición en tu antiguo destino va en vías de conseguirse. El ministro está conmigo á qué quieres boca. Allá veremos. Por de pronto, y por si tarda en arreglarse la combinación, aquí tienes esto que yo te doy. Es una á manera de gratificación por trabajos extraordinarios: sale de los gastos del material. Yo siento que sea tan poca cosa, pero, chico, algo es algo... Menos da una piedra.

D. ABEL A mí me parece lo que me das un monte de oro; pero si te cuesta la menor violencia el proporcionármelo...

D. MAUR. No digas tonterías... Ni se hable más del particular.

(Breve pausa.)

D. ABEL Qué, ¿no trabajamos?

D. MAUR. Ahora, hombre, ahora; no tengas prisa. Lo tomas con ganas.

D. ABEL Sí: te aseguro que sí. Creía yo que al volver á subir las escaleras de esta casa, después de más de tres años de voluntario olvido, sentiría tristeza, pesadumbre; el dolor del retorno á la cárcel... Y ha sido al revés; he entrado animoso, contento... ¿Y á que no sabes a quién me he encontrado en la primera mesetilla?

D. MAUR. ¿A quién?

D. ABEL A don Jesús.

D. MAUR. ¡Ah! El gran don Jesús...

D. ABEL Y está lo mismo: parece que duerme en aguardiente. Me ha dicho que sigue haciendo sus visitas á nuestro negociado. ¿Querrás creer, chico, que desde que me dediqué á dramaturgo nunca volví á poner los pies allí?

D. MAUR. Ya, ya.

D. ABEL ¿Se murió Cabra?

D. MAUR. No. En el mismo pupitre lo tienes. Por razón de economías le han rebajado el sueldo mil reales, pero allí sigue.

D. ABEL Y no es que él se queje, ¿eh? ¡Pobre Cabra!

D. MAUR. Vamos á trabajar. (Toca el timbre.)

D. ABEL Cuando quieras. Soy tuyo. Vuelvo á lo que fuí lleno de alegría; de alegría sana... de alegría... de alegría... Yo tenía una facilidad de palabra que voy perdiendo.

D. MAUR. No te importe. (A Parra, que se presenta en la mampara.) Traiga usted leña. (A don Abel.) Vas á ponerte frente á mí; aquí, en mi misma mesa. (Se sienta en su sillón. Don Abel obedece y se coloca frente á él.) Primero que nada quiero que copies esto.

D. ABEL Lo que tú me digas. ¿Hago letra corriente ó de adorno?

D. MAUR. Corriente. Esmeradita, ¿sabes?

D. ABEL Descuide usted. Digo, descuida. ¿Te parece?

D. MAUR. Yo, mientras, voy a preparar. . Porque, chico, me traen de cabeza. (Pausa breve. Trabajan los dos.)

ESCENA VIII

DICHOS y BERMÚDEZ

BERM. (Desde la mampara.) ¿Da usted su permiso?

D. MAUR. Adelante, Bermúdez. ¿Qué hay?

BERM. El señor ministro que tenga usted la bondad de ir á su despacho.

D. MAUR. Dígale usted que voy en seguida. ¿Hay alguien con él?

BERM. Sí, señor; ese diputado andaluz...

D. MAUR. ¿Narbona?

BERM. El mismo.

D. MAUR. Ya sé lo que quiere. Voy allá.

(Vase Bermúdez. Don Mauricio busca unos papeles, y cuando va á marcharse lo llama don Abel.)

D. ABEL Mauricio.

D. MAUR. ¿Qué pasa?

D. ABEL (Mostrándole el original de lo que copia.) Aquí se te ha escapado un galicismo.

D. MAUR. Bueno, pues déjalo; no te preocupes tú de esos detalles.

D. ABEL Dispensa.

D. MAUR. Estás dispensado. En esta oficina, ninguno que tenga menos sueldo que yo, escribe mejor que yo. (Vase.)

ESCENA IX

DON ABEL y PARRA

D. ABEL ¡Je! Sus genialidades de siempre... Pero en esta oficina, como en todas, es un disparate escribir *desapercibido* por *inadvertido*. Y no hay que darle vueltas. (Vuelve á su labor.) También este *cuyo* es sandunguero... En fin, allá él... Una cosa es la amistad, y el estilo es otra cosa.

(Llega Parra con leña para la chimenea, cantando flamenco.)

PARRA *Tú me dejaste solito..*

D. ABEL ¿Eh?

PARRA ¡Ah! Usted perdone. Como vi salir al señor Regla, y no tenía costumbre de que usted viniese, creí que el despacho estaba solo.

D. ABEL Ya.

(Parra mueve en la chimenea los tizones y echa leña de la que trae.)

PARRA Se me hace raro que don Mauricio pida fuego... ¡Digo! El está siempre echando lumbre... Vamos, echando lumbre en el buen sentido... No es esto criticar.

ESCENA X

DICHOS y URRUTIA

(De improviso ábrese violentamente la mampara, y aparece Urrutia sombrero en mano.)

PARRA ¡Hombre! ¡hombre! ¿qué manera de entrar en un despacho es esa?

URRUT. No... no creí que el muelle estaba tan flojo.

PARRA Lo primero es pedir permiso.

URRUT. ¿Sí, verdad?

PARRA ¿Qué se le ofrece á usted?

URRUT. Me... me ha dicho el señor Regla que pase y que lo espere aquí. Y... y no doy más explicaciones.

PARRA ¡Bueno, hombre, bueno! ¿Tiene usted usía?

URRUT. To... todo se andará. (Reparando en don Abel, que lo está mirando sonriente.) ¡Don... don Abel!

D. ABEL ¡Amigo Urrutia!

URRUT ¡Tan... tanto tiempo sin verlo! ¿Cómo sigue usted?

D. ABEL Bien, ¿y usted? Está usted más gordo.

URRUT. La... la buena vida. Y... usted está más alto.

D. ABEL ¿Más alto? ¡Ya no tengo edad de crecer!

URRUT Se... serán los tacones.

PARRA (Al marcharse, por decir algo.) No alcen mucho la voz, que luego se oye todo y se enfada el señor ministro.

URRUT. ¿Ah, sí? Yo... yo creí que el ministro era usted.

PARRA. Pues yo lo tomé á usted por el Presidente del Consejo. ¡Mira éste ahora! (Se va.)

URRUT. ¡Qué... qué tunante! Se... se figuran que son generales porque tienen galones. Me... me las traigo yo con los porteritos.

ESCENA XI

DON ABEL y URRUTIA

D. ABEL ¡Vaya, vaya con el amigo Urrutia! ¡Si viera usted lo que yo gozo saludando á mis antiguos compañeros de covachuela!

URRUT. ¿Y... y qué hace usted aquí, ahora que me acuerdo?

D. ABEL (Vergonzosamente.) Pues... nada... que Mauricio me necesita para un trabajo delicado... y como yo soy siempre el mismo... el amigo de mis amigos... ¿Y usted? ¿A qué debemos esta visita?

URRUT. Ven... vengo á darle las gracias á don Mauricio.

D. ABEL ¿Por qué?

URRUT. Me... me ha ascendido á seis... Me... me ha hecho hombre. Usted calcule: siete duritos más...

D. ABEL Que sea enhorabuena, querido Urrutia. (Se sienta junto á la chimenea. Urrutia se sienta también, después de calentarse un poco.)

URRUT. ¿A usted lo ha colocado de nuevo?

D. ABEL Tras de ello anda ahora.

URRUT. ¿Pe... pero eso no querrá decir que usted abandone el teatro?

D. ABEL Hombre... el teatro... el teatro...

URRUT ¿E-... estrenó usted *La cotorra herida?*

D. ABEL *La paloma...*

URRUT. Eso es: *La paloma mensajera.*

D. ABEL *Herida, herida.*

URRUT. *Herida*, eso es. ¡Qué cabezota soy!

D. ABEL La estrené, sí señor: en mal hora... y por mi desgracia.

URRUT. ¿Se... se la *machacaron* á usted?

D. ABEL ¿Y cómo no, querido Urrutia? *La vida es*

sueño no resiste el embate de aquél público alborotador, levantisco, para quien la única diversión era el fracaso. ¡Qué noche! No quiero acordarme. Ya pasó, ya pasó.

URRUT. A... á mí, en buena hora lo diga, hasta el presente no me han *machacado* ninguna.

D. ABEL (Perplejo.) Pero... ¿cómo? ¿Usted?... ¿usted?...

URRUT ¡Qué... qué cara pone!

D. ABEL ¿Usted también se ha dado á las letras?

URRUT. ¿A... á las letras? ¡Un cuerno! ¡Al... al teatro! He estrenado un par de piececitas... con un amigo.

D. ABEL ¿Dónde?

URRUT. En... en la *Sociedad Carrascosa*.

D. ABEL ¿Y quién es Carrascosa?

URRUT. Ca... Carrascosa es un fresco que ha hecho dos sainetitos y que ya tiene Sociedad.

D. ABEL ¡Caramba, hombre, caramba! ¡Qué sorpresa!

URRUT La... la última la estrené el mes pasado.

D. ABEL ¿Cómo se titula?

URRUT. *Cas... Castañas al vapor*. Es muy gorda.

D. ABEL ¿Y gustó?

URRUT. Se... se rieron. A... ahora resulta que tengo gracia, don Abel...

D. ABEL No es mala fortuna.

URRUT. Ver... verdad que no; porque el público no quiere tristezas.

D. ABEL Sí; pero métase usted á torcer el temperamento del artista. Yo no siento lo cómico: no lo siento. A usted, verbi gracia, le sale al paso una pelota de mosquitos en el Retiro, y hace un chiste.

URRUT. Se... seguramente.

D. ABEL Yo no: yo veo el paludismo que acecha.

URRUT. Pues... pues es una gaita. Y ¿sabe usted lo que le digo? Que no ganará nunca dinero con esas cosas.

D. ABEL Bien, esto es aparte; yo ya no me ocupo...

URRUT. ¿Có... cómo que no?

D. ABEL No, señor, no; estoy desengañado, vencido... Paso de escritor á escribiente.

URRUT. ¡Buen tonto está usted! Pudiendo hacerse rico...

D. ABEL Hay mucho de leyenda en eso.

URRUT. Si... si yo, con los argumentos que se me ocurren, supiera redactar como usted...

D. ABEL ¿Qué quiere decir redactar?

URRUT. Re... redactar. Mire usted, don Abel: en lo que hablan los personajes de mis obras, ¡anda con Dios! que mal que bien, me apaño, porque si se me va alguna faltilla de ortografía, co... como las haches no suenan, á Dios gracias, desde el público no se advierte; pero me pongo á redactar, es un ejemplo, dónde han de estar las puertas, ó si hay escalinata en un jardín, ó un ga... gabinetito modernista, de estos complicados, y ya me tiene usted sudando á chorros.

D. ABEL Ah, naturalmente. Careciendo de letras, de cierta cultura... A mí eso no me importa. Yo tiro de pluma y me describo á San Francisco el Grande sin dejar un santo en el tintero.

URRUT. Es... es que usted ha leido muchas novelas. ¡Ojalá encontrara yo un colaborador como usted!

D. ABEL Vamos, vamos; ¿quiere usted callar, hombre?...

URRUT. No... no se haga usted el chiquito. Oiga usted, oiga usted... Le... le voy á contar á usted un argumento que se me ha ocurrido en el tranvía.

D. ABEL ¡Ja, ja, ja! ¡Este Urrutia!...

URRUT. Ve... verá usted. Ello es un capitán de un barco mer... mercante, que trae de América dos loros.

D. ABEL ¿Dos loros?

URRUT. Sí... sí, señor; si por eso me equivoqué yo con lo de la cotorra; porque venía reinando en esto de los loros. Bueno, pues en la travesía... Pero no; verá usted: uno de los loros es para la que... queridilla del capitán...

D. ABEL ¡Je!

URRUT. Y el otro para una vieja muy beata. En la tra... travesía, que es á lo que iba antes, al loro de su queridilla le enseña muchas pa... palabrotas, por... porquerías, co... cosas verdes, para reirse luego cuando estén almor-

zando; y al de la beata le enseña la letanía' el gori-gori, y otras pamplinas por el estilo. Bueno, pues el criado del capitán, al llevarlos así que llegan, cam... cambia los loros.

D. ABEL ¡Ja, ja, ja! ¡Es graciosísimo!

URRUT. ¿Verdad que lo es?

D. ABEL Está, está bien ideado.

URRUT. ¿Quiere usted que hagamos la obra juntos?

D. ABEL ¿Juntos?

URRUT. Sí, señor.

D. ABEL No... si yo no... Estoy fuera de juego... Además, me he prometido á mí mismo... Aparte de que no tengo gracia maldita.

URRUT. ¿Qué no tiene usted gracia? ¡Por quintales!

D. ABEL ¿Yo?

URRUT. Natural. El que se cree que no la tiene es el que la tiene, como me pasa á mí.

D. ABEL Es posible... es posible...

URRUT. Há... hágame usted caso: yo vivo en la calle Latoneros, cuatro, segundo. Se va usted por allí unas cuantas tardes, y pitillo va, pitillo viene, nos sorbemos la obra en ocho días.

D. ABEL Pero si la cuestión es que yo tengo el compromiso moral... Y cuidado que en ese tema de los loros empiezo á ver cosas... ¿Usted habrá imaginado la acción en casa de la vieja?

URRUT. Es... es igual.

D. ABEL Porque á mí se me ocurre que esa vieja puede tener una criada picantilla...

URRUT. Sí, señor; ¡con un novio soldado!

D. ABEL ¡Muy bien! ¡Y entre los dos le enseñan más picardihuelas al loro!

URRUT. ¡Y los sorprende la beata y tiene que esconderse el soldado debajo de la mesa!

D. ABEL ¡Ja, ja, ja!

URRUT. ¡Ja, ja, ja!

(Los dos se ríen de buena fe, con la llama de la inspiración en los ojos. Llega don Mauricio en tal punto, más cargado de papeles que se marchó, y los observa estupefacto. Don Abel y Urrutia, engolfados como se hallan en su creación, no advierten la presencia del jefe.)

ESCENA XII

DICHOS y DON MAURICIO

D. ABEL ¡Y haremos que esté un poco borracho!

URRUT. ¡Su... superior! ¡Y que diga algunas cosas en voz alta!

D. ABEL Y la criada le dirá á la vieja: «¡Es el loro, es el loro!» ¡Ja, ja, ja!

URRUT. ¡Ja, ja, ja! ¡Tiene usted más gracia que yo!

D. ABEL. No, hombre... Lo que hay es que en este asunto veo... veo... reconozco que veo...

(En efecto, ve á don Mauricio y se queda yerto. Urrutia lo ve también después y quisiera que la tierra se lo tragase. Hay unos momentos en que don Mauricio acusa con la mirada á los dos y ellos no se atreven ni á respirar.)

D. MAUR. (Con entereza.) ¡Salga usted de mi despacho, señor Urrutia!

URRUT. Don... Don Mauricio...

D. MAUR. ¡Salga usted! (Urrutia se estremece y se encamina hacia la mampara tembloroso y desconcertado. A mitad de camino don Mauricio vuelve á llamarlo.) ¡Oiga usted!

URRUT. (Volviéndose de un salto.) Man... mande usted.

D. MAUR. ¡Sirva usted para algo! (Entregándole unos pocos papeles de los que trae.) Llévele usted estos documentos al señor Cortegana.

URRUT. ¿Quién... quién es el señor Cortegana?

D. MAUR. ¡Tiene usted el deber de saberlo!

URRUT. Es... es verdad... Yo... yo venía á darle á usted la enhorabuena... digo, no... á que me diera usted las gracias... digo, no...

D. MAUR ¡Silencio! (Dice esto tan violentamente que se le caen los papeles á Urrutia.) ¡Bien! ¡Muy bien! ¡Recoja usted esos documentos en seguida, y ordénelos según estaban, ó lo suspendo á usted de empleo y sueldo!

URRUT. Sí... sí, señor. ¿Es *pata* la mía? (Como puede el hombre recoge los papeles del suelo, invirtiendo doble tiempo del que invertiría si estuviera tranquilo, y lue-

go procura ordenarlos sobre la mesita auxiliar. Entre tanto don Abel y don Mauricio hablan lo que sigue.)

D. MAUR. Abel, lo que he visto, ni siquiera es digno de tí. Me has engañado: me has traicionado.

D. ABEL Perdóname. Es muy difícil en tan pocos días aventar las cenizas de unas ilusiones, acaso por locas más queridas... Si alguna vez has tenido ilusiones, sabrás perdonarme.

D. MAUR. He tenido ilusiones; y aún las tengo. Pero cuando han sido desatinadas, he sabido ahogarlas en flor. Para eso está el sentido común. ¿Es que tus promesas nada pueden contigo? ¿Es que nada valen tampoco mis consejos? ¿O es que vas á recobrar la razón cuando te estés muriendo, como don Quijote? Siéntate, que para que le tomes el gusto al trabajo, vamos á llevarnos aquí hasta las tres de la madrugada.

D. ABEL Lo que tú ordenes haré yo.

D. MAUR. Coge cuartillas, que te voy á dictar. (Mientras don Abel se dispone á ello, dice contemplándolo con lástima.) (Es enfermedad incurable. ¡Pobre amigo mío! Está loco: no tiene atadero.)

D. ABEL Cuando gustes.

D. MAUR. (Paseando.) Bases... para la organización y reforma de la Hacienda pública, coma... del Ejército, coma... de la Armada, coma...

(Urrutia, oyéndole dictar, se esfuerza en reprimir la risa.)

D. ABEL (Sin esperar más comas.) Pero, Mauricio...

D. MAUR. ¿Qué?

D. ABEL Me dejas turulato... ¿Aun sigues con tu antigua manía de reformar y regenerar á España?

D. MAUR. Aun sigo, sí... Escribe. De la Agricultura, coma... de la Industria, coma... (Suena un timbre.) Aguarda un instante. (Se va.)

ESCENA ULTIMA

DON ABEL y URRUTIA

D. ABEL (Apenas desaparece don Mauricio.) ¡Pobre amigo mío! Está loco: no tiene atadero.

URRUT. No... no, señor, no lo tiene. Le... le riñe á usted porque escribe comedias, y está todavía con la pa... paparrucha de las bases.

D. ABEL ¡Jesús! ¡Jesús!... ¡Qué cosas!... Indudable, amigo Urrutia, indudable... La vida es una gran tragedia con personajes de sainete...

URRUT. ¡Mu... muy bien dicho!

D. ABEL ¿Quién había de pensar que ese hombre?... ¡Si hay para soltar la carcajada!

URRUT. ¡Pa... para soltar la carcajada!

D. ABEL Es claro: el público hace bien... Lo que quiere es risa y más risa... y risa y más risa...

URRUT. ¿Qué... qué le he dicho á usted yo?

D. ABEL ¡Como que en la vida no hay más que tipos cómicos! Yo soy un tipo cómico...

URRUT. ¡Sí... sí señor!

D. ABEL Usted es un tipo cómico...

URRUT. ¡Sí... sí señor!

D. ABEL Mauricio es otro tipo cómico...

URRUT. ¡Sí.. sí señor!

D. ABEL El propio ministro del ramo, ¿no es un tipo cómico?...

URRUT ¡Más cómico que todos juntos!

D. ABEL Sí, sí... Como la luz, como la luz... Hay que escribir una obra cómica. Amigo Urrutia.

URRUT. A... amigo don Abel. ¿Lo aguardo á usted mañana?

D. ABEL No, señor: esta noche.

URRUT. ¡Me.. mejor que mejor!

D. ABEL ¿Latoneros...?

URRUT. Cua... cuatro, segundo.

D. ABEL Pues hasta luego.

URRUT. Hasta luego.

D. ABEL ¡Un abrazo, colaborador!

URRUT. (Abrazándose á él.) ¡Un... un abrazo! ¡El porvenir es nuestro!

D. ABEL ¡Saldremos á la escena juntos!

URRUT. ¡Co... como Daoiz y Velarde!

D. ABEL ¡Hasta luego!

URRUT. ¡Has... hasta luego! (Yendose radiante de júbilo.) Ti... tipos cómicos... ti... tipos cómicos... muchos ti... tipos cómicos...

D. ABEL (Echando llamas por los ojos.) Tipos cómicos... tipos cómicos... No hay más que tipos cómicos...

FIN DE LA COMEDIA

Madrid, Mayo, 1905.

OBRAS DE LOS MISMOS AUTORES

Esgrima y amor, juguete cómico. (2.ª edición.)
Belén, 12, principal, juguete cómico.
Gilito, juguete cómico-lírico. Música del maestro Osuna. (2.ª edición)
La media naranja, juguete cómico. (2.ª edición.)
El tío de la flauta, juguete cómico. (2.ª edición.)
El ojito derecho, entremés. (3.ª edición.)
La reja, comedia en un acto. (4.ª edición.)
La buena sombra, sainete en tres cuadros, con música del maestro Brull. (6.ª edición.)
El peregrino, zarzuela cómica en un acto. Música del maestro Gómez Zarzuela.
La vida íntima, comedia en dos actos. (3.ª edición.)
Los borrachos, sainete en cuatro cuadros, con música del maestro Giménez. (2.ª edición.)
El chiquillo, entremés. (5.ª edición.)
Las casas de cartón, juguete cómico.
El traje de luces, sainete en tres cuadros, con música de los maestros Caballero y Hermoso.
El patio, comedia en dos actos. (3.ª edición.)
El motete, pasillo con música del maestro José Serrano. (2.ª edición.)
El estreno, zarzuela cómica en tres cuadros, con música del maestro Chapí.
Los Galeotes, comedia en cuatro actos. (3.ª edición.)
La pena, drama en dos cuadros. (2.ª edición.)
La azotea, comedia en un acto.
El género ínfimo, pasillo con música de los maestros Valverde (hijo) y Barrera.
El nido, comedia en dos actos. (2.ª edición.)
Las flores, comedia en tres actos.
Los piropos, entremés.
El flechazo, entremés.
El amor en el teatro, capricho literario en cinco cuadros, prólogo y epílogo.
Abanicos y panderetas ó ¡A Sevilla en el botijo! humorada satírica en tres cuadros, con música del maestro Chapí.
La dicha ajena, comedia en tres actos y un prólogo.
Pepita Reyes, comedia en dos actos.
Los meritorios, pasillo.

La zahorí, entremés.

La reina mora, sainete en tres cuadros, con música del maestro José Serrano. (2.ª edición.)

Zaragatas, sainete en dos cuadros.

La zagala, comedia en cuatro actos.

La contrata, apropósito.

El amor que pasa, comedia en dos actos.

El mal de amores, sainete con música del maestro José Serrano.

El nuevo servidor, humorada.

Mañana de sol, paso de comedia.

Fea y con gracia, pasillo con música del maestro Turina.

La aventura de los galeotes, adaptación escénica de un capítulo del *Quijote*.

La musa loca, comedia en tres actos.

La pitanza, entremés.

El amor en solfa, capricho literario en cuatro cuadros y un prólogo, con música de los maestros Chapí y Serrano.

SERAFÍN Y JOAQUÍN ÁLVAREZ QUINTERO

LA PITANZA

ENTREMES

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Núñez de Balboa, 12

1905

LA PITANZA

Esta obra es propiedad de sus autores, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

Los autores se reservan el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

LA PITANZA

ENTREMÉS

DE

SERAFÍN Y JOAQUÍN ÁLVAREZ QUINTERO

Estrenado en el TEATRO DE LA ZARZUELA el 15 de Setiembre de 1905

MADRID

R. VELASCO, IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.°

Teléfono número 551

1905

Al Sr. Don Pedro Ruiz de Arana

Sus amigos de siempre,

Serafín y Joaquín.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
JESUSA.....	SRTA. MENDOZA.
SEÑOR CLEMENTE.....	SR. RUIZ DE ARANA (P.)
ANDRÉS.....	RUIZ DE ARANA (E.)

LA PITANZA

Una plaza en Sevilla. A la derecha del actor, en primer término, un banco de piedra. Es de día

ESCENA PRIMERA

SEÑOR CLEMENTE; luego ANDRÉS

(El señor Clemente es un cochero de punto que tiene la parada allí cerca y que almuerza y come en aquel banco. Sale por la derecha del actor y mira hacia la izquierda de muy mal temple. Es que se retrasa el almuerzo más de lo justo.)

SR. CLE. Pos señó, güeno está: se conose que mi mujé tiene ya la barriga yena. La una er día, y sin paresé con el armuerso. ¿A que se le ha orvidao á la mu bruta? ¡Mardita sea la hora en que un cochero se casó! ¡Así cayera ur rayo en mi casa, y la partiera primero á eya, y luego á mi cuñao, y después á mi cuñá... y aunque queara una chispita pa los niños no se perdía gran cosa! ¡Jinojo, como me tiene la familia!... (Mirando hacia la derecha.) Hombre, me alegraré que aquer señorito der *caki* me quiea tomá por horas; que como no traiga dos güevos fritos en la cartera, lo va á yevá su padre. Vamos, me perdona la vía: pasa e largo... Pué que no yeve suerto. A lo mejó estos de los pantalones doblaos

sin que yueva, tienen un duro pa to er mes... Asín se peinan con tanto pelo: pa tené que pelarse poco. Y mi armuerso sin asomá por ningún lao... ¡Mardito sea Morón! ¿En qué estará pensando mi gente? ¿Habrá cogío un clértrico á mi señora? ¿La habrá matao una teja? ¿Se le habrá caío ensima un baú? No quieo formá castiyos en el aire...

(Sale por la derecha Andres, mocito del pueblo.)

AND. Dios guarde á usté, señó Clemente.

SR. CLE. Hola.

AND. ¿Está usté güeno?

SR. CLE. Sí, hijo, sí.

AND. Ya sé que la familia está güena...

SR. CLE. Sí, la familia sí. ¡Güena está la familia!

AND. ¿Qué le pasa á usté, señó Clemente?

SR. CLE. ¡Malas digestiones que hase uno!

AND. ¿Sí, verdá? Lo mismo tengo yo á mi madre. ¿Por qué no toma usté una poquita e servesa antes de las comías, pa abrirse el apetito?

SR. CLE. ¡Guasón, si lo que estoy es desmayao!

AND. ¡Ay, qué grasia! Siempre de güen humó...

SR. CLE. ¡Siempre! Santa Lusía te conserve la vista.

AND. Pos yo, pasaba por aquí, y como lo ví a usté desocupao y hase dos ó tres días que le quiero hablá de un asunto...

SR. CLE. ¿De un asunto tú?

AND. Fué usté carculárselo... En er tayé me han subío er jorná... y Jesusa y yo habemos pensao formalisá lo nuestro.

SR. CLE. (Mirando á todas partes y escupiendose en una mano.) ¿Ande he puesto yo er latigo, hombre?

AND. ¿Er látigo? ¿Pa qué quié uste er látigo?

SR. CLE. ¡Pa crujírtelo ensima y que sargas corriendo por ahí hasta que pierdas los tacones! ¡Mardito sea Morón! ¿Pos no me pregunta que pa qué quieo er latigo?

AND. Pero señó Clemente...

SR. CLE. ¡Pero señó Jinojo! ¿Qué te has creío tú? ¿Que porque te dejo hablá con mi niña, porque se me caen los pantalones de güeno, vi yo á consentí que tú te la yeves lo mismo que me yevé yo á mi muje? ¡Vamos, quita!

¡Vale mi hija como siete veses más que su madre! ¡Y vales tú como setenta veses menos que yo!

AND. Pero señó Clemente...

SR. CLE. ¡Que te cayes, hombre! ¡Toavía no ganas tú ni pa costearle á mi niña er jabón que gasta!

AND. Pero ¿no oye usté que me han subío er jorná?...

SR. CLE. ¡Me alegro! Compra una arcansía pa los ahorros. ¡No nesesitaba yo en mi casa más que un nieto con la cara e tu madre!

AND. ¡Con mi madre no se tiene usté que meté, señó Clemente!

SR. CLE. ¡Pos no la saques á la caye más que en Carnavá!

AND. ¡O se caya usté ó vamos á tené un dijusto!

SR. CLE. ¡O te cayas tú ó te sarto un ojo!

AND. ¿A mí?

SR. CLE. ¡A tí!

AND. Si no mirara quién es usté... Pero esto es asesinarlo á uno, señó Clemente... Yo le diré á Jesusa lo que ha pasao...

SR. CLE Pué que se lo diga yo primero... (Acción de pegar.)

AND. Como le toque usté ar pelo e la ropa. .

SR. CLE. ¿Qué?

AND. ¿Que qué?

SR. CLE. Sí; que qué.

AND. (Reprimiéndose) Na.

SR. CLE. Pos na.

AND. Le vale á usté... le vale á usté... Quéese usté con Dios: no quieo perderme. (Se va de estampía.)

SR. CLE. ¡Como si vas y te tiras ar río! ¡Me da lo mismo! ¡Mardito sea Morón! ¿Pos no se quié casá con mi hija con dos reales tos los sábados? ¿Qué pensará darle de bebé? ¡Porque supongo que en comé no habrá pensao! ¡Jinojo con er niño! ¡Si le digo á usté que hoy por la mañana me está á mí hasiendo farta un barreno!

ESCENA II

SEÑOR CLEMENTE y JESUSA

SR. CLE. (A Jesusa que sale por la izquierda con un porta-viandas y una botella de vino.)
¡Vamos, hom! re! ¡Ya quiso Dios! ¿Es que se ha parao er reló de la Plasa Nueva, verdá? ¿Y tu madre? ¿Por qué no ha venio tu madre como tos los días? ¡Tenía yo gana de darle una sopita hoy!

JES. Yo le diré á usté lo que ha pasao.

SR. CLE. No me digas na si no quiès que de un guantaso te esbarate la cara. ¿Te paese á tí ni medio bien que er cabesa e familia yeve aquí una hora renegando de la familia, y de la cabesa, y der Dios que lo crió, y de la comadre que lo trajo ar mundo?

JES. Pero, padre, si no me deja usté que le explique...

SR. CLE. ¡Como que estoy yo pa escuchá discurpitas con el hambre que tengo! Destapa eso ya, y vamos á vé lo que me traes; que no fartaba más sino que fuea bacalao con tomate, que siempre me hase daño. ¡Mardito sea Morón! ¿Pa qué estaría ese pueblo en er mapa cuando era yo sortero? ¿Qué delito habré yo cometío pa que me toque esa mujé, que es una ruina? Una mujé fea, una mujé bruta, una mujé arisca, una mujé puerca...

JES. ¿También puerca, padre?

SR. CLE. ¡Puerca y retepuerca! ¡Se lava con saliva, como los gatos!

JES. Vamos, vamos; siéntese usté aquí y coma usté, que mientras coma usté no hablará lo que no es presiso.

SR. CLE. (Principiando á comer.) ¡No, si no vi á tené siquiea er derecho der pataleo! ¡Jinojo qué egoismo! ¡Ya que me haseis la santísima pascua entre tos, dejarme que chiye! ¿Tú no ves que si yo no chiyo reviento? Estése

usté to er día ar só, y al aire, y al agua, y á los rayos ensendíos que les dé la gana e caé,—porque el arquila atrae la elertrisidá,—y luego vaya usté á su casa y encuentre usté á su mujé con las greñas corgando y la cara susia, y á su cuñao—sinvergüensa, ladrón, lisensiao e presidio, mar tiro le den, así lo ajorquen—borracho perdío jugando á las cartas, y á su cuñá chuleando con los vesinos, y á tí charlando con er *jambrera* e tu novio...

JES. *¿Jambrera?*

SR. CLE. *¡Jambrera*, sí! Te lo digo á tí y se lo he dicho á é hase dos minutos.

JES. Pero, ¿ha estao aquí ya?

SR. CLE. Ya ha estao. ¡Por lo visto *se* habíais dao sita!

JES. ¿Y qué han hablao ustedes?

SR. CLE. Casi na, porque no se lo he consentío.

JES. ¿De verdá, padre?

SR. CLE. ¡No, que juego! ¡Que se haga un hombre y gane los cuartos, aunque sea enseñando á la madre á perra gorda, y entonses pué que si viene á hablarme de tí yo no le rompa una espiniya! Pero mientras eso no suseda y ande lampando e hambre, ¡qué jinojo vi yo á tratá con é de casamiento! Echame vino. (La muchacha, gimoteando, lo obedece.) Y no me hagas pucheros, que es peó. (Bebe.) ¿Esta tortiya la ha guisao tu madre?

JES. Como siempre.

SR. CLE. ¡Te he dicho que no me hagas pucheros! Y pa que veas tú que soy justo, reconozco que la tortiya está güena. Una cosa es que yo no trague á mi mujé, y otra cosa es haberme tragao la tortiya. (Vuelve á beber.) Er vino no es er mismo.

JES. No señó, que es otro.

SR. CLE. Mejó.

JES. Mejó. Un reá más caro.

SR. CLE. ¿Y á qué viene este lujo?

JES. Si to eso es lo que le iba á usté á explicá; sino que cuando usté se pone de esa manera lo que hay que hasé es cayarse.

SR. CLE. Pos ¿qué ha susedío?

JES. Que á tito Julián le han caío diez duros á la lotería.

SR. CLE. ¿A mi cuñao?

JES. En er désimo que el otro día se encontró en la caye.

SR. CLE. ¿Le paese á usté? Tos los granujas tienen suerte.

JES. Y de ér salió darle á usté una sorpresa: comprarle mejó vino y traerle menúo, que sabe que le gusta á usté.

SR. CLE. (Con súbito gozo.) ¿Pero me traes menúo?

JES. Ahí viene; si, señó.

SR. CLE. Es un orsequio que yo estimo: la verdá.

JES. Madre lo ha guisao: ¡está más güeno'... Por eso ha sío er veni más tarde.

SR. CLE. ¿Ha sío por eso, eh? ¡Si que güele á gloria! Como que tu madre pué gui-á en er palasio de los reyes en Madrí. La verdá es la verdá. Y está dicho. Hombre, en Madrí le yaman á esto cayos. ¡Las cosas!... Echame otro vasito, que le ví á hasé la cama.

JES. Tome usté.

SR. CLE. (Luego que empina el codo.) ¡Obresiyo mi cuñao! Ahí tienes un hombre, que será to lo que se quiera, pero que no le farta corasón, y que es agradesío. (Empieza á devorar el menudo.) ¡Claro! Er no pué orvidá que yo los cogí de mitá e la caye á é y á su hermana, y partí con eyos er cacho e pan que gano pa ustedes. Eso, un hombre e bien no lo orvía. ¡Lástima que tome esas monas er *pajolero!* Porque, eso sí, está dominao por er vino.—La arrastrá e tu madre ha cargao la mano en la pimienta, porque sabe que es mi debilidá... Echame otro vaso.—Y cuidao que yo se lo he dicho veses: «Julián, que tú eres una persona esente; que eres un cabayero; que eres un hombre de pundonó... Bebe, pero no escandalises...» Y se lo digo porque lo quiero. ¡Como quiero á Pastora, su hermaniya! ¡Me vienen á mí conque si chulea ó no chulea! Señó, hay que ponerse en las sircustansias. La chiquiya es una jaca e pura sangre: es bonita, es bien andá, tiene

mucho fuego, le gustan los hombres como á toas, y quié conosé er mundo, porque le pica la curiosidá... ¿Y por eso vamos á mormurarla? ¡Ni que estuviéramos aquí entre frailes y monjas! ¿Ha fartao en argo á la desensia? ¿Se ha extralimitao en tanto asín? No; porque yo no se lo hubiera consentío. Ni yo, ni tu madre, que tú sabes cómo las gasta, y la palisa que te dió á tí cuando te vió hasé aqueyo. Acuérdate. Y te arvierto que á mí me dijustó... Sí, porque yo he tenío veinte años... y sé que á los veinte años no están las cosas como á los sincuenta. — ¡Jinojo! Me he tragao un cachiyo e choriso que me ha dejao la nuez en carne viva. (Bebe otra vez.) Con esto se cura.—Pero tu madre es inflersible en ese terreno. Hase bien, ¿eh? Dios me libre de criticarla. Tu madre es una mujé que tiene sus defertos, que tiene sus flacos, como ca quisque—porque fartas hasta las estatuas las tienen;—pero que puesta á educá sus hijos, como ha educao a tu hermano y á tí, y a sé lo que se yama una mujé de su casa, no hay en Seviya cuatro que le puean dá lersiones, ¡qué jinojo! La justisia es justisia. Y si no, aquí estás tú. A muchas señoritas de esas der pan pringao quisiea yo vé arterná contigo. Tú sabes saludá, tú sabes despedirte, tu sabes dá una explicasión, tú sabes ofresé tu casa, tú no te cortas delante e nadie... en fin, tú vas adonde vaya la primera. Asín estamos tu madre y yo: ¡mirándonos los dos en er pimpoyo que Dios nos ha dao!—Si me traes más, más me como... ¡Miá que hase un día!... Hasta caló tengo.

JES. Como que ha comío usté por media osena.

SR. CLE. ¡Je! Cuando pasan rábanos... Oye, Jesusiya, ¿cómo es aqueyo de...? (Cantando.)

Rabanera, rabanera,
véndame usté un rabanito...

JES. (Riéndose.) Ay, padre, cáyese usté por Dios, que va á cambiá er viento.

SR. CLE. ¡Je! Malamente lo hago. Un sigarriyo ahora...

¡Güeno está!... ¡Que ruede er mundo hasta que se canse!

JES. (Mirando de pronto hacia la derecha.) Padre, que lo yaman á usté

SR. CLE. No me da la gana de í.

JES. Miste que es un señorito, padre.

SR. CLE. ¡Pos por eso! ¡Que arquile una burra!

JES. Tira usté er negosio por la ventana.

SR. CLE. ¡Y tiro a un Hércule de la Alamea! ¡Eso es! Un día es un día... Mia quien va ayí.... (Llamando.) ¡Andrés! ¡Andresiyo! ¡Ven acá, hombre, ven aca!

JES. ¡Ven acá, Andresiyo! (Aparece Andrés por la izquierda, mirando receloso al señor Clemente.) Asércate, que no hasemos daño.

ESCENA ÚLTIMA

DICHOS y ANDRÉS

SR. CLE. Tómate un vaso e vino á mi salú. (Andrés se queda estupefacto.) ¡Tómatelo, simple! (Andrés bebe maquinalmente.) ¿Es güeno, eh? (Aludiendo á su hija.) ¡Y no te yevas na! ¡Podría está la criatura! Eso es lo que tienes tú, que eres corto e vista y no has sabío fijarte. Y lo peó de la chiquiya es la cara, pa que te enteres: porque en lo morá... en lo morá es un estornudo e su madre, que debía está en la Historia España. ¡Bendito sea Morón, que la ha criao!

AND. Pero... ¿habla usté en serio, señó Clemente?

SR. CLE. ¿Pos á quién mejo que á tí le vi yo á da mi niña? ¡A tí, que sé que eres un hombre trabajaó y honraó, capaz de sacá un duro de debajo una piedra donde lo haya! ¿Qué? ¿Que ahora apenas tienes jorná? ¡Tampoco vas á casarte esta noche! ¡qué jinojo! ¡A lo mejó se les pien in posibles á argunos hombres! ¡Y en úrtimo caso, ahí está mi coche y aquí estoy yo, pa que no les farte á ustés ni agua bendita!

AND. Es usté mu güeno, señó Clemente.

JES. ¿Ves tú? ¿No te lo dije?

SR. CLE. No es que yo soy güeno: es que tengo memoria, y me acuerdo der pobre e tu padre, y pienso en lo que gosaría si estuviera presente; y me acuerdo de que yo anduve enamoriscaíyo de tu madre—que aquí pa nosotros tres puso er mingo en su tiempo,—y uno no es de piedra... y er bien que uno haga en esta vía, ya se lo pagaran en la otra. ¡Echá pa elante y subirse ar coche los dos, que ahora mismo vamos á publicá las amonestasiones por toa Seviya!

JES. ¡Ja, ja, ja!

AND. ¿Pero qué le pasa á tu padre que está tan contento?

JES. Na: que ha comío.

SR. CLE. ¡Señó, lo que le pasaría á media España! ¿Pos por qué hay dijustos en er mundo y están yenas las casas e locos? ¡Porque nadie come! ¡Qué jinojo van á contarme a mí! Con que ar coche, ar coche. Vamos á pasearnos

JES. Pero, ¿ha perdío usté la chabeta, padre?

SR. CLE. Tú déjate yevá.

JES. ¡Ea, pos vamos!

AND. ¡Vamos! (Se van por la derecha riéndose. Jesusa se lleva el portaviandas y la botella con que salió.)

SR. CLE. (Recreándose en la pareja.) ¡Ole! ¡ole! ¡Esa es güena gente! ¡Viva mi casta! ¡La verdá es que me ha dao Dios una familia pa ponerla en un marco!

(Al público.)

Bien comío y bien bebío,
pa remate de funsión
sólo un aplauso te pío.
Si me largas un sirbío
me cortas la digestión.

FIN

Mira-Sierra, Agosto, 1905.

ADVERTENCIA IMPORTANTE

Las empresas que pongan en escena este entremés pagarán por derechos de propiedad la mitad de los correspondientes á una pieza en un acto.

OBRAS DE LOS MISMOS AUTORES

Esgrima y amor, juguete cómico. (2.ª edición.)
Belén, 12, principal, juguete cómico.
Gilito, juguete cómico-lírico. (2.ª edición.)
La media naranja, juguete cómico. (2.ª edición.)
El tío de la flauta, juguete cómico. (2.ª edición.)
El ojito derecho, entremés. (3.ª edición.)
La reja, comedia en un acto. (3.ª edición.)
La buena sombra, sainete en tres cuadros, con música. (6.ª edición.)
El peregrino, zarzuela cómica en un acto.
La vida íntima, comedia en dos actos. (3.ª edición.)
Los borrachos, sainete en cuatro cuadros, con música. (2.ª edición.)
El chiquillo, entremés. (5.ª edición.)
Las casas de cartón, juguete cómico.
El traje de luces, sainete en tres cuadros, con música.
El patio, comedia en dos actos. (3.ª edición.)
El motete, entremés con música. (2.ª edición.)
El estreno, zarzuela cómica en tres cuadros.
Los Galeotes, comedia en cuatro actos. (3.ª edición.)
La pena, drama en dos cuadros. (2.ª edición.)
La azotea, comedia en un acto.
El género ínfimo, pasillo con música.
El nido, comedia en dos actos. (2.ª edición.)
Las flores, comedia en tres actos.
Los piropos, entremés.
El flechazo, entremés.
El amor en el teatro, capricho literario en cinco cuadros, prólogo y epílogo.
Abanicos y panderetas ó ¡A Sevilla en el botijo! humorada satírica en tres cuadros, con música.

La dicha ajena, comedia en tres actos y un prólogo.
Pepita Reyes, comedia en dos actos.
Los meritorios, pasillo.
¡a zahori, entremés.
La reina mora, sainete en tres cuadros, con música. (2.ª edición.)
Zaragatas, sainete en dos cuadros.
La zagala, comedia en cuatro actos.
La contrata, apropósito.
El amor que pasa, comedia en dos actos.
El mal de amores, sainete con música.
El nuevo servidor, humorada.
Mañana de sol, paso de comedia.
Fea y con gracia, entremés con música.
La aventura de los galeotes, adaptación escénica de un capítulo del *Quijote.*
La pitanza, entremés.

SERAFÍN Y JOAQUÍN ÁLVAREZ QUINTERO

El amor en solfa

(Segunda parte de EL AMOR EN EL TEATRO)

CAPRICHO LITERARIO

en cuatro cuadros y un prólogo,

CON MÚSICA DE

RUPERTO CHAPÍ y JOSÉ SERRANO

PROPIEDAD DE LA SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Núñez de Balboa, 12

1905

EL AMOR EN SOLFA

Esta obra es propiedad de sus autores, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

Los autores se reservan el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

EL AMOR EN SOLFA

(Segunda parte de EL AMOR EN EL TEATRO)

CAPRICHO LITERARIO

en cuatro cuadros y un prólogo,

DE

SERAFÍN Y JOAQUÍN ÁLVAREZ QUINTERO

CON MÚSICA DE

RUPERTO CHAPÍ y JOSÉ SERRANO

Estrenado en el TEATRO DE APOLO el 8 de Noviembre de 1905

MADRID

R. VELASCO, IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.

Teléfono número 551

1905

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
PRÓLOGO	
EL AUTOR	Sr. Mesejo.
CUADRO PRIMERO	
LA CAUTIVA	Srta. Pino.
ALHAMAR	Sr. Reforzo.
Esclavas	
CUADRO SEGUNDO	
CARMEN	Srta. Brú.
LA SEÑORA ALFONSA	Sra. Vidal.
EL SEÑOR TELESFORO	Sr. Carreras.
PACO	Sirvent.
INDALECIO	Riquelme.
EL SEÑOR ATILANO	Mihura Alvarez.
Vecinos, vecinas y transeuntes	
CUADRO TERCERO	
MAGDALENA	Srta. Pino.
RICARDO	Palou.
GASPAR	Sr. Mesejo.
DON DIMAS	Manzano.
Marineros y mozas del pueblo	
CUADRO CUARTO	
PONCIANITA	Srta. Brú.
BLASA	Espinosa.
CASILDEO	Sr. Riquelme.
EL SEÑOR ROQUE	Carrión.
MOZO 1.º	Soriano.
IDEM 2.º	Picó.
IDEM 3.º	Rodríguez.
IDEM 4.º	Valverde.
Mozos y mozas del pueblo	

EL AMOR EN SOLFA

PRÓLOGO

EL AUTOR

Inmediatamente detrás del telón aparece la embocadura de un teatro, con lujosa cortina abierta por la mitad, que se pliega á los lados. En la parte superior hay un gran letrero que dice: «Teatro lírico nacional.»

Sale por la derecha el Autor, de americana y hongo, se dirige al público, y todo lo mejor que puede le dice lo que sigue.)

Público amigo y señor:
perdona mi atrevimiento
y oye, si quieres, atento
dos palabras de un autor.

—

Hace tres años ó cuatro,
humilde te presenté
una obrilla que llamé
El amor en el teatro;
donde, con mano tan buena
que conseguí tu favor,
pinté cómo es el amor
a través de nuestra escena.
Mas conozco que hice mal
y que no anduve certero
al dejarme en el tintero
todo el «amor musical.»

Enmendando, pues, mi error,
y con más ó menos arte,
hice esta segunda parte
de las escenas de amor.
Y en ópera castellana
te ofrezco en primer lugar
los amores de Alhamar
y una Cautiva cristiana.
Dieran corazón y vida
ella por él y él por ella,
mas entre el moro y la bella
hay mucha sangre vertida.
Dejo en sus regios pensiles
al infeliz mahometano,
y te llevo de la mano
á un rincón de los Madriles,
en que verás que te doy
un cuadro de amor chulesco,
sentimental y grotesco,
según la usanza de hoy.
Después, tu recuerdo avivo
de la clásica zarzuela,
donde el amor se revela
siempre audaz y siempre altivo;
y con tan nobles anhelos
y tan sencilla ternura,
que hizo antaño la ventura
de nuestros padres y abuelos.
Finalmente, en pocos trazos,
y en un pueblo de Castilla,
bosquejo una zarzuelilla
de aventuras y estacazos.

—

Sin ninguna presunción,
y con el más sano intento,
los cuatro cuadros presento
á tu consideración.
Si consiguen agradarte,
habré mi gusto logrado;
si no... me iré resignado
con la música á otra parte.
(Se retira por cualquier lado sin tropezar.)

CUADRO PRIMERO

ÓPERA.—Amor imposible

El letrero de la embocadura se trueca por arte de magia ó de birlibirloque por el del título de este cuadro. La misma variación se verificará en los sucesivos.

La escena es en Granada y en los jardines del palacio de Alhamar, príncipe moro.—Es de noche y hay luna

ESCLAVAS

(Cantando dentro)
¡Ay de las pobres cautivas
del poderoso Alhamar!
¡Ay de las tristes que lloran
su perdida libertad!
Nuestras lágrimas ardientes
la luna sale á alumbrar,
y á la mañana, piadoso,
el sol las enjugará.

—

Distraed nuestra pena
cantando en la espesura, ruiseñores.
Llora, noche serena,
tus lágrimas de amor sobre las flores
Que luego ese llanto
será con el sol
diadema en la rama,
corona en la flor.

—

(Sale la Cautiva.)

CAUTIVA

El aire del palacio me ahoga y me envenena.
¡Piedad, señor del cielo, tened de mí piedad!

Me afligen esos cantos; me agobia esta cadena;
la zambra me entristece; ¡yo quiero libertad!

—

ESCLAVAS

(Dentro.)
Vendrá la alegre aurora con sus risueñas galas,
esparcirán las flores su aroma en derredor;
los pájaros cantando desplegarán sus alas;
murmurarán las fuentes; palpitará el amor...

—

(Sale Alhamar.)

ALHAMAR

Cautiva cristiana...

CAUTIVA

Moro...
¿Otra vez al lado mío?
¿No ves que peno y que lloro
de mirarme presa aquí?

ALHAMAR

¿Por qué, mi rico tesoro?
¿Por qué es para tí sombrío
este palacio de oro
que arde en fiestas para tí?

CAUTIVA

Porque su aire me asesina,
porque su esplendor me mata,
porque es triste y mortecina
para mis ojos su luz...

ALHAMAR

Oye, mi estrella argentina,
oye, mi paloma ingrata,

oye, mi flor granadina,
perla del suelo andaluz:
Cautivo estoy en tí, pues por tí vivo,
cautivo en tu hermosura soberana,
y en tus brazos quisiera estar cautivo;
¡ven á mis brazos tú, bella cristiana!
Me seduce tu realeza,
me hechiza tu dignidad,
me arrastra tu gentileza,
me vence tu majestad.

CAUTIVA

Yo muero por tu regia gallardía,
yo tiemblo ante tu voz sonora y fuerte,
yo en tus brazos de amor me abrasaría,
pero nunca ha ser: ¡antes la muerte!
Gala de los africanos,
entre tu amor y mi amor
la sangre de mis hermanos
eleva ardiente vapor.

ALHAMAR

Nazarena,
el amor hace luz la sombra oscura,
la nieve fuego y júbilo la pena.

CAUTIVA

Príncipe de los príncipes,
todo lo puede amor,
menos borrar la sangre
que la maldad vertió.
Tu padre el rey tirano,
traicionero y feroz,
á muchos de los míos
brutal acuchilló.
Fuimos sus prisioneros,
mis damas, mis amigos, mis hermanos,
y en tu bella Granada,
rendidos y entre burlas penetramos.
Como botín de guerra

te me ofrecieron, príncipe valiente:
me elegiste entre todas:
¿por qué primero no me diste muerte?

ALHAMAR

Porque tus ojos, cristiana,
me encendieron en su luz;
porque tú eres la sultana
de todo el reino andaluz;
porque tú eres el tesoro
que soñé para mi bien;
porque en tus gracias el moro
vió el Edén.

—

Para tí mis palacios diamantinos
que edificó el ensueño;
para tí mis poéticos verjeles,
en donde el ocio es dueño.
Sola tú reinarás en mi morada,
tú sola en mi albedrío:
tendrás joyas, y sedas, y perfumes;
¡tendrás el amor mío!

CAUTIVA

Hijo del Profeta moro,
orgullo del pueblo infiel,
ese tu rico tesoro,
este tu bello vergel,
ese amor que en tí se aviva
al par que se aviva en mí,
no los quiere tu cautiva
para sí.

—

En tus jardines, donde el ocio es dueño,
sangre mancha las flores;
los pebeteros de tu regia alcoba
lanzan rojos vapores.
Nunca uniré tu vida con mi vida:
¡jamás he de ser tuya!
¡Abreme ya las puertas de esta cárcel,
y déjame que huya!

ALHAMAR

Huye, cristiana, huye,
y mátame al huir.
¡Jamás te hubiera visto!
¡Ya el sol no sale nunca para mí!
En cuanto brille el día
á tu castillo irás:
te llevarán, hermosa, mis gomeles...
¡Cautivo queda el príncipe Alhamar!
(Aléjase la Cautiva.)
¡Que no llegue el día!
¡Que no alumbre el sol!

CAUTIVA

(Dentro)
¡Príncipe: te quiero!
¡Maldito mi amor!

ESCLAVAS

(Dentro)
Vendrá la alegre aurora con sus risueñas galas;
esparcirán las flores su aroma en derredor;
los pájaros cantando desplegarán sus alas;
murmurarán las fuentes; palpitará el amor..

CUADRO SEGUNDO

SAINETE LÍRICO. — Amor chulesco

Calle en los barrios bajos de Madrid. A la derecha del actor, la casa del señor Telesforo. A la izquierda, de frente al público, la del señor Atilano. Es á la caída de la tarde, en el mes de Julio

ESCENA PRIMERA

El SEÑOR TELESFORO; luego PACO

(El señor Telesforo está sentado á la puerta de su casa, en mangas de camisa. Se entretiene en jugar con un boliche.)

SR. TEL. Con esto del descanso dominical hay día pa to lo que se quiera. Mi mujer se ríe; pero yo me distraigo más así que viendo entarugar las cayes.

(Sale Paco, chulo «repudrío» por el querer.)

PACO Dios guarde á usté, señor Telesforo.

SR. TEL. No me hables ahora.

PACO ¿Qué está usté haciendo?

SR. TEL. Caya, hombre, caya; que hablando se me va la vista.

PACO ¿Cómo?

SR. TEL. ¡Rediez, qué pesao vienes! (Dejando el juego.) Y vaya una cara pa ser domingo. ¿Te han leído alguna hoja de almanaque?

PACO Me da usté envidia, hombre; me da usté envidia con ese genio tan festivo. ¿Ha salío la Carmen?

SR. TEL. ¡Acabáramos! Ya está aquí el de «Que nos entierren juntos.» Pero, ven acá, papel de luto: reflesiona. ¿No conoces que mientras tú te achicharras y te haces cisco por la Carmen, eya está en los toros muy vestía y muy puesta, y que quien la ha osequiao es el Indalecio?

PACO ¡Maldita sea la fiesta nacional! Cáyese usté, señor Telesforo, que me está usté cosiendo á puñalás el alma. Usté sabe lo que esa mujer ha sío pa mí, y yo pa eya. Desde así nos queremos; usté lo sabe. Eya iba por serrín pa el gato á la carpintería del señor Sinesio, donde yo estaba de aprendiz...

SR. TEL. Sí; si me lo cuentas tos los días. Pero ya te lo dije ayer: los pobres nos jorobamos siempre. La Carmen te quería—y pa mí que te sigue queriendo, esto es aparte;—pero al señor Atilano el papelista, que le gustan las gordas, se le ocurrió casarse con la señora Alfonsa, que es una especie de globo cautivo, y se casó; y la señora Alfonsa yevó su candidato pa la hijastra. Y como la Carmen, y la Alfonsa y el Atilano, creen que el Indalecio está podrío de dinero, ahí tienes explicao el negocio. Pero yo sé de lo que el Indalecio está podrío, y otras cuantas cosas que á su tiempo saldrán, y ó poco puedo ó la Carmen es tuya. Y no hablemos más, que ahí vienen los interesaos.

PACO Es verdá; que aquí están mis verdugos.

ESCENA II

DICHOS, la SEÑORA ALFONSA y el SEÑOR ATILANO

(Salen éstos de tiros largos y en dirección á su casa. La señora Alfonsa abulta por cuatro.)

SR. TEL. ¿De los toros, eh?

SR.ª ALF. Sí, señor, de los toros. Porque se puede.

SR. ATIL. De ver los toros en tres delanteritas de gradas.

SR. TEL. ¿La señora en las tres?

SR.ª ALF. La señora en una, mi señor esposo en otra, y la Carmen en otra.

SR. TEL. ¿Y en dónde está la Carmen?

SR.ª ALF. Ahí se ha quedao hablando con una amiga. ¡Rediez lo que pregunta usté!

(Entrase en la casa. Su marido la sigue.)

SR. TEL. Vecino, vecino.
SR. ATIL. ¿Qué hay?
SR. TEL. ¿Se sabe dónde ha caído el *Alcotán*?
SR. ATIL. (Tragando saliva.) Por duodécima y última vez le tolero á usté una guasita sobre el volumen de mi señora esposa. (Vase tras ésta.)
SR. TEL. (Riéndose.) ¡Pobre señor Atilano! ¡Le ha tenío que cortar las patas á la cama porque la señora no se podía subir!
PACO Pero, ¿usté ha oído, señor Telesforo, usté ha oído?
SR. TEL. Voy por el pianito pa distraerte. (Entrase en su casa.)

ESCENA III

PACO y CARMEN

PACO ¿Por qué me pasa á mí esto? ¿Por qué ha dejao de quererme esa mujer? Yo voy á hacer un disparate. ¡Dios mío! ¡ayí viene! ¡Y ca vez más bonita!
(Sale Carmen en dirección á su casa Paco la detiene.)

Música

¿Dónde vas, paloma?
¿Dónde vas, morena?
¿Dónde vas, mi vida?
¿Dónde vas, mi reina?

CAR. Quítese de enmedio,
yame usté á otra puerta,
que no es usté nadie
pa pedirme cuentas.

—

PACO ¿Desde cuándo?
CAR. Desde siempre.
PACO ¡Tié gracia!

CAR. Yo me alegro.
PACO ¿Que te alegras?
CAR. ¡La mar!
PACO Pos que coste que tendrás que sentirlo,
y que coste que me vas á escuchar.

—

CAR. Si has perdido la cabeza
vete y mándala buscar,
y la caye deja franca y no estorbes,
pa que pase to el que quiera pasar.

—

PACO Si he perdido la cabeza
tú has perdido la memoria.
¿No te acuerdas de quién soy?
¿No te acuerdas?
CAR. ¿Yo? ¡Ni jota!

—

PACO Pronto has olvidao,
pícara mujer,
to lo que te quise,
to lo que juré,
to lo que gozabas
con este querer.

—

CAR. ¡Ay, Jesús, qué mosca!
¡Ay, qué pesadez!
¡Ni yo sé na de eso
ni lo quieo saber!
PACO Pos si no lo sabes
yo te lo diré.

—

(Apelando á su retórica chula.)
Yo soy aquel chicuelo
que apenas levantaba
tres cuartas en el suelo
con tu querer soñó:
yo soy aquel que un día
temblando te miraba,
y amor que en tí dormía

mirando despertó:
yo soy el que primero
te dijo: «¡Yo te quiero!»
Vida mía,
ya sabes quién soy yo.

—

CAR La novia de aquel chico
que á tí te enloquecía,
ya hay más de un año y pico
que el moño se subió.
Y tanta niñería
y tanta bobería,
vida mía,
no las aguanto yo.

—

PACO Ahora soy yo el que te dice
que te vayas y me dejes.
CAR. Ahora soy yo la que sigue
su camino como siempre.

—

PACO (¡Y lo malo es que no tengo yo coraje
pa partirle el corazón!)
CAR. (¡Y lo malo es que le quiero, que le quiero,
que le quiero y se acabó!) (Cesa la música.)
(Entrase él en casa del señor Telesforo, más «repudrío» que cuando salió, y ella en su casa sofocadísima, no sin hacerse antes el clásico mohín de desprecio.)

ESCENA IV

La SEÑORA ALFONSA y el SEÑOR ATILANO; luego el SEÑOR TELESFORO é INDALECIO; después CARMEN

(Los dos primeros salen á su puerta con sillas y se sientan.)

SR.ª ALF. Y vé tú á comparar á un carpinteriyo como ese, con un hombre tan bien plantao como el Indalecio, que además es de buena familia y tiene posibles.
SR. ATIL. Pero ¿qué vas á contarme, mujer? La Car-

men se casa con el Indalecio, y al que le pique que se rasque.

SR. TEL. (Saliendo con un pianito de cristal y sentándose.) Ese pampli yorando á moco y baba. Voy á tener que terciar en el asunto. (Empieza á tocar el pianito.)

SR.ª ALF. ¡Adiós! Se ha trasladao aquí la Filarmónica.

SR. TEL. (Tocando y cantando.)

Pompón usa la...

No.

Pompón usa la...

No.

Pompón usa la...

Na, que no pueo sacar el *Pompón*, vecina. Miste que es desgracia.

(Sale Indalecio, chulo repugnante, de los de verruga y hongo café malo.)

IND. (Saludando á sus futuros suegros.) Pero que muy buenas.

SR. ATIL. Felices, Indalecio. Siéntese usté. (Le ofrece su silla.)

SR. TEL. (Ya está aquí Mejía. Yo busco camorra esta tarde.)

SR.ª ALF. (Llamando.) ¡Niña! ¡Sal, que tienes visita!

IND. Déjela usté estar; que la pre... la pri... la pricipitación—esta palabra se me ha atravesao —no la conviene á ninguna joven.

SR. ATIL. ¿Y á qué debemos la satisfación de que usté haya venido á vernos á estas horas?

IND. Pues... véase la clase. Como en los toros no hemos podido hablar, por hayarse ustedes en el 9 y yo en el 1, se me ha ocurrido pasar por aquí, á ver si son gustosos de dar esta noche una vueltecita en la verbena con un servidor, lo cual que tengo apalabrado para la Carmen, por un si es caso, un soberbio mantón de la China.

(El señor Telesforo toca oportunamente, á manera de comentario burlón, aquello de *La verbena de la Paloma* que se refiere á los famosos mantones. Los otros tres lo miran mosqueados.)

SR. TEL. También es droga que no sé más que el principio de toas las piezas.

CAR. (Saliendo, también con su silla.) Hola, Indalecio.

IND. Venga con Dios la albahaca virgen ó el 155 de las fototipias. Serie B.

SR. TEL. (A peseta la línea, ya le costaría un pico ese piropo.)

CAR. (¿En dónde estará Paco?) ¿Qué dice usté de particular?

IND. Me acababa de expresar en estos ó parecidos términos: véase la clase. Como en los toros no hemos podido hablar, por hayarse ustedes en el 9 y yo en el 1...

SR. TEL. (¡Qué pesao es este tío!)

CAR. Ya, ya le ví á usté muy ancho, ayí á oriya del palco del rey...

IND. Fué casual. Cuidao. Ustedes conocen mis ideas: soy republicano por la *vía láctea*. Mi señor padre usaba en casa gorro frigio y mi señora madre también. (El señor Telesforo toca la Marsellesa. Las miradas se acentúan.) ¿Es chunga lo del pianito?

SR. ATIL. Parece que sí; pero no le haga usté caso.

IND. ¿No, verdá? Me cargan los jocosos más que las paradas del tranvía. Al tercer cilindro que desarroye, le ventilo la nuez.

SR.ª ALF. ¡Qué bien habla este hombre! ¡Da gusto oirle!

CAR. Siga usté con lo que iba contando.

IND. Véase la clase. Digo que soy republicano de los rojos desde que nací, lo cual que no está reñido con la cortesanía, que decimos. Es á saber: que aun siendo yo republicano, puedo ver los toros á oriya del palco del rey, y hasta saludar al joven monarca cuando se retire. (El señor Telesforo toca la Marcha Real. Indalecio salta. Carmen se ríe.) ¡Vaya! (Se pone de pie decidido á todo.)

SR.ª ALF. ¿Adónde va usté?

IND. Voy á celebrar una *interviú* pacífica con el ciudadano del pianito. (Se dirige con calma al señor Telesforo.)

SR.ª ALF. ¿Ves tú? Vamos á tener un disgusto.

CAR. No yegará la sangre al río, no.

SR. ATIL. Estoy con aquí.

IND. (Encarándose con el señor Telesforo.) Venerable anciano. (El señor Telesforo lo mira con sorna, tocando

mientras el famoso «No me mates, no me mates» de *La canción de la Lola*. Indalecio sonríe con desdén y repite las mismas palabras.) Venerable anciano.

SR. TEL. ¿Qué hay, poyito?

IND. ¿Se podría usté tocar las narices?

SR. TEL. Según con qué... Según con qué objeto.

IND. Con el objeto de que aprecie usté bien la diferencia de espesor que tienen ahora y van á tener de aquí á muy poco tiempo.

SR. TEL. (Levantándose.) Hombre, hablando de otra cosa: ¿me quiere usté prestar esa verruga pa pintarme el pecho de yodo, que hasta en verano padezco catarros?

(Indalecio lo mira, escupe, da un paseo blandiendo el bastón y calmando con un ademán la emoción de los otros, y luego vuelve al señor Telesforo y sale por donde no lo espera nadie.)

IND. Me alegro de que sea diario el *A B C*.

SR. TEL. ¿Pa suscribirse?

IND. No, señor: pa que mañana vea el barrio entero un fotograbao del juez de este distrito levantando un cadáver.

SR. TEL. ¿Me va usté á matar?

IND. Tal vez.

SR. TEL. ¡Caramba! ¿Y me permite usté que vea antes este 13.000, por si está premiao saber á quién le dejo eso?

IND. Haga usté cuantas disposiciones testamentarias estén á su alcance. Yo no tengo prisa.

SR. TEL. Gracias: no esperaba yo menos. Ahora mismo voy á escribir un comunicao, pa que pase conmigo á la posteridá, diciendo entre otras cosas, lo siguiente. Primero: que es usté un sinvergüenza...

IND. (Conteniendo su cólera, y como si esperase para luego comérselo crudo.) ¡Ay!...

SR. TEL. Que está engañando á esa pobre familia...

SR.a ALF. (Levantándose.) ¿Eh?

SR. ATIL. (Lo mismo.) ¿Cómo?

CAR. (Lo mismo.) ¿Qué?

IND. ¿Usté sabe lo que profiere, pobre hombre?

SR. TEL. ¡La verdá! ¡La pura verdá! Yo sé que tiene usté tres hijos de otra mujer; que la ha

abandonao; que se muere de hambre sin que usté la dé una limosna; que cuando no está usté preso le andan buscando...

IND. ¡Ay!

CAR. Pero, ¿qué dice usté, señor Telesforo?

SRA ALF. ¿Pero eso es así?

SR. TEL. ¡Ni más ni menos! ¡Y lo pruebo si es menester!

SR. ATIL. ¿Usté qué contesta, Indalecio?

IND. ¿Yo? ¡Que miente ese hombre con toa la boca!

SR. TEL. ¡El que miente y engaña es usté, chulo aburrío!

IND. ¿Yo? (Va á abalanzársele á tiempo que sale Paco y se interpone entre ellos.)

ESCENA V

DICHOS y PACO; luego VECINOS, VECINAS y TRANSEUNTES

PACO ¡Alto ahí! Como le toque usté á este pobre viejo, ya pué usté encomendarse á Dios.

IND. Párvulo: ¿y usté no estaría mejor dando el catón y la dotrina?

PACO No, señor; que hago aquí más falta.

IND. ¿Pa qué?

PACO Lo primero pa defender á este hombre.

SR. TEL. Gracias, Paco, pero no era preciso: tengo mosquitero.

PACO Y lo segundo, pa decirle á usté, ya que nos veros cara á cara, que esa mujer no será mía, pero de usté, menos.

IND. Hasta ahora no me ha tocao usté en el hueso dulce. El cariño de esa joven no se disputa con la lengua, sino de otro modo.

PACO ¡Pues á eyo!

IND. ¡A eyo! (Sacan sendas navajas y se embisten como si fueran á hacerse picadillo, dando lugar á los gritos y á la alarma de los circunstantes, que los sujetan, y de los vecinos y transeuntes que andaban por allí cerca esperando su hora. Luchan unos momentos porque los sueltan, y al cabo se impone á todos el señor Telesforo.)

SR. TEL. ¡Ea! ¡quietos ya! ¡Basta de pendencia! Aquí no ha pasao na.

CAR. (Que está junto á Paco, sujetándolo aún.) Paco, no te pierdas tú por quien no lo merece. Perdóname. Han sío malos consejos.

PACO Pero ¿tú me quieres?

CAR. Te quiero, sí; te quiero y te querré toa mi vida. Lo digo aquí delante de to el mundo

PACO ¡Bendita sea tu boca!

SR. TEL. (Acercándose á Indalecio con sorna.) Mi consejo leal es que tome usté un kilométrico esta misma tarde.

IND. Ya lo cogeré yo á usté en un solar desalquilao.

SR. TEL. Será difícil, porque á no ser en caso de apuro, no voy por esos sitios.

IND. Vaya, buenas tardes. No se ha hecho la miel... etc.

SR. TEL. ¡Adiós, colmena! (Se va Indalecio entre las pullas y las risas de la multitud.)

ESCENA ÚLTIMA

DICHOS, menos INDALECIO

SR.ª ALF. ¿Y tú qué dices á to esto, Atilano?

SR. ATIL. Pues que si los chicos se quieren... *Dóminus vobiscum.*

SR. TEL. Conque, ca uno á su avío y á su quehacer. Usté, señor Atilano, á espumar el puchero; usté, señora Alfonsa, á apisonar las cayes...

SR.ª ALF. ¡Oiga usté!

SR. TEL. Y vosotros, muchachos, á quereros,
que esto se terminó como Dios manda:
que más vale cariño con pobreza
que mal querer con joyas y con galas.
Que pa pasarlo bien en este mundo
basta una guardiyita limpia y clara
con una ventanita frente al cielo
y en el pretil un tiesto de albahaca.
(Al público.)
Y aquí termina el cuadro del sainete,
y aquí pido perdón para sus faltas.

CUADRO TERCERO

ZARZUELA CLÁSICA. — Amor audaz

Playa. La acción se supone á fines del siglo XVIII. Es de dia

ESCENA PRIMERA

MAGDALENA y GASPAR

(Magdalena es una marquesita joven y huérfana. Gaspar es un marinero viejo, de pipa y sotabarba.)

MAG. Buen Gaspar... ¡Estoy sin vida!
GAS. Aquí me teneis.
MAG. ¿Le viste?
GAS. Sí, por cierto.
MAG. ¿Y no desiste
de su insensata partida?
GAS. ¡Desistir! ¡Bueno es el mozo!
Para él todo riesgo es llano:
habla como un veterano
y apenas le apunta el bozo.
Resuelto está ¡vive Dios!
Nada le arredra en su intento:
no teme más que al momento
de despedirse de vos.
Y es tan grande mi cariño
por ese mancebo loco,
que, ya veis, me falta poco
para llorar como un niño.
MAG. Gaspar, mi siervo más fiel,
mi amigo, mi consejero:
dile que venga; que quiero
hablar á solas con él;
repetirle una vez más
lo que el alma sufre y llora
al verle partir ahora
para no volver quizás.

¡Triste amor! ¡Loca fortuna,
víctima tuya me has hecho!
¿Por qué al que eligió mi pecho
has mecido en pobre cuna?

GAS. No os abandoneis así
al llanto y á los suspiros.
Voy al instante á serviros.

MAG. Aquí aguardo.

GAS. Vendrá aquí.

(Vase por la izquierda, enjugándose una lágrima que le rueda por el atezado rostro. Magdalena se dispone a repetir cantando lo mismo que le ha dicho á Gaspar, poco más ó menos.)

ESCENA II

MAGDALENA, después RICARDO. CORO DE MARINEROS dentro

Música

MAG. ¿Por qué, niño Cupido,
por qué me hieres?
Dime por qué.
¿Por qué, niño querido,
mi llanto quieres?
Yo no lo sé.
¿Por qué salió el que adoro
de una cabaña?
¿Por qué salió?
Para causar el lloro
que así me daña,
¿qué te hice yo?

(Oyese dentro hacia la izquierda del actor, alegre rumor de marineros que beben y cantan.)

CORO Las olas nos arrullan del ancho mar:
bendice, marinero, tu profesión...
Cantemos y bebamos sin descansar,
que el vino es alegría y es ilusión...

—

MAG. Entre las voces de todos
su voz oí;
y entre mil la conociera
si hubiera mil.

—

(Sale Ricardo por la izquierda. Es el marinerito que trae á Magdalena como loca.)

RIC. ¡Dulce ilusión del alma mía!
MAG. ¡Sueño constante de mi amor!
RIC. ¡Sol esplendente de mi día,
abrasador!
MAG. Juntos lloremos nuestros males.
RIC. No hay, vida mía, que llorar.
Copien serenos tus cristales
el ancho mar...

—

Aunque pobre de cuna,
niña del alma,
soy rico de ilusiones
y de esperanzas.
Yo volaré buscando
dichas y glorias,
que remedien lo humilde
de mi persona.

—

Voy á cruzar los mares...
Los vientos protectores
querrán que á estos hogares
me vuelvan tus amores.
MAG. No aumentes mis pesares,
no avives mis dolores.
Llorando tus azares
se quedan mis amores.

ESCENA III

DICHOS, DON DIMAS, luego MARINEROS, MOZAS DEL PUEBLO y GASPAR

(Sale Don Dimas por la derecha, apoyado en una muletilla, y al ver juntos á Magdalena y á Ricardo quédase con la boca abierta. Continúa la música.)

D. DIM. ¿Qué es lo que ven mis ojos?
MAG.
RIC. } (¡Tutor maldito!)

D. DIM. ¿Quién es este arrapiezo?

MAG.
RIC. } (¡Nos ha cogido!)

D. DIM. (Abrazados estaban;
yo los he visto,
y he de darle al mancebo
duro castigo.) (Fuera de sí.)
¡A ver! ¡que vengan todos!
¡que vengan ahora mismo!
¡que vengan y me digan
quién es el atrevido!

(Salen por la derecha y por la izquierda, marineros y mozas cantando á coro.)

CORO ¿Qué es eso que le pasa,
señor Don Dimas?
¿Qué es lo que le sucede
que tanto grita?

(Sale Gaspar.)

D. DIM. Rabiando estoy de cólera;
soy casi un energúmeno;
jamás he visto atónito
lo que hace poco ví.
Este mancebo intrépido
y mi sobrina, cándida,
estaban abrazándose
cuando he venido aquí.
Con artes maquiavélicas,
sin duda amor mintiéndole,
á la inocente tórtola
logróla cautivar.
Contad quién es el sátrapa;
contad quién es el mísero;
si lo sabéis contádmelo
y de él me he de vengar.

ELLAS (¡Jesús! ¡Jesús! ¡qué escándalo!)
ELLOS (¡Yo encuentro el caso lógico!)
RIC. (¡Tu tío es un estúpido!)
MAG. (¡Lo puedo atestiguar!)

D. DIM. Contad quién es el sátrapa;
contad quién es el mísero;
si lo sabéis contádmelo
y de él me he de vengar.

CORO Rabiando está de cólera;
es casi un energúmeno;

jamás ha visto atónito
lo que hace poco vió.
Este mancebo intrépido
y su sobrina, cándida,
estaban abrazándose
cuando él aquí llegó.

—

MAG. ¡Todo por tí!
¡Qué triste amor!
RIC. ¡Confía en mí,
cándida flor!
(Cesa la música.)
D. DIM. ¿Qué es eso? ¿No hay quien hable? ¿Es que estoy vendido entre mis propios servidores? ¿Se os antoja bonita la hazaña de ese mozo? ¡Un marinerillo de tres al cuarto abrazado á la hija de cien nobles!... Es decir, de un noble nada más, pero cuya corona han llevado cien nobles sobre su cabeza...
RIC. Señor, yo mismo os contaré...
D. DIM. ¡Repórtese el audaz! ¿Ignora que se dirige al hijo de cien duques? Es decir, de un duque nada más, pero cuya corona...
GAS. Sí; han llevado cien duques sobre su cabeza.
D. DIM. Tú me has comprendido, buen Gaspar.
GAS. Pues oidme, que por mi boca vais á saber de este mozo bueno que así despierta vuestra cólera, algo que ni siquiera sospechais.
D. DIM. Habla, pues, que espero ansioso,
y si no empiezas reviento.
GAS. Tened, señor, más reposo,
y escuchad bien, que es sabroso
el relato. Va de cuento.
(Tose, da una chupada á la pipa, los mira a todos demandando atención y dice:)
Entre el clamor general
de una ciudad aterrada,
con aparato infernal
desplomábase incendiada
una mansión señorial.
Por si el voraz elemento
no se bastara á sí mismo
para hundir en un momento

el palacio en el abismo,
tenía un cómplice: el viento.
La llama viva, prendía;
el aire fuerte, atizaba;
y así el incendio crecía,
y así á todos parecía
que la ciudad se abrasaba.
De improviso, un ¡ay! de horror
que lanza una madre loca
llena al pueblo de pavor,
y corre de boca en boca
un espantoso rumor.
Y las bóvedas se hundían,
y las paredes temblaban,
y las maderas crujían,
y los herrajes saltaban,
y los escombros crecían,
cuando se vió la figura
de un mancebillo trepar,
presa de extraña locura,
hasta llegarse á ocultar
entre el humo de la altura.
Pasó como una centella;
y la muchedumbre aquella
dijo, cuando del doncel
no quedó rastro ni huella:
«¡La virgen vaya con él!»
¡Oh! ¡qué angustiosos momentos!...
¡qué mezclar los corazones
amenazas y lamentos,
sollozos y maldiciones,
plegarias y juramentos!...
De pronto, en la balaustrada
de un balcón hecho pedazos,
apareció iluminada
la figura antes borrada
con una niña en los brazos.
Un grito conmovedor
de alegría y de sorpresa,
saluda al grupo de amor...
La niña era la marquesa
y Ricardo el salvador.
Yo no ví más; que de hinojos
en tierra vine á caer

entre humeantes despojos,
y no me dejaron ver
las lágrimas de mis ojos...
La historia, señor, es esa.
Después de escucharla, espero
que me digais si aún os pesa
que abrazara á la marquesa
el humilde marinero.

D. DIM. (Despreciando las quintillas.) ¡Bah! ¡bah! ¿Y es eso todo? Pues nada nuevo me cuentas, buen Gaspar: sabía lo del incendio: fué en vida de mi pobre hermana. Sólo ignoraba quién fuera el héroe. La hazaña, después de todo, es harto baladí.

RIC. (Adelantándose hacia don Dimas.) Señor: lo que hice no tiene mérito alguno, decís bien; pero desde aquel día amo á Magdalena con toda mi alma, y ella me corresponde.

D. DIM. ¡Insensato!

RIC. Soy pobre; no conocí á mis padres.. Crecí en la soledad y me hice fuerte. A nada temo. Preparada tengo esa barquilla que ha de llevarme ahora mismo hasta aquel hermoso bajel que allí veis, presto á zarpar, pues sólo espera mi llegada. En él partiré con rumbo á lejanas tierras. Quiero buscar fortuna. De mi vuelta tendréis noticias: yo os lo aseguro. Dios os guarde. (Le vuelve la espalda y se dirige á la barquilla que tiene dispuesta en el foro. El coro le abre paso. Magdalena lo detiene un punto. Don Dimas lo observa con curiosidad y luego habla solo.)

Música

MAG. ¡Ricardo mío!
RIC Dentro de un año
serás mi esposa;
seré tu esclavo.
MAG. ¡Luz de mis ojos!
RIC. ¡Dueño adorado!
¡Adiós!
MAG. ¡Adiós!

(Salta Ricardo resuelto y ágil á la barquilla, y desde ella se despide de todos cantando.)

RIC. Playa que el alma adora
de tí me alejo:
una niña me llora
y un pobre viejo.
Halle flores ó abrojos
por donde vaya,
siempre tendré mis ojos
en esta playa.

—

(La barquilla parte con lentitud.)

CORO ¡Vé con Dios, marinero valiente;
la fortuna te habrá de ayudar!...
¡Que tu nave conduzca y aliente
la Virgen del mar!...

(Despídenlo todos, á excepción de don Dimas, naturalmente, agitando gorras y pañuelos. El tutor y tío de Magdalena parece preocupado. ¿Luchará tal vez con la torcedora idea de que el marinerito audaz va á resultar al fin de cuentas hijo suyo? Cosas más extrañas se han visto.)

CUADRO CUARTO

Zarzuela cómica.—Amor milagroso

Corralón en casa del señor Roque, vecino adinerado de Zagalejo de Arriba, pueblo que bien pudiera ser de Salamanca. Al foro una tapia con gran puerta en el centro. A la izquierda del actor otra puerta que da acceso á la casa. Hacia la derecha un barril vacío, como de diez ó doce arrobas, puesto en pie y cubierto con un par de tablas. En el foro, junto á la tapia, en el rincón de la izquierda, un gran montón de lana. Es de día.

ESCENA PRIMERA

CASILDEO

(Aparece la escena sola. A poco se entreabre la puerta del foro, y asoma primero la cabeza de Casildeo y luego todo él. Trae un sombrero de los que nadie usa, y un traje en armonía con el sombrero. Mira receloso á todas partes, ve que no hay por allí bicho viviente, y se adelanta hasta las candilejas como si se fuese á arrojar á las butacas.)

Casildeo Baldosín y Baldosín, servidor de ustedes. Ya es desgracia llamarse Casildeo y ser hijo de dos Baldosines; pero no es esa la mayor que me toca. La mayor es que soy confitero en Zagalejo de Abajo, y mi novia es de aquí, de Zagalejo de Arriba. Claro es que yo he podido enamorarme de una de Zagalejo de Abajo; pero es el caso que me gustan más las de Zagalejo de Arriba. Zagalejo de Arriba y de Abajo se odian á muerte por causa de dos Cristos. Dicen los de Arriba que el Cristo de Arriba es más milagroso que el de Abajo; y dicen los de Abajo que el Cristo de Abajo es más milagroso que el de Arriba; y en cuanto se encuentran uno de Abajo y uno de Arriba, se

dan una paliza que yo no me quisiera ver arriba ni abajo. Ni en medio, por supuesto. Con estos precedentes, calculen ustedes mi temeridad al venir desde Zagalejo de Abajo á hablar con Poncianita, la hija del señor Roque, dueño de esta casa, que es hombre de melena en pecho, porque decir de pelo es decir poco. Pero hay que convenir en que si el amor no tuviera ese picantillo de unos palos en perspectiva, sería dulce de tomate... antes de ponerle el tomate. Voy á ver si sale mi tesoro. Casildeo Baldosín y Baldosín, servidor de ustedes. (Acércase á la casa, y arrostrando todos los peligros, se pone á cantar.)

Música

Sal, dulce batata,
que tu amor me mata;
sal, cara de plata,
y oye la cantata
y el cariño acata
de este polvorón,
que es la flor y nata
de su profesión.
Sal, caramelito,
sal, cuerpo bonito,
sal, que necesito
ver tu real palmito,
sal, que ya estoy frito
como un chicharrón;
sal y me derrito
de satisfacción.

ESCENA II

CASILDEO y PONCIANITA

PON. (Saliendo al reclamo.)
Casildeo...

CAS. Poncianita...
Poncianita...

PON. Casildeo...

CAS. Cada instante que te veo
me pareces más bonita.
PON. Y tú á mí á cada visita
me pareces menos feo.
CAS. Poncianita...
PON Casildeo..
Casildeo...
CAS. Poncianita...

—

Cuando el cura nos lleve al altar..
PON. Cuando el cura nos case en latín..
CAS. ¡Ay, qué vida nos vamos á dar!
PON. ¡Ay, qué vida la nuestra, monín.

—

CAS. Nos levantaremos,
alma y vida mía...
PON. Al cantar del gallo
cuando llegue el día..
CAS. ¡Ki ki ri kí!
PON. ¡Ki ki ri kí!
En la propia cama
desayunaremos...
CAS Como palomitos
nos arrullaremos...
PON. Ruuu... ruuu...
CAS. Ruuu... ruuu...
Yo tendré un minino
para los ratones...
PON. Yo tendré un canario
para los balcones...
CAS. ¡Miau!
PON. ¡Piiiii!
CAS. ¡Miau!...
PON. ¡Piiiii!...
En la primavera
y á la tardecita...
CAS. Iremos al campo
con una cabrita...
PON. ¡Beeeee! ¡beeeee!...
CAS. ¡Beeeee! ¡beeeee! ..
Y al volver juntitos,
ya sin luz el cielo...

PON. Cantarán las ranas
en el arroyuelo...
CAS. Cuá cuá cuá...
PON. Cuá cuá cuá..

—

LOS DOS ¡Oh cuánta ventura!
¡Oh cuánta alegría!
¡Sol de mis amores!
¡Luz del alma mía!
¡Qué felices horas!
¡Qué dichoso el día
que haya entre esos bichos
un ama de cría! (Cesa la música.)

—

PON. Casildeo de mis ilusiones.
CAS. Almíbar de mis tarros.
PON. Tengo que darte una gran noticia.
CAS ¿Que me quieres más que el domingo?
PON. No; sino que seremos felices muy pronto, porque se van á acabar las rivalidades entre los dos pueblos. El señor obispo va á venir á arreglarlo. Se hospedará aquí.
CAS. ¿Aquí?
PON. Como lo oyes. Papá va á echar la casa por la ventana, á fin de que, en todo caso, si el señor obispo le da la razón á algún Cristo, se la dé al nuestro. Esa lana es para hacerle un par de colchones magníficos. Aquel barril tan grande para llenarlo de vino del tío Toño, y darle una comida á los pobres. Se está pintando y encalando toda la casa; se están fregando todos los peroles; se va á sacar la vajilla nueva; se está regando todo con unos polvos de Madrid para que no le pique nada al señor obispo... En fin, Casildeo, que se acerca nuestra ventura; que el mismo señor obispo nos podrá echar las bendiciones.
CAS. ¡Ay, pimpollo de mi existencia! No son palabras las que salen de tu boquita: ¡son almendras garrapiñadas! (La abraza.)
PON. ¡Casildeo!

CAS ¡Poncianita! La dicha es audaz.
(Óyense ladridos hacia la casa.)
PON. ¡Cristo de Zagalejo de Arriba!
CAS. ¿Qué sucede?
PON. ¡Que viene mi padre!
CAS. ¡Cristo de Zagalejo de Abajo! ¿Pero tu padre ladra ya?
PON. ¡No! ¡La que ladra es Blasa, la criada, que así me avisa de que viene!
(Continúan los ladridos.)
CAS. ¡Maldición! ¿Qué hago?
PON. ¡Huye en seguida, no lo echemos todo á rodar!
CAS. (Obedeciéndola azorado.) ¡Ahora mismo! (Retrocediendo asustadísimo después de asomarse á la puerta.) ¡Virgen!
PON. ¿Qué?
CAS ¡El cabo de carabineros, que me odia á muerte! ¡Yo no salgo! ¡no salgo!

ESCENA III

DICHOS y BLASA

BLASA (Saliendo de la casa despavorida.) ¡Señorita! ¡que llega!
PON. ¡Ay!
CAS (Corriendo desatentado.) ¡Dios mío! ¡los dos Cristos juntos no me salvan! ¿Dónde me escondo?
PON. ¿Dónde lo escondemos?
BLASA ¡En la lana! ¡en la lana!
PON. Es verdad, ¡en la lana!
CAS. ¿Con el calor que hace?
PON. ¿Y qué remedio? ¿No ves que si te coge papá te saca astillas?
CAS. ¡Me has convencido! ¡A la lana! ¡á la lana!
(Métese en el montón de lana, y entre Blasa y Poncianita lo tapan bien.)
PON. Anda, vida mía, que todo se remediará.
BLASA Encoja usted esta rodilla, señorito.
PON. Y la cabeza, la cabeza.
BLASA Así, así.

PON. Ya no se ve nada: estate quieto. ¡Ay, Blasa, qué sustos da el amor! ¡A qué cosas obliga

BLASA Dígamelo usted á mí, que tengo á mi novio á estas horas metido en carbón hasta los pelos.

CAS. (Asomando la cabeza un instante, y escupiendo lana.) ¿No viene ese hombre? ¡Porque ya me he tragado un vellón!

PON. ¡Escóndete, insensato!

CAS. ¡Haz lo posible porque se vaya pronto; mira que esto no es el Monasterio de Piedra!

PON. ¡Escóndete!

BLASA ¡Aquí viene!

ESCENA IV

DICHOS y el SEÑOR ROQUE

SR. ROQ. (Saliendo de la casa, cachazudo y tranquilo.) Hola, Poncianita.

PON. Hola, papá.

SR. ROQ. Hola, Blasa.

BLASA Buenas tardes, señor.

SR. ROQ. ¿Qué hay?

PON. Nada. Ven allá dentro, que te tengo que enseñar una cosa.

SR. ROQ. Luego iré. Ahora traigo ya mi plan, y de él no me salgo. No; porque se han empeñado unos y otros en que el señor Roque quede mal con el señor obispo, y el señor Roque no queda mal ni con su padre. (A Blasa.) A lo mío. Llégate á mi cuarto, y tráeme aquellos diez cuarterones de tabaco que hay sobre la cómoda. Me voy á estar haciendo pitillos hasta que anochezca.

PON. ¡Papá!

SR. ROQ. Sí, hija, sí. ¡A ver si va á tener ó no va á tener que fumar el señor obispo! ¿Qué te detiene, Blasa?

BLASA Nada; ya voy, señor. (Vase.)

PON. (¡Ay, Dios del cielo! ¡Me quedo viuda antes de casarme!)

ESCENA V

PONCIANITA, el SEÑOR ROQUE, MOZO 1.° y MOZO 2.° Al final BLASA

(Suenan dos golpes en la puerta del foro.)

SR. ROQ. Mira á ver quién es.

PON. (¡Qué alegría si se llevaran á papá!) (Abre la puerta y aparecen dos Mozos del pueblo con dos varas largas y fuertes.)

MOZO 1.° A la paz de Dios.

PON. Buenas tardes.

SR. ROQ. Buenas tardes.

MOZO 1.° Aquí nos manda el señor Isidro.

PON. ¿El señor Isidro?

MOZO 1.° ¿No es aquí donde hay que varear dos colchones de lana?

PON. ¡No!

SR. ROQ. ¿Cómo que no? ¿Qué sabes lo que dices? ¡Hemos hablado esta mañana para lo mismo! (A los Mozos.) Esta es la lana: podeis empezar cuando querais.

PON. (Con el alma en un hilo.) Pero, papá, si es que yo... yo me he comprometido con una amiga... que conoce á unos hombres...

SR. ROQ. Déjate de amigas, que hay muchas envidias, y muchas cosas que tú no sabes. A varear, á varear. A ver si me poneis la lana como si fuera espuma.

MOZO 2.° No quedará usted descontento.

(Descargan alternativamente los dos primeros varazos sobre la lana. Poncianita se estremece y lanza un grito agudo á cada varazo. Los Mozos, sorprendidos, suspenden su tarea.)

PON. ¡Ay! ¡Ay!

SR. ROQ. ¿Qué tienes tú?

MOZO 1.° ¿Qué es eso?

PON. Nada.. sino que... como yo he quedado con esa amiga...

SR. ROQ. ¡Que te dejes de amigas, mujer! Continuad vosotros.

(Nuevos varazos y nuevos gritos.)

PON ¡Ay! ¡Ay!

SR. ROQ. ¡Dale, machaca!

(Siguen los Mozos vareando. Sale Blasa, y al verlos da un grito espantoso. Vuelven á suspender su tarea.)

BLASA ¡Ay!

SR. ROQ. ¿Tú también? ¿Y no me traes eso?

BLASA No lo encuentro, señor.

SR. ROQ. Vaya; tendré que ir yo á buscarlo. No servís para nada. (Vase.)

ESCENA VI

DICHOS, menos el SEÑOR ROQUE

PON. ¡Por la Virgen Santísima, no peguen ustedes más varazos!

MOZO 1.º Pues ¿qué hay?

PON. (Arrimándose al montón de lana.) Sal, sal, Casildeo; sal.

CAS. (Saliendo todo lleno de lana, mohino y maltrecho.) ¿Qué sal? ¡Vinagre es lo que necesito!

MOZO 1.º (Estupefacto.) ¡Andá!

MOZO 2.º (Lo mismo.) ¡Oiga!

MOZO 1.º ¿Tú ves, chico? (Se ríen á carcajadas.)

CAS. No reirse... Ay... ay... Hiiiii.

PON. ¿Qué te pasa?

CAS. Hiiiii...

BLASA ¿Qué es ello?

CAS. ¡Que me ha entrado lana hasta el estómago!... (Escupe sin cesar.) Ay... ay... No puedo más... me entrego.

PON. ¡Huye, huye ahora!

CAS. Si estoy hecho una breva. El primer varazo de uno de estos me cogió en diagonal y no me dejó fuera ni los tacones.

(Nuevas risas de los Mozos.)

PON. ¡No reirse, caramba!

BLASA ¡Huya usted, por Dios!

PON. Mira que si sale papá y se encuentra aquí con uno de Zagalejo de Abajo...

MOZO 1.º ¿Cómo?

MOZO 2.º ¿Qué? (Cada uno lo coge por un brazo, blandiendo la vara.) ¿Pero usted es de Zagalejo de Abajo?

PON. ¡Cielos!

CAS. ¡Yo no soy ya de ninguna parte.

MOZO 2.º ¿Cómo que no?

MOZO 1.º A ver: ¿cuál de los dos Cristos es el más milagroso?

CAS. El de aquí, el de aquí, sin género de duda. Junto al de ustedes el mío es una maquinilla de afeitar.

MOZO 2.º ¡Ah!

MOZO 1.º Entonces, márchese usted tranquilo.

SR. ROQ. (Dentro, gritando.) ¡Poncianita!

CAS. ¡Huy!

PON. ¡Papá que llega!

BLASA ¡Corra usted por Dios!

CAS. ¡Ya lo creo que corro! (Corre nuevamente á la puerta y vuelve atrás con los pelos de punta.) ¡Horror! ¡El sargento de carabineros, que me odia más que el cabo! ¡Imposible salir! ¡Me prende!

SR. ROQ. (Más cerca.) ¡Poncianita!

PON. ¡Jesús! ¡Va á pescarte papá!

CAS. ¿Qué hacemos?

PON. (Tirando de él.) ¡A la lana, á la lana!...

CAS. (Resistiéndose aterrado.) ¡A la lana no!

BLASA (Lo mismo que Poncianita.) ¡A la lana, á la lana!...

CAS. ¡A la lana nooooo!...

PON. ¡Entonces al barril, que está vacío!

CAS. ¡Eso! ¡eso! ¡al barril! Ayudarme, ayudarme todos. (Entre los Mozos y ellas lo meten dentro del barril. Los Mozos no paran de reirse.)

PON. ¡Qué apuro, Dios de Dios!

BLASA Hoy ganamos el cielo.

CAS. (Ya dentro del barril.) ¡Huy qué fresquita es esta casa en comparación á esa otra! (Se agacha y desaparece.)

PON. (A los Mozos.) Ustedes á varear de firme; y por Dios no se rían, no vaya á sospechar el señor.

BLASA (De repente.) ¡Ay, Cristo! ¡Y mi novio en la carbonera todavía! ¡Voy á ver si lo saco! (Vase corriendo dentro de la casa. Sale el señor Roque.)

ESCENA VII

PONCIANITA, CASILDEO, el SEÑOR ROQUE, MOZOS 1.º y 2.º; luego otros dos MOZOS

SR. ROQ. ¿Adónde va esa? Cuando más falta hace se quita de en medio.

PON. Pues ¿qué pasa ahora?

SR. ROQ. Que ya están ahí los mozos que traen el vino del tío Toño.

PON. ¡Ay!

SR. ROQ. ¡Pero, chica, todo te asusta hoy! (A los Mozos que se ríen con estrépito.) ¿Y vosotros dos de que os reís? ¡Pues sí que se me ha puesto á mí un humorcito como para bromas...! (Abre la puerta de la tapia. En seguida aparecen el Mozo 3.º y el 4.º con sendas cubetas de vino.)

PON. (¡Santo Dios! ¡Hazlo impermeable!)

SR. ROQ. Hola.

MOZO 3.º Buenas tardes, señor.

SR. ROQ. ¿Traeis las ocho arrobas?

MOZO 3.º Sí, señor; ahí está el carrillo.

SR. ROQ. Pues este es el barril. A volcarlas.

(El Mozo 3.º quita una de las tablas que tapan el barril y vuelca dentro con gran resolución la cubeta que trae. Poncianita grita como antes. El otro vuelca en seguida la suya. Poncianita vuelve á gritar. Los de la lana ríen. Casildeo no aguanta más vino y con el natural asombro de los Mozos se sale del barril sacudiéndose como un perro y salpicando á todos.)

CAS. ¡No puedo más!

MOZO 3.º ¿Eh?

SR. ROQ. ¿Qué hombre es ese?

CAS. ¡Prefiero morir de un tiro á morir como un bizcocho borracho!

SR. ROQ. ¿Quién es usted?

MOZO 3.º ¡Es el confitero del otro pueblo!

SR. ROQ. ¡Ah, canalla! ¡Ahora verás tú! (Lo persigue. Casildeo huye.)

PON. ¡Perdónalo, papá!

CAS. ¡Perdóneme usted: hace más milagros este Cristo!

SR. ROQ. ¡No te me escaparás, bribón!

ESCENA VIII

DICHOS, CORO de MOZAS y MOZOS. BLASA al final

(Sale por la puerta de la tapia el Coro, que anda siempre oliendo donde guisan.)

Música

CORO ¿Qué ocurre? ¿qué ocurre?
¿Qué pasa? ¿qué pasa?
SR. ROQ. ¡Recontra! ¿Qué es esto?
¿Por qué sin permiso del amo
se cuela esta gente en mi casa?
CORO Vecino, ¿qué ocurre?
¿Qué ocurre, vecino?
SR. ROQ. ¡Caramba! ¡qué moscas!
¡Que estaba escondido este pollo
ahí en esa bota de vino!

CORO ¡Ja, ja, ja, ja!
¡Ja, ja, ja, ja!
¿Y á qué vendría?
¿Y quién será?
CAS. Yo mi conducta
quiero explicar.
CORO El su conducta
quiere explicar.
¡Ja, ja, ja, ja!
¡Ja, ja, ja, ja!
(Cesa la música.)
SR. ROQ. ¡Rediez! ¡Pues no les ha hecho á ustedes poca gracia el lance! (A Casildeo.) Conque, vamos á cuentas usted y yo.
CAS. Señor Roque, yo soy Casildeo Baldosín y Baldosín, confitero en el pueblo que tiene el peor Cristo; voy á heredar al tío Tragaldabas, á quien usted conocerá de seguro; amo á Poncianita y me quiero casar con ella.
SR. ROQ. (A su hija.) ¿Es eso verdad?

PON. Todo. Y además es muy guapo, como puedes ver.

SR. ROQ. ¿De manera que venía usted aquí por lana?

CAS. ¡No, señor; por lana no! ¡Puede usted creerme! (Saca el pañuelo para enjugarse un ojo, y cae lana de él como para una almohadilla.) (¡Huy!)

(Sale Blasa, con señales inequívocas en el rostro de haber sacado á su novio de la carbonera.)

BLASA. ¡Andá! ¡Pero cuidado que dan que hacer los novios!

SR. ROQ. Pues ahora se va á ver quién es el señor Roque. Yo quiero que se acaben las diferencias entre un pueblo y otro, y lo pruebo casando á mi hija con el confitero de Zagalejo de Abajo ..

PON. ¿De veras?

SR. ROQ. De veras.

CAS. Gracias, señor Roque.

SR. ROQ. ¡Pero el Cristo de Zagalejo de Arriba hace más milagros que el de Zagalejo de Abajo!

TODOS ¡Sí! ¡sí! ¡sí!

CAS.
Todo lo acato y lo admito
con alegría infinita:
en teniendo á Poncianita,
lo demás me importa un pito.
(Al público.)
Y si para tí fué grato
el mirarme en más de un brete,
aplaudiendo este juguete
me harás pasar un buen rato.

FIN

Mira Sierra, Julio, 1905.

OBRAS DE LOS MISMOS AUTORES

Esgrima y amor, juguete cómico. (2.ª edición.)
Belén, 12, principal, juguete cómico.
Gilito. juguete cómico-lírico. (2.ª edición.)
La media naranja, juguete cómico. (2.ª edición.)
El tío de la flauta, juguete cómico. (2.ª edición.)
El ojito derecho, entremés. (3.ª edición.)
La reja, comedia en un acto. (3.ª edición.)
La buena sombra, sainete en tres cuadros, con música. (6.ª edición.)
El peregrino, zarzuela cómica en un acto.
La vida íntima, comedia en dos actos. (3.ª edición.)
Los borrachos, sainete en cuatro cuadros, con música. (2.ª edición.)
El chiquillo, entremés. (5.ª edición.)
Las casas de cartón, juguete cómico.
El traje de luces, sainete en tres cuadros, con música.
El patio, comedia en dos actos. (3.ª edición.)
El motete, entremés con música. (2.ª edición.)
El estreno, zarzuela cómica en tres cuadros.
Los Galeotes, comedia en cuatro actos. (3.ª edición.)
La pena, drama en dos cuadros. (2.ª edición.)
La azotea, comedia en un acto.
El género ínfimo, pasillo con música.
El nido, comedia en dos actos. (2.ª edición.)
Las flores, comedia en tres actos.
Los piropos, entremés.
El flechazo, entremés.
El amor en el teatro, capricho literario en cinco cuadros, prólogo y epílogo.
Abanicos y panderetas ó ¡A Sevilla en el botijo! humorada satírica en tres cuadros, con música.

La dicha ajena, comedia en tres actos y un prólogo.
Pepita Reyes, comedia en dos actos.
Los meritorios, pasillo.
La zahorí, entremés.
La reina mora, sainete en tres cuadros, con música. (2.ª edición.)
Zaragatas, sainete en dos cuadros.
La zagala, comedia en cuatro actos.
La contrata, apropósito.
El amor que pasa, comedia en dos actos.
El mal de amores, sainete con música.
El nuevo servidor, humorada.
Mañana de sol, paso de comedia.
Fea y con gracia, entremés con música.
La aventura de los galeotes, adaptación escénica de un capítulo del *Quijote.*
La pitanza, entremés.
El amor en solfa, capricho literario en cuatro cuadros y un prólogo, con música.

SERAFÍN Y JOAQUÍN ÁLVAREZ QUINTERO

Los chorros del oro

ENTREMÉS

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Núñez de Balboa, 12

1906

LOS CHORROS DEL ORO

Esta obra es propiedad de sus autores, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

Los autores se reservan el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

LOS CHORROS DEL ORO

ENTREMÉS

DE

SERAFÍN Y JOAQUÍN ÁLVAREZ QUINTERO

Estrenado en el TEATRO DE APOLO el 8 de Marzo de 1906

MADRID
R. Velasco, impresor, Marqués de Santa Ana, 11
Teléfono número 551

1906

A Joaquina del Pino

gala de la raza andaluza

Sus admiradores y amigos,

Los Autores.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
MERCEDES	Srta. Pino.
JUAN MANUEL	Sr. Carreras.
JUANITA	Paquita Novo.

LOS CHORROS DEL ORO

Habitación baja en casa de Mercedes, mujer del pueblo no mal acomodada, en Sevilla. Al foro una ventana que da á la calle. A la derecha del actor una puerta, y á la izquierda otra. Las paredes blancas y lucientes. El suelo, de lositas de dos colores, aljofifado de tal modo, que se pueden comer migas en él. Muebles modestos, pero bien ordenados y muy limpios. Entre ellos una cómoda. En el centro de la habitación una mesita, sobre la que hay un costurero.—Es de día.

(Mercedes está asomada á la ventana. Es una mujer que marea de guapa y de limpia. Le da el sol y parece que tiene lentejuelas.)

MERC. ¡Adiós! Ayá va como una palomita.. Se come la caye, y no levanta der suelo tanto así. ¡Hija mía, qué presiosa es! Si viviera su padre, se le caería la baba mirándola. La puerca e la vesina se ha parao á darle un beso: á vé si le deja la señá... ¿Otro beso? ¡Vamos, güeno está de cariño, señora! Sí, hija mía, sí; hases bien en echá á corré. Y es que no le gusta que la bese nadie. Las tonterías de las mujeres cuando somos niñas. Ya dobló la esquina. (Se retira de la ventana.) *Chalá* me tiene. Vamos á guardarle er baberito. (Recoge uno que hay sobre una silla, y con gran cuidado lo guarda en un cajón de la cómoda.) ¿Esto es una mancha? No. Pensé... Es descolorío de lavarlo. ¡Ajajá! (Poniendo bien una silla que no está en su sitio.) ¡Jesús! Por donde

pasa mi madre arma un terremoto. (Fijándose en la silla.) ¿Le paese á usté? Porvo. (Coge un paño y la limpia y la frota.) Así te quiero, prenda. Y ahora, á seguí cosiendo estas naguas blancas. (Siéntase á ello junto á la mesita.) Se tarda Juan Manué... Quisá haya estao esperando á vé salí á mi niña. Como le tengo dicho que cuando eya esté aquí no entre... Sí, porque la niña va á hasé en Agosto los siete años, pero paese que yeva un viejo en la barriga, según se fija en to. Y no me agrada que note na de esto, mientras yo no me determine. Juan Manué es un buen hombre... y me quiere... Y me hase grasia, esta es la verdá. Porque Juan Manué tiene grasia. ¡Pero es tan adán! ¡es tan susio er grandísimo condenao! Mi madre se dispara cuando ve que yo yevo las cosas adelante. «¿En qué estás pensando, hija mía? Acuérdate de tu marío, que era como los chorros del oro er pobresito, y fíjate después en ese tipo que ahora te pretende; que le teme al agua más que un perro rabioso.» Y es la verdá: es muy susio. No, y eso no: como Juan Manué no se corrija... Porque sobre sé muy susio, es muy desastrao. Yo creo que sí, que se corrige... Muestras va dando de eyo... Er rose conmigo argo ha de podé.. Lo que me hase más grasia es lo que se esfuersa er pobre en presentárseme arreglaíto.

JUAN (Asomándose por la ventana.) ¿Vive aquí la mujé más bonita der barrio?

MERC. ¿Quién pregunta por eya?

JUAN El hombre más feo de Europa.

MERC. ¿De Europa na más?

JUAN Na más: los chinos son más feos que yo.

MERC. Pos esa mujé no vive aquí.

JUAN ¿Que no vive aquí? A mí se me había figurao que estaba yo hablando con eya.

MERC. Viene usté malo de la vista. O no se habrá usté lavao bien los ojos.

JUAN ¿Ya estamos con el agua á pleito? ¡Me los he lavao con aguarrás, pa darle á usté gusto!

MERC. ¡Jesús, con aguarrás! Es preferible el agua clara.

JUAN Güeno; ¿me deja usté que entre á acompañarla un ratito, ya que ha salío la niña?

MERC. Entre usté.

JUAN Abra usté la cansela.

MERC. No es presiso: mi madre está á la puerta e la caye.

JUAN ¿Y está suerta?

MERC. ¡Oiga usté!

JUAN Usté perdone: he querío preguntá si no muerde.

MERC. No muerde, no; pero ándese usté con cuidao.

JUAN Con quien tengo yo que andá con más cuidao que un equilibrista, es con la hija. (Vase de la ventana.)

MERC. Na, que me hase grasia este hombre. Señó, no la tendrá pa nadie, pero pa mí la tiene. Y luego, como también es viudo, y con una niña, como yo... lo que piensa una: paese que está escrito. Bien dise la copla que to cae ensima: tanto criticá yo de la gente desaseá... y miste por donde viene er diablo y lo enreda.

Nadie diga en este mundo
de este agua no he de bebé,
porque er caminito es largo
y puede apretá la sé...

(Sale Juan Manuel por la puerta de la izquierda. Es cajista de imprenta.)

JUAN ¿Sabe usté lo que me ha dicho su madre?

MERC. ¿Qué le ha dicho?

JUAN Que si tengo paraguas, que lo tire.

MERC. ¿Pa qué?

JUAN Pa que me moje siquiera los días que yueva.

MERC. (Riéndose.) Mi madre tiene güenos gorpes.

JUAN Sí, señora; y la hija también; pero la hija y la madre se conose que me han tomao a mí por aseite, que por no está en el agua se va arriba.

MERC ¿Y no hay na de eso?

JUAN No hay na de eso. Vamos á vé, con imparsialidá: ¿qué tar vengo hoy?

MERC Desde aquí, mejó que otros días. Asérquese usté un poco más. Pero suerte usté antes er sombrero.

JUAN ¿Ve usté cómo se ersagera un poquiyo? (Deja sobre una silla el sombrero. Mercedes, mientras, ve que trae manchada de yeso la espalda.)

MERC (Levantándose.) ¡Virgen de las Angustias!

JUAN ¿Qué ocurre?

MERC ¿Usté se ha visto por la esparda?

JUAN ¡No pueo! ¿Qué traigo por la esparda?

MERC ¡To er yeso de un tabique!

JUAN ¡Mardita sea mi suerte! Ahora sí tiene usté rasón: es que hoy están en casa de obra, y antes de salí se me orvidó refregarme contra la cama.

MERC ¡Ave María! ¿De esa manera se sepiya usté?

JUAN La esparda, sí señora.

MERC Venga usté acá, hombre, venga usté acá... (Coge un cepillo y lo cepilla con coraje.)

JUAN Cuando digo yo que es usté la mujé que yo nesesito...

MERC. ¡Uf! ¡lo que suerta! Meresía usté que le vareara la americana sin quitársela.

JUAN ¡Ay! que me hase usté cosquiyas, Mersedes.

MERC. Y vaya una manchita que tiene usté aquí en el hombro.

JUAN ¿En el hombro? Del hombro pa atrás no pueo respondé, porque no me fijo; pero por delante, lo que es hoy no me encuentra usté á mí ni una mancha.

MERC ¿No?

JUAN No.

MERC (Señalándolas.) Una... dos... tres... cuatro .. sinco... seis... siete... ocho...

JUAN ¡Caray, no siga usté! ¡Miste que es lo grande! En mi casa no me veo ni una sola; sargo ar só, y me veo dos ó tres, y yego aquí, y na más que piso er cuarto este, ya estoy plagaíto.

MERC. ¿Sí, eh? Pos las mismas que tiene usté aquí, tenía usté en su casa. ¡Que así andará eya!

Y que las hay de tos colores. Dise mi madre que se prensa un traje de usté y sale un tinte.

JUAN No, si ya sabemos que la mamá tiene mucha grasia. Pero comprenda usté, Mersedes, que un pobre cajista de imprenta, que está to er día metío en tinta, como los calamares, y que está cuidao por una cuñá—¡mar tiro le peguen!—y por una niña de este arto, no pué vení aquí como pa ponerlo en un escaparate. Además, usté no se ocupa más que de criticá, y de sacarle á uno los colores, y cuando uno hase un esfuerso pa que usté lo estime, usté no lo estima. Toavía no me ha dicho usté na de la corbata.

MERC. (Reparando en que no trae puesta ninguna.) ¿De qué corbata?

JUAN (Llevándose la mano al sitio.) ¡Ay, qué grasiosa! ¡De esta!

MERC. ¿De esa, eh?

JUAN ¿Le paese á usté, si es sino? Hay días en que ar salí de casa debía uno pisá una cáscara de melón y estreyarse contra las piedras. (Saca la corbata del bolsillo.) Miste donde la traigo.

MERC. ¿Qué más da?

JUAN Pero, güeno: ¿la corbata es de gusto ó no es de gusto, que es aquí lo que se discute?

MERC. Le diré á usté: pa aliñarla, no es fea.

JUAN ¿Con que pa aliñarla? ¿No le gusta á usté la corbatita?

MERC. Como escarola, sí.

JUAN ¡Se acabó!

MERC ¿Qué va usté á hasé con eya?

JUAN ¡A tirarla á la caye! Yo sé que er que se la ponga, se luse; pero á usté no le ha agradao, y eso basta. ¡La tiro! (La tira por la ventana en efecto.)

MERC ¿Es que piensa usté tirá to lo que no me agrade á mí?

JUAN ¡Ni más ni menos!

MERC. Pos entonses suba usté arriba y tírese usté por er barcón. (Vuelve á sentarse.)

JUAN Eso no me lo diga usté ni en broma.

MERC Pero ¿cómo vi yo á haserle cara á un hombre que ca día que pasa está más desastrao y más susio?

JUAN ¡No, que ví á está más limpio ca día! ¡Qué cosas tiene usté! ¡Si uno no vive en un faná, señora! ¡Miste las estatuas: hasta jaramagos les salen!

MERC. ¿Es desí, que usté hasta que no le sargan jaramagos no está contento?

JUAN Yo no estoy contento mientras usté no se desida á quererme. (Se sienta al lado de ella.)

MERC. Pos largo le va. El hombre que á mí me yeve otra vez á la iglesia, ha de bayarse en el agua tan á gusto como á la vera mía.

JUAN ¡Por vía e Dios! ¿Su difunto de usté era un sarmonete?

MERC. Mi difunto era un hombre que daba gloria de mirarlo: limpio, colorao, escamondao...

JUAN Y engüerto en harina, sí señora; lo estoy viendo en una freiduría.

MERC. O se caya usté, ó tenemos un dijusto serio.

JUAN No lo tome usté así: er mismo respeto que le guarde usté á su difunto, le guardo yo.

MERC. Pos mucho ojo con lo que se habla.

JUAN Y si se quié usté desquitá, métase usté con mi difunta y yo la acompaño.

MERC. Creo que era pa el avío.

JUAN ¡Pa viví con usté!

MERC. Muy mujé de su casa... muy consertaíta...

JUAN ¡Sí!

MERC. A mí me han contao que argunos días se encontraba usté las botas en el aparadó.

JUAN No tanto, no tanto... No hay que ponderá. La sopera ensima e la cama sí que me la encontré muchas veses.

MERC. ¿Y su cuñá de usté, la hermana de eya, es lo mismo?

JUAN Es peó.

MERC. Disen que le da por la iglesia.

JUAN Demasiao. Pa mí que parará en un convento.

MERC. ¿Que parará?

JUAN Que parará, sí; que parará. No creo que haya errata.

MERC. ¡Vaya una diversión de familia!

JUAN Por eso busco otra, Mersedes... porque pienso en mi hija, que ca día nesesita más quien la acompañe; porque pienso en mí, que estoy más solo que un sereno. (Viendo que Mercedes se prende una aguja en el pecho.) Cuidao, no se pinche usté con esa aguja.

MERC. Descuide usté, que no me pincho.

JUAN ¿Hay argodón?

MERC. No hay argodón.

JUAN Pos argo hay.

MERC. Argo, sí, pero argodón, no. Siga usté con lo que iba disiendo.

JUAN Si es lo mismo que le he dicho á usté veintisinco veses: que yo no vivo más que pa este ratito que los domingos paso con usté; que me tiene usté que me van a echá de la imprenta, porque desde que la conozco lo pongo to con armirasiones: hasta las preguntas; que ni como, ni bebo, ni duermo, ni... ¿Cómo dise aqueya copliya que usté canta tanto?

MERC. ¿Cuá?

JUAN Aqueya de...

Ni como ni duermo, niña...

MERC. Ah, ya.

Ni como ni duermo, niña,
desde que te conosí...

JUAN No, no; pero cantá, cantá es como yo la quiero.

MERC. ¡Vamos, hombre!

JUAN Ande usté, Mersedes; ya que ha salío la conversasión.

MERC. (Cantando.)

Ni como ni duermo, niña,
desde que te conosí,
que no me arcansan las horas
más que pa pensar en tí.

JUAN (Tirando el cigarro contra el suelo, en un arrebato de admiración.) ¡Ole con ole!

MERC. ¡Coja usté ese sigarro ahora mismo, so puerco!

JUAN Perdone usté, Mersedes, no me he dao cuenta de lo que hasía. (Lo recoge, y no sabiendo donde echarlo, se lo va á guardar en un bolsillo.)

MERC. ¿Pero va usté á guardárselo, hombre?

JUAN ¿Me lo ví á comé?

MERC. ¡Tírelo usté á la caye, señó! Mañana compro un senisero.

JUAN (Después de tirar á la calle el cigarro.) ¿Su difunto de usté no fumaba?

MERC. No, señó.

JUAN Mi difunta, sí. (Se acerca á ella, y le canta muy mal lo que ella ha cantado muy bien.)

Ni como ni duermo, niña,
desde que te conosí...

MERC. ¡Cáyese usté por Dios! ¡Jesús qué oído!

JUAN Sí que es malo. (Vuelve á sentarse.)

MERC. ¿Con que ni come usté ni duerme desde que la conosió?... ¿Y por quién va eso, Juan Manué?

JUAN ¿Que por quién va eso?... ¿Quiere usté que le regale el oído?

MERC. ¡No! ¡el oido no! ¡Ni regalao lo quiero! ¡Quéese usté con é!

JUAN (Cogiéndole una mano entusiasmado.) ¡Bendita sea!... ¡Tiene usté grasia pa poné un puesto!

MERC. ¡Suerte usté, grandísimo adán! ¿Se atreve usté á cogé una mano mía con esas manos?

JUAN Las de usté están más limpias; es verdá. Mañana me pongo unos guantes.

MERC. Hombre, no; mañana se las lava usté con jabón, y por argo se empiesa.

JUAN Mañana, y pasao, y toa la vida haré yo lo que á usté se le antoje. Imitaré á mi niña, que me trae loco con la de usté

MERC. ¿Con la mía?

JUAN Sí, señora: como er domingo pasao no vine, no hemos hablao de esto. Usté sabe que la he puesto en la misma academia.

MERC. Sí.

JUAN Pos güeno: le ha dao á la mía por copiá á la de usté: se ha enamorao de eya. Y no yeva su niña de usté unos carsetines, ó unas botas, ó un vestío, ó un laso, ó un babero, que no

venga mi Juanita á desirme: «Papá, la niña de la trensa rubia—que es como la yama—se ha comprao esto y esto: cómpramelo tú á mí.»

MERC. ¡Angelito!

JUAN Y yo ¡claro! ¿qué he de hasé más que complaserla? Y está la chiquiya que es un carco e la otra. Le arvierto á usté que ni que fuean gemelas: de formalidá.

MERC. Me la tiene usté que traé un día pa que la conozca.

JUAN ¡Ya lo creo! Usté va á sé su madre... Y lo más grasioso de to esto...

(Preséntase de improviso Juanita por la puerta de la izquierda llamando á su padre. Viene la infeliz que da pena verla: desgreñada, sucias la cara y las manos, las medias caídas, el vestidillo manchado y roto.)

JUA. ¡Papá! ¿Está aquí mi papá?

(El papá quisiera que la tierra se lo tragase.)

MERC. (Levantándose.) ¿Qué dises, niña? ¿Quién es tu papá?

JUA. Este.

MERC. (Con asombro é indignación.) ¿Este?

JUA. Sí, señora. Papá, tu compadre Arturo está en casa esperándote.

JUAN (Desconcertado.) ¿Está en casa, eh? ¿No lo ha cogío un tranvía ni na?

(Mercedes se va derecha á él, decidida á todo, y él le huye.)

MERC. ¡Sinvergüensa! ¡granuja! ¡charrán! ¡embustero! ¡Venga usté, que le saque los ojos!

JUAN Los ojos no, Mersedes: ¿con qué iba yo á mirarla á usté entonses?

MERC. ¡A mí no me tiene usté que mirá más en su vida, cara de mico! ¿Con que esta era er carco? ¿Con que esta era er remeo de mi niña? ¡Vamos, eche usté á corré ya si no quiere morí á mis manos! ¡Trapalón! ¡mal hombre! ¿Y dise usté que me quiere á mí y tiene de esta manera á su hija? ¡Si estoy por yamá á un munisipá pa que lo yeve a usté á la carse! ¡No hable usté! ¡No se defienda usté, que es peó! ¡Esto es un crimen! ¡esto es una infamia! ¡No paga usté ni fri-

to! ¡Pobresita! Pero ¿usté no ve que le quita salú, que le quita alegria, que le quita cariño de to er que la mire, porque no tiene un sitio pa darle un beso? Y es bonita la pobre; que da más lástima toavía... ¡Váyase usté, váyase usté de mi casa ya, que hasta hoy no he visto yo bien claro lo retesusio, lo retepuerco, lo retemalo, lo retefeo y lo reteantipático que es usté!

JUAN Mersedes... que se me van á sartá las lágrimas... y no traigo pañuelo.

MERC. ¡Váyase usté, hombre, váyase usté y no pase por esta caye como no sea en carnavá, que yo no lo conozca!

JUAN Mersedes...

MERC. ¡Váyase usté, le digo!

JUAN Ya me voy... Niña...

MERC No; esta se queda aquí un ratito.

JUAN ¿Que se queda aquí?

MERC. Sí, señó.

JUAN ¿Qué va usté á hasé con eya?

MERC. A ponerla como su madre la parió; á echarle ensima toa el agua que le hase farta ar padre; á fregarla; á dejarle er cuerpesito como una rosa; á vestirla luego con ropita limpia de mi hija; á peinarla, á carsarla, á darle después cuatro besos muy apretaos, y á mandársela á usté pa que se entere de lo que es un carco de mi Carmen; por supuesto, con orden de que no se aserque á usté hasta que no esté limpio. ¡Y ya tiene usté penitensia!

JUAN (Afligido.) Mersedes... yo soy un esclavo de usté. Dios le pague á usté lo que va á hasé con mi niña. Cuando usté quiera, hase lo mismo con er padre.

MERC Güeno, güeno: á la caye ahora. Ya sabe usté como á mí me gusta la gente.

JUAN Ya lo sé; y bien meresío tengo este castigo y este bochorno. Mientras que no me saque briyo, no güervo á vení. Palabra. Cómprese usté unas gafas negras pa que cuando me vea no le lastime er resplandó. Y luego nos casamos; y la luna de mié la vamos á pasá

á la oriya der río. Y ayí coge usté una piedra, y me la tira al agua, y yo me echo al agua por eya y la saco en la boca. ¡Sí, porque estoy convensío de que como no me güerva perro de agua usté no me hase caso! Güenas tardes. (Se va.)

MERC Vaya usté con Dios. (A la niña.) Y tú no te asustes, hija mía. Yo tengo una niña como tú, y quiero que te parezcas á eya, pa darle una lersión á tu padre, que es un embustero. Entra ahí, que pa ayá voy yo.

(Vase Juanita por la puerta de la derecha.)

JUAN (Asomándose por la ventana.) ¿Sabe usté lo que me ha dicho su mamaíta?

MERC ¿Qué?

JUAN Que al amanesé pasa er carro e la basura. ¡Por si yevaba poco! ¡Mardita sea!... (Vase.)

MERC Si de esta no se enmienda... es hombre al agua. Que es lo que yo querría.

(Al público.)

Es pa er cuerpo y pa la cara
el agua clara un tesoro,
der que siempre he sío avara...
¡Dios bendiga el agua clara!
¡Vivan los chorros del oro!

FIN

Madrid, Febrero, 1906

OBRAS DE LOS MISMOS AUTORES

Esgrima y amor, juguete cómico. (2.ª edición.)
Belén, 12, principal, juguete cómico.
Gilito, juguete cómico-lírico. Música del maestro Osuna. (2.ª edición
La media naranja, juguete cómico. (2.ª edición.)
El tío de la flauta, juguete cómico. (2.ª edición.)
El ojito derecho, entremés. (3.ª edición.)
La reja, comedia en un acto. (4.ª edición.)
La buena sombra, sainete en tres cuadros, con música del maestro Brull. (6.ª edición)
El peregrino, zarzuela cómica en un acto. Música del maestro Gómez Zarzuela.
La vida íntima, comedia en dos actos. (3.ª edición.)
Los borrachos, sainete en cuatro cuadros, con música del maestro Giménez. (2.ª edición.)
El chiquillo, entremés. (5.ª edición.)
Las casas de cartón, juguete cómico.
El traje de luces, sainete en tres cuadros, con música de los maestros Caballero y Hermoso.
El patio, comedia en dos actos. (3.ª edición.)
El motete, pasillo con música del maestro José Serrano. (2.ª edición.)
El estreno, zarzuela cómica en tres cuadros, con música del maestro Chapí.
Los Galeotes, comedia en cuatro actos. (3.ª edición.)
La pena, drama en dos cuadros. (2.ª edición.)
La azotea, comedia en un acto.
El género ínfimo, pasillo con música de los maestros Valverde (hijo) y Barrera.
El nido, comedia en dos actos. (2.ª edición.)
Las flores, comedia en tres actos.
Los piropos, entremés.
El flechazo, entremés.
El amor en el teatro, capricho literario en cinco cuadros, prólogo y epílogo.
Abanicos y panderetas ó ¡A Sevilla en el botijo! humorada satírica en tres cuadros, con música del maestro Chapí.
La dicha ajena, comedia en tres actos y un prólogo.
Pepita Reyes, comedia en dos actos.
Los meritorios, pasillo.

La zahorí, entremés.
La reina mora, sainete en tres cuadros, con música del maestro José Serrano. (2.ª edición.)
Zaragatas, sainete en dos cuadros.
La zagala, comedia en cuatro actos.
La casa de García, comedia en tres actos.
La contrata, apropósito.
El amor que pasa, comedia en dos actos.
El mal de amores, sainete con música del maestro José Serrano.
El nuevo servidor, humorada.
Mañana de sol, paso de comedia.
Fea y con gracia, pasillo con música del maestro Turina.
La aventura de los galeotes, adaptación escénica de un capítulo del *Quijote*.
La musa loca, comedia en tres actos.
La pitanza, entremés.
El amor en solfa, capricho literario en cuatro cuadros y un prólogo, con música de los maestros Chapí y Serrano.
Los chorros del oro, entremés.
Morritos, entremés.

SERAFÍN Y JOAQUÍN ÁLVAREZ QUINTERO

MORRITOS

ENTREMÉS

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Núñez de Balboa, 12

1906

MORRITOS

Esta obra es propiedad de sus autores, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

Los autores se reservan el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

MORRITOS

ENTREMÉS

DE

SERAFÍN Y JOAQUÍN ÁLVAREZ QUINTERO

Estrenado en el TEATRO LARA el 12 de Marzo de 1906

MADRID

G. VELASCO, IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.°

Teléfono número 551

1906

A Conchita Ruiz

encanto de la escena española

Sus buenos amigos,

Los Autores.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
MORRITOS	Sra. Ruiz.
GREGORIA	Srta. Alba.
UN DESCONOCIDO	Sr. Zorrilla.

MORRITOS

Portería de Pepita Reyes en Madrid. Es de día

(La escena está sola. Por la puerta que da á la escalera sale GREGORIA, con un lío de ropa en una mano y unos calzoncillos lavados y rotos en la otra.)

GREG. (Llamando.) ¡Morritos! ¡Morritos! ¿Dónde se habrá metío esa arrastrá? ¡Morritos! ¿Le paece á usté la mona esta? ¡Morritos! Lo menos está embobá con un folletín. ¡Mala peste en tos ellos! ¡Morritos!

(Sale Morritos del interior de la portería con la seguridad de una paliza en los ojos.)

MOR. ¿Qué pasa?

GREG. ¿Dónde estabas metía?

MOR. Pué usté calculalo, cuando no he salío al primer grito. Estaba en el patio encendiendo el brasero.

GREG. ¡El brasero!... ¡el brasero!... No te salto un ojo porque hoy es lunes, y no quiero empezar así la semana. (Mostrándole los calzoncillos.) Mira.

MOR ¡Andá, que siete!

GREG. Como que estas prendas así no las debía una de acetar pa lavarlas. Paecen de tela de cebolla. ¡Y se hará la ilusión de que lleva calzoncillos el amo!

MOR. Pué que se la haga.

GREG. Calla tú y óyeme. Mientras yo voy al ocho, me coses eso como puedas, ¿sabes? que tengo que entregar la prenda y no quiero llevarla rota. ¿Te has enterao?

MOR. ¡Así que habla usté en chino!

GREG. Pues date prisa, ¿eh? que antes de cinco minutos estoy aquí por ellos. (Yéndose hacia la calle.) ¡Maldito sea el demonio! ¡Miste que llevo una mañana!...

MOR. (Muy asombrada, cuando se queda sola.) Esto sí que es raro: lo menos que va á haber es eclise: venir mi madre y escapame yo sin que me sacuda, sí que es un fenómeno. A ver dónde hay agujas pa coser esto... Porque, eso sí: como vuelva y no esté ya cosío, y á su gusto, el fenómeno no se repite. (Busca en el costurero de Pepita y halla lo que desea.) Aquí tiene la Pepita de to. ¡Miá que si se lo zurciera con hilo colorao, no era bofetá la que me largaba! Dios me libre. Con el padrón de cédulas no se puén gastar bromas. (Se sienta junto á la camilla á coser.) ¡Andá! ¡Cómo está esto! ¡Qué vergüenza! ¡Si por aquí se puen colar tomates! Y á lo mejor este hombre será casao, y tendrá cutis pa ponerse delante e su mujer con estos calzoncillos. Los hay desahogaos. (Cantando mientras da las primeras puntadas.)

Yo me quería casá
con un mocito barbero,
y mi madre me quería
monjita de un monasterio.

(Gritándole de pronto á un Desconocido que pasa embozado hacia el interior de la escalera.) ¿Ande va usté? (Viendo que no la oye suelta la costura y corre á la puerta.) ¿Ande va usté? ¡Que si quieres! Echó el tío escaleras arriba. ¿A qué cuarto irá? Luego me riñe á mí el señor Nicasio. Pues aunque va embozao le he visto bien la cara; no se crea que se me despinta. Una tié que fijarse, porque con las cosas que pasan en este Madrí tos los días, y que train

los papeles, ¿quién le dice á una que ese tío de la capa no es un tío de estos malos que llevan un revólver de seis tiros en un bolsillo de aquí atrás? ¡Miá que si ese fuera á matá á la vieja de arriba, pa robala! ¡Andá! Porque esa vieja tié dinero: á mí no me la pega. Lo tendrá metío en un calcetín ó debajo un ladrillo: pero tié dinero. ¡Miá que si la matara ese hombre! ¡Jesús! ¡Un crimen en la casa esta! ¡Qué envidia en to el barrio! Yo, de tocale á algún vecino, que le toque á la vieja. Sí; porque la vieja se va á morir el día menos pensao como un loro, sin ruido y sin na; y nadie va á compadecela; y to el mundo dirá que está bien muerta, que bastante ha vivío, y que por allí nos espere muchos años; mientras que si ese tío embozao va y la mata, ella, total, no pierde más que unos cuantos días, y le tendrá lástima to el barrio, y hasta sacarán los papeles un retrato suyo cuando era joven. Porque lo que es de ahora mejor será que no lo saquen. ¡Vaya si eso está bien! Y no hay que pensar en otro inquilino: la vieja, la vieja es la que cai. ¡Qué ovación! ¡Miá que los días que íbamos á pasarnos charla que charla na más que de lo mismo! ¡Andá! ¡Se me hace agua en la boca! Y aquí los guardias, y aquí el juez, y aquí los periodistas, y aquí los médicos, y aquí los de la curia—al olor de los cuartos de la vieja,—y tos pa arriba, y tos pa abajo, y á declarar los inquilinos, y el señor Nicasio, y la Pepita, y á declarar la cacharrera, y el sereno, y el de los faroles, y á declarar los de la alcantarilla, y la trapera, y mi madre, y las burras de leche... y á declarar to el mundo. ¡Ay, me vuelvo loca de alegría! Y á to esto yo calla, pa no meterme en líos. Que me preguntan: «Pues yo no he visto na, señor juez. (Jurando.) ¡Mística!» ¡Y á ver quién me saca de ahí! Y de pronto ¡zas! que cain sospechas sobre la Pifania, la de doña Irene, que es mu mal encará y mu fea, y tiene un ojo que se quié meter

dentro del otro; y ella que no y que no, y que es inocente, y se pone en cruz, y to el mundo que sí y que sí, porque le han visto unos pendientes mu güenos, y «¿de dónde han salío esas misas?» «¿quién se los ha comprao?»... Yo sé quién se los ha comprao—que pa to hay gustos,—pero me callo como una muerta pa que siga la bola. ¡Que se fastidie! ¡Esa me paga á mí la media libra e churros que me quitó la otra mañana! Y se la llevan á la cárcel, y tié que nombrar abogao, y toa su familia viene del pueblo: el padre, la madre, la hermana casá, la hermana soltera, el hermano tonto, el hermano cura... Y tos á la cárcel, y tos á vela: ¡y vaya una ecena, porque tos son bizcos! Y los papeles, unos que pares y otros que nones, y en Madrí no se habla de otra cosa, y se forman partíos, y llega la vista; y yo callá. Y el fiscal, que es el que tié más malas pulgas—porque yo he estao una tarde en las Salesas y lo he reparao—el fiscal pide que la maten y que la maten; y el abogao se pone: (Subida en una silla baja.) «¡Es una inocente, señores jueces! ¡Este va á ser otro crimen más malo! ¡Mi defendida no tiene más defezto que el del ojo, y ese es de familia!» Y el fiscal que nones, y dale, y machaca, y que se tié que salir con la suya: siete penas de muerte, y un día. Y yo callá. Pero en esto una noche, durmiendo yo, se me presenta un angelito y me dice: «Morritos, lo de los churros no es pa tanto: debes declarar to lo que sabes.» Y yo me dispierto convencía, y se lo cuento á la Pepita y al señor Nicasio, y el señor Nicasio me da un mamporro por haberme callao tanto tiempo, y yo comprendo que es merecío, y va y le escribe un anónimo al presidente del Supremo citándolo aquí en la portería. Y viene el presidente, y viene el juez, y yo me disculpo con que estaba asustá, y aluego declaro. Y ponen á la Pifania en libertá, y ella me da un abrazo conmovía, y tos los bizcos se echan á llorar de agradeci-

miento, y buscan al tío de la capa, y lo encuentran, y me lo train, y yo digo: «Este es, pero que lo indulten el día del rey.» Y to el mundo: «¿Pero quién ha descubierto la verdá?» Y los papeles: «Pues la Morritos, la Morritos, la Morritos.» Y vienen los periodistas á ver á la Morritos. (Fingiendo un diálogo.) «—Buenas tardes.—Buenas tardes.—¿Es usté la Morritos?—Servidora. ¿Usté es periodista?—Servidor.—Lo he conocío en los lentes. ¿Y en qué puedo servirle?—Pues vengo sobre la vieja del tercero.—Pues verá usté, señor: yo estaba aquí conforme estoy ahora, cuando de pronto ¿sabe usté? ví pasar á un tío embozao en una capa, con unos embozos así como los que usté trai—pué dar esa casualidá. Lo mismo fué verlo que le dí el quién vive preguntándole que adonde iba. ¿Usté me ha contestao? Pues igual hizo él.» Y sigo yo charla que charla, y de una cosa paso á otra, y al tío se le acaba el papel, y tié que apuntarse cosas hasta en las suelas, y se va con dolor de cabeza de oime, y al día siguiente sale en el periódico to lo que le he contao, y Morritos pa acá, y Morritos pa allá, y me sacan retratos, y me ponen hasta en los prospetos, y se venden «pañuelos Morritos», y en la Puerta del Sol un juguete: «¡La vieja y Morritos, diez céntimos! ¿Quién no embroma á un amigo? ¿Quién no le da un susto á la criada?» Y «papel de fumar Morritos», y «cerillas Morritos», y «anís escarchao Morritos», y Morritos, y Morritos, y Morritos, y no hay mas que Morritos. (Pausa.) Lo malo de to esto es que pasa el crimen, porque viene otro más sonao, que á lo mas la familia de la Pifania me regala á mí un par de gallinas que se comen aquí entre tos, y vuelta yo á la portería, y á trabajar como una perra, y el señor Nicasio á regañame, y mi madre á eslomame á golpes, y to lo mismo. ¡Pa eso vale más que no asesinen á la vieja! (Nueva pausa.) Estaría mejor otra cosa... Que un

día entrara mi madre toa sobrecogía, toa acelerá, y sin darme los buenos días, me dijera: «Morritos, vente al café económico de enfrente, que te convido yo.» Lo cual que yo me quedaría con tanta boca abierta; porque mi madre no gasta esas finuras. Y ya en el café, ca una con un vaso de recuelo, ella toa temblando, y yo con los ojos como dos cajas de betún, me hiciera esta declaración: «Morritos, tú no eres hija mía.» Y yo pa mí: «No cairá esa breva.» Y ella entonces: «Yo te arrecogí una noche mu fría, en que el viento se llevaba los árboles, á la misma puerta e mi casa, cuando vivía en la calle de la Ventosa. Estabas liá en pañales mu finos, y con muchos encajes, y muchos olores de casa rica, y una medalla colgá al cuello, que tengo yo debajo el hule de la cómoda, y una carta de tres renglones que decía: «Una madre atribulá deja aquí á esta niña inocente: si hay un alma piadosa que la ampare, no le pesara.» Y una rayita por debajo. ¡Jesús! Temblando estoy na más que de pensalo. Y resulta luego que mi madre es una señorona, que se escurrió una vez—como se escurren tantas señoronas,—y que se tuvo que callar por la familia, pero ya se le han muerto tos y me han buscao, porque no pué vivir de remordimientos. Y viene aquí, y quié llevame á su palacio con ella... ¡Qué ovación! «¡Hija mía!» «¡Madre mía!» «¡Al fin te encontré!» Yo he visto esta ecena muchas veces en el teatro, pero siempre con música, que es lo que me carga. Y tos á mi alrededor llorando conmovíos, y llora también el señor Nicasio, que no ha llorao en su vida, y la Pepita se me abraza al cuello toa atribulá, y yo la digo: «¡No te olvidaré nunca, Pepita! *Ves* por mi palacio siempre que quieras.» Y en el palacio toas las paredes están de seda, y no hay más que criaos, y doncellas pa mí, y la una pa lavame, y la otra pa peiname, y la otra pa rascame, y la otra pa vestime, y la otra pa ca-

zame... Y en esto que la Morritos se pone mala. ¡Jesús, qué bomba en el palacio! Seis médicos á mi cabecera, calvos tos, escuchándome por toas partes, y sin saber ninguno lo que tié la Morritos Y viene un médico de mu lejos con muchas barbas y muchas manchas en la ropa, y dice: «Pues la Morritos lo que tié es que está enamorá de un príncipe.» ¡Andá con esa! Y mi madre se me abraza llorando: «¡Hija, yo no te quiero perder tan pronto!» Y yo: «¡Madre!» Y ella: «¡Hija!» Y yo: «¡Madre!» (Oyendo de improviso á Gregoria, que viene hacia la portería chillando, como siempre.) ¡Cristo! ¡la mía de veras! ¡Quechasco! ¿Qué me dió que hacer? (Azorada da vueltas por la escena) ¿Qué me dió? ¿qué me dió? ¡Ah! ¡los calzoncillos! ¡Me la gano! ¡vaya si me la gano! (Los agarra nerviosamente por ambos perniles, y queriendo ver por donde ha de coserlos, en un movimiento involuntario los raja y se queda con un pernil en cada mano) ¡Virgen! ¡Buena cosa he hecho! ¡Esto sí que no tié compostura! ¡Me monda mi madre! ¡me monda! ¡Y ya está aquí! ¡Ví á escondeme debajo e la cama! (Tira los perniles y se va espantada al interior.)

GREG. (Terminando al llegar á la portería la riña en que viene enredada, probablemente con una verdulera.) ¿A mí usté? ¡De ganas! ¡Eso sería un pueblo! ¡La tía pindonga!... ¡Morritos! ¿Qué haces, Morritos? Pero ¿qué es esto? ¡Aquí un pernil!... ¡anda Dios!... ¡y aquí el otro! ¡Mal tiro la peguen! ¿Pues no me ha roto los calzoncillos la arrastrá? ¡Morritos! ¡Morritos! ¡La deshago! ¡Se acabó la Morritos pa siempre! (Entrase furiosa en el interior de la portería. A poco descubre á Morritos debajo de la cama y comienza la paliza del día, no obstante ser lunes. Las voces de ambas se oyen confundidas allá dentro.)

MOR. ¡Ay! ¡ay! ¡No me haga usté na!

GREG. ¡Grandísima tunanta, sal aquí que te mate!

MOR. ¡Ay! ¡ay! ¡Si ha sío sin querer!

GREG. ¿Sin querer, condená? ¡Toma, toma sin querer!

MOR. ¡Ay! ¡ay!

GREG. ¡Si hasta que no te esbarate no descanso ¡Si eres mu perra!

MOR ¡Ay! ¡ay! ¡Madre, por Dios, madre!

GREG. ¡De hierro quisiera tener las manos, arrastrá!

MOR. ¡Ay! ¡ay!

GREG. ¡Le paece á usté la que me ha jugao! ¡Vamos, hombre! ¡Si hay pa cegarse y hacerla polvo!... (Saliendo.) ¡Maldita sea la...!

(Durante este dulce coloquio, el Desconocido de antes se ha asomado á la portería y ha llamado á la portera varias veces.)

DESC. ¡Portera! ¡Portera! ¿Pero están ahí matando á alguien? ¡Portera! ¡Portera! (En este momento sale Gregoria, que va hacia la calle hecha un basilisco.) Diga usted, portera: ¿el vecino del segundo.. ?

GREG. ¡Se ha tirao por el balcón esta mañana! ¡Miá este ahora! (Le da un empujón á la puertecilla y otro al Desconocido, y se va echando maldiciones.)

DESC. (Perplejo y alarmado.) ¿Que se ha tirado por el balcón? ¡Corcho! (A Morritos, que sale deshecha la pobrecilla, enjugándose las lágrimas y sollozando.) ¡Niña! ¡Niña! ¿El vecino del segundo..?

MOR. Yo... no sé... Yo creí que usté iba á matá á la vieja...

DESC. ¡Corcho! (Huye despavorido.)

MOR. ¡Así acaban... toas las fantesías de la Morritos!....(Al público, entre sollozos.)

Ya que tan mal me ha salío
ponerme á fantesiar...
tú... que eres amigo mío...
no me vayas á dejar
el corazón encogío.

FIN

Madrid, Febrero, 1906

OBRAS DE LOS MISMOS AUTORES

Esgrima y amor, juguete cómico. (2.ª edición.)
Belén, 12, principal, juguete cómico.
Gilito, juguete cómico-lírico. Música del maestro Osuna. (2.ª edición)
La media naranja, juguete cómico. (2.ª edición.)
El tío de la flauta, juguete cómico. (2.ª edición.)
El ojito derecho, entremés. (3.ª edición.)
La reja, comedia en un acto. (4.ª edición.)
La buena sombra, sainete en tres cuadros, con música del maestro Brull. (6.ª edición.)
El peregrino, zarzuela cómica en un acto. Música del maestro Gómez Zarzuela.
La vida íntima, comedia en dos actos. (3.ª edición.)
Los borrachos, sainete en cuatro cuadros, con música del maestro Giménez. (2.ª edición.)
El chiquillo, entremés. (5.ª edición.)
Las casas de cartón, juguete cómico.
El traje de luces, sainete en tres cuadros, con música de los maestros Caballero y Hermoso.
El patio, comedia en dos actos. (3.ª edición.)
El motete, pasillo con música del maestro José Serrano. (2.ª edición.)
El estreno, zarzuela cómica en tres cuadros, con música del maestro Chapí.
Los Galeotes, comedia en cuatro actos. (3.ª edición.)
La pena, drama en dos cuadros. (2.ª edición.)
La azotea, comedia en un acto.
El género ínfimo, pasillo con música de los maestros Valverde (hijo) y Barrera.
El nido, comedia en dos actos. (2.ª edición.)
Las flores, comedia en tres actos.
Los piropos, entremés.
El flechazo, entremés.
El amor en el teatro, capricho literario en cinco cuadros, prólogo y epílogo.
Abanicos y panderetas ó ¡A Sevilla en el botijo! humorada satírica en tres cuadros, con música del maestro Chapí.
La dicha ajena, comedia en tres actos y un prólogo.
Pepita Reyes, comedia en dos actos.
Los meritorios, pasillo.

La zahorí, entremés.
La reina mora, sainete en tres cuadros, con música del maestro José Serrano. (2.ª edición.)
Zaragatas, sainete en dos cuadros.
La zagala, comedia en cuatro actos.
La casa de García, comedia en tres actos.
La contrata, apropósito.
El amor que pasa, comedia en dos actos.
El mal de amores, sainete con música del maestro José Serrano.
El nuevo servidor, humorada.
Mañana de sol, paso de comedia.
Fea y con gracia, pasillo con música del maestro Turina.
La aventura de los galeotes, adaptación escénica de un capítulo del *Quijote*.
La musa loca, comedia en tres actos.
La pitanza, entremés.
El amor en solfa, capricho literario en cuatro cuadros y un prólogo, con música de los maestros Chapí y Serrano.
Los chorros del oro, entremés.
Morritos, entremés.

SERAFÍN Y JOAQUÍN ÁLVAREZ QUINTERO

AMOR Á OSCURAS

PASO DE COMEDIA

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Núñez de Balboa, 12

1906

AMOR Á OSCURAS

Esta obra es propiedad de sus autores, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, ó se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

Los autores se reservan el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

AMOR Á OSCURAS

PASO DE COMEDIA

DE

SERAFÍN Y JOAQUÍN ÁLVAREZ QUINTERO

Estrenado en el TEATRO LARA el 19 de Abril de 1906

MADRID

R. VELASCO, IMPRESOR, MARQUÉS DE SANTA ANA, 11

Teléfono número 551

1906

A Clotilde Domus

gentilísima actriz,

Sus admiradores y buenos amigos

Los Autores.

A Clotilde Domus

gentilísima actriz,

Sus admiradores y buenos amigos

Los Autores.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
ALICIA	SRTA. DOMUS.
RUPERTA	ALBA.
DON LUIS	SR. PALANCA.
MANOLO	DE DIEGO.

AMOR Á OSCURAS

Gabinete elegante en casa de Alicia, viudita de teatro; esto es, joven y guapa. Es de noche: profusión de luces.

(Sale Alicia por una puerta, naturalmente. Verla y comprender la prematura muerte de su marido, todo es uno. Con mano de rosa toca un timbre de plata y aparece por otra puerta una doncella, que es un marroquí. La belleza de la señora y la fealdad de la criada, que encima se llama Ruperta, contrastan duramente. Alicia no estima en mucho sus encantos; Ruperta tiene pretensiones y frunce la boca para hablar. La una viste con sencillez y elegancia; la otra con cierta distinción.)

RUP. Señora.

ALICIA Ven acá, Ruperta.

RUP. Mande usted.

ALICIA ¿Has prevenido ya á Manolo?

RUP Manolo sabe ya la lección como el Padre nuestro.

ALICIA ¿Y tú?

RUP. En mí, descanse usted. Otra cosa no seré, pero lista...

ALICIA Es verdad. A tí se te puede confiar cualquier asunto delicado.

RUP Muchísimas gracias.

ALICIA Es justicia.

RUP. Es favor. Está usted nerviosa.

ALICIA No...

RUP. Sí, señora, sí; otra cosa no tendré, pero ojo...

ALICIA También es verdad: no se te oculta nada.

RUP. Nada. El cariño que le profeso á usted, hace que le adivine los pensamientos... las inquietudes...

ALICIA Pues sí que estoy nerviosa: es cierto. Ese caballero va á llegar de un momento á otro... y no sé, no sé cómo saldremos de este lance, verdadero paso de comedia.

RUP. Diablura le llamaría yo.

ALICIA Bien dicho está: diablura.

RUP. Como que otra cosa no tendré, pero tino para dar con la palabra propia... Y si usted reconoce que es diablura, ¿por qué se mete en ella?

ALICIA ¡Ay, Ruperta, mi temprana viudez me ha abierto los ojos! Yo no conozco al señor de Salazar, ni el señor de Salazar me conoce á mí; pero yo sé bien á lo que viene, y él sabe mejor que yo lo espero.

RUP. Pues por eso mismo creo yo que debiera usted recibirlo de día, á la hora acostumbrada de las visitas de cumplido, y hablar con él, y cambiar impresiones... y nada más.

ALICIA No, no; esta prueba la hago. Será capricho ó tontería, pero la hago. Mi primer marido se enamoró de mí cuando yo tenía quince años: le cautivaban mis ojos negros, mi boca fresca, mi cabello abundante, mis manos finas y bien cuidadas, mis pies menuditos, mi cuerpo juvenil... ¡Ay! Al año de amores nos casamos... y á los dos meses de matrimonio ni él podía soportarme á mí, ni yo á él. Mi cuerpo, mis pies, mis manos, mi cabello, mi boca y mis ojos perdieron á los suyos todo atractivo, todo encanto... Vino primero la indiferencia, luego la frialdad, después el hastío... A aquel hombre no le había gustado yo nunca más que por fuera: aquello no era un matrimonio. Se pegó un tiro. Yo creo que hizo bien. Han transcurrido ya cinco años, durante los cuales he

pensado más de una vez en volver á casarme; porque una mujer sola está tan triste...

RUP. ¡Ay, muy triste, muy triste!

ALICIA Tengo muchos adoradores, no sólo en Guadalema, sino también en los pueblos de la provincia; y todos lo mismo que aquel: que si la boca, que si los ojos, que si la risa, que si el pie, que si el talle...

RUP. ¿Y en qué se han de fijar, señora?

ALICIA Bien está que se fijen en eso; pero yo quiero que si otro hombre me lleva al altar, antes que por mis hechizos de mujer bonita guste de mí por mi condición, por mi carácter, por mis salidas, por mi charla tonta ó discreta, por mis genialidades, por mis caprichos, por mí entera, en una palabra. ¿Comprendes ahora y disculpas la trampa en que quiero que caiga ese señor don Luis de Salazar?

RUP. Sí, señora: lo comprendo, lo disculpo... y hasta lo río... ¡Ja, ja, ja! Otra cosa no tendré, pero el don de hacerme cargo no me falta.

(Sale Manolo con una tarjeta en una bandeja de plata.)

MAN. Señora.

ALICIA ¡Ah! (Después de mirar la tarjeta.) Que pase. (Vase Manolo.) Aquí le tenemos. Sígueme tú. (Se marchan las dos rápidamente. A poco vuelve á salir Manolo con don Luis.)

MAN. Pase usted, caballero. Haga el favor de esperar sentado. (Se va.)

D. LUIS ¿Esperar sentado? No me hace gracia el doble sentido de la frase. ¡Bah! ¡qué tontería! (Este don Luis es un caballero de buen porte y mediana edad, que comprende que se halla en la de casarse, para no pasarlo peor andando el tiempo.) La casa revela buen gusto, bienestar... feminismo... sobre todo feminismo. Aquí hay una mujer. Es claro que si no hubiera una mujer no habría venido yo. ¿Será bonita ó fea? Lo natural es que sea bonita. Mi hermana dice que es preciosa; pero mi hermana no es voto imparcial: ¡es tan amiga suya! ¿Por qué no habrá querido enviar un retrato? Es

alarmante... ¿Le habrá ocurrido algo desde que mi hermana no la ve?... Si tuviera por aquí alguno, anticiparía mi impresión y estaría seguro de mí cuando ella saliese. Soy tan impulsivo, tan fuguilla... Porque yo me quiero casar; comprendo que me ha llegado la hora; pero según y cómo. Casarme, sí; casarme, sin duda me conviene... Pasó ya la juventud alocada... y en la vida hay peligros... hay peligros graves para el soltero: una criada guapa... una lagartona un poco lista... ¡Horror! No pensemos en desatinos. Hay que casarse: estoy en punto de caramelo.

(Apáganse todas las luces. El gabinete queda como boca de lobo.)

ALICIA (Dentro.) ¡Ruperta! ¡Manolo! ¡Ruperta! ¡Es mucho cuento!

D. LUIS ¡Ah!

ALICIA (Saliendo.) ¿El señor de Salazar está aquí?

D. LUIS A los pies de usted.

ALICIA Perdone usted este incidente inoportuno..

D. LUIS Por Dios, señora...

ALICIA Cada lunes y cada martes hemos de tener la misma función.

D. LUIS Je.

ALICIA Le digo á usted que la fábrica de luz de que aquí gozamos es una maravilla.

D. LUIS En todas partes cuecen habas. (¡Qué frase más ridícula! Y es que estoy azoradísimo con esto de la luz.)

(Alicia toca el timbre.)

ALICIA Dichosos criaditos...

D. LUIS ¡Oh, los criaditos!...

MAN. (Presentándose en las tinieblas.) ¿Señora?

ALICIA Velas, hombre, velas: ¿en qué estais pensando?

MAN. Señora, no hay velas.

ALICIA ¿Que no hay velas? ¡Dios mío, qué sofocación! Caballero, usted me dispense...

D. LUIS ¡No faltaba más!

ALICIA ¿Sabéis que ocurre lo mismo un día sí y otro no, y ahora no hay velas? ¡Que se llegue Juan por doce paquetes!

D. LUIS Con una vela basta.

ALICIA ¿Cómo?

D. LUIS Nada: una tontería... Je. La situación es tan anormal... Je.

MAN. Juan ha ido á casa de su novia.

ALICIA ¡Pues llégate tú: pero volando!

MAN. Sí, señora. (Se va.)

ALICIA ¡Cuánto deploro, señor de Salazar, este contratiempo desagradable!

D. LUIS Señora, doblemente lo deploro yo, porque me priva de contemplarla á usted.

ALICIA Muchas gracias. Tenga usted la bondad de sentarse.

D. LUIS ¿En dónde? Temo tirar algo.

ALICIA ¡Jesús, es verdad! Encienda usted una cerilla.

D. LUIS No puedo: no fumo.

ALICIA Ya lo sé.

D. LUIS ¿Que lo sabe usted?

ALICIA Su hermana me lo ha dicho mil veces. Pero hay quien sin fumar las lleva. Aguarde: yo le guiaré.

D. LUIS Jamás en la vida tuvo un ciego lazarillo más encantador.

ALICIA Agradezco la galantería, pero ¿usted qué sabe?

D. LUIS No hace falta la luz para saber eso.

ALICIA Aquí: siéntese aquí. Sin cuidado.

D. LUIS (Sentándose con todo lujo de precauciones.) ¿Sin cuidado, eh? Mil gracias.

ALICIA Y yo aquí. (Se sienta cerca de él.) Y esperemos la luz divina.

D. LUIS Pero hablando mientras.

ALICIA Es natural. Esto me recuerda un cuento muy gracioso.

D. LUIS ¿El del túnel?

ALICIA ¿Cuál?

D. LUIS Ninguno: estoy yo confundido. (¡Qué bruto!)

ALICIA ¿Su hermana de usted buena, señor de Salazar?

D. LUIS Sí, señora, sí. Me encargó mucho que no dejara de hacer esta visita. Nunca me perdonaría que yo hubiera estado en Guadalema y no hubiera venido á verla á usted.

ALICIA ¿A verme?

D. LUIS A verla, sí; porque supongo que llegarán las velas... ó la luz.

ALICIA ¿Y si no llegaran?

D. LUIS ¡Aquí me esperaría hasta la salida del sol!

ALICIA ¡Ja, ja, ja!

D. LUIS Le confieso á usted que si mis deseos de conocerla eran muy vehementes, ahora lo son más. Tiene usted una voz tan agradable, tan dulce, tan acariciadora...

ALICIA ¿A que va usted á compararme con un ruiseñor?

D. LUIS Nada más natural, puesto que la oigo en la sombra y estoy encantado de oirla.

ALICIA ¡Encantado! ¡Jesús! Derrocha usted galanterías... ¡Encantado! ¡encantado!... ¿Cree usted que lo estaría lo mismo si hubiera luz?

D. LUIS ¡Oh! seguramente.

ALICIA ¡Con qué decisión lo afirma usted!

D. LUIS Mi hermana se hace lenguas de su hermosura.

ALICIA No es posible...

D. LUIS ¡Vaya si es posible! De su hermosura y de su discreción. No se le caen de la boca, al hablar de usted, aquellos versos clásicos:

Era hermosa, era discreta,
que aunque enemigas las dos,
en ella hicieron las paces
hermosura y discreción.

ALICIA (Fingiendo gravedad.) Señor don Luis, su hermana de usted habrá podido elogiar mi discreción, porque es muy amable; mi belleza sospecho que no, porque además de ser tan amable, es compasiva, y es buena.

D. LUIS (¡Canario!)

ALICIA (¡Le he oído tragar saliva!)

D. LUIS No, no... pues aun á trueque de lastimar su modestia... je... yo le respondo... je... (Pausa angustiosa.) Se tarda el chico de las velas.

ALICIA Se tarda, sí. A saber hasta dónde habrá tenido que alargarse.

D. LUIS (¡Luz! ¡luz, Dios todopoderoso!)

ALICIA ¿Muchos días en Guadalema, señor de Salazar?

D. LUIS (¡Se ha acercado un poquito!...) No sé... todavía no sé...

ALICIA ¿No sabe?

D. LUIS No; no sé... Según...

ALICIA ¿Según?

D. LUIS (Su aliento es tibio... envenenador... ¡Y qué perfume exhala de su persona!...)

ALICIA Se lo preguntaba, no por curiosidad, sino porque deseo enviarle con usted una futesilla á su hermana.

D. LUIS Je... Lo agradecerá tanto...

ALICIA Y eso que estoy muy resentida con ella.

D. LUIS ¿Por...?

ALICIA La muy pícara no fué para ponerme dos letras siquiera cuando me caí del caballo.

D. LUIS ¿Del caballo? Le aseguro á usted que lo ignora, que lo ignorábamos completamente.

ALICIA ¿Es posible? Si hablaron de ello todos los periódicos... Por hablar, hasta indicaron el defecto que me quedaría en una pierna..

D. LUIS (¡Es coja!)

ALICIA Y en la nariz...

D. LUIS (¡Es chata!) Pues nada... no... ni una palabra, no... Je...

ALICIA (Este hombre se me va á desmayar.)

D. LUIS (¿Por qué no habrá un incendio en la casa?) Vaya, vaya, con el caballito... ¡Qué diablo de percance!... Sí que pasaría usted unos ratos crueles.

ALICIA ¡Ay, don Luis, para mí ningún dolor es cosa nueva! Estoy harto avezada á ellos. Además, la belleza exterior, la belleza física, yo no la estimo.

Es como el heno, á la mañana verde,
seco á la tarde...

ya que le agradan á usted los versos. Hay en la vida algo de más precio y valor, algo más puro, algo más duradero... ¿verdad?

D. LUIS Indudablemente. (¡Esta mujer es fea como un demonio!)

ALICIA (Suspirando.) ¡Ay!

D. LUIS (¡Canario! Como se ponga tierna va á comprometerme.)

ALICIA ¡Ay!

D. LUIS (¡Y dale! Estoy nervioso... pero muy nervioso...)

ALICIA Si se quedara usted en Guadalema siquiera ocho días, señor don Luis, yo me honraría mucho en sentarle á mi mesa alguna noche...

D. LUIS Yo me honraría doblemente en ello, señora... Agradecidísimo...

ALICIA Y una tarde iríamos á *Mira al Río.*

D. LUIS ¿A *Mira al Río?*

ALICIA Una casita de recreo que tengo á cuatro leguas de distancia.

D. LUIS ¿A cuatro leguas?

ALICIA Poco más.

D. LUIS ¿Que es adonde ha ido ese por las velas?

ALICIA ¡Ja, ja, ja! ¡Por las velas!... ¡Ja, ja, ja! Es usted muy ocurrente... muy gracioso...

D. LUIS ¡Oh!...

(Se ríen los dos: ella de puro burlona y él de puro nervioso.)

ALICIA La campiña de Guadalema es muy linda; por más que como usted viene de un país tan hermoso... ¿Su país de usted es muy pintoresco?

D. LUIS Muy pintoresco, mucho.

ALICIA Pero mal clima, ¿eh?

D. LUIS Sí; mal clima: lloviendo siempre... Mucha enfermedad: paludismo, viruelas...

ALICIA ¿Viruelas? ¿Ha dicho usted viruelas?

D. LUIS Viruelas, sí; pero no se alarme... no son cosa de siempre. En la actualidad no hay viruelas. ¿Le teme usted á esa pícara enfermedad?

ALICIA (Con fingida pena.) Ya no.

D. LUIS (¡Atiza!) (Se aparta un palmo.)

ALICIA (Está sufriendo todo lo que yo gozo.)

D. LUIS (Cuando vengan las velas me las pueden encender á mí en los carrillos.)

ALICIA ¡Jesús qué desesperación de luz! Estoy frita: puede usted creerme.

D. LUIS Je...

ALICIA La verdad, voy sintiendo impaciencia de conocer su cara.

D. LUIS Je...

ALICIA Un hombre tan culto, tan ocurrente, tan

amable, tan fino... (Sopla sofocado don Luis.) ¿Está usted soplando?

D. LUIS Sí... sí, señora... es costumbre... Costumbre muy fea... pero es costumbre.

ALICIA ¿Por qué ha de ser fea? Como estamos á oscuras, voy á permitirme una libertad.

D. LUIS (¿Qué irá á hacer?)

ALICIA La de decirle que usted no puede tener nada feo. (A don Luis se le cae la chistera.) ¿Qué es eso?

D. LUIS El sombrero, que se me ha caído.

ALICIA ¡Vaya por Dios! Esta oscuridad no favorece más que á mis confianzas con usted... Por lo demás, es bien enojosa. Y cuidado que dice el poeta

que la mujer amada
oída es más temible que mirada.

Bien es verdad que aquí no hay amor: la cita es importuna. ¿Digo mal, don Luis?

D. LUIS (¡Yo no respondo sin un arco voltáico!)

ALICIA (Después de esperar en vano la respuesta.) (Como todos: lo mismo que todos.)

RUP. (Saliendo.) Señora...

ALICIA ¿Ruperta?

RUP ¿Aún no ha venido Manuel con las bujías?

ALICIA Aún no: ¿te parece?

RUP. ¡Dichosa luz! ¡Qué angustia! Yo le respondo á usted de que no se verá nunca más en estos compromisos.

ALICIA Por mí no lo siento: ya sabes que estoy acostumbrada. Pero hazte cargo: este caballero...

D. LUIS ¡Oh, no!

ALICIA ¿Quieres ver si por allá dentro hay un mal quinqué de petróleo; aunque sea un velón?

D. LUIS ¡Aunque sea una pajuela! ¡Je!

RUP. Creo que es inútil, pero iré... (Pónese en el lugar que ocupaba Alicia, y ésta se esconde tras un mueble.)

ALICIA Por más que ya parece que vuelve la luz: he notado una oscilación... ¿No, don Luis?

D. LUIS Yo no he notado nada... nada... (Pausa breve.) ¡Ahora sí! (De repente ilúminase todo como al principio estaba. Don Luis se halla cara á cara con Ruperta y ahoga un grito de espanto. Luego quiere son-

reir y hace una mueca horrible. Alicia contiene la risa. Ruperta mira á don Luis maliciosamente) Gra... gra... gracias á Dios que nos vemos las caras... (¡Es un fenómeno!) Je... Bueno, pues... ¿De modo que á cenar una noche?... Je... Yo me marcho en seguida: no quiero molestar más tiempo... Ya que he tenido el gusto de verla... Je... (Alicia suelta una carcajada que sorprende al par que estremece á don Luis, ante quien se presenta de improviso sin dejar de reirse.) ¿Eh?

ALICIA Para broma, ya basta, ¿no es verdad?

D. LUIS ¿Esa voz? ¿Usted es Alicia?

ALICIA Sí, señor; yo soy. Y esta muchacha mi doncella.

RUP. Servidora.

ALICIA De acuerdo con su hermana de usted le he dado esta broma y ahora le pido mil perdones.

D. LUIS Como el fin de la broma ha sido haberla visto á usted de verdad, bien puede perdonarse y hasta agradecerse. Pero lo que no se me alcanza es el fundamento, la intención que á usted ha guiado...

ALICIA De eso ya hablaremos más adelante... en el supuesto de que usted me favorezca con nuevas visitas.

D. LUIS El favor, el gusto, la satisfacción, el encanto... todo es para mí.

ALICIA ¿Le espero á usted á cenar una noche?

D. LUIS Más bien á almorzar una mañana; con sol, con mucho sol... Sí, porque ya creo que hasta el siglo que viene no habrá otro eclipse.

ALICIA ¡Ja, ja, ja! Adiós, señor de Salazar.

D. LUIS Adiós, Alicia encantadora: la broma, como de usted, deliciosísima... Me voy á la fonda con fiebre, pero deliciosísima... Usted... superior á toda ponderación de todo poeta nacido... (¡La doncella un rifeño!) A los pies de usted... Buenas noches...

RUP. Se deja usted el sombrero, señor.

D. LUIS Es verdad... Estoy un poco aturdido, lo declaro... A cualquiera le ocurre... Pero, en fin,

hechizado, complacidísimo... ¡muy bonita la broma!... Buenas noches... (Vase tropezando.)

ALICIA Adiós, don Luis.

RUP. ¿Está usted satisfecha ya, señorita?

ALICIA Lo estoy por el buen efecto que me ha hecho don Luis, y porque me he convencido de mi tontería.

RUP. ¿De su tontería?

ALICIA Sí, hija, sí; porque yo también, mientras le oía en la oscuridad, hubiera dado algo por verle la cara.

RUP. Me lo había figurado: otra cosa no tendré, pero penetración... ¿Y no cree usted que se haya dolido de la broma?

ALICIA Eso no. Sin la broma, acaso no volviera más: con la broma, vuelve. (Al público.)

Público amigo y señor:
perdón para mi simpleza.
Ya he visto, aunque con dolor,
que en el mundo la belleza
es la puerta del amor.

FIN

Madrid, Febrero 1906.

OBRAS DE LOS MISMOS AUTORES

Esgrima y amor, juguete cómico. (2.ª edición.)
Belén, 12, principal, juguete cómico.
Gilito, juguete cómico-lírico. Música del maestro Osuna. (2.ª edición)
La media naranja, juguete cómico. (2.ª edición.)
El tío de la flauta, juguete cómico. (2.ª edición.)
El ojito derecho, entremés. (3.ª edición.)
La reja, comedia en un acto. (4.ª edición.)
La buena sombra, sainete en tres cuadros, con música del maestro Brull. (6.ª edición.)
El peregrino, zarzuela cómica en un acto. Música del maestro Gómez Zarzuela.
La vida íntima, comedia en dos actos. (3.ª edición.)
Los borrachos, sainete en cuatro cuadros, con música del maestro Giménez. (2.ª edición.)
El chiquillo, entremés. (5.ª edición.)
Las casas de cartón, juguete cómico.
El traje de luces, sainete en tres cuadros, con música de los maestros Caballero y Hermoso.
El patio, comedia en dos actos. (3.ª edición.)
El motete, pasillo con música del maestro José Serrano. (2.ª edición.)
El estreno, zarzuela cómica en tres cuadros, con música del maestro Chapí.
Los Galeotes, comedia en cuatro actos. (3.ª edición.)
La pena, drama en dos cuadros. (2.ª edición.)
La azotea, comedia en un acto.
El género ínfimo, pasillo con música de los maestros Valverde (hijo) y Barrera.
El nido, comedia en dos actos. (2.ª edición.)
Las flores, comedia en tres actos.
Los piropos, entremés.
El flechazo, entremés. (2.ª edición.)
El amor en el teatro, capricho literario en cinco cuadros, prólogo y epílogo.
Abanicos y panderetas ó ¡A Sevilla en el botijo! humorada satírica en tres cuadros, con música del maestro Chapí.
La dicha ajena, comedia en tres actos y un prólogo.
Pepita Reyes, comedia en dos actos.
Los meritorios, pasillo.

La zahorí, entremés.
La reina mora. sainete en tres cuadros, con música del maestro José Serrano. (2.ª edición.)
Zaragatas, sainete en dos cuadros.
La zagala, comedia en cuatro actos
La casa de García, comedia en tres actos.
La contrata, apropósito.
El amor que pasa, comedia en dos actos.
El mal de amores, sainete con música del maestro José Serrano.
El nuevo servidor, humorada.
Mañana de sol, paso de comedia.
Fea y con gracia, pasillo con música del maestro Turina.
La aventura de los galeotes, adaptación escénica de un capítulo del *Quijote.*
La musa loca, comedia en tres actos.
La pitanza, entremés.
El amor en solfa, capricho literario en cuatro cuadros y un prólogo, con música de los maestros Chapí y Serrano.
Los chorros del oro, entremés.
Morritos, entremés.
Amor á oscuras, paso de comedia.

SERAFÍN Y JOAQUÍN ÁLVAREZ QUINTERO

La mala sombra

SAINETE

con música del maestro

JOSÉ SERRANO

NÚÑEZ DE BALBOA 12
MADRID
FRANCISCO MARTÍ LLORET
AGENTE DE ADUANAS
AQUILAS

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Núñez de Balboa, 12

1906

LA MALA SOMBRA

Esta obra es propiedad de sus autores, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

Los autores se reservan el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

LA MALA SOMBRA

SAINETE

DE

SERAFÍN Y JOAQUÍN ÁLVAREZ QUINTERO

CON MÚSICA DEL MAESTRO

JOSÉ SERRANO

Estrenado en el TEATRO DE APOLO el 25 de Setiembre de 1905

MADRID

S. VELASCO. IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.º

Teléfono número 551

1906

A Vital Aza

médico y poeta que ha curado á media España haciéndola morir de risa: sus devotos admiradores y amigos

Serafín y Joaquín.

REPARTO

PERSONAJES		ACTORES
PEPA LA GARBOSA.....	SRTA.	PINO.
LEONOR.....		PALOU.
LA SORDA.....	SRA.	VIDAL.
BALDOMERO.....	SR.	CARRERAS
ANGELILLO.....		MANZANO.
TABURETE		RUIZ DE ARANA.
PEREGRÍN.....		MESEJO.
JUAN DE DIOS.....		GARCÍA VALERO
BADANA.....		SORIANO.
CURRO MELOJA.....		ONTIVEROS.
JOSÉ POTO, POTITO.....		MIHURA ALVAREZ.
UN FORASTERO.....		GORDILLO.
MANOLO.....		CARRIÓN.
LUIS.....		RODRÍGUEZ.
UN CHIQUILLO.....	NIÑO	CANDELAS.
OTRO.....		ALARES.

Algunos transeuntes

FRANCISCO MARTÍ LLORET
AGENTE DE ADUANAS
AGUILAS

LA MALA SOMBRA

La escena es en un barrio de Sevilla, y en «La Favorita», betunería y tienda de aperitivos y refrescos, que en mal hora abrió Baldomero Meana. Hay dos puertas vidrieras, que dan á la calle: una en el foro, hacia la izquierda del actor, y otra á la derecha, en primer término Hay además una puertecilla de escape, con cortina, situada en el último término de la izquierda, y que comunica con el interior de la casa. A la derecha de la puerta del foro, el mostrador de la parte de aperitivos y refrescos, y tras él una anaquelería con todo lo concerniente á este género de establecimientos. Adosados á la pared de la izquierda la tarima y el banco del limpiabotas. Hacia la derecha del local tres ó cuatro veladores con sillas. Uno de ellos entre el mostrador y la puerta del foro. Todos los enseres y muebles modestísimos, tirando á pobres. Tapando el hueco de un cristal que falta en la parte inferior de la puerta del foro, hay pegado un papel. Clavados con tachuelas en la pared, singularmente en el lado de la betunería, carteles de toros, retratos de toreros y cromos de periódicos taurinos. El suelo de lositas de dos colores. Es una mañana de Abril, en que tan pronto llueve como sale el sol.

—

Pepa la Garbosa, encargada y camarera del establecimiento, está sentada ante un velador echándose las cartas; Baldomero almuerza sentado ante otro; Leonor, su hija, linda mocita de diecisiete años que aún se peina de trenza, bien que doblada y anudada, le sirve el almuerzo á su padre, sacándolo de una cesta en que lo ha traído; y Angelillo, por último, limpia con todo esmero unos zapatitos de Leonor, con quien tiene amores, aunque Baldomero no lo sepa. A

espaldas de este y de la misma encargada, se guiñan y se entienden. Está lloviendo. Por la calle pasan algunas personas con paraguas abiertos

Música

PEPA ¡Cómo yueve!
BALD. ¡Joyín y cómo yueve!
ANG. ¡No para de yové!
LEO. A mar tiempo se pone güena cara.
BALD. ¡Yo no la sé poné!

—

Pa los campos disen
que esto es superió:
pa la tienda mía
no pué sé peó.

—

ANG. Con uno de tus sapatos
vi yo á hasé un barco velero,
y el aire de mis suspiros
lo va á yevar á tu puerto.
Míralo dí,
míralo ya:
¡vaya un barquito bonito!
¡se va comiendo la má!

—

BALD. ¡Estoy desconsolao!
¡Estoy achicharrao!
¡Estoy desesperao!

—

LEO. En un capuyo de rosa
que en mi ventana he criao,
vi yo guardando besitos
que tengo ya destinaos.
Tú lo has de vé,
ya yegará,
er día en que esa rosita
te ponga yo en el ojá.

—

BALD. Este bacalão tu madre
siempre me lo pone salao,
y ya estoy hasta las narises
de tu madre y der bacalao.

—

¡Joyín qué pesá!
¡Sabiendo que sabe de sobra
lo mar que me sienta la sá!

—

PEPA Por un moreniyo agrasiao
estoy yo loquita perdía;
las horas felises que paso á su lao,
pa mí son las horas mejores der día.
¿Por qué no ha venío?
¿Por qué no vendrá?
Las pícaras cartas
no me disen na.
Si no yega pronto
yo rompo á yorá.

—

BALD. ¡Y sigue yoviendo:
pa sombrita de jiguera negra
esta que yo tengo!

Pasa por la calle del foro, de derecha á izquierda, un hombre con paraguas abierto.

ANG. Los ojos con que te miro...
LEO. Los ojos con que me miras...
ANG. A tí te disen: «mi arma...»
LEO. Y á mí me disen: «mi vía.»
Te quiero á tí,
te quiero yo,
porque no encuentro en Seviya
otro ninguno mejó.

—

ANG. Te quiero á tí,
te quiero yo,
porque no encuentro en Seviya
otra ninguna mejó.

—

BALD. Levantándose.
¡Cayarse un momento!
Paese que ha escampao.
Va á la puerta del foro. Por la calle pasa en esto un cura, abierto el paraguas.
¡Pos sigue yoviendo!
Cesa la música.
¡Lo ha tomao la yuvia con ganas! ¿Se quejarán toavía los labraores?

LEO. Papá, de cuando en cuando sale er só.

BALD. Sale er só tres minutos y yueve dos horas ¿Y esta es Seviya? ¿Y esto es Abrí florío? ¿Tú qué esperas?

LEO. Mis sapatos.

BALD. Pero ¿no están toavía?

ANG. Sí, señó, que ya están. A Leonor. Aquí los tienes. Bajo. (¡Bendita sea tu cara!

LEO. Bajo á él. ¡Chiquiyo, cáyate! Dentro e media hora estoy en la tienda e Fransisco.

ANG. Ayí iré yo dentro e media hora.)
Vase Leonor por la puerta del foro.

PEPA Dejando las cartas con mal humor y levantándose nerviosa. ¡Qué martirio, Señó! Contra más me echo las cartas, peores cosas me disen. No sé pa qué agarro la baraja.

BALD. ¿Qué es lo que te ha salío?

PEPA Esaborisiones: que José María no me quiere, que me engaña con una rubia, que lo van á matá...

BALD. Pierde cuidao que no lo matan: bicho malo...

PEPA Bardomero, echa un punto á la boca. Si er queré es delito, condená estoy á cadena perpetua por ese hombre.

BALD. ¡Bendito sea Dios!

PEPA Impaciente. Y no viene, no viene... ¿Quién me lo estará entreteniendo? Asómase á una de las puertas y luego á la otra.

BALD. Ca loco con su tema. ¿Qué hases tú, Angeliyo?
Pasa de derecha á izquierda por la calle del foro una mujer con paraguas cerrado.

ANG. Inventando una trampa pa los ratones. Yo siempre inventando.

BALD. Hombre, á vé si discurres argo pa acabá con las moscas marditas. ¡Joyín con las moscas! ¡Cómo lo tienen to!

ANG. Cuando yo estaba en la otra tienda, que era también de aperitivos y limpiabotas, inventé un garbanso malirno. Lo mismo era meterle fuego, que salía un jumaso que no dejaba una mosca viva. Pero tenía una cosa mala: que prinsipiaban los parroquianos á tosé y se esbarataban tosiendo.

BALD. Pos aquí pués quemá tos los garbansos que te queden: no hay temó de que tosa nadie.

PEPA Detrás de estos tiempos vendrán otros.

BALD. ¡Así venga er carro e la carne y me coja por la mitá! ¡Si esto que me pasa ahora no es de hoy, ni es de ayé; es de toa mi vía! ¡Si es er *pajolero* sino con que nasí; la arrastrá mala sombra que me persigue! Quinse días yeva abierta esta tienda, que creo que esta desente; aonde me he gastao los pocos ahorriyos que me queaban: pos er día que más se han hecho tres pesetas.

ANG. ¡Pa un désimo!

BALD. ¡Pa compra una pistola en er Jueves y pegarse un tiro!

ANG. ¡Pero, mi amo, si es que no se le ocurre ar que asó la manteca, en un barrio pobre, en que no hay que comé, poné una tienda pa abrí el apetito!

BALD. No, hombre, no: es que yo vine ar mundo pa tomá quina en rama: ni más ni menos. ¡La *pata* e las criaturas! ¿No establesí hase cuatro años un puestesiyo e fósforos, y salió la modita de ensendé los sigarros con yesca? ¡Pos lo mismo me pasa en to!

PEPA Lo primerito que debías hasé, era prohibirle la entrá en la tienda á esos amigos tuertos que vienen aquí á haserte la tertulia.

BALD. ¡Mía por donde resueya!

ANG. ¡Con más rasón que la Pastora!

BALD. ¿Tú también?

ANG. Un poné que los tuertos no traigan cosa mala: ¿y qué? Basta que la gente lo crea.

Sobre que tres tuertos reuníos como vienen aquí, ar más guapo lo echan pa atrás.

Ha salido el sol un momento. Por la calle del foro pasa con paraguas cerrado una pareja de hombre y mujer, de derecha á izquierda. Luego pasa un chiquillo.

BALD. Desesperado. ¿Y tengo yo la curpa, vamos á vé, de que mis tres amigos de la infansia hayan perdío un ojo ca uno?

PEPA Tú no tendrás la curpa, pero er que entra aquí á tomá una copa tampoco la tiene.—Me vi á asomá á la esquina un momento, á vé si veo vení á José María; porque estoy que no vivo. Vase por la puerta del foro.

BALD. Después de mirarla marcharse lleno de indignación, se dirige á Angelillo. ¿Te paese? ¿Cuando si no fuea porque es mi cuñá la plantaba en la caye? ¿No es desgrasia, no es mala estreya lo que me ha susedío con esta mujé? Abro la tiendo y me pregunto: ¿á quién pongo yo ar frente de los aperitivos, pa que yame golosos? Y al istante pienso en mi cuñá. ¿Dónde la hay con más gancho que Pepa la Garbosa en toa Seviya? ¿No digo bien?

ANG. Sí, señó.

BALD. Eya es guapa, eya es limpia, eya tiene agrao, eya tiene su poquito de educasión... eya tiene su poquito e vergüensa...—poquito. Y hablo con eya, y nos convenimos, y viene aquí. Pero ¿pa qué viene? Pa traerse consigo á ese hombre—¡mar rayo lo parta!—y da lugá á que pase en el establesimiento lo que tú ves que pasa tos los días, á cuenta e los marditos selos.

ANG. ¡Déjelo usté corré! ¡A lo mejó se le aparese la Virgen á los caminantes!—Vi ayá dentro á poné la cola pa pegá esta máquina. Entrase cantando por la puertecilla de escape.

BALD. ¡Güeno! Y yo vi á ponerme á contá las moscas.

Pasea melancólico con las manos atrás, mirando al techo. Pausa. Por la puerta de la derecha, cuando Baldomero va de espaldas á ella, llegan Luis y Manolo, estudiantes. El uno trae paraguas y el otro chan-

clos de goma, y ambos libros y cuadernos de apuntes. Al sentirlos Baldomero da media vuelta, y al verlos se le ilumina el rostro.

MAN. Buenos días.

LUIS Buenos días, amigo.

BALD. ¡Güenos días!

MAN. ¿Nos sentamos, tú?

LUIS Un momento, que hoy no quiero fartá á la clase.

BALD. Donde ustedes gusten.

MAN. Aquí mismo. Se sienta ante uno de los veladores.

BALD. Esperá, no haya porvo. Le pasa un paño al velador.

LUIS Sentándose. No señó, no hay porvo. Ya se ve que está to bien limpio.

BALD. Hombre, otra cosa fartará, pero aseo... ¿Qué van ustedes á tomá?

MAN. Yo, casaya.

LUIS Y yo.

BALD. ¿Dos copitas e casaya, eh? ¡Ar vuelo! Va por ellas y se las sirve, emocionado y jubiloso. Mientras tanto los estudiantes se dicen en voz baja lo que sigue.

MAN. (Aquí sortamos er duro.

LUIS Cara de tonto tiene er tío.)

BALD. Presentándoles las copitas. ¡Como los ángeles!

MAN. ¿Esta casa es nueva, verdá?

BALD. De hase quinse días.

LUIS ¿Usté es el amo?

BALD. Pa servir á ustedes.

MAN. Pues vaya por la prosperidá de la casa.

BALD. Muchas grasias, señores.

Beben los muchachos. Baldomero sigue el movimiento de las copas como si él bebiese también.

MAN. ¡Buen aguardiente, amigo!

LUIS ¡Bueno!

BALD. Lo mejó que se vende en Seviya.

MAN. ¿Quiés otra copa?

LUIS No, que va á sé tarde.

MAN. Usté hará negosio.

BALD. Dios lo oiga á usté, poyito.

MAN. ¡Ya lo creo que hará usté negosio! Sacando del bolsillo un duro falso y dándoselo con naturalidad. Cuando se sirve bien ar público—cobre usté las copas,—er público responde siempre.

BALD. Atento á la conversación y no al duro, va al mostrador, lo echa en el cajón y coge la vuelta, que luego le entrega á Manolo. Eso es lo que yo quiero, serví bien ar público. Porque quien pretende viví der público, justo es que trate ar público como er público se merese. ¿No hablo bien, señores?

MAN. Mucho mejó que mi catedrático.

BALD. ¡Ja, ja, ja!

LUIS Bajo al otro, como antes. (Ya está en er cajón.

MAN. Pues ya tiene un recuerdo pa toa la vía.)

BALD. Dándoles el cambio. Cuatro sesenta, y cuarenta, sinco.

MAN. Ofreciéndole propina. Tome usté.

BALD. Grasias; no se armite.

LUIS Levantándose decidido. Ea, pues que usté siga bueno.

BALD. Espera dos minutos.

MAN. Con cierta alarma. ¿Qué hay?

BALD. Na; que yo soy gustoso en convidá á ustedes.

MAN. ¿Convidarnos?

BALD. Sí, señó; si ustedes me lo asertan.

MAN. ¿Por qué no?

LUIS A Manolo, mientras Baldomero les sirve las copas en el mostrador. (A mí me remuerde la consiensia, tú.

MAN. ¡Cómo se ve que eres de primer año!)

BALD. Ahí va, señores.

MAN. Se agradese, amigo.

LUIS Salú y suerte pa convidá mucho.

MAN. Quéese usté con Dios.

BALD. Vayan ustés en horagüena. ¡Y no orvidarse de la casa!

MAN. No, señó; no nos orvidamos.

LUIS A su compañero al tiempo de irse. (¿No te dije que tenía cara e tonto?) Se van por la puerta de la derecha.

BALD. Público así es er que le conviene á mi tienda. ¡Qué dos muchachos más corrientes y más simpatiquiyos! ¡Y qué paso yevan! Como la Universidá les piya tan lejos... ¡Ay, si quisiera Dios que esto se animara!

Vuelve Pepa por la puerta del foro, radiante de alegría.

PEPA ¡Ya viene ahí! ¡Ya viene!

BALD. ¿Qué dises?

PEPA ¡Que ya viene José María! No te enfaes conmigo, Bardomero. ¿Qué mar te hago yo con quererlo tanto? Si es mi sino; si tiene que sé; si está escrito ayí arriba; si desde er sielo lo echaron ar mundo pa mi persona... Aquí está é.

En efecto, llega por el foro el afortunado José María alias Taburete. Es mucho más feo que morderse las uñas. Cuando se le ve del brazo de Pepa, se le odia á muerte.

TAB Salú.

BALD. Dios guarde á usté, amigo. (¡Desde er sielo dise que lo echaron! Así tiene la narí: ¡der gorpe!)

TAB ¿Me esperabas?

PEPA ¡Cómo me conoses, gitano!

TAB ¿De veras me esperabas?

PEPA ¡Por tu salú y la mía!

TAB ¡Marnolia!

PEPA ¡Tulipán!

TAB. Convídame.

PEPA ¿Qué se te apetese?

TAB. Tráeme dos copas de ginebra.

PEPA Ahora mismo.

Taburete se sienta ante su velador, que es el que está junto á la puerta del foro. Pepa le sirve la ginebra y se sienta á su lado. En amor y compaña saborean la dicha de vivir... y la ginebra.

BALD. (¡Jinojo! ¡Se ve y no se cree! ¡Con toa la hechura de una boca e la Isla que tiene el hombre!)

Sale por la puerta de la derecha la Sorda, vieja billetera, que pregona y habla desentonadamente, alternando la voz de tiple aguda con la de contralto.

SORDA ¡Er catorse mí... quinientos veintisinco!

BALD. ¡La Sorda! ¡Me pone nervioso!

SORDA ¡De dose reales! ¿A quién le doy la suerte?

BALD. ¡Dámela á mí, que farta me hase!

SORDA Oye, Bardomero.

BALD. ¿Qué ocurre?

SORDA Oye.

BALD. Chillándole. ¡Ya oigo! ¡Joyín con la vieja!

SORDA ¿Esos dos muchachos que salían de aquí, te han hecho argún gasto?

BALD. Sí.

SORDA ¿Qué sí?

BALD. ¡Que sí!

SORDA ¿Te han pagao con un duro?

BALD. Sí.

SORDA ¿Que sí? ¡Pos es más farso que el arma e Júas!

BALD. Abalanzándose al cajón. ¡Jinojo!

SORDA A mí me lo han querío sortá.

BALD. ¡Rejinojo! Mirando el duro y sonándolo luego. ¿Le paese á usté? ¡Pero si esto es un cacho e plomo! ¿Cómo he tomao yo esto? ¡Mardita sea la má! ¡Vi á vé si los cojo toavía! ¡Miste que haberlos convidao! Se va corriendo por la puerta de la derecha.

SORDA Sí, sí; ya los arcansaste. Pregonando. ¿A quién le doy la suerte? ¡Er catorse mí... quinientos veintisinco! ¡De dose reales!... Se va por la puerta del foro.

TAB. ¡Chavó, qué pito tiene esa mujé! Si eya se oyera pregoná, pregonaba por señas.

Llega un Forastero por la puerta de la derecha, se sienta ante uno de los veladores y toca las palmas.

PEPA Voy. Se levanta para ir á servirlo.

TAB Receloso del recién llegado. (¡Er de ayé! ¡Ese es er de ayé!) ¡Pepa!

PEPA Deteniéndose á mitad de camino. ¿Qué quieres?

TAB. Imperiosamente. Ven acá.

PEPA Obedeciéndolo. ¿Qué quieres?

TAB Aparte con ella. (¡Ese es er de ayé!

PEPA ¿Er de ayé?

TAB. ¡Er de ayé!

PEPA Fíjate, que no es er de ayé.

TAB. ¡Sí es er de ayé! ¡Er que te mira! ¡er que te ronda!

PEPA ¡Que no es er de ayé, José María; no te siegues!

TAB. ¡Que sí es er de ayé!

PEPA ¡Si er de ayé tenía bigote!

TAB ¡Pos se ha afeitao! El Forastero toca las palmas nuevamente. Pepa hace ademán de ir allá. ¡Quieta aquí!

PEPA ¡Pero, hombre!

TAB. ¡Quieta aquí! ¡Tú no sirves ar gachó ese!

PEPA ¡Que estoy sola en la tienda!

TAB ¡Quieta aquí! ¡Ese es er de ayé! ¡Vaya si es er de ayé!

PEPA ¡Jesús, Dios mío! ¡Qué sofocasión! ¡Te juro que no es er de ayé!

TAB ¡Sí es er de ayé! ¡Si te estás vendiendo tú misma!

PEPA ¡Que no es er de ayé, Taburete!

TAB ¡Que sí es er de ayé!)

Vuelve á palmotear el Forastero, un si es no es sorprendido del lance.

FOR. ¿Pero quién despacha?

TAB A Pepa. (¡Echate pa un lao!

PEPA ¡Por Dios, Taburete!

TAB. ¡Silensio!) Va á donde está sentado el Forastero, y se encara con él. Pepa presencia la escena angustiadísima. ¿Preguntaba usté?

FOR. Que quién despacha.

TAB Despacha la señora; pero un servidó es el encargao de sacarle er corasón por la boca á to er que la mire con segunda. *¿Hase?*

FOR. Levantandose asustado. ¿Qué ha de *hasé*, señó? Yo soy un pobre forastero, que ha venío á su negosio, y que ha entrao aquí á tomarse un chatito e vino; de ninguna manera á jugarse la vía. Conque abú, sarsaparriya pa la sangre... y otra careta pa carnavá.

TAB ¿Qué?

FOR. ¡Na, hombre, na! ¡Compadre, qué cosas me suseden á mí en Seviya! Se va por donde vino.

TAB. A Pepa. ¿Has visto cómo es er de ayé? ¡Se ha achicao!

PEPA ¡No es er de ayé, José María! ¡Por la gloria e mi madre!

TAB. ¡Quítate de ahí!

PEPA ¡Me güerves loca! ¡Me asesinas!

Mirando á Pepa trágicamente, torna el hombre á su velador y se dedica á hacer pitillos. Ella, lejos de él, llora mirándolo á hurtadillas. Angelillo vuelve.

ANG ¿No hay nadie de fuera? ¡Pos si yo pense que estaba esto yeno! ¡Eran tantas parmas! Se sienta en el suelo, junto á la tarima del limpiabo-

tas, á continuar su trabajo. Reparando en la actitud de los amantes, dice: (¡Vaya! Se conose que Don Juan y Doña Inés andan de pelea. ¡No se jartan nunca!)

Música

Pepa intenta una vez ó dos acercarse al pavoroso Taburete, y éste la detiene con el rayo de su mirada. Por fin se atreve y llega hasta él suplicante y llorosa.

PEPA ¡Várgame er sielo, Jose María!
¡Qué injusto eres
con quien la sangre por tí daría!
¡Ay, arma mía!
¿Tú no estás viendo que aunque me hieres
siempre á tu antojo sigo rendía?
Pos ¿qué más quieres,
sielo de Mayo de Andalusía?

—

ANG. (¡Le yama sielo de Mayo,
y está yoviendo en la caye,
y aquí no nos parte un rayo!)

—

PEPA Ven acá, granuja,
ven acá, moreno;
ven acá, y que me miren tus ojos,
que tienen armiba, que tienen veneno.

TAB. ¡Güeno!

Se levanta, harto ya de ternezas, y se sienta ante otro velador.

PEPA Yendo á su lado nuevamente.
¿Por qué tu cariño
me esquiva ó se caya?
¡Ven acá, y que me miren tus ojos,
que tienen asuca, que tienen metraya!

TAB. ¡Vaya!

Se va á otro velador.

—

ANG. (Er mundo ar revés:
¡una golondrina detrás de un mochuelo!
¡Valiente papé!)

—

PEPA Apurando los recursos de su ternura.

No seas tirano,
no seas verdugo;
dime lo que quieres
pa yo hasé tu gusto.

—

¡Píeme er pan que me gano;
píeme el agua que bebo;
píeme que yore, y yoro;
píeme que vuele, y vuelo;
píeme que mate, y mato;
píeme que muera, y muero!

—

¡Píeme la vía!
ANG. (¡Cayate, mujé,
mira no te pía
pa tomá café!)

—

PEPA A punto de acariciarlo.

¡Gachón!...
¡Traisionero!...
¡Salao!...
¡Embustero!...

En el adusto semblante de Taburete se dibuja una sonrisa indescriptible, que dedica á su amada. Esta respira al cabo satisfecha.

¡Grasias á Dios, tormento de mi vía!
¡Lo que me has es sufrí!

ANG. (¡No era tiro con sá er que yo le daba
á tu novio y á tí!)

Cesa la música.

PEPA ¡Ay, Joselivo! Ya respiro á gusto. ¡Qué ratito he pasao!

TAB Lo comprendo, Pepa: me atarugo, me siego; no veo más que traisiones. Convídame.

PEPA Me has adivinao er pensamiento. ¿Qué quieres?

TAB Dame tres copas de ginebra.

PEPA Correndito.

Pasa por la calle del foro, de izquierda á derecha, un vendedor ambulante. Vuelve Taburete á sentarse ante

su velador, Pepa vuelve á servirlo, y ambos luego a conversar amorosamente.

Por la puerta de la derecha sale José Poto, Potito, un novillero que es una monada. Viste un traje corto flamante, ceñido y primoroso, y viene á que le limpien las botas para que no le falte detalle alguno.

POT. Güenos días.

ANG. Güenos días.

POT. Sentándose en el limpiabotas. A vé si me yevo de aquí dos espejos en vez de dos botas. Y aprisita, que estoy sitao.

ANG Volando va á sé. Con usté me estreno. Se entrega lleno de entusiasmo á la labor.

POT. Aprieta y te ganas un puro. ¡Camará, qué mañana de agua!

PEPA Aparte con Taburete. (¿Quién es este torero? ¿Lo conoses?

TAB Desdeñosamente. Er Potito. ¡Na! Un niño que presume mucho. ¡Na! Y que se la da de vivo con las mujeres. ¡Na! Una parmita pa er Domingo e Ramos. ¡Na! ¡No lo mires!

PEPA Si no lo miro, selosiyo.)

ANG. ¿Conque mañana lo aplaudimos á usté?

Por la calle del foro pasa un individuo sin paraguas, corriendo; después pasa otro en sentido contrario, con paraguas abierto.

POT. Según lo que quiera la suerte. Ganas de complasé á la afisión tiene uno.

ANG. ¿Qué vestío piensa usté yevá? Y usté dispense la pregunta.

POT. Verde y oro, con cabos granas.

ANG. ¡Olé! Por aquí se dise que er segundo toro se lo va usté á brindá á una güena mosa de este barrio.

POT. Esponjadísimo. Hombre... cuando er río suena .. Yo, por lo pronto, vi á armorsá en su casa con eya dentro e media horita...

ANG. ¡Asín viene usté de pinturero!

POT. ¡Je!

ANG. Güena suerte pa to.

POT. Muchas grasias, hombre.

ANG. (¡Presume más que una titiritera de un sirco! ¡Y no le cabe en er cuerpo la guasa!)

Llega por la puerta del foro Peregrín, que es el pri-

mer tuerto de la serie. Es tocador de oficio y usa un paraguas colorado. Lo envuelve, como á los demás, un velo de tristeza, pero él se cree jocoso y humorista.

PER. ¿Han visto ustés qué manera de yové agua? ¡Y toa pa abajo!

POT. (¡Camará, un tuerto! Podía no habé venío.)

PER Peó fuea no verlo, ¡qué sambomba!

ANG. (Pos tú no lo ves más que á medias.)

Peregrín abre su paraguas y lo pone abierto en un rincón para que se seque.

POT. Saltando nervioso. ¡Eh, amigo!

PER. ¿Es á mí?

POT. ¿Usté no sabe que es de mala *pata* abrí así un paraguas bajo techao?

PER. Riéndose. Ah, pero ¿usté cree en esas paparruchas? ¡Vamos, hombre! Se sienta ante el primer velador de la derecha, que es el puesto, por decirlo así, de los tres compadres.

POT. Y usté creería también si matara tres noviyos mañana.

PER ¡Je! Eso está güeno. Yo estoy convensío de que to lo que se cuenta de los agüeros son fantesías der vurgo. Levantándose y haciendo lo que dice. ¿Me quié usté a mí desí qué importará pa que suseda una desgrasia que yo, es un poné, le dé güertas á esta siya sobre una pata?

POT. ¿Se quié usté está quieto, camará?

PER ¡Je! ¿También lo de la siya? Tos los toreros son lo mismo. ¿Se acuerda usté de la cogía grande que tuvo er *Miserere Chico?*

POT. Le diré á usté: en este momento no me quisiea acordá.

PER. Er día antes de la corría estuve yo con é, guaseándome de estas cosas, y le menté la *bicha* qué sé yo las veses.

POT. ¿Sí, verdá?

PER. Güeno: pos lo cogió er toro porque lo tenía que cogé; pero ¡vaya usté á sacarle de la cabesa que lo cogió er toro porque yo le menté la *bicha*! ¡Berrasiones! Vuelve á sentarse.

POT. Será lo que usté quiera, señó, pero vale más no mentarla.

PER. ¡Je!

Sale Juan de Dios por la puerta de la derecha. Es el segundo tuerto, tocador también, y peor trajeado que Peregrín. Habla con voz lúgubre. No trae paraguas.

JUAN Felises.

ANG. Venga usté con Dios.

POT. Alarmadísimo. (¿Otro tuerto?) Niño, no te entretengas. Acaba pronto.

JUAN A Peregrín. ¡Conque er pobre Casimiro estiró la pata!

PER. *Parmó.* ¿Qué se le va á hasé? Arrieritos somos y er caminito andamos.

JUAN ¡Pobresiyo!

PER Esa es una china que tos tenemos que tragá, Juan de Dios. *Parmaré* yo, *parmarás* tú, *parmará* er Potito... ¡Tos *parmaremos!* Ahí no vale sé rico. ¡Servisio obligatorio, qué sambomba!

JUAN ¡Siempre has de está de humó! Pos yo vengo de casa e Casimiro. ¡Qué cuadro! Seis criaturas deja, tamañas así. Caben toas debajo un canasto. Y las desgrasias son como las seresas: nunca vienen solas. La cuñá de Casimiro, loca de remate: ¿te has enterao?

PER. ¿Asunsión?

JUAN Asunsión. Le da por seguí á los artiyeros.

PER De esa locura hay mucho. La madre murió de una palisa que le pegó er padre porque la cogió con un *húsare.*

JUAN ¿Y er fuego de anoche: lo viste?

PER Sí.

JUAN ¡Qué barbaridá! ¡Seis familias en la ruina!

POT. Acaba pronto, niño.

JUAN Suspirando ¡Ay, ay, ay! ¿Tienes ahí un sigarro que no te sirva?

PER. Dos me quean: toma uno de los dos.

Llega Badana por la puerta del foro. Es el tercero, cantador de oficio, y tan triste como los otros.

BAD. Salú, señores.

POT. Botando en el asiento. ¡Camará!

BAD. ¿Desía usté argo?

POT. No era con usté. A Angelillo. Acaba ya, por lo que más quieras.

PER. Vienes pingueando.

BAD. Como que este paraguas mío es espesiá. En cuanto que prinsipia á yové se le hincha er palo y no pué abrirse. Se sienta con Juan de Dios y Peregrín, se abstrae, y dando golpecitos con el paraguas en el suelo empieza maquinalmente como á templarse para cantar.

POT. Aparte con Angelillo. (Pero, oye tú, ¿esto es una betunería ó un tentaero e tuertos?

ANG. ¡Je! Son amigos del amo.

POT. ¿Y á qué canastos vienen?

ANG. ¡A animá la tienda!

POT. ¡Camará! Y ¿qué es lo que hasen?

ANG. Pos el uno no hase na, y los otros le ayúan. Son gente e tablao: cantaores y tocaores. ¡Pero carcule usté quién va á yamarlos pa una juerga!)

BAD. Cantando.

Seis años de carse,
cuatro de presidio,
cadena perpetua,
tres días en capiya,
el hipo e la muerte,
entierro pagao,
y luego á la mano der verdugo
tendré yo que entregarme...

POT. ¡Güen hombre!

BAD. Badana me yamo.

POT. ¿Quié usté variá er *cante*, por su salú?

BAD. Usté dispense. Esto lo hase uno sin darse cuenta e lo que hase. Se le viene á la boca una alegría, y la suerta como se le viene.

ANG. Servidó de usté.,

POT. Grasias, hijo. Dios te lo pague.

Vuelve Baldomero por la puerta de la derecha.

BALD. ¡Cuarquiea da con eyos! ¡Hasta la Alamea Vieja he yegao! A Potito. Güenos días.

POT. Güenos días.

BALD. A los tuertos. Hola.

PER Hola.

JUAN Hola.

BAD. Hola.

POT. Pos señó, he pisao mala yerba.

ANG. ¿Qué le pasa á usté?

POT. Que me he dejao er portamoneas en el otro terno. Ni un perro chico traigo ensima.

BALD. Por er servisio no lo sienta usté.

POT. Se agradese la confiansa; pero es que nesesito dinero suerto. Sacando de la cartera un billete. ¿Tiene usté cambio e sinco duros?

BALD. Levemente escamado. ¿De... de sinco duros? Sabe usté que como es temprano quisá no haya. A los tuertos. ¿Ustedes tienen cambio e sinco duros?

JUAN También son ganas e gastá saliva, Bardomero. Se pone á leer un periódico ilustrado.

ANG. Traiga usté. Yo iré a cambiá en un periquete.

POT. Date prisa.

ANG. Ya estoy aquí. Coge el billete y echa á correr por la puerta del foro. (Donde estoy ya es viendo á mi novia.)

POT. Mirando el reloj. Tos son contratiempos. Se me ha hecho más tarde que la má.

BALD. Er niño gorverá en seguía.

POT. (¡De güen humó ví á encontrarme á aqueya!) Tomaré un chato mientras viene. Se sienta ante uno de los veladores, lo más lejos posible de los tuertos.

BALD. Pepa, un chato aquí.

Pepa se levanta y sirve á Potito.

JUAN Los hay que son fieras. Un marío en Chipiona, que mata á su mujé y cuerga las tripas der barcón. Aquí en er diario viene er retrato e las tripas. ¡Qué decadensia!

POT. (¡Pero vaya unas conversasiones que saca er tío ese!)

PER. ¡Y toavía quién argunos que la pena de muerte se *abuela*! ¡Sí, sí!

JUAN Aquí no hay sivilisasión pa eso.

PER. Somos más *sanguíneos*.

BAD. Cantando otra vez.

Ar simenterio me voy,
yo me voy ar simenterio,
yo ar simenterio me voy ..

POT. (¡Camará, no veo la salía!)

BALD. Tú, Badana, vete ar simenterio si tienes gusto, pero no me cantes en la tienda.

BAD. Dispensa, hijo. Es la *pajolera* afisión.

POT. A Pepa, aparte. (Diga usté, güena mosa: ¿estos tres amigos frecuentan er locá?

PEPA Más de lo que le conviene al amo.

POT. Eso creo yo; porque ensima e sé tuertos, que ar fin y ar cabo es una desgrasia, no son mu alegres que se diga.

PEPA Caye usté, por Dios. Si yo pintara argo en la tienda...

POT. Pero ¿usté no pinta aquí na, presiosa?

Taburete empieza á agitarse. Baldomero, que está pendiente de él, se echa á temblar.

BALD. (¡Ay!...)

PEPA No, señó. Ni aquí ni en parte arguna.

POT. Será porque no hay gusto en Seviya.

PEPA Será por eso.

POT. Pos usté bien que lo demuestra pa vestirse...

BALD. (¡Ay!...)

POT. Cogiéndole á Pepa los flecos del pañuelo que tiene puesto. Porque este pañolito es cosa fina.)

TAB. Alzando la voz. ¡Las manos quietas!

BALD. (¡La jisimos!)

POT. ¿Cómo?

TAB. ¡Las manos quietas!

POT. Hombre, yo creo que en cogé er fleco der pañolito, no hay ofensa pa nadie.

TAB. Es que der fleco se pué usté corré ar flaco.

POT. Le diré á usté, amigo: sé tratá con señoras.

TAB. Pos lo disimula usté más de lo que conviene.

POT. Levantándose con resolución. Oiga usté, que eso ya es hablá demasiao. A mí á educasión no me gana usté, ni toa la parentela de usté.

TAB. Yendo hacia Potito como si fuera á merendárselo. ¿No, verdá?

PEPA ¡Por Dios, José María!

TAB. ¡Quítate de enmedio!

BALD. ¡Pero, Taburete, por Dios!

TAB ¿Queréis dejarme?

JUAN ¡Ya está armá, ya está armá!

TAB. ¿Me va usté á repetí lo que ha dicho?

POT. ¡Sí, señó: pero no va á sé aquí; porque á mí cuando quieo cogé un galápago pa tirarlo ar poso, la gente me estorba!

TAB. ¡Mardito sea er café con leche!...

Hace como que va á sacar una navaja; Potito le echa mano á una silla; Pepa grita incesantemente, y los demás se interponen entre aquellos y meten á empujones á Taburete por la puertecilla de escape.

POT. ¡Venga usté pa acá!

PEPA ¡Ay! ¡ay! ¡ay!

BALD. Pero, ¿qué va á sé esto?

PER. ¡Quieto ahí!

PEPA ¡No te pierdas, José!

JUAN ¡Vamos, hombre, vamos!...

TAB. ¡Sortarme ya, que me coma á esa carcomanía!

POT. ¡Sortarlo, á vé qué hase!

BALD. ¡Meterlo ahí, que no sarga más! ¡Joyín con el hombre!

TAB. ¡Ya nos veremos espasito!

POT. ¡Cuando usté quiera!

Juan de Dios entra con Taburete por la puertecilla.

PEPA ¡Ay, Jesús, no hay minuto seguro con é! Y es que se siega er pobresito; es que se ensela hasta de un tirabusón que yo coja. ¡Ay! ¡ay! Vase tras él.

POT. Pos si se ensela que se quee en su casa metío. ¡Miá también la mujé! A Baldomero. ¿Usté es el amo der negosio?

BALD. Por desgrasia, amigo.

POT. ¡Sí que tiene usté aquí una lotería! ¡Está esto yeno de alisientes!—¿Y el arrastrao der niño, qué hase?

Impaciente se asoma á una y otra puerta. Llueve con verdadera furia. Sale de nuevo Juan de Dios á completar el cuadro.

JUAN Bardomero, esto no pué sé.

PER. No pué sé.

BAD. No pué sé.

BALD. Desesperado. ¡Que no pué sé, ya lo sé yo! Pero, ¿qué queréis que le haga?

JUAN. Bien te lo arvertí: no yeves mujeres á la tienda, que las mujeres no dan más e dijustos.

PER. Empesando por la propia.

Por la calle del foro pasan dos ó tres personas sin paraguas, corriendo.

POT. ¡Ese, por lo visto, se ha yegao á Fransia á cambiá!

BALD. ¡Mala puñalá le den ar niño!

POT. ¡Y no yueve! ¡Se me va á orvidá á mí esta mañanita! ¡Más nervioso estoy que er rabo de un perro!

BALD. Hombre, Badana, ¿quiés alargarte hasta el estanco á vé si ves á ese *pajolero*, y lo echas pa acá de un puntapié?

BAD. ¡Sí, hombre; ya lo creo! ¡No fartaba más!

Se va por la puerta del foro cantando.

Cuando le hisieron la autosia,
cuando la autosia le hisieron...

JUAN Escucha, Bardomero. Harme caso una vez siquiera, ¡corcho! Si no quiés arruinarte, despide á esa mujé, y tráete aquí á un hombre e chispa, á un hombre e pico, á un hombre e simpatías; tráete á un Curro Meloja, y á la semana lo vas á notá, ó me corto yo la cabesa.

BALD. ¿Un Curro Meloja? ¿Quién es Curro Meloja?

JUAN Asombrado. ¡Corcho! ¿No conoses tú á Curro Meloja? Oye, tú, Peregrín; no conose á Curro Meloja.

PER. ¿Que no conoses á Curro Meloja? ¡Sí, hombre! ¿Quién es Curro Meloja?

JUAN ¡El hijo de Paco Meloja!

PER. ¡Er casao con Rosa la Bonita!

JUAN ¡Señó, Curro Meloja! ¡Si en Seviya lo saludan hasta los gatos!

PER. ¡Digo! ¡Curro Meloja!

JUAN ¡Josú! ¡Curro Meloja!

BALD. Pos señó, siento en el arma no conosé a Curro Meloja.

PER. ¿A que aquí el amigo lo conose?

POT. ¿Eh?

PER. ¿No conose usté á Curro Meloja?

POT. ¡Yo estoy ya que no conozco ni á mi padre!

JUAN Pos güeno: Curro Meloja es un hombre que está sembrao.

PER. De los castisos, ¿sabes? ¡De los nuestros!

JUAN Ahí en er Baratiyo va á tomá dos copas toas las tardes á una tienda, y hay bofetás por entrá en la tienda.

BALD. ¡Que venga aquí ese hombre en seguía!

JUAN Es un *gacholi* que se pone á contá cuentos y te tumbas e risa; que pasa una mujé por la caye, y le dise un piropo, y güerve la cara la mujé pa darle las grasias; que coge la guitarra y es menesté comérselo; que se pone á cantá, y se quea solo. Ese es Curro Meloja.

PER ¿Tú sabes dónde va por las mañanas? A la tonelería der Bizco.

JUAN ¿Quiés que me yegue en cuatro sartos y lo traiga?

BALD. ¿Pos no he de queré? ¡Si ese hombre debe sé pa los parroquianos un papé de esos pa las moscas! ¡Yégate corriendo por é!

JUAN Pa luego es tarde.

PER. Coge mi paraguas.

JUAN ¡El agua no moja! Vase á escape por la puerta del foro.

POT Pero oiga usté, amigo, ¿no será cosa que er niño haya hecho un viaje con mi biyete?

BALD. No, señó, no; por ese lao no: er chiquiyo es de confiansa. ¡Rejoyín, qué sombra la mía! Peregrín, hombre, sar tú también á vé si das con Angeliyo.

POT. Y si no encuentra cambio que traiga er biyete. La cuestión es que puea yo irme pronto de esta tienda, pa recomendársela en seguía á tos los amigos.

PER Ayá voy. Coge su paraguas y se va también por la puerta del foro.

POT. ¡Camará! ¿Quié usté darme una poca de agua e Sé, que se me han regüerto las tripas? Se sienta ante un velador.

BALD. Sí, señó. Ahora mismo. Trata de servirlo con la mayor solicitud, pero coge un sifón de agua de seltz que no funciona normalmente.

POT. ¡De hacharao he roto á sudá!

BALD. ¿Qué jinojo le pasa á esto que no tira?

POT. ¿También se ha descompuesto er sifón?

BALD. ¡También! ¡Miste qué grasia! Va á sé menes-

té dí por otro. Al decir esto salta un chorro de agua que pone á Potito como nuevo.

POT ¡Me caso con la má! ¿Por qué no me echa usté el agua ensima?

BALD. Ha sío sin queré... Usté perdone...

POT. ¡Digo! ¡Y estrenando vestío! ¡Hoy me dan á mí las viruelas!

Llega Angelillo por la puerta de la derecha, jadeante, sudoroso y mojado.

ANG. Aquí estoy yo ya.

POT. ¡Hombre, grasias á Dios! ¡Eres pintao pa una casa e socorro!

BALD. Ahora te ajustaré yo las cuentas, granuja.

ANG. Mi amo, si es que no había cambio en ningún sitio. He corrío más que er tío e la lista.

POT. ¿Quiés darme er dinero?

ANG. Sí, señó: tome usté. De la faja va sacando uno tras otro cinco paquetes, de otros tantos duros en calderilla. Potito, al ver la faena, llega al rojo. Uno, dos, tres, cuatro y sinco.

POT. ¿Pero los traes en cuartos, animá?

ANG. ¡No he encontrao otra cosa!

POT ¡Hay pa cogerlo ¿sabe usté? y haserlo astiyas *pajoleras!* ¿A qué huele esto?

ANG. Será á pescao; porque he cambiao en la pescadería.

POT. ¿Le paese á usté? ¿Y dónde me guardo yo tanto paquete que no haga feo? ¡Por supuesto, mañana viene aquí mi cuadriya y le mete fuego á la tienda! Se va disparado por la puerta de la derecha.

BALD. Grandísimo ladrón, ¿tú también vas en contra mía? ¿Qué has hecho?

ANG. ¡Ganarme dos reales en er cambio e los sinco duros! ¡Lo que no se gana usté aquí en tres meses!

BALD. ¿Tú le has cobrao er servisio e las botas?

ANG. Yo no. ¿Y usté?

BALD. ¡Tampoco! ¡Ni er chato que se ha tomao después!

ANG. ¡Pos ha sío un negosio mu bonito!

Vuelve á salir el sol.

SORDA Asomándose á la puerta del foro. Bardomero.

BALD. ¿Otra vez?

SORDA ¿Tú no esperabas un barrí de vino?

BALD. ¡Sí!

SORDA ¿De mansaniya?

BALD. ¡Sí!

SORDA ¿De Sanlúca?

BALD. ¡Sí!

SORDA ¿Qué sí?

BALD. ¡Que sí!

SORDA ¿Ha dío por é á la estasión Antonio er carrero?

BALD. ¡Sí!

SORDA ¿Que sí?

BALD. ¡Que sí!

SORDA ¡Pos se le ha roto ar carro una ruea, se ha caío er barrí, se ha defondao, y está toa la caye regá de vino!

BALD. ¡Rejinojo! Da una patada y pisa á Angelillo.

ANG. ¡Ay!

BALD. ¡Hombre, echa una caja e fósforos en un vaso e agua, que me los ví á tomá en cuanto güerva! Vase por la puerta del foro, despavorido.

SORDA ¡Miá que tiene una *pata* tu amo!

ANG. Aludiendo al pisotón. Regulá la tiene, comadre.

SORDA Yéndose pregonando. ¿A quién le doy la suerte? ¡Er catorse mí... quinientos veintisinco! ¡De dose reales!

ANG. ¡Josú! ¡Cuando se van de aquí los tuertos, y la Sorda, y el amo, y Taburete, ¡Josú! paese que se respira! ¡Josú! ¡Jasta er só ha salío! Se asoma á la puerta de la derecha. ¡Y mi novia en la esquina! Llamándola. ¡Leonoriya! ¡Pués vení sin cuidao!

Llega Leonor.

Música

ANG. Ven aquí, claveyina,
ven acá, pimpoyito.

LEO. ¿Y mi padre?

ANG. ¡Salió tragando quina!
¡La tienda lo trae frito!

LEO. Tiene suerte malina
mi papá er pobresito.

—

ANG. No te apures por tu papá,
que yo, niña, lo sarvare;
yo soy hombre capá,
mientras viva con tu queré,
de yevá la Puerta Reá,
donde está la Puerta e Jeré.

—

LEO. El arcarde se va á oponé
á ese cambio tan radicá;
pero es cosa de vé
que solito por mí na má,
donde está la Puerta e Jeré
yeves tú la Puerta Reá.

—

ANG. ¡Eso es poco!
LEO. ¿Poco?
ANG. ¡Poco!
¡Es una bicoca!
LEO. ¡Chiquiyo, me güerves loca!
ANG. ¡Yo sí que estoy loco!

—

En la cabesita
de un arfilerito,
jago yo un cuartito
mu chiquerretito,
pa que vivas tú.
LEO. ¡Josú!
ANG. Jurando.
¡Va por tu salú!
LEO. Pos en la puntita
de ese arfilerito,
te hago yo un laito
mu apañaito,
donde quepas tú.
ANG. ¡Josú!
LEO. Jurando.
¡Va por tu salú!

—

ANG. Tirándole besos.
¡Ten pa tí!
LEO. ¡Vengan pa acá!

ANG. ¿Y pa mí?
LEO. ¡Pa tí no hay na!
Tomando yo los tuyos güeno está.

—

ANG. ¿Y si te cogiera?
LEO. ¡Qué me has de cogé!
ANG. ¿Vamos á probarlo?
LEO. ¡Anda y prueba á vé!

—

Juegan corriendo por la escena.

ANG. ¡Moreniya!
LEO. ¡Moreniyo!
ANG. ¡Corre, corre, corre, corre, que te piyo!
LEO. ¡Corro, corro, corro, corro, que me piya!
ANG. ¡Que te cojo, Leonoriya!
LEO. ¡Que me coges, Angeliyo!
ANG. ¡Que te piyo, que te piyo!
LEO. ¡Que me piya, que me piya!
¡Ay, Angeliyo!
ANG. ¡Ay, Leonoriya!
LEO. ¡Ay, gitaniyo!
ANG. ¡Ay, gitaniya!
LEO. ¡Déjame, que ya estoy cansaiya!
ANG. ¡Yo también estoy ya cansaiyo!

—

LEO. ¡Vaya un modo de corré!
Si nos viera mi papá,
con er genio de é
¡la que me iba á echá!
¡lo que me iba á hasé!
¡la que se iba á armá!

—

Yo me doy ya por vensía,
y me entrego de una vé,
que es mejó que tú me cojas
antes que nos coja é.

ANG. Abrazándola de pronto.
¡Te piyé!
Cesa la música.
¡Las ganas que tenía yo, Leonoriya, de que pasáramos los dos un rato solos!

LEO. ¿Pos y yo, Angeliyo? ¿Hay na mejó que verse así, serquita, serquita, y solitas, solitas, dos personas que se quieren tanto?

ANG. Ven acá: arrímate á mí, que no te yeno de betún. Siéntate aquí conmigo.

Se sientan juntos, ella en una silla y él en el suelo, cerca de la tarima del limpiabotas.

LEO. Aquí me tienes. Dime, Angeliyo: ¿cómo va er negosio?

ANG. ¡De cabesa!

LEO. ¿De cabesa, eh? Como to lo que emprende er pobresito de mi papá. ¡No le ha salío bien más que una cosa en esta vía!

ANG. ¡Una cosa na más! ¡Conformes!

LEO. La primera tienda de ansuelos y lombrises.

ANG. Entonces le han salío bien dos cosas: la tienda e los ansuelos y tú. Lampando estoy yo porque tu padre se desespere der negosio—que ya le farta un pelo—pa ponerme delante de é y desirle: «Señó Bardomero, de argo le ha de servi a usté tené esa hija tan serrana. Aquí hay un hombre.»

LEO. ¡Ay, qué alegría, Angeliyo! Porque yo sufro mucho de verlo ar pobresito mío peleá con su sino perro pa sacá la casa adelante. Hora es ya de que descanse er pobresito. De cuatro garbansos que tengamos nosotros, uno será pa mi madre y otro pa é. En la seguridá de que si arguno es negro, le toca er negro ar pobresito mío.

ANG. Pero ¿qué hablas ahí de cuatro garbanso-? ¿Tú crees que no vamos á salí de pobres nosotros? ¡Pos no tengo yo muchos inventos en la cabesa! Arguno petará. Yo no me paso la vía de betunero. ¡Pa eso tenía yo que no haberte conosío á tí! Desde que tú me has mirao con esas dos cajas e betún que tienes por ojos, me ha entrao una hormiguiya de sé rico y de valé argo, que ya verás como va á pará en bien.

LEO. ¿Será la tienda nuestra?

ANG. ¡Dalo por seguro! ¡Y la muaremos de sitio, y la pintaremos de coló de rosa, y le cambiaremos er nombre, y le prohibiremos la

entrá á tu padre, y le pondré yo un ventilado que cante tangos, que ér solito va á yamá ar público!

LEO. ¿Y eso será pronto, Angeliyo?

ANG. ¡Cuando menos se piense! Porque te prevengo que ca vez que Taburete arma aquí una gresca, ó que los tuertos prinsipian á dá malas notisias y no acaban, me jasen á mí asín las tripas y me entran ganas de pelea.

LEO. ¡Pero qué güeno eres! ¿No te vi á queré?

ANG. ¿Te parezco yo mu güeno, Leonoriya?

LEO. Mu retegüeno, y mu formá, y mu desente.

ANG. Demasiao desente: porque yevamos juntos un cuarto de hora, y no te he cogío ni un peyizco.

LEO. Con ganas del pellizco. Hombre...

ANG. ¿Qué?

LEO. Si no es más que un peyizco...

ANG. ¡Un peyizco na más!

LEO. Ea... pos anda...

ANG. Lo malo es que como tengo los deos un poquiyo susios, será mejó que te lo coja con los dientes.

LEO. Pero eso ya no es un peyizco: eso es otra cosa más grave...

ANG. ¡Sin apretá, no es grave!

LEO ¿No es grave?...

Llega en esto el Forastero otra vez, por la puerta del foro.

FOR. A la paz e Dios.

Angelillo y Leonor que estaban tan acaramelados, se asustan y reniegan de él.

ANG. (¡Mardita sea tu estampa!)

LEO (¡Mía qué oportuno!)

FOR. (¡Hombre, me he colao en la misma tienda de antes! Y es que tiene dos puertas. Menos mar que no está aquí aquer guapo.) Se sienta ante un velador y toca las palmas. Angelillo no le hace caso. Vuelve á tocar las palmas.

ANG. Levantándose y yéndose á el con mal modo. ¿Qué se le ofrese á usté?

FOR. Algo desconcertado. Yo quisiera un chatito e montiya. Pero por las güenas... Cuestiones, no.

ANG. ¿Un chatito e montiya?

FOR. ¿No hay montiya?

ANG. Le diré á usté: hay montiya, pero francamente, no es un montiya reco nendable. ¿Sabe usté donde tienen un montiya pa chuparse los deos e gusto? Llevándolo á la puerta del foro. Aquí ar regorvé de la esquina esta.

FOR. Muchas grasias, amigo. Me limpiaré las botas, ya que estoy aquí.

ANG. Esas botas están limpias, señó.

FOR. Un poco perplejo. ¿Están limpias?

ANG. Y con er día de yuvia que jase, es ganas e gastá dinero en limpiarse las botas.

FOR. También es verdá. (En mi vía me ha pasao na por el estilo. ¡Compadre, qué Sevivya esta!) Vase por la puerta del foro, dejándose olvidado el paraguas.

ANG. ¿Habrá tío mal ange? ¡Paese que había ele gío er momento pa entrá!

LEO. Viendo venir á Baldomero. ¡María Santísima!

ANG. ¿Qué?

LEO. ¡Esto sí que es peó! ¡Mi padre!

ANG. ¡Nos caímos!

Por la puerta del foro vuelve el desventurado Baldomero. Leonor se pone tras el mostrador á hacer que hace algo.

BALD. ¡Marditas sean las asitunas sapateras! Oye, ¿quién era ese que salía?

ANG. Uno..

BALD. ¡Eso ya lo he visto! ¿Ha bebío argo?

ANG. No señó... Pa mí que es de la polisía.

LEO. (¡Qué lioso!)

ANG. Ya sabe usté lo que quié esa gente.

BALD. ¡De memoria!

ANG. (Se la tragó.)

BALD. Aquí paese que güerve.

LEO. (¡Josú!)

Vuelve el Forastero por su paraguas.

FOR. Con permiso: se me orvidó er paraguas.

BALD. Dándoselo con solicitud. ¿Es este?

FOR. Sí, señó: muchas grasias.

BALD. No hay de qué. Yo soy el amo de la tienda. Poniéndole misteriosamente un duro en la mano. Tome usté pa unas copas.

FOR. Sorprendidísimo. ¡Hombre!

BALD. ¡Hagame usté er favó!

FOR. ¡Pero, hombre!

BALD. ¡Señó, pa unas copas! Dándole vueltas sin dejarlo hablar, lo empuja hacia la puerta del foro.

FOR. ¿A santo de qué?

BALD. ¡Bébaselas usté á mi salú!

FOR. Es que...

BALD. ¡Es que no se habla más der particula! ¡Vaya usté con Dios!

FOR. Pero...

BALD. ¡Vaya usté con Dios! Desaparece el Forastero. Angelillo y Leonor han presenciado la escena muertos de risa. ¿Digo, eh? ¿Conozco yo á esos tíos?

ANG. ¡A la legua!

BALD. ¡Y hasía como que no lo tomaba! De repente. ¡Me caso con la Torre el Oro!

ANG. ¿Qué?

LEO. ¿Qué?

BALD. ¡Que le he dao er duro de los estudiantes! En cuantito vea que es de plomo, se cree que es *pitorreo* y me va á bardá de una multa. ¿Es *pata* ó no es *pata*? A Leonor. ¿Y tú por qué estás en la tienda?

LEO. Porque... mamá me dijo... me dijo, dise: «Yégate ayá en un sarto... y que papá te dé dinero pa comprá dos varas de tela que nesesito.»

BALD. ¿Sí, eh? Pos dile á tu madre que con una *vara* hay bastante... y que yo la vevaré esta noche... y que habrá *tela* pa las dos. ¡Arsa pa casa ya, que estás tú mu sacá de quisio!

LEO No se enfade usté conmigo, papa; que no he hecho na malo... toavía.

BALD. ¿No oyes que te vayas?

LEO. Ya me voy. ¿Por qué no inventas tú una cosa contra er mar genio?

BALD. ¡Verás!

Vase Leonor corriendo por la puerta del foro.

ANG. (¡Mas bonita es que un puesto e flores!)

BALD. Lleno de aflicción. Angelivo, estoy á dos deos de tirarme ar Guadarquiví por el arco de en medio. ¡Cuatro arrobas de mansaniya perdías! No yoro... porque disen que los hombres no yoran; no por farta e ganas.

ANG. ¡Vaya por Dios, mi amo; vaya por Dios!

Sale Taburete por la puertecilla de escape, coge su paraguas y se encamina a la del foro.

TAB. Hasta luego.

BALD. Hasta luego.

ANG. Hasta luego.

TAB. Deteniéndose un punto. ¡Ah! Si viniera Antonio er gitano preguntando por mí, que se aguarde.

BALD. ¿Pero va á vení á mi casa ese hombre?

TAB. Anda disiendo por ahí que tiene ganas e matarme, y yo le he mandao cuatro letras disiéndole que aquí lo espero.

BALD. ¡También lo ha podío usté sitá en la Cruz der Campo!

TAB. No se me ocurrió. Con esa no cuente usté hoy. Desde la pendensia de antes, metió la cabesa debajo un corchón, y no la saca. *Hestérica* perdía.

BALD. ¿Qué es eso de *hestérica?*

TAB. ¡Que no hay quien la aguante! Se va por la puerta del foro.

BALD. ¡Pos *hestérico* estás tú desde que nasiste, ladrón!

ANG. ¡Asín trompiese en er primer adoquín levantao y se esbarate ayí la cara más e lo que la tiene!

CHIQ. 1.º Asomándose á la puerta de la derecha y chillando. ¡Bardomero!... ¡Mucha tienda y poco dinero!

BALD. ¡Verás si te cojo!

El Chiquillo echa á correr y desaparece. Por el hueco del cristal de la puerta del foro asoma la cabeza otro, rompiendo el papel.

CHIQ. 2.º ¡Bardomeriyo!... ¡Mucha tienda y poco borsiyo!...

BALD. ¡Mardito sea tu padre!

El Chiquillo huye. Se ve correr á tres ó cuatro más, que le chillan á Baldomero.

ANG. ¡Qué grasiosos están los niños!

BALD. Acuérdame que le avise ar cristalero, porque han dao en la grasia de meté la cabesa por er papelito.

CHIQ. 1.º Dentro. ¡Bardomero Castañas!...

CHIQ. 2.º ¡En er cajón tiene telarañas!...

Nuevos gritos y carreras de los Chiquillos.

BALD. ¿Tú oyes? ¡Es er cormo ya! ¡Hasta los chiquiyos sacan cosas con mi mala sombra!

BAD. Presentándose alborozado por la puerta del foro y yéndose en seguida. Oye, tú.

BALD. ¿Qué quieres?

BAD. ¡Ahí viene Juan de Dios con Curro Meloja!

ANG. ¿Con Curro Meloja?

BALD. Sí; si vienen pa acá.

BAD. ¡Ese hombre sí que te conviene en la tienda! ¡Voy á saludarlo!

BALD. ¡Señó, que sea mi providensia Curro Meloja; que me sarve; que me anime el establesimiento; que ya me duele el arma judía de verme perseguío por la mala estreya!

PER. Por la puerta de la derecha, no menos alborozado que Badana. ¡Ya tienes ahí á Curro Meloja!

BALD. ¡Me alegro!

PER. ¡Y lo que te alegrarás!

ANG. ¡Argunas ganas tengo yo de conosé á ese hombre! ¡Dise to er mundo que es un chorro e grasia!

BALD. ¡Ojalá lo sea de güena sombra pa mí!

PER. Aquí está ya.

Por la puerta del foro, que Angelillo ha abierto previamente de par en par, entre Juan de Dios y Badana, llega el anhelado y famoso Curro Meloja. No hay más que verlo para comprender que la leyenda que lo envuelve carece de base. Hay reputaciones usurpadas.

BALD. ¡Adelante, señores!

CURRO Empezando a desplegar su repertorio. *¡Saluqui!*

Es de advertir que hasta los buenos días los da como si dijera una gracia, y que él celebra con su risa primero que nadie todo cuanto dice. Está satisfecho de su ingenio. Sus amigos y admiradores, los tres tuertos, repiten también en son de elogio todas sus frases y se ríen á perecer con ellas.

BALD. Güenos días.

CURRO ¿Cómo está usté, amigo?

BALD. Pa servirle.

JUAN Aquí er compadre Bardomero, ¿te enteras, Curro? tenía ganas el hombre de tomá contigo una copa.

BALD. Sí, señó.

CURRO Juaniyo, una copa se toma pa hasé un juego

e manos. ¿Qué menos vamos á tomá que una *doseníbilis?*

JUAN — A Baldomero. (¿Has estao en er *timo?* ¡Una *doseníbilis!* Tú déjalo á é. Porque es un hombre á quien no se le pué desí: «Haga usté una grasia.»

BALD. — A Juan de Dios. Ya comprendo que no es ningún perro amaestrao.) ¡Pero, cabayeros, sentarse! Vi yo á dí preparando esas copas.

En efecto, va á ello. Todos los ojos, que son pocos, y nones, están fijos en el héroe de la jornada, de quien se espera mucho y bueno. Por la puertecilla de escape sale en esto Pepa la Garbosa con un mantoncillo al brazo, que deja sobre una silla al salir.

PEPA — Güenos días.

CURRO — Güenos días. A Peregrín. ¿Quién es esta morucha?

PER. — Pepa la Garbosa: ¿no la conoses? Cuñá de Bardomero.

CURRO — Contemplándola con admiración. ¡Vaya cardo!

PER. — Ven acá, Pepiya. Este es Curro Meloja.

PEPA — Mucho gusto de conoserlo.

CURRO — Yo no le digo á usté na, porque me ha cortao usté el *resortíbilis.*

JUAN — Oye, Pepiya. Trae pa acá tu guitarra, que pué que no estorbe.

PER — Pué que no.

PEPA — ¿Mi guitarra? Me lo ha prohibío Taburete, pero en fin... Vase por la puertecilla otra vez.

CURRO — Mirándola andar. ¡Vaya caló! ¡Pero que vaya caló!

Por la calle del foro pasan dos ó tres muchachas, acompañada de su novio alguna.

JUAN — Tú siempre serrando los ojos delante e las mujeres.

PER — Por aquí pasan ahora argunas mu serranas. A Juan de Dios. (A vé si lo oímos.)

BALD. — Las operarias de ahí abajo. Dos ó tres hay que valen er dinero.

CURRO — ¿Quién se quea sin mirarlas entonses?

JUAN — ¡Pa argo ha salío er só!

Se acerca Curro á la puerta del foro. Pasan diversas muchachas de mantón, solas unas, otras en parejas ó en grupos de tres, y á cuantas pasan les dedica una

frase el festejado. Los tuertos ríen á mandíbula batiente, como ya se ha dicho, y repiten entusiasmados las frases

JUAN Guiñándole á Baldomero. ¡Ahora verás canela!

CURRO A una mocita. ¡Vaya cardo!

JUAN ¡Vaya cardo, dise!

CURRO A otra. ¡Vaya cardo! A otras. ¡Vaya caló!

ANG. Desde la puerta de la derecha. ¡Por aquí también pasan arguinas!

CURRO Acudiendo allá presuroso. No se pué está en toas partes, amigo.

ANG. Miste esa.

CURRO Viéndola venir. ¡Vaya cardo! ¡Vaya cardo! Al paso de la mujer. ¡Vaya caló!

JUAN Desde el foro. ¡Curriyo!

CURRO ¡Me yamo! Se une á su panegirista, y apenas llega, le dice de nuevo á otra oficiala: ¡Vaya cardo!

Baldomero deja mientras sobre un velador una botella de manzanilla y una bandeja de copas, que llena del líquido precioso. Angelillo se le acerca á abrirle su pecho.

ANG. (¿No le paese á usté mucho cardo, señó Bardomero?

BALD. Y mucho caló. ¡Como que va á herví er cardo!)

CURRO A las que van pasando por la puerta ¡Lo pequeño! ¡Lo fino!

ANG. ¡Lo gordo!

CURRO ¿Eh?

ANG. ¿No es gorda esa?

CURRO Niño, tienes tú que comé toavía muchas migas pa arterná con *mangue.*

PEPA Saliendo. Aquí está la guitarra.

CURRO ¡Vaya cardo!

BALD. Y aquí están las copas muertas e risa.

ANG. (¡No será de lo que dise Curro Meloja!)

PER. Siéntate, Curriyo. Vamos á armá una mijita e juerga.

CURRO Vamos á armarla. A eso estamos.

BALD. Ofreciéndole una copa. Tome usté, amigo.

CURRO Se estima. Se la bebe de un trago, tapa con la mano la copa vacía y luego mete en ella la nariz.

BALD. ¿Le gusta?

CURRO *Sipi.*

BALD. ¿Cómo?

CURRO ¡Que *sipi*, hombre, que *sipi!*

BALD. Ah, *sipi*. Lo desía, porque si no le sirvo otra marca.

CURRO *Nopi.*

BALD. *¿Nopi?* Yo creo que es una mansaniyita que se deja bebé.

CURRO *¡Naturaca!*

Baldomero, á cada palabra de Curro Meloja y ante las risas de los tuertos, mira consternado á Angelillo, dándole á entender que no le encuentra el chiste por ninguna parte al tan celebrado gracioso.

JUAN ¿Tú no bebes, Pepa?

PEPA Yo no. Me lo ha prohibío Taburete.

CURRO ¿Y qué es eso?

PEPA Mi novio.

CURRO ¿Tiene usté novio, hija?

BALD. Un cachiyo.

CURRO Pero cantará usté cuarquier filigrana.

PEPA También me lo tiene prohibío.

CURRO ¡Várgame Dios! ¿Es un bando ese hombre?

Gran carcajada de los tuertos.

JUAN ¡Ha estao sélebre! A Baldomero. (Tú déjalo á é.

BALD. A Juan de Dios. ¡Si yo lo dejo! ¡Ya se ha tomao tres copas!)

CURRO Ea, pos ayá voy yo, niña, pa meterla á usté en *fatiguirris*. A Juan de Dios. Témplate por lo mío.

JUAN Vamos ayá.

PEPA Vamos á vé.

BAD. Vamos á vé.

PER. Vamos á vé, vamos á vé.

ANG. ¡Vamos á vé!

BAD. Sar por esa copla que á mí me gusta tanto:

Er verduguito apretó,
mi padre sacó la lengua,
mi madre se impresionó.

CURRO Eso es mu triste. ¡Ya veremos por donde pito!

PER. ¡Venga, venga!

Música

Principia á entonarse Curro Meloja

CURRO Au, au, au, au...
BAD. ¡Ole!
JUAN ¡Mi niño!
CURRO ¡Ole la *voluntaca*, y na más que la *voluntaca!* Au, au, au, au...
BALD. Maquinalmente. ¡Vaya cardo!
PER. ¡Pero que mu güeno!
CURRO Arrancándose al fin, como si la u estuviese más barata y fuese más graciosa que las otras vocales.
Lau grausiau deu lau persounau
noü seu mideu por audarmeus,
queu seu mideu por aurroubaus.
Los tres tuertos estallan en exclamaciones de entusiasmo, desconociendo sin duda que, además de la u, hay cuatro vocales.
BALD. A Angelillo. (¿Qué te parese á tí, Angeliyo?
ANG. A Baldomero Que er der padrón de los perros está aquí mañana.)
PER. ¡Vamos á otra, á otra!
BAD. ¡A la grande!
CURRO Va por usté, niña.
PEPA Venga ya.
CURRO Tantou teu quierou mujeu
que anteus deu verteu con outrou
maulau puñaulau te deun.
Se reproduce el entusiasmo de los tuertos.
PEPA Mu bien cantao está eso, señó.
ANG. Aparte con Baldomero, como antes. (¿Qué ha dicho de *tedeun?*
BALD. ¡Cuarquier cosa! Pa mí que Juan de Dios está en lo firme.
ANG. ¿Por qué?
BALD. Porque dise que este se quea solo cantando.)
CURRO ¿Y á usté, persona e mérito, no le vamos á vé la grasia?
PEPA Ay, si supiera usté er mieo que tengo. Tanto mieo como ganas e cantá.
JUAN ¿Por una vez quién va á saberlo, mujé?
CURRO Vamos, vamos ayá.

PEPA Vaya que sea. ¿Qué canto, Juan de Dios?

JUAN «Si te dí lo que más vale.» ¡Lo tuyo!

PEPA Güeno.

Si te dí lo que más vale,
¿qué pueo ya contra tí,
que no quisiera quererte
y te quiero más que á mí?
Moreniyo mío,
vete de mi vera,
que ví á escribirte una carta
en que te pío que vengas.

Oles y aclamaciones generales.

CURRO ¡Sircustansias ahí!

PER. Anda, Pepiya, otra; no te enfríes.

PEPA

Como sé que me orviaste
por una mala *gachí*,
me está quemando la boca
aquer beso que te dí.
Anda y que te prendan,
vete de mi lao,
y mándame cuarquier día
mi delantá colorao.

Se repiten los aclamaciones y cesa la música. Momentos antes se ha presentado Taburete por la puerta del foro, sin ser visto.

TAB. Dando un paraguazo en el suelo. ¿Con que de juerguesita, eh?

PEPA Sobrecogida. ¡José María!

BALD. ¡Güeno va!

ANG. ¡Taburete!

CURRO ¿Este es Taburete?

TAB. Yo soy Taburete, si señó. A Pepa. ¿Se pué sabé quién ha sío er sinvergüensa que te ha dao permiso pa cantá?

CURRO Interviniendo amistosamente, seguro de su labia. Comparito, uste se ha equivocao, y usté dispense. A lo mejó pierde uno er *caletribilis*. Aquí no somos más que unos amigos que están tomando cuatro copas, y usté va á sé uno de eyos, y me va á asertá á mí esta copa que yo le doy.

PER. ¡Mu bien, mu bien!

JUAN A Baldomero. (¡No hay otro pa arreglá cuestiones!)

TAB Después de aceptar la copa y de bebérsela, sin palabras, da las gracias con un ademán y repite: ¿Se pué sabé quién ha sío er sinvergüensa que te ha dao permiso pa cantá?

BALD. ¡Jinojo!

CURRO ¡Vamos, hombre, vamos; que no se diga! Aquí tos somos unos, y aquí lo que hay son güenos deseos, y no hay más que hablá, y usté se va á tomá ahora mismo otra *copirri*, porque con un pie solo no se anda. ¿Es verdá, comparito?

JUAN (¡No hay otro pa arreglá cuestiones!)

TAB. Se echa al cuerpo solemnemente la segunda copa, y vuelve á preguntar: ¿Se pué sabé quién ha sío er sinvergüensa que te ha dao permiso pa cantá?

ANG. Estallando. ¡Yo he sío!

TAB ¿Cómo?

Movimiento general de sorpresa.

ANG. ¡Aquí no hay más sinvergüensa que usté, que se está bebiendo la boteya y no jase las pases! ¡Se acabó!

TAB. ¡Niño!

ANG. ¡Hombre!

PEPA ¡Por Dios, José María!

TAB. ¿Tú no te has visto nunca la nuez en la parma e la mano?

ANG ¡No señó; y no saque usté la navaja, porque no le jase usté sangre á una fresa! ¡Yo soy quien le ha pedío á Pepa que cante... y yo soy también er que le va á sortá á usté dos gofetás en cuanto rechiste, y er que le dise ahora que por la puerta se va á la caye!

TAB. ¿Quéeee?

ANG. ¡Aquí está usté de más! ¡Se acabó er perjudicá á esta tienda con escándalos y bravatas! ¡Y si su pareja de usté quié seguirlo, tampoco vamos perdiendo gran cosa!

TAB. A los demás. ¿Qué hago yo? ¿Me vi á ensañá con un chiquiyo?

PEPA ¿Pero tú has escuchao, Bardomero?

BALD. *¡Sipi!*

PEPA ¿Qué?

BALD. ¡Que *sipi!*

PEPA ¿Y estás conforme?

BALD. *¡Naturaca!*

PEPA ¿Ah, sí? ¡Ea, pos anda y que te enmielen! ¡Vámonos, José María; que tengo yo dos manos mu hermosas pa trabajá en cuarquier parte y ganarlo pa tí! ¡Vente, hijo de mi arma! Coge su mantón y agarra del brazo á Taburete.

TAB. ¡Vamonos, sí; que hay muchos días pa ajustá cuentas! ¡Er que quiera argo con Taburete, en la Plasa e Viyasís estoy toas las mañanas, junto ar puesto e los calentitos! Argunas veses no se me ve con el humo, pero ayí estoy.

PEPA ¡Anda y no hagas caso! ¡Lo mismo ér que el otro, son unos desagradesíos! ¡Pagarte así, con er carté que tú le dabas á la tienda! ¡Vámonos, que la caye es mu ancha!

Vase por la puerta del foro, con su queridísimo Taburete.

JUAN ¡Mu bien, Angeliyo!

PER. ¡Pero bien de veras!

CURRO ¡De lo güeno güeno, lo *aguanoso!*

BAD. *¡Chachipé!*

BALD. ¡No hay otro pa arreglá cuestiones!

ANG. ¡Pos claro, señó! ¡Yega un momento en que se jarta una piedra e la caye de que la pisen tanto! ¡Y á mí me duele ya el arma de vé la mala *pata* de este pobre hombre, y de que to Dios se amonte en é! ¡Es como ustedes, que sobre pasarse aquí la vía sin hablá más que de cosas tristes, espantando á los parroquianos, por to favó se nos aparesen hoy con esta vela pa las tormentas!

CURRO ¡Oiga usté, criaturita!...

JUAN ¡Oye tú!...

PER. ¡Bardomero!

BAD. ¡Bardomero!

PER. ¿Tú autorisas este sabruto?

BALD. *¡Sipi!*

CURRO ¿Es que me hase usté burla, amigo?

BALD. *Sipi*; digo *nopi*. ¡Es que yo también tengo grasia!

CURRO Pos mire usté: lo que me sobran á mí en

Seviya son tiendas donde un fósforo que yo tire, lo recogen.

ANG. ¡Irá usté á arguna serería!

CURRO Voy á donde me sale de adentro, niño. ¡De verano! Encamínase á la puerta del foro.

JUAN No te enfaes, Curro.

CURRO ¿No me he de enfadá, Juan de Dios?

PER. ¡Rasón tiene!

JUAN ¡Te acordarás de este desaire, Bardomero!

PER. ¡Te acordarás!

Vanse los tres con Curro, comentando indignados el suceso.

BALD. Abriéndole los brazos á Angelillo. ¡Ven acá, Angeliyo, ven acá, que desde ahora te quiero como si te hubiera parío mi mujé! ¡Ven acá, que en dos minutos me has espantao de aquí toas las plagas que me sercaban!

ANG. Después de abrazarlo. Pos mi amo, otavía soy yo capá de sacarlo á usté á flote.

BALD. ¿Cómo?

ANG. Déjeme usté siquiera un mes encargao de la tienda, y si esto cambia e rumbo, usté me paga con lo que yo le pía.

BALD. ¡Firmao!

ANG. ¿De veras?

BALD. ¡Te digo que firmao, Angeliyo!

ANG. Señalando á la puerta del foro, en donde aparece Leonor. ¡Pos ayí está er premio!

BALD. Con gran sorpresa. ¿Mi chiquiya?

ANG. Como usté vé, no me queo corto. Entra.

BALD. ¿Te gusta mi chiquiya?

ANG. ¡Me gusta más que comé con los deos!

LEO. Y yo lo quiero á ér más que á nadie en er mundo.

BALD. ¡Pos andá y peleá juntos con er sino, que á mí siempre me ha echao bola negra! Pué que sea lo único asertao que yo haga en esta vía.

SORDA Pasando por la calle del foro de derecha á izquierda. ¡Er catorse mí... quinientos veintisinco! ¿A quién le doy la suerte?

Baldomero huye al oirla.

ANG. ¡A nosotros va á sé! Con er poco dinero que haya en er cajón vi á comprá ese desimo.

LEO. ¡Mu bien pensao! Y luego, lo primero que hay que hasé es cambiarle á la tienda er nombre.

ANG. ¿Cómo quieres tú que le pongamos?

LEO. «La güena sombra». ¿Te parese?

ANG. Me parese.

LEO. Al público

Mi papá la deja;
ya la tienda es otra...
De hoy en adelante será esta la «Tienda
de la güena sombra».

FIN

Fuenterrabía, Agosto, 1906.

OBRAS DE LOS MISMOS AUTORES

Esgrima y amor, juguete cómico. (2.ª edición.)
Belén, 12, principal, juguete cómico. (2.ª edición.)
Gilito, juguete cómico-lírico. Música del maestro Osuna. (2.ª edición.)
La media naranja, juguete cómico. (2.ª edición.)
El tío de la flauta, juguete cómico. (2.ª edición.)
El ojito derecho, entremés. (3.ª edición.)
La reja, comedia en un acto. (4.ª edición.)
La buena sombra, sainete en tres cuadros, con música del maestro Brull. (6.ª edición.)
El peregrino, zarzuela cómica en un acto. Música del maestro Gómez Zarzuela.
La vida íntima, comedia en dos actos. (3.ª edición.)
Los borrachos, sainete en cuatro cuadros, con música del maestro Giménez. (2.ª edición.)
El chiquillo, entremés. (5.ª edición.)
Las casas de cartón, juguete cómico.
El traje de luces, sainete en tres cuadros, con música de los maestros Caballero y Hermoso.
El patio, comedia en dos actos. (3.ª edición.)
El motete, pasillo con música del maestro José Serrano. (2.ª edición.)
El estreno, zarzuela cómica en tres cuadros, con música del maestro Chapí.
Los Galeotes, comedia en cuatro actos. (3.ª edición.)
La pena, drama en dos cuadros. (2.ª edición.)
La azotea, comedia en un acto.
El género ínfimo, pasillo con música de los maestros Valverde (hijo) y Barrera.
El nido, comedia en dos actos. (2.ª edición.)
Las flores, comedia en tres actos. (2.ª edición.)
Los piropos, entremés.
El flechazo, entremés. (2.ª edición.)
El amor en el teatro, capricho literario en cinco cuadros, prólogo y epílogo.
Abanicos y panderetas ó ¡A Sevilla en el botijo! humorada satírica en tres cuadros, con música del maestro Chapí.
La dicha ajena, comedia en tres actos y un prólogo.
Pepita Reyes, comedia en dos actos.
Los meritorios, pasillo.

La zahorí, entremés.
La reina mora, sainete en tres cuadros, con música del maestro José Serrano. (2.ª edición.)
Zaragatas, sainete en dos cuadros.
La zagala, comedia en cuatro actos.
La casa de García, comedia en tres actos.
La contrata, apropósito.
El amor que pasa, comedia en dos actos.
El mal de amores, sainete con música del maestro José Serrano
El nuevo servidor, humorada.
Mañana de sol, paso de comedia.
Fea y con gracia, pasillo con música del maestro Turina.
La aventura de los galeotes, adaptación escénica de un capítulo del *Quijote*.
La musa loca, comedia en tres actos.
La pitanza, entremés.
El amor en solfa, capricho literario en cuatro cuadros y un prólogo, con música de los maestros Chapí y Serrano.
Los chorros del oro, entremés.
Morritos, entremés.
Amor á oscuras, paso de comedia.
La mala sombra, sainete con música del maestro Serrano.

SERAFÍN Y JOAQUÍN ÁLVAREZ QUINTERO

EL GENIO ALEGRE

COMEDIA EN TRES ACTOS

SEGUNDA EDICIÓN

MADRID

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Núñez de Balboa, 12

1908

EL GENIO ALEGRE

Esta obra es propiedad de sus autores, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, ó se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

Los autores se reservan el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Droits de représentation, de traduction et de reproduction réservés pour tous les pays, y compris la Suède, la Norvège et la Hollande.

Queda hecho el depósito que marca la ley

EL GENIO ALEGRE

COMEDIA EN TRES ACTOS

DE

SERAFÍN Y JOAQUÍN ÁLVAREZ QUINTERO

Estrenada en el TEATRO ODEÓN de Buenos Aires, el 29 de Setiembre de 1906

SEGUNDA EDICIÓN

MADRID

R. VELASCO, IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.°

Teléfono número 551

—

1908

A nuestro hermano Pedro

Serafín y Joaquín.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
CONSOLACIÓN	SRA. GUERRERO.
DOÑA SACRAMENTO	SRTA. CANCIO.
CORALITO	SUÁREZ.
SALUD	SRA. SALVADOR.
LA CHACHA PEPA	BUENO.
FRASQUITA	BOFILL.
CARMEN	SALVERDA.
ROSITA	MERCEDITAS DELGADO.
JULIO	SR. DÍAZ DE MENDOZA (F.)
DON ELIGIO	CARSÍ.
LUCÍO (1)	SANTIAGO.
AMBROSIO	DÍAZ.
PANDERETA	SORIANO VIOSCA.
ANTOÑITO	VARGAS.
DIEGO	URQUIJO.

Todos ellos, á excepción de *Doña Sacramento, Julio* y *Don Eligio,* hablan con pronunciación andaluza, más ó menos acentuada según su clase y condición.

Doña Sacramento habla el castellano con reposo y dulzura, aunque con cierta afectación señoril; *Julio* con la suavidad de un andaluz que ha vivido en Madrid mucho tiempo, y *Don Eligio* como si tuviese la lengua de metal y la campanilla de madera.

(1) Se llama la atención sobre el nombre de este personaje, que no es *Lúcio*, sino *Lucío*, con acento sobre la í.

ACTO PRIMERO

La escena es en Alminar de la Reina, ciudad andaluza, y en el amplio, vetusto y sosegado patio del palacio de doña Sacramento Alcázar, marquesa de los Arrayanes. Al foro, hacia la derecha del actor, está la ancha escalera del palacio, y hacia la izquierda, el portón y una gran ventana con reja, por la que se ve el zaguán. A la derecha hay una sola puerta y á la izquierda dos: la del segundo término es más pequeña que las otras y conduce á la casa de labor. Arcos anchos y airosos, que descansan en gruesas columnas de mármol. El suelo, de mármol también en el centro del patio, y de ladrillo en los corredores. En medio, una fuente. Balcones en el piso superior, que corresponden á los corredores altos. Colgada ante el portón una gran farola. Pocos muebles; entre ellos un arcón, un banco, dos sillones y una mesa frailuna. Decoran las paredes retratos al óleo de los ilustres antepasados de la familia, dos de los cuales son un fraile y una monja.

Es por la tarde.

Don Eligio, administrador de doña Sacramento hace muchos años y hombre de unos sesenta, aparece vestido con traje negro á la usanza del siglo XVII, y en la actitud que le ha parecido más propia para que lo retrate Antoñito. Gasta lentes redondos, lo cual cree él que le da cierto parecido físico á don Francisco de Quevedo. Claro que no hay tal cosa. Se tiñe la mosca y el bigote, y no se tiñe el pelo porque no le queda ninguno.

Antoñito, sentado ante una silla de que se vale á modo de caballete, retrata al óleo á don Eligio. Es un muchacho paliducho y enclenque, gran aficionado á la pintura, de genio avinagrado, y de los que piensan que todo el toque está en pelarse poco y en usar una corbata desaforada.

D. ELIG. Me parece que ya falta luz, Antoñito.

ANT. ¿Se cansa usted?

D. ELIG. Yo no me canso nunca.

ANT. Pues luz hay de sobra.

D. ELIG. Cierto que en este mes es cuando oscurece más tarde. Lo que sí quiero es que desde mañana nos vayamos á pintar al jardín, ó al patinillo, ó á la azotea, ó al corral.

ANT. Es que á mí me gusta más este fondo.

D. ELIG. Pues pinta el fondo cuando termines la figura; porque, la verdad, es triste gracia que todo el que llegue á esa puerta, tenga algo que mirar ó que decir de mi catadura. Ya se me alcanza á mí que es extraño capricho este de que tú me retrates de esta guisa; pero no hay por qué darle dos cuartos al pregonero.

Diego, viejo cochero de la casa, asómase por la ventana del zaguán en traje de faena.

DIEGO Señó arministradó.

D. ELIG. Estremeciéndose. ¿Eh? Ah, ¿eres tú? ¿Qué sucede?

DIEGO ¿Engancho ó no engancho?

D. ELIG. No enganches. La señora no sale hoy.

DIEGO ¿Ni er señorito Julio?

D. ELIG. Ni el señorito Julio.

DIEGO Güeno está. Retírase.

D. ELIG. ¿Ves tú? No gano para sustos, Antoñito.

ANT. Dejémoslo, si le parece á usted.

D. ELIG. Sí, sí; dejémoslo.

ANT. Hoy hemos trabajado mucho.

Mientras va recogiendo sus bártulos, echándole miradas á su obra con los ojos plegados, don Eligio la examina detenidamente.

D. ELIG. A ver, á ver... Lo que te dije ayer, Antoñito: los pies grandes y la cabeza chica.

ANT. Sulfurándose. ¿Sí, eh? Don Eligio, mírese usted al espejo.

D. ELIG. Paso, paso; la justa proporción de la figura humana son siete cabezas, y esta figura tiene más de siete cabezas.

ANT. ¡Y usted también!

D. ELIG. ¿Que yo tengo más de siete cabezas?

ANT. ¡Sí, señor! Además, usted entenderá de li-

bros antiguos y de administrar bienes ajenos, pero no sabe usted una papa de arte.

D. ELIG. Primero: la papa no es unidad de medida para el arte; segundo: entiendo de arte y de todo más que tú, pintamonas...

ANT. ¡Que lo estoy retratando á usted!

D. ELIG. Déjate de chanzas. Y tercero: tienes una vanidad que puede ser grave enemiga de tu talento. Tu padre, humilde servidor de nuestra señora la marquesa, hace esfuerzos por completar tu educación artística, y tú no corresponderás á ellos como debes, desoyendo los consejos de las personas serias. Si ahora crees que pintas ya como Velázquez...

ANT. ¡No lo permita Dios!

D. ELIG. ¡Blasfemo! ¿Qué dices?

ANT. ¡Que tengo á Velázquez por una máquina de pintar! ¡Por un practicón!

D. ELIG. ¡Calla, Antoñito, calla, si no quieres que te tire la caja de pinturas á la cabeza!

ANT. ¡Abajo idolillos!

D. ELIG. ¡Oh! Juventud presuntuosa, juventud necia. En mi libro sobre las personalidades ilustres de Alminar de la Reina, no te concederé un lugar ni en la fe de erratas. Abre, que están llamando.

ANT. Ya abrirán las criadas.

D. ELIG. Yéndose escaleras arriba. ¡Jesús! ¡Jesús! ¡Qué cosas se oyen! La culpa tiene quien se deja retratar por un tal mocoso.

ANT. Es idiota. ¡Vamos á pasarnos aquí la vida entera admirando á Velázquez y al otro cursi de Murillo! ¡Bah! Llaman al portón más fuerte. Pues, señor, me han tomado por el portero. Va á abrir por fin, y al darse de manos á boca con Ambrosio, le dice en tono despectivo. ¡Ah! ¿eres tú?

AMB. Yo zoy: ¿qué paza?

ANT. ¡Que has podido entrar por el postigo!

AMB. ¿Zí, verdá? Tu padre entra aquí por esta puerta principá, porque no hay otra más principá toavía.

ANT. ¡Cualquier cosa!

Ambrosio, padre de Antoñito y antiguo mayordomo de doña Sacramento, es un viejo de blancos cabellos

y rostro encendido. Un rayo no lo parte. Viene del campo. Viste sombrero ancho, chaquetón al hombro, faja y zahones.

AMB. ¿Y la zeñora?

ANT. ¿Yo qué sé? ¿Soy yo el perro de la señora?

AMB. ¿Y yo, zoy tu criao, *pajolero* niño? Te vas á gana un día una bofetá por ezas contestaciones que tienes, que ze te va á queá la corbata chica. Vamos á vé qué has pintao hoy.

ANT. Como si miraras la pared. ¡Lo que tú entiendas!

AMB. Contemplando el retrato de don Eligio y meneando la cabeza en son de burla. ¡Bendito zea Dios!

ANT. Papá, papá; contén la jaca.

AMB. ¡Bendito zea Dios! Hay en er pueblo ca patio que ze junde e flores; ca azotea que marea la vista; ca peazo e campo que ez una gloria e Dios; ca mocita que ez un amanecé de Mayo: y to lo que ze te ocurre á tí es pintá este mochuelo.

ANT. ¡Papá!

AMB. Porque esto ez un mochuelo: con eza nariz y ezas dos reondelas en loz ojos... ¡A vé!

ANT. Vaya, tienes el don de sacarme de quicio. Coge con vehemencia todos sus trastos y echa a correr hacia la casa de labor. ¡Que te alivies!

AMB. ¡Jozús! ¡Ayá va ezo! Paece un cohetito de á ochavo. ¿A quién zardrá eze *pajolero* niño con eze *pajolero* genio? ¡Marfin tenga la bilis!

Por la escalera baja en esto pausadamente la señora Marquesa de los Arrayanes. Es una dama de hasta sesenta años, y de porte grave y majestuoso. En su Abril fué sin duda muy hermosa. Conserva toda la dentadura y se cuida las manos con primor. Sus cabellos son blancos; sus ropas negras y sencillas. Usa toca de seda y gafas de oro.

D.ª SAC. ¿Qué es eso? ¿qué es eso? ¿Con quién reñías?

AMB. Buenas tardes, zeñora.

D.ª SAC. Buenas tardes.

AMB. ¿Con quién había de zé? Con eze hijo que Dios me ha dao, que me va á zacá er zó de la cabeza.

D.ª SAC. Después de sentarse en un sillón. ¿Vienes del campo?

AMB. Der campo vengo.

D.ª SAC. Tengo que ir una de estas tardes.

AMB. Años hace ya que no ze ve er campo tan bonito. Hasta en la arena y en los chinarrales han zalío espigas. Por la vera er Zotiyo, zeñora, er trigo tapa ya á loz hombres.

D.ª SAC. El Señor ha oído nuestras preces.

AMB. El año pazao ze hizo er zordo.

D.ª SAC. ¿Qué dices? El Señor oye siempre á los pecadores, y puede castigarte porque dudes de su bondad infinita para con nosotros.

AMB. La zeñora me perdone. Ze me fué er tapón.

D.ª SAC. ¿La gente está buena?

AMB. Buena está toa. Y trabajando mu á gusto. Gaspariyo er del aperaó ez er que anda azí por lo mediano.

D.ª SAC. ¿Pues qué le sucede á Gasparillo?

AMB. Zeñora, que es mu bestia, y le gustan loz higos á perecé, y la otra tarde ze lió con eyos y ze comió tres varas e vayao.

D.ª SAC. ¡Ave María!

AMB. Loz hay que no escarmientan nunca.

Dentro, hacia la casa de labor, óyese á Lucío, que se acerca al patio cantando la siguiente copla:

Vente conmigo ar molino
y zerás mi molinera,
le echarás trigo á la torva
mientras yo pico la piedra.

Durante el canto doña Sacramento y Ambrosio continúan hablando.

D.ª SAC. ¿Quién canta así?

AMB. Lucío, que paece una cigarra.

D.ª SAC. Bien se conoce que lleva en mi casa pocos días.

AMB. Er ze irá haciendo á los gustos de acá. No es malo, zino que ez un chiquiyo, y acostumbrao á la libertá der cortijo, no repara. A Lucío, que sale en este momento rematando su copla. ¡Caya, hombre! ¿No estás viendo que está aquí la zeñora, peazo e bruto?

LUCÍO Riéndose. ¿Cómo iba á verlo con la puerta cerrá, zeñó Ambrozio?

D.ª SAC. Lucío.

LUCÍO ¿Qué manda zu mercé?

D.ª SAC. Ven acá: acércate.

AMB. Me da á mí er corazón que tú vas á vorvé mu pronto á agarrá el arao.

LUCÍO ¿Yo? ¿Por qué? ¿He jecho yo arguna coza mala?

D.ª SAC. Callad.

AMB. ¿Estará don Eligio en zu despacho, zeñora?

D.ª SAC. Seguramente.

AMB. Con permizo de usté voy á verlo. Sube.

Lucío es un zagal algo tosco, de alma infantil y risa bulliciosa y fresca.

D.ª SAC. Oye, Lucío.

LUCÍO ¿Me va usté á reñí?

D.ª SAC. Sí que voy á reñirte.

LUCÍO Afligido. ¡Mardito zea er demonio! ¡Ezo ez arguna mentira que le han contao á usté! ¿Quién ha zío er *chivato*?

D.ª SAC. ¡Schsss! ¿Qué palabrota es esa?

LUCÍO *Chivato* quié decí *zoplón*, con permizo de la zeñora.

D.ª SAC. Bueno, bueno, déjame hablar á mí. Todas las tardes cuando se descorre la vela, vienen las golondrinas á los alambres y me cuentan á mí lo bueno y lo malo que se hace en mi casa durante el día.

LUCÍO ¡Míste las golondrinas también!

D.ª SAC. Esta casa, Lucío, no es una casa como las demás; es una casa seria; no lo olvides nunca. Pasas el día cantando y riendo; alborotando en la cocina, en las cocheras y en el corral. Esta mañana, durante la misa en la capilla, quitaste á todos la devoción aguantando la risa.

LUCÍO Es que me jicieron gracia dos moscas que ze iban perziguiendo.

D.ª SAC. Pues cuando se oye misa, no se mira más que al altar.

LUCÍO Yo iré aprendiendo á poquito á poco.

D.ª SAC. Porque confío en que lo harás así no te he devuelto ya al cortijo.

LUCÍO Dios ze lo pague á usté. Lloriqueando. Zi usté me mandara á mí ar cortijo... ¡mardita zea!...

me tiraba ar pozo er día menos penzao, por no verme ayí.

D.ª Sac. No te apures, hombre. Tan pronto lloras como ríes. Pareces loco.

Lucío Es que er campo no es pa mí, zeñora. Ayí loz hombres no zon más que unas bestias, y yo quieo zé un hombre como loz hombres. No me parió mi madre á mí...

D.ª Sac. Reporta tu lenguaje, Lucío.

Lucío ¿También está mar dicho que me parió mi madre? Po zi no me parió mi madre, ¿qué jizo entonces? Enzéñamelo usté, doña Zacramento, que nadie nacemos zabijondos.

D.ª Sac. Calla, calla.

Lucío Lo que yo he querío decí, zeñora, zino que por lo visto me iba exprezando malamente, es que yo no he venío ar mundo pa destripá terrones. ¡Ze ma figura á mí! ¡Tengo yo muchas cozas en la cabeza!... Er manijero der cortijo ze queaba embobao oyéndome hablá. Er manijero y tos. Una noche en la gañanía me puze á jacé una explicación de laz estreyas, y de cayaos que estaban loz hombres, jasta er viento ze zentía corré por los trigos.

D.ª Sac. Bien, bien. Ya sé que eres listo; aunque está mal que te alabes de ello; pero si no te enmiendas pronto, á la gañanía volverás á seguir embobando á los gañanes.

Lucío Güeno, vamos á vé: ¿qué es lo peó que he jecho: lo de las moscas?

D.ª Sac. Son muchas cosas juntas: de sobra lo sabes. Ayer metiste por el postigo á unos amigotes, y hubo en la casa de labor vino y fiesta.

Lucío ¿Quién habrá zío er *chivato?* No quiziea más que cogerlo pa darle azín en mitá e la cara.

D.ª Sac. ¡Lucío!

Lucío Lo que pazó, zeñora, es que vinieron tres paizanos á verme, con un chavá que ze ha criao conmigo y ya está jecho un hombre, y yo me alegré muncho y le zaqué un *verzo*. Le dije digo...

D.ª Sac. No lo quiero saber.

LUCÍO Zi es pa que vea zu merzé que no es ninguna picardía. Le dije digo...

«Este amigo que está aquí
ze yama Francisco Ozuna;
y por ezo es menesté
que pague er vino y las acitunas.»

Se ríe escandalosamente.

D.ª SAC. Mira, mira; no te rías así.

LUCÍO Me río porque tuvo que convidarnos. ¿También está malamente reirze?

D.ª SAC. Con escándalo, sí. ¿O te piensas que sigues aún en lo alto de los cerros?

LUCÍO ¿Yo que ví á penzarme, zeñora?

D.ª SAC. Silencio. La oración. Principia á oirse lejos el toque de Angelus. Atraidos por él, y según costumbre de la casa, vienen todos los criados y servidores á rezar la oración donde está la señora. Lucío le abre el portón á Diego, el cochero; por la puerta de la casa de labor salen Frasquita y Carmen, criadas viejas, y por la escalera bajan Ambrosio y don Eligio. Este último vestido ya con su traje ordinario de americana. Cuando están todos doña Sacramento pregunta: ¿Y mi hijo?

D. ELIG. Señora, no lo sé. Presumo que se hallará en sus habitaciones.

D.ª SAC. Con tristeza. Hasta de esto se olvida. Comenzando á rezar. «El Angel del Señor anunció á María, y concibió del Espíritu Santo. Ave María, Dios te salve, María...» Continúa rezando entre dientes.

CRIADOS «Santa María, Madre de Dios...» Siguen ellos lo mismo.

D.ª SAC. «He aquí la sierva del Señor. Hágase en mí según tu palabra. Ave María, Dios te salve, María...»

CRIADOS «Santa María, Madre de Dios...»

D.ª SAC. «El Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros. Ave María, Dios te salve, María...»

CRIADOS «Santa María, Madre de Dios...»

D.ª SAC. Después de terminar la oración entre dientes. Amén. Se santigua. Buenas noches.

Todos se santiguan también y contestan á las buenas noches, aunque claro está que no á coro. Luego, primero D. Eligio y después los demás, van besando

uno á uno la mano de la señora. Ambrosio y las criadas se entran en la casa de labor; Diego, por el portón, que deja entornado, vuelve á las cocheras; Lucio se va arriba, y D. Eligio se queda en el patio. Hay una pausa.

D. ELIG. Calándose los lentes redondos, como en todos los momentos solemnes. ¿En qué piensa mi señora la marquesa?

D.ª SAC. Amigo Frías, ¿en qué he de pensar? Usted lo sabe.

D. ELIG. Le ha disgustado á la señora que el señor marqués no baje á rezar la oración.

D.ª SAC. No es eso sólo. Es que parece como que se goza en mortificarme, desdeñando ó tomando á burla todas las severas prácticas de esta casa.

D. ELIG. Sí, señora: es muy cierto.

D.ª SAC. Ayer tarde vinieron á verme el señor vicario, el señor Marqués de la Cava y doña O, personas las tres graves y sesudas, y él se pasó toda la visita divirtiéndose cuanto pudo á costa de ellas. Si no se marchan pronto tienen que sangrarme.

D. ELIG. En ese respecto el señor marqués es incorregible. A mí, según el dicho vulgar, me trae frito.

D.ª SAC. Le consta que es tradición de la familia que la puerta de esta casa se cierre todas las noches á las diez. Pues bien: una noche que pase aquí, ha de recogerse lo más temprano á las diez y media, para que la puerta no se cierre á las diez, y alterar la costumbre, y dar que decir á la gente.

D. ELIG. Y lo que es más grave, mi señora: entra á las diez y media por el portón y á las once se va á la calle por el postigo.

D.ª SAC. ¿Por el postigo? ¿Qué me cuenta usted? ¿Y á donde va tan á deshora, señor de Frías?

D. ELIG. Señora marquesa, no lo sé; pero sospecho que no irá á contemplar la ciudad á la luz de la luna.

D.ª SAC. ¿Ve usted? Cada viaje de mi hijo á esta casa me cuesta á mí un año de vida. ¿Quiere usted mayor suplicio para una madre

que adora en él? Ayer de mañana llegó, y ya estoy deseando que se vaya.

D. ELIG. Y yo: con todos los respetos.

D.ª SAC. Sí, sí; que se vaya otra vez á Madrid, ó á Granada, ó á Sevilla, ó á donde quiera; á vivir solo como un aventurero; á arrastrar su título por el Albaicín ó por Triana; á derrochar su hacienda con mujeres indignas y con amigos de la peor estofa; á envenenar su cuerpo, á perder su alma, y á entregarla al diablo. ¡Ay! ¡Soy muy desgraciada, amigo Frías! ¿A quién saldrá ese hijo con esa cabeza tan loca?

D. ELIG. A mí no...

D.ª SAC. A usted no tenía por qué salir.

D. ELIG. Perdone. A mí no se me alcanza.

D.ª SAC. ¡Ah!

D. ELIG. Porque el señor marqués, su señor padre, fué siempre hidalgo de muy caballerosas costumbres, y mesurado en el hablar.

D.ª SAC. ¡Oh, si mi marido levantara la cabeza, y viera que su único hijo, el actual marqués, tiene cubiertas las paredes de su dormitorio, en el palacio solariego de los Arrayanes, con retratos de cómicas y de bailarinas!... ¡Oh!

D. ELIG. Y una Venus de Médicis encima de la mesa de noche.

D.ª SAC. ¿Usted la ha visto, señor administrador?

D. ELIG. Sí, señora; pero desde el punto de vista artístico; como un tal hombre como yo puede ver esas desnudeces.

D.ª SAC. Ya. Y dígame usted, querido Frías, puesto que hay que hablar de ello: ¿Julio habrá venido por dinero, como siempre?

D. ELIG. Nunca viene á otra cosa.

D.ª SAC. ¿Debe?

D. ELIG. Hasta el modo de andar, según otro dicho del vulgo, que á las veces acierta con lo gráfico de la expresión.

D.ª SAC. ¿Y cuánto quiere?

D. ELIG. ¿Lo digo?

D.ª SAC. ¿Pues no lo pregunto?

D. ELIG. Basta. Necesita... dice que necesita veinte mil pesetas.

D.ª SAC. ¡En el nombre del Padre!

D. ELIG. Esa fué mi exclamación al oirlo, señora marquesa. Y añadí: y del Hijo, y del Espíritu Santo.

Baja Lucío y enciende las luces de la escalera, del zaguán y del patio. Luego se va á la casa de labor.

D.ª SAC. Niégueselas usted en redondo. Que hable conmigo. ¿Se ha propuesto quizás que concluyamos por pedir limosna?

D. ELIG. Es literalmente insensato, si la señora marquesa me permite expresarme así.

D.ª SAC. Insensato; insensato. Bien claro lo vió usted, mi querido Frías: mi hijo hallaba un freno en la disciplina militar; pidió su reemplazo en Madrid pretextando el deseo de vivir en mi compañía, y no sólo no vive conmigo, sino que ha dado á sus vicios rienda suelta.

Pausa. Sale por el portón la Chacha Pepa. Es una viejecita del pueblo, que habla á tontas y á locas, chocha ya por el peso de los años.

CHACHA ¿Ze pué pazá?

D. ELIG. ¿Otra vez aquí?

D.ª SAC. ¿Quién? ¡Ah! La chacha Pepa. ¿Qué quieres?

CHACHA Dios guarde á usté, doña Zacramento. ¿No ha venío la niña toavía?

D.ª SAC. Si la niña no viene hasta el domingo, mujer.

D. ELIG. Si ya hemos quedado en avisarte, Pepa.

CHACHA No ze incomode usté, don Ramón. Doña Zacramento, dígale usté que no ze incomode. Hágaze usté cargo que la he tenío en mis brazos, que le he cantao la nana, que le he dao mi zangre... y que ya va pa veinte años que no la veo. ¡Niña de mi vía, qué ganas tengo de comerle á bezos la cara! ¿Vendrá con er marío, no?

D.ª SAC. ¿Estás loca, chacha? ¿De dónde sacas que mi sobrina se ha casado?

CHACHA ¡Ay, qué gorpe! Aquí está don Pedro que me lo dijo.

D. ELIG. ¿Dónde está don Pedro?

CHACHA ¿Usté no es don Pedro? ¿Pos cómo ze yama usté, que ziempre me trabuco?

D. ELIG. Don Eligio. Y yo no he podido decirte palabra de ese casamiento.

CHACHA ¿No?

D. ELIG. No.

D.ª SAC. Es que te has confundido, Pepa.

CHACHA ¿Zí?

D.ª SAC. Sí. El que se ha casado es mi pariente don Alfonso, el señor Conde de la Luz. ¿Tú no te acuerdas de él?

CHACHA ¿No tengo de acordarme? A mí las cozas de acá no ze me orvían. Eze don Arfonzo y la madre de la zeñorita Conzolación eran hermanos.

D.ª SAC. Justamente. Y fué quien se hizo cargo de la niña cuando murió su padre, mi pobre hermano Rafael.

CHACHA ¡Ah, don Rafaé! ¡Cómo ze me reprezenta á mí don Rafaé! Andaba azín: con los brazos mu meneaos. ¡Miste que cazarze ahora don Rafaé!

D. ELIG. ¿Cómo don Rafael?

CHACHA Digo, don Rafaé: pobrecito. ¿Don Alonzo, no ez er que ze ha cazao?

D. ELIG. ¡Don Alfonso!

CHACHA ¿Qué más da don Arfonzo que don Alonzo? ¿Y con quién ze ha cazao, á la edá que tiene er güen zeñó?

D.ª SAC. Mujer, ya te lo hemos dicho cien veces: con una joven de Solar del Rey, donde reside.

CHACHA Ay, zí señora, zí. Po zi er motivo de venirze acá la zeñorita Conzolación es que no ze yeva bien con la zeñora de don Arfonzo. ¿No es verdá?

D.ª SAC. Verdad.

CHACHA ¿Ve usté como me acuerdo mu bien? No ze enfurruñe usté, zeñó, que ya me voy. ¿De manera que la niña viene aluego?

D. ELIG. ¡No!

CHACHA Güeno, pos quié decí que usté me mandará una razón azina que yegue. De eza manera no incomodo. Miste que mi pobrecito Juan está impedío, y no hace más que pincharme pa que venga á preguntá por la niña. Y yo, que nececito poco, pos nos jun-

tamos el hambre y la gana e comé. ¡Zeñó, zi mis brazos han zío zu cuna, zi la he enzeñao á hablá, zi le he dao la zangre e mis venas!... Estará ya hecha una rear moza. ¿Quién me contó á mí que la había visto y que era mu bonita? Mi comadre, la mujé de mi compadre Antonio, que vino aquí por una promeza. ¡Ay zeñó, cómo vuela er tiempo! Ya me voy, ya me voy. Doña Zacramento, que usté ziga güena. Don Benito, quéeze usté con Dios.

D.ª SAC. Adiós, chacha.

D. ELIG. Adiós, mujer, adiós.

Vase por el portón la Chacha Pepa, charlando sola.

D.ª SAC. Esta infeliz de Pepa no sabe ya dónde está de pie.

D. ELIG. No lo sabe.

D.ª SAC. Verdaderamente chochea. Y la noticia de la llegada de mi sobrina Consolación, á quien ella ha criado, le ha vuelto el poco juicio que le quedaba.

D. ELIG. ¿La señorita Consolación llegará seguramente el domingo próximo?

D.ª SAC. Con la voluntad de Dios así será. Al menos tal me dice en su última carta. Deseo verla aquí. Espero hallar en ella una consoladora compensación á las amarguras que me proporciona mi hijo.

D. ELIG. Amén.

D.ª SAC. Es joven; es rica; seguramente es buena. Gozo yo, amigo Frías, encauzando estas vidas juveniles que el azar, ó la mala educación, ó la falta de sentimientos cristianos puede malograr ó perder.

D. ELIG. Aquí baja el señor marqués de los Arrayanes. Con la venia de la señora marquesa, yo me quito de enmedio.

D.ª SAC. Así como así, deseo conversar á solas con mi hijo.

D. ELIG. No lo olvide usted: veinte mil pesetas.

Se va por la puerta de la derecha como gato que teme una pedrada. Julio que lo ve, baja las escaleras riéndose. Es un muchacho alegre y decidor, fuerte y sano, y nada gomoso. Viste un traje sencillo de casa.

D.ª SAC. ¿De qué te ríes, Julio?

JULIO Del gran don Eligio, que se escabulle en cuanto me ve. Me teme más que á un tiro con sal.

D.ª SAC. Justificadamente, por supuesto: lo mortificas con tu informalidad y con tus chanzas de mal gusto.

JULIO Eso te cuenta él; pero lo que hay es que le he descubierto una aventurilla amorosa que tiene por el barrio de los gitanos.

D.ª SAC. Mira, Julio; tus chocarrerías me lastiman á mí más que á él. Don Eligio es incapaz de lo que le atribuyes. Don Eligio es un hombre serio.

JULIO Ay, mamá, perdóname, pero se la tengo jurada á esos que tú llamas hombres serios.

D.ª SAC. Así andas tú, mala cabeza. Tenemos que hablar, y no poco.

JULIO ¡Hola! ¿El sermón de todos los viajes? Pensé que esta vez me escaparía.

D.ª SAC. ¿Estás decidido á marcharte mañana?

JULIO Decidido.

D.ª SAC. ¡Y viniste ayer! ¿A Granada, naturalmente?

JULIO Naturalmente.

D.ª SAC. Ahora sopla el viento de Granada.

JULIO Es una tierra hermosa. En ninguna de las que yo conozco se ama la vida tanto como allí.

D.ª SAC. ¿Ni en Alminar de la Reina, al lado de tu madre?

JULIO No te enfades, mamá; á tu lado viviría yo siempre. Cuando no vivo es porque no puedo. Somos incompatibles. Vemos la vida de distinta manera, y desde este momento, al hacer yo la mía, amargo la tuya sin querer. Para tí la vida es un martirio: para mí es un regalo. Para tí el mundo es un valle de lágrimas: para mí es un campo de flores. Tú quieres vivir encerrada en un calabozo: yo quiero que me dé el sol en la cara. Si la vida es alegre, como creo, ¿por qué entristecerla? Y si es triste, como piensas tú, ¿no es humano alegrarla un poco?

D.ª SAC. ¡Alegrar la vida! ¿Y tú le llamas alegrar la vida á vivir como vives?

JULIO ¡Claro! ¿No es alegre mi vida?

D.ª SAC. De puro alegre es loca.

JULIO Pues ya ves si la llamo bien.

D.ª SAC. Bueno, Julio: esto es menester que concluya.

JULIO ¿Esto? ¿Y qué es esto?

D.ª SAC. No finjas. Sé á lo que has venido.

JULIO Don Eligio, el administrador, me parece que también sabe algo.

D.ª SAC. Dejate de burlas. Sé cómo vives. ¿No te avergüenza que á todo un marqués de la ilustre casa de los Arrayanes, en una ciudad como Granada le señale la gente por derrochador y por tramposo?

JULIO Con gravedad cómica. ¡Ah, sí! Me avergüenza que me señalen por tramposo. Por eso quiero pagar cuanto antes, para evitar una cosa tan fea.

D.ª SAC. Y volver á empezar la madeja, ¿verdad? ¿No te enciende la cara que de una mujerzuela de mal vivir se diga en todas partes: «Esa es la... *amiga* del marquesito?»

JULIO Lo primero, mamá, que quien me critique por eso, es porque deplora que no pueda decirse lo mismo de él; y lo segundo, que eso no es más que un sueño, hijo de tu candoroso prejuicio de cierta vida.

D.ª SAC. ¿Vas á negarme á mí lo que se pregona á los cuatro vientos? ¿Crees que yo, por desgracia, no sé que la afición á las mujeres te domina, te ciega?

JULIO Ni me domina ni me ciega; es simplemente que me gustan á perecer. Más te digo; creo que sin ellas no valdría la pena de vivir en el mundo. Por algo Dios, que es tan sabio, ha creado siete mujeres para cada uno de nosotros.

D.ª SAC. ¡Jesús, Dios mío! ¡Qué disparate!

JULIO Estoy convencido, mamá. En la vida de cada hombre, ocultas ó á la luz del sol, hay siete mujeres. Sólo que yo tengo la franqueza de confesarlo, y los hombres serios le

dicen al mundo que van al casino, ó á una junta cualquiera... ó á velar á un enfermo... y yo sé adonde van.

D.ª SAC. ¡Silencio, Julio! Cuando te oigo desbarrar de esa manera, cada día más despeñado hacia tu perdición, temo y deseo al mismo tiempo que estos venerables retratos que nos escuchan se animen con vida momentánea tan sólo para acusarte y confundirte.

JULIO ¡Mamá, por Dios, mamá! Que aquí estamos hablando familiarmente y en confianza; que no estamos ante la historia, que miente mucho. Si cualquiera de estos varones antepasados míos, á quien yo venero y respeto como hombres de honor, sintiera de improviso correr por su cuerpo un soplo de vida, no dudes que lo aprovecharía para decirme: «Julio, vámonos á conocer á esa moza.»

D.ª SAC. ¿Qué estás diciendo?

JULIO La pura verdad. Señalando sucesivamente á varios retratos. Mira: el primer marqués de los Arrayanes, don Gonzalo de Miranda, dejó al morir siete bastardos nada menos.

D.ª SAC. ¡Julio!

JULIO Eso que se sepa. El venerable y reverendo Fray Tomás, modelo de virtudes, dejó ..

D.ª SAC. ¡Julio!

JULIO Dejó un hospital para leprosos, cuando ya el buen señor no podía dejar otra cosa. El diablo harto de carne... Sor Teresa de la Caridad...

D.ª SAC. ¡Calla!

JULIO Sor Teresa...

D.ª SAC. ¡Te mando que calles! ¿No contento con prostituir tu presente, osas manchar y escarnecer tu pasado?

JULIO Nada de eso, mamá; recuerdo sólo los hechos que fueron; declaro la verdad lisa y llana. Tu mismo abuelo, hombre intachable, aunque de buen humor, escribió un libro lleno de gracia, que á escondidas leí yo cuando niño, y en el cual pude ver impresas todas esas hazañas que ahora te escandalizan tanto.

D.ª SAC. Ese libro se quemó y no hay que hablar más de él.

JULIO Pues no debe quemarse ningún libro que diga la verdad.

D.ª SAC. La verdad, la única verdad que aquí existe, es que eres incapaz de enmienda; es que me hieres con tus liviandades; es que me matas con tu falta de seso, con tu ausencia de moralidad, con tu desdén por cuanto yo más amo y venero. ¡Oh! No eran como tú ciertamente aquellos mozos de Alminar de la Reina, que en la bodega de esta casa se adiestraron en el manejo de las armas y que luego se batieron en Bailén.

JULIO No, no eran como yo: ciertamente valían más que yo. Pero tampoco eran como esos á quien tú llamas ejemplares y con quienes me das en cara á cada paso. Digo de estos de ahora, frívolos, hipócritas, calculadores... á los veinte años; incapaces de apasionarse ni por una mujer ni por una idea; jóvenes sin juventud, negros como sotana por dentro y por fuera, que no llevan en la cabeza más que el plan de una buena boda, ajustando á la novia como una finca ó como una jaca. Créeme, mamá; créame usted, señora marquesa de los Arrayanes; seguramente se parecían más á mí que á estos otros aquellos mozos que se batieron en Bailén. Y doblemos la hoja, que por excepción me he puesto serio, y temo parecerme á don Eligio, que sería lo peor.

D.ª SAC. ¿Quieres dejar en paz á don Eligio? Este buen hombre, honrado administrador de nuestros bienes, merece todos mis respetos.

JULIO Y los míos. Y aun pienso darle un beso en cada mejilla, con mucho cuidado para no desteñirle el bigote, en cuanto me entregue lo que le he pedido.

D.ª SAC. ¡Oh! En ese particular, ya tiene mis órdenes más terminantes.

JULIO Las quebrantará de seguro.

D.ª SAC. ¿Cómo?

JULIO De seguro. ¿No ves que lo domino? Tengo

su secreto... y el hombre que tiene el secreto de otro, es su amo. Además, pienso llegar para ablandarlo hasta la adulación más baja. El ha escrito un libro de erudición, al que no hay manera de hincarle el diente. Tiró mil ejemplares, y hoy tiene en casa cerca de dos mil. La edición ha crecido, que es el colmo de no venderse. Pues en cuanto le diga yo que sé de dos ó tres compradores entusiastas... no resiste. Se vuelve loco y se me rinde sin condiciones.

D.ª SAC. Tú sí que eres loco de atar.

A la puerta de la calle se supone que para un coche, cuyo cascabeleo se ha sentido y se ha ido acercando momentos antes.

JULIO ¿Qué es eso, un coche?

D.ª SAC. Así parece.

JULIO Y ha parado aquí.

D.ª SAC. ¿A estas horas? Lo extraño mucho.

DIEGO **Asomándose alborozado por la ventana del zaguán.** ¡Doña Sacramento! ¡Doña Sacramento!

D.ª SAC. ¿Qué pasa?

DIEGO ¡Que aquí está ya la señorita Consolasión!

D.ª SAC. ¿Mi sobrina? ¿Qué dices, hombre?

DIEGO ¡La mismita! ¡La mismita en persona! ¡Mistela! **Retírase corriendo hacia la puerta.**

JULIO ¡Cuánto me alegro! Así la conozco antes de irme.

D.ª SAC. Pero si no puede ser... si no debía llegar hasta el domingo. **A Don Eligio, que sale por donde antes se fué.** ¿Usted oye esto, amigo Frías?

D. ELIG. He oído los cascabeles de un vehículo.

D.ª SAC. ¡Pues creo que es mi sobrina que ha llegado!

D. ELIG. ¿Su sobrina? **Lleno de asombro.** ¿Sin telegrama previo? Vamos á ver, vamos á ver...

JULIO **Atisbando por la ventana** ¿Hola, hola? ¡La primita es guapa de veras!

Dirígense todos al portón, á tiempo que por él llegan Consolación y Coralito, su doncella. Consolación es lo mejor que ha salido de Alminar de la Reina, con permiso del administrador de la casa. Fuerte, ágil, inquieta, revoltosa, llena de salud, de alegría, lleva el sol en el alma y en los ojos. Su doncella, muy linda por cier-

to, es más presumida que una mona. La entrada de ellas es triunfal. Empujando el portón entreabierto, penetra Consolación en aquel patio como el sol por las claraboyas de un castillo en ruinas. Llega, por decirlo así, á despertar la casa; á sacudir á sus moradores. No queda gato ni perro que no salga á darle la bienvenida y no se regocije de verla allí. Viste de blanco, y en la mano trae un gran ramo de flores.

CONS. ¡Tía!

D.ª SAC. Pero ¿eres tú, demonio? Se abrazan y se besan.

CONS. ¿No me esperaba usted, verdad?

D.ª SAC. ¡Hasta el domingo!

CONS. ¡Pero qué bien está usted! ¡Y qué guapa! ¡Parece que no pasan los años!...

D.ª SAC. ¡Vaya si pasan! Don Eligio, ¿quién la conoce?

CONS. ¡Ay, don Eligio! No había reparado... ¿Qué tal, don Eligio?

D. ELIG. Defendiéndonos del tiempo implacable. ¿Y usted, señorita?

CONS. Ya usted me ve. A usted lo hallo más joven, si cabe.

JULIO Es que se tiñe.

CONS. ¿Cómo? Confundiendo á Julio y saludándolo con gran efusión. ¡Pacheco! ¿Usted aquí? ¿Cómo le va, Pacheco?

JULIO A Pacheco, no sé. A mí no me puede ir mejor.

CONS. ¿No es usted Pacheco?

JULIO No soy Pacheco. Y lo siento mucho, en vista del éxito de Pacheco.

CONS. Pues tiene usted su misma cara.

JULIO Pues acompaño á Pacheco en el sentimiento.

D.ª SAC. ¡Muchacha, si es tu primo!

CONS. ¿Julio? ¿Este es Julio?

JULIO Sí, prima, sí: Julio soy.

CONS. ¡Jesús! ¿Quién lo había de pensar? ¡Si hace ya más de veinte años que no nos vemos! Pero ¿no me escribió usted, tía, que este no estaba aquí?

D.ª SAC. Y no estaba.

JULIO He venido á conocerte nada más. ¿Verdad, don Eligio?

D. ELIG. Nada más.

CONS. Muchas gracias, hombre. No lo creo, pero muchas gracias. ¡Mira que hemos corrido y saltado por este patio! ¿Te acuerdas, Julio? ¡Pero qué bien los encuentro á todos! Hasta Diego se conserva como un chiquillo. ¿Qué vino se bebe en esta casa? ¿Y Cinta, Diego, y Cinta?

DIEGO Tan güena que está.

CONS. ¡Pobre Cinta! ¡Cuánto la hacía rabiar cortándoles las orejas á los gatos! ¡Ja, ja, ja! El patio es el que me parece más chico. ¡Claro, como yo soy mayor! Mañana mismo, tía, hemos de ir á la casa en que yo nací. ¿Quién vive allí ahora? ¡Le advierto á usted que traigo en la cabeza un revoltijo de recuerdos de mi niñez!... ¡Lo que yo voy á gozar andando por las calles de Alminar de la Reina! En el tren se lo decía á Coralito. Ven acá, Coralito. **Presentándola.** Tía, mi doncella.

COR. Coralito Moreno y Rivas, para servir á usté y á todos.

JULIO Gracias, Coralito Moreno y Rivas.

CONS. Qué guasón es mi primo. Ahí donde usted la ve, es una gran persona esta muchacha. Y me quiere á morir. Lo malo es que voy á perderla pronto, porque saca novios hasta en el desierto.

D. ELIG. **Alarmado.** ¿Sí, eh?

JULIO Se explica.

COR. **Mirándolo con un caramelo en cada ojo.** Grasias.

CONS. ¡En el tren nos hemos reído!... Un señor cura que venía acompañándonos, y que mañana pasará á saludar á usted, enseñaba hasta la última muela. Todo porque esta ha hecho tres conquistas durante el viaje: una de primera, otra de segunda, y otra de tercera.

COR. De segunda, dos.

CONS. Es verdad, dos; el teniente de Carabineros y el otro.

COR. La señorita Consolasión tiene muy buen genio y le gusta oirme. Todo eso de las conquistas es guasa suya. No ha habido más sino que los hombres la miran á una... y

una no va á taparse la cara con er pañuelo.

Coralito pronuncia las eses como si tuviera un diente roto. Principian en este punto á salir de la casa de labor las figuras de segundo y de tercer orden, algunas de las cuales ya revelaban su impaciencia y su curiosidad asomándose con disimulo á la puerta.

AMB. Con permizo de los zeñores, yo vengo á zaludá á la zeñorita.

CONS. ¡Hola, Ambrosio! ¿Qué tal?

AMB Vamos viviendo. A usté ya la veo como una roza...

CONS. ¿Y tu mujer?

AMB. A mi mujé no hay quien le dé una pena.

CONS. ¿Y Antoñito? ¿No se llama Antoñito?

AMB. Antoñito ze yama. A pintó ze ha metío. Ayá veremos lo que zale.

CONS. ¿Y Joaquina?

AMB. Joaquina, mejorando lo prezente, es la honra e la caza. ¡Jozús, qué criatura! No tiene fin de bonita, zeñorita Conzolación.

CONS. ¡Digo! ¡Si está aquí Carmen! ¡Y Frasquita! ¡Jesús, Jesús! ¡Se me figura que no me he ido de Alminar de la Reina!

Empiezan á repartirse besos que suenan lo mismo que cohetes

CAR. Señorita Consolasión, me alegro de verla tan lusía.

FRAS. Que sea usté bien venía, señorita Consolasión.

CONS. Ya me tienen ustedes aquí á darles trabajo.

CAR. Señorita Consolasión, usté no da trabajo.

FRAS. Y á eso está una, señorita Consolasión.

CONS. **Por Lucío que la mira embobado.** Y este, ¿quién es? A este no lo conozco.

LUCÍO Ni yo á usté, zeñorita.

JULIO Ah, pues hay que presentarlos en el acto. La señorita Consolación y el animalote de Lucío.

Lucío suelta una carcajada escandalosa, que secundan todos los que no son personas serias.

D. ELIG. **En tono reprensivo.** ¡Lucío!

LUCÍO ¡Me ha jecho gracia er zeñorito don Julio! ¡Como me ha yamao animalote! Pos ya zabe la zeñorita Conzolación que pué mandá á

Lucío jasta que ze tire por er barranco, zi tiene la zeñorita eze gusto.

D.ª SAC. Calla, Lucío, calla.

Preséntase de improviso la Chacha Pepa, arrebatada y temblorosa de emoción y de júbilo. Materialmente se come á besos á Consolación, pero con «entreactos» en que la contempla hechizada.

CHACHA ¿Ande está? ¿Ande está? ¡Hija de mi arma! ¡Hija de mi corazón y de mi zangre!

CONS. ¡Chacha Pepa!

CHACHA ¡Hija de mi vía! ¡Déjame que te coma! ¡Me traían engañá! ¡Me querían hacé creé que no venías nunca! ¡Pero á mí ze me puzo en er corazón que iba á verte esta noche!

CONS. ¿Y Juan, chacha?

CHACHA Bardao lo tengo ar pobrecito. ¿Tú vendrás á verlo, verdá mi arma?

CONS. ¡Vaya si iré!

CHACHA ¡Ay, qué retegüena y qué retehermoza te ha parío tu madre!

LUCÍO Zeñora, ¿ze quié usté cayá?

CHACHA ¿Yo? ¿Por qué?

LUCÍO ¡Porque en esta caza no está bien decí que lo ha parío zu madre á uno!

JULIO ¿Qué dice este salvaje?

CHACHA Yo hablo aquí to lo que ze me venga á la boca. ¡Hija de mi corazón, Dios te bendiga! ¡Qué guapízima estás! ¿No es verdá, doña Zacramento, que paece la Virgen der Carmen?

D.ª SAC. Sí, sí; pero basta ya, chacha Pepa. Déjala, que te vas á poner mala de alegría.

D. ELIG. Y cada uno á su quehacer y á su puesto, que se hace harto prolijo el capítulo de expansiones.

D.ª SAC. Aguardad un segundo. Mi sobrina, la señorita Consolación, viene á vivir conmigo. Quiero para ella igual consideración é igual respeto que para mí. No lo olvideis. Y tú, sobrina, ven arriba ahora y te llevaré á tu departamento. Tenemos que hablar mucho.

CONS. ¡Y tanto, tía! ¡Qué casa aquella! El pobre de tío Alfonso...

D.ª SAC. Calla. A solas me dirás...

CONS. Ea, pues vamos á donde usted me lleve.

CHACHA ¡Adiós, niña mía! ¡Adiós, lucero!

CONS. Adiós, chacha; que vengas.

CHACHA ¿Tú no vas á dí á vé á mi Juan?

CONS. ¿No te he dicho que sí?

CHACHA Pos mañana mejó que pazao. ¡Adiós, reina der cielo! ¡Adiós, pimpoyo bonito!

D. ELIG. ¡Basta ya! ¡basta ya! ¿Cómo ha de decirse?

CHACHA ¡Cáyeze usté, don Dificurtaes, que gruñe usté más que er carriyo de un pozo!

Doña Sacramento y Consolación se encaminan hacia la escalera. Coralito las sigue. Los otros criados van á retirarse también. En este momento Lucío, que está en primer término, con la mirada distraída y un dedo en la boca, sale con la siguiente improvisación:

LUCÍO «La zeñorita ha yegao
mu gracioza y mu bonita;
parece una fló der campo;
Dios bendiga á la zeñorita.
Y con zu tía, aquí prezente,
y don Julio, mucha zalú les dezea
zu zervidó que lo es
Lucío Fernández y Perea.»

El poeta, entre satisfecho de su obra y corrido, suelta otra carcajada que estremece el patio. Doña Sacramento sonríe con cierta benevolencia; don Eligio se pone más serio que nunca, porque le molesta la incorrección de los versos, y porque el poeta se ha olvidado de citarlo á él; los demás ríen y charlan á un tiempo, comentando la buena ocurrencia de Lucío y la belleza de la señorita. Tía y sobrina, con la doncellita á la zaga, siguen subiendo las escaleras. Consolación ríe de muy buena gana.

CONS. ¡Ay, qué demonio de muchacho! Ha tenido sombra de veras.

COR. Es grasioso ese hombre.

CHACHA ¡To ze lo merece el ánger mío! ¡To, to, to!

AMB. Eze chiquiyo no ze paga con oro.

DIEGO Ha estao mu salao.

CAR. Ha estao mu oportuno.

AMB. ¡Y qué bonita está la zeñorita!

FRAS. Está presiosa.

CAR. Está hecha un lusero.

AMB. ¡Mujeres azí es lo que debía pintá mi niño! ¡Mardita zea!...

JULIO Lucío, venga esa mano; eres un gran poeta.

D. ELIG. Abrumado por tal algarabía. ¡Ay, ay, ay, ay!...

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

La misma decoración del acto primero. Es por la mañana.

—

Doña Sacramento, sentada en uno de los sillones, lee un libro forrado de pergamino. De pronto, á lo lejos, óyese el voltear de las campanas de una torre, que repican como si algún suceso fausto ocurriese en Alminar de la Reina, ó como si los campaneros se hubieran vuelto locos. A los ojos de la noble dama, que deja la lectura, asoma el asombro más grande. Don Eligio sale por la puerta de la derecha, con una pluma de ave en la oreja, y en un gesto tal de estupefacción, que no parece sino que le han dicho que la edición de su libro se agota por puntos.

D. ELIG. ¿Oye usted, mi señora?

D.ª SAC. Oyendo estoy, querido Frías. ¿Qué repique es este?

D. ELIG. En Dios y en mi ánima que no adivino cuál pueda ser la razón de tan desatado campaneo. Hallábame ordenando los apuntes para mi conferencia de esta noche, sobre el empleo del *la* en el dativo femenino—yo soy *laista*,—cuando el recio tole tole de las campanas me distrajo de mi tarea.

D.ª SAC. ¿Mañana es fiesta de guardar?

D. ELIG. Para mi santiguada que no.

D.ª SAC. ¿Las campanas son las de Nuestra Señora del Carmen?

D. ELIG. Ellas me parecen.

D.ª SAC. Y repican con desusada furia. ¡Bah! Pronto hemos de saber á qué se debe todo.

D. ELIG. Así es la verdad. Va a irse y vuelve. Dígame, doña Sacramento: ¿aún no ha regresado la señorita Consolación?

D.ª SAC. Aún no ha regresado. ¿Tuerce usted el gesto, amigo Frías? A ver, á ver...

D. ELIG. Si la señora me lo permite le diré que el paso de hoy no merece mi aprobación.

D.ª SAC. ¡Ay, señor don Eligio! Ya lo he podido comprender. Yo estoy contrariadísima. Pero vinieron sus amigas por ella, y no supe oponerme á su resolución.

Cesa el repique.

D. ELIG. ¿Quiere decirme la señora qué lección seria ha de sacar la señorita de la boda de unos gitanos?

D.ª SAC. Y menos mal si todo se quedara en la boda; pero de seguro habrán llegado frente á sus cuevas, donde tendrán zambra todo el día.

D. ELIG. ¡Lamentable espectáculo! Las danzas de las gitanillas son harto deshonestas, y sus cantares, chabacanos y libres, pican que rabian.

D.ª SAC. Cierto es.

D. ELIG. La señorita Consolación, señora marquesa, tiene el diablo en el cuerpo, como suele decirse. Esa alegría suya, desenfrenada, atolondradora, febril, entiendo yo que debe ser combatida por todos los medios. La encuentro peligrosísima á sus años, y desde luego poco señoril y poco seria.

D.ª SAC. Amigo Frías, ha ido usted á poner el dedo en la llaga. Mi sobrina me tiene disgustadísima. Diez días lleva aquí y Dios sabe cuántas contrariedades me ha causado ya. Su genio alegre, como usted ha dicho muy bien, es realmente perturbador é incontrastable. Nada le intimida: nada respeta. En esta casa, donde había el silencio de un claustro, se oye ahora por todas partes un loco reir y un charlar sin tregua ni reposo.

D. ELIG. Además, señora, ¿qué viene á ser esto de recibir aquí, á cualquier hora del día ó de la noche, á todo el que llama á esa puerta?

Cuando no es el Tío Carando, que la vió nacer, es la Tía Pilonga, que la vió abrir los ojos; cuando no es el Tuerto de la Plaza, que le debe el estanco á su señor padre, es otro lisiado cualquiera que viene á pedirle una limosna. Y aquí el ama; y aquí el marido del ama en una silla, porque está baldado; y aquí los seis hijos del ama; y aquí todos los criados y criadas que fueron de su casa paterna, y aquí el pueblo entero, ¡qué diablo! Y una de besar, y una de reir, y una de charlar, que no me permiten poner una coma en su sitio. Esto no, señora marquesa, esto no.

D.ª Sac. Pues ¿y la doncellita, es de oro? No ha de sacudir una falda si no es cantando; siempre ha de replicar á lo que se le dice; con todos los mozos de la vecindad coquetea; usa unos vestidos de colorines escandalosos; se echa encima una de olores que trastorna, y se baña, como si fuera una duquesa, casi todos los días.

D. Elig. ¿Sí?

D.ª Sac. Sí, señor.

D. Elig. ¿Dónde...?

D.ª Sac. ¿Cómo?

D. Elig. ¿Dónde se ha visto cosa igual?

D.ª Sac. Le aseguro á usted que si no se corrige, aun á riesgo de incurrir en el enojo de mi sobrina, la plantaré en la calle.

D. Elig. Y hará usted muy bien. En el bolsillito del delantal lleva un pedacito de espejo, y apenas se ve sola en un rincón, ya se está arreglando los *nenes*.

D.ª Sac. Lo he observado.

D. Elig. Otrosí. Le gusta, ó hace que le gusta, Lucío.

D.ª Sac. ¿Lucío? ¿Tan zafio?

D. Elig. Sí, señora, Lucío. Y trata de embaucarlo y desvanecerlo con todo linaje de coqueterías.

D.ª Sac. ¡Oh, no! Pues eso no. En mi casa no.

D. Elig. Y aun hay algo más lamentable. Ayer leía á hurtadillas un librejo que escondió al verme á mí.

D.ª Sac. ¡Hola, hola! A propósito: ¿examinó usted la biblioteca de mi sobrina?

D. ELIG. Sí, señora. ¡Vaya una biblioteca!

D.ª SAC. ¿De quién tiene libros?

D. ELIG. De Becquer, el poeta nocivo y peligroso; de Campoamor, que llamaba las cosas por su nombre; de Valera, que tampoco se mordía la lengua; de Pérez Galdós... ¡y de Luis Taboada!

D.ª SAC. ¿Y en francés, ha visto usted algo?

D. ELIG. Dos ó tres noveluchas de Daudet, que pienso quemar sin autorización de nadie.

D.ª SAC. Con la mía.

D. ELIG. Sospecho que la señorita Consolación tiene el deplorable hábito de dormirse leyendo.

D.ª SAC. ¿Por qué no le da usted su libro, querido Frías?

D. ELIG. Con mil amores, si lo desea la señora marquesa. Yo no había pensado en cosa tal, porque soy naturalmente modesto. Pasa Coralito desde la primera puerta de la izquierda hacia la escalera. Su andar menudito de paloma y el incitante juego de sus curvas, sacan de quicio al administrador. ¡Niña!

COR. ¿Es á mí?

D. ELIG. A usted. Hágame el favor de acercarse.

COR. Obedeciéndolo muy sonriente. ¿Qué me manda usté?

D. ELIG. Ante todo menos sonrisita.

COR. Si es agrado naturá.

D. ELIG. Pues menos agrado natural. Y muchísimo menos guiñarme á mí.

COR. ¡No es guiño, señó!

D. ELIG. ¿Qué es entonces?

COR. Picardía del ojo izquierdo.

D.ª SAC. Bien está ya, sea lo que fuere. Diga usted, Coralito.

COR. ¿Señora?

D.ª SAC. ¿Qué libro leía usted ayer tarde?

COR. ¿Me vió usté? No, que fué este cabayero er que me vió.

D. ELIG. ¡Quien la viera á usted es aquí lo de menos! ¡Aténgase al interrogatorio! ¿Qué libro leía?

COR. Un libro grasiosísimo. «Las veintisinco maneras de que se vale una mujé para sacá novio, y un hombre para sacá novia.»

D.ª SAC. Pues ese libro se lo entregará usted al señor administrador.

COR. ¿Va usté á sacá novia?

D. ELIG. ¿Eh? ¡Voy á sacar lo que á usted no le incumbe!

COR. ¡Huy qué palabra!

D. ELIG. ¡Usted es la que está sacando ya los pies del plato!

D.ª SAC. Sí, por cierto. Coralito, si no quiere usted obligarme á una reprensión dura, replique menos y obedezca más. Hoy mismo le dará usted al señor don Eligio el libro que leía, para que lo queme.

COR. Pero ¿es que er libro es malo?

D. ELIG. ¡Es deleznable!

COR. ¿Pues qué va una á leé: «Bertordo, Bertordino y Cacaseno?»

D. ELIG. ¿Cómo se entiende? ¡Retírese!

COR. Sí, señó. Sigue su camino hacia la escalera.

D. ELIG. Contemplándola y moviendo la cabeza con disgusto. ¡Ay qué meneíto!... ¡qué meneíto!...

COR. ¿También está mal er meneíto? ¡Vaya! ¡Esta casa es la Inquisisión! Sube

D. ELIG. ¡Silencio!

COR. Señó, si no pío. Desaparece.

D. ELIG. ¡La última frase ha de ser de ella! ¡Esto me vuelve loco!

COR. Dentro, cantando.

Yo no sé...
yo no sé lo que le ha dao
este serrano á mi cuerpo...

D. ELIG. Yéndose al pie de la escalera á gritar. ¡Coralito!

COR. *Contra más...*
contra más quiero orvidarlo
menos conseguirlo puedo...

D. ELIG. ¿Pero ve usted, señora marquesa? ¿No es esto burlarse de mí abiertamente?

D.ª SAC. Estoy callada, porque con la tal mocita no hay modo de hablar. Luego le diré á mi sobrina lo que hace al caso. Comprendo ahora que si la mujer de mi primo Alfonso es una muchacha seria, como ya me inclino á creer, hayan saltado de allí Consolación y su doncellita.

D. ELIG. ¿Sabe mi señora cuál es la que estimo única suerte de este caso?

D.ª SAC. Me lo figuro, amigo Frías. Se refiere usted á que no está mi hijo entre nosotros.

D. ELIG. Cabalmente.

D.ª SAC. ¡Ah, ya lo creo! Mi hijo, dado su natural, alentaría y aun aplaudiría todas estas cosas que á usted y á mí tanto nos desagradan. Por eso, señor don Eligio, transigí con él, y le dije á usted que le diese todo lo que pedía, para que levantara el vuelo cuanto antes. Su presencia aquí estaba llena de peligros.

D. ELIG. A Dios gracias, se fué al día siguiente de llegar la señorita Consolación, y no debemos temer que vuelva por ahora ni en algún tiempo.

JULIO Asomándose por la ventana del zaguán. ¿Hay posada para un peregrino?

D.ª SAC. Estupefacta. ¡Julio! ¿Tú?

D. ELIG. Como si tomara ruibarbo. ¡Don Julio! ¿Usted?

JULIO Yo mismo. ¿Hay posada ó no? Vengo á molestar lo menos posible; cuestión de un par de horas.

D. ELIG. Habrá usted visto que nos hemos quedado de una pieza su mamá y yo.

JULIO Lo que veo es que no quiere usted abrirme. Palabra de honor que me iré sin pedir más dinero.

D.ª SAC. Abrale, don Eligio, ábrale.

JULIO Gracias, mamá. Don Eligio se fía menos que tú.

D. ELIG. Obedeciendo á la señora. ¡Qué cosas tiene el señor marqués!

JULIO Abrazándolo en el mismo portón, que queda entreabierto ¡Don Eligio! ¡Mi ángel tutelar! ¡Ya sabe usted que yo lo quiero muy de veras! Besando á doña Sacramento ¿Qué hay, mamaita?

D.ª SAC. ¿Qué ha de haber? Que me desconciertan tus salidas de tono. ¿Me quieres explicar qué es esto?

Julio viste traje de campo al uso de la tierra.

JULIO Esto es que tu hijo el calavera, tu hijo el pródigo, tu hijo el malo, viene con unos

amigos á un tentadero en La Temprana, á media legua de Alminar, y mientras ellos preparan el almuerzo alegremente, él monta en su jaca y se llega á darle un beso á su madre. ¿Qué tal, don Eligio? ¿Soy ese aborto del abismo de que usted habla?

D. ELIG. Señor marqués... yo nunca he dudado... Esas bromas de usted son injustas... Lo cual no empece...

JULIO Sí empece.

D. ELIG. No empece...

JULIO No empecemos. Y perdone usted este chiste. Sé que usted odia el chiste.

D. ELIG. Según. Cuando es de buena ley, lo celebro como el que más.

JULIO Pero sin reirse. Yo no lo he visto á usted reirse nunca. ¿Tú has visto reirse á don Eligio, mamá?

D.ª SAC. ¡Julio!

D. ELIG. Señora...

JULIO Don Eligio, no haga usted caso de mis chirigotas. Estoy contento... y no reparo en que quizás lo moleste á usted.

D. ELIG. De ninguna de las maneras.

De la casa de labor sale Ambrosio.

AMB. Tengan ustés muy buenos días. Sorprendido. Don Julio, ¿cómo usté por aquí?

JULIO Hombre, no es tan raro verme por aquí.

AMB. ¡Pero tampoco es coza que ze vea tos los días, como er zalí der zó!—Con permizo. Don Eligio de mis curpas.

D. ELIG. ¿Qué hay?

AMB. A mi niño lo tiene usté ya en er jardín con la paleta y los pinceles, y pregunta zi va usté á ponerze la ropa con que lo está pintando ó zi hoy también lo deja.

D. ELIG. ¡Válgame Dios! Dile que hoy tampoco podemos hacer nada. Tengo mucho que trabajar. Mientras no salga de mi conferencia, no quiero distraer un minuto. Tanto, que con permiso de todos... ¿La señora marquesa me necesita?

D.ª SAC. Para nada.

D. ELIG. ¿El señor marqués quiere algo?

JULIO Que le pase á usted el susto.

D. ELIG. Siempre ha de chancear el señor marqués.

Vase por la puerta de la derecha.

JULIO ¡Pero no se ríe! Escúchame, Ambrosio.

AMB. Mándeme usté, don Julio.

JULIO Te felicito. Sé que tu hijo progresa en la pintura.

AMB. ¿Que progreza?

JULIO Así me dicen todos.

AMB. ¿Zí, verdá? Pué zé que progreze; pero lo que yo le pío á usté, y á tos los que dicen que progreza, es que no me mienten ar niño.

JULIO ¿Por qué?

AMB. Conteniendo su mal humor. Por na. No me mienten usté ar niño, don Julio; no me miente usté ar niño. Yo cuando me enfao no zé hablá zin zortá ajos y ceboyas... y me voy á enfadá zi me mienta usté ar niño. ¿Estamos, don Julio? Ez un favó que yo le pío á usté que no me miente ar niño. Y usté ziga bueno. Vase á la casa de labor

JULIO Adiós, hombre. Riéndose. ¿Qué le ocurre á Ambrosio con el niño?

D.ª SAC. No lo sé á ciencia cierta; pero me figuro que se trata de un gran desacuerdo en materias de arte.

JULIO Ya.

D.ª SAC. Dejemos á Ambrosio y vamos á cuentas nosotros dos.

JULIO ¿Cómo á cuentas? ¿No he jurado que soy moro de paz?

D.ª SAC. Respóndeme: ¿puede creerse lo que me has dicho del tentadero y de que vienes á verme tan sólo?

JULIO ¿Pues á qué he de venir sino á eso? ¿Te he engañado yo alguna vez?

D.ª SAC. Es cierto: nunca.

JULIO No lo digas con retintín. ¿Y mi prima?

D.ª SAC ¡Tu prima! ¡No me hables de ella! ¿Dónde creerás que está tu prima?

JULIO ¿Dónde?

D.ª SAC. Con seis ú ocho amigas en una boda de gitanos.

JULIO ¿Ah, sí?

D.ª SAC. Como lo oyes.

JULIO ¿Es quizás la novia la hija de Chiribiqui?

D.ª SAC. ¡Qué sé yo!

JULIO Seguramente. Acabo de encontrarme á Chiribiqui con una borrachera, que si no era de boda era de bautizo. Me saludó tirando el sombrero por alto.

D.ª SAC. ¿Y de qué te conoce á tí ese hombre?

JULIO Somos compadres.

D.ª SAC. ¡Julio!

JULIO Le bauticé el último chiquillo.

D.ª SAC. ¡Jesús! Así te parece cosa natural que tu prima haya ido á esa boda; sin reparar en que aquellas cuevas no son ni con mucho escuela de buenas costumbres.

JULIO Mamá, por Dios, no confundas las cosas. Ponte alguna vez en la realidad. Precisamente me agradó de mi prima, en lo poco que hablé con ella, lo espontáneo de su carácter; lo franco, lo ingenuo de su corazón; su irreflexión simpática, su alegría juvenil, que nacen de un alma clara, de un cuerpo saludable... Una mujer así, ni de las cuevas de gitanos ni de ninguna parte saca nada que no deba sacar.

D.ª SAC. No me sorprende oirte. Harto presumía yo que tu señora prima había de encontrar en tí juez bastante benévolo para sus ligerezas.

JULIO Mamá, me desespera que hayas de verlo siempre todo á través de los lentes de don Eligio. Yo apenas conozco á mi prima; ni tengo para qué ser su abogado; pero vale mucho más que sea como yo me la figuro, que no como estas niñas del pueblo, de que Dios nos libre.

D.ª SAC. No midas por un rasero á las niñas del pueblo. En el pueblo hay de todo. Y bien sabes tú que sobresale una muchacha entre las demás, de la que te he hablado mil veces con elogio de sus virtudes.

JULIO Sí; para que yo tomara estado; para que yo dejara mis devaneos; para que yo sentara

la cabeza... Ya, ya lo sé; pero como lo primero que se necesita en un matrimonio es amor, y yo no siento amor por esa señorita, aunque sea una rica heredera, ahí tienes por qué no andamos de acuerdo. Y basta ya de dimes y diretes, mamá, que siempre hemos de estar riñendo ó cosa parecida, y yo me he propuesto no volver á reñir contigo.

D.ª SAC. Esa sería buena señal.

JULIO No sería mala; pero no por lo que tú piensas. Porque te advierto una vez más, que yo no he de parecerme nunca á tu administrador.

D.ª SAC. ¡Y dale con el pobre administrador!

JULIO Para eso haría falta, como dice la copla,

otro mundo y otro cielo
y otro Dios que dispusiera.

Oyese en el zaguán algarabía de muchachas y muchachos que se despiden.

D.ª SAC. ¿Eh? Ahí está ya Consolación.

JULIO ¿Mi prima?

D.ª SAC. Siempre se anuncia así: con risotadas y bullicio. Sentiré que entre alguien. Esta casa, desde que ella llegó, es la casa de tócame Roque.

CONS. Dentro todavía. Hasta luego, hasta luego. No faltes tú, Mariquita Antonia. Sale por el portón. Viene de traje claro y mantón de Manila ó de espuma, puesto en forma de chal. Lucío la sigue. Tía, ¿ve usted cómo no me han matado? ¡Hola, primo! ¿Tú por aquí otra vez? ¿Has venido al casorio?

JULIO ¿Cómo te va, primita?

D.ª SAC. Ha venido al campo, á almorzar con unos amigos, y se ha llegado á vernos. Pero se va en seguida.

JULIO Bien se ve que has andado de fiesta. ¡Buenos colores traes!

CONS. ¡Y qué fiesta! Me hubiese alegrado que la hubieras visto. ¡Ay, tía, me he reído hasta ponerme mala!

D.ª SAC. Para eso necesitas tú poco.

Lucío observa embobado á Consolación.

CONS. Es que no hay gente como los gitanos para

pasarlo bien. ¡Me han dicho una de cosas!... Con lo que á mí me gusta que me digan cosas los gitanos. Los gitanos y los que no son gitanos. Mire usted, tía, un hombre del campo me dijo... Lucío, ¿cómo fué?

LUCÍO ¿Er qué? ¿Lo que le dijo á usté Vinagre?

CONS. ¿Vinagre?

LUCÍO Aquer de la chaqueta al hombro y la mancha en la oreja.

CONS El mismo.

LUCÍO Eze tiene mu güena zombra. Le dijo, dice...

Se ríe recordando la ocurrencia Le dijo, dice... con permizo de la zeñora... le dijo, dice...

JULIO ¡Acaba!

LUCÍO Don Julio, güenos días.

JULIO Buenos días. ¡Acaba!

LUCÍO Le dijo, dice: «Toavía estaba zu mamá de usté echando cuentas... y ya era usté bonita.»

Se ríen él, Consolación y Julio.

D.ª SAC. ¡Qué disparate!

LUCÍO Poz un gitano mu negrucio, conocío por Maceta, le dijo otra coza, que usté, zeñorita Conzolación, ó no la oyó bien, ó jizo azín como que no la oía. Le dijo, dice...

CONS. Calla. Remedándolo. Hice «azín como que no la oía.»

Lucío torna á reir.

D.ª SAC. Me maravilla que te puedan halagar tales piropos.

CONS. Por Dios, tía; ¿pero usted cree que son más finas las cosas que nos dicen los señoritos? Yo he pasado un rato que no se me olvidará en mucho tiempo. Había allí una gitanilla, ¡que bailaba de una manera!... ¡Qué salero, qué brío, qué encanto más particular!... Y era preciosa. No me la traje para que usted la viera, por miedo á don Eligio.

D.ª SAC. ¡Muchacha!

JULIO Esa sería la Chamarina, ¿verdad?

CONS. ¿La conoces tú?

JULIO Mucho. Nació bailando.

CONS. El que nació bailando, por lo visto, es un zagalillo de este alto, más negro y más feo

que mandado hacer. ¡Lo que se zarandeó aquel cuerpo, Dios mío!

JULIO Ah, sí: Malos Pelos, sin duda.

CONS. ¡Malos Pelos! Así le llamaban.

JULIO Ese es hijo de Micaela la Bonita y nieto de Petaca.

CONS. Estás metido en el gran mundo, primo.

JULIO Completamente. Mamá, no te enfades.

D.ª SAC. No me enfado, no. Ya estoy acostumbrada á oirte.

LUCÍO Cuente usté lo der repique, zeñorita Conzolación.

D.ª SAC. ¿Lo del repique?

CONS. Sí. ¿No ha oído usted repicar en el Carmen?

D.ª SAC. Con gran sorpresa, ciertamente.

CONS. ¡Pues he sido yo!

D.ª SAC. ¿Tú?

CONS. Yo.

JULIO ¿Tú, prima?

CONS. Yo, yo.

LUCÍO La zeñorita ha zío.

D.ª SAC. ¡Virgen de las Angustias!

JULIO ¿Campanera también?

CONS. ¡Campanera y sacristana y cuanto hay que ser en el mundo! Verá usted, tía. No arrugue el entrecejo: alégrese conmigo, por Dios. Volvíamos las muchachas y los muchachos charlando y riendo del casamiento de los gitanos, y al pasar por el Carmen dijo una: «Vamos á entrar á rezarle á la Virgen.» Y entramos todos á rezar. En esto, yo, que rezo más á prisa, me levanto y me subo á la torre, recordando mis siete años. Lo mismo fué verme, que todos á la torre conmigo. ¡Qué barullo! ¡qué risa por aquella escalera, oscura como boca de lobo! Cuando llegamos al campanario nos deslumbró la luz. ¡Es gloria del cielo lo que se ve por aquellos ojos de la torre! Al sentirnos, una bandada de palomas echó á volar. La mañana era hermosa: el aire, fresco y saludable. El sol parecía que pintaba de amarillo el trigo, de rojo las amapolas, de blanco el pueblo, de

verde los pinares... Temblaba yo, mirando todo aquello, de emoción, de alegría, de ganas de vivir... Allá lejos, muy lejos, había unos hombres encorvados, segando la mies... Quise yo en un momento levantar el vuelo como las palomas, saltar, gritar, cantar como un pájaro; quise yo agradecerle á Dios la vida que me dió, los ojos que me puso en la cara y la alegría que me puso en el corazón para ver y sentir todo cuanto veía y sentía; quise yo llevarles, comunicarles mi bienestar á aquellos campesinos, alegrar su trabajo penoso, hacerlos descansar un instante siquiera... Sentí el impulso de los momentos buenos, estalló mi corazón en risa y en lágrimas, y ni visto ni oido: sentido y hecho: cogí la cuerda de una de las campanas y empecé á voltearla como si hubiera sido campanera toda mi vida. ¡Talán tan! ¡Talán tan! Se estremeció el aire. En la torre se armó un revuelo de risas y gritos que ensordecía. Lucío se agarró á otra campana. Un monaguillo, contagiado también y encantado con la indisciplina, se agarró á otra. ¡Talán tan! ¡Talán tan! ¡Talán tan! ¡Talán tan! Parecíamos locos. Las palomas, que habían vuelto á la torre, echaron á volar otra vez... Y algunos de aquellos hombres que trabajaban lejos, levantaron los cuerpos que tenían inclinados sobre la tierra, y un buen rato estuvieron mirando hacia arriba: hacia la torre, hacia el cielo. Ya sabe usted, tía, por qué ha habido esta mañana repique en el Carmen.

LUCÍO ¿Pos no ze me han zartao las lágrimas?

JULIO No ha sido á tí solo. Mira tú por dónde la alegría de la señorita nos ha enternecido á los dos.

LUCÍO Es que ha contao la coza que ha zio estarla viendo. Mejón que estarla viendo.

D.ª SAC. Consolación, Consolación, eres buena, pero eres loca.

CONS. Ay, tía, pues yo me esforzaré en ser un poquitito más buena y un poquitito menos

loca, para darle á usted gusto. Poquitito, ¿eh?

Baja Coralito tan pizpireta como siempre.

COR. Señorita Consolasión. Sonriendo. Hola, Lusío.

CONS. ¿Qué quieres?

COR. ¿Se puede hablá?

CONS. ¿Por qué no, mujer? ¿Qué hay?

COR. ¿Sabe usté que están ahí las masetas?

CONS. ¿Mis macetas? ¿Todas?

COR. Todas: hasta la der perejí.

D.ª SAC. Es verdad: no te he dicho... A poco de irte tú llegaron los tres carros.

CONS. ¿Dónde las han puesto?

COR. En er jardín en cuatro filas.

CONS. ¡Voy á verlas corriendo! Tía, venga usted. ¡Verá usted qué primores! ¡Mis macetas son famosas en todo el contorno! Yo las quiero más que á muchos parientes. Ande usted, ande usted.

D.ª SAC. Mujer, déjame á mí; yo no estoy para nada.

JULIO ¿Ni para ir al jardín, mamá? ¿De manera que llegan las macetas de Consolación y la dueña de la casa no va á recibirlas como merecen?

CONS. ¡Pues claro! Si no viene, me pico. En serio.

D.ª SAC. Sea como tú quieras. Vamos al jardín.

Se encaminan las dos hacia la puerta de la casa de labor.

CONS. Usted se alegrará. Lo que siento es que ya hay pocos claveles; pero rosas... ¡verá usted qué rosas!

COR. Una viene como la cabesa de un niño chico.

JULIO Ahora iré yo á verlas también.

CONS. Te gustarán.

JULIO Lo creo. Hay cosas que gustan, más que por ellas en sí, por la persona que anda en torno de ellas. Conociéndote á tí, por fuerza han de encantarme tus macetas.

CONS. ¡Mira qué galante es mi primo!

D.ª SAC. ¡Buen par de taravillas estais tu primo y tú!

Ríen los muchachos. Ellas entran en la casa de labor y él sube. Lucío se queda como cuajado mirando á la puerta. Coralito, que cree que no es á la puerta precisamente adonde debe mirar Lucío, le dice al cabo:

COR. Pero, oye: ¿te han embarsamao con estopa?

LUCÍO Sin oirla. ¡Er zó ze ha metío en esta caza!... ¡Pintores no la pintan!... ¡Bonita es como la fló der granao!

COR. ¿Estás hablando solo?

LUCÍO ¡Mardita zea la pobreza! ¡A ladron me vi á echá pa tené dineros! ¡Zi yo fuea zeñorito!...

COR. ¡Jesú! Tú no estás bueno de la *armendra*.

LUCÍO ¿De dónde?

COR. Por la cabeza. De la *armendra*.

LUCÍO ¡Déjame á mí ahora! Volviendo á sus pensamientos. ¡Qué mirá!... ¡Qué hablá!... ¡Qué andá pa arriba y pa abajo como una pluma!... ¡Qué reí... que paece que entra en la caza un bando e golondrinas!...

COR. Picada. Lo primero que hay que tené en este mundo es educasión.

LUCÍO ¿Qué dices?

COR. ¿Soy yo argún trapo?

LUCÍO Compará con tu zeñorita eres trapo y medio.

COR. Grasias. ¿Tú te has fijado en la soga der poso?

LUCÍO ¿Por qué?

COR. Porque así eres de fino.

LUCÍO ¿Pero te quiés tú poné con eya?

COR. Yo no, hijo mío; yo no quiero ponerme con nadie. Cada una es como Dios la ha hecho. Lo que sí te digo es que yo, aunque sea en er campo, hago así en er suelo con er pie... y salen siete novios.

LUCÍO ¡Ziete griyos es lo que zardrán!

COR. Arguno me canta por las noches. Acostumbrá estoy yo á que hombre que me ve, hombre que siente la *punsá*.

LUCÍO ¿Y á mí á qué me cuentas tú ezo?

COR. Pa que te enteres con quien tratas.

LUCÍO ¡Zi ya lo zé de zobra! ¡Que siempre habemos de está lo mesmo! Quéate con Dios: me voy á verla entre las flores.

COR. ¿A quién?

LUCÍO ¡A doña Zacramento va á zé! ¡Mía esta! ¡A tu zeñorita, pamplinoza! ¡Eza zí que da azín con er pie en er zuelo, como dices tú, y zalen ziete claveles reventones!

COR. Despechada. ¡Vaya!

LUCÍO Siguiendo el hilo de su admiración. ¡No ze dice por mucho que ze diga lo bonita que es! ¡Bonita á toaz horas y en toas partes! Ayé ze puzo toa de negro y ze fué á miza zola conmigo, y no zé cómo er Pae Ramón no ze equivocó ar decí: «Dominus vobiscum», y le dijo: «¡Bendita zea tu madre!» Zi yo zoy er Pae Ramón me equivoco. ¿Poz y cuando se encasqueta eze zombrerito tan zerrano, que debe zé de Parí de Francia, y ze monta en la jaca baya y echa á corré por er camino e los Parrales que no hay quien la ziga? ¿Y cuando está zentá y ze levanta de pronto? ¿Y cuando está de pie y da una carrerita pa zentarze?

COR. ¿Y cuando nase un hombre tonto, tonto, tonto de la cabesa y no hay quien lo componga? ¿Qué te parese á tí? ¡Er demonio er gañán, que debía está tirando de una carreta con otro buey! ¿Sabes tú lo que yo te digo? ¡Que mardita la farta que me hasen á mí tus piropos! ¡Pos de buena lana es er carnero! Volviéndose de pronto y encarándosele. Mira: er marquesito de la Cruz de la Fuente, que es un rear moso, que se lava er cuerpo tos los días, me mandó á mí unos sarsiyos de briyantes, con una cartita en que lo que menos que me desía era surtana: en er baú la tengo; Periquito Mora, de lo mejó de Solá der Rey, se ha querido casá conmigo, ¿te enteras tú? ¡casarse conmigo! y me ha dao su retrato, firmao por é: en er baú lo tengo; aquí yevo diez días, y sin salí á la caye, como aquer que dise, tengo ya cuatro pretendientes...

LUCÍO ¿En er baú?

COR. En er baú tengo las cartas; que te coste á tí. Y va er resto: er boticario de esta caye, que es más guapo que tú, y más fino que tú, y que fuma con estenasiyas, está envenenando á medio pueblo, trastornao desde una noche que fí yo á comprarle sargatona. ¿Lo sabes? ¿Te enteras? ¿Me has oído? Cuando menos te piensas tú que se tomó mi madre

er trabajito de echarme ar mundo pa un cortijero. ¡Jesú! ¡Jesú! ¡qué ilusiones se hase la gente! ¡Quítate de ahí, feo to, que hueles á piara! ¡Uf! ¡qué asco me ha dao de pronto este mendrugo! ¡pero qué asco! ¿A dónde iríamos á pará? ¡Por María Santísima! ¡Estaría yo loca! **Entrase por la primera puerta de la izquierda huyendo con repugnancia cómica de Lucío, é indignada ante la suposición de que ella lo mire con buenos ojos. El da rienda suelta á sus carcajadas.**

LUCÍO ¡Ju, ju, ju! ¡Ze ha enfadao! ¡Ze ha enfadao por que yo no le digo na! ¡Ju, ju, ju! ¡Prezume más que un zordao con un puro! ¡Ju, ju, ju! **De improviso se queda serio, fijándose en un retrato que hay colgado sobre la ventana del foro.** Güeno está, hombre; no es mala penzión la que tengo. Dende que la zeñora me riñó porque me reía, en cuantito ze me va la riza ya me está mirando er tío eze. **Variando de puntos de vista.** Y zi me pongo aquí me mira. Y zi me pongo aquí me mira. Y zi me pongo aquí me mira también. Donde quiea que me pongo me mira. **Encarándosele.** ¡Zeñó, pero zi la riza no va con usté... y ezo que paece que zaca la cabeza de un quezo! **Aludiendo á la gola.** ¡Ju, ju, ju! **Suelta otra vez la risa y vuelve á quedarse repentinamente serio ante la mirada del caballero retratado, y á buscar nuevos puntos de vista para ver si logra esquivarla. En este ir y venir lo sorprende Doña Sacramento, que sale de la casa de labor y se encamina á la escalera.**

D.ª SAC. Lucío.

LUCÍO Zeñora.

D.ª SAC. ¿Qué estás haciendo?

LUCÍO Ganas de armorzá.

D.ª SAC. ¿No te has llegado á la botica por lo que te encargué?

LUCÍO Como no corría prieza hasta la noche... Pero iré ahora en un zarto. Zólo que vi á dí á otra botica.

D.ª SAC. ¿Por qué?

LUCÍO Porque er boticario de esta caye está enamorao de Coralito, y ze le píe marnezia y da lamedó. ¡Ju, ju, ju!

D.ª SAC. ¿Qué risa es esa? ¿No te la tengo reprendida? Al mismo tiempo que la reprensión de la señora lo ataja en su risa la mirada de marras.

LUCÍO Sin quitarle ojo al de la gola. Zí, zeñora, zí.

D.ª SAC. Pues mal se conoce. Procura no perder la memoria. Y procura, además, cuando salgas á la calle, no detenerte en la ventana de esa mujer conocida por la *Morisca* en el pueblo.

LUCÍO ¿También ze lo han contao á usté las golondrinas?

D.ª SAC. También. Retírase por la escalera.

LUCÍO ¡Ju, ju, ju! Al retratado. A tí te vi yo á zortá una pedrá en un ojo.

D.ª SAC. Desde la escalera. ¿Eh?

LUCÍO Zeñora, no va con usté. Usté dispenze. Por tercera vez trata de descubrir nuevos puntos de vista para burlar la mirada acusadora. Sale luego Consolación.

CONS. Lucío.

LUCÍO Mándeme usté.

CONS. Escucha: voy á adornar el patio con macetas mías.

LUCÍO ¡Ole!

CONS. ¿Te gusta la idea? Llégate al jardín, y todas aquellas que hay allí separadas junto á la pila, vémelas trayendo ahí al lado.

LUCÍO ¡Como zi quié usté que le traiga er jardín entero, y la pila, y los peces!

CONS. No; no es menester. Que te ayude Diego.

LUCÍO Lo que usté me mande, y na más que lo que usté me mande. Vase el hombre todo alborozado. Baja Julio, que ha trocado el traje de campo por uno de casa.

CONS. Sorprendida al verlo. ¡Julio!

JULIO Consolación.

CONS. Pero ¿no vas al campo ya?

JULIO No voy.

CONS. ¿Qué bicho te ha picado?

JULIO ¡Venates!

CONS. Pues ¿sabes que me alegro?

JULIO ¿Sí?

CONS. Sí; porque he pensado adornar el patio con mis macetas, y tú vas á ayudarme á ello.

JULIO ¡Ahora mismo!

CONS. Cuando ese las traiga. He mandado traerlas á Lucío.

JULIO Ya.

CONS. Oye: ¿te ha pedido tu madre que te quedes?

JULIO No.

CONS. ¿Y de veras te quedas?

JULIO Sí.

CONS. Perdóname.

JULIO ¿Por qué?

CONS. Porque yo me malicié que la reunión del tentadero no era sólo de amigos; y cuando no vas...

JULIO Cuando no voy...

CONS. Claro se ve que es sólo de amigos. Ya sé, ya sé que te gustan un poquillo las faldas.

JULIO ¡Un poquillo, no! De aquí á la casa de enfrente no voy yo si no es por unos ojos.

CONS. Ya sé también que tienes el genio demasiado alegre.

JULIO ¿Demasiado alegre? ¿En qué sentido?

CONS. En los cinco sentidos.

JULIO Eso es muy cierto. Soy gran aficionado á ver, á oir, á oler...

CONS. Atajándolo. Y á lo otro que falta: no te canses. Y naturalmente, te quedarás en Alminar para ver, para oir, para oler...

JULIO Etcétera, etcétera; no te canses tampoco tú.

CONS. ¡Bueno! Me voy arriba.

JULIO Contrariado. No te vayas ahora. ¿No vamos á arreglar las macetas? ¿No hemos quedado en adornar el patio juntos?

CONS. Sí, pero todavía... Voy á escribir antes.

JULIO ¿A escribir? ¿A quién?

CONS. ¡Qué curiosidad, primo!

JULIO ¿Al tío Alfonso?

CONS. No. Y eso que no me olvido de aquella casa.

JULIO ¿A su mujer?

CONS. Tampoco. ¡Dios me libre!

JULIO Con cierto asombro. ¿Entonces á quién vas á escribirle tú?

CONS. Es claro: si no es al tío Alfonso ó á su mujer, ya no hay á quien escribirle en el mundo.

JULIO ¿A alguna amiga?

CONS. ¡Pero qué curioso!

JULIO ¿A algún amigo?

CONS. Ni amigo ni amiga: ¿tú qué tienes que ver?

JULIO Pues, hija, como no le escribas á San Antonio... porque se te haya perdido algo...

CONS. A San Antonio le escribí hace ya tiempo, certifiqué la carta, le metí dentro un sello... y no tuvo más remedio que contestarme.

JULIO Ya.

CONS. ¿Comprendes?

JULIO Sí. ¿Tienes novio?

CONS. Uno.

JULIO ¿Querías tener dos?

CONS. Con uno bueno basta y sobra.

JULIO Lo siento en el alma.

CONS. ¡Primo!

JULIO Sí, hija, sí; te soy franco. Me molesta que las mujeres bonitas tengan novio. Las quiero ó libres como el pájaro, ó ya con su marido al margen. Por lo que no paso es por el novio. El novio es una figura molestísima.

CONS. Pues, hijo, hay que sufrir. Yo tengo otra opinión del mío. Voy á escribirle.

JULIO Poquito, ¿eh?

CONS. ¡Ay, qué gracia! Lo de todos los días. Un pliego tan cruzado que parece una tela metálica.

JULIO ¿Ves tú? Si no fuera por ese hombre, tú y yo seguiríamos charlando ahora. ¡Porque para algo me he quedado yo aquí!

CONS. Para algo, sí; pero para eso, no. Sé también que eres muy embustero.

JULIO Achaques de la imaginación andaluza. ¿Tú no mientes?

CONS. Mejor y más que tú.

JULIO ¿Hola?

CONS. Mira: tú acabas de decirme que no te vas por el gusto de charlar conmigo, y eso es mentira, y yo no lo creo; y yo te he dicho que tengo novio, y es mentira también, y tú te lo has creído.

JULIO ¿No tienes novio? ¿Hola, hola? ¿Con que no tienes novio?

CONS. No, hijo mío; ni me sale. Yo digo lo que una muchacha de mi pueblo, que es muy salada: «Con mi media naranja han hecho por ahí un refresco.»

JULIO ¡Esto ya es otra cosa! ¡No tienes novio! ¿Arreglamos las macetas?

CONS. Así que las traiga Lucío.

JULIO Conformes. Es particular lo que me sucede. Mi madre se va á quedar con la boca abierta. Porque te prevengo que ahora me voy á llevar un mes sin salir de casa.

CONS. La verdad es que eres un tarambana, primo. ¿Qué razón hay para que no vivas con tu madre?

JULIO Eso es muy complejo. Diferencias de caracteres, de opiniones, de gustos... Claro que hay algo más...

CONS. ¡Y tanto!

JULIO No, no va por donde tú imaginas.

CONS. Pues cerca le andará.

JULIO Eso sí.

CONS. ¿A ver?

JULIO Vale más que sigas sin saberlo. Por todo pasaría yo, si mi madre pasara por una sola cosa mía.

CONS. Con interés. ¿Te gusta alguna mujer que á ella no le agrade?

JULIO Me gustó... y mucho.

CONS. ¿De dónde era?

JULIO De Málaga.

CONS. ¿Cómo se llamaba? Dilo.

JULIO Antoñita la buñolera.

CONS. ¡Julio!

JULIO Tú me lo has preguntado.

CONS. ¿Pero si eso se acabó, según parece...?

JULIO Se acabó... cuando se murió ella.

CONS. Ah, ¿no vive?

JULIO No vive; pero dejó rastro.

CONS. Ya. El aceite de los buñuelos se agarra mucho á la garganta. Con sorna. ¿No puedes olvidarla, eh?

JULIO Tengo un hijo.

CONS. ¿De la de los buñuelos?

JULIO De la misma.

CONS. ¡Vaya por Dios! ¿Y tú qué pretendes de tu madre?

JULIO Que venga mi hijo aquí.

CONS. ¿Y á tu madre... le hace daño la masa?

JULIO ¡No es que le hace daño; es que no consiente hablar de ello! ¡Le subleva la conversación!

CONS. ¿Se parece á tí?

JULIO ¿Mi madre?

CONS. Tu hijo.

JULIO Es un retrato mío.

CONS. Menos mal.

JULIO ¿Cómo menos mal?

CONS. Porque... dichosa la rama que al tronco sale.

JULIO Ya sabes lo que me separa de esta casa. De esta casa... y de algunas mujeres.

CONS. ¿De algunas mujeres? ¿Por qué?

JULIO Porque sueño yo con que la mujer que llegue á ser mi esposa, acepte ese hijo mío como primera condición... y lo quiera como yo lo quiero. Si no, no me caso.

Silencio.

CONS. ¿No tienes más que uno?

JULIO No.

CONS. Alarmada. ¿Eh?

JULIO Que no tengo ninguno.

CONS. ¡Mentiroso!

JULIO ¡Que no tengo ninguno! Del mismo barro que hiciste á tu novio hice yo á mi hijo. Y acaso con la misma intención.

CONS. ¡Pero lo has adornado mucho más! ¡Grandísimo cómico; farsante! ¡Si ha habido un momento en que creí que se te saltaban las lágrimas! No seré yo quien se fíe de tí.

JULIO Ni yo de tí, primita. Hablemos claro.

CONS. ¡Ja, ja, ja!

JULIO Y oye en serio una cosa.

CONS. ¿En serio?

JULIO En serio, sí.

CONS. Dime.

JULIO Aguarda.

Por la primera puerta de la izquierda sale Coralito en dirección á la escalera. Sonríe, mira maliciosamente al pasar y sube.

CONS. ¿Qué me ibas á decir?

JULIO Muy sencillo. A tí te ha preocupado un instante que yo tuviera un hijo; y á mí me ha interesado un punto que tú tuvieras novio. ¿Por qué es esto? ¿Me quieres contestar?

CONS. Busca la contestación, no la encuentra y dice: ¿Vamos á arreglar las macetas?

JULIO ¡Vamos á arreglarlas! ¡Ya era hora!

CONS. Llamando. ¡Lucío! ¡Lucío!

JULIO ¡Lucío!

LUCÍO Saliendo de la casa de labor, seguido de Diego. ¡Aquí están ya toas las macetas, zeñorita!

CONS. ¡Pues vengan todas una á una, que vamos á poner el patio que va á reirse solo!

LUCÍO ¡Ole! ¡ole!

En menos que se dice y con presteza y alegría juveniles, cubren y rodean de macetas la fuente y ponen otras al pie de las columnas, de tal suerte que truecan el patio en un jardín, cambiando su aspecto. Lucío y Diego les van entregando las macetas que ellos distribuyen á capricho. Las hay de rosas, de geranios y de alelíes.

CONS. Verás tú qué prontito.

JULIO ¡Cuántas hay!... ¿Dónde pongo yo esta?

CONS. Esa, junto á la fuente. Las pequeñas en torno de la fuente. Dame acá, Lucío.

LUCÍO Tome usté.

CONS. Y las grandes rodeando las columnas.

JULIO Ajajá. ¡Qué bonita es esta!

CONS. ¿Y esta, vale algo? Esta es mi orgullo.

JULIO Esta aquí. Y esta aquí.

LUCÍO ¡Ju, ju, ju!

CONS. Esta remonona á la fuente.

JULIO Otra á la fuente.

CONS. Y otra á la fuente.

JULIO ¡Cualquiera va á conocer el patio!

LUCÍO ¡Ju, ju, ju! ¡Cuando don Eligio lo vea!

CONS. ¡Lo que pesa esta, demonio!

JULIO Esta aquí.

CONS. Y aquí esta.

JULIO Y esta.

CONS. Y esta otra aquí.

JULIO ¡No se acaban nunca!

CONS. Y tú aquí.

JULIO Y tú con la de antes.
CONS. Y esta chica aquí para que la vean.
JULIO Y esta grande aquí para que descuelle.
CONS. Y esta aquí.
JULIO Y esta aquí.
CONS. Y ya no hay más.
JULIO Y ya se acabaron.
LUCIO ¡Ju, ju, ju! ¡Qué bonito! ¡Pero qué bonito!
JULIO Sí que está bonito de veras.

Ríen satisfechos y se dejan caer fatigados cada uno en un sillón. Doña Sacramento ha bajado á tiempo de ver el fin de la faena, y pregunta llena de estupor

D.ª SAC. ¿Qué es esto, Julio?
CONS. ¡Tu madre!
JULIO ¡Mamá!
D.ª SAC. ¿Qué es esto, Julio?
JULIO Pregúntaselo á Consolación.
D.ª SAC. Consolación, ¿qué es esto?
CONS. Pregúnteselo usted á Lucío.
D.ª SAC. ¿Qué es esto, Lucío?
LUCIO ¡Pregúntazelo usté á las golondrinas!

Doña Sacramento pasea la vista por el patio, entre severa y sonriente, y los otros la contemplan gozosos, esperando su aprobación segura.

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

El patio es el mismo, pero parece otro. La transformación iniciada al final del acto segundo es ya completa. Los severos sillones han sido sustituídos por sillas de paja y mecedoras de rejilla; donde estaba el arcón hay un piano; por doquiera hay plantas y flores; en los arcos macetas colgantes. Corre el surtidor de la fuente, diciendo cosas peregrinas. Es por la tarde.

Coralito, á quien ya le consienten en la casa, bien que á regañadientes de don Eligio, dos deditos de escote, hállase asomada á la ventana del zaguán, como en acecho de una víctima. En esto Antoñito baja las escaleras á escape y cruza corriendo hacia la casa de labor con unos pinceles y un frasco de aguarrás.

COR. Parando en su carrera al polluelo. ¡Jesú! ¿Quién ha tirao er tiro?

ANT. Deteniéndose. ¿Cómo?

COR. ¿Dónde va usté tan desesperao?

ANT. A seguir retratando al don Eligio ese. A ver si quiere Dios que acabe hoy. Me dejé arriba el aguarrás...

COR. Humó se nesesita pa pintá á semejante bicho, y más con esa ropa antigua que se pone. Paese una sanguijuela. ¿Cuándo va usté á pintarme á mí?

ANT. Dejando la «pose» por un momento. Cuando usted quiera, Coralito.

COR. Por mí... usté carcule. Me puedo poné otra blusita que tengo toavía más vaporosa, y

con el escote un poquito más bajo; sin yegá á lo grave, naturarmente.

ANT. Lo grave... lo grave es lo bonita que es usted.

COR. ¡Carambo!

ANT. Coralito...

COR. ¿Qué hay con Coralito?

ANT. Coralito... usted va á tener la culpa de que se haga una revolución en mis ideas artísticas.

COR. ¿Sí?

ANT. Al tiempo. Voy á ver si concluyo con aquella momia, que por cierto está hoy de un humor de perros. Entrase en la casa de labor.

COR. Cuando Antoñito se ha marchado. Frito. Pero frito. Yo debo de tené solimán en los ojos.

Por la primera puerta de la izquierda sale Ambrosio lleno de alegría y se dirige á Coralito.

AMB. ¡Duro, duro! ¡Dale por ahí to lo que pueas!

COR. ¿Ha estao usté escuchando la conversasión?

AMB. Zí, hija mía; y Dios te lo premie. No lo dejes viví; envenénale el aire; que haga números con los pinceles por tu perzona; que ze muera por tí... ¡A vé zi me lo cambias, precioza, y acaba por pintá argo bonito!

COR. ¿Pero qué le pasa á usté con é, que lo tiene tan irritao?

AMB. ¿Qué quiés que me paze? ¡Que er *pajolero* niño no pinta más que dezastres y cozas feas! ¡La caza me ha yenao de cimenterios, y de ciprezes, y de niños *tábiros*, y de mujeres flacas!

COR. ¡Vaya un gusto que tiene!

AMB. ¡No hay un liziao en er pueblo á quien no haya copiao! El único hombre cabá que ha pintao zoy yo, y pa ezo me ha puesto un coló verde y una tiriya en pie, que paece que me están ajorcando.

COR. ¡Ay, qué risa!

AMB. ¡Miá pintarme á mí verde! Poz ahora está retratando á zu madre, y verde; y á zu hermana, y verde. *Pajolero* niño, ¿zomos pimientos ó zomos tu familia?

COR. ¡Ja, ja, ja!

AMB. ¡Zi yo yego á penzá que iba á tomá eze rumbo, en zeguía lo dejo zé pintó! Dale, Coraliyo, dale tú, hasta meterle er zó dentro e la cabeza. Miá que zi conzigues que te pinte tar como eres, ó que pinte este patio, ó que pinte una zandía... ¡verde por fuera, zi quié gastá er verde, pero colorá por dentro como zon las zandías!... te compro un mantón de Manila de dos mir reales, bordao en tos los colores que er *pajolero* niño tiene en la caja y que no zé pa qué rejinojo le zirven! Se encamina á la casa de labor.

COR. Riéndose. Vaya usté con Dios... y prepare usté los dos mir reales.

AMB. Volviéndose en la misma puerta. ¿De verdá?

COR. Cuando yo lo digo...

AMB. ¡Ole! ¡Bendita zean las caras graciozas y los cuerpos zerranos! ¡La diferencia que va de esta mujé á la colerción de fieras que tengo yo corgás por las paredes de mi caza!

COR. También le gusto ar padre. Una familia atravesá por mí.

Asómase Salud por la ventana del zaguán. Viene con su marido, el gran Pandereta, y con Rosita, su hija. Son un matrimonio popular, feliz si los hay.

SAL. Ssss... ssss... Güenas tardes.

COR. Güenas tardes.

SAL. ¿Está la señorita?

COR. ¿Cuá señorita?

SAL. La señorita Consolasión.

COR. Sí que está.

SAL. Pos abra usté, que venimos á verla. Nos ha mandao vení.

COR. ¡Ah! ¿Ustedes son los jardineros?

SAL. Sí, señora.

Abre Coralito el portón y salen los tres recién llegados. Quédase entornado el portón.

PAND. Salú, pimpoyo.

COR. Dios guarde á ustedes. Ayé sintió muchísimo er no está aquí cuando ustedes vinieron. Dise que á usté no lo conose, pero que con usté ha jugao en er patio e su casa.

SAL. Miá como eya se acuerda. ¡Es más güena la señorita!

COR. Vi á avisarle. Sube.

PAND. ¿Tú has reparao, Salú? ¿Ha cambiao este patio? Se conose que la señorita nueva trae mucha alegría.

SAL. ¡Si anoche me dijo Frasquita, la cosinera, que hasta va á meté aquí un teatro! ¡Y que don Eligio, el arministradó, está con eso por las nubes!

PAND. Riéndose. ¡Je, je! ¡Don Eligio! ¡Qué mursiélago es don Eligio!

SAL. Yo tengo muchas ganas de vorvé á vé á la señorita. Tú carcula: era mi madre lavandera en su casa...

PAND. Me lo has contao noventa veses; pero sigue.

SAL. ¿Pa qué? Joseliyo María, ¿te acuerdas tú de cuando servíamos acá?

PAND. ¡No que no!

SAL. ¿Y de cuando entramos en relasiones? ¿Te acuerdas?

PAND. Señalando á una columna. Ayí te dí er primero.

SAL. Señalando á otra. No, que fué ayí.

PAND. Ayí fué donde nos pescó don Eligio y nos plantó en la caye.

Se ríen los dos. Consolación baja.

CONS. ¡Salud!

SAL. ¡Señorita! Se besan.

CONS. ¡Qué guapa estás, mujer!

SAL. Este es mi marío.

PAND. Pa servirla á usté, señorita.

CONS. Gracias. ¿La niña es tuya?

PAND. Y mía también.

CONS. Ya me hago cargo. Tiene buen humor tu marido.

SAL. Pandereta le yaman.

CONS. La chiquilla es preciosa. La besa y la acaricia. ¿Cómo te llamas tú?

ROSA Rosita.

SAL. Es la mayó que tengo. Tres más quean en casa.

CONS. ¿Tres más?

PAND. Y la imaginasión proyertando.

CONS. Sentarse. ¿Y tú qué haces ahora, Salud?

SAL. Este, que es un poquiyo hortelano y otro poquiyo jardinero.

PAND. Na: una güertesiya que tenemos ahí á la salía der pueblo, con cuatro lechugas y cuatro flores. Rosa que no se vende en la caye se la pone mi mujé en er moño; y tomate que no se vende en la prasuela, tomate que se echa en er gazpacho.

SAL. ¿Qué se le va á hasé, señorita? Si semos probes, ¿ensima nos vamos á apurá?

PAND. ¡Eso sí que no! En mi casa tengo yo prohibío arrugá el entresejo. Yo no he estao triste más que una vez en toa mi vía: cuando enfermó la madre de esta, y dijo er médico... que no era cosa de cuidao.

SAL. ¡Caya, sinvergüensa! ¿Será sinvergüensa? Es mu sinvergüensa. Nos yevamos mu bien.

CONS. Ya, ya lo veo. Sin embargo, Pandereta, á mí me han dicho que se le va á usted la mano con Salud.

SAL. Diga usté que no es verdá, señorita.

PAND. Diga usté que sí, que es verdá. Cuando bebo, que es de tarde en tarde... vamos, toas las tardes, argunas veses me da negra y le sacudo tres ó cuatro gorpes.

SAL. Güeno, pero luego nos reímos.

PAND. Como que si no nos riyéramos luego, yo no te ponía un deo ensima.

SAL. Señorita, si una no tiene más tesoro que está contenta. ¿Qué va una á sacá con emberrenchinarse? Perdé la salú.

PAND. ¡Eso! Miste, probes semos como las ratas, pero ni eya ni yo envidiamos á nadie. Yo voy á casa de don Manuer Tinaja, que debajo e ca ladriyo tiene una onsa e oro, y no veo más que esaborisiones por toas partes. Se ponen á armosá, y un niño toma la emursión, y el otro el aseite, y el otro una pírdora en ca plato, y er padre agua de una boteya asú, y la madre agua de una boteya con un grifito... ¡Pa eso que se muden á la botica!

SAL. ¿Pos y en casa de doña Guadalupe, donde vi yo á hasé los mandaos? Er marío pelea con la mujé; la mujé pelea con er suegro; er suegro pelea con la cuñá; la cuñá pelea con

er cuñao; er padre esloma á los chiquiyos; las criás no paran dos días... ¿Y eso es viví? Miste nosotros. De mi vera no se espegan mis hijos.

CONS. Ea, pues vamos á lo nuestro.

PAND. Usté nos dirá, señorita.

SAL. ¿Es pa argo der jardín pa lo que usté quiere á mi marío?

CONS. Justamente. Es una lástima de jardín; está perdido, abandonado. ¿Usted lo conoce?

PAND. ¿Er jardín? Mejó que er genio de mi suegra.

CONS ¿No es verdad que se puede poner muy bonito? Con varios cuadros de rosas y claveles, alguno de violetas, un par de celindas, un jazmín en un muro, una enredadera en el otro... ¿Verdad? El cenador, que es lindísimo, quisiera yo cubrirlo de rosas, á ser posible de pitiminí. Y como gracias á Dios la tierra es buena y hay agua abundante, me da pena que la tierra esté sin dar flores, y el agua parada, y todo muerto.

PAND. Sí que da pena, señorita.

SAL. Usté verá qué bien lo arregla este. A fantesía no le gana ningún jardinero.

PAND. Yo le pongo á usté una enredaera de campaniyas en er muro de frente á la casa, que en cuanto prinsipie á da fló hasta van á tocá las campaniyas.

CONS. Mejor que mejor. ¿Y á qué van á tocar, Pandereta?

PAND. Según. Cuando entre usté en er jardín, á gloria; cuando se presente el arministradó, á las ánimas.

CONS. ¡Ja, ja, ja! ¿Tu marido también conoce á don Eligio?

SAL. ¡Digo! Si nosotros servíamos acá; sino que nos echaron á la caye á los dos días de novios.

CONS. ¿Por qué?

PAND. Porque esta se reía de to y yo también, y se hartaron de tanta risa.

CONS. Bueno, pues vengan ustedes al jardín. Allí sobre el terreno veremos lo que puede hacerse. Ande usted, Pandereta.

PAND. Vamos donde usté diga.

Se encaminan a la casa de labor, á tiempo que sale de ella don Eligio echando chiribitas, y vestido con la ropa de dos siglos há que ya le conocemos.

D. ELIG. ¡Mamarracho de pintorcillo! Al encontrarse con el grupo. ¿Eh? Buenas tardes.

El efecto que tamaña aparición les produce á todos es extraordinario. La risa se les escapa de los labios y ellos se esfuerzan en contenerla. Primero Consolación, luego Salud con su niña, después Pandereta, contes tan como pueden á las buenas tardes y uno detrás de otro se van á soltar la risa allá dentro.

CONS. Buenas tardes.

SAL. Güenas tardes.

PAND. Güenas tardes. (¿Se ha escapao de un cuadro este hombre?)

D. ELIG. ¡Ah! ¿También he de servir yo de chacota? ¡Voto va, que se engañan muy mucho! ¡Pues buen día llevo para aguantar ancas de nadie!

Baja doña Sacramento.

D.ª SAC. ¿Qué es eso, señor don Eligio?

D. ELIG. Señora marquesa, perdone usted si llega á alcanzarle alguna chispa de mi cólera; pero me hallo fuera de mí.

D.ª SAC. ¿De su cólera? ¿Y por qué causa se le ha encendido así, amigo mío?

D. ELIG. No es una causa sola; son miles de causas, que conspiran contra mis ideas, contra mis hábitos, contra mis nervios. En esta santa casa ha entrado un vendaval que todo lo ha desordenado y revuelto.

D.ª SAC. ¿Se refiere usted por ventura á mi sobrina Consolación?

D. ELIG. ¡A ella misma! Hora es ya, señora marquesa, de que pongamos freno á sus locuras.

D.ª SAC. ¿A sus locuras?

D. ELIG. De alguna manera he de llamarlas.

D.ª SAC. ¿Y si yo le dijese á usted, bondadoso amigo, que las locuras de mi sobrina van ganando mi ánimo?

D. ELIG. Perplejo. ¿Será posible, señora marquesa?

D.ª SAC. ¿Por qué no? Aún no hace un mes que vive conmigo, y ya ha modificado en algo mis

costumbres, y ha alterado la severidad de mi casa, llenándola de gritos, y de risas, y de pájaros, y de flores; y si bien esto empezó por desconcertarme y aturdirme, y por levantar mi protesta —usted es testigo,—hay una razón que puede más que todo... que me lleva á agradecer esa alegría.

D. Elig. Doblemente perplejo. ¿A agradecerla?

D.ª Sac. ¡Y quién sabe si á bendecirla!

D. Elig. ¡Yo voy á perder el juicio!

D.ª Sac. Mi hijo Julio, desde aquella misteriosa aparición de hace quince días, no sale de esta casa; él, que á pesar mío, no paraba jamás en ella, arrastrado por los atractivos de otra vida sin disculpa alguna. ¿Es el amor quien aquí lo retiene? No lo sé. ¡Ojalá lo sea! Porque yo sé decirle á usted, excelente Frías, que mi hijo, llenando con su prima este patio de flores; planeando la reforma del jardín; ideando la construcción del teatrito en las habitaciones cerradas; discurriendo sobre la comida á los pobres, y la fiesta á los trabajadores del cortijo, y todas las cien cosas que sueñan juntos, es dichoso; es honradamente dichoso. Y así lo quiero.

D. Elig. ¿He oído yo mal, señora marquesa, ó soy víctima de algún maleficio? ¿Es decir que usted está pronta á sepultar sus más caras ideas?

D.ª Sac. Nada de eso; en todo caso á modificarlas, si á ello me llevaran mis reflexiones. Pero á lo que sí estoy decidida es á que mis sentimientos más legítimos vivan á la par que ellas.

D. Elig. ¡Bien! ¡Muy bien! ¡Perfectamente bien! De todo lo cual yo colijo que usted autoriza en el austero palacio de los Arrayanes, la construcción de ese teatrillo de que antes ha hecho mérito.

D.ª Sac. Teatrillo, no; teatrito. Lo he prometido ya.

D. Elig. Despechado y furioso. ¡Soplan vientos de libertinaje!

D.ª Sac. Con severidad. Señor de Frías...

D. Elig. La señora marquesa me disculpe. Y luego me oiga.

D.ª SAC. Hable usted.

D. ELIG. Como ya creo percibir claramente que, de hoy más, cosa que yo refute ó discuta en esta su casa, será cosa hecha, para darme á mí con la badila en los nudillos, tengo el sentimiento de anunciar á la señora marquesa que en este punto y hora han acabado mis servicios aquí.

D.ª SAC. ¡Querido Frías!

D. ELIG. ¡Señora marquesa!

D.ª SAC. ¡Me dará usted el mayor disgusto de mi vida!

D. ELIG. No es menor el que á mí me causa, mi señora.

Sale Julio por la primera puerta de la izquierda un poco sorprendido é interesado.

JULIO ¿Qué ocurre? ¿Qué charlan ustedes? Reparando en la guisa de don Eligio. ¡Hola! ¿Dónde va vuesa merced tan galán, señor caballero?

D. ELIG. La señora marquesa de los Arrayanes tiene la palabra. Con todos los respetos.

Hace el hombre un par de cortesías y se va por las escaleras á cambiar de traje cuando menos.

JULIO ¿Qué yerba ha pisado don Eligio, mamá?

D.ª SAC. La yerba que ha pisado no sé; pero se nos viene encima una gran desgracia.

JULIO ¿Qué? ¿Va á dar quizás otra conferencia?

D.ª SAC. No es caso de broma. Está contrariadísimo con todo lo que aquí sucede, y acaba de participarme que nos deja.

JULIO ¡Bah! Creí que era otra cosa. Ya lo convenceremos.

D.ª SAC. Mira que está muy enojado.

JULIO Mejor.

D.ª SAC. ¿Qué ha de ser mejor? ¿Me prometes tú hacer cuanto puedas por retenerlo?

JULIO Cuenta con que se queda en casa. Don Eligio es un infeliz. La adulación lo rinde, ya lo sabes. Como yo le proponga que inaugure el futuro teatrito con una conferencia á propósito del teatro griego, es hombre al agua. Y aun lo verás trabajar en algunas comedias. ¿Qué digo comedias? ¡En el intermedio de baile!

D.ª SAC. Calla, calla por Dios.

JULIO Sobre todo, mamá, tú y yo no reñimos. ¿Hemos vuelto á tener más tiquis miquis desde que te lo prometí?

D.ª SAC. No en verdad; y así te quiero siempre.

JULIO Y así espero seguir mucho tiempo.

D.ª SAC. ¿Cuánto?

JULIO ¿Cuánto? Pronto lo sabré. A Coralito, que sale de la casa de labor. Coralito.

COR. Mande usté.

JULIO ¿Y la señorita Consolación?

COR. Por usté preguntaba ahora En er jardín está con Pandereta.

JULIO ¡Caramba! ¿Y cómo no me lo ha avisado? ¿Vienes, mamá?

D.ª SAC. ¿También yo he de ir?

JULIO Sí; quiero que se haga todo á gusto tuyo.

D.ª SAC. ¿A gusto mío?

JULIO A gusto tuyo, sí; no subrayes.

D.ª SAC. Pues vamos al jardín.

Se van hijo y madre por la puerta de la casa de labor.

COR. Ya lo creo que se quieren. La señorita jura que ér no le ha dicho nada todavía; pero ni de espardas pué negá er señorito que le ha tomao cariño. Suspirando. ¡Ay! Saca su espejito de bolsillo y se da un vistazo.

Lucío, que sale por el portón, se queda contemplándola burlonamente. Viene del campo. Trae una espiga en el sombrero.

LUCÍO ¿Te vas á retratá?

COR. Volviendo la cara. ¡Hola! ¿Ya yegaste?

LUCÍO ¿Prezumes tú argo?

COR. Hombre, el arreglo siempre dise bien de la persona. Con coquetería. Y las que somos feas... nos tenemos que componé.

LUCÍO Ezo zí.

COR. Indignada. ¿Que sí?

LUCÍO Tú mesma lo has dicho.

COR. Lo que digo yo *mesma* es que estás más ganso ca día.

LUCÍO Mejón pa mí. Er zé ganzo engorda. Oye: ¿y la zeñorita Conzolación?

COR. ¿Yo qué sé? En er jardín con er señorito.

LUCÍO ¡La zuerte e loz hombres! ¡Miá que zi argún día me quiziera á mí una mujé como la zeñorita Conzolación! ¡Ah!

COR. Siempre en la brecha. ¡Quién sabe!... Si tú te sivilisaras un poco...

LUCÍO ¡Vamos, quita! Lo más que me quié á mí ez una zurrapastroza der barrio e los gitanos. ¡Ju, ju, ju! Mirando de pronto al de la gola y poniéndose serio. ¿Ya empezamos, amigo? A Coralito. ¿Qué te zucede á tí?

COR. Quemadísima Nada.

LUCÍO Poz esto de la zeñorita y der zeñorito, yo me lo malicié. Y ar principio me jizo er corazón azín pa arriba y pa abajo, porque me había enamorao como una bestia de la zeñorita.

COR. No se hiso la mié...

LUCÍO Pero aluego ze me pazó aqué delirio, ze me zalió er jumo e la cabeza, ¿zabes? y me entró una alegría mu grande de que pazara lo que paza. Tanto ez azín que antié, mientras limpiaba er patiniyo, estuve zacando un *verzo* pa los dos. Pero no una aleluya como otros que he zacao, zino un *verzo* largo, azín por el estilo de un romance. Conque fí y agarré y ze lo yevé escrito á don Juan Martínez er procuraó, que es poeta, y tiene una corona en zu despacho, con intención de que me lo arreglara. Y me lo ha arreglao... pero ahora rezurta que á mí me gusta más como yo lo jice. Y estoy acechando una ocazión pa echárzelo á eyos. En cuantito los vea juntos á los dos diciéndoze ternuras. Veras tú, Coraliyo, verás tú. Principia azín:

«Todas las flores der campo
ze han puesto er traje de gala;
y también er zó ze ha puesto
zu corona de oro y plata...»

COR. ¡Ay, qué bonito!

LUCÍO ¡Zí zigue toavía! Verás tú.

COR. ¿Cuándo me sacas á mí un *verso?*

LUCÍO ¿A tí?

COR. Sí.

LUCÍO Mirándola con cierto orgullo satisfecho. Yo te lo zacaré; no te apures.

COR. ¿De veras, Lusío?

LUCÍO Zí, mujé; de veras.

COR. A vé cuantas cosas me dises.

LUCÍO Zegún me coja. Zi me da por lo fino, por lo fino; zi me da por lo graciozo, por lo graciozo; zi me da por lo verde...

COR. Mira, que te dé por lo fino y así se lo mando á mi madre.

LUCÍO ¿A tu madre?

COR. Sí.

LUCÍO Po zi ze lo mandas dirle de quién es.

COR. ¿No tengo de desírselo? Acercándosele con zalamería. Le diré: «Mamá, sabrás que te mando ese *verso* que me ha sacao un muchacho que está aquí en casa, y que tiene esa habilidá. Un muchacho muy guapo... muy listo... muy simpático...»

LUCÍO ¡Ju, ju, ju! ¡Pos no te pones tú mu meloza!

COR. ¡Qué brutísimo eres!

LUCÍO ¡Ju, ju, ju! Encarandose de nuevo con el de la gola ¿Güerta á mirá, compadre? ¡Ea, pos ya me jarté yo! ¡Me río jasta que ze me zarten las muelas!

COR. ¿Qué dises?

LUCÍO ¡Y zi á usté también le jace la pascua que ze haigan traío flores ar patio, y que corra la fuente y que tos estemos contentos, ze güerve usté pa la paré y azín ze ajorra eze dijusto! Dando un respingo de repente lleno de pavor. ¡Eh!

COR. ¿Qué te pasa, Lusío?

LUCÍO ¡Que me paece que me ha zacao la lengua!

COR. Tú estás loco.

LUCÍO No estoy loco. ¡Es que eze gachó no me deja viví! ¡Me mira de tos laos!

COR. ¿Y tú no sabes por qué es eso?

LUCÍO ¿Ze ha enamorao de tí también?

COR. ¿De mí?

LUCÍO A tu parecé zerá el único que farte en la caza.

COR. ¡Vaya! No se puede tratá contigo. Cuando está una más tranquila suertas una patá.

LUCÍO ¡Pos nadie te ha yamao á mi vera!

COR. ¡Otra, hijo, otra!

LUCÍO ¡Zi no prezumieras como prezumes!... Y des-

pués e to, zi te ze mira espacio, ¿qué tienes tú que varga dos pezetas? Un cojunto azín que no es repunante, un ojo más chico que otro, una nariz que ez un peyizco, y pare usté e contá. ¡Ea! ¡Me vi adentro á jugá con la perra, que gasta menos posturitas! Entrase en la casa de labor.

COR. A punto de un ataque nervioso. ¡Ay! ¡ay! ¡ay, qué bestia! ¡qué bestia! ¡qué bestia! ¡Y lo malo es que tiene rasón mi señorita! ¡Es el único que me gusta! ¡Ay! ¡ay! ¡Bien carito voy yo á pagá to lo que me he divertío con los hombres! Pasea agitadísima, haciéndose aire con el delantal y queriendo tranquilizarse.

Salen de la casa de labor Consolación y doña Sacramento.

CONS. Sí, señora. ¡Pues ya lo creo! Cuanto antes mejor. Escucha, Coralito.

D.ª SAC. ¿Qué te ocurre?

COR. ¿A mí? ¿Pues qué tengo?

CONS. Los carrillos como tomates y los ojos echando bombas.

COR. Tomaré sarsaparriya.

CONS. ¡Ah, ya sé! Esto ha sido una pelotera con Lucío. Siempre andan así. Acabarán casándose.

COR. Eso quisiera é.

CONS. ¿Y tú no?

COR. ¿Yo? No como telera.

D.ª SAC. Bien está. Sube y avísale al señor administrador que la señorita Consolación quiere hablarle.

COR. Ahora mismo. Sale andando y sube con tal gracia que hace inverosímil el desdén de Lucío.

D.ª SAC. Prefiero que seas tú quien interceda, porque mi hijo Julio á lo mejor lo echa á perder todo con una broma.

CONS. ¡Y yo lo hago encantada! Esté usted tranquila. Un pobre señor que tanto quiere á usted, que lleva tantos años á su servicio, honrado, bueno...

D.ª SAC. ¡Oh! A carta cabal. Su conducta siempre ha sido intachable.

CONS. Le digo á usted que no me lo perdonaría. Déjeme usted sola con él.

D.ª SAC. Eso es muy acertado. Aquí aguardo yo.

Entrase por la puerta de la derecha.

CONS. ¡Pobre don Eligio! La verdad es que está pasando las de Caín. Se sienta. Ahí viene.

Baja, en efecto, vestido ya de americana, y con toda la rapidez que exige lo interesante de la entrevista, si bien con cara de pajuela.

D. ELIG. ¿Es cierto, señorita, que desea usted hablar con mi humilde persona?

CONS. Es cierto.

D. ELIG. Pues aquí me tiene á sus órdenes como caballero y como servidor.

CONS. Muchas gracias; pero vamos á hablar sólo como amigos. Si usted no quiere serlo mío, yo me empeño en ser amiga de usted. Siéntese aquí á mi lado.

D. ELIG. ¿Que yo no quiero ser su amigo, señorita?

CONS. No, señor; acaba usted de decirle á mi tía que se va de esta casa, porque yo estoy loca como un cencerro y usted no me puede resistir.

D. ELIG. Escandalizado. ¡No, no! ¡Así no! ¡No hay que alterar los textos!

CONS. Bueno; la forma será otra, pero ese es el zumo del limón. Mi tía ha tenido un verdadero sentimiento; yo, no se diga. ¿Cómo no me ha de doler que por mi causa determine marcharse de aquí, donde casi ha nacido, un servidor leal, un amigo excelente y un consejero bondadoso?... No, no, no. Señor de Frías, antes que consentir que usted salga por esa puerta, salgo yo con mi doncella, con mis flores, con el loro, con el piano, con la perrita y con toda la balumba que conmigo ha venido para desesperarlo á usted.

D. ELIG. ¡Señorita!

CONS. Así como suena. Usted no me conoce todavía, don Eligio.

D. ELIG. Sumido en un mar de confusiones. Pero, bueno... Pero... poco á poco... Entendámonos... Precisa ordenar la discusión.

CONS. Lo que precisa es que usted y yo nos digamos las verdades claras. Vamos á ver. ¿Qué

motivos tiene usted para irse? ¿Qué ventolera es esa?

D. ELIG. El caso es que... hecha así la pregunta...

CONS. ¿Le ha molestado á usted quizás que llene el patio de macetas?

D. ELIG. ¡Oh! ¡Por Dios!... Eso nunca... nunca... ¿A santo de qué?

CONS. Naturalmente. Las macetas á nadie estorban: alegran la vista, perfuman el aire... ¿Entonces qué le contraría: que la fuente corra, que suene el surtidor?

D. ELIG. Menos aún... Corra el surtidor en buen hora.

CONS. Buscaremos otro pecado. ¿Es quizás la canariera que he puesto arriba lo que subleva á usted?

D. ELIG. ¿La canariera? ¿Me lo pregunta usted en serio?

CONS. Ya veo que no es la canariera. A otra cosa. ¿Es el loro?

D. ELIG. El loro es harina de otro costal. No por el ave en sí, sino por las lecciones que aprende.

CONS. Le advierto á usted, y hasta se lo juro, que yo no soy quien le ha enseñado á decir: «Que baile don Eligio.»

D. ELIG. ¿Que baile don Eligio? ¿Pero dice el loro tal cosa? ¡No lo dirá más de una vez en presencia mia! ¡Eso es una burla que no se puede tolerar! Mas ya comprenderá usted, señorita, que son razones de mayor entidad las que me han impulsado á despedirme.

CONS. ¿Luego las hay?

D. ELIG. Confieso que las hay.

CONS. Seguiremos buscándolas con un candil. ¿Acaso es una que yo reciba en este palacio á los pobres que vienen á verme? Don Eligio tuerce un poco el gesto. Eso podrá parecerle mal á la gente frívola, á la gente que vive de la etiqueta y de la farsa; pero un hombre todo corazón, como usted, no es posible que desapruebe que trate yo con bondad y cariño á los que sufren, á los que necesitan.

D. ELIG. No pinta usted más que el lado agradable de las cosas...

CONS. Y si las cosas tienen un lado que es agradable, ¿á qué se han de mirar por ningún otro? Pero ¡tonta de mí! Ya caigo en lo que ha sacado á usted de sus casillas. Lo del teatrito.

D. ELIG. Lo del teatrito...

CONS. Lo del teatrito por fuerza lo ha entendido usted mal. ¿Usted se figura que en ese tablado se van á bailar tangos y peteneras?

D. ELIG. ¡Presumo que no!

CONS. Y cuidado que á mí las peteneras me gustan. Y aun las bailo. Ese teatrito no será más que un recreo casi inocente... agradable, culto... Lo primero que he pensado yo es que comedia que se represente, comedia que usted ha de elegir.

D. ELIG. ¿Ha pensado usted eso?

CONS. ¡Pues claro! ¿Quién mejor que usted, que tanto sabe y tanto ha leído? Porque yo le hago la justicia de creer que no será usted de los que cierran abiertamente contra el teatro.

D. ELIG. No en mis días. El teatro es lugar de honesto esparcimiento, á la vez que de provechosa enseñanza.

CONS. ¡Muy bien! ¿Ve usted como no peleamos? Pues usted será el que lleve la voz cantante en el de casa. Y si quiere, para la primera función, elige una comedia de un religioso. Por ejemplo: de Tirso de Molina. ¿No era... fraile Tirso de Molina?

D. ELIG. Sí, sí, pero... Tirso de Molina... Ya maduraremos ese asunto. Porque á pesar de que era fraile... es más verde que un apio.

CONS. Quien dice Tirso de Molina dice Lope de Vega... ¿No era cura?

D. ELIG. Sí... sí era cura... pero era un cura muy especial.

CONS. ¿Muy especial? ¿Pues qué especialidad tenía?

D. ELIG. Dejemos ahora esto... Es cosa que debe meditarse muy mucho...

CONS. Me he fijado en los autores antiguos, porque como de estos del día dicen por ahí que no escriben más que cosas que no podemos ver... Pero, en fin, sigamos nuestro pleito.

Explicado lo del teatro, ya veo que no sólo somos amigos, sino amiguísimos.

D. ELIG. Indudable.

CONS. ¿Quiere usted que escribamos una obra en colaboración? Usted pone lo serio y yo los chistes.

D. ELIG. Apretando la cara para no soltar la risa. ¡Jesús!

CONS. Don Eligio, si le hace á usted gracia alguna cosa que yo le diga, ríase sin cuidado, que yo no se lo cuento á nadie.

D. ELIG. Eso temo; que acabará usted por hacerme reir.

CONS. Como que después de tanto hablar, vengo á sacar en limpio que nada le molesta á usted de mi persona más que las ganas con que me río; lo que atolondro, lo que charlo; lo que voy de aquí para allá, lo que revuelvo...

D. ELIG. Le diré á usted...

CONS. No, no, señor; en este punto no me diga usted nada: no hay discusión posible. Tiene usted que tragarme así. A mí no me gustan esos lentes redondos que usa usted, y tampoco le he dicho nada hasta ahora. Yo he hecho siempre, y hago, y haré, todo lo posible por alegrar mi vida y la de aquellos que me rodean. Alegrar la vida es quererla, y quererla es una manera de adorar á Dios, que nos la ha dado. Convénzase usted, don Eligio: el que está alegre es más noble, más bueno, menos egoísta, más fuerte...

D. ELIG. ¿Más fuerte también?

CONS. También. Ayer me decía mi primo hablando de esto, que él vió cuando estuvo en campaña, que los soldados que mejor resisten la vida dura de la guerra son los más alegres, los que saben cantar y reir. De modo que yo tengo razón que me sobra por la punta del pelo; que usted antes se acaloró; que ahora me da un abrazo...

D. ELIG. ¿Un abrazo?

CONS. O dos, si le parece poco. Y que para tal culpa, tal pena: usted le proporcionó á mi tía el disgusto de anunciarle su marcha, y ahora va á entrar en esa habitación, donde ella

está, á decirle que sigue honrándonos con su compañía.

D. ELIG. Señorita Consolación, la honra... el honrado...

CONS. Ni una palabra más: el abrazo y adentro.

Don Eligio la abraza, tambaleándose de pura turbación.

D. ELIG. En ademán de darle otro abrazo. Repito que...

CONS. No repita usted nada: adentro. Advirtiéndole á usted una cosa: que esta escena es única en su género.

D. ELIG. Entendido, entendido... Obligadísimo á su bondad...

Hace una cortesía lo mejor que puede y se va en busca de doña Sacramento, enjugándose un par de gotas que asoman á sus ojos, probablemente de tinta china.

CONS ¡Lo he convencido! ¡Claro! ¡Si no hay como tener razón y no dejar hablar!

Salen de la casa de labor Julio, Pandereta, Salud y su niña.

JULIO Consolación.

CONS. ¿Qué hay?

JULIO Pandereta que se va y quiere saber si viene ya desde mañana.

CONS. Sí, sí, desde mañana.

SAL. Ea, pos muchas grasias, señorita, por haberse acordao de nosotros.

PAND. Yo me pienso traé á tres ó cuatro hombres.

JULIO Los que necesites: allá tú.

PAND. Me traeré al hijo er siego, me traeré á Torniyo, me traeré á Seboya, me traeré á Caralata...

SAL. No te traigas á ninguno que se emborrache.

PAND. Pos entonses vas á tené que vení tú sola con los retratos e los sinco.

SAL. Conque, vámonos ya, que es tarde. Señorita, quédese usté con Dios. Con Dios, señorito.

CONS. Adiós, Salud.

JULIO Adiós.

CONS. Niña, dame un beso.

SAL. A vé si va usté una tarde por la güerta.

PAND. Con Dios, don Julio. Con Dios, señorita. Que haiga salú, y que muchos años les baile á ustés la risa en la boca, como ahora.

SAL. ¿Quiés no charlá más?

PAND. Después e to, dentro e sien años, tos carvos.

SAL. Anda, hombre.

PAND. Ya nos vamos, ya. Yo lo paso tan bien en este mundo, señoritos, que er día que me muera, si por casolidá ven ustés mi entierro, no digan ustés: «¡Hombre, probesiyo Pandereta! ¡Lástima e Pandereta! ¡Tan güen jardinero como era Pandereta!» No lo digan ustés. Lo que tienen ustés que desí es esto otro: «¡Más quemao que las ánimas va ese!» Ea, echá pa alante ya. Hasta mañana, señoritos.

SAL. Que ustés sigan güenos.

CONS. Vayan con Dios.

JULIO Hasta mañana.

SAL. Niña, ¿qué se dise?

ROS. Güenas tardes.

Se vá á la calle el regocijado matrimonio

CONS. ¡Pobre gente! ¡Bendita su alegría! Hace sonar distraidamente las teclas del piano.

JULIO Oye.

CONS. ¿Qué quieres?

JULIO ¿Para qué te llevó mi madre del jardín?

CONS. Porque quería hablarme.

JULIO ¿De mí quizás?

CONS. De tí... y de otra cosa. Dice que está sorprendida... y contenta; que pareces otro.

JULIO Pues soy el mismo.

CONS. Le llama la atención que pases tanto tiempo en la casa.

JULIO ¿Y á tí, te llama la atención?

CONS. Como no sé tus costumbres de antes...

JULIO ¿De antes... de qué?

CONS. De antes... de confundirte yo con Pacheco.

JULIO Pues mis costumbres de entonces y de siempre, y hasta mi sistema filosófico, consisten en vivir contento y en hacer la vida agradable y risueña. Allí donde puedo lograrlo, allí me estoy. Ahora le ha tocado á mi casa; pero es porque mi casa es otra; yo no.

CONS. ¡Si vieras lo que me gusta oirte hablar así!

JULIO ¿De veras?

CONS. Me enorgullece que por mí quieras á tu casa. Antes no la querías.

JULIO Antes no. Me parecía una cárcel, te soy franco.

CONS. Y á mí me encanta que las personas quieran á su casa. No te puedes imaginar la rabia que siento al hablar con cualquiera que no hable de su casa nunca. Tú sabes que hay personas así. Me pasó á mí con un señor, que después de tratarlo más de tres años, sin que ni por casualidad sacara á relucir á su casa, ni á su gente, ni siquiera á su perro, acabé por encararme con él un día y por preguntarle: don Fulano, pero ¿usted vive en una palmera?

JULIO ¿Y qué te contestó?

CONS. Que sí.

JULIO Era de esperar.

CONS. La casa es la mitad de la vida. Yo compadezco á los que no la tienen, y á los que tiemblan al llegar á la suya.

JULIO Pues calcula tú lo que sería mi casa, regida por el criterio estrecho y antipático de don Eligio, á quien mi pobre madre tiene por el hombre más sabio de este mundo.

CONS. ¡Infeliz don Eligio! Lo que te ocurre á tí con él es que lo has tomado entre ojos, y no quieres luchar. Enemigo más débil no he visto. Acabo de tener con él una escena conmovedora.

JULIO ¿Suplicándole que se quede?

CONS. Sí. Para eso también me llamó tu madre. Casi ha llorado y casi se ha reído.

JULIO ¿Reirse? ¡No lo puedo creer!

CONS. ¡Pobrecillo! A mí don Eligio me parece un eclipse de sol.

JULIO Riéndose. Explica eso.

CONS. Porque es la negación de la alegría. Esa luz pálida, esa sombra triste que proyectan las cosas, ese frío que se siente, ese temor de que el sol no vuelva...

JULIO Tienes razón; todo eso es don Eligio.

CONS. En el último eclipse que yo vi, cuando volvió á brillar el sol me eché á llorar como una tonta. ¡Tengo una lástima de los ciegos!...

JULIO El sol, el sol bendito es el que contigo ha entrado en esta casa. Tú lo has traído de la mano... ó en los ojos; pero lo has traído. Tu alegría es la suya, prima Consolación: fuerte, sana, fecunda, generosa. A todos alcanza; á todos llega. Y llegó á esta casa, cerrada como sepulcro á toda luz, y alumbró con la suya hasta los últimos rincones. Y puertas y ventanas se abrieron, para que entrase y saliese el aire de la vida: de la vida alegre, de la vida buena, de esta vida que se nos dió para que nosotros le demos digno y sabroso empleo.

CONS. Sigue, sigue hablándome así.

JULIO Seguiré... diciéndote lo que nos decimos sin palabras á todas horas. Te quiero: me quieres. Me enamoraste el día aquel en que contabas que habías volteado la campana del Carmen, porque tenías el alma llena de alegría y querías llevársela de alguna manera á unos campesinos que trabajaban lejos. ¡Alegrar el trabajo de los hombres! ¡Bendita tú, que eres capaz de pensarlo y de hacerlo! En aquel momento debí caer á tus pies de rodillas y decirte que te quería. Porque vi claro entonces, que tu alma era grande, porque era alegre, que era buena, porque era alegre, y que tu alegría, bienhechora y fecunda, podría recoger toda la de mi alma, perdida, desparramada, estéril... Y mira como no me engañé.

CONS. Suspirando con amor satisfecho. ¡Ay! ¡Ya era hora!

JULIO ¿Qué dices?

CONS. ¡Ya era hora de que te oyera yo decir todo eso!

JULIO Consolación, ¿pero no lo sabías?

CONS. ¿Sabes tú que te quiero?

JULIO Sí.

CONS. Pues no te lo digo, y ya verás qué buen rato se pasa.

JULIO ¡Consolación!

CONS. Pero sí te lo digo. Te quiero... Bueno, primero, porque te quiero.

JULIO ¿Y después?

CONS. Después... porque á través de tu buen humor y de tus ligerezas, he adivinado el corazón de un hombre capaz de sentir todo eso que me has dicho, y capaz también de algo más que de tomar unas copas de vino con Chiribiqui ó con Petaca. Y te quiero además—voy á confesártelo todo—porque no hay mujer á la que no le halague ser la última á quien quiera un hombre que ha querido á muchas.

JULIO ¡Qué tiene que ver!...

CONS. Por si tiene... y porque supongo que seré la última.

JULIO ¡La última! ¿Y si yo te dijese que la primera?

CONS. No lo creería.

JULIO ¡Pues por eso no te lo digo! Faltaba aquí la alegría del amor, y ya está entre nosotros. Somos y seremos felices.

CONS. Tenemos el deber de serlo.

JULIO Mi casa, será nuestra casa; mi madre, será nuestra madre; mis hijos, serán nuestros hijos...

CONS. ¡No faltaría más!

JULIO Diez, doce, catorce, dieciséis...

CONS. ¿Qué estás contando, loco? ¿Las macetas?

JULIO ¡Los hijos que tendremos!

CONS. ¡Ave María Purísima!

JULIO Y todos fuertes, sanos, limpios, alegres, amando la vida...

CONS. De eso me encargo yo. Antes de mandar á ninguno á la escuela le preguntaré: «Niño, ¿qué es lo mejor que hay en la vida?» Y cuando él me responda: «La vida», entonces lo mandaré á la escuela á que el maestro le enseñe paparruchas.

JULIO ¡Ja, ja, ja!

CONS. Así me educaron á mí: en esta alegría crecí yo. Recuerdo que mi padre, siempre que levantaba en alto una copa de vino—y esto era á menudo, porque le gustaba bebérsela después,—entre burlas y veras decía: «¡Alegrémonos de haber nacido!»

JULIO ¡Alegrémonos, sí! Si en mi vida no hubiera

más que este momento, por él solo la bendeciría. A doña Sacramento, que sale. ¡Mamá!

D.a SAC. ¿Qué quieres?

JULIO Ven aquí.

CONS. Tía, venga usted.

D.a SAC. ¿Qué quereis?

JULIO Que estamos muy contentos, y hace falta que tú lo estés con nosotros. ¿Vámonos al campo los tres?

D.a SAC. ¿Ahora?

JULIO Ahora, sí.

CONS. Vámonos.

JULIO Anda, mamá, daremos un paseo; charlaremos de muchas cosas; te cóntaremos nuestros sueños, nuestra ventura...

D.a SAC. ¿Pero os habeis vuelto locos?

CONS. Sí, tía Sacramento; y queremos que usted se vuelva también.

D.a SAC. ¿No basta con dos en la casa? ¿Para qué ha de haber tres?

JULIO ¡Para mantear entre todos á don Eligio!

D.a SAC. ¡Calla!

CONS. No le haga usted caso; este está más loco que yo. Llamando. ¡Coralito! ¡Coralito! Suba usted, tía; suba usted á arreglarse. Coralito le ayudará.

Baja Coralito.

D.a SAC. ¿Coralito?

CONS. Coralito, sí. Anda, Coralito, acompaña á la señora á su cuarto.

COR. A la disposisión de usté.

D.a SAC. Entre confundida y gozosa. ¡Jesús, Jesús, Dios mío!... ¡Yo con Coralito de doncella!... ¡Este es el fin del mundo!

Encamínase hacia la escalera. Coralito la sigue. Consolación y Julio se ríen de la inocente tribulación de la marquesa

COR. Viendo lo esponjada que está su señorita, le dirige al pasar á su lado esta breve pregunta: ¿Ya?

CONS. Ya.

COR. ¡Ay!... En este momento sale Lucío de la casa de labor. Coralito lo ve y suelta un suspiro muy distinto del otro. ¡Ay!... Únese á doña Sacramento y sube la escalera con ella.

LUCIO Bamboleando ligeramente el cuerpo, y en la seguridad de su triunfo, se arranca á decir su romance sin encomendarse á Dios ni al diablo.

«Todas las flores der campo
ze han puesto er traje de gala...»

JULIO ¿Qué dices tú?

LUCÍO ¡Cayarze ahora!

Consolación y Julio lo escuchan sonriendo complacidos.

«Todas las flores der campo
ze han puesto er traje de gala,
y también e zó ze ha puesto
zu corona de oro y plata.
En er cielo está la luna
y laz estreyas más claras,
y una alondra por loz aires
va cantando estas palabras:
A la puerta de un palacio
yegó una roza lunaria,
y er zeñorito don Julio
ze enamoró de mirarla.
Le dijo que la quería
por hermoza y por cristiana,
y eya ze quitó una perla;
le mandó que la guardara.
Zalió... zalió...»

Deteniéndose perplejo y acongojadísimo.

¡Ze me ha orvidao!

Recordando de pronto y prosiguiendo lleno de alegría.

«Zalió de la perla luego
una maripoza blanca,
y azín le dijo á don Julio
volando por la armohada:
Conzolación zerá tuya
zi me cumples la palabra
de que ziempre has de quererla
como á la Virgen zagrada.
Y er zó ze vistió de oro,
y la luna de oro y naca,
y todos los ruinzeñores
cantaron en la enramada.»

Esto de la enramada me lo ha puesto er procuraó.

Los enamorados sueltan francamente la risa. Lucio, animado, se ríe también.

JULIO Poeta, vé por tu sombrero, que vas á acompañarnos al campo, donde te coronaremos de espigas.

LUCÍO ¡Ju, ju, ju! Vase corriendo y riéndose.

CONS. ¿Y á dónde iremos, tú?

JULIO A donde tú quieras.

CONS. Pues déjate guiar, que acaso no conozcas el sitio donde voy á llevarte. ¿Has subido alguna vez al cerro de las Aguilas?

JULIO Nunca.

CONS. Desde él se ve toda la vega: los huertos, los prados, los valles, la cinta del río, los pueblecillos del contorno. Dejaremos á tu madre descansar á su falda y treparemos nosotros de la mano monte arriba. Y ya en lo más alto, mirando al cielo, vamos á repetir gritando, para que tu madre desde abajo lo oiga, aquello que mi padre decía: «¡Alegrémonos de haber nacido!»

FIN DE LA COMEDIA

Madrid, Junio, 1906.

OBRAS DE LOS MISMOS AUTORES

Esgrima y amor, juguete cómico. (2.ª edición.)
Belén, 12, principal, juguete cómico. (2.ª edición.)
Gilito, juguete cómico lírico. Música del maestro Osuna. (2.ª edición.)
La media naranja, juguete cómico. (2.ª edición.)
El tío de la flauta, juguete cómico. (3.ª edición.)
El ojito derecho, entremés. (3.ª edición.)
La reja, comedia en un acto. (4.ª edición.)
La buena sombra, sainete en tres cuadros, con música del maestro Brull. (6.ª edición)
El peregrino, zarzuela cómica en un acto. Música del maestro Gómez Zarzuela. (2.ª edición.)
La vida íntima, comedia en dos actos. (3.ª edición.)
Los borrachos, sainete en cuatro cuadros, con música del maestro Giménez. (3.ª edición.)
El chiquillo, entremés. (5.ª edición.)
Las casas de cartón, juguete cómico. (2.ª edición.)
El traje de luces, sainete en tres cuadros, con música de lo maestros Caballero y Hermoso.
El patio, comedia en dos actos. (4.ª edición.)
El motete, pasillo con música del maestro José Serrano. (2.ª edición.)
El estreno, zarzuela cómica en tres cuadros, con música del maestro Chapí.
Los Galeotes, comedia en cuatro actos. (3.ª edición.) Traducida al italiano con el título de *I Galeoti* por Giuseppe Paolo Pacchierotti.
La pena, drama en dos cuadros. (2.ª edición.) Traducida al italiano con el mismo título por Giuseppe Paolo Pacchierotti.
La azotea, comedia en un acto.
El género ínfimo, pasillo con música de los maestros Valverde (hijo) y Barrera.
El nido, comedia en dos actos. (2.ª edición.) Traducida al catalán con el título de *Un niu* por Joaquín María de Nadal.
Las flores, comedia en tres actos. (2.ª edición.) Traducida al italiano con el título de *I fiori* por Giuseppe Paolo Pacchierotti.
Los piropos, entremés.
El flechazo, entremés. (2.ª edición.)
El amor en el teatro, capricho literario en cinco cuadros, prólogo y epílogo.
Abanicos y panderetas ó ¡A Sevilla en el botijo! humorada satírica en tres cuadros, con música del maestro Chapí.

La dicha ajena, comedia en tres actos y un prólogo. (2.ª edición.) Traducida al alemán con el título de *Das fremde Glück* por J. Gustavo Rohde.
Pepita Reyes, comedia en dos actos. (2.ª edición).
Los meritorios, pasillo.
La zahorí, entremés.
La reina mora, sainete en tres cuadros, con música del maestro José Serrano. (2.ª edición.)
Zaragatas, sainete en dos cuadros.
La zagala, comedia en cuatro actos
La casa de García, comedia en tres actos.
La contrata, apropósito.
El amor que pasa, comedia en dos actos. Traducida al italiano con el título de *L'amore che passa* por Giuseppe Paolo Pacchierotti.
El mal de amores, sainete con música del maestro José Serrano.
El nuevo servidor, humorada.
Mañana de sol, paso de comedia. Traducido al alemán con el título de *Ein sonniger Morgen* por Mary v. Haken.
Fea y con gracia, pasillo con música del maestro Turina.
La aventura de los galeotes, adaptación escénica de un capítulo del *Quijote*.
La musa loca, comedia en tres actos.
La pitanza, entremés.
El amor en solfa, capricho literario en cuatro cuadros y un prólogo, con música de los maestros Chapí y Serrano.
Los chorros del oro, entremés.
Morritos, entremés.
Amor á oscuras, paso de comedia.
La mala sombra, sainete con música del maestro José Serrano.
El genio alegre, comedia en tres actos. (2.ª edición).
El niño prodigio, comedia en dos actos.
Nanita, nana... entremés con música del maestro José Serrano.
La zancadilla, entremés.
La bella Lucerito, entremés con música del maestro Saco del Valle.
La patria chica, zarzuela en un acto, con música del maestro Chapí.
La vida que vuelve, comedia en dos actos.
A la luz de la luna, paso de comedia.
La escondida senda, comedia en dos actos.
El agua milagrosa, paso de comedia.
Las buñoleras, entremés.

Pompas y honores, capricho literario en verso por *El diablo cojuelo*.
La madrecita, novela publicada en *El cuento semanal*.

SERAFÍN Y JOAQUÍN ÁLVAREZ QUINTERO

El niño prodigio

COMEDIA EN DOS ACTOS

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Núñez de Balboa, 12

1906

EL NIÑO PRODIGIO

Serafín y Joaquín

Esta obra es propiedad de sus autores, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

Los autores se reservan el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

EL NIÑO PRODIGIO

COMEDIA EN DOS ACTOS

DE

SERAFÍN Y JOAQUÍN ÁLVAREZ QUINTERO

Estrenada en el TEATRO LARA el 13 de Noviembre de 1906

MADRID

G. VELASCO. IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.º

Teléfono número 551

1906

Al Sr. D. Francisco Rodríguez Marín

y al Bachiller Francisco de Osuna,

preclaros ingenios sevillanos, que en íntima y fecunda colaboración, han enaltecido las letras españolas y avalorado el rico tesoro de nuestra poesía popular.

Sus buenos amigos y admiradores,

S. y J. Alvarez Quintero.

REPARTO

PERSONAJES		ACTORES
DOÑA MANUELA	Sra.	Rodríguez.
DOÑA GUILLERMINA		Valverde.
CLARA		Ruiz.
ROSAURA	Srta.	Toscano.
FERNANDA PEÑAFLOR		Alba.
NIEVES		Latorre.
MANOLÍN	Niño	Pepito López.
QUIJANO	Sr.	Rubio.
ROSALES		Palanca.
LISONJERO		Simó-Raso.
DON ELÍAS		La Riva.
JORGE		Calle.
BONIFACIO		Barraycoa.
DON VICENTE DE LA SOSA		Romea.
VILLACORNEJO		Zorrilla.
CASTILLO		Mata.
DON ANDRÉS		Pacheco.
ISIDORO		García Orejuela.

ACTO PRIMERO

La escena es en Guadalema, capital de Castilla, y en la trastienda de la sastrería de Quijano, uno de los más acreditados sastres de la localidad.—A la derecha del actor, puerta con cortina japonesa de varillas, que da á la tienda. A la izquierda, dos puertas: la del primer término, más chica que la otra, y tapada por una cortinilla de yute, comunica con el taller de la sastrería; la del segundo, con el interior de la casa del sastre. Al foro, balcón de antepecho, con vidrieras, al través de las cuales se ve la calle. Es piso bajo. En el rincón de la derecha del foro, y de frente á la pared de la izquierda, mesa y sillón de Doña Guillermina, administradora de la sastrería y cuñada del dueño. A la altura de la mano, en la pared, varios portapapeles con facturas, y un almanaque. Junto al sillón un cesto de papeles. Hacia el centro de la habitación una camilla. A la izquierda del foro, una anaquelería, en la que se ven piezas de tela, cajas de muestrarios, etc. En un rincón un maniquí con una prenda concluída. Sillas y butacas. Estera de cordelillo. En las paredes, cubiertas de papel modesto, algunos cuadros de figurines masculinos.

Es por la mañana, en un dia templado de invierno.

Quijano el sastre, padre de Manolín, está sentado á la camilla leyendo un periódico. Doña Guillermina, su cuñada, hace cuentas en su rincón. Quijano es un viejo bonachón y simpático; Doña Guillermina una vieja de pies y de cabeza firmes, y de ojos sagaces é inquietos: está en todo. Usa gafas, manguitos y delantal.

D.ª Gui. Sumando. Dos, ocho, diez, diez y nueve, veinticinco, treinta y cuatro, cuarenta y una, cincuenta y dos, y llevo cinco. Cinco, siete, catorce, veintiuna, veintiocho, treinta y cuatro, y de treinta, tres. Tres mil cuatrocientas

venticinco pesetas, justas y cabales. Como trampa, ya es trampa. ¡Está buena la sangre azul!

Del taller sale Nieves, oficiala tan linda que dan ganas de redimirla del dedal y la aguja. Trae una americana en la mano.

NIEVES Maestro.

QUIJ. ¿Qué hay?

NIEVES ¡Otra vez la americana de Don Antonio!

QUIJ. ¿Otra vez?

D.ª GUI. ¿Otra vez? ¿Pues qué se le ofrece de nuevo?

NIEVES Lo de siempre: que le saque de donde mismo le metí. Se conoce que engorda un día si y otro no, y nunca le caen bien las prendas.

QUIJ. Es pesadito el buen señor.

D.ª GUI. Y paga á plazos. Y hay que arrancarle los plazos con sacacorchos. Y no se le sacan. Y el mes pasado dió un duro filipino. Compostura de percha.

NIEVES Esa le iba yo á dar, pero como luego don Ventura se enfada...

QUIJ. No me gusta engañar á nadie.

D.ª GUI. ¡Cuidado si eres infeliz! Ya lo sabes, Nieves.

NIEVES De mi cuenta corre, Doña Guillermina.

Sale Bonifacio de la sastrería, cuando Nieves va á irse. Es un joven ingenuo y pálido, futuro sucesor de Quijano. Sobre los hombros trae un metro que parece que le ha nacido allí.

BON. ¡Jesus, qué posma! A la oficiala. Vaya usted con Dios, Nievecitas. Ya era hora de que me diese usted los buenos días.

NIEVES Si no le he visto á usted hasta ahora...

BON. ¿No? Pues yo la he visto á usted esta mañana muy tempranito.

NIEVES ¿A mí?

BON. En la fotografía de la calle Nueva. ¡Je! Como está usted allí retratada...

NIEVES ¡Ay, qué pillo!

BON. Regular. Oiga usted.

D.ª GUI. ¿Qué es eso? Nieves, al taller. Bonifacio, á la tienda.

BON. No se incomode usted, Doña Guillermina.

NIEVES Hasta luego. Se entra en el taller.

BON. Hasta luego. Aunque no sea más que por

que hay oficialas así, vale la pena de ser sastre. Bajando la voz. ¡Permítanme ustedes este respirillo! ¡Me trae frito ese hombre!

QUIJ. ¿Quién?

BON. Machuca: el de la fábrica de sardinas.

D.ª GUI. ¡Otro que tal baila!

QUIJ Pues es buen pagador; no critiquéis.

D.ª GUI. Sí, pero todo su dinero trae un tufillo que trasciende á sardinas desde una legua.

BON. ¡Dígamelo usted á mí! El día que liquida se me llena la tienda de gatos. ¡Je!

QUIJ Anda, anda, no mientas, que te pereces por charlar. Y, sobre todo, que va á enterarse el hombre.

BON. No se entera. Coge un muestrario. Un mes lleva eligiendo un chaleco. Va el muestrario á su casa; lo examinan todos allá; da su dictamen la mujer—bueno, la... mujer;—torna aquí el muestrario; manda corriendo á la criada otra vez para que se lo lleve... ¡Jesús, qué ir y venir! ¡Como si fuera cosa tan difícil elegir un chaleco!

QUIJ A la tienda y chitón, ó me enfado.

BON. Ya, ya voy a la tienda. Márchase, en efecto, empezando una frase en tono complaciente. Le decía á usted, querido Machuca...

QUIJ Es bueno de veras este muchacho.

D.ª GUI. Y fiel como un perro.

QUIJ Y no tiene hiel para nadie. ¡Que parece mentira, dados sus principios! ¿Verdad, Guillermina? Deja el periódico y se asoma á los cristales del balcón Manolín se tarda.

D.ª GUI. Como hace tan buen sol, y de estos días caen pocos en el invierno de Guadalema, andará paseándose con el maestro.

QUIJ Bien puede ser así. Me alegraría... Que respire aire puro, que se fortalezca ese cuerpecito. No todo se ha de volver estudio y trabajo, ¿verdad? Yo celebro que dé la lección en casa del maestro, porque así, quieras que no, todos los días sale á la calle.

BON. Apareciendo nuevamente. Don Ventura.

QUIJ. ¿Qué ocurre?

BON. El señor Machuca, que desea que le diga

usted mismo, si se lleva más la lista que el cuadro... y si va mejor el botón de pasta, ó el de tela... ¡ó el de cuerno!

QUIJ Con mil amores; sí. Vase.

D.ª GUI. Sumando. Ocho, diez y seis, veinticinco...

BON. ¡Le digo á usted que hay que tener una paciencia!...

D.ª GUI. Cállese usted ahora.—Veintisiete, treinta y cuatro...

BON. Doña Guillermina, es que ciertas cosas...

D.ª GUI. ¡Que se calle usted, hombre! Cuarenta y dos, cuarenta y nueve...

BON. Ah, ya. Se marcha también.

D.ª GUI. Cincuenta y cuatro, cincuenta y ocho, y llevo cinco, y siete doce. Mil doscientas ochenta y nueve pesetas con treinta céntimos. Tampoco es mala trampa. ¡Está buena la clase media! Distribuyendo las facturas en los portapapeles. ¡Vaya! Pondremos estas, entre las que puede que se cobren; estas entre las que puede que no se cobren, y estas otras entre las que no se cobran ni yendo á Lourdes á pedirlo. ¡Bah! ¡Cómo abusan de mi pobre cuñado! Conmigo habían de dar. A son de tambores publicaba yo por las calles á los tramposos. Escribe.

Por la puerta de la sastrería salen de la mano Don Elías y Manolín, y se van por la que conduce á la casa. Don Elías, antiguo violinista de café y actual profesor de Manolín, es un viejecillo infantil y tembloroso. Viste modestamente. En la mano trae la caja del violín del chico. Manolín, el niño prodigio, es un pequeñuelo de seis años de edad, bonito y despierto. Usa gabancito de esclavina y sombrerito flexible.

D. ELÍAS Buenos días, Doña Guillermina.

D.ª GUI. Sin dejar de escribir. ¿Se viene de dar un paseo, eh?

D. ELÍAS Sí, señora; hasta los Alamillos llegamos; pero después de dar la lección. Vamos á ver á la hermanita.

D.ª GUI. Levantando los ojos y contemplando á Manolín mientras se retira. ¡Qué gloria de criatura! ¡Y qué suerte de padres! Sigue escribiendo. En el taller canturrea una oficiala. Doña Guillermina, á poco

de oirla, grita. ¡Silencio! La oficiala parece no enterarse. ¡Silencio he dicho, Nieves!

NIEVES Desde dentro. ¿Me hablaba usted, Doña Guillermina?

D.ª GUI. ¡Dale más á la aguja y menos al canto!

NIEVES ¡Si es Aurora!

D.ª GUI ¡Quien sea! ¡Parecéis grillos todo el día! Continúa escribiendo. En el taller se oyen risas contenidas, que luego cesan.

Desde la calle, se asoma Lisonjero á los cristales del balcón y llama con los nudillos.

LIS. ¡Ahora vengo!

D.ª GUI. Levantándose. ¿Eh? ¿Quién? Alborozada al verle. ¡Ah! ¡Señor Don Jacobo! Abre las vidrieras. ¿Cómo está usted? ¿Por qué no pasa?

LIS. No puedo en este instante. Volveré dentro de diez minutos. Me están esperando en ocho sitios Pero dígale usted al señor Quijano que vuelvo, que tenemos mucho que hablar.

D.ª GUI. Perfectamente: así se lo diré. Antes pasó usted hacia arriba.

LIS. Hacia arriba y hacia abajo qué sé yo las veces: toda Guadalema he andado ya. ¡Y hay que ver los pasos que tiene esta humilde capital de provincia! ¡Caray, caray! Conque hasta luego.

D.ª GUI. Vaya usted con Dios, Don Jacobo; que usted siga bien. Cierra las vidrieras y torna á su sitio. Por la puerta de la casa sale nuevamente don Elías, acompañado ahora de Doña Manuela, madre del prodigio. Esta señora es física y moralmente la media naranja de Quijano. Se vieron y se entendieron hace veinte años. Estaba escrito: tenía que nacer Manolín.

D. ELÍAS Aprovechándome de que hoy tenemos sol...

D.ª GUI. Oye, Manuela: acaba de hablar conmigo por el balcón el señor Don Jacobo.

D.ª MAN. ¿Y cómo no ha entrado?

D.ª GUI. Porque iba muy deprisa: como siempre. Pero me ha dicho que luego volverá.

D.ª MAN. ¡Cuánto me alegro! ¡Qué persona más fina es!

D. ELÍAS Pues decía que aprovechándome de que hoy tenemos sol, me alargué con él hasta los Alamillos. Me gusta oirlo hablar... Dice a

veces cosas que me dejan atónito. Es un privilegio de criatura.

D.ª MAN. Usted habrá visto, Don Elías, que á mí se me está cayendo la baba. Siéntese usted un ratito. A Quijano, que vuelve de la sastrería. ¿Tú oyes esto, Quijano?

QUIJ. ¿Qué?

D.ª MAN. Don Elías, chocho con nuestro hijo.

QUIJ Como tú y como yo.

D.ª GUI. ¡Y como yo! Se levanta y se acerca al grupo formado por los otros tres. ¿Adelanta mucho, maestro?

D. ELÍAS ¡Adelantar! ¡adelantar!... ¿Qué es adelantar para él? No es ya que corre; es que salta, que vuela...

QUIJ. Maquinalmente. Que vuela...

D. ELÍAS Que no hay quien lo siga, señor Quijano; doña Manuela, que no hay quien lo siga... Es menester rendirse á la realidad y reconocerlo: no estamos ante un niño habilidoso y listo, que muestra vocación decidida por un arte cualquiera: estamos en frente de un prodigio; de un fenómeno de la Naturaleza.

QUIJ. De un fenómeno, tú.

D.ª MAN Ya ves: de un fenómeno. Tan bonito como es Manolín... y es un fenómeno.

D.ª GUI. Lo dije, lo dije. ¿Verdad que lo dije, Ventura? No me quitéis la gloria de haberlo dicho. Lo dije: «Este muchacho se sale del montón; se destaca. Hay que ponerle un maestro en seguida.» Lo dije, lo dije. Vuelve á su tarea, sin perjuicio de ir y venir siempre que mete cucharada.

QUIJ. Lo dijo, lo dijo.

D.ª MAN. Y lo sigue diciendo. ¡Je!

D. ELÍAS ¡Bueno está el maestro de Manolín! ¡Maestro! ¡Maestro! Yo, cuando se pone á tocar, me cruzo de brazos y pienso entre mí: «Aquí no hay maestro y discípulo; de haberlos están trocados los papeles: él es quien puede enseñar algo; yo no. Aquí no hay más que un pobre músico de cafe, mandado retirar como guitarra vieja, que tiembla de emoción y llora viendo y oyendo lo que nunca

ha visto ni oído. ¡Es mucho Manolín! Se enjuga una lágrima con el pañuelo.

QUIJ. Repitiendo frase y ademán de don Elías. ¡Es mucho Manolín!

D.ª MAN. Lo mismo. ¡Es mucho Manolín!

QUIJ. A mí, de cuando en cuando, me asalta el temor de que las telarañas del cariño nos cambien los colores de las cosas.

D.ª GUI. ¡Ca!

QUIJ. ¿Ca?

D.ª GUI. ¡Ca!

D.ª MAN ¡Pues naturalmente, Quijano! Te pasas de modesto. Has tenido siempre esa falta. Y así como veo las tuyas, vería también las de Clarita, las de Manolín.

D. ELÍAS Amigo don Ventura, pronto, muy pronto, será la primera exhibición pública de esa maravilla del cielo que ha caído en esta casa: usted verá si Guadalema entera tiene también las telarañas que usted dice.

D.ª GUI. Maestro, ¿y componer? ¿No le dará el naipe por componer?

D. ELÍAS Calma, calma... Deje usted que muela el molino

D.ª GUI. ¡Mire usted que si hiciera una ópera! Eso deja muchísimo dinero.

D.ª MAN ¿Quieres callar, hermana? ¿Quién piensa en el dinero?

QUIJ. ¿Quién piensa en tales porquerías?

D.ª GUI. Yo, yo. Yo pienso, porque debo pensar; porque ahí está el porvenir del niño. Hazte cargo: Puccini, con sólo *La Bohème*...

QUIJ. Vamos, calla; que no me gusta oirte desbarrar. Nosotros, gracias á Dios, tenemos un pasar que muchos quisieran: para eso he trabajado yo toda mi vida. A mí no me hace falta dinero: á mí lo único que me importa ya, lo que me ilusiona, lo que me hace soñar dormido y despierto, es que se sepa en Guadalema, en España, en el mundo todo, que Quijano el sastre tiene ese hijo.

D.ª MAN ¡Que Quijano y su mujer tienen ese hijo! Dices bien, Quijano. Guillermina es una roñosa.

D.ª GUI. Sí, sí, roñosa. Lo que hago es mirar lejos.

D.ª MAN ¿Qué mayor satisfacción, qué mayor gloria puede cabernos á nosotros que la de haber parido á Manolín? Tu apellido inmortalizado, el niño recibiendo ovaciones aquí y allá, asombrando á las gentes en Madrid, en el extranjero... Esta noche he soñado que tocaba delante del Kaiser. Tengo al Kaiser aquí. Montado en las narices.

D. ELÍAS ¡Je, je! Oiga usted, doña Manuela, sueños más difíciles se han vuelto realidades. Con Manolín irán ustedes donde quieran.

D.ª GUI Lo que no sabéis es lo mejor. Por supuesto, descendemos del mono en línea recta: tenía razón David.

D. ELÍAS ¿David?

D.ª GUI Sí. No hacemos más que imitarnos los unos á los otros. ¿Pues no sale la pánfila de la droguera queriendo tener ella también otro niño prodigio?

D.ª MAN. ¿La droguera? ¡Jesús!

QUIJ. ¡Qué disparate!

D.ª MAN Vamos, ahora...

QUIJ Ahora cada uno va á descubrir en su casa un fenómeno. ¡Lo que son las envidias!

D.ª MAN La droguera sí tiene un fenómeno en su casa: pero no es el niño; es el marido.

QUIJ Para murmurar baja la voz.

D.ª MAN ¿Y cuál es la habilidad del angelito ese?

D.ª GUI Dicen que pinta.

D.ª MAN ¡Bah! ¡La de todos los chicos: pintarrajear por la pared!

D.ª GUI. ¡Cualquier cosa!

D. ELÍAS Levantándose. Y en último extremo, señor: pongamos que ese niño valga todo lo que se le antoje á su madre: pero, ¿es lo mismo pintar en un lienzo cuatro monigotes que arrancar de las cuerdas secas de un violín las más sublimes melodías? El arte de la música es el arte de los elegidos: donde termina el poder y el alcance de la palabra humana, allí empieza la música. Que no me hablen, que no me digan: Manolín es único, único. Dios ha querido que lo sea.

Su gloria es mi gloria. Porque rodará el tiempo; Manolín llenará los siglos con su nombre; ¿y quién me quita á mí, oscuro músico de café, pobre viejo que soñó con la gloria sin encontrarla nunca, quién me quita á mí haber sido el primero que le enseñó al prodigio á mover los deditos tiernos en un violín de juguete? Nadie, nadie: he sido yo. Esa gloria es mía; mía. Y ya no charlo más. Hasta mañana, padres felices.

D.ª GUI. Adiós, maestro.

D.ª MAN. Vaya usted con Dios; hasta mañana.

D. ELÍAS Páselo bien, Doña Guillermina. Hasta mañana.

D.ª GUI Hasta mañana.

Vase Don Elías, dejándolos á todos enternecidos.

QUIJ. ¡Está hechizado el pobre viejo!

D.ª MAN ¿Y tú?

QUIJ. ¿Yo? Dame un abrazo, Manolilla. Se abrazan.

En el taller vuelven á oirse risas.

D.ª GUI. Bueno, bueno; bien están los abrazos y las ternuras, pero no olvidéis lo que he dicho: una ópera: que escriba Manolín una ópera. *Cavalleria Rusticana* produjo el primer año...

QUIJ. ¡Un dineral; todo lo que tú quieras; pero no nos hables ahora de ochavos, Guillermina!

Las risas del taller se acentúan.

D.ª GUI. ¡Vaya! Esa es otra. Hoy tenemos revuelto el taller. Cuando viene la bizca, tiemblo. Estaré un ratito de centinela. Entrase en el taller. Cesan las risas.

Sale Clara del interior de la casa. Trae una cestilla de labor. Es una muchachita muy mona, todo modestia y serenidad.

CLARA Mamá.

D.ª MAN. ¿Qué quieres?

CLARA Manolín, desde que es prodigio, ¡da unas contestaciones!... Vé á la cocina, porque está poniendo á Teodosia como un trapo.

D.ª MAN. ¡Diablo de chico!

QUIJ. ¡Es gracioso de veras!

CLARA Sí; muy gracioso, y muy artista, y toca muy bien el violín, pero yo, si fuera hijo mío, le cortaba un poquito las alas. Le ha dicho una

desvergüenza á la mujer que no se le puede pasar ni á Sarasate.

D.ª MAN Ya me figuro la que es; porque no sabe otra... Voy allá, voy allá... Vase al interior de la casa.

QUIJ A reirle la gracia, por supuesto... Nos tiene bobos Manolín. No hay modo de reñirle nunca.

Sale Bonifacio de la sastrería.

BON. Maestro.

QUIJ. Discípulo. ¡Je!

BON. Haga usted el favor un instante, que el señor Machuca...

QUIJ. ¿Pero está ahí todavía?

BON. ¡Todavía! A mí me va á dar fiebre. El señor Machuca quiere saber á punto fijo, y bajo palabra de honor de usted, si la trencilla *viste* en los chalecos ó no *viste*.

QUIJ. ¡El demonio del hombre! Habrá que sacarlo de dudas... Vase á la sastrería.

BON. Yo me quedo un ratito aquí. ¡Valiente cataplasma!

CLARA ¿Quién es?

BON. Machuca: el de las sardinas. Boquerón, como le dicen los chiquillos.

CLARA Ya. Se sienta á hacer labor.

BON. Encaminándose al taller y volviéndose de repente. Oiga usted, Clara.

CLARA Diga usted, Bonifacio.

BON. No le cuente usted á Doña Guillermina que entro en el taller.

CLARA Yo no le contaré nada, pero va á enterarse.

BON. ¿Cómo?

CLARA Porque está en el taller.

BON. ¡Ah, canario! Entonces no entro.

CLARA Ya sé que le gusta á usted Nievecitas.

BON. ¿No me ha de gustar? ¡Si es de lo mejor que se fabrica en su clase!

CLARA Sí que es muy monina esa muchacha.

BON. ¿Le agrada á usted?

CLARA No tanto como á usted; pero me es muy simpática. ¿Y usted va con buen fin, Bonifacio?

BON. Yo voy con el fin de casarme; ¡lo que no sé

si ese fin será bueno! Hay tantas opiniones... ¡Je! ¿Y usted, cuándo nos da un gran día?

CLARA ¡Huy!... ¡Largo le va!

BON. ¿Y eso?

CLARA Mire usted, Bonifacio: que Jorge y yo no nos entendemos del todo. Y bien sabe Dios que me duele; porque, al fin y al cabo, como es el primer novio que he tenido... esas cosas echan raíces... Pero de algún tiempo á esta parte salimos á pelotera diaria.

BON. ¿A pelotera diaria? Para novios, es mucho.

CLARA Pues así andamos.

BON. Ya, ya. Yo no me precio de zahorí, pero bien podría escribir ce por be lo que á usted le sucede con Jorge. ¡Si lo oigo respirar en la cervecería de las camareras! Usted es una mujer de su casa, muy prudente, muy discreta, muy tranquila, muy enamorada de su rincón, y él...él... ¿lo digo?

CLARA Dígalo usted.

BON. No me atrevería, si no la estimase á usted tanto. El es indigno de usted, Clara: él es un ambicioso vulgar. ¿Estamos conformes? Clara hace un gesto para no contestar. Pero en el pecado lleva la penitencia. Yo sé bien en lo que paran todas esas bambollas. ¿No ve usted que yo he sido genio antes de ser sastre? Clara lo mira. Genio, genio: así como suena.

CLARA Sí, si lo sé.

BON. Por eso dudo entre reirme ó indignarme, cuando escucho las baladronadas de su novio de usted, y por eso me indigno sin reirme cuando veo lo que aquí se hace con Manolín. Opóngase usted, Clara; opóngase usted á cuanto se trama con su hermanito.

CLARA Esa ya es harina de otro costal. Yo pienso como usted, y como Rosales: creo que Manolín debiera jugar con los otros chicos al esconder ó al marro, y estudiar su violín y acostarse á las oraciones; pero cuando mis padres no lo entienden así, tendran razón ellos. Ahora, que si fuera hijo mío, á las

ocho lo metía en la cama; y si los socios del Casino y los vagos de Guadalema querían divertirse, que bailaran un minué.

BON. Por usted habla la voz de la razón: yo, que he sido genio, puedo asegurarlo. ¡Ay! A mí me dió por la poesía: yo era poeta. A los cinco años cantaba al sol, y á la luna, y al Vesubio —sin haberlo visto,—porque el sol y la luna, menos mal,—y á Napoleón primero, y al moro Muza. ¡Con decirle á usted que llegué á mirar con lástima á Espronceda!

Veinte presas
hemos hecho,
á despecho
del inglés...

¡A mí esto me parecía malísimo! Y yo también tuve veladas en el Centro Republicano de mi pueblo, donde canté á Torrijos, y á los Comuneros de Castilla... ¡Todos los cromos de mi casa! Y hubo para mí flores, y palomas, y aun coronitas de laurel... ¡Ay! Cuando se acabaron las gracias del niño, y me ví en la necesidad de hacer algo capaz de que lo admiraran los hombres, tuve conciencia de todo lo falso de mi aureola infantil, y pasé las horas mas negras de mi vida. Pero el sentido común me salvó. Porque ya empezaba á torcerme, y á envenenarme, y á morder á diestro y siniestro, y á negarlo todo. «¡Ca, hombre, ca!»—me dije un día en que tuve que purgarme dos veces.—«¡Esto no va conmigo! ¡Que sea genio otro tonto cualquiera! Yo me dedico á sastre.» Y aquí me tiene usted. Soy vulgar, pero soy feliz: en vez de cantar el caos —que también lo canté —canto el cuerpo de Nievecitas. Y ella me lo agradece. Y no hay quien me tosa.

CLARA Hizo usted bien. Hubiera usted sido un genio de pega, y así es usted un hombre de provecho.

BON. Usted me ha comprendido Soy un pobre hombre que en breve podrá poner al frente de esta noble casa un letrero que diga:

«Bermejo, sucesor de Quijano». Y no faltarán genios que me lo envidien.

Sale Doña Guillermina del taller.

D.ª GUI. Pero, señor, ¿que no se halla usted más que fuera de la tienda?

BON. ¡Je, je! ¡Doña Guillermina! Es que hablábamos Clarita y yo, y decía Clarita...

D.ª GUI. Lo que decía Clarita no me importa: lo que digo yo es que se vaya usted al mostrador ahora mismo.

BON. Y yo la obedezco á usted como un ángel. Cuando era genio, me fastidiaba obedecer; pero ahora que soy una vulgaridad... ¡encantado! Se va á la sastrería.

D.ª GUI. ¡Santo Dios, lo que goza en pegar la hebra ese bendito!

BON. Asomando la cabeza un instante por entre las varillas de la cortina, le dice con acento misterioso á Clara. Ahí viene su novio de usted.

D.ª GUI. ¿Qué ha dicho?

CLARA Que ahí viene Jorge.

D.ª GUI. Ya.

Hay una pausa. Doña Guillermina trabaja en su mesa; Clara hace labor. Llega Jorge, con cara de pocos amigos. Es un muchacho que era muy simpático y se malea por puntos, porque ha acabado la carrera de leyes y cree que el mundo no le hace justicia.

JORGE Hola.

CLARA Ven con Dios.

JORGE Felices, Doña Guillermina.

D.ª GUI. Dios te guarde.

CLARA Buen día, ¿verdad?

JORGE Calor al sol y fresco á la sombra: lo mejor para coger una pulmonía. Se sienta.

CLARA ¿Estás enfadado?

JORGE No.

CLARA Pues, hijo, las señas son mortales.

JORGE Si opinar lo contrario que tú es indicio de enfado, avisa.

CLARA Cuando digo que hay mar de fondo... ¿Vienes del bufete?

JORGE No.

CLARA ¿No?

JORGE ¡No!

D.ª GUI. Del bufete, no; pero bufando, sí.

JORGE ¡Qué bonito juego de palabras! A su novia. Ni vengo del bufete, ni vuelvo más.

CLARA ¿Por qué?

JORGE Porque no ha nacido el hijo de mi madre para echar allí el quilo trabajando, y que se lucre un caballero particular, que debiera estar tirando de un tranvía. Ya lo sabes ¿Tienes otra cosa que objetar?

Sale Quijano de la sastrería, y al observar la actitud de los novios se va al interior de la casa moviendo la cabeza con disgusto.

CLARA Dulcemente. ¿Por qué eres así, Jorge? Digo, ¿por qué te has vuelto así? ¿Es que ya no me quieres?

JORGE Lagoterías, no.

CLARA ¿Ves como has pisado mala yerba? ¿Qué te pasa? Si yo no soy tu novia para saber lo que te pasa, y tú mi novio para contármelo, riñamos de una vez.

Jorge se levanta y da un par de resoplidos paseando.

D.ª GUI. Hombre, hombre, que van á volar estas cuentas, y están por cobrar.

JORGE Déjese usted de bromas, señora mía.

CLARA Jorge. Jorge, ven aquí. Ven aquí, te ruego. Jorge vuelve al lado de ella como á remolque. No te mereces el cariño con que te trato. A una mirada de él. No; no te lo mereces. ¿Qué te ocurre? Dímelo.

JORGE Nervioso. ¡Me ocurre... me ocurre... que la humanidad se ha propuesto freírme la sangre!

CLARA ¡La humanidad no se ocupa de tí! No seas presuntuoso.

JORGE Sintiendo la herida. ¿No se ocupa de mí? ¡Pues ya se ocupará con el tiempo!

CLARA Con el tiempo yo no lo dudo; pero lo que es ahora... De tí sólo nos ocupamos tu madre y yo. ¿Y quién mejor, después de todo?

JORGE Mira, nena, queriendo consolarme me estás diciendo lo que más me puede mortificar. ¡No parece sino que no te enteras ó que yo hablo en chino! ¿De modo que me oyes repetir á diario que quiero luchar, que quiero subir, que quiero ser alguien, que no quiero

morirme oscurecido en Guadalema, y todavía me sales con frasecitas de comedia cursi? Las mujeres á lo mejor perdeis el sentido de las cosas, por no decirlo de otro modo más crudo.

CLARA Creeis los hombres que lo perdemos, cuando no halagamos vuestra vanidad ó vuestro capricho. ¡Dices tú que quieres luchar!...

JORGE ¡Y quiero luchar!

CLARA No, Jorge; lo que tú quieres no es luchar. Es algo más cómodo: es no luchar, precisamente: es plantarte de un salto donde esté el que esté más arriba; donde se llega, si se llega... después de luchar.

JORGE ¡Bah, bah! No sabes lo que dices, ni entiendes una palabra de esto. Estás muy atrasada de noticias. Vives con las ideas de tus abuelos, y gracias. Antiguamente se andaban los caminos en galeras aceleradas, y á fuerza de tiempo; ahora es en el tren, y ya el tren nos va pareciendo un carromato. Hay que ahorrarse molestias y panoramas. El camino importa un pitoche: la cuestión es llegar.

CLARA ¡Llegar! No se te cae de la boca esa palabra. ¿Qué es lo que tú entiendes por llegar?

JORGE ¡Está bien claro, hija de mi vida! Pasar de no ser nada, á ser algo; de que nadie me vea, á que todo el mundo me mire. ¿Cómo? ¿En qué esfera? ¡Me es indiferente! Lo mismo se me da llegar de una manera que de otra: estrenando un drama ó publicando un libro de cocina; pronunciando un discurso elocuente ó ensartando á un ministro en desafío.

CLARA Calla, calla.

JORGE ¡La cuestión es llegar!

CLARA Te ruego que calles. Me entristece oirte. No eres el que eras. ¿Con qué amigotes te reunes que así te han vuelto?

JORGE No son amigotes los que me abren los ojos: es la vida, que dice verdades muy amargas. Esta vida febril, inquieta, complicada, vertiginosa, que vivimos los hombres de este

siglo. ¡Ay del que se cruce de brazos y se ponga á mirar la luna! ¡Lucido está!

CLARA Tú sí que estás hoy fuera de quicio, Jorge. ¿No acabarás de decirme lo que tienes? Porque hay algo más que esta manía de llegar y llegar que te ha entrado ahora como un sarampión.

JORGE ¡Como un sarampión!... ¡Como una enfermedad incurable!

CLARA ¿Es quizás el viaje á Madrid lo que así te revuelve la bilis?

JORGE ¡Ni más ni menos! Acertaste esta vez. El viaje á Madrid, que no se me cuaja como quisiera.

CLARA ¡Dichoso viaje á Madrid!

JORGE ¡Eso es: dichoso viaje! Lo primero es el «me quieres» «te quiero» del novio y la novia. ¡Mi porvenir que se lo lleve Pateta! ¡Qué egoísmo más refinado y más suicida!

CLARA No disparates, Jorge. Si yo viese en tu viaje á Madrid un propósito noble y serio, yo sería la primera á animarte; pero si veo que vas á ir al á para tu absoluta perdición; para la completa ruina del Jorge de hace cuatro años... del mío... del bueno .. ¿cómo quieres que vea con buenos ojos ese viaje?

JORGE ¿Lagrimitas ahora? ¡Era lo único que me faltaba! ¡Delicias del hogar! De mi casa he salido huyendo, por no escuchar á mi familia, que también toca de cuando en cuando la nota sensible. Llego aquí, y más sensiblería. ¡Estoy mejor que quiero! ¿Por qué no me habré quedado yo en la cama?

CLARA ¿Luchando?

JORGE Mira, Clara; lo único que no sufro, es que ni de cerca ni de lejos, mis afanes te sirvan de burla.

CLARA Perdona, hombre: ha sido una broma inocente.

JORGE Pues no lo olvides.

CLARA No lo olvidaré. Y hablemos de otra cosa.

JORGE O no hablemos, que será preferible.

CLARA Hoy, sin duda alguna.

Jorge se levanta y empieza á pasearse para dar sali-

da al fluido nervioso Quiere liar un cigarrillo, se le enredan los dedos, y acaba por tirar tabaco y papel. Clara lo mira con tristeza Doña Guillermina canturrea zumbonamente al cabo de un rato.

D.ª GUI Dos y dos son cuatro, cuatro y dos son seis, seis y dos son ocho y ocho diez y seis...

Jorge la mira á punto de soltarle una fresca, pero se contiene, traga saliva y sigue sus paseos. Sale Bonifacio con una pieza de tela que le muestra á Doña Guillermina.

BON. Diga usted: ¿se puede dar este pantalón en cinco duros?

D.ª GUI. Sí; pero pida usted ocho.

BON. Había pedido diez.

D.ª GUI Así me gusta.

CLARA ¿Quién está en la tienda?

BON. Paco Rodríguez, hace ya un ratillo. Y el señor Rosales, que acaba de llegar Se retira.

JORGE ¡Caramba! ¡ya tenemos ahí al inevitable señor Rosales! Entre los contertulios de la tienda y de la trastienda, el que más me molesta es él. ¿Y tus papás, andan por allá dentro?

CLARA Allá estarán con Manolín.

JORGE Pues alla voy yo á contarles un cuento, cabalmente del tal Rosales y de Manolín.

CLARA Pues ¿qué ocurre?

JORGE Ocurre que ese Galeno de Cinco Villas, valido de su autoridad de médico, y haciendo alarde de su ingenio baturro, en la trastienda de la botica de Quiroga, y en el estanco, y donde viene á pelo, hace chacota del niño prodigio, y del padre del niño prodigio, y de...

CLARA No lo creo.

JORGE Pues créelo, porque lo digo yo. Estás hoy levantisca, paloma. Voy allá dentro.

D.ª GUI Dejando el trabajo y yéndose tras él. A ver, á ver... Esto me interesa.

CLARA ¿Usted tambien? ¡Bah!

Se marchan al interior de la casa Jorge y Doña Guillermina. De la sastrería sale Rosales. Este Rosales, de nombre Don Pascual, es uno de los médicos más queridos de la población. Hombre fuerte y robusto,

aragonés de raza, habla con el acento de su país y no tiene pelos en la lengua. Usa capa y sombrero flexible.

ROS. Aquí estoy yo.

CLARA Don Pascual, buenos días.

ROS. ¿Qué hay?

CLARA Lo de siempre.

ROS. Pues lo de siempre es que lo mejor de Guadalema es la Plaza de los Soportales, y lo mejor de los Soportales la casa de Quijano. ¿Dónde se ha metido ese hombre?

CLARA Con mi novio está por allá dentro.

ROS. ¿Con tu novio?

CLARA Sí. Siéntese usted, que no tardarán en salir.

ROS. Lo que es tu novio, con perdón, aunque no salga no me importa. ¡Leña! ¡qué antipático es!

CLARA Será para usted, Don Pascual.

ROS. Pues para mí habio. Anoche por poco le abro la cabeza en el casino.

CLARA ¡Ay, Jesús!

ROS. Luego se la hubiera tenido que cerrar, por ser el médico que pillaba mas cerca, pero nunca habría perdido el tiempo con mas gusto.

CLARA Bueno, sí; dejemos á mi novio. Ya sé que no se quieren ustedes bien. ¿Hay muchos enfermos?

ROS. Menos habría, si hubiera menos médicos.

CLARA Basta que usted lo diga. ¿Ha ido usted ya á casa de don Acisclo?

ROS. De allá vengo. ¡Bien tristecico lo he dejado!

CLARA ¿Está peor su señora?

ROS. Al revés: de esta no se le muere, no.

CLARA ¿Y por eso está triste? ¡Vamos! ¡Dice usted unas herejías! ¿Tan mala persona es doña Prudencia?

ROS. Regularica es. Y su marido no me puede ver á mí ni en pintura.

CLARA ¿Por qué?

ROS. Porque dos años antes que él fuí yo novio de ella.

CLARA ¿Y eso qué importa? ¿Ahora va á acordarse...?

ROS. Sí se acuerda, sí. ¡Floja señalica le ha que-

dado! Pude yo cargar con ella y cargó él: tiene, tiene motivos para mal quererme.

CLARA ¡Ja, ja, ja! Pero si usted también se casó luego.

ROS. ¡Diferencia va! Algo daría él por encerrarse en casa con mi mujer en vez de con la suya.

CLARA ¡Ya lo creo! Es que como Posario hay pocas.

ROS. No hay más que ella: se rompió el molde. Pero alguna falta había de tener: es arrimadica á la cola. Como yo: lo mismo que yo. Así nos han salido los hijos, pobrecicos míos: que clavan los clavos con la cabeza.

CLARA ¡Jesús, por Dios! Se divierte usted hasta de su sombra.

ROS Digo la verdad siempre.

CLARA Pues niegue usted que es guapísimo Pascualín.

ROS. No lo niego, no: es igual á su madre. Pero tiene seis años, y le preguntas quien ha hecho el mundo y se encoge de hombros. En fin, con tal que sean buenos, y buenos lo son, ¡adelante con el melonar! Todos los hombres sirven para algo en el mundo: no han de ser ellos menos. Médico soy yo, y nadie se ha opuesto á que lo sea. ¡Los que pudieran votar en contra se mueren!...

CLARA Cualquiera que lo oyese á usted, creería que era usted un matasanos.

ROS. Aún los hay peores.

Por la puerta del interior de la casa van saliendo sucesivamente doña Guillermina, doña Manuela y Quijano. Saludan muy serios á Rosales, se sientan, y no le dirigen la palabra. El los mira un poco perplejo.

D.ª GUI. Buenos días.

ROS Buenos días, Doña Guillermina.

D.ª MAN. Buenos días.

ROS. Salud, Doña Manuela.

QUIJ. Buenos días.

ROS ¡Hola, hombre, hola! ¡Ya pareciste!

QUIJ. Ya parecí.

ROS. ¿Qué es eso? ¿Vienes disgustado?

QUIJ. No.

ROS. ¿Cómo que no? Pues esa no es tu cara. ¿Tenemos alguna novedad, doña Manuela?

D.ª MAN. No.

ROS ¿No hay ninguno malucho?

D.ª GUI Eso quisiera usted.

ROS ¿Yo? ¿A qué santo, señora? ¡Si aquí no cobro las visitas!

CLARA ¿Y Jorge?

D.ª MAN. Poniendo en sus palabras toda la ironía de que es capaz. Se ha quedado con Manolín; con el pobrecito Manolín; con ese desdichado de Manolín. Porque ahora resulta, ¿sabe usted, Don Pascual? que Manolín es un pollino y nosotros unos mentecatos.

ROS. ¿Qué dice usted?

QUIJ. En el mismo tono que su esposa. Y otro mentecato el novio de Clara, que ahora mismo esta con la boca abierta oyéndole tocar el violín.

ROS Del novio de esta va bien todo cuanto se diga. ¡Leña! ¡qué antipático es!

CLARA Más antipático es usted, ¡caramba! y lo dejan pasar. Ya me cansé yo.

ROS. No te enojes por él conmigo, que no lo vale.

D.ª GUI No lo valdrá, pero cuando menos es un hombre que no tiene dos caras.

ROS Pues es un dolor; porque le van á romper la que tiene el día menos pensado. Y á ver qué se hace.

D.ª MAN. ¿Quién se la va á romper?

ROS Puede que sea yo, ¡leña! Porque me estoy oliendo qué ese ha venido aquí con algún chisme, y los chismes no van conmigo. ¡A mí se me habla claro! ¡Caras tiesas y medias palabras no se las aguanté ni a mi padre! ¿Qué tienen que decirme, leña? ¿Quieren usted les reventar de una vez?

Se desborda la indignación en forma de improperios, que oye Rosales sin contestar palabra.

QUIJ. ¡Sí, señor; tenemos que decirte...!

D.ª MAN. ¡Tenemos que decirle á usted que es un mal amigo!

D.ª GUI. ¡Un infame!

QUIJ. ¡Un traidor!

D.ª MAN. ¡Eso; un traidor!

QUIJ. ¡Nunca pude esperarlo de tí, Pascual! ¡Sé

que te vas á la botica de Quiroga, y al estanco, y allí te ries de mi mujer y de mí, y de las ilusiones que nos forjamos con nuestro hijo!

D.ª MAN. ¡Con nuestro hijo, que es un fenómeno, aunque usted no quiera!

D.ª GUI. ¡Eso no se hace: eso es una porquería en toda tierra de garbanzos!

CLARA Por Dios, tía; por Dios, mamá; que parecéis gallos ingleses.

ROS. No doy media vuelta ahora mismo y sacudo los zapatos al salir de la casa, porque sería tan majadero como ustedes. Y tan mal amigo. ¡Esto sí que me escuece, leña! ¿Es decir que el primer zascandil que llegue con una invención, tira por tierra una amistad de treinta años? Pues si es así, dí tú que no ha debido serlo ni de un día. Sulfurándose. ¿Quién ha traído ese cuento? ¿A que delante de mí no dice palabra?

CLARA No se sofoque usted, Don Pascual.

ROS. Tendría que taparme los oídos, muñeca.

D.ª GUI. ¡Sí; si ya contábamos con los puñetazos y las bravatas!

ROS Pero ¿es que insiste usted, señora? ¿Voy yo á tener que defenderme aquí de una calumnia? ¿No basta ser quien soy, y que lo niegue encima? Silencio general. ¡Bueno, hombre, bueno! Ya veo que no basta. Este sí que es un desengaño. Lo que yo he dicho de Manolín y de ustedes, en la botica y en el estanco y en todas partes donde me piden opinión, es lo mismo que digo aquí siempre que viene á cuento: que protesto con toda mi alma de lo que hacen con él.

D.ª MAN. ¡Manolín es un artista eminente; lo dice su maestro; lo dice todo el que lo oye!

ROS. Por lo mismo que quizá sea un artista, es más doloroso que se le mate en flor.

D.ª MAN. ¿Pero tú oyes, Quijano?

ROS. Tuviera yo en lugar de los cuatro zoquetes que he traído al mundo un hijo como él, y puede que rascara el violín una hora del día, pero ya cuidaría yo de que triscara por

los montes lo menos ocho, como un corderico.

QUIJ. ¡Y dale! ¡Si es que este niño es especial!

Dª MAN. ¡Si quitarle el violín es matarlo!

Dª GUI. ¡Si no le gusta jugar como á los otros chicos!

ROS. ¡Leña! ¿Pues no dice que no le gusta jugar y tiene seis años? Lo que es que le han metido ustedes en la cabeza que es un hombrecico, y que es un fenómeno. ¡Leña, qué manía esta de anticipar la vida, de coger el fruto á destiempo! Tienen un niño, y ya quieren tener un hombre. Por supuesto: no es de ustedes toda la culpa: ustedes marchan empujados. Este mal es del siglo. Todo el mundo tiende á estrellarse. No sé en qué consiste. Puede que lo hayan traido los automóviles.

CLARA Con cierta vehemencia. Sí, señor; sí, señor: tiene usted mas razón que un santo.

Dª MAN. Tú te callas, mocosa.

CLARA Yo me callo, porque tú me lo mandas, pero estoy conforme con Rosales. No hay nada en sus quicios.

ROS. ¡Bien dices, leña! Aquí se siega ya, sin que grane la espiga. En Manolín lo ves. Echa á un lado el estrujar su cuerpecico—que ya es echar;—; pero si ahora se le empieza á exhibir y á deslumbrar con la gloria temprana, ¿qué aplausos le van á halagar andando el tiempo? ¿Qué le dejan ustedes para esa edad en que más se sueña que se vive; para esa edad—acuérdate, Ventura—en que charlábamos tú y yo como locos por las calles de Zaragoza, yo de mi Rosario, que entonces era Rosarico, y tú de doña Manuela aquí presente, que parece mentira?

Dª MAN ¡Oiga usted!

ROS. Ahora le toca á usted, señora. Hemos de oir por turno. Este es mi pensar, y así lo soltaré donde quiera mondo y lirondo, me pongan buena ó mala cara. Y si ustedes no lo quieren oir, tendrán que atrancar la puerta de la calle y no dejarme entrar; porque

como entre y se hable del caso ¡leña, que lo digo! ¡De buena raza vengo! Mi padre se llamaba Andrés, dijo un día por una disputa que se llamaba Antonio, y Antonio se llamó ya toda su vida. La esquela de defunción nos dejó escrita llamándose Antonio. Y Antonio le pusimos en la lápida, porque sabíamos que si no se llevaba un disgusto.

D.ª GUI. ¿Y todavía, después de decir eso, quiere usted que aquí se le tome en cuenta cuando da en una testarudez?

D.ª MAN. En este caso se fastidia usted, señor mío. ¡No faltaría más, sino que porque usted haya dicho que se llama Pedro, le hayamos de llamar Pedro nosotros, sabiendo que se llama Pascual Bailón! Ya conocemos bien el paño.

QUIJ. Sí, sí; tenemos en esta cuestión criterio muy distinto. Tú ves negro lo que nosotros rosa. Acaso estemos engañados; pero déjanos con nuestra ilusión. Y perdona si un poco ciegos por el cariño á Manolín, pusimos en tela de juicio tu amistad.

ROS Calla, Ventura, calla, que yo soy siempre el mismo. La prueba es que discuto. Y oye un instante ese cornetín que suena lejos. Ni de encargo viene.

En efecto, óyese á lo lejos un cornetín, que toca una jota. Todos escuchan.

QUIJ. ¿Y eso qué es?

ROS. Ese es el cornetín de unos titiriteros, que van rodando por el mundo. Ahora les ha tocado caer en Guadalema. Al son de esa jota, bailan dos chiquitines, niño y niña, de la edad de tu Manolín. Esta mañana me los encontré en la Plaza Grande, cansadicos ya de bailar, y me dieron pena. Pensé en mis hijos, y pensé también en el tuyo.

QUIJ. ¿Ves tú?

D.ª MAN. ¿Ves tú? ¡Esto es lo que exalta!

D.ª GUI. ¡Esto es lo que no puede oirse!

QUIJ. ¿Vas á atreverte á comparar?...

ROS. No, no comparo: tú no tienes la disculpa que esos padres. El hambre puede mucho, ¡leña!

QUIJ ¿Es que tú piensas que nosotros...?

D.ª MAN. ¿Es que usted se figura...?

ROS ¡No me figuro nada: no hago más que decir lo que veo!

QUIJ. ¡Pues nos ofendes, atribuyéndonos ideas de explotacion!

D.ª MAN. ¡Sí, señor: nos ofende!

ROS. ¿Pero quién ha pensado tal cosa?

D.ª GUI. ¡Usted!

D.ª MAN. ¡Usted!

QUIJ. ¡Tú!

ROS. ¿Yo?

QUIJ. ¡Tú!

CLARA Calma, por la virgen bendita. Y si quieren ustedes hacerme caso, quede esto aquí. Ni Rosales ha tenido la intención que vosotros pensáis, ni vosotros sois capaces de nada feo. Pero cuando se ponen las personas así no se entienden nunca.

ROS. Hablas como un libro, muñeca Siempre he dicho que eres tú lo mejor de la casa.—Voy al taller á que me cosan este botón de la americana, que está un poco flojo.

D.ª GUI. ¡Todos los días ha de traer usted un botón flojo!

ROS. Si las oficialas tuvieran la cara como usted, ya vendrían bien seguros, ya

Entrase en el taller. El cornetín de los titiriteros deja de oirse. Quijano, Doña Manuela y Doña Guillermina, se agrupan indignados, y á media voz truenan contra el baturro.

D.ª GUI. A este lo planto yo el mejor día. No soy yo quien le sufre todas las barbaridades que quiera decirme, porque sea de Aragón.

QUIJ. Pero ¿habéis visto igual terquedad?

D.ª MAN. ¡Oh! ¡Es una cabeza de bronce!

D.ª GUI. Pues por más vueltas que le deis, en el fondo no hay más que envidia, y envidia, y envidia. ¡Como que en su casa en vez de cuatro ó cinco chicos tiene un juego de bolos!

CLARA Callad, por los clavos de Cristo; que viene ahí Jorge, y está con Rosales á tres pullas, y va á haber aquí toros y cañas.

Sale Jorge haciendo demostraciones de entusiasmo.

JORGE ¡Oh! ¡oh!

QUIJ. ¿Qué?

D.ª MAN. ¿Qué?

JORGE ¡Oh! ¡Una maravilla! ¡Un asombro!

D.ª GUI. ¿Manolín, verdad?

JORGE ¡Espanta! ¡Estremece! ¡Da frío!

QUIJ. ¿Oyes, Clarita? ¿Oyes á Jorge?

D.ª MAN ¡Para que nos vengan con dimes y diretes!...

JORGE ¡Vamos! ¡El que niegue eso, que es como negar la luz del sol, ó es ciego del todo, ó es un animal de bellotas... ó es algo más malo!

CLARA Bueno, bueno; no chilles.

Bonifacio se asoma á la puerta de la sastrería.

BON. El señor Lisonjero pregunta por usted, don Ventura.

La noticia le produce á la familia gran regocijo y cierta turbación.

QUIJ. ¡Hombre, el señor Lisonjero!

D.ª MAN. ¡El señor Lisonjero!

D.ª GUI. ¡Que pase! ¿Verdad?

QUIJ. ¡Sí, sí, que pase!

D.ª MAN. ¡Que pase en seguida!

Se retira Bonifacio. Quijano, Doña Guillermina y Doña Manuela, se retocan ligeramente.

JORGE Yo me voy.

CLARA ¿Te vas?

JORGE Sí. A ese señor de Lisonjero lo masco, pero no lo trago.

CLARA ¿Vendrás á la tarde?

JORGE No sé. Según esté de pulgas.

CLARA Tranquilízate, hombre.

JORGE ¡Ojalá pudiera! Hasta luego, ó hasta mañana.

CLARA Adiós. Coge su labor y se va al interior de la casa.

JORGE A la familia. Buenos días.

QUIJ. Adiós, Jorge.

D.ª MAN. Hasta luego.

D.ª GUI. Adiós.

A tiempo de irse Jorge llega Lisonjero.

JORGE Pase usted.

LIS. Usted.

JORGE Muchas gracias. Se va.

Jacobo Lisonjero es hombre joven, despierto, activísimo, bullidor, inquieto, de fácil palabra y persuasivos ademanes: capaz de emprenderlo todo y de llegar

á todos lados. Viste con elegancia personal. Los primeros botines que se vieron en Guadalema los llevó él.

LIS. ¡Familia dichosa!... ¿Qué tal?

QUIJ. ¡Señor Lisonjero! ¡Tanto gusto!

LIS. Doña Manuela, Doña Guillermina—nosotros ya nos hemos visto,—querido Quijano... ¿Y el monstruo de la casa?

QUIJ. En su estudio. ¡No deja el violín!

LIS. ¡Estupenda criatura!

D.ª MAN. Je.

LIS. ¿Y esa mariposilla blanca que á veces veo revolotear por este balcón?

D.ª MAN. Allá dentro. Llámala, Guillermina.

LIS. ¡Nunca! Prohibido que por mí se moleste á nadie.

D.ª GUI. ¡Pero siéntese usted!

QUIJ. ¡Es verdad; que estamos aquí como bobos! Siéntese usted.

LIS. No puedo; muchas gracias. Tengo veintisiete cosas que hacer todavía antes de las doce, y son las doce menos cuarto.

QUIJ. Pues ya que no se siente, deje el sombrero y el gabán.

LIS. Eso sí.

QUIJ. Muy arrugadillo está el forro. Envíemelo mañana y lo plancharemos.

LIS. Se hará como usted quiere. Antes que se me olvide. Dando voces hacia la tienda. ¡Bonifacio! ¡Bonifacio!

QUIJ. ¡Bonifacio!

D.ª MAN. ¡Bonifacio!

BON. Asomándose. Servidor.

LIS. ¿Usted conoce á Paco Rivera?

BON. ¡Ya lo creo!

LIS. Si pasa por la calle, llámelo usted y avíseme en seguida.

BON. Perfectamente. Me figuro que no pasará.

LIS. ¿Por qué?

BON. Porque... porque... Doña Guillermina lo sabe. Se marcha.

D.ª GUI. No pasa, no.

LIS. ¡Ah, ya! ¡Es un perdis incorregible! Otra cosa.

QUIJ. ¡Bonifacio!

LIS. No; no es con Bonifacio.

BON. Asomándose otra vez. ¿Qué hay?

QUIJ. Nada, nada. Vete.

Bonifacio se va.

LIS. ¿Tienen ustedes aquí teléfono?

D.ª MAN. Lo vamos á poner á primero de año.

LIS. ¡Entonces no me sirve ahora! ¡Je! Iba á hablar con la redacción de *El Debate*... Luego me llegaré. A lo nuestro.

QUIJ. ¡Cuánto tenemos que agradecerle!

D.ª MAN ¡Cuánto se molesta por nosotros!

LIS. ¿Quiere usted callar? Para mí es un honor y un gusto. Y primero que nada es un deber: el deber en que está todo ciudadano que ama á su país de contribuir á que sus glorias más legítimas resplandezcan á la luz del sol.

QUIJ. ¿Usted fuma?

LIS. No, señor; me falta esa virtud. ¡Jamás he incurrido en la vulgaridad de llamarle vicio! Aquí del cuento: «Si fuera vicio, lo tendrías.» Dando de improviso una carrera y asomándose al balcón. Aguarde usted un minuto. No, no es Perales. Me pareció Perales: un ciudadano á quien necesito para catorce cosas. Por cierto que hoy es el santo de la hermana y no le he mandado tarjeta. Escribiendo en un cuadernillo de apuntes. Felicitar á María Luisa. A propósito: ¿ustedes tratan al alcalde de Valladolid?

QUIJ. Consternado. No...

LIS. Yo tampoco. Y me hace falta echarle un perro de presa. Ya lo buscaré. A lo nuestro.

D.ª GUI. ¡Jesús, Don Jacobo! me aturde usted con esa actividad. Y lo admiro, lo admiro con toda mi alma.

LIS. ¡Señora, qué remedio! Los hombres de este siglo ni podemos callar, ni podemos comer, ni podemos dormir, ni podemos estarnos quietos. ¡En la brecha siempre! Al asunto. Decididamente, el veinticuatro.

QUIJ. ¿El qué?

LIS. La velada: la presentación de Manolín.

QUIJ. ¡Ah!

D.ª MAN. ¿El veinticuatro?

D.ª Gui. El veinticuatro es martes, Don Jacobo.

Lis. Mejor. Así de un día que todos tienen por aciago, haremos un día memorable en los fastos de Guadalema. Íbamos á darla el veintitrés, pero Rosaura, la marquesita, ha organizado para ese día no sé qué jira en automóvil y me ha escrito dos letras suplicándome que traslademos la fiesta al día siguiente. Porque de ninguna manera quiere faltar. Está encantada con el pequeño. ¡Sólo de oirme!

D.ª Man. ¿Es decir que irá la señora marquesa?

Lis. ¿No oye usted? ¡Si tiene más empeño que yo! Ella es muy entusiasta, muy amante del arte, y sueña ya materialmente con esa noche El marido también irá: el señor marqués Pero ese es lo mismo que si no fuera, porque no se entera de nada. Y más vale. Digo, no es lo mismo: al fin y al cabo es un nombre en la lista: le da lustre, le da esplendor... Por supuesto, exijo traje de etiqueta.

Quij. ¿De etiqueta?

Lis. ¡Ah, ya lo creo! Es lo primero que me ha preguntado Rosaura; la marquesita. Entonan mucho los escotes y las pecheras blancas. Y nos quitamos de encima una porción de cursis. Cuidado que el casino es un centro eminentemente liberal; pero yo sé con qué bueyes aro, y sé también que la alta clase es la que da la patente, la que imprime el sello. No en balde es la espuma, señor.

D.ª Man. Justo, justo.

D.ª Gui. Muy bien pensado, señor Lisonjero.

Quij. Dice usted muy bien.

Lis. ¿De modo que estamos conformes?

Quij. Y verdaderamente reconocidos.

Lis. El reconocimiento es de mí para ustedes, ya que me proporcionan el éxito mayor que ha podido soñar un secretario de casino de provincia de segunda clase. Entre paréntesis, y que no salga de nosotros: sospecho que Rosaura, la marquesita, algo trama con motivo de Manolín en aquella monísima cabecita de pájaro. Sea lo que sea, no

les pesará á ustedes. ¡Ah! Invitaciones de señora, las que quieran; ustedes primero que nadie, ¡claro es! pero les ruego que sean parcos, porque estoy abrumado de compromisos. ¡Señores, qué nube! ¡Y no se ha anunciado todavía! ¡Diablo! Se me olvidaba lo mejor. Mañana, en *El Debate*, saldrá una nota artística, una impresión, cuatro letras, consagradas á Manolín y haciendo atmósfera para la velada. Aquí tengo las pruebas. Tomen ustedes: léanlas á su sabor.

QUIJ. ¡Señor Lisonjero, qué bueno es usted con nosotros!

D.ª MAN. ¡Qué amable! ¡qué atento!

LIS. Repito que cumplo un deber. Buscando en la cartera el artículo. Esto no es; ni esto. ¡Dios mío de mi vida! Necesito dos días lo menos para contestar tantas cartas. ¿Saben ustedes que me ha tocado la lotería? Un premio chico: diez duretes. Menos da una piedra. Aquí está.

D.ª GUI. A ver, á ver.

QUIJ. Trae.

LIS. Les suplico que no lo lean hasta que yo me vaya. Que va á ser ahora mismo, porque si no voy á quedar mal con siete personas. Compadézcanme: estoy convidado á almorzar en tres casas: ó se me pican dos familias ó he de almorzar tres veces. ¡El delirio! Despidiéndose. Doña Manuela, Doña Guillermina, querido Quijano... Un beso en la frente al prodigio, y dos en los diminutos pies de la señorita de la casa. Y mandar cuanto gusten. Suyísimo. Corriendo hacia el balcón nuevamente. No, no es Perales. Suyísimo.

QUIJ. ¡Adiós, señor Lisonjero!

D.ª MAN. ¡Vaya usted con Dios!

D.ª GUI. ¡Que usted lo pase bien, señor Lisonjero!

El señor Lisonjero hace una reverencia exquisita, y se va á la calle como alma que lleva el diablo.

QUIJ. ¡Qué hombre! ¿eh? ¡qué hombre!

D.ª MAN. A ver, á ver eso que va á salir en el periódico.

D.ª GUI. ¡Vaya un confite para algunos!

D.ª MAN. Ya tragará quina la droguera. Anda, Quijano, léelo.

QUIJ. Aguarda que me ponga los lentes, mujer.

Sale Rosales del taller y cruza decidido hacia la tienda. Quijano oculta las cuartillas mientras pasa.

ROS. ¡Ea, ya voy listo! Hasta luego, que me espera mi gente para volcar la olla. Y no me guarden rencor por lo del pequeño, que hablo de buena voluntad.

QUIJ. Adiós.

D.ª MAN. Vaya usted con Dios. A Quijano, apenas desaparece Rosales. Anda, lee eso.

D.ª GUI. Lee, lee.

QUIJ. Empezando á leer con voz temblorosa de emoción y alegría. «El niño prodigio»

D.ª MAN. ¿El niño prodigio lo titula?

QUIJ. «El niño prodigio.» Ya ves: no le llamamos otra cosa nosotros, y sin embargo, el verlo puesto en letras de molde, nos sorprende, nos impresiona...

D.ª MAN. Sigue, sigue. A mí se me saltan las lágrimas.

D.ª GUI. Sigue.

Quijano lee. En la calle, más cerca que antes, vuelve á sonar el cornetín de los titiriteros tocando la jota Abstraídas en la lectura, ninguna de las tres personas de la casa presta atención á la música callejera.

QUIJ. «En el hogar de los señores de Quijano, honrados y antiguos comerciantes de esta localidad, ha entrado un rayo de sol de primavera, que con su luz ilumina los más apartados rincones, y alegra, con la más pura de las alegrías, aquellos corazones sencillos. Hace tiempo que se viene hablando en los círculos artísticos de Guadalema...»

Cae el telón, cortando la palabra de Quijano.

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Ante-escenario en el Teatro del casino de Guadalema. Una puerta á la derecha del actor y á la izquierda otra. Al foro, y á conveniente altura, se supone que está el escenario, cuya entrada oculta á los ojos del público un telón de forillo visto del revés Entre este y la pared del foro hay una gradilla que por la derecha y por la izquierda da acceso al escenario. Un par de butacas, algunas sillas y una mesa con servicio de agua. El suelo alfombrado. Es de noche. Luces.

Estamos en la noche de la presentación de Manolín ante el público. Lisonjero, de correcto frac, vuela por el casino: es el alma de la velada y, como Dios, está en todas partes. Los demás personajes visten también de etiqueta, pero es claro que con arreglo á su clase y condición.

Sale Lisonjero por la puerta de la izquierda, sube corriendo por la gradilla, habla algunas palabras en el escenario, detrás del forillo, baja por la derecha y se va á escape por la puerta del mismo lado.

LIS. Es inútil anunciar á las nueve: hasta las diez no viene nadie. ¿No digo? ¡Nadie todavía! Cuatro gatos en el salón. Así como así la velada es corta. Voy á prevenir... Llamando. ¡Isidoro! Por más que antes... Pero, no; bien está prevenir... ¡Isidoro! Sale en esto por la puerta de la derecha Don Vicente de la Sosa, el presidente del Casino, y casi se tropieza con él. Es un señor atildado y correcto, que gasta en cosmético más que en pan. ¡Oh, señor presidente!

D. VIC. ¡Querido Lisonjero!

LIS. ¿Aún hay escaso público, verdad?

D. VIC. Ya irán llegando todos: no tema usted, celosísimo secretario. El salón del teatrito del casino de Guadalema lucirá esta noche como en las ocasiones más solemnes.

LIS. Así lo espero yo. Mentiría si dijera otra cosa. Habrá que señalar la fecha de hoy con piedra blanca. Sobre todo, los que somos amantes del arte...

D. VIC. ¿Del arte por el arte, amigo Jacobo?

LIS. No alcanzo la intención de usted, señor de la Sosa.

D. VIC. ¿No, verdad? Es raro, en tan sutil ingenio. ¿Me va usted á persuadir á mí, joven amigo, de que en esta velada, organizada con tanto ardimiento por la marquesita de Villacornejo y por usted, para presentar al niño prodigio, es amor al arte todo lo que reluce?

LIS. Sí, señor, sí; amor al arte.

D. VIC. En rigor, no está mal. Como obra de arte, la marquesita me gusta más que todo lo del Greco.

LIS. Sintiéndose halagado. Vaya, vaya, quede usted con Dios, señor presidente.

D. VIC. El le proteja á usted, señor secretario. ¡Je, je! Ríen los dos. Lisonjero se va por la puerta de la derecha, corriendo.

...Y déjale al amor sus glorias ciertas...

Voy á ofrecerle mis respetos á la familia de Manolín. Vase por la puerta de la izquierda, contrastando su parsimonia con la agitación del secretario. Sale don Elías por la puerta de la derecha.

D. ELÍAS ¡Qué noche!... ¡qué noche!... Y ahora empieza. Yo tiemblo de cabeza á piés. Tengo la boca más amarga... Bien han hecho en poner aquí agua abundante. Se sirve agua y bebe. ¡Qué orgullo el mío! Todo el mundo me felicita: todo el mundo.

Vuelve Lisonjero por donde se fué, y después de hablar con don Elías, se va por la puerta de la izquierda.

LIS. Ese Ramírez no está en nada: va á haber que darle pasaporte. ¡Qué brutísimo es! Ah, maestro: que no se le olvide el retratito; que lo necesito mañana; que quiero que salga

con el de Manolín en el suplemento de *El Debate.*

D. ELÍAS Señor Lisonjero, si ya le he dicho á usted que no tengo más que un retrato, y ese es del tiempo de Maricastaña. Figúrese usted: de cuando se usaban aquellos cuellos que parecían balcones.

LIS. No importa: eso mismo será una nota muy bonita. ¡Y ahora que me acuerdo!... Vase á escape dejando á don Elías estupefacto. ¡Perico! ¡Perico!

D. ELÍAS Es admirable este don Jacobo. ¡Qué hombre! Y quiere bien al niño... lo quiere bien.

Sale Don Andrés por la puerta de la derecha. Es un señor que pasa por poeta en la localidad, pero que no lo es ni tiene facha de ello. Es tan sordo, que ni en el tiro de pichón oye nada. Todo el mundo le habla por señas, en vista de que es inútil levantarle la voz. Viene abstraído, monologueando, y no ve á don Elías. Este le toca con la mano en un hombro.

D. AN. Volviéndose. Hola. ¿Qué hay?

D ELÍAS Ayudándose con la mímica para hacerse entender. Muy distraído va usted, señor don Andrés... ¿Y esos versos? Me han dicho que son muy bonitos.

D. AN. ¿Mis versos? Ya veremos lo que resultan. Sentidos. Oí al chico en casa de Pérez, y me conmovió.

D ELÍAS Es un fenómeno.

D. AN. Muchas gracias.

D. ELÍAS Digo que el chico es un fenómeno.

D. AN. Repito las gracias. Y felicito á usted cordialísimamente. Hasta luego.

D ELÍAS Es usted muy amable, don Andrés... Hasta luego. Y muy sordo. ¿Pues no dice que oyó al niño en casa de Pérez?... ¿Qué había de oir, si es como una tapia?

Don Andrés le vuelve la espalda, y abstraído como salió, y hablando solo, se va por la puerta de la izquierda. Don Elías va á seguirlo, pero se ve obligado á detenerse y á echarse á un lado para dejar que pase Lisonjero, el cual sale como una bala en dirección á la puerta de la derecha.

LIS. Perdone usted, maestro.

D. ELÍAS No hay de qué... ¡Jesús! ¿dónde irá? Acaso haya llegado la marquesita... Voy yo con mi nene. Vase por la puerta de la izquierda.

Salen por la de la derecha Rosaura, que viene del brazo de Lisonjero, y Villacornejo, que viene detrás papando moscas. Rosaura es guapa, insinuante, vanidosa, coqueta; Villacornejo, su marido, le dobla la edad y no se entera de nada.

ROSAU. Hace un siglo que yo no entro por aquí, querido Jacobo.

LIS. Para desdicha de estas cuatro paredes, bellísima Rosaura.

VIL. Yo también hace mucho que no vengo. La última vez que estuve, fué cuando habló aquel mantenedor de los juegos florales que echó un discurso de dos horas largas. ¿Se acuerda usted? Se desconchó el techo del salón y se desafinó el piano de cola. ¡Qué pesado!

ROSAU. Calla, Gorito.

LIS. El marqués siempre tan ocurrente.

ROSAU. ¿Y usted cree oportuno, Jacobo, presentarme ahora á los padres de Manolín?

LIS. ¡Oportunísimo! Les halagará como una caricia. Por mi parte le anuncio á usted que la velada ya, mal que pese á los que no saben poner sino faltas, es un éxito enorme, envidiable: sobre todo para usted, insigne marquesita. Para mí, como no podía menos, es a la par que un éxito un semillero de enemistades. Con las invitaciones se me ha picado media Guadalema.

ROSAU. ¿Sí?

LIS. Picada la de Robledal; picada Teresita Calero; picada la hermana de don Justo; picada la de Sánchez; picada la de Pérez; picado su marido... ¡Qué sé yo! Es el cuento de nunca acabar. Diez y seis disgustos llevo hasta ahora, y uno que voy á tener dentro de un rato, diez y siete. Pero todo lo doy por bien empleado con tal que esté usted satisfecha.

ROSAU. Lo estoy; sí, señor: ¿á qué negarlo?

VIL. Mande usted á freir monas á la gente. Esto es un poblacho ridículo.

ROSAU. Me lisonjea el considerar que por mi intervención directa en este asunto, surgirá aquí esta noche una futura gloria de Guadalema. ¿Se va á telegrafiar á Madrid?

LIS. ¿Cómo no, Rosaura? De eso me encargo yo.

ROSAU. Sí, sí; encárguese usted, Jacobo, para que salgan los telegramas como es debido.

VIL. Y, diga usted; el niño ese, ¿toca tan bien como todos dicen, ó es una castaña de las que usamos por acá?

LIS. No, no, no: castaña no es castaña. Para la edad que tiene es muy de estimar lo que hace. Ahora, que más adelante resulte un artista ó se quede en agua de borrajas, eso yo no lo sé.

VIL. Lo que le pido á usted, Jacobito, ya que aquí mangonea, es que esta noche toque el *pay-pay*, ó el *pon-pon*, ó los *ratas*... Cosas así alegres. Porque si la toma con *Beyerber* ó con *Metoven*, nos vamos á aburrir como ostras.

ROSAU. Gorito, no seas cafre. Si no entiendes una palabra de música, ¿para qué hablas de eso?

VIL. ¿Que no entiendo de música? Mire usted, Jacobo: de lo único que entiendo yo en esta vida es de música. Bueno, y de perros también.

LIS. ¡Hombre!

VIL. La música, es probado: cuanto más sueño me da, más sublime; y los perros, cuanto más feos y más asquerosos, más mérito. No falla.

ROSAU. ¡Jesús, Dios mío!

LIS. ¡Este marqués!... ¡este marqués!...

VIL. Si todos fueran francos, dirían lo que yo de las dos cosas. Voy á asomarme por el telón á ver qué gente hay.

LIS. Ya estará el salón casi lleno.

Sube Villacornejo por la derecha de la gradilla. Rosaura y Lisonjero aprovechan la ocasión para hablar más íntimamente.

ROSAU. ¡Qué salidas tiene Goro! ¿verdad?

LIS. Da pena, Rosaura, pensar que toda la vida haya usted de pasarla con ese hombre.

ROSAU. ¡Silencio! Baje usted la voz.

LIS. Con ese hombre vulgar, adocenado, grosero, incapaz de apreciar el aroma finísimo de esta flor que le ha tocado en suerte.

ROSAU. Calle, calle; le pido que calle.

LIS. No puedo, Rosaura: cuando me veo solo con usted no me sé dominar.

ROSAU. Si no estamos solos, Jacobo... Se le acerca como si lo estuvieran.

LIS. Se le manda á la amistad, á la cortesía: á la pasión, no. Y pasión es esto, Rosaura: pasión que ya ha echado raíces, que no se resigna, que busca su premio.

VIL. Desde dentro. ¿Dónde está el agujero del telón?

LIS ¿Eh?

ROSAU. ¿Qué?

LIS. Ahí á la derecha, marqués. Está un poco bajo, y por eso no lo habrá visto.

VIL. Ah, sí: ya lo veo. ¡Demonio, qué incómodo está!

ROSAU. Por poco nos sorprende, Jacobo: sea usted más prudente... y mas disimulado.

LIS. No se entera. Sobre que la culpa es de usted.

ROSAU. ¿Mía?

LIS. ¿Por qué es usted tan linda? ¿Por qué sus ojos tienen esa misteriosa atracción que de todo me habla, de todo, menos de su marido?

VIL. Siempre dentro. ¡Te veo, besugo!

ROSAU. ¿Cómo?

LIS. Sobresaltado. ¿Dice usted, marqués?

VIL. ¡Era al teniente Ríos, que está amelonado con la novia, y no cuenta con que yo lo miro desde aquí!

Rosaura y Lisonjero, se ríen.

LIS. ¿Usted ve como vive en el limbo?

ROSAU. Calle usted ahora.

LIS. A don Elías, que sale por la puerta de la izquierda. ¡Insigne don Elías! Venga usted aca, que voy á presentarlo á la señora marquesa de Villacornejo.

D. ELÍAS Honradísimo...

LIS. A Rosaura. Aquí tiene usted al gran maestro de nuestro Manolín.

D. ELÍAS Señora...

ROSAU. Deme usted esa mano; para mí es un placer muy grande estrecharla.

D. ELÍAS Señora, yo recibo un honor... Esta noche estoy gozando como nunca en mi vida. Yo no soy maestro de ese niño: la casualidad ha unido mi suerte á la suya, y un rayito de su gloria temprana, llega hasta mí.

VIL. Apareciendo nuevamente. Esta de bote en bote el salón. Ahí nos vamos á ahogar como no abran los boquetes del techo. Estas fiestas las prefiero en la Plaza de Toros.

ROSAU. ¡Por Dios, Gorito! ¿Un concierto de violín en la Plaza de Toros?

VIL. Ya tú me entiendes: aquí lo de menos es el violín. La cuestión es lucir los trapos.

ROSAU. No digas tonteras. Presentandole á don Elías. El señor es el maestro de Manolín. A don Elías. Mi marido.

D. ELÍAS ¡Oh! ¡Tanto gusto!...

VIL. Me alegro conocerlo á usted. Encárguele usted al chico que nos toque cosas ligeritas: el *pay-pay*, los *ratas*, los *lunares*... Cosas así.

ROSAU. Volada. Anda, vamos á saludar á los padres del niño; que tengo en ello un gran interés. Hasta luego, maestro.

D. ELÍAS A los piés de usted, señora marquesa.

ROSAU. ¿Quiere usted guiarnos, Jacobo?

LIS. Con mil amores Por aquí; por aquí. Entrase por la puerta de la izquierda, dando el brazo á Rosaura. Villacornejo los sigue tarareando alguno de sus cantos favoritos.

D. ELÍAS Mirándolo ir, con desdeñosa indignación. ¡Ocurrencia es!... ¡Los *ratas!*... ¡el *pay-pay!*... ¿Se figura que es Manolín el ciego que toca en los soportales de la Plaza?

Por la puerta de la derecha llegan Rosales, Bonifacio y Castillo, á tiempo que por ella se va don Elías. Castillo es un muchacho simpático, de hablar apasionado y vehemente.

ROS. ¡Felices, maestrico!

CAS. Maestro, que sea enhorabuena.

BON. Que sea enhorabuena, don Elías.

D. ELÍAS Gracias, señores, gracias; muchísimas gra-

cias. La recibo de todo corazón. Muchísimas gracias... Se va.

CAS. ¡Pobre viejo! En el café me pone nervioso, porque el desdichado es un rascatripas, y toca unas cosas muy cursis; pero aquí me conmueve su emoción.

ROS. Como chiquillo con zapatos nuevos está el hombre esta noche.

BON. Esta noche se quita de encima treinta años.

ROS En cuanto se quite el frac, que tendrá esa fecha.

BON. ¡Je, je! Hombre, Castillito, cuéntale á Rosales la jugada que le has preparado á don Andrés. Anda; que va á reirse.

CAS. Ni á Rosales, ni á tí, que estás rabiandopor saberla. Si la publico, pierde toda la gracia.

ROS. Pero, chico, ¿tú no eras los pies y las manos de don Andrés? ¿Pues qué mudanza es esta?

BON. Está furioso, porque le ha quitado la novia.

ROS. ¿La novia?

CAS. ¿Qué me ha de quitar á mí ese gaznápiro? En primer lugar, yo no tengo novia. Lo que hay es que ningún espíritu delicado puede ver en paciencia que venga un cerdo cargado de millones á meter las patas y el hocico donde hay una flor.

BON. ¿Eh, qué tal?

ROS Muchacho, no te entiendo. Explícame esa indignación.

CAS. ¿No sabe usted que se quiere casar con la Venus de Nieve?

ROS. ¿Don Andrés Ramales?

CAS. ¡El mismo! ¡Con la Venus de Nieve! ¡Con esa idealidad, que recuerda la monja de las Tres fechas! ¡Con la única mujer á quien yo he querido!

ROS. Me dejas turulato, Pepe. Esto es peor que lo de la Torre Nueva de Zaragoza. Yo no lo tolero.

CAS. ¡Ni yo!

BON. ¡Ni yo, qué diablo!

CAS. Si los padres son unos mercachifles indignos, aquí está Castillo el poeta, para oponerse á esa profanación, en nombre de la

belleza y del arte. A mí no me querrá nunca ella, porque soy un perdis y un bohemio, pero ¡vive Dios que menos que mía sera de Don Andrés Ramales! Esta noche lo desacredito; lo hundo; lo pongo en el ridículo mas espantoso. Va á tener que irse de Guadalema. Porque usted lo sabe, y tú también, y toda la provincia: la mitad de los versos que publica ese mentecato, son míos. Se los escribo yo, y él los firma; ¡pero son míos! Y me los paga bien, eso es aparte. Tengo, pues, en mi mano su reputación, su aureola de poeta escultural: está perdido. ¡Esta noche acabo con ella!

BON. Tú has comido fuerte.

CAS. He comido fuerte, y he bebido fuerte, y traigo un frac que me han prestado. Las tres cosas me honran.

BON. ¿Y qué has hecho? ¿Darle quizás unos versos muy malos para que los lea y decir luego que son tuyos?

CAS. ¡Hombre, no! ¡Vaya una venganza!

ROS. Eso no se le ocurre más que á un genio que ha acabado en tonto, como tú.

BON. ¡Je!

CAS. Lo mío es diabólico; refinado; felino: parece que lo ha discurrido una mujer. No siento más sino que cualquier casualidad puede dar al traste con ello. Pero, en fin, si me protege la fortuna y llega á realizarse, esta noche hay que sangrar á Don Andrés.

BON. ¡Huy! Aquí viene.

En efecto sale Don Andrés por donde se marchó y pasa hacia la puerta de la derecha. Seguros de que no los oye, lo saludan con los siguientes insultos, á los que él contesta con gestos de agrado y de cortesía.

CAS. ¡Mala bestia!

BON. ¡Melón!

CAS. ¡Elefante!

ROS. ¡Anda á tirar de un carro!

BON. ¡Pavo real; que no sabes hacer una aleluya!

CAS. ¡Adoquín!

BON. ¡Estafador!

ROS. ¡Bandido!

CAS. ¡Te casarás con el ama de llaves!

ROS ¡Leña, no, que esa me gusta á mí!

Sueltan la risa al desaparecer Don Andrés.

BON. Sí, hombre, sí; bien empleado le está. Si quiere ser genio, que lo sude.

ROS ¿Y de qué cabeza ha salido que en la velada de esta noche haya lectura de versitos á Manolín, como si fuese poco la velada?

CAS. ¡Qué sé yo! De la de Lisonjero, probablemente; que eso no es cabeza: eso es un corcho de champagne. Con todo, yo le agradezco en el alma la iniciativa.

BON. ¿También lee versos Fernanda Peñaflor?

CAS. ¡También!

BON. ¿Los conoces tú?

CAS. Sí: anoche me los dió para que los llevara al periódico. Como todo lo suyo: una sarta de incongruencias y de vulgaridades. Pero no suenan mal. Se irá á su casa con ovación y oreja.

BON. ¿De qué te ríes?

CAS. De nada.

ROS. ¡Pobre Manolín! A los seis años apenas cumplidos, lo empujan ya á esta vida de halagos, y de vanidades, y de mentiras... ¿Qué prisa tenían, leña? Van á destrozarlo. ¿No piensas tú lo mismo que yo?

CAS. Lo mismo. La vida del arte, amigo Rosales, no es para niños. Parece tranquila y dichosa; pero es vista por fuera. Dentro de ella se lucha con todo el odio y con toda la pasión de que son capaces los hombres.

Lisonjero pasa otra vez como una bala desde la puerta de la izquierda á la de la derecha, dando al aire los faldones del frac.

ROS. ¡Allá va eso!

BON. Este, este saltamontes, es el que más ha infernado en casa de mi principal.

CAS. Amigo, está en turno. La marquesita es un poder en Guadalema, y Don Jacobo es el que aspira ahora al llavín de la puerta falsa.

BON. ¿Aspirar? Yo creo que ya tiene el llavín

CAS. Allá ellos. Rosaura no perdona medio de hallarse siempre de actualidad. Y ahora el pretexto es el niño prodigio.

ROS ¡Leña! eso es lo que más me irrita y me saca de tino: que no hay en todo este belén, ni un asomo de cariño á la criatura, ni de amor al arte, ni de cosa que valga la pena; sino vanidad y vanidad, cuando no algo peor.

CAS. Usted pone el dedo en la llaga; pero no es cosa de tomar el asunto muy á pechos. ¿Vamos á dar una vuelta por el salón?

ROS. Vamos á darla.

BON. Yo no acompaño á ustedes.

CAS. ¿Por qué?

BON. Está Doña Guillermina en la última fila de butacas, y á todo el que llega que no ha pagado el frac, le echa los gemelos. Y á mí me da vergüenza. Les debía dar vergüenza á los que no han pagado, pero me la da á mí. No voy; no voy.

CAS. Pues vamos nosotros. Antes nos tomaremos dos copitas, ¿no?

ROS ¿Otras dos copitas? Castillo, Castillo, que torres más altas han caído. Pero, en fin, sea.

BON. Hasta luego.

Rosales y Castillo se van por la puerta de la derecha. Por la de la izquierda sale Clara.

CLARA Hola, Bonifacio.

BON. Clarita.

CLARA ¿Hay mucha gente ya?

BON. Mucha: no cabe un alfiler en el salón. Pero á quien usted viene buscando no ha venido.

CLARA No... yo no vengo buscando á nadie. Ya sabe usted que no. He salido aquí con un pretexto, porque, la verdad, la charla de la marquesita me fastidia.

BON. ¿Está allá dentro la marquesita?

CLARA Sí. Ha entrado á conocer á mis padres. Y me choca que no ha hecho más que saludarlos y ya parece que los quiere entrañablemente. Como usted comprende, no puede ser verdad. ¿Ha visto usted á Jorge?

BON. ¡Ejem!

CLARA No tosa usted, no...

BON. ¿Es cierto que se va mañana á Madrid?

CLARA En eso anda.

BON. ¿Y es cierto que han terminado ustedes?

CLARA No...

BON. ¿No? Me han engañado. Pero ..

CLARA Pero ¿qué?

BON. Nada, nada; no me gusta ser inoportuno. ¿Quiere usted que salga por ahí fuera y si lo encuentro le diga que está usted aquí?

CLARA El debe saberlo.

BON. Con todo, yo lo hago de muy buena gana.

CLARA Si se empeña usted...

Bonifacio echa á andar hacia la puerta de la derecha, pero antes de irse, se vuelve con resolución para decirle á Clara algo que le bulle en el cuerpo.

BON. ¡Me lo va usted á oir, aunque se enfade! ¡Se merece usted un hombre cabal, y no ese majadero forrado de lo mismo, que tiene usted por novio! He dicho. Vase.

CLARA ¡Qué ingenuidad mas graciosa! Cosa que se le ocurre, la suelta. Mirando hacia la puerta de la izquierda. ¡Vaya! Aquí viene toda la comitiva.

Salen Rosaura, Doña Manuela, Quijano y el afable Villacornejo.

ROSAU. Por Dios, no se molesten más: vuélvanse con el niño.

QUIJ. Es una satisfacción y un deber...

D.ª MAN. Ha sido usted tan buena con nosotros. .

VIL. No les choque á ustedes: esta es así con todo el mundo. Favor que ella puede hacer, lo hace sin mirar nada.

CLARA Pues ojalá se lo agradezcan todos como mis padres.

D.ª MAN. Me lo has quitado de la boca. Estoy aturdida, temblando; se me ocurren las cosas y no atino con las palabras para decirlas. Usted me disculpará si he cometido alguna falta.

ROSAU. Ninguna, señora; ¿quién habla de faltas aquí?

QUIJ. Pues se lo dice á usted de buena fe: y yo se lo repito con ella. Somos dos infelices: usted no tiene más que vernos.

D.ª MAN. Dos pedazos de pan...

QUIJ. Dos padres dichosos, que han tenido la ventura de... de...

CLARA Mas vale que no sigas, papá, si no quieres soltar el trapo.

ROSAU. Se ve que son muy buenos sus papás de usted, señorita. Pero esta no es noche de gemir, sino de estar todos muy contentos. ¿Verdad, Jacobo? Ah, que no está Jacobo. Ellos, por padres del niño prodigio; usted, por hermana; yo, por iniciadora de esta fiesta, que es mi orgullo.

D.ª MAN. Dice que es su orgullo, Quijano.

QUIJ. Ya, ya.

ROSAU. Mi orgullo, sí. ¿Quién no lo siente, al dar la mano á un genio que nace? Apreciar lo que vale ese niño, ya es algo...

VIL. Sobre todo sin haberlo oído.

ROSAU. Calla. Pero contribuir á que se dé á luz, allanarle el camino de la gloria, eso es motivo para lisonjear el amor propio de la persona más modesta.

D.ª MAN. ¡Oh!...

QUIJ. ¡Oh!...

VIL. Hombre, ¿y á cuál de ustedes sale el chico con esa afición? Porque esas facultades suelen ser heredadas.

QUIJ. Ahí verá usted, señor marqués. Lo grande es que en las dos familias no ha habido uno solo que sepa tocar ni la zambomba. ¡Y todos un oído infernal! ¡Je!

VIL. Pues sí que es cosa extraordinaria. Porque lo frecuente es salir á los antepasados. Yo he sacado todo lo de mi padre. Mire usted: mi afición á la caza: de mi padre; el quedarme dormido leyendo el *Quijote*: de mi padre; á los treinta años le empezaron á salir canas á él: á mí lo mismo; él se casó á los cuarenta: yo también; él no tuvo hijos: yo tampoco...

ROSAU ¿Que tu padre no tuvo hijos, Gorito?

VIL. Bueno, me tuvo á mí; pero yo no me cuento.

ROSAU. Siempre con este humor. Es incorregible. Vámonos al salón; ¿te parece?

VIL. Pues desde que me casé, todo igual que mi padre: somos dos gotas.

ROSAU. Vámonos, vámonos. Despidiéndose. Hasta luego, señora; hasta luego, señor Quijano. Adiós, señorita. Ya sé yo por nuestro amigo

Lisonjero que usted completa el tesoro de aquel hogar. Seremos amigas.

CLARA Será una honra para mí.

D.ª MAN. Adiós, señora marquesa...

QUIJ. Señora marquesa, mil gracias... Adiós, señor marqués...

VIL. Yo si me aburro daré una vuelta por acá.

ROSAU. ¿Qué has de aburrirte,hombre? Hasta luego.

D.ª MAN. Hasta luego.

ROSAU. Cogiéndose del brazo de su marido, como si estuviera en la luna de miel. ¿No los envidias? Tener un hijo... y un hijo como Manolín. ¡Ay! Hace una monería de despedida y se va sonriéndoles á todos.

QUIJ. ¿Tú has visto, Manuela? ¡Qué finura! ¡qué amabilidad!

D.ª MAN. ¡Qué don de gentes! ¡qué distinción ¡qué bonitos modales!

CLARA ¡Pero cómo se perfuma! Yo al principio creí que me daba algo

QUIJ. ¡Y hay quien critique de una señora tan señora!

D.ª MAN. Critican porque vale, porque es la primera donde va, porque pone el mingo.

QUIJ. Ni más ni menos.

D.ª MAN. Si criticaran del marqués, que aquí inter nos se me figura algo arrimado á la cola...

QUIJ. ¿Qué sabes tú, infeliz? El marqués lo que es un hombre de mundo, un hombre corrido, que habla siempre con buen humor.

CLARA Pues ha tenido dos ó tres caiditas...

D.ª MAN. Anda, vamos allá; que Manolín está solito con el maestro.

QUIJ. Vamos, vamos con él.

D.ª MAN. ¿Y la droguera? ¿Qué dirá esta noche la droguera?

QUIJ. Olvida á la droguera, mujer: allá cada uno con sus pasiones.

D.ª MAN. ¿Tú te quedas, Clara?

CLARA Sí. Viene aquí Jorge, y quiero hablar con él.

D.ª MAN. No te entretengas mucho.

QUIJ. ¡Como que esto irá á empezar de un momento á otro!

Se van Doña Manuela y Quijano por la puerta de la izquierda. Por la de la derecha llega Jorge.

CLARA Hola, hombre. Dichosos los ojos. Hoy no te he visto en todo el día.

JORGE ¿Tú sabes? No he dispuesto de dos minutos. Despidiéndome de este, visitando á aquel, cumpliendo con una porción de mamarrachos por no disgustar á mi familia, y sobre todo, consolando á mi madre, que imagina la pobre que irse á Madrid es irse á los infiernos.

CLARA ¿Y te vas mañana, por fin?

JORGE ¡Mañana! ¡Gracias á Dios! Se me hacen siglos los momentos.

CLARA Calma, hombre, calma; que ya estás á la puerta de la felicidad. En veinticuatro horas no ha de ocurrir nada que te lo eche todo por el suelo.

JORGE ¡Oh! Es que en estos últimos días se me ha exacerbado la fiebre de salir de aquí, y el odio á esta tierra antipática.

CLARA ¿Pero no hay nada en Guadalema que te haga dejarla con sentimiento?

JORGE ¡Bah! Ya pitaste por donde pitas siempre. De modo que me lleva á Madrid la sola idea de trabajar, de luchar por un porvenir para ofrecértelo, de llegar, en una palabra, y te me sales echando de menos un suspirito dedicado á tí al silbar la locomotora. ¡Vamos, hombre! Tenéis las mujeres el don ridículo de empequeñecerlo todo en la vida; de no ver más campo de acción para el hombre que el círculo que podéis trazar extendiendo los brazos.

CLARA No te enfades; no grites. Lo que nos pasa á las mujeres es que cuando nos dice el novio que rabia por marcharse de donde estamos... pues... francamente... en nuestra pequeñez... no nos hace gracia.

JORGE Bueno, bueno. A otra cosa. No quiero entrar contigo en discusiones que siempre acaban de mala manera. ¿Y Manolín?

CLARA Con mis padres, esperando su hora el pobrecito. Ya ves tú: á ese, sin querer, lo hacen *llegar* á los seis años.

JORGE ¡No; si eso está muy mal; si lo deben meter

en alcanfor para que no se pique, como propone el sabio de Rosales!

CLARA Rosales no propone eso. Pero dejemos también al niño. Oyeme.

JORGE Qué.

CLARA Sé, aunque no por tí, que has recibido una credencial.

JORGE ¡Contento me tiene la credencial!

CLARA ¡Espantarame yo! ¿No es la que habías pedido?

JORGE ¿Qué ha de ser? ¡He de darle un millón de gracias á mi tío Paco! ¡Nos ha matado mi tío Paco! ¡Ya ves tú mi tío Paco! ¡el brazo derecho del ministro! Pues por todo favor se me descuelga soltándome un destino en que hay que ir á la oficina todos los días.

CLARA ¿Los domingos también?

JORGE Ah, ¿te burlas?

CLARA Pero, Jorge, ¿qué destino esperabas?

JORGE ¡Ay, qué inocente! ¡Uno como hay muchos, para no parecer por la oficina más que á firmar la nómina, si es que no te la llevan á casa!

CLARA Eso no lo sabía yo.

JORGE ¡Tú no sabes nada de nada! Mira: Evaristo Rey, un amigo de ayer, como quien dice, me ha ofrecido una plaza de barrendero.

CLARA ¿De barrendero?

JORGE ¡Hay que agarrarse á todo! No es que yo vaya á barrer las calles, como comprenderás; ¡peró cobro lo mismo que si las barriese! ¡Y siempre es una ayuda!

CLARA ¡Ave María purísima! Te confieso, Jorge, que nunca sospeché que en tu afán de llegar, como dices tú, llegaras á eso.

JORGE ¡No, que me voy á andar con aquí la puse y con remilgos de empanada! ¡Ya le acusaré yo las cuarenta á mi tío Paco! Considera que voy á Madrid á jugarme el todo por el todo: pues lo primero que necesito es tener el estómago lleno: fuego en la caldera. Porque yo no me hago ilusiones, niña. Sé cómo está Madrid: sé lo dura y lo difícil que es allí la pelea. Todos los puestos estan toma-

dos. Vas á un periódico á solicitar, y no hay periódico que no tenga su director y sus redactores; vas á un teatro con una comedia, y en cada teatro hay sesenta comedias de los paniaguados y amigos; abres un bufete, y no sueñes que nadie vaya á encomendarte un asunto: han de ir á casa de Fulano, de Zutano ó de Perengano. Los conocidos ¿sabes? los de fama. ¡A los demás que nos coja un tranvía! ¡Este es un país despreciable! Si yo hubiera nacido en Francia. .

CLARA Por lo menos sabrías francés ahora, que lo sabes muy mal.

JORGE ¡Caramba!

CLARA Jorge, es que te escucho con verdadero asombro. Tú no estás bueno de la cabeza. ¿Qué quieres? ¿Que los periódicos no tengan redactores hasta que tú elijas redacción, ni los teatros comedias hasta ver si tú escribes una, y que los abogados de nombre se vayan á su pueblo á arar y te dejen á tí el bufete?

JORGE ¡No es eso!

CLARA ¡Sí es eso! Eso, al menos, es lo que tú dices.

JORGE ¡Lo que yo quiero es que se mueran los viejos, que obstruyen el camino de la juventud!

CLARA Ya saltaste con el tema de los viejos. Cuando tocas á él, no puedo escucharte con calma.

JORGE Pero ¿no es una ley natural que se mueran? ¡Pues que se mueran ya, que se mueran todos y nos dejen libres los puestos!

CLARA Qué duda cabe en que se morirán: hoy uno, mañana otro... ¿Qué remedio les queda? ¡Pobrecitos! Pero reflexiona que fueron jóvenes como tú, y que lucharon para descansar cuando fueran viejos; sin sospechar que vendrían al mundo otros jóvenes de tan poco valer que necesitan que haya una epidemia para que se sepa que ellos viven.

JORGE Estás agresiva.

CLARA Lo estoy. Me duele que triunfe en tu alma ese odio á los viejos. ¿No llegarás tú á serlo alguna vez?

JORGE ¡Cuando yo sea viejo que me tiren á la basura!

CLARA Y que te barra un compañero de escoba, ¿no?

JORGE ¿Eh? Pues tómalo como quieras tomarlo; pero lo que es una campañita rabiosa en un periódico de esos de escándalo, de esos que muerden por morder, contra tanto vejestorio inútil como está infestándolo todo, ¡esa la hace el hijo de mi madre! ¡Y si me denuncian, encantado; y si voy á la cárcel, mejor; y si tengo que batirme con cuatro ó seis, miel sobre hojuelas!

CLARA Bien, bien, Jorge. Haz enhorabuena esa campaña, y mata á quien se deje, y vé á la carcel, ya que eso parece halagarte, y chilla, y vocifera, y muerde, y escupe; pero todas las victorias que logres, si logras alguna, sea con la pluma, ó con la espada, ó con la escoba, ofréceselas á otra mujer.

JORGE ¿Qué dices?

CLARA Que no quiero seguir engañándome. Hay entre nosotros ahora mismo mucha más distancia que la que el tren va á poner mañana. Vete, y vive, y triunfa; pero no te acuerdes de mí.

JORGE Ah, ¿es que intentas amargarme el viaje?

CLARA Al contrario: necesitas mucha independencia; mucha libertad. Mi cariño podría pesarte: vete sin él.

JORGE Y a tí, ¿no podría pesarte de otra manera este paso que das?

CLARA Nunca. En todo caso, si tú fueras capaz de volver á ser el de antes. Pero entonces... tú me buscarías.

JORGE ¿Lloras?

CLARA No.

JORGE Mira que no estoy en el caso de suplicar.

CLARA Ni yo en el de escuchar tus súplicas.

JORGE ¿Quiere decir que esto acabó?

CLARA Quiere decir que tú no eres Jorge; que tú eres otro... y que ese no es el mío.

JORGE Más claro, agua. Bien está. No lo esperaba, pero bien está. Después de todo, razón te sobra: ¡menos peso para el camino!

CLARA Poco menos, pero menos al fin.

JORGE Adiós, Clara.

CLARA Adiós, Jorge. Te deseo fortuna.

JORGE Y á tí yo. Vase por la puerta de la derecha mirándola. Ella se va por la de la izquierda.

Sale por la de la derecha Fernanda Peñaflor, solterona y poetisa, del brazo de Don Vicente de la Sosa. Lisonjero sale tras ellos.

FER. Usted siempre, señor de la Sosa, pródigo de galantería.

D. VIC. Traer á usted de mi brazo y no elogiarla, fuera incultura manifiesta.

LIS. Con la venia de usted, señor presidente, yo creo que debemos comenzar.

D. VIC Ah, sí, sí: usted manda, querido Lisonjero. ¿No falta nadie?

LIS. Nadie.

D. VIC. Pues á comenzar en seguida.

FER ¿Y mi *cólega* don Andrés, ha venido?

LIS. ¿Cómo no, si es uno de los números del programa? Voy corriendo por Manolín y su familia. Pero no... Pero sí... Antes es conveniente... Llamando. Isidoro! ¡Isidoro!

ISID Presentándose en la puerta de la derecha. Señor secretario.

LIS. Va á empezar la fiesta. Mucho ojo: aquí no entra nadie más que las personas de la casa.

ISID. Entendido, señor secretario.

LIS. ¿Los del telón están arriba?

ISID. Hace media hora, señor secretario.

LIS. Así me gusta Puedes retirarte.

ISID. Con permiso de usted, señor secretario.

LIS. ¡Ah!

ISID. Señor secretario.

LIS. Prevenidos muchos vasos de agua.

ISID. Doce tengo dispuestos, señor secretario.

LIS. Está bien. Puedes retirarte.

ISID. Servir á usted, señor secretario.

LIS. ¿Qué mas? ¿Qué más, señor secretario? ¡Ah! La otra puerta. Vase por la de la izquierda, llamando. ¡Perico! ¡Perico!

FER. ¿Va usted á hablar largo tiempo, señor presidente?

D. VIC. Oh, no: sólo cuatro palabras.

FER. ¿Cuatro palabras? Cuatro perlas.

D. VIC. ¡Oh! Perlas, las que usted verterá en correctos endecasílabos.

FER ¡Oh!

D. VIC. Precisamente he de hablar yo poco, para no dilatar el momento de su lectura.

FER. ¡Oh! Hay dos Lisonjeros en el casino: el secretario y el presidente.

D. VIC. ¡Oh! No son lisonjas mis palabras, si bien celebro el juego del vocablo. Contadas estrofas conozco yo en el lenguaje de Zorrilla que puedan igualarse al primoroso soneto que va usted á leer.

FER. ¡Oh! Se aventaja usted en amabilidad cada día. Pero aunque fuera, como usted dice, un primor mi pobre soneto, ¿qué valdrá comparado con el discurso que le ha de preceder? Yo no soy más que modesta artífice de la rima: usted es soberano artista de la palabra. Yo bebo en mi vaso, como Musset; usted bebe en el río.

D. VIC. ¡Oh!

FER. ¿Qué digo en el río? ¡En el mar!

D. VIC. ¡Oh!

FER De ahí las sales de su prodigiosa elocuencia.

D. VIC. ¡Abrumado, Fernandita, abrumado!

FER. ¡Porque el genio abruma!

D. VIC. ¿Pues cómo puede usted vivir?

FER. ¡Abrumada yo!

D. VIC. ¡Oh!

FER. ¡Oh!

D. VIC. (Esta señorita y yo nos damos unos bombos interminables.)

Sale Rosales por la puerta de la derecha. Lo sigue Isidoro. Á poco, por la misma puerta, sale don Andrés.

ROS. Fernandita, señor presidente, buenas noches.

D. VIC. Bien venido, señor Rosales.

ROS. Isidoro no quiere dejarme pasar; pero ¡leña! yo le he curado al chico la escarlatina, el sarampión y unas gástricas: tengo más derecho que nadie á estar aquí.

D. VIC. Y nosotros recibimos en ello una gran merced.

ROS. Se agradece. A Isidoro. Ya lo oyes, tú.

ISID. Señor Rosales, usted me ha de dispensar; pero á mí me mandan...

ROS. Sí, hombre, sí.

ISID. Y como me mandan... no puedo hacer más que lo que me mandan. Usted me ha de dispensar, señor Rosales. Con permiso. Se va.

ROS Además, amigo don Vicente, hay otra razón para que yo esté aquí. Va á leer unos versos don Andrés Ramales; puede ocurrir un cataclismo... y siempre es bueno que haya un médico cerca.

FER Por Dios, Rosales, que ahí llega don Andrés...

ROS ¡Que llegue! ¡No se enterará, no! ¡Leña, qué sordo está el infeliz! Hay que hablarle con banderitas como á los barcos.

D. AN. Fernandita, acaban de decirme que la composición de usted es una joya. No me ha sorprendido.

FER. Apelando, naturalmente, á la mímica. ¡Oh! La de usted, la de usted es la que creo que es admirable.

D. AN. Allá veremos.

ROS Como no es suya, no sabe qué decir.

FER ¡Don Pascual!

ROS. ¡Si no oye un cañonazo!

FER. Pero ¿usted cree en esas calumnias?

ROS. Desde que usted me lo dijo.

FER. Este Rosales es terrible.

D. VIC. ¡Oh!

LIS. ¡Ajajá! Ya viene todo el mundo. Son las diez menos dos. Vamos á empezar al momento. A mí se me ocurre, salvo mejor opinión de cualquiera...

Sale don Elías por la puerta de la izquierda. En la mano trae el violín del niño.

D. ELÍAS Digo, señor Lisonjero, que yo estoy á la disposición de usted y de todos... que mi papel aquí se reduce á servirlos á todos...

LIS. Gracias mil en nombre de todos, querido don Elías Pues á mí se me ocurre, salvo mejor opinión de cualquiera..

Llega Bonifacio por la puerta de la derecha. Lo sigue Isidoro.

BON. Don Jacobo, tápeme usted la boca y los oídos, si teme que sea inconveniente ó molesto; áteme usted á la pata de una silla, pero déjeme usted que me quede aquí con los padres del niño. Yo he visto á esa criatura nacer; yo avisé al médico cuando se puso mala doña Manuela—y aquí está el médico, que no me dejará mentir;—yo...

LIS. Ni una palabra más, Bonifacio. Complacidísimo yo en complacerlo.

BON. Dios se lo pague. A Isidoro. Tú, ya lo oyes.

ISID. Don Bonifacio, usted me ha de dispensar; pero á mí me mandan... y como me mandan... no puedo hacer más que lo que me mandan. Usted me ha de dispensar, don Bonifacio.

LIS. Estás dispensado: retírate.

ISID Obedeciendo. (¡Qué país! ¡No se cumple una orden!)

LIS. Pues... á mí se me ocurre, salvo mejor opinión de cualquiera...

Por la puerta de la izquierda salen en esto doña Manuela, Clara, Quijano y Manolín, á quien han vestido de pantalón corto y smoking.

QUIJ. Vamos, vamos allá, valiente.

D. VIC. ¡Oh!

FER. ¡Oh!

D. VIC. ¡Aquí está el héroe de la jornada!

FER. ¡Aquí está el prodigio! ¡Qué preciosidad de criatura! ¡qué encanto! ¡qué rayo de inteligencia en su mirada! Permítanme los felices padres que estampe un ósculo en la frente del genio. Lo hace como lo dice.

D.ª MAN. Gracias, señora.

D. VIC. Besando tambien á Manolín. ¿Esta noche tocarás mejor que nunca, verdad?

MAN. Encogiéndose de hombros. Sí.

QUIJ. ¡Dice que sí!

D.ª MAN. ¡Dice que sí! No se corta, no; no se corta.

D. VIC. La seguridad del genio prematuro. Todos los genios han dicho que sí.

FER. ¡Sí! Divina palabra. ¿Quién no aspira á decir que sí alguna vez?

D.ª MAN. ¡Hijo de mi corazón bonito! Lo besa.

QUIJ. ¡Hijo de mi alma! Lo besa también.

D. ELÍAS ¿Y para el maestrillo viejo, no ha quedado ninguno? ¡Je! Lo besa.

LIS. Vaya, vaya, no me lo impresionen más, que pudieran perjudicarle. Decía yo, que salvo la mejor opinión de cualquiera, veo la velada en la forma siguiente: Ya está arriba el telón. El escenario aparece solo. Allí no quiero nunca más que dos personas. Acto seguido, usted, señor presidente, sube con Manolín. Aplauso. Cuatro palabras presentando al chico. Aplauso. Deja á Manolín y baja por Fernandita. Aplauso. Lee Fernandita. Aplauso. Baja Fernandita y sube don Andrés. Aplauso. Lee don Andrés. Aplauso. Baja don Andrés y sube don Elías. Aplauso. Pone los papeles sobre el atril y empieza á tocar el niño el programa impreso. ¿Es así?

D. VIC. Menos los aplausos á mi discurso..

FER. Menos los aplausos á mi poesía...

LIS. Bueno, bueno; ya veo que es así. Prevenidos todos, que voy á levantar el telón.

Emoción general. Los padres dan toquecitos á Manolín en la cabellera y en el traje; don Elías parece aturdido; la muchacha tiembla; Bonifacio va de aquí para allá; Rosales se sienta, y observa el curso de la velada con creciente disgusto; Fernanda repasa sus versos; don Andrés parece que rumia los suyos, y el presidente, un tanto azorado, se estira los puños, se afila el bigote y como que ordena en la imaginación sus ideas. Bisonjero sube por la izquierda un escalón de la gradilla y toca dos veces un timbre que hay en la pared del foro.

D.ª MAN. Animo, hijo mío.

QUIJ. No le digas nada, mujer.

BON. ¿Tiene usted miedo, Clara?

CLARA Mucho: mire usted cómo tiemblo. No sé cómo mi tía Guillermina puede estar en el público.

LIS. Prevención. Suena el timbre. Ejecución. Vuelve á sonar el timbre. Oyese el ruido que el telón al levantarse produce. Por ambos lados del forillo, entra alguna luz del salón. Oyese luego el rumor del público y un largo siseo que impone silencio general.

ROS. Ya no tiene remedio.

LIS. Bajando la voz. Cuando usted guste, señor presidente. Yo me voy al público á romper el primer aplauso. Vase precipitadamente por la puerta de la derecha.

D. VIC. Vamos allá. Dame la mano, Manolín.

La emoción aumenta. Doña Manuela se santigua. El presidente, llevando de la mano á Manolín, sube al escenario. Estalla un aplauso, que se mantiene unos instantes, y que ya sabemos que rompe Lisonjero.

BON. (¡Como á mí: lo mismo que á mí!)

Por el hueco de la izquierda miran con ansiedad los padres del niño, y por el de la derecha Clara y Don Elías. Inútil es decir que toda la atención está en el escenario. Don Andrés, no obstante, como es sordo, no vive más que para sus versos.

D. VIC. Una vez que cesa el aplauso. «Señoras: señoritas: señores. No creais que voy á hacer un discurso.»

ROS. (¿No lo han de creer ¡leña! si siempre empiezas así, y siempre lo haces?)

D. VIC. «Nada más lejos de mi animo, ni más inoportuno en estos momentos. Es mi intención sólo, es mi deber, es mi obligación, si queréis, haceros la presentación oficial por así decirlo, de este niño artista, verdadera maravilla de la naturaleza, que ya, á buen seguro, ha cautivado vuestros corazones y vuestros ojos con los encantos indudables de su presencia de ángel de Murillo.»

BON. (Como á mí.)

FER. ¡Es una palabra de oro! ¡de oro!

D. AN. ¡Qué bien habla ese hombre!

ROS ¿Usted qué sabe?

QUIJ. ¡Ssssch!

Silencio largo.

FER. ¿Por qué no sigue?

CLARA Porque está bebiendo.

FER ¿Ya?

D. VIC. «Pronto, cuando escuchéis embelesados las melodías suaves, las melodías valientes, las melodías sublimes que arranque el niño de las cuerdas de su violín, comprenderéis que no es hiperbólica mi palabra al calificar

como califico á nuestro pequeño conterráneo.»

D.ª MAN. A Quijano. (¿Conte qué ha dicho?

QUIJ. Conterráneo.

D.ª MAN ¿Y qué es eso?

QUIJ. Será violinista.)

D. VIC. «¿Os acordáis de la niñez de Mozart? Pues aquí tenéis el segundo tomo.»

D. ELÍAS Muy bien, muy bien...

QUIJ. ¡Ssssch!

D. VIC. «Pudiera yo extenderme ahora, abusando de vuestra benevolencia, en altas consideraciones á propósito de la influencia educatriz que la música ejerce en el espíritu de los hombres que forman las naciones que se dicen cultas. Pero os hago gracia de esta digresión erudita, porque ya veo en vuestros ojos la impaciencia legítima de que yo abandone este sitial que inmerecidamente ocupo, para deleitaros en escuchar al niño prodigioso, y antes que á él, las inspiradísimas poesías á él dedicadas por nuestra ilustre conterránea Fernanda Peñaflor, y por el inspirado literato Don Andrés Ramales, también nuestro querido conterráneo.»

D.ª MAN. A Quijano. (Hay que averiguar lo que es eso.)

D. VIC. «Dejo, pues, de molestar vuestra atención y os doy las gracias por vuestra condescendencia y cortesía: y al marcharme de aquí, fija la mirada en la frente del niño, me atrevo á exclamar: Honra y prez á quien ha podido á los seis años y tres meses de su edad, por la magia de su mérito indiscutible, reunir en el modesto salón de esta modestísima casa á la sociedad de Guadalema en su representación más culta y espumosa. He dicho.»

Estalla dentro un nuevo aplauso prolongado. Baja nuestro hombre con las mejillas como tomates. Todos lo felicitan.

D.ª MAN ¡Muy bien, señor, muy bien!

QUIJ. ¡Admirable, admirable!

FER. ¡Oh! ¡De oro! ¡De oro y muchas piedras!

BON. ¡Enhorabuena, Don Vicente!

ROS ¡Enhorabuena!

D. ELIAS ¡Muy bonito!

D. VIC. Nada... cuatro palabras.. Presentar al chico... salir del paso... A Clara, que no le ha dicho nada. ¿Verdad?

CLARA Maquinalmente. Muy bien, muy bien...

Por la puerta de la derecha sale Isidoro á reponer el agua. Por la misma puerta llega Lisonjero como una exhalación, y estrecha entre sus brazos á Don Vicente.

LIS. ¡Bravo, maestro, bravo! ¡Como de usted!

D. VIC. ¡Oh!...

LIS. Quedamos en que ahora sube usted del brazo á Fernandita y vuelve aquí.

D. VIC. De acuerdo.

LIS. Yo me voy á romper el aplauso. Vase corriendo.

D. VIC. ¿Fernandita?

FER. Cogiéndose de él. Con mil amores. Cada día hay mayor belleza en su palabra, de la Sosa.

D. VIC. ¡Oh! Las bellezas de la velada, principian con usted.

FER. ¡Oh!

Suben al escenario. Aplauso caluroso. Durante él vuelve Don Vicente.

D. VIC. Escuchemos, porque tiene que oir.

FER. Sacando, no se sabe de donde, una voz que no es la que usa á diario.

«AL NIÑO PRODIGIO.—SONETO

¡Salve, niño genial, sol de tu casa!
¡Salve, gloria de España venidera,
clavel de anticipada primavera,
cuyo aroma los ámbitos traspasa!
En los comienzos de tu edad escasa,
alumbras ya cual fúlgida lumbrera,
y ven absortas tu veloz carrera
aristocracia, clase media y masa.
De tu fama los límpidos albores
el cielo de las glorias ya han teñido
de vivos é irisados resplandores.
¡Surge, y eleva al cielo tu sonido!
¡Callen todos los pájaros cantores!
¡Música celestial, ya te han vencido!»

Nuevo aplauso dentro, más caluroso aún que el anterior, porque el soneto ha durado menos tiempo que el discurso. Don Vicente va á recoger á Fernanda, con quien vuelve en seguida.

ROS (Y si Manolín tuviera mi edad, ¿qué pensaría de todo esto, leña?)

D. VIC. ¿Y era usted quien hablaba de piedras, Fernandita?

FER. ¡Oh!

D.ª MAN. ¡Precioso, señora, precioso!

QUIJ. Nuestro hijo no merece tanto.

D. ELÍAS A mí me ha hecho llorar.

FER ¡Oh!

D. ELÍAS Es verdad que no hago más que llorar esta noche.

ROS. Son muy sentidos; mucho.

BON. ¡Mucho!

FER. Eso sí; corazón he puesto.

CLARA Suenan muy bien, muy bien...

D. AN. Enhorabuena, maestra.

LIS. Llegando como antes. ¡Primorosísimo! ¡Primorosísimo! ¡Es la perla de la velada!

FER. ¡Oh, cuantísima amabilidad!

D.ª MAN. Ya nos dará usted una copia de su puño y letra.

FER. ¡Ya lo creo! Una á cada uno. ¿Y ha visto usted, Jacobo, con cuánta seriedad lo escucha todo Manolín?

LIS. ¡Como que tiene muchísimo talento! A Don Andrés, que sigue abstraído con su poesía. Señor Ramales, ha llegado su turno.

D. AN. ¿Eh?

LIS. Usted, usted ya.

D. AN. ¿Yo?

LIS. Sí.

D. AN. Allá voy. Se dispone á subir, después de cerciorarse de que lleva los versos en el bolsillo.

LIS. Yo me salgo á romper el aplauso. Es inútil, porque no ha de oirlo; pero no importa. Se va.

BON. A Rosales. (¿Qué le pasa á usted, Don Pascual?

ROS. ¡Que me está entrando la calentura! ¡leña! ¡Que esto es contra mis nervios!)

Tibio aplauso dentro, á la presentación de Don Andrés.

Sale Castillo por la puerta de la derecha y habla rápida y misteriosamente con Bonifacio. Trae el gabán al hombro.

CAS. Bonifacio.

BON. ¡Hola!

CAS. Yo me voy al Suizo. Si Don Andrés nombra padrinos, allí te espero.

BON. ¿Qué dices?

CAS. Ahora lo verás: es de lo que no tiene solución; porque te advierto que la Venus de Nieve está en el público.

QUIJ. ¡Sss-ch!

D. AN. Comenzando á leer.

«AL NIÑO PRODIGIO —SONETO.»

FER. ¡Oiga! ¡Hemos coincidido en la combinación!

Don Andrés empieza á leer á grandes voces, para que no quede duda de que no es suyo, aunque él lo hace para lo contrario, el mismo soneto que acaba de leer la poetisa. La cara de esta en primer término, su indignación, el asombro de todos los presentes y el revuelo que se arma en el público con rumores, comentarios y carcajadas, son indescriptibles. Al llegar á lo de la masa, Don Andrés nota que algo extraño sucede allí, y á las señas que el presidente, llamándolo, le hace, baja á enterarse de lo que ocurre sin acabar de leer el soneto. Castillo, que se frotaba las manos de gusto, se va de estampía. Bonifacio, durante todo el lance, se ve acometido de una risa nerviosa, que no puede el hombre contener. El diálogo que va escrito á continuación, es el que se habla durante la lectura de los dos cuartetos.

FER. ¡Ese verso es mío!

D. VIC. ¿Qué es esto?

FER. ¡Y ese también!

BON. ¡Atiza!

QUIJ. ¡Es igual!

D.ª MAN. ¡Es lo mismo!

CLARA ¿Por qué lee lo mismo?

FER. ¿Usted se explica este despojo?

ROS. ¡La broma es de ursulinas! ¡leña!

D. VIC. ¡Qué escándalo!

FER. ¡Qué abuso!

D. ELÍAS Pero ¿cómo ha ocurrido esto?

QUIJ. ¡Y el público lo está tomando á burla!

ROS. ¡Naturalmente!

D.ª MAN. ¡Ay, Dios mío! ¡Pobre Manolín!

D. VIC. ¡Calma; silencio; calma!

CLARA ¡Que le digan á ese señor que está haciendo el ridículo!

FER. ¡Y que lo metan preso!

D. ELÍAS ¡Jesús! ¡Jesús!

D. VIC. Llamando al poeta ¡Señor Ramales! ¡señor Ramales!

CAS. Satisfecho del efecto de su jugada. ¡Hasta mañana, si Dios quiere! ¡Buenas noches! Se va.

BON. ¡Es el demonio que anda suelto!

D. VIC. ¡Señor Ramales, baje usted!

D. ELÍAS Ya parece que se ha enterado.

D. AN. Desde dentro aún. ¿Qué pasa? ¿Qué pasa?

D. VIC. ¡Baje usted!

D. AN. ¿Eh?

D. VIC. ¡Baje usted!

D. AN. Apareciendo por la izquierda de la gradilla, asustadísimo. Pero ¿qué sucede? ¿Es que hay fuego?

FER ¡Lo que hay es que el soneto es mío!

D. AN. ¿Eh?

FER. ¡Que el soneto es mío!

D. VIC. ¡No se entera!

D.ª MAN. ¡Ha estropeado usted la función!

D. AN. ¿Eh?

FER. Mostrándole su manuscrito, indignada. ¡Mire usted: para que lo entienda de algún modo!

D. AN. ¿Eh? Fijándose en el manuscrito. ¿Cómo? ¿Es posible? ¿Dónde está Castillo?

FER. ¡Qué sé yo!

ROS. ¡Hay para irse de España!

D. AN. ¿Dónde está Castillo?

Al tiempo que va á marcharse en busca de Castillo, echando venablos, llega Lisonjero y se encara con él.

LIS. ¡Cuando se es tan sordo como usted, señor mío, se escriben versos originales! ¡Es usted un zampatortas!

D. AN. ¡No tolero que me grite nadie!

LIS. ¡Pues le grita a usted todo el mundo!

D. AN. Pero ¿dónde esta ese Castillo? ¡Se va á acordar de mí! ¡Lo descalabro! ¡Lo reviento!

Vase el hombre como perro con lata.

LIS. ¡Valiente escándalo!

D. VIC. ¡Valiente cinismo!

FER. ¡Es una broma estúpida!

LIS. ¡Ha sido un borrón en la fiesta!

QUIJ. ¿Y Manolín? ¿Qué ha hecho Manolín?

LIS. ¡Reirse, como todo el mundo! Por Dios, maestro, suba usted, á ver si con su presencia se normaliza el curso de esto y se acalla esa marejada al comprender que el chico va á tocar.

D. ELÍAS Sí, señor; sí, señor. Voy corriendo.

D.ª MAN. Ande, sí, querido don Elías.

D. ELÍAS Tropezando al subir la grada. ¡Demonches!

LIS. ¿Qué ha sido?

CLARA ¿Se ha hecho usted daño?

D. ELÍAS Nada, nada; no ha sido nada.

D.ª MAN. ¡Ay, Virgen María!

QUIJ. Tranquilízate tú: no te excites.

LIS. ¿Ve usted? Está la gente distraída. No aplauden al maestro, como á los demás, porque yo no he roto el aplauso. Voy á escape fuera. ¡Qué trajín! ¡Qué noche! ¡Bien merezco el premio soñado! Vase como siempre.

D. VIC. Ya se vuelve á hacer el silencio.

CLARA Sí, sí: ya se calman.

QUIJ. Callemos todos, por el amor de Dios.

D.ª MAN. Callemos; callemos todos.

D. VIC. Todos. Va á empezar á sonar el lenguaje divino, como celeste voz ante la cual se rinden todas nuestras pasiones.

ROS. ¡Silencio!

En efecto, en este momento hay silencio absoluto dentro y fuera. Principia á oirse el violín del niño, acompañado por don Elías al piano. Los padres están abrazados. Clara escucha con emoción profunda. Los demás personajes oyen también silenciosos y quietos. Al acabar la pieza musical, una verdadera ovación resuena allá dentro, en la que se mezclan voces de ¡bravo! ¡bravo! También aplauden don Vicente, Bonifacio y Fernanda. Quijano y doña Manuela se besan y se abrazan llorosos de alegría.

D.ª MAN. ¡Hijo de mi vida!

QUIJ. ¿Tú oyes, Manuela? ¡Cómo aplauden!

D.ª MAN. ¡Cómo lo vitorean!

QUIJ. ¡Con entusiasmo! ¡con frenesí!

D.ª MAN. ¡Dios lo bendiga!

FER. ¡Portentoso! ¡portentoso!

D. VIC. Usted lo ha dicho: ¡portentoso! Es la palabra justa.

El corazón de Clara, vencido por sentimientos nuevos y complejos, estalla en llanto. Los padres acuden á ella.

D.ª MAN. Clara, hija mía, ¿qué es eso?

QUIJ. ¿Qué tienes, niña?

D.ª MAN. ¿Qué tienes?

QUIJ. ¿Por qué lloras?

CLARA Entre lágrimas. No sé explicármelo... pero los aplausos á Manolín... me han dado de pronto mucha pena.

QUIJ. Vamos, no seas niña: serénate...

D.ª MAN. Estás muy nerviosa; muy emocionada.. Haz un esfuerzo sobre tí...

QUIJ. Vamos, vamos...

D VIC. A Fernanda, con quien entusiasmado comenta el éxito. Dice usted bien: ¡así salen los grandes artistas!

ROS. ¡No, señor, no: así se matan!

QUIJ. ¿Eh?

D.ª MAN. ¿Qué?

D. VIC. ¿Así se matan?

ROS. ¡Así se matan!

FER. ¡Silencio! Vuelve á hablar otra vez el niño prodigio.

D. VIC. ¡Silencio!

Reina otra vez silencio absoluto y todos atienden como antes. Oyese de nuevo el violín.

BON. A Rosales. (¿Asombrará al mundo con su genio, ó acabará lo mismo que yo?

ROS. A Bonifacio. ¡Sea lo que quiera y llegue á donde llegue, yo te digo que esto es inhumano!)

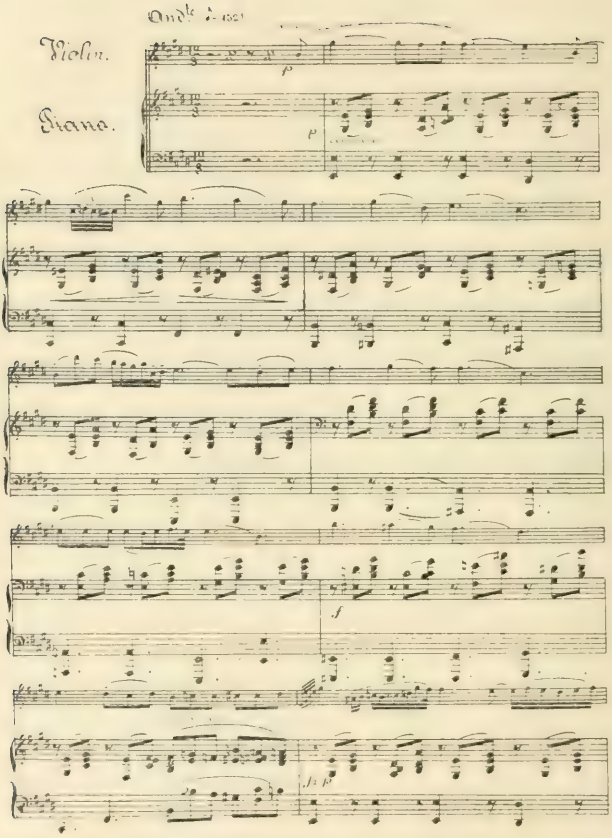
QUIJ. ¡Silencio!

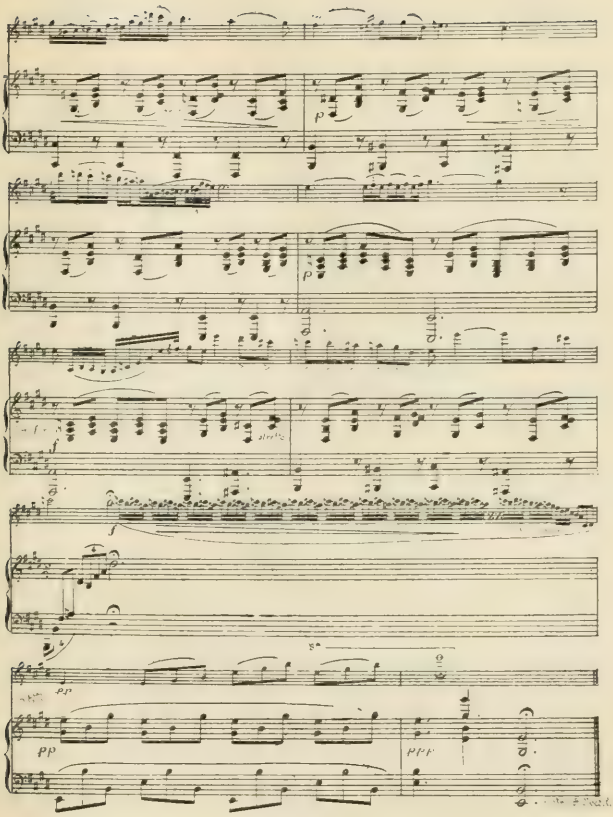
El telón cae con lentitud.

FIN DE LA COMEDIA

Fuenterrabía.—Madrid, Agosto y Octubre, 1906.

El siguiente nocturno de Chopin, abreviado según las exigencias escénicas, es el que ha de tocarse en el momento indicado en la obra. El otro número, cuyo comienzo debe oirse al final del segundo acto, queda al arbitrio del director de escena.


Ondk 2-1001
Violin.
Piano.
p
p
f
f: p


p
p
f
f
pp
pp
ppp

OBRAS DE LOS MISMOS AUTORES

Esgrima y amor, juguete cómico. (2.ª edición.)
Belén, 12, principal, juguete cómico. (2.ª edición.)
Gilito, juguete cómico-lírico. Música del maestro Osuna. (2.ª edición.)
La media naranja, juguete cómico. (2.ª edición.)
El tío de la flauta, juguete cómico. (2.ª edición.)
El ojito derecho, entremés. (3.ª edición.)
La reja, comedia en un acto. (4.ª edición.)
La buena sombra, sainete en tres cuadros, con música del maestro Brull. (6.ª edición.)
El peregrino, zarzuela cómica en un acto. Música del maestro Gómez Zarzuela.
La vida íntima, comedia en dos actos. (3.ª edición.)
Los borrachos, sainete en cuatro cuadros, con música del maestro Giménez. (2.ª edición.)
El chiquillo, entremés. (5.ª edición.)
Las casas de cartón, juguete cómico.
El traje de luces, sainete en tres cuadros, con música de los maestros Caballero y Hermoso.
El patio, comedia en dos actos. (3.ª edición.)
El motete, pasillo con música del maestro José Serrano. (2.ª edición.)
El estreno, zarzuela cómica en tres cuadros, con música del maestro Chapí.
Los Galeotes, comedia en cuatro actos. (3.ª edición.) Traducida al italiano con el título de *I Galeoti* por Giuseppe Paolo Pacchierotti.
La pena, drama en dos cuadros. (2.ª edición.) Traducida al italiano con el mismo título por Giuseppe Paolo Pacchierotti.
La azotea, comedia en un acto.
El género ínfimo, pasillo con música de los maestros Valverde (hijo) y Barrera.
El nido, comedia en dos actos. (2.ª edición.) Traducida al catalán con el título de *Un niu* por Joaquín María de Nadal.
Las flores, comedia en tres actos. (2.ª edición.) Traducida al italiano con el título de *I fiori* por Giuseppe Paolo Pacchierotti.
Los piropos, entremés.
El flechazo, entremés. (2.ª edición.)
El amor en el teatro, capricho literario en cinco cuadros, prólogo y epílogo.
Abanicos y panderetas ó ¡A Sevilla en el botijo! humorada satírica en tres cuadros, con música del maestro Chapí.

La dicha ajena, comedia en tres actos y un prólogo. Traducida al alemán con el título de *Das fremde Glück* por J. Gustavo Rohde.
Pepita Reyes, comedia en dos actos. (2.ª edición).
Los meritorios, pasillo.
La zahorí, entremés.
La reina mora, sainete en tres cuadros, con música del maestro José Serrano. (2.ª edición.)
Zaragatas, sainete en dos cuadros.
La zagala, comedia en cuatro actos.
La casa de García, comedia en tres actos.
La contrata, apropósito.
El amor que pasa, comedia en dos actos. Traducida al italiano con el título de *L'amore che passa* por Giuseppe Paolo Pacchierotti.
El mal de amores, sainete con música del maestro José Serrano.
El nuevo servidor, humorada.
Mañana de sol, paso de comedia. Traducido al alemán con el título de *Ein sonniger Morgen* por Mary v. Haken.
Fea y con gracia, pasillo con música del maestro Turina.
La aventura de los galeotes, adaptación escénica de un capítulo del *Quijote*.
La musa loca, comedia en tres actos.
La pitanza, entremés.
El amor en solfa, capricho literario en cuatro cuadros y un prólogo, con música de los maestros Chapí y Serrano.
Los chorros del oro, entremés.
Morritos, entremés.
Amor á oscuras, paso de comedia.
La mala sombra, sainete con música del maestro Serrano.
El niño prodigio, comedia en dos actos.

SERAFÍN Y JOAQUÍN ÁLVAREZ QUINTERO

Nanita, nana...

ENTREMÉS

con música del maestro

JOSÉ SERRANO

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Núñez de Balboa, 12

1907

Copyrigth by the authors, 1907

NANITA, NANA...

Esta obra es propiedad de sus autores, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, ó se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

Los autores se reservan el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

Droits de représentation, de traduction et de reproduction réservés pour tous les pays, y compris la Suède, la Norvège et la Hollande.

NANITA, NANA...

ENTREMÉS

DE

SERAFÍN Y JOAQUÍN ÁLVAREZ QUINTERO

con música del maestro

JOSÉ SERRANO

Estrenado en el TEATRO DE APOLO el 27 de Febrero de 1907

MADRID

R. Velasco, impresor, Marqués de Santa Ana, 11

Teléfono número 551

1907

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
MAGDALENA	Srta. Del Pino.
MARÍA LUISA	Gorita Novo.
SEÑOR LEANDRO	Sr. Mesejo.
JOSÉ	Carreras.
EL SERENO	Ruiz de Arana.

NANITA, NANA...

Alcoba blanca y pobre, en casa de Magdalena, en Sevilla. Una puerta á la derecha y otra á la izquierda. Al foro, hacia la derecha, una ventana que da á la calle, y cuyas vidrieras están cerradas. Junto á la ventana una cunita, donde duerme María Luisa. Varias sillas, una cómoda y una mesa. Sobre la cómoda un cuadro con alguna imagen de la Virgen, ante la cual arde una lamparilla.

Es de noche. Cerca de la ventana, en la calle, un farol encendido.

MAG. Acabando de cantarle la nana a María Luisa, que duerme.

. . . . . .

Nanita, nana,
duérmete tú, rosita
de mi ventana.

La arropa con mimo y cuidado. Hija de mi arma: ya se quedó otra vez dormidita... ¡Qué presiosa eres! Dios te bendiga y te dé más suerte que á tu madre, ánger mío. La besa. Con la cansión de la niña que se vuerve rosa, se queda siempre cuajaíta... La escucha embelesá. Como no se la cante, no se duerme á gusto. Se sienta junto á la ventana y suspira. ¡Ea! ¡A esperá á esos bigardones ahora! Es mucho sino er mío: mi padre, borracho; por er vino se pierde: se pierde, y no parese en ocho días; mi madre, que no lo despresia tampoco; mi cuñao... que ¡vamos ayá!... y mi marío... que ve una caña

y es capaz de cantarle una saeta. Y cuidao que es bueno. Porque José es bueno... Quitándole la bebía... quitándole er juego... quitándole er tabaco... y quitándole que pa dí á los toros empeña hasta la voz... es más bueno que er pan er pobresito. Lo que se dise en otras mujeres, no piensa é: eso lo tengo á orguyo. Pa mi José no hay más que su Madalena. Pué que sea porque no tiene tiempo... Mirando por los cristales á la calle. ¿A vé?... ¿Viene ahí?... Se ve pasar al señor Leandro dando tumbos. No, no es José... ¡Es er gandulaso de mi papá!... Y me paese que viene como pa atravesá er río por sima un alambre. Se va por la puerta de la derecha del actor, y á poco se la oye discutir dentro con el señor Leandro, que trae una borrachera como para tres ó cuatro personas, y sobra vino.

SR. LEAN. Saliendo con Magdalena y hablando á gritos. ¡Qué monserga de que me caye ni que me caye! ¡Toas las noches hemos de tené la misma historia!

MAG. ¡Chssss!

SR. LEAN. ¡No quiero! ¿No estoy en mi casa? ¿eh? ¿No soy er jefe de la casa? ¿eh? ¿No soy yo er que suerta la guita pa pagá la casa? ¿eh?

MAG. Sí, sí...

SR. LEAN. Entonses, ¿á qué canastos me dises que me caye?

MAG. Porque está dormida la niña... y se va á despertá el angelito...

SR. LEAN. ¡Que se despierte! ¡Soy su abuelo!

MAG. Pos paese mentira.

SR. LEAN. ¡Pos es verdá!. . ¡Y esa niña es tuya porque yo he querío!... ¿te enteras?... porque yo me casé con tu madre... Y yo me casé con tu madre exclusivamente pa que tú vinieras ar mundo... porque si no yega á sé pa eso... ¡qué canastos me había yo de casá con tu madre!

MAG. Bueno, sí; tienes mucha rasón... Caya y vete á la cama.

SR. LEAN. ¡Ahora sí me cayo! Chillando más que nunca. ¡Me cayo, porque se me pide por las buenas! Si

no, ¡qué canastos había yo de cayarme! ¡Pero por las buenas me cayo! ¡me cayo! ¡ya lo creo que me cayo! ¡Leandro, á vé si te cayas!

M. LUISA ¡Mamá! ¡mamá!

MAG. ¿Ves? ¡Ya se ha despertao la pobresita!

SR. LEAN. ¡Que se despierte! ¡Soy su abuelo!

MAG. Vas á dá lugá á que venga er sereno á los gritos.

SR. LEAN. ¡Que venga! ¡Soy su abuelo!

MAG. ¿Der sereno también?

SR. LEAN. ¡Y de los Hércules de la Alamea! ¡Soy su abuelo! Y sobre to, ¿no estoy en mi casa? ¿eh?

MAG. Anda, anda pa dentro...

SR. LEAN. ¿No soy el amo de mi casa? ¿eh?

MAG. Anda, condenasión, anda ya... Lo mete á empujones por la puerta de la izquierda.

M. LUISA ¡Mamá! ¡mamaita!

MAG. Ayá voy, hija mía, ayá voy.

M. LUISA ¡Mamá!

MAG. Acercándosele y acariciándola. Si estoy aquí, tontiya: no te asustes tú. Anda, duérmete, gloria. Vaya, á serrá los ojitos... Er que gritaba era el abuelo, que venía... con un amigo de confiansa. No te asustes. Ea, ea, á serrá los ojitos y á dormí: hasta mañana si Dios quiere. ¿Se va á dormí mi niña, verdá?—Está asustaíta, la pobre.—¿Qué quieres tú, reina, qué quieres tú? ¿Te canto otra vez la cansión de la niña que convirtió la Virgen en rosa porque le pegaba su madre? ¿Te la canto? ¿Se la canto á mi nena? La niña asiente con la cabecita. ¿Que sí? Pos vaya que sea: se la voy á cantá mejó que nunca. Le da muchos besos. ¡Si no te tengo más que á tí en er mundo!...

Música

A una niña bonita
como una estreya,
le pegaba su madre:
¡mardita eya!

Ar saberlo la Virgen,
madre cristiana,
vorvió a la niña rosa
de la ventana.
Nana, nanita,
¿en dónde está la pobre
niña bonita?

—

La buscaba su madre
con desconsuelo:
«¿Quién se yevó á mi niña,
Virgen der sielo?»
Y regando sus flores
una mañana,
le dió un beso á la rosa
de la ventana.
Y er beso dando,
de la rosa la niña
salió cantando.

—

La madre ar vé que un beso
se la vorvía,
besándole la cara
se yevó er día.
Y no vorvió á pegarle,
¡bendita eya!
á la niña bonita
como una estreya.
Nanita, nana,
duérmete tú, rosita
de mi ventana.

Cesa la música.

Contemplando á María Luisa. Ya está dormidita. ¡Ay, ánger mío, lo que me hase cantá toas las noches! Voy á tomá una poquita e agua. Bebe de un vaso que hay encima de la cómoda. Dentro, en la calle, óyese poco después ruido de cristales rotos. ¡Jesús! Ya está ahí ese. Un faró menos ¡Misto que la manera de yamá! Y mañana,

naturarmente, vorverá er *guindiya* der Juzgao. ¡Ay, qué pasensia hase farta, Dios mío, qué pasensia! Vase por la puerta de la derecha. En seguida vuelve con José, que no digamos que trae una borrachera como la de su señor suegro, pero que no le faltan tres copas para igualarla.

JOSÉ Con voz llorosa y triste. ¿Me perdonas, mujé? ¿me perdonas?

MAG. Habla bajo, que duerme la niña.

JOSÉ ¿Me perdonas?

MAG. Sí, te perdono, sí; pero ¿de ande vienes de esa manera?

JOSÉ De insurta ar río, que está cresiendo una barbaridá. El agua en Seviya es la perdisión de los pobres.

MAG. ¡Miá si er vino que bebes se te vorviera sá, pa que te yevaras un año seguío pidiendo agua!

JOSÉ ¡Agua no!

MAG. Agua, agua.

JOSÉ ¡Agua no, Madalena, agua no! ¡To lo que tú quieras menos agua!

MAG. Estás que te caes... Anda á dormirla pronto. ¿Pa qué demonios beberás?

JOSÉ Mujé, porque al agua le tengo tirria; y descartando el agua, si no bebo vino, ¿qué vi á bebé? ¿aseite?

MAG. Pero ¿no me dijiste ayé que te matara si cogías otra borrachera, bribón?

JOSÉ Sí, Madalena, pero acuérdate der sordao der cuento: esta no es otra; es la misma de ayé.

MAG. Tienes rasón, José, tienes rasón: anda pa dentro... anda... anda á acostarte.

JOSÉ Pero ¿tú estás enfadá conmigo?

MAG. ¡Qué disparate, hombre!

JOSÉ Muy afligido. ¡Sí! ¡sí estás enfadá! ¡Si yo soy un mal esposo! ¡si soy un sinvergüensa! ¿Pa qué bebo yo, teniendo una mujé que es una santa?

MAG. Bueno, déjame á mí. Y caya, que se va á despertá la niña.

JOSÉ ¿Pa qué bebo yo, teniendo ahí ese cacho e gloria?

MAG. ¿Quiés cayarte, José?

JOSÉ Llorando. ¡No! ¡si yo me porto mu malamente con ustedes! Madalena, déjame que te convide esta noche.

MAG. No, no; muchas grasias.

JOSÉ Anda; que á tí también te gusta tomá una copita de vez en cuando.

MAG. ¿Quiés cayarte? Si á mí también me gustara bebé... esa criatura en vez de sé una niña sería una uva en aguardiente. ¡Anda á la cama, pirandón!

JOSÉ Pos consiénteme que primero le dé un besito á mi pimpoyo.

MAG. ¡En seguía! ¡Pa que la despiertes!

JOSÉ No la despierto, no. ¡Soy su padre!

MAG. ¡Vamos, hombre!

JOSÉ ¡Déjame, Madalena, déjame!

MAG. ¡Jesús!

JOSÉ Logrando al fin acercarse á María Luisa. ¡Hija e mi sangre, qué desgrasiá has nasío, con este padre que es un pirata! ¡que es un criminá!

MAG. ¡Jesús, Dios mío!

JOSÉ ¡Er patíbulo es poco pa el hombre que pisa una taberna! ¡Dios te libre, hija de mi arma, de un bebedó! Madalena, piele tú á la Virgen que le dé un marío boticario.

MAG. ¿Boticario?

JOSÉ ¡Boticario! ¡Pa que lo arregle to con agua der poso!

MAG. ¿Quiés acostarte ya? ¡No pararás hasta despertarla!

JOSÉ Voy á darle er beso y me voy. ¡Adiós, pimpoyo mío! Al agacharse para besarla está á punto de caerse al suelo. La niña se despierta. ¡Toma, hija mía, toma!

MAG. Bueno está, José: vamos á la cama.

M. LUISA ¡Mamá!

MAG. ¿Ves tú? Ya la has despertao.

M. LUISA ¡Mamá!

JOSÉ ¿Pa qué bebo yo? ¿Pa qué bebo? ¡Permita Dios que una copa de vino que tome se me güervan dos en er cuerpo, pa que me hagan daño! ¿Pa qué bebo yo?

MAG. Arsa, arsa pa dentro. Lo empuja y lo mete por la puerta de la izquierda, como al otro.

M. LUIS ¡Mamá!

MAG. Aquí estoy, corasón, aquí estoy. No tengas tú miedo. Era papá... que ha venío también con el amigo de toas las noches. Suspirando. ¡Es que ya me fartan las fuersas, Dios mío! Ahora mismo sierro er portón, y le digo ar sereno que como venga mi cuñao borracho lo yeve á la casiya. Asomándose á la ventana y llamando. ¡Juan! ¡Juan! ¡Sereno! A la niña. Espérate un momentito, arma mía: ya vuervo á tu lao. Al sereno, que aparece tras la ventana. Oiga usté, sereno.

SER. Dejando chicos á los otros. ¡Benditas sean las mujeres que pelan la pava con er sereno!

MAG. ¿Eh?

SER. ¿Quiere usté que le cante la hora, reina de la caye?

MAG. ¡Jesús! ¡Pero si está más borracho que los otros dos juntos!

SER. Es una vez al año, Mardalena. Onse de Febrero: proclamasión de la república. ¿Le canto á usté *La Marseyesa?*

MAG. Cerrando las puertas de la ventana de un golpe. ¡Cántesela usté á su mujé, si no se la está cantando otro! ¿Habráse visto? ¡Ay, Virgen mía, tú que lo puedes to, haz que este año, en vez de uvas nazcan dátiles en las viñas, pa que ni á martiyasos suerten jugo! Volviendo al lado de la niña. Aquí estoy otra vez, corasón. Siempre á tu cabesera. Esos borrachones á despertarte, y yo á cantarte cuantas veses lo quieras tú la cansión de la niña que se vorvió rosa. Suspira y principia á cantar.

Música

A una niña bonita,
como una estreya,
le pegaba su madre:
¡mardita eya!
Ar saberlo la Virgen,
madre cristiana,
vorvió á la niña rosa
de la ventana

Nana, nanita,
¿en dónde está la pobre
niña bonita?...

El telón ha ido cayendo lentamente.

FIN

Madrid, Diciembre, 1902.—Febrero, 1907.

ADVERTENCIA IMPORTANTE

Las empresas que pongan en escena este entremés, pagarán por derechos de propiedad la mitad de los correspondientes á una zarzuela en un acto.

OBRAS DE LOS MISMOS AUTORES

Esgrima y amor, juguete cómico. (2.ª edición.)
Belén, 12, principal, juguete cómico. (2.ª edición.)
Gilito, juguete cómico-lírico. Música del maestro Osuna. (2.ª edición.)
La media naranja, juguete cómico. (2.ª edición.)
El tío de la flauta, juguete cómico. (2.ª edición.)
El ojito derecho, entremés. (3.ª edición.)
La reja, comedia en un acto. (4.ª edición.)
La buena sombra, sainete en tres cuadros, con música del maestro Brull. (6.ª edición)
El peregrino, zarzuela cómica en un acto. Música del maestro Gómez Zarzuela.
La vida íntima, comedia en dos actos. (3.ª edición.)
Los borrachos, sainete en cuatro cuadros, con música del maestro Giménez. (2.ª edición.)
El chiquillo, entremés. (5.ª edición.)
Las casas de cartón, juguete cómico.
El traje de luces, sainete en tres cuadros, con música de los maestros Caballero y Hermoso.
El patio, comedia en dos actos. (3.ª edición.)
El motete, pasillo con música del maestro José Serrano. (2.ª edición.)
El estreno, zarzuela cómica en tres cuadros, con música del maestro Chapí.
Los Galeotes, comedia en cuatro actos. (3.ª edición.) Traducida al italiano con el título de *I Galeoti* por Giuseppe Paolo Pacchierotti.
La pena, drama en dos cuadros. (2.ª edición.) Traducida al italiano con el mismo título por Giuseppe Paolo Pacchierotti.
La azotea, comedia en un acto.
El género ínfimo, pasillo con música de los maestros Valverde (hijo) y Barrera.
El nido, comedia en dos actos. (2.ª edición.) Traducida al catalán con el título de *Un niu* por Joaquín María de Nadal.
Las flores, comedia en tres actos. (2.ª edición.) Traducida al italiano con el título de *I fiori* por Giuseppe Paolo Pacchierotti.
Los piropos, entremés.
El flechazo, entremés. (2.ª edición.)
El amor en el teatro, capricho literario en cinco cuadros, prólogo y epílogo.
Abanicos y panderetas ó ¡A Sevilla en el botijo! humorada satírica en tres cuadros, con música del maestro Chapí.

La dicha ajena, comedia en tres actos y un prólogo. Traducida al alemán con el título de *Das fremde Glück* por J. Gustavo Rohde.
Pepita Reyes, comedia en dos actos. (2.ª edición).
Los meritorios, pasillo.
La zahorí, entremés.
La reina mora, sainete en tres cuadros, con música del maestro José Serrano. (2.ª edición.)
Zaragatas, sainete en dos cuadros.
La zagala, comedia en cuatro actos.
La casa de García, comedia en tres actos.
La contrata, apropósito.
El amor que pasa, comedia en dos actos. Traducida al italiano con el título de *L'amore che passa* por Giuseppe Paolo Pacchierotti.
El mal de amores, sainete con música del maestro José Serrano.
El nuevo servidor, humorada.
Mañana de sol, paso de comedia. Traducido al alemán con el título de *Ein sonniger Morgen* por Mary v. Haken.
Fea y con gracia, pasillo con música del maestro Turina.
La aventura de los galeotes, adaptación escénica de un capítulo del *Quijote.*
La musa loca, comedia en tres actos.
La pitanza, entremés.
El amor en solfa, capricho literario en cuatro cuadros y un prólogo, con música de los maestros Chapí y Serrano.
Los chorros del oro, entremés.
Morritos, entremés.
Amor á oscuras, paso de comedia.
La mala sombra, sainete con música del maestro José Serrano.
El genio alegre, comedia en tres actos.
El niño prodigio, comedia en dos actos.
Nanita, nana... entremés con música del maestro José Serrano.
La zancadilla, entremés.

SERAFÍN Y JOAQUÍN ÁLVAREZ QUINTERO

LA ZANCADILLA

ENTREMÉS

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Núñez de Balboa, 12

1907

Copyrigth by the authors, 1907

LA ZANCADILLA

Esta obra es propiedad de sus autores, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, ó se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

Los autores se reservan el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

Droits de représentation, de traduction et de reproduction réservés pour tous les pays, y compris la Suède, la Norvège et la Hollande.

LA ZANCADILLA

ENTREMÉS

DE

SERAFÍN Y JOAQUÍN ÁLVAREZ QUINTERO

Estrenado en el TEATRO ESPAÑOL el 23 de Marzo de 1907

MADRID
R. Velasco, impresor, Marqués de Santa Ana, 11
Teléfono número 551

1907

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
REFUGIO	Sra. Pino.
ANTONIA	Caro.
ILDEFONSO	Sr. Ramírez.
JUAN	Aguirre.

LA ZANCADILLA

Calle solitaria, en Sevilla. Puerta de la casa de Refugio. Junto á ella, arrimada á la pared, una silla basta. Es una noche clara del mes de Julio. Un farol próximo alumbra la escena.

—

Salen por la derecha del actor Ildefonso y Juan. Son dos mocitos del pueblo, jactancioso y presumido el uno, y modesto y guasón el otro.

ILD. ¿Lo estás viendo, tú? Miá la ziya.

JUAN La siya sí la veo; pero no veo más que la siya.

ILD. Hombre... déjate dí... Lo primero que necezita una reina, ez er trono. Con eza ziya en zemejante zitio, quié decirme que zale.

JUAN Tar vé, tar vé; pero mientras no te diga otra cosa...

ILD. También me la dirá. Tiempo ar tiempo.

JUAN ¡Límpiate!

ILD. ¿Va la cena pa tos?

JUAN Va la sena pa tos.

ILD. Pos ya pués dí juntando, porque tú tienes que pagarla.

JUAN ¡Qué ilusiones te hases! Tú no sabes con quién te juegas er dinero. Esa niña no sabe desí que sí; no se lo han enseñao.

ILD. ¿Va la cena pa tos?

JUAN Esa niña tiene la cabesa yena e muñecos.

Esa niña está esperando un Rey Mago... Esa niña...

ILD. ¿Va la cena pa tos?

JUAN Va.

ILD. Pos no hables más y quítate de enmedio, que me paece que zale ahí. De aquí á doz horas estoy yo en er café...

JUAN ¿Quiés que te mande un carriyo e mano?

ILD. ¿Pa qué?

JUAN Pa que te yeves en é las calabasas.

ILD. Después de mirar el reloj con mucha sorna. La contestación á las doce y diez.

JUAN ¡Y que nos vamos á reí poco!

ILD. ¡Zí, ar contrario!

JUAN Hasta luego. Vase por la izquierda.

ILD. Hasta luego. Esta gente ze ha creío que yo no tengo idea; que me vengo aquí cruzao de brazos... Zeis ó ziete noches na más yevo hablando con la mocita y está ya más zuave que razo der güeno. Y por zi ezo fuea poco... Se quita con mucha precaución el sombrero y saca una rosa de él. ¡Na! ¡No le traigo na! To er día la he tenío en agua: azín ze ha puesto. No hay otra más pompoza en toa Zeviya. Y luego la malicia pa prezentarla... Clava la flor en el asiento de la silla. ¿Qué tá?... Como zi hubiea nacío en las neas... Prestando oído. Me paece que zale la niña. Yo de espardas, zin darle á la coza való... Se vuelve de espaldas, en efecto, y se pone presuntuosamente á encender un puro. Mientras tanto sale Antonia, abuela de Refugio, muy vieja y muy fea, repara en él y se sienta con mal modo en la silla sin fijarse en la rosa. Ya está ahí, ya está ahí... Ya me ha visto... Ya ha visto la fló... Ya la ha cogío.. Ya la güele .. Me ví á gorvé de pronto con er puro encendío, y le ví á paecé un faro. Anda, Irdefonzo. Da la vuelta y se le corta la respiración al ver á Antonia. ¡Agüela!

ANT. Dios guarde á usté, Irdefonso.

ILD. (¿Le paece á usté?... ¡Y están tos los días cayendo rayos en er campo!) ¿Y Refugio?

ANT. Güena.

ILD. ¿Y... zeñó Manué?

ANT. Güeno.

ILD. ¿Y... usté, güena?

ANT. Güena.

ILD. La noche está güena.

ANT. Güena.

ILD. ¡Güeno, hombre, güeno!...

ANT. ¿Qué lo trae á usté por aquí?

ILD. Na; zino que pazaba y dije: zi está Refugio ahí, la zaludaremos.

ANT. Pué que tarde en bajá.

ILD. Daré una güerteciya, porque ya que he venío me paece feo no zaludarla...

ANT. Ayá usté.

ILD. (¡Demonio e vieja! ¡Me ha espachurrao la roza y to er principio e la converzación!) Se aleja lentamente por la derecha canturreando.

ANT. Para sí, viéndolo marcharse. Anda ya, esaborío, que te la das de alegre y eres un funerá... Sale de la casa Refugio hecha un clavel. Trae otra silla.

REF. ¿Corre aquí aire?

ANT. Er que había se lo acaba e yevá Irdefonso con er meneo e los brasos. Miálo como va.

REF. ¡Ay, Jesús, si no cabe en la caye! ¿Se ha ido pa gorvé?

ANT. No que no. Si tú no le dieras palique...

REF. ¡Pero si es la única diversión que tengo este verano! ¿No ve usté que no hay sirco?

ANT. Pos mira lo que hases... y no juegues con las cosas der queré, que es jugá con fuego.

REF. Agüela, por Dios, no le yame usté fuego á ese hombre, que hasta los sigarros se le apagan de soso que es.

ANT. Yo lo que te digo es que muchas veses se empiesa riendo y se acaba yorando.

REF. Pos miste que estará presioso afligío.

ANT. ¿Y si á quien le toca yorá es á tí?

REF. Como no me entre un mosquito en un ojo no yoro yo por ese perma. Pierda usté cuidao.

ANT. Güeno, güeno.

REF Miste, agüela; es que son tos los hombres á jugá con una, porque una ar prinsipio no mira más que si le petan y no pué carculá las intensiones; y cuando se ofrese por ca-

sualidá que un fachendoso de estos yeve un revorcón y se vaya chafao, no va una á desperdisiá la vez... Porque son mu malos: miste lo que le ha pasao á Mariquiya la Pelusa... Y mu traisioneros: miste er chasco de Isabé Molina... Y mu vengativos: miste lo de Asunsión la guapa... Y mu perros; mu perros... ¡Ay, yo les tengo un coraje, agüela... que si no fuea porque quiero casarme y casarme prontito, tos estaban de más pa mí! Usté no sabe lo que yo gosaría con traé ar retortero á seis ó siete ..

ANT. ¡Chiquiya!

REF. Sí, agüela, sí: y toavía he dicho pocos. Pero habían de está siegos, trastornaos, sin ganas e comé, sin ganas e dormí, sin ganas de afeitarse, sin ganas e na... El uno que se pegara un tiro; el otro que se tirara de la Girarda; el otro que se gorviera loco y le diera por escribí mi nombre por las paredes; dos que se rebanaran er pescueso por causa mía; uno que se ahorcara de un árbo... ¡Ay, qué gusto, qué gusto!

ANT. Levantándose. ¡Jesús, Jesús, Jesús!

REF. ¿Adonde va usté?

ANT. A desirle á tu padre que busque un médico en seguía, porque tú no estás güena.

REF. ¡Ja, ja, ja!

ANT. Ríete, ríete.

REF. Ayí viene ya don Juan Tenorio.

ANT. Si por eso me quito de aquí... Plántale la boleta, niña: formá te lo aconsejo; que he sabío que se está dando tono a costa tuya, y que toas las noches apuesta una sena à que tú le dises que sí.

REF. Mejó: así traga luego más guita... y le sargo más cara.

ANT. Espántalo de una vez y no seas tonta.

REF. Esté usté tranquila, que esta noche yeva su meresío. Calabasas de Rota, que son las que más gusto le dan á la bersa.

ANT. Me alegraré como si me cayera er premio gordo. Entrase en la casa.

REF. Viendo acercarse á Ildefonso en actitud de pavo real

y burlándose de él. Ya está aquí mi hombre... ¡Ole los brasos bien movíos! Paese que está nadando. ¿A que da un resbalón en esa hojita de lechuga?

Sale Ildefonso contoneándose, y apenas sale, se resbala en efecto. Refugio se tapa la cara con el abanico, riéndose.

ILD. (¡Mardito zea el Ayuntamiento, que no limpia estas cayes!)

REF. ¿Qué fué?

ILD. Una broma, pa que usté ze riyera.

REF. Muchas grasias. Pos sí que me he reío.

ILD. Tenga usté güenas noches, á to esto.

REF. Güenas noches.

ILD. Ya la veo á usté tan zuperió...

REF. No estoy mala, á Dios grasias. ¿Y usté, cómo está?

ILD. Ar prezente, mejó que usté.

REF. ¿Por qué?

ILD. Porque á usté le toca verme á mí, y á mí me toca verla á usté, que ya hay diferiencia.

REF. Fingiendo que la cautiva la galantería. Ay, qué bien está eso... Se queda mirándolo como encantada.

ILD. (Farciná. Y no ze acuerda de que le dije lo mismo la otra noche.)

REF. ¡Tiene usté unas ocurrensias más bonitas, Irdefonso!...

ILD. ¿Le ha gustao á usté eza?

REF. Mucho... ¿La aprendió usté en viernes, verdá?

ILD. Desconcertado por el golpe. No... en zábado... ¡Je! (¡Pos zí que ze acordaba!)

Silencio. Los dos se miran sonriéndose.

REF. ¿Va usté á cresé?

ILD. Zi á usté le paece que zoy chico...

REF. ¡Qué disparate! Miste: tanto así de más, ya sobraba; y tanto así de menos, ya no estaba bien. Se ha quedao usté en er tamaño justo.

ILD. ¿De veras? ¡Ez usté más gracioza que la má!

REF. Siéntese usté, si no tiene prisa: aquí á mi lao, que yo no me como á la gente.

ILD. ¿No, eh? ¿Qué más quiziea la gente?

REF. ¡Ay, qué fino está er tiempo!... Vaya, hombre, siéntese usté.

ILD. Jactancioso. (¡Digo!)

REF. Fijandose en la flor cuando Ildefonso va á sentarse. A vé, espérese usté: ¿qué es esto?

ILD. Una roza paece.

REF. ¿Quién la habrá puesto aquí?

ILD. Argún amigo que haiga pazao.

REF. Tírela usté... ¡Sabe Dios en qué moño se habrá visto!...

ILD. Obedeciéndola con oculto dolor. (¡Y pa esto la he teníó yo en agua to er día!...) Se sienta, se quita el sombrero y se atusa los tufos con intención de que ella le vea una sortija.

REF. ¡Jesús! ¿Hay relámpagos?

ILD. ¿Relámpagos?

REF. Me ha dao un resplandó así en los ojos...

ILD. ¿No zerá er briyante? Mostrándoselo candorosamente.

REF. Pos miste, es verdá: er briyante es; no había yo caío.

ILD. Tiene mu güenas luces.

REF. ¡Pa pareserme á mí relámpagos!

ILD. Pero ¿quién ha visto relámpagos con er zó fuera?

REF. ¿Con er só fuera, si es de noche?

ILD. Pos por ezo está fuera.

REF. Ah, vamos; usté quié desí que está de viaje.

ILD. No zea usté burlona. Lo que yo quieo decí es que como usté zale de noche á la puerta e zu caza... por ezo está er zó fuera.

REF. ¡Ay, vaya un dicho presioso que me ha dicho usté! Levantándose. Se lo ví á referí á mi agüela.

ILD. ¡No ze vaya usté ahora!...

REF. ¿Usté no quiere? Pos ya no hay más que hablá. Se sienta.

ILD. Como antes. (¡Digo!)

Callan de nuevo.

REF. Irdefonso...

ILD. Me yamo.

REF. Oiga usté una cosa. Con extremada zalamería. Güeno, pero prométame usté no engañarme.

ILD. ¿Engañarla yo á usté? ¡Vamos! ¿Qué zucede?

REF. Anoche... Er caso es que me da cortedá...

ILD. Le arvierto á usté que yo tampoco me como á nadie. (¡Ez una tortolita!)

REF. Pos anoche... ¿Pero de veras no me va usté á engañá?...

ILD. ¡Primero me lastimen las botas!

REF. Pos anoche...

ILD. ¿Qué?

REF. Estaba yo acostá... ¿sabe usté?... y de la parte afuera de mi ventana... oí una guitarra de pronto...

ILD. (¡Ejem! ¡ejem!)

REF. Una guitarra... que sonaba á gloria bendita... Las cosas hay que desirlas como son.

ILD. (¡Qué bien vi yo á cená esta noche!)

REF. Y acompañándose de la guitarra... oí á un mosito que cantaba esta copla:

Entonándola.

«No sé como no floresen
las tejas de tu tejao,
estando tú ebajo de eyas,
primaverita de Mayo.»

ILD. ¿Zí, verdá? Tierno. ¡Qué cozitas pazan á ezas horas, mi arma!...

REF. Güeno, Irdefonso, pos no me engañe usté: ¿era usté, por casualidá, er que cantaba y er que tocaba?

ILD. Yo mismito. Y zintiendo no zé un canario y no tené por istrumento un *larpa*.

REF. Es que me lo dió er corasón... Y si usté supiera una cosa...

ILD. ¿Qué?

REF. Que estuvo en tanto así...

ILD. ¿Que usté ze azomara?

REF. Dejando la zalamería y turbando con la salida al galán. To lo contrario: que se asomara mi papá á tirarle una bota.

ILD. ¡Je!... ¡Ez usté más guazona que la má! ¿No le agrada á zu papá de usté que á usté la ronden?

REF. Le gusta más que lo dejen dormí.

ILD. ¿Y á usté... princeza?

REF. Yo sargo á mi papá.

ILD. ¿Es decí que no debo gorvé con la guitarra?

REF. Con súbita tristeza. ¡Ay, eso no, Irdefonso!.. ¿Pero le va usté á dá ese való á una broma mía? ¿No somos amigos?... Vaya, que ya me pesa habérsela gastao.

ILD. Refugio, no lo tome usté azí tampoco... Por lo mismo que zemos amigos, en mí estaba no molestarla á usté.

REF. Suspirando. ¡Ay!...

ILD. ¿Qué quié decí eze zuspirito?

REF. Que usté debía sabé de memoria... que á mí no me molesta nunca.

ILD. Mirando su reloj. (¡Y no zon más que laz once y cinco!)

REF. Después de desahogar la risa detrás del abanico. ¿Estuvo usté ayé de mañana en la buñolá de la Chiclanera?

ILD. (¡Hola! ¡Celitos ya!) Estuve.

REF. Fingiéndose celosa. Espantárame yo.

ILD. Me gustan mucho los buñuelos.

REF. ¡Y quien los ha-e!

ILD. Quien loz hace me tiene zin cuidao.

REF. Con vehemencia y satisfacción. ¿Sí?

ILD. Zí, mi arma.

REF. ¿De verdá?

ILD. De verdá.

REF. Por más que, después de to, ¿á mí qué se me daba?... Claro que, como amiga de usté, me intereso...

ILD. Dios ze lo pague...

REF. Porque la Chiclanera no será, pero á mí me han dicho que anda uste que bebe los vientos por una mujé.

ILD. Pos cuando er río zuena...

REF. ¡Ah!... ¿De manera que no me han engañao?

ILD. No zeñora.

REF. ¿Y... es der barrio este, Irdefonso?

ILD. Que ze quema usté.

REF. No me diga usté quién es, á vé si la asierto. ¿Es Anita la Rubia?

ILD. Frío.

REF. ¿María Juana, la der Serero?

ILD. Frío.

REF. ¿Mi amiguiya Clotirde?

ILD. Ya ze va usté templando.

REF. ¿Me voy templando ya?

ILD. Un poco, un poco...

REF. ¿Mi primiya Remedios?

ILD. ¡Que ze quema usté!

REF. Como emocionada. Oiga usté: ¿vive en esta caye?

ILD. ¡Que ze quema usté! Enciende una cerilla para el cigarro y se queda con ella en la mano sin tomar lumbre subyugado enteramente por el interrogatorio de Refugio.

REF. ¿En esta caye?...

ILD. Zí.

REF. ¿Será quisá... Milagritos la de ahí enfrente?

ILD. Cámbieze usté de cera.

REF. ¿Pero es en esta sera, Irdefonso?

ILD. En esta, Refugio.

REF. ¡Que se quema usté!

ILD. Tirando la cerilla. ¡Que ya me he quemao!

REF. ¡Ay, pobresito!... ¿Quiere usté que vaya por una telaraña?

ILD. Estimando, niña; pero esta quemaura, no vale pa que usté ze mueva. Quemaura la que yevo aquí dentro.

REF. ¿En dónde?

ILD. ¡En medio er corazón!

REF. ¿Y quién la ha causao?

ILD. ¡Usté con ezoz ojos! Basta de dizimulos ya.

REF. ¿Yo?

ILD. Usté, que es más bonita que la má, y más zimpática que la má... y á quien yo quiero más que la má.

REF. ¡Irdefonso!

ILD. Ya lo zabe usté con toas zus letras, zerrana. Ahora deme usté la arzolución... ó er puntiyazo. Lo que usté quiera. En usté está que yo no me cambie por nadie ó que me deje cogé de un tranvía.

REF. Ay, por Dios, Irdefonso, no haga usté eso.

ILD. ¿Usté no quiere que lo haga?

REF. Yo no.

ILD. Esponjado. ¿Entonces... es que no le paezco á usté ningún zaco e papas?

REF. No señó; ni muchísimo menos.

ILD. ¡Ole!

REF. Sssss... sssss... no se entusiasme usté tan pronto; pare usté er cohete... que le ví á dá á usté unas calabasas... *que la má.*

ILD. ¡Gracioza!

REF. ¿Grasiosa, eh?

ILD. ¡Zi no pué usté dizimulá la alegría que tiene en er cuerpo!

REF. Ni la pueo disimulá ni quieo disimularla tampoco; que pa disimulo basta con lo pasao.

ILD. Receloso. ¿Qué?

REF. Tenía yo muchas ganas de ponerle er pie pa que se cayera de boca, á uno de estos mositos jacarandosos que apuestan en la taberna con los amigos si logran ó no logran er cariño de una mujé.

ILD. Azoradísimo. Pero, oiga usté, Refugio, ¿y quién ha apostao?

REF. Usté, so mal ange... Y ha debío usté mirá antes de esponé su dinero, que con ese coló de argarroba y ese labio de arriba, que paese un tordo der de abajo, ninguna mujé que se presie lo pué mirá á la cara...

ILD. Niña, niña...

REF. No, si yo no vargo dos cuartos: no es que yo me alabe; pero, hijo mío, ar lao de usté soy una pintura. Además, usté se cree que tiene mucha grasia, y dise usté un chiste y se apagan las luses; usté se la da de que toca, y coge la guitarra y paese que están rayando pan; usté presume de que canta, y se arranca usté y se paran tos los relojes; y sobre to, usté se figura que tiene solimán en los ojos y armiba en la boca y mucha malisia y mucha escuela pa las mujeres, y una niña de nueve años le da á usté quinse güertas. Conque aire, aire, pa que se le pase á usté er sofoco; y si no basta el aire, una sangría. A la taberna ó ar café, donde estén los amigos; á pagá la senita apostá; á hablá malamente de las mujeres; á contá cosas que no han pasao pa darse tono... y á comprarse unos lentes pa otra vez, que tiene usté me-

nos vista que un gato viejo. Hace ademán de irse.

ILD. ¡Pero escuche ustél...

REF. Ya he escuchao bastante.

ILD. Es que no está ni medio bien...

REF. ¿Er qué?

ILD. Tratarlo á uno con tanta finura... pa zortarle después eza rocià...

REF. Hijo mío, yo estoy por lo moderno. Y ahora, hasta las muelas se sacan sin doló. ¡De verano! Éntrase en su casa riéndose.

ILD. Furioso. ¡Mardita zea la má!... ¡Me cazo con la má!... ¡Y que una arma mía, que después e to ez una lombrí con moño, le haiga hecho este dezaire á Irdefonzo Crezpo! ¡Mardita zea la má!... ¡Me cazo con la má!... ¡Y no es que á mí me importe pagà la cena! ¡Lo malo es que tengo que aguantá las guazas de toz eyos... y que encima no pueo probá ni una pescaiya; porque cuando tengo este humó to me hace daño! ¡Mardita zea la má!... ¡Me cazo con la má!.. ¡Hay pa pegarle fuego... á la má!... Vase de estampía maldiciendo de todo lo existente.

Refugio y Antonia salen de la casa muertas de risa.

REF. Místelo, agüela, místelo; miste qué paso yeva.

ANT. Er demonio eres.

REF. Le digo á usté que se las he dao á mi satisfasión. Esta noche vi á dormí mucho mejó que é, que de seguro no pega un ojo. Cantando y bailando con alegría.

«Tengo unas calabasas
puestas al humo;
ar primero que pase
se las emplumo.»

ANT. ¡Jesús, Jesús, qué loca estás, chiquiya!

REF. Lo que estoy es deseando que venga otro.

ANT. ¿Pa qué?

REF. Pa lo mismo, si no es de mi agrado. Goso yo lo que usté no sabe echándoles la sancadiya á los hombres.

Al público.

Si le gusto á argún presente,
que me lo venga á desí,
que seré mu complasiente. .
Yo no trato malamente
más que á los tipos así.

FIN

Madrid, Febrero 1904.

ADVERTENCIA IMPORTANTE

Las empresas que pongan en escena este entremés, pagarán por derechos de propiedad la mitad de los correspondientes á una pieza en un acto.

OBRAS DE LOS MISMOS AUTORES

Esgrima y amor, juguete cómico. (2.ª edición.)
Belén, 12, principal, juguete cómico. (2.ª edición.)
Gilito, juguete cómico lírico. Música del maestro Osuna. (2.ª edición.)
La media naranja, juguete cómico. (2.ª edición.)
El tío de la flauta, juguete cómico. (2.ª edición.)
El ojito derecho, entremés. (3.ª edición.)
La reja, comedia en un acto. (4.ª edición.)
La buena sombra, sainete en tres cuadros, con música del maestro Brull. (6.ª edición.)
El peregrino, zarzuela cómica en un acto. Música del maestro Gómez Zarzuela.
La vida íntima, comedia en dos actos. (3.ª edición.)
Los borrachos, sainete en cuatro cuadros, con música del maestro Giménez. (2.ª edición.)
El chiquillo, entremés. (5.ª edición.)
Las casas de cartón, juguete cómico.
El traje de luces, sainete en tres cuadros, con música de los maestros Caballero y Hermoso.
El patio, comedia en dos actos. (3.ª edición.)
El motete, pasillo con música del maestro José Serrano. (2.ª edición.)
El estreno, zarzuela cómica en tres cuadros, con música del maestro Chapí.
Los Galeotes, comedia en cuatro actos. (3.ª edición.) Traducida al italiano con el título de *I Galeoti* por Giuseppe Paolo Pacchierotti.
La pena, drama en dos cuadros. (2.ª edición.) Traducida al italiano con el mismo título por Giuseppe Paolo Pacchierotti.
La azotea, comedia en un acto.
El género ínfimo, pasillo con música de los maestros Valverde (hijo) y Barrera.
El nido, comedia en dos actos. (2.ª edición.) Traducida al catalán con el título de *Un niu* por Joaquín María de Nadal.
Las flores, comedia en tres actos. (2.ª edición.) Traducida al italiano con el título de *I fiori* por Giuseppe Paolo Pacchierotti.
Los piropos, entremés.
El flechazo, entremés. (2.ª edición.)
El amor en el teatro, capricho literario en cinco cuadros, prólogo y epílogo.
Abanicos y panderetas ó ¡á Sevilla en el botijo! humorada satírica en tres cuadros, con música del maestro Chapí.

La dicha ajena, comedia en tres actos y un prólogo. Traducida al alemán con el título de *Das fremde Glück* por J. Gustavo Rohde.
Pepita Reyes, comedia en dos actos. (2.ª edición).
Los meritorios, pasillo.
La zahorí, entremés.
La reina mora, sainete en tres cuadros, con música del maestro José Serrano. (2.ª edición.)
Zaragatas, sainete en dos cuadros.
La zagala, comedia en cuatro actos.
La casa de García, comedia en tres actos.
La contrata, apropósito.
El amor que pasa, comedia en dos actos. Traducida al italiano con el título de *L'amore che passa* por Giuseppe Paolo Pacchierotti.
El mal de amores, sainete con música del maestro José Serrano.
El nuevo servidor, humorada.
Mañana de sol, paso de comedia. Traducido al alemán con el título de *Ein sonniger Morgen* por Mary v. Haken.
Fea y con gracia, pasillo con música del maestro Turina.
La aventura de los galeotes, adaptación escénica de un capítulo del *Quijote.*
La musa loca, comedia en tres actos.
La pitanza, entremés.
El amor en solfa, capricho literario en cuatro cuadros y un prólogo, con música de los maestros Chapí y Serrano.
Los chorros del oro, entremés.
Morritos, entremés.
Amor á oscuras, paso de comedia.
La mala sombra, sainete con música del maestro José Serrano.
El genio alegre, comedia en tres actos.
El niño prodigio, comedia en dos actos.
Nanita, nana... entremés con música del maestro José Serrano.
La zancadilla, entremés.
La bella Lucerito, entremés con música del maestro Saco del Valle.

SERAFÍN Y JOAQUÍN ÁLVAREZ QUINTERO

La bella Lucerito

ENTREMÉS

CON MÚSICA DEL MAESTRO

SACO DEL VALLE

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Núñez de Balboa, 12

1907

Copyrigth, by the authors, 1907

LA BELLA LUCERITO

Esta obra es propiedad de sus autores, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, ó se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

Los autores se reservan el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

Droits de représentation, de traduction et de reproduction réservés pour tous les pays, y compris la Suede, la Norvège et la Hollande.

LA BELLA LUCERITO

ENTREMÉS

DE

SERAFÍN Y JOAQUÍN ÁLVAREZ QUINTERO

con música del maestro

SACO DEL VALLE

Estrenado en el TEATRO DE APOLO el 10 de Abril de 1907

MADRID

VELASCO, IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.°

Teléfono número 221

1907

A Mariquita Palou

reina del garbo y del salero.

Sus admiradores y amigos,

Los Autores.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
GLORIA.....	Srta. Palou.
DOÑA FELISA.....	Sra. Vidal.
EL SEÑOR BAENA.....	Sr. Carreras.
EL MAESTRO DE BAILE....	Mihura Alvarez
PEPE EL PIANISTA.....	Rodríguez.

LA BELLA LUCERITO

Gabinete en casa de Gloria, calle de Jacometrezo, en Madrid. Una puerta al foro, otra á la izquierda del actor y un balcón en frente de esta. Muebles de diversas clases y categorías, como pagados por distintos bolsillos. En el rincón de la derecha un piano, adornado con un gran mantón de Manila. Sobre todas las sillas y butacas hay algo que impide sentarse: una caja de sombreros, dos ó tres pares de zapatos de raso, unas medias de seda, varios trajes de «cupletista», un capote de torero y una montera, un sombrero de ala ancha, un corsé, etc., etc. Se ve que en la casa reina el orden más absoluto. Es de día, á Dios gracias.

—

Aparecen Doña Felisa, el Maestro de baile y Pepe el pianista.

Doña Felisa, madre de Gloria, era conocida en su pueblo—San Juan de Aznalfarache—por la tía Gañote, pero ha mejorado de posición, gracias á la niña, y se ha plantado un doña como una casa, que le sienta lo mismo que á un Santo Cristo dos pistolas. No obstante el doña, viste á lo popular y tiene voz de hombre. El Maestro de baile, individuo ya entrado en años, y andaluz también, es una pirueta humana. Jamás adopta una postura que no esté pidiendo á voces la fotografía. Pepe, el pianista, no es más que una prolongación del asiento del piano. Cuando se le llama asoma la cabeza por detrás de este, y entonces se le ve. Si no se le llama, sólo se sabe de él porque el piano suena.

Dentro, hacia el foro, se oye ladrar á un perro con furia.

D.ª Fel. ¿Oye usté, maestro? Ya está ahí. Ya está ladrando Pito. Ya está ahí. Pero miste que ez orfato er de eze animá: yaman á la puerta unas fardas, y no ladra nunca; yaman unos carzones, y ze jace porvo ladrando.

MAES. Pos sí que tiene trabajo el animalito.

D.ª FEL. Verdá que lo tiene: desde que mi niña ze ha metío á estreya... Asomándose á la puerta del foro. ¡Cáyate, condenao! ¡Marina! ¡abre er portón, mujé, y yévate á Pito! Asomándose á la puerta de la izquierda. ¡Gloria! ¡hija mía! ¡menéate un poco, que ya está aquí eze cabayero! Vamos á vé qué pinta trae.

El perro ha dejado de ladrar. El Sr. Baena se presenta en la puerta del foro. Es un hombre de cierta edad, retocadito y no mal trajeado.

SR. B. ¿Se puede pasar?

D.ª FEL. Paze usté adelante, zeñó. Está usté en zu caza.

SR. B. Muchas gracias, señora. ¿Habrán ustedes recibido una carta mía...?

D.ª FEL. Zí, zeñó, que la hemos recibido. Y lo esperábamos á usté: como ya es la hora que usté dice en la carta... Este zeñó ez er maestro de baile.

MAES Servidó de usté. Fransisco Machuca, San Marcos veintiséis, segundo...

SR. B. Muchas gracias.

MAES. Lersiones á domisilió...

SR. B. Muchas gracias.

MAES. Presios módicos; academia en casa por las noches, menos los domingos...

SR. B. Repito las gracias. Yo no pienso aprender á bailar. Vengo aquí, á tratar con ustedes, por complacer á un amigo mío, á quien nada puedo negarle. Ha debido buscar persona más apta, porque yo, francamente, no entiendo palabra de estas cosas. Ni sé lo que es contratar á una artista del género ínfimo, ni distingo las peteneras del tango; pero, en fin, la amistad obliga...

D.ª FEL. Ziénteze usté, zeñó.

SR. B. Buscando con la vista un asiento vacío. ¿Dónde?

D.ª FEL. Es verdá, que está to ocupao. Como andamos ya de preparativos... Quita de una silla unos zapatos de raso y los pone sobre el piano. Ziénteze usté aquí.

SR. B. Gracias. ¿Y está la Bella Lucerito?

D.ª FEL. Pa zervirle.

SR. B. Levantándose del susto. ¿Es usted?

D.ª FEL. ¡Zeñó, qué disparate! Quieo decí que la niña está pa zervirle. ¿Yo cómo vi á zé la Lucerito?

SR. B. (¡En todo caso la Osa Mayor!)

D.ª FEL. Yo zoy zu madre *de eya.*

SR. B. (¡Pues por la voz parece su padre lo menos!)

D.ª FEL. Aquí zale ya.

En efecto, por la puerta de la izquierda llega Gloria, á quien hay que mirar con lentes. Parece mentira que sea hija de su madre. Viste un caprichoso traje de «cupletista», y basta verla andar para comprender que será una estrella en su género. En honor de la verdad, al amigo Baena se le corta la respiración.

GLORIA Güenas tardes. ¿Cómo sigue usté?

SR. B. Bien ¿y usted?

GLORIA Me estaba probando este vestío, y por no haserlo á usté esperá no he querío quitármelo.

SR. B. Ha hecho usted admirablemente. El vestido es precioso.

GLORIA ¿Le agrada á usté? Pos toavía le fartan dos gorpes: un laso aquí, y otro aquí, que van á quitá er flato. Y luego, miste, miste si tiene gasa... La modista se ha queao sola echando *fru-fru...*

SR. B. Yo también me quedaría solo, no crea usted...

GLORIA Le iba á dá á usté miedo. Pero ha tenío usté *ange.*

SR. B. Me alegro mucho. (¡Qué mujer, Dios de las alturas!)

GLORIA Como habrá usté reparao, vi á salí encueros. Un ojo me he gastao en ropa.

SR. B. Pues ya vale el dinero un ojo de usted.

GLORIA Así está la casa; que por toas partes hay vestíos. Yevo ensima más gasa que una decorasión de ópera. Pero, siéntese usté.

SR. B. Con permiso. ¿Y usted, no se sienta?

GLORIA ¡Digo! Y á su vera de usté.

SR. B. Dios se lo pague, Lucerito.

D.ª FEL. Enzéñale las postales á este zeñó.

GLORIA ¡Ya las habrá visto de sobra! Si no se ve otra cosa por to Madrí. Hasta en las sacristías.

SR. B. Es cierto. Y hay una de gitana que me tiene usted que firmar.

GLORIA Sí, señó: en cuantito venga mi hermaniyo se la firmo á usté.

SR. B. ¿Las guarda su hermanillo?

GLORIA No; pero es el único que sabe firmá en toa la casa.

SR. B. Ah, ya. Bueno, pues... como le indicaba á usted en mi cartita, mi amigo Don Prudencio Martorell, propietario de Barcelona, ha edificado un teatrito para explotar únicamente el género que usted cultiva.

GLORIA Que pienso curtivá; porque toavía no he sacudío er porvo de ningún tablao.

SR. B. Cabalmente eso es lo que pretende mi amigo: que empiece usted allí. Ha visto las postales de usted, que son estupendas, se ha vuelto loco... y me ha encargado á mí que la contrate sin pérdida de tiempo.

GLORIA ¿Usté cómo se yama?

SR. B. Ezequiel Baena.

GLORIA Pos miste, señó Baena, vi á hablarle á usté clarito: como á mí me gusta er chocolate. Yo estoy metiendo mucha buya antes de debutá; *y* yo, puesta en este camino, no sargo á un tablao á *tragá viruta*, sino á darle ar público *lo suyo:* Er público de Barselona disen que tiene *guasa;* vamos, que tiene *arate;* que *se las trae* con las artistas que yegan de Madrí; ¿usté me comprende? Y á mí aquer público, por er carté que ya me he formao, me va á resibí con *lo suyo*; y yo, naturarmente, voy con *lo mío.* Escuche usté: yevo una dansa mora, que tiene *lo suyo*; y una *farruca*, que tiene *lo suyo*; y un *cake-vá...* que tiene *lo suyo*; y cuatro tangos... que tienen *lo suyo*; y un bolero, que tiene *lo suyo.* Y yo, á tos esos bailes, ¿usté me comprende? les doy *lo mío;* porque á los bailes—y aquí está er maestro —una tiene que darles *lo suyo;* y la cosa está en tené *ange* ó en no tené *ange.* Y á mí me parese que yo tengo *ange*, y que por eso á los bailes les doy *lo mío.* Y la que no tenga *lo suyo* pa los bailes, que no sarga á bailá,

porque va á tragá mucha *viruta*. Por eso yo, ó sargo á darle ar público *lo suyo*, pa que er público me dé *lo mío*, ó me queo en mi casa con *lo mío*, pa que er público no me dé *lo suyo*. ¿Qué le parese á usté?

SR. B. ¡Que estoy encantado con *lo suyo* y *lo mío!*

D.ª FEL. ¡Hija de mi arma!

MAES. Aquí la señorita se ha explicao perfetamente.

SR. B. *¡Perfetamente!*

MAES. ¡O como se diga! A los bailes, la artista nesesita darles...

SR. B. *¡Lo suyo; lo suyo!* ¡Si no hay otra palabra!

MAES. Eso es; sí, señó.

GLORIA Levantándose. Un poné, pa que usté se entere. Rosa la Claveyina, que me paese que tiene carté, hase así la salia der tango. Da unos pasos imitando á la otra. Pa mí eso tiene *guasa*.

SR. B. Tiene *guasa*.

GLORIA Elisa Campo, la Torrente, sale así... La imita.

SR. B. ¡Pues también tiene *guasa!*

GLORIA ¿Verdá que tiene *guasa?* Atienda usté ahora á mi salia. Tacatac, tacatac, tacatac...

MAES. ¡No, no! Marcándolo él con verdadero lujo de tacones. Tacatac, tac tac, tacatac, tac tac...

GLORIA Es verdá: me había yo confundío. ¡Yeva una tantos pasos en la cabesa! ¿Usté ve? Tacatac, tac tac, tacatac, tac tac...

SR. B. «¡Vaya cardo!» ¡Eso es salir de tango y lo demás es música!

GLORIA ¿De veras le ha gustao á usté?

D.ª FEL. ¡Déjame que te beze, hija mía! ¡Lo que gozaría tu primer padre, si viviera!

SR. B. ¿Cómo su primer padre? ¿Tiene dos?

D.ª FEL. ¡Mi primer marío, he querío decí!

SR. B. ¿Es hija de su primer marido?

D.ª FEL. No, zeñó; ez hija der zegundo; pero ar primero le gustaba mucho er baile.

SR. B. Ya.

GLORIA Pos güeno, señó... ¿Cómo ha dicho usté que se yama?

SR. B. Baena.

GLORIA Pos güeno, Baena: lo mismo me pasa con to. ¿Usté ve er *garrotín?* Ar *garrotín* también le doy *lo mío*.

SR. B. ¿Quién es el *Garrotín?*

GLORIA Er *garrotín* es otro baile.

SR. B. ¡Ah! Me había parecido un banderillero.

GLORIA Riéndose. Hombre, eso tiene *ange*. ¿Verdá que ha tenío *ange*, mamá? Al Maestro. Ha tenío *ange*.

MAES. Sí que ha tenío *ange*.

SR. B. Muchas gracias.

GLORIA Sin grasias: la pura. Ha tenío usté *ange*. Hay quien tiene *ange* y quien no tiene *ange*, como hay quien tiene *pata* y quien no tiene *pata*. Y usté tiene *ange*.

SR. B. Pues nunca me lo han dicho en la oficina.

MAES. Aquí la señorita se ha explicao perfetamente. Eya ha querío desí que usté... vamos, que usté tiene *ange*.

SR. B. Eso es lo que ha querido decir y lo que ha dicho.

D.ª FEL. A mí ze me figura, niña, que pa que este zeñó ze haga una idea de to tu trabajo, le debes cantá arguna coza y le debes bailá arguna coza.

GLORIA Ahora mismo. ¿Usté trae mucha prisa?

SR. B. ¡Ninguna!

GLORIA Pos verá usté: le vi á cantá á usté unos *cuplés* que me han dedicao, que pa mí que tienen *lo suyo;* y le vi á bailá á usté uno de mis bailes, er *porvorín*, que me gusta mucho bailarlo, porque le doy *lo mío*.

SR. B. ¡Vamos allá!

GLORIA Vi á hasé salía, pa que la ilusión sea completa. Se pone un mantón de Manila y un sombrero ancho. Pepe.

PEPE Asomando la cabeza por cima del piano. ¿Eh?

SR. B. (¡Corcho! ¡Había ahí detrás un hombre! ¡Me luzco si hablo mal de los pianistas!)

GLORIA Toca primero er paso doble de la Canela y luego mis *cuplés*.

SR. B. ¡Vamos, vamos allá!

Música

La bella Lucerito, al son del indicado paso doble, da varias vueltas por la escena, arrogante y graciosa. Al señor Baena se le van los pies detrás de ella.

MAES. ¿Eh? ¿Hay trapío? ¿Hay *clase?*

D.ª FEL. ¡Hija de mi arma!

SR. B. (¡Yo voy á Barcelona al debut!)

Deja Gloria mantón y sombrero y canta los siguientes «couplets»:

GLORIA Entérese usté, señó Baena.

SR. B. Ya, ya me voy enterando, Lucerito.

GLORIA Cantando.

En un sitio que no es para dicho,
tengo yo mu rebién señalá
una fresa que fué de un capricho...
de un capricho que tuvo mamá.
Y un paisano vino ayé
y me dijo en andalú:
—Que la fresa me enseñe usté;
¡se lo pío por su salú!
Y le dije yo
ar paisano cansada de oirlo:
—No le enseño la fresa yo ..
porque no...
porque no...
porque no...
¡Lo demás no puedo desirlo,
que me murta er gobernadó!

D.ª FEL. ¿Qué ta? ¿Qué tá?

SR. B. ¡Que la contrato en blanco, señora!

GLORIA Volviendo á cantar.

En un pueblo rabiaban dos novios
por casarse cuanto antes mejó,
y á un San Roque abogao de bodas
le ofresieron yevarle un faró.
Lo corgaron con gran fé
ensendido ante el artá,
y juntitos delante de é
se abrasaban para rogá.
Y ya tanto dió
la pareja *rogando* to er día,
que er San Roque se sofocó,
se indirnó,
se quemó,
se atufó,
¡y en cuantito á los novios vía
le pegaba un soplo ar faró!

Cesa la música.

SR. B. ¡Bravo! ¡bravo! ¡Va usted á causar una revolución donde quiera que llegue! ¡Contratada desde este momento!

GLORIA ¡Pos toavía no me ha visto usté bailá!

SR. B. ¡No importa! ¡Contratada! ¡Vengan las condiciones!

D.ª FEL ¿Tú estás oyendo, niña?

MAES. ¡Como que es una arquisisión!

SR. B. ¡Pero una *arquisisión!*

MAES. ¡O como se diga!

SR. B. ¡Condiciones, vengan las condiciones!

GLORIA Contrato por un mes; dos mil reales de antisipo; viaje de ida y güerta en primera y con *lipin* pa mi madre y pa mí; perrera pa er perro, y quinse *machacantes* diarios.

SR. B. ¿Quince *machacantes?*

GLORIA Sí, señó; ni uno menos.

D.ª FEL ¿Es mucho, quizá?

SR. B. ¡No, señora!

D.ª FEL. ¡Como ze extraña usté!

SR. B ¡Porque no sé lo que son quince *machacantes!*

MAES. Pos quinse *machacantes*, señó Baena, son quinse *chulés.*

SR. B. Ahora ya está más claro.

GLORIA ¡Quinse duros, hablando en españó!

SR. B. ¡Ah! ¿Quince duros son quince *machacantes?* Es machacar á un empresario, ¡caramba!

GLORIA La Beya Luserito no se mueve de su casa por menos.

SR. B. Y está en su derecho la Bella Lucerito.

D.ª FEL. ¡Que te vea, que te vea bailá!

SR. B. ¡Sí, sí, baile usted! ¡Desde luego queda usted contratada, pero baile usted! (¡Yo me gasto con esta mujer todos mis ahorros!) Coge entusiasmado el corsé que hay sobre una silla y lo oprime contra su pecho. ¡Ay, Bella Lucerito!

GLORIA ¡Josú! ¿Que hase usté?

SR. B. ¡Demostrarle á usted todos los *machacantes* que vale!

Risas.

GLORIA Mamá, por Dios, yévate tu corsé, que siempre está rodando.

SR. B. Perplejo. Ah, ¿pero el corsé es de usted, señora?

D.ª FEL. Y de usté.

SR. B. ¡Yo no lo quiero para nada! ¡Venga, venga ese baile!

GLORIA Ahora mismo. Pepe.

PEPE ¿Eh?

SR. B. (¡Corcho! ¡qué sustos me da Pepe! ¡Siempre se me olvida que está ahí!) Al Maestro. (Oiga usted: ¿es de cuerpo entero el pianista?)

GLORIA Toca er *porvorín*. Haserse tos pa un lao, pa dejarme sitio.

SR. B. ¡Lo que usted quiera, salerosa! Vamos á ver ese *polvorín*.

Baila Gloria al son del piano entre los comentarios del señor Baena y de su madre, y las indicaciones profesionales del Maestro.

MAES. Salida. Grasia. Sonrisa.

SR. B. Le da, le da *lo suyo*.

MAES. Caderita.

SR. B. Eso; caderita.

MAES. Más caderita.

SR. B. ¡Más caderita!

D.ª FEL. ¡Ay qué cuerpo! ¡qué cuerpo!

MAES. Sortura. Su mijita de *aqué*.

SR. B. ¡Ole! ¡ole!

MAES. Grasia. Alegría. *Saracatepeque*. Su gorpesito de *gurugú*.

SR. B. ¡No respondo de las butacas de orquesta!

D.ª FEL. ¡Hija de mi arma!

Acaba el baile.

SR. B. Aplaudiendo con frenesí. ¡Bravo! ¡bravísimo! ¡Permítame usted que la abrace! ¡Es usted una estrella! ¡Quince *machacantes* es poco!

MAES. ¿Ha visto usté? ¿Ha visto usté qué brasos?

SR. B. Me he fijado más en las piernas; pero en fin... he visto los brazos. He visto los brazos... y he visto un porvenir de rosa... y he visto también... Cantando.

Lo demás no puedo desirlo,
que me murta er gobernadó.

GLORIA ¡Ja, ja, ja! Este hombre tiene *ange*.

D.ª FEL. Tiene *ange*.

SR. B. ¿Y quien no tiene *ange* al lado de usted? Señora, la felicito á usted por este pimpollo.

D.ª FEL. Muchas gracias.

SR. B. Maestro, lo felicito á usted por esta discípula.

MAES. Se aserta con gusto.

SR. B. Y á usted... ¡Bueno, á usted la acompaño yo á Barcelona! ¡Yo veo el debut! Hasta luego. Despídanme ustedes del pianista.

GLORIA Pero ¿se va usté ya?

SR. B. Sí, señora.

GLORIA ¿A dónde?

SR. B. A teléfonos. A ponerle un telefonema al empresario, que va á decir poco más ó menos: «Vista Lucerito. Adquisición. Contrato firmado. Tiene *lo suyo*. Tengo *lo mío*. Quince *machacantes*. Lleva un *polvorín*. *Díguili qui vingui*. Baena.» Buenas tardes. Vase por la puerta del foro.

GLORIA ¡Vaya usté con Dios!

D.a FEL. ¡Ya nos traerá usté la razón que haya!

GLORIA ¡Ya sabe usté dónde tiene su casa y una amiga!

D.a FEL. ¡Hija de mi corazón! ¡Hija de mi zangre! ¡Ven aquí, que te achuche!

GLORIA ¡Josú! ¡Josú! ¡Qué alegría! ¡Miste que quinse duros!

MAES. Hay pa está contenta.

GLORIA ¿Pero gustaré? ¿gustaré?

D.a FEL. ¿No has visto como va eze hombre?

GLORIA ¿Me entenderán los catalanes?

MAES. ¿Pos no la han de entendé, criatura, si usté con las piernas habla er *volapuke*?

D.a FEL. Y zi quiés zalí más pronto de dudas, pregúntazelo á estos señores.

GLORIA Es verdá. Al público.

¿Tengo yo grasia y trapío?
¿Canto y bailo con sentío?
¿Atorruyo ó no atorruyo?
¿Le doy al arte *lo mío*?
¡Pos dénme ustedes *lo suyo*!

FIN

Madrid, Marzo 1907.

ADVERTENCIA IMPORTANTE

Las empresas que pongan en escena este entremés, pagarán por derechos de propiedad la mitad de los correspondientes á una zarzuela en un acto.

OBRAS DE LOS MISMOS AUTORES

Esgrima y amor, juguete cómico. (2.ª edición.)
Belén, 12, principal, juguete cómico. (2.ª edición.)
Gilito, juguete cómico lírico. Música del maestro Osuna. (2.ª edición.)
La media naranja, juguete cómico. (2.ª edición.)
El tío de la flauta, juguete cómico. (2.ª edición.)
El ojito derecho, entremés. (3.ª edición.)
La reja, comedia en un acto. (4.ª edición.)
La buena sombra, sainete en tres cuadros, con música del maestro Brull. (6.ª edición.)
El peregrino, zarzuela cómica en un acto. Música del maestro Gómez Zarzuela.
La vida íntima, comedia en dos actos. (3.ª edición.)
Los borrachos, sainete en cuatro cuadros, con música del maestro Giménez. (2.ª edición.)
El chiquillo, entremés. (5.ª edición.)
Las casas de cartón, juguete cómico.
El traje de luces, sainete en tres cuadros, con música de los maestros Caballero y Hermoso.
El patio, comedia en dos actos. (3.ª edición.)
El motete, pasillo con música del maestro José Serrano. (2.ª edición.)
El estreno, zarzuela cómica en tres cuadros, con música del maestro Chapí.
Los Galeotes, comedia en cuatro actos. (3.ª edición.) Traducida al italiano con el título de *I Galeoti* por Giuseppe Paolo Pacchierotti.
La pena, drama en dos cuadros. (2.ª edición.) Traducida al italiano con el mismo título por Giuseppe Paolo Pacchierotti.
La azotea, comedia en un acto.
El género ínfimo, pasillo con música de los maestros Valverde (hijo) y Barrera.
El nido, comedia en dos actos. (2.ª edición.) Traducida al catalán con el título de *Un niu* por Joaquín María de Nadal.
Las flores, comedia en tres actos. (2.ª edición.) Traducida al italiano con el título de *I fiori* por Giuseppe Paolo Pacchierotti.
Los piropos, entremés.
El flechazo, entremés. (2.ª edición.)
El amor en el teatro, capricho literario en cinco cuadros, prólogo y epílogo.
Abanicos y panderetas ó ¡A Sevilla en el botijo! humorada satírica en tres cuadros, con música del maestro Chapí.

La dicha ajena, comedia en tres actos y un prólogo. Traducida al alemán con el título de *Das fremde Glück* por J. Gustavo Rohde.

Pepita Reyes, comedia en dos actos. (2.ª edición).

Los meritorios, pasillo.

La zahorí, entremés.

La reina mora, sainete en tres cuadros, con música del maestro José Serrano. (2.ª edición.)

Zaragatas, sainete en dos cuadros.

La zagala, comedia en cuatro actos

La casa de García, comedia en tres actos.

La contrata, apropósito.

El amor que pasa, comedia en dos actos. Traducida al italiano con el título de *L'amore che passa* por Giuseppe Paolo Pacchierotti.

El mal de amores, sainete con música del maestro José Serrano.

El nuevo servidor, humorada.

Mañana de sol, paso de comedia. Traducido al alemán con el título de *Ein sonniger Morgen* por Mary v. Haken.

Fea y con gracia, pasillo con música del maestro Turina.

La aventura de los galeotes, adaptación escénica de un capítulo del *Quijote*.

La musa loca, comedia en tres actos.

La pitanza, entremés.

El amor en solfa, capricho literario en cuatro cuadros y un prólogo, con música de los maestros Chapí y Serrano.

Los chorros del oro, entremés.

Morritos, entremés.

Amor á oscuras, paso de comedia.

La mala sombra, sainete con música del maestro José Serrano.

El genio alegre, comedia en tres actos.

El niño prodigio, comedia en dos actos.

Nanita, nana... entremés con música del maestro José Serrano.

La zancadilla, entremés.

La bella Lucerito, entremés con música del maestro Saco del Valle.

SERAFÍN Y JOAQUÍN ÁLVAREZ QUINTERO

La patria chica

ZARZUELA EN UN ACTO

MÚSICA DE

RUPERTO CHAPÍ

SEGUNDA EDICIÓN

MADRID
IBERIA

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Núñez de Balboa, 12

1910

Copyright, 1907,
by S. y J. Álvarez Quintero.

LA PATRIA CHICA

Esta obra es propiedad de sus autores, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, ó se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

Los autores se reservan el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Droits de représentation, de traduction et de reproduction réservés pour tous les pays, y compris la Suède, la Norvege et la Hôllande.

Queda hecho el depósito que marca la ley

LA PATRIA CHICA

ZARZUELA EN UN ACTO

DE

SERAFÍN Y JOAQUÍN ÁLVAREZ QUINTERO

MÚSICA DE

RUPERTO CHAPÍ

Estrenada en el TEATRO DE LA ZARZUELA el 15 de Octubre de 1907

SEGUNDA EDICIÓN

MADRID

C. VELASCO, IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.°

Teléfono número 551

1910

AL INSIGNE PINTOR

Don José Villegas

sevillano nato y español neto, que honra á su patria.

Los Autores.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
PASTORA	Joaquina del Pino.
MARÍA PILAR	Pilar Pérez.
SEÑÁ MANUELA	Irene Alba.
CONCHITA	Paz Calzado.
JOSÉ LUIS	Juan Gil Rey.
MARIANO	Francisco Meana.
MISTER BLAY	Carlos Rufart.
ESPAÑITA	Antonio González.
CARRANQUE	Felipe Agulló.
GREGORIO	Ricardo Güell.
ANSÚREZ	Rafael Díaz.
MEDINA	Carlos Tojedo.

El canto de *José Luis* con que principiaba esta zarzuela, y que fué escrito sólo en atención á circunstancias especiales de reparto, queda suprimido.—N. DE LOS AA.

LA PATRIA CHICA

Estudio en Paris de José Luís Romero, pintor español. A la derecha del actor la puerta de entrada. Ante ella un biombo desplegado. A la izquierda una puertecilla con cortina que da á una habitacion. Al foro dos ventanas grandes, sin reja, por las cuales se ve un jardincillo alegre.—Como el estudio es pobre no hay nada en él que valga dinero. La mayor riqueza está en los cuadros y bocetos de José Luis y de algunos colegas que hay por todas partes, colgados unos, y otros arrimados á la pared en el suelo. Dos ó tres figuras y bustos de yeso, varias armas, una tarima, y sobre ella un maniquí con una chaquetilla de luces, etc , etc. Diversidad de bancos y sillas.

—

JOSÉ LUIS, mozo simpático, pinta entusiasmado en un gran lienzo que representa una figura de mujer andaluza, de tamaño natural, envuelto el cuerpo en vistoso mantón de Manila. Colocado en un maniquí análogo al que hay en la tarima, esta el mantón que le ha servido de modelo.

Preséntase en la puerta de entrada ESPAÑITA, viejecillo andaluz alegre y animoso.

Españita. ¿Se puede?

José Luis. ¿Quién? ¡Adelante, Españita!

Españita. Dios guarde á usté, don José Luis.

José Luis. Ven acá. A ver qué te parece esto.

Españita. ¿Lo acabó usté ya?

José Luis. Ahora mismo.

Españita. Admirando el cuadro. ¡Presioso! ¡presioso!

José Luis. ¿De veras te gusta?

Españita. Usté va á haserse rico en París. Se lo dise á usté un modelo viejo. Ese fleco está pintao de mano maestra.

José Luis. ¿Y la cara? ¿Qué dices de la cara?

Españita. Que yo no he conosío á esta mujé, pero que debe de está hablando.

José Luis. ¡Hablando está! No es pasión de artista. Es que Dios ha dicho vas á acertar, y he acertado en firme. Te aseguro, Españita, que nunca soñé que pintando á esta mujer de memoria pudiera salirme tan parecida.

Españita. Sí que es milagroso de veras. ¿Lo ha visto mister Blay?

José Luis. Todavía no. Luego he quedado en ir por él para que venga á verlo. ¡No te digo nada cuando lo vea! ¡El está que sueña con el cuadro!...

Españita. ¿Se lo pagará á usté á peso de oro?

José Luis. Según lo encuentre. A mí me ha dicho que si acierto con lo que él lleva en la imaginación, me entierra en libras esterlinas de pie.

Españita. ¡Ja, ja! Y es muy capaz de haserlo.

Asoma CARRANQUE en la ventana de la derecha del foro. Es un joven pálido y triste, que fuma en pipa. Habla con afectado desdén de las cosas. Viste con desaliño.

Carranque. Hola, José Luis.

José Luis. Hola, Carranque. Pasa.

Carranque. No estoy de humor.

Españita. Espantárame yo, don Manué.

Carranque. Adiós, Españita.

José Luis. ¿Trabajas mucho?

Carranque. Nada. ¿Para qué? No creo en el trabajo.

José Luis. ¿Has heredado á alguien?

Carranque. Tampoco creo en las herencias, muchacho. Me meto en mi estudio, á zambullirme estúpi-

damente en mi pereza. Huyo de ese nauseabundo París, que me ataca los nervios. Con asco. ¡Bah!

José Luis. Te compadezco, chico. Lo que es así vas á entregarla pronto.

Carranque. Sería una solución. Pero tampoco creo en la muerte.

Españita. Ah, pues no tenga usté duda: se muere la gente por ahí.

Carranque. Oye una cosa, tú, flor de optimismo.

José Luis. ¿Qué quieres?

Carranque. Mira cómo estudias una parada.

José Luis. ¿Es que vas á pedirme dinero?

Carranque. ¡Nunca! No creo en el dinero. ¡Bah!

Españita. ¡Claro! Pa creé en siertas cosas hay que conoserlas.

Carranque. Te decía lo de la parada, porque ahí fuera disputan con *madame la concierge* tres españoles que se me figura que quieren saludarte de modo expresivo.

José Luis. Con sorpresa. ¿Tres españoles?

Carranque. Un español y dos españolas. Él viste de baturro. En ellas no he parado mientes. Porque son guapas, ¿sabes? pero con aquella belleza tosca, ordinaria, de nuestras pobrecitas compatriotas.

Españita. A José Luis. (¡Tírele usté argo!)

José Luis. Pero hombre, ¿cómo no te has detenido á ver qué querían? Estoy por salir yo.

Carranque. Haz lo que te plazca. Yo me he venido huyendo. ¡Bah! Los españoles me molestan en casa y fuera de casa.

Españita. ¿De qué pueblo es usté, don Manué?

Carranque. De un pueblo *de cuyo nombre no quiero acordarme.* Y siento haber citado el *Quijote;* ese libraco soporífero. Un pueblo de la España negra, triste, inquisitorial... ¡Qué país! ¡No se come más que cocido! ¡Bah! Hasta luego. Me voy á mi torre de marfil. Hasta luego.

Vase.

José Luis. Adiós, hombre, adiós. A Españita. ¿Qué te parece?

Españita. Que no le vendría mal argunos días, en la torresita de marfí, un poquito de cosido de ese que se come en España.

José Luis. Es un majadero forrado de lo mismo. ¿Y quiénes serán esos compatriotas?... Dos mujeres... un aragonés... Me sorprende mucho.

Españita. Pues va usté á salí muy pronto de dudas. Porque creo que ya están ahí. ¿No oye usté?

José Luis. En efecto; aquí llegan.

Pastora. Dentro, llamando á la puerta. ¿Se pué pasá?

José Luis. Adelante.

Pastora. Después de abrir la puerta, sin asomar aún. ¿Hay permiso?

José Luis. ¡Adelante, adelante!

Salen PASTORA, MARÍA PILAR y MARIANO. Pastora es andaluza y María Pilar y Mariano aragoneses. Visten pobremente los trajes peculiares del pueblo en sus respectivas regiones.

José Luis. Sorprendidísimo. ¡Pastora! ¿Tú?

Pastora. Yo misma, don José. Dichosos los ojos que lo están viendo.

Se estrechan las manos con efusión.

José Luis. Pero, muchacha, ¿tú en París?

Pastora. Suspirando. Yo en Parí, por mi mala fortuna.

Mariano. Güenos días á to esto, siñor artista.

María Pilar. Güenos días.

José Luis. Felices. Siéntense ustedes donde quieran. Esta es su casa. Basta que vengan con Pastora y que sean españoles.

Mariano. Se estima.

María Pilar. Falta que nos hace. Yo estoy rindida. Se sienta.

Pastora. Lo mismo. Yo también. ¡Ay, qué tres días yevamos!

José Luis. Sentándosele junto. Ahora me contarás, mujer. Porque te aseguro que lo que menos esperaba era verte aquí. ¡Vaya, vaya con mi primer modelo! Estás más guapa cada día. A Mariano. ¿Usted no se sienta?

Mariano. Sí, siñor; pero antes va usté á consentime que le dé un abrazo.

José Luis. Levantándose á ello. ¡Ahora mismo!

Mariano. Dios se lo pague: y apriete usté como si fuera de la familia.

José Luis. ¡Compadre, usted es el que aprieta como si yo no fuera de la suya!

Mariano. Perdóneme usté. Es que lo hi cogido con ganas. ¡Gracias á Dios que nos pone en sitio donde nos entiendan lo que hablemos!

Se sientan los dos.

María Pilar. Sí que es antipática esta tierra: ¡hasta los letreros de las calles están en francés!

Mariano. Si eso sucediera en España, ya nos criticarían, ya.

José Luis. Yo, cuando vine, pasé también los grandes apuros.

Pastora. Don José de mi arma, ¡qué angustia de idioma! ¿Querrá usté creé que á mí ni los loros me entienden? ¡Miste que enseñarles fransés á los loros!

José Luis. Bueno, bueno, vamos á ver: ¿qué viento te ha traído por París?

María Pilar. Viento de tronada, siñor. Nunca hubiera soplao.

Pastora. A Parí me ha traío mi mala fortuna, como ya le he dicho á usté antes, y los consejos de más de cuatro que me yenaron de humo la cabesa. Usté sabe que yo, viendo que de modelo no se come, me metí á cantaora. Armé un arboroto, eso sí; pero el arboroto fué mi perdisión. Porque empesó to er mundo á desirme: «No seas tonta y vete á Parí. Tu suerte está en Parí.» Y dale con Parí. Y torna con Parí. Y tanto hablaron,

que me vine á Parí. Y ya estoy en Parí... y mardita la grasia que me hase á mí Parí.

María Pilar. Ni á ti ni á nadie.

Mariano. ¡Condenao París! ¡Qué malamente nos ha recibido!

María Pilar. ¡Cuándo lo perderemos de vista!

Pastora. ¡Cuándo querrá Dios! ¡Ay, er día que yo sarga de Parí, vi á sortá un suspiro como pa hinchá un globo!

Mariano. ¡Malhaya París! A Españita. ¿Usté no será de París?

Españita. No, señó; no soy de París.

Mariano. ¡Porque se había lucido!

Españita. Con júbilo. Yo soy españó, como ustedes. Paisano de esta señorita tan guapa.

Pastora. ¡Ole! En la manera de escucharme había yo conosío que era usté andaluz ¿Es usté der Puerto?

Españita. No, señora, que soy der mismo Cadi. Der barrio e la Viña.

Pastora. Yo soy de Málaga: perchelera.

José Luis. Pues nos juntamos aquí tres andaluces; que yo, aunque no lo parezca, también nací por allá abajo.

Pastora. Ya lo sé.

Españita. Me casé con una fransesa, y por eso me he quedao aquí. Las mujeres tiran más que uno.

Mariano. Entonces... disimule usté lo que se ha hablao. Aunque de las mujeres francesas na malo himos dicho.

Españita. De la mía puén ustés desí lo que se les antoje.

Mariano. ¿Está usté separao?

Españita. ¡Ojalá!

María Pilar. ¿Es también de las que al recogerse las sayas enseñan las piernas?

Españita. ¡También! ¡Pero más valía que no las en-

señara! Risas. Por desgrasia, mi mujé no podría serví de modelo, como yo sirvo.

Pastora. ¿Sirve usté de modelo?

Españita. Sí, señora. Elegí este ofisio, porque tan pronto me veo de rey, como de fraile, como de torero, como de majo... ¡y to sin moverme! ¿Se pué dudá de que yo sea españó?

Nuevas risas.

José Luis. Bueno, Pastorilla, cuéntame ya cuál es tu desgracia y la de tus amigos, por si de algo puedo yo servir.

Pastora. Cuéntalo tú, María Pilá.

María Pilar. Lo que nos ocurre, siñor, es que un impresario sinvergüenza nos sacó de España con engaños, y nos trajo á París en compañía de unos cuantos artistas más. Mi hermano aquí presente y yo, cantamos jotas. En vez de llevarnos al teatro que habíamos convinido, nos llevó á una barraca que está allí donde Cristo dió las tres voces y no lo oyeron. Fracasó el negocio—claro es,—y lo pior de to es que el muy granuja se escapó con una bailadora, se llevó mucha de nuestra ropa, y nos dejó en esta Babel sin más amparo que el que nos quiera llover de allá arriba. Pero se conoce que los santos aquí también son franceses, y por más que les pidimos cosas, como se las pidimos en español no nos entienden y no nos hacen caso. ¡Ya podían tener un interpretico allá arriba, ya!

Pastora. Van dos ó tres días que de milagro dormimos bajo techao y comemos caliente. En er Consulao de España, como son tantos á pedí, no sabemos lo que podrán hasé. Y nuestra situasión no armite espera. Anoche vagábamos desesperaos por esas cayes, y quiso la casualidá que me encontrara á aquer muchacho seviyano, también pintó, que usté me presentó en Madrí.

José Luis. Ah, sí: Molina.

Pastora. Molina. Pero er pobre Molina está tan pegaíto á la paré que no lo despegan ni con agua caliente. No pudo darme na. Me dijo que usté vivía aquí y que usté quisá pudiera socorrernos. Y apenas salió er só echamos pa acá. Ahí en un banco de esa plasa que hay a la güerta, se han quedao esperándonos los compañeros. Por lo que usté más quiera, don José, si usté no tiene, discurra usté argo: mándenos usté á España Yo le dejo á usté que me dé un beso, y si usté me deja á mí, se lo yevo a su madre. ¡Mándenos usté á España!

Silencio.

José Luis. ¿Dónde dices que se han quedado los otros compañeros?

Pastora. Ahí... en la plasa esa... der palasio ese... de la estatua esa.

Nuevo silencio. La andaluza y los aragoneses esperan con gran ansiedad á que hable José Luis.

José Luis. Pues, hija, si valieran deseos, esta misma tarde se iban ustedes para España. Pero, la verdad, aunque he venido aquí á hacerme rico... todavía no he conseguido sino mal comer, trabajando mucho. Ando por el estilo de Molina. Españita lo sabe. Y tú me conoces de sobra. Lo que yo tuviera sería tuyo; de ustedes; pero no tengo un cuarto.

Gran abatimiento.

Pastora. ¡Ay, madresita mía der Carmen!

Mariano. ¡Toas las puertas se cierran!

María Pilar. ¿Qué ti hemos hecho, Virgen del Pilar?

José Luis. Abriendo camino á la esperanza. Ahora...

Pastora. ¿Ahora, qué?

José Luis. Hay un rayo de luz todavía.

Españita. ¡Hay más que un rayo: ya sé yo por donde va usté!

Pastora. ¿Por dónde?

José Luis. Vuelve la cara y mira el cuadro ese.

Se levantan todos.

Pastora. Asombrada, mirándolo. ¡Jesús, Dios mío! ¡Qué retebién está!

José Luis. ¿La conoces?

Pastora. ¡Digo! ¿No la he de conosé? ¡Esta es Merseditas la Caramela!

José Luis. Loco de alegría. ¡La Caramela! ¡Justamente!

Pastora. ¡Si se sale! ¡Si es estarla viendo! ¡Qué mujé más bonita ha sío siempre!

José Luis. ¡Déjame que te abrace, Pastora! ¡No necesito escuchar más! ¡Déjame que te abrace! ¡Vengan esas manos, simpáticos aragoneses! ¡Choca, Españita, choca tú también!

Pastora. Pero ¿qué le susede á usté?

Mariano. Pero ¿qué le pasa?

José Luis. Lo más grande, lo mejor que puede pasarle á un artista. ¡Que soy creador: que le doy alma á una criatura con mis pinceles! Oigan ustedes la historia de este cuadro.

Pastora. Hable usté, por los ojos de su cara.

José Luis. Hay en París un extranjero, mister Blay, hombre extraordinario, rarísimo, con más oro que pesa y que tiene gran pasión por las cosas de nuestra tierra. En prueba de ello, el castellano lo habla como tú y como yo. Bueno, pues este mister Blay—estoy nervioso de alegría, estoy fuera de mí,—conoció en Granada una noche á la Caramela. El es hombre de pasiones ardientes, y se enamoró de ella como un mahometano. La chiquilla por supuesto lo merecía: estaba hecha un capullo de rosa. Al día siguiente de conocerla, desatentado, ciego, la buscó para ofrecerle su fortuna, su mano, su vida entera... ¡qué sé yo! Pero Mercedes había desaparecido no sabemos con quién, y esta es la hora en que nuestro hombre no ha vuelto á encontrarla viva ni muerta.

Pastora. En Méjico disen que está, con Paco er melonero.

José Luis. Eso dicen, pero vaya usted á averiguarlo. El hecho es que mister Blay, charlando conmigo una tarde, se enteró con asombro de que yo fuí gran amigo de Mercedes, y me dijo así: «Yo lo entierro á usted de pie en libras esterlinas—que son monedas de cinco duros,—si me pinta un buen retrato de aquella mujer.» ¡Y aquí está el retrato! ¡Y tú la has reconocido apenas has vuelto los ojos! Excuso decirte que se me figura estar ya tocando las libras esterlinas. Y excuso decirte también que las primeras que coja en mis manos irán á las de ustedes para que se vuelvan á España y dejen de sufrir.

La alegría del artista se ha ido comunicando á sus oyentes.

Pastora. ¡Ay, don José de mi corasón! ¡Lo que acaba usté de desirnos! ¡Vaya usté corriendo por ese inglés!

José Luis. Sí que voy á ir, no te creas.

Mariano. Y risulte lo que risulte, Dios le pague á usté su intinción.

María Pilar. Y permítame usté á mí que le bese la mano con que ha hecho esa pintura.

José Luis. ¡Mujer!

María Pilar. Tengo en España un hijico que se me está muriendo; y si gracias á usté llego á tiempo de verlo vivo, pa mí que se me salva, siñor artista; que de otros males piores lo ha sacao su madre. Permítame usté que le bese la mano.

José Luis. ¡Bah! ¡bah! ¡No hay que pensar en cosas tristes! ¡Hoy ya es todo de color de rosa!

Mariano. ¡Sí, siñor; dice usté muy bien! ¡Paice que semos otros!

María Pilar. ¡Y semos otros! ¡Y ahora mismo voy á llevales la noticia á los compañeros!

José Luis. ¡Y que con usted se vengan aquí!

Españita. ¡Eso! ¡eso! ¡Que se vengan aquí!

Pastora. ¡Bendita sea la madre que lo trajo á usté ar mundo, don José Luis! ¡Pinta usté mejó que Muriyo

y es usté más güeno que tos los santos que pintó Muriyo! ¿Fos no estoy yorando de alegría?

Españita. ¡Si estoy yorando yo, señora! ¡Viva la República!

Mariano. ¡A ver si vamos á la cárcel!

Españita. ¡Ca, hombre! ¡Aquí se pué grità eso á toas horas! Por gritarlo una vez na más en España yevo yo en Fransia cuarenta y sinco años.

Muchas risas.

José Luis. Españita, el momento lo merece y lo pide: ¡cántanos tu canción española!

Mariano. ¿Qué canción es esa?

Españita. Una que yo he sacao pa consolarme der destierro y der matrimonio, y que canto tos los días cuando me levanto y cuando me acuesto... y cuando peleo con mi mujé. Van ustés á oirla.

Mariano. ¡Venga, venga!

Se sientan todos á escuchar á Españita.

Música

Españita, poseído de gran entusiasmo, y con todo el aire gallardo y calavera que sus flojas piernas le permiten, da un par de pasecs, admirado por todos. Luego rompe á cantar.

Españita. Yo soy españó:
yo soy de la tierra dichosa
der vino y der só.

—

Para haser en el aire castiyos
me basta un guitarro;
para estarme tendido en la cama
me basta un catarro;
para vé como pasan las horas
me basta un sigarro;
para darle mir güertas ar mundo
me basta una copa de vino y un jarro.

¡Chitón! ¡Chitón!
¡Me carga la Costitusión!

—

Paladín soy que no caya
en defensa de su fe;
soy ministro que no haya
ni un escoyo en cuanto ve;
general soy que avasaya,
y sin tropas ni metraya,
yo no pierdo una bataya
en la mesa der café.

—

Yo tengo tesoros
de supertisión;
un naipe de oros
es un fortunón.
Me encantan los moros
y la Inquisisión,
y voy á los toros
y luego ar sermón.

—

Dándose golpes de pecho.

—¡Santo, santo, santo,
Señor, yo pequé!

Gritando, como si estuviera en los toros.

– ¡Señor presidente,
no lo entiende usté!
– ¡Santo, santo, santo,
mísero mortá!
– ¡Váyase usté ar toro!
¡Granuja! ¡morrá!

—

Yo nunca estoy triste:
yo soy españó.

A todo infortunio mi patria resiste.
Es la única tierra que ersiste
que vende y revende la *sombra* y er *só*.

—

Yo soy españó:
yo soy de la tierra dichosa
der vino y der só.

—

Cesa la música entre aplausos y aclamaciones á Españita.

—

María Pilar. ¡Mira qué bonica es!

Mariano. ¡Bonica de veras!

Españita. Cuando estoy enfadao con mi mujé y se la canto, le sienta peó que unas banderiyas e fuego. ¡Ja, ja!

María Pilar. ¡Conque, yo me voy á llegar por los otros!

Españita. ¡Y yo la acompaño, que me gusta mucho dá güenas notisias!

José Luis. ¡Pues yo estoy aquí con mister Blay antes de media hora!

María Pilar. ¡Pues andando!

José Luis. ¡Andando!

Se van anhelantes por la puerta de la derecha. María Pilar delante, y Españita y José Luis abrazados detrás entonando la canción de Españita. Pastora va con ellos hasta la puerta, y luego, con orgullo atisfecho, se dirige á Mariano.

Pastora. ¿No se lo dije á usté? ¿Hisimos malamente en vení aquí? Ahí tiene usté lo que son las cosas: un andaluz es er que va á sarvarnos. ¡Un andaluz! Pa que usté se entere: ¡un andaluz! ¡Métase usté ahora con los andaluses! ¡Eso, eso es un andaluz!

Mariano. Ya ha dicho él que no lo parecía.

Pastora. ¿Sí, verdá? Con que no lo parezca y lo sea... Usté tampoco paese bruto... y pué dá lersiones.

Mariano. ¿Ya empezamos? ¡Que siempre himos de estar riñendo!

Pastora. No se meta usté con mi tierra.

Mariano. Si es usté la que se mete con la mía.

Pastora. Porque usté la quié compará.

Mariano. ¿Comparala yo? ¡Dios me libre! ¿Qué comparación ha de haber entre un país que no da más que embusteros y otro que dice las verdades claras?

Pastora. ¡De boquiya! Mucha palabra gorda, mucho puñetaso en er pecho, mucho maño pa arriba, mucha maña pa abajo... y eso es lo que tienen ustés: mucha maña... pa engañá á to er mundo.

Mariano. ¡Usté quié oíme!

Pastora. Pero conmigo se la lía usté ar deo, compadre; que ya ha querío usté varias veses entrá por uvas... y se ha encontrao usté con un perro en la viña.

Mariano. Siempre le hará usté caso á algún flamenco escuchimizao, de esos que vienen con nosotros.

Pastora. A cuarquiera, menos á un hombre que se ensiende los fósforos en la cabesa.

Mariano. Dándose en ella un puñetazo. ¡Es que hay que ver bien la caecica!

Pastora. Der país. Tienen ustedes que usá pañuelo en vez de sombrero, porque los sombreros se lastiman...

Mariano. Gracia me hace usté á veces: la verdá sea dicha.

Pastora. ¡Pos es raro; porque nasi no me acuerdo dónde!...

Mariano. ¡Anda con Dios! No se le pué echar á usté un piropo: en siguida se engríe. ¡Cristo, qué humos con la gracia! ¡Estoy ya de la tierra e la gracia hasta los mismos pelos! Y dispués de to, si va usté á mirarlo, por cada andaluz que sale gracioso, ¡á cuánto pelmazo hay que aguantar! ¡Por aquello de que son de la tierra e la gracia!

Pastora. No, no, si eso es sabío: pa grasia, los arago-

neses. Imitándolo con exageración. «¡Chiquio! ¿Cómo has podío comerte un cabrito tú solo? ¡Ahí tiés tú: entró á juerza e pan!» Vaya grasia... y vaya finura.

Mariano. ¡De la finura no se ha hablao! ¡Usté quié oíme!

Pastora. Ni de la finura ni de na debía hablarse. Yo no sé pa qué discuto con usté. ¿Dónde se va á poné tierra con tierra? Er día que vaya usté á Seviya, y oiga usté repicá las veintisinco campanas de la Girarda...

Mariano. ¡Joroba con las veinticinco campanas, siñora! ¡La Campana de Huesca no es más que una, y es más soná que toas las veinticinco de usté! ¡Y no se la refriego á usté tanto por los hocicos!

Pastora. Che, che, che; que yo no tengo hosicos; que me confunde usté con la burra, como en toas las coplas de amores que canta usté.

Mariano. ¿También se va usté á meter con las coplas?

Pastora. Volviendo á imitarlo.

La burrica de mi suegra
y el burrico de mi suegro,
tuvieron una burrica
y yo les hice el cuarteto.

Eso es una fló y lo demá es un cardo.

Mariano. ¡Usté quié oíme!

Pastora. Siempre cambian ustés á la novia por la burrica. Por argo será.

Mariano. ¡Repaño, esas son gromas! ¡Y cuando uno está de groma... dice lo que siente! ¡Dispués de to, preferibles son esas salidas á los *gorigoris* del *cante jondo* que usan ustés por Andalucía!

Pastora. ¿Cómo *gorigoris?*

Mariano. Remedando los ademanes de los cantadores de flamenco. Que entré en el cimenterio y pisé un güeso; que mi madrecita se me muere; que á mi padrecito le dan garrote; que si el presidio, que si el hespital... ¿Eso es estar de jota ó es estar de *tideum?*

Pastora. Lo que hay en mi tierra son unos cantares de cariño que ni soñando los ha escuchao usté nunca.

Mariano. ¡Pues anda que en la mía!

Pastora. Lo primero que farta en la de usté es quien sepa queré de ley.

Mariano. ¡También es inorancia! Siñora, vaya usté á Teruel, y vea usté las momias de los amantes. ¡Toavía se están mirando!

Pastora. En Andalusía nos aprovechamos antes de yegá á momias. Oiga usté esta coplita:

Dies años después de muerta
y á la vera de mi hoyo,
has de encontrar unas flores
con er coló de tus ojos.

Mariano. ¡Está bien! ¡Pero no salimos del cimenterio y de sus alredores!

Pastora. Pos oiga usté esta de otro estilo.

He visto una marvaloca
en un campito andaluz,
tan gayarda y tan bonita
que me paresiste tú.

Mariano. ¿Eso es á mí?

Pastora. ¡No, hombre! ¡No sea usté animá! Eso es de un enamorao á su novia: en lugá de desirle que no va á verla porque está en er pesebre trabao, que es lo que usté diría.

Mariano. ¿Ah, sí? Ya que me pica usté el amor propio, á ver si entre tos sus cantares saca usté uno de su tierra como este que canto yo de la mía.

Pastora. Vamos á verlo.

Música

Mariano. Apoyando un pie en un banquillo y simulando que toca la guitarra.

En Aragón hi nacío
porque así lo quiso Dios:

si me consultan mi gusto
también nazco en Aragón.

—

Pastora. Esa es mu bonita,
varga la verdá;
pero oiga usté una
que le va á gana.

—

Aquer pueblesito blanco
que está entre los olivares,
vale más que er mundo entero
porque ayí tengo á mi madre.

—

Mariano. A eso de la madre
le hi de contestar;
que la madre es cosa
para tos igual.

—

Viejecica, viejecica,
á tu Virgen que es tan güena,
dile tú que me perdone
que te quiera más que á ella.

—

Pastora. De Virgen sé yo una
que es un portento.
No hay en otra ninguna
más sentimiento.

—

Los ojos con que lo miro
te ofrezco yo, Virgen mía,
porque no miren á otra
los ojos conque ér me mira.

—

Mariano. ¡Pues allá va esta de cariño!

Es tanto lo que la quiero,
que cuando labro la tierra,
mi arado escribe en el surco
su nombre letra por letra.

—

Pastora. ¡Pos ayá va esta otra!

Lo yevo tan en el arma,
que cuando yoran mis ojos,
en cada lágrima mía
va una imagen der que adoro.

—

Mariano. De cariño una rosa
planté en mi pecho,
y los celos me espinan:
¡malditos celos!

—

Pastora. Er cariño es un niño
que yora y ríe:
er cariño sin yanto
no echa raíses.

—

Mariano. Yo bendigo á todas horas
la tierra donde nací...

Pastora. Interrumpiéndole.
¡Eso es de mi tierra!

Mariano. ¡No, que es de la mía!

Pastora. ¡Siempre se ha cantao
por Andalusía!

Mariano. ¡Pues en Zaragoza
ya lo escucharía!

Pastora. ¡Eso es de mi tierra!

Mariano. ¡No, que es de la mía!

—

Yo bendigo á todas horas...

Pastora. Yo bendigo á todas horas...

Mariano. La tierra donde nací...

Pastora. La tierra donde nasí...

Mariano. Porque por algo mi madre...

Pastora. Porque por argo mi madre...

Mariano. Hizo que naciera allí...

Pastora. Hiso que nasiera ayí.

¡Siempre se ha cantao
por Andalusía!

Mariano. ¡Pues en Zaragoza
ya lo escucharía!

—

Cesa la música.

—

¡Bien ha estao de coplicas!

Pastora. ¡Bien ha estao!

Mariano. Pero no himos dicho ninguna contra las suegras.

Pastora Como ni usté ni yo nos hemos casao, toavía no hay motivo.

Mariano. Miste esta que me ricuerdo ahora y que es muy sabida:

Aquel que quiera mandar
mimorias á los infiernos,
la ocasión la pintan calva:
mi suegra se está muriendo.

Pastora. Pos atienda usté á esta, que oí yo en un bautiso en Seviya:

Cuando se muera mi suegra
que la entierren boca abajo,
por si escarba pa salirse
que se vaya más pa abajo.

Mariano. ¡Cristo qué ideíca!

Pastora. Mirando por una de las ventanas. ¡Ahí está nuestra gente! Tendrá que oí la señá Manuela. Encamínase hacia la puerta.

Mariano. Escuche usté, Pastora.

Pastora. Deteniéndose. ¿Qué hay, Mariano?

Mariano. Que lo pior de to será que le toque á usté una suegra de mi tierra.

Pastora. Lo *pior* será que me toque un marido. ¡Güerva usté por otra! Vase.

Mariano. Se mi está metiendo en el seso esta mujer. Y mientras más riñimos, más me gusta. ¡Y riñimos tos los días veinticuatro veces! Pero ¡anda! que hasta que no me diga que Aragón vale más que su tierra, no li he de decir yo lo que estoy pasando.

Capitaneados por ESPAÑITA, PASTORA y MARÍA PILAR, llegan animosos y alegres la SEÑÁ MANUELA, CONCHITA, MEDINA, ANSÚREZ y GREGORIO, andaluces todos menos este último. La señá Manuela, madre de Conchita, es una vieja agitanada; Conchita, es bailadora; Ansúrez, cantador, y Medina, tocador. Lleva consigo una guitarra enfundada. Es hombre entrado en años y habla siempre entre lágrimas y sollozos. Gregorio es un mozo bailador aragonés.

Españita. Por aquí; vengan por aquí. Llevándolos ante el cuadro de José Luis. Este es er retratito que va á hasé er milagro.

Todos lo contemplan con admiración. Algunos materialmente embobados. Pausa.

Conchita. ¡Ay, qué cosa más presiosa!

Señá Manuela. ¡Ay, qué manos de hombre!

Ansúrez. ¡Vaya asúcar cande! No le farta más que er parpagueo.

Medina. Yo no puco vé estas cosas sin echarme á yorá. ¡Seviya e mi arma!

Señá Manuela. Er mantón está hablando.

Pastora. ¿La conoseis?

Ansúrez. ¡Pos ya lo creo!

Conchita. ¿No la tenemos de conosé?

Gregorio. Que no ha pestañeado hasta ahora. ¿Es la Ripública?

Todos se ríen.

Españita. ¡Ja, ja! La República, dise.

Mariano. ¡Qué bruto eres, Grigorio!

Gregorio. ¡Del roce con tú!

Ansúrez. ¡Es Merseditas la Caramela!

Medina. ¡Si es verla en persona!

Conchita. ¡Como que paese que nos va á hablá!

Señá Manuela. Ganas me dan de preguntarle qué ha hecho de unos pendientes que le presté.

María Pilar. ¡Güen respiro ha tenido la señá Manuela!

Señá Manuela. Respiro cuando nos veamos en er ferrocarrí. ¡Ay!

Pastora. No me hable usté de eso, que me paese mentira.

María Pilar. Y á mí también. Lo veo y no lo creo.

Ansúrez. Yo, ¡mardito sea er mundo! como faye la combinasión me tiro ar Sena.

Señá Manuela. ¿A qué sena? ¿Quién habla de senas ahora, si toavía está en el aire el armuerso?

Españita. ¡Ja, ja!

Gregorio. ¡Lo pior será que nos den billete de ida y güelta! ¿Qué hacemos entonces?

Mariano. ¡Amontarnos en tú, pa que nos lleves uno á uno!

Medina. Compañeros, yo estoy entregao. Me acuerdo e mi casa, me acuerdo e mi gente, y como ya soy viejo...

Señá Manuela. ¡Puñales! ¡no nos meta usté er corasón en un puño!

Vuelve JOSÉ LUIS en esto. Los recién llegados se deshacen en cumplimientos y bendiciones.

José Luis. ¡Paisanos, salud!

Españita. ¡Este cabayero es er padrino!

Señá Manuela. ¡Ay, señó padrino! ¡Bendita sea la madre que lo parió á usté!

Ansúrez. ¡Dios le premie á usté lo que va á hasé con estos pobres desterraos!

José Luis. Vaya, vaya..

Medina. ¡Crea er señorito que es una obra e caridá!

Conchita. ¡Argún día se la pagaremos, ca uno como puea!

José Luis. No se hable de eso, por amor de Dios.

Señá Manuela. ¡Esta hija mosita tengo: si la quié usté, se pué casá con eya esta tarde!

Conchita. ¡Y lo mismo le digo yo á usté de mi mamá!

Medina. ¡Yo no tengo más que esta guitarra, heredá de mi padre, y es de usté!

Ansúrez. ¡Yo no tengo más que un corasón pa agradeserle su servisio!

María Pilar. ¡Grigorio, di tú algo!

Gregorio. ¡Si no me dejan estos, que hablan tos á la vez!

José Luis. Bueno, bueno, basta de gratitudes ya... No me emocionen más de lo que estoy. El extranjero que va á pagar el cuadro se ha detenido á la puerta del estudio con un amigo... Apártense ustedes á un lado para no llamarle la atención cuando entre.

Obedecen todos con gran solicitud.

Españita. Yo me voy ahí junto, al estudio der señó Durand; que es mi hora. Si nesesita usté argo, ya sabe dónde estoy.

José Luis. Gracias, Españita.

Españita. Paisanos, hasta luego.

Pastora. ¡Hasta luego!

María Pilar. Vaya usté con Dios.

Mariano. Que le veamos, ¿eh?

Medina. ¡Que le demos á usté un abraso!

Se va Españita por la puerta de la derecha. A poco se le ve cruzar hacia la izquierda por el jardín.

José Luis. Moviendo un poco el caballete que sostiene el cuadro. Así parece que le da mejor luz ¿Verdad, Pastora?

Pastora. No tenga usté cuidao ninguno, que le va á encantá. Conchita y Ansúrez y Medina y tos se han quedao con la boca abierta.

Ansúrez. Verdá que sí: es un cuadro presioso.

Medina. A mí se me sartan las lágrimas na más e lo miro.

Gregorio. ¡Y aguarde usté que le pongan el marco!

José Luis. Mister Blay viene ilusionadísimo, soñando con la primera impresión. Al fin y al cabo es un enamorado. Aquí llega. Adelantándose á recibirlo. Pase el ilustre mister Blay á honrar una vez más mi modesto estudio.

El grupo de los españoles está al lado opuesto del cuadro. Pastora, delante de todos ellos, en primer término. Llega MISTER BLAY. Su figura es noble y simpatica; su rostro encendido. Es hombre de mediana edad, y no es rubio ni tiene patillas. Usa monoclo. Viste elegantemente de americana. Habla con calma inalterable y con leve acento extranjero.

Mister Blay. Buenos días.

Todos contestan á su saludo con la misma frase, aunque no á la vez, naturalmente.

José Luis. Mister Blay, he aquí mi humilde obra, esperando su aprobación.

Mister Blay. Vamos á verla En este momento, cuando se cala el monoclo para mirar el cuadro, tropiezan sus ojos con la figura de Pastora, que le subyuga y que le atrae. No puede contener una ligera exclamación de asombro: ¡Ah! Permanece un rato admirándola. La inquietud del pintor aumenta por segundos. No sabe qué hacer para llamarle la atención hacia el lienzo.

José Luis. ¡Ejem!... Mister Blay...

Mister Blay. Absorto. Peregrina hermosura... Tipo de española perfecto...

José Luis. Mister Blay...

Pastora se retira un tanto, esquivando la pertinaz mirada del extranjero. Este la sigue con los ojos.

Mister Blay. Tiene aquella noble bizarría de las andaluzas. Lo que los españoles llaman garbo.

José Luis. Cada vez más desconcertado. ¡Ejem! ¡ejem!. Mister Blay... mister Blay...

Mister Blay. ¿Qué pasa?

José Luis. El cuadro...

Mister Blay. Ah, el cuadro. Es verdad, que he venido á verlo. Aparta su vista de Pastora y se encara fríamente con el lienzo. Está un minuto contemplándolo. Nadie respira. José Luis tiembla. Al cabo, volviéndole la espalda, dice: No me gusta. Y se encamina hacia Pastora.

José Luis. ¿Eh?

Mister Blay. Que no me gusta.

Consternación general. Ninguno puede reprimir una exclamación, y casi simultáneamente salen todas ellas de sus labios.

María Pilar. ¿Que no le gusta?

Conchita. ¿Que no le gusta?

Seña Manuela. ¡No le gusta!

Medina. ¡No le gusta!

Ansúrez. ¡La jisimos! ¡No le gusta!

Gregorio. ¿No le gusta?

Mister Blay. Volviendose hacia ellos, algo sorprendido. No, señores, no; no me gusta.

Mariano. (¡Como que ya estoy viendo yo lo que le gusta!)

Mister Blay. A Pastora. ¿Es usted española, señorita?

Pastora. Sí, señó: soy de Málaga.

Mister Blay. ¡Oh, de Málaga! Honra usted á su tierra.

Pastora. Grasias: es favó.

Mister Blay. Yo no hago favores.

Gregorio. ¡Ya lo estamos viendo!

Mister Blay. ¿Eh?

María Pilar. ¡Calla, borrico!

Jose Luis. De modo... mister Blay.. querido mister Blay...

Mister Blay. ¿Qué es eso? ¿Qué le sucede á usted, que está tan triste, teniendo aquí tan buena compañía?

José Luis. Como me ha dicho usted que no le gusta el cuadro...

Mister Blay. ¡El cuadro! ¡el cuadro!... No tome nada tan á pechos... Abrazándolo cariñosamente. La culpa de lo sucedido es de usted... La belleza real es siempre superior á la pintada; aunque se llamara usted Velázquez. El cuadro de usted puede que me guste, que me entusiasme, mañana ó pasado: hoy es imposible. Vuelve junto á Pastora. ¿Conque malagueña, verdad?

José Luis. (¡Vaya! ¡Por ahora lleva las de perder el cuadrito!)

Pastora. Sí, señó; malagueña. Recriá en Seviya.

Mister Blay. ¿Y su papá de usted?

Pastora. Mi papá era de Córdoba.

Mister Blay. ¿Y su mamá?

Pastora. Mi mamá de Cadi.

Señá Manuela (¿Le va á hasé er padrón?)

Mister Blay. Sangre de toda Andalucía corre por sus venas de usted.

Pastora. Así parese.

Mister Blay. ¿Y qué hace usted aquí?

Señá Manuela. ¡Esperando er santo arvenimiento!

Mister Blay. ¿Quién es esa señora que habla?

Conchita. Mi mamá.

Mister Blay. ¿Y usted quién es?

Conchita. Yo soy la hija de esa señora.

Mister Blay. Eso tiene gracia.

En vista de esta favorable opinión, se ríen todos para halagar á Mister Blay.

Ansúrez. Animándose, seguro de su ingenio. *Mosiú,* ya que no ha visto usté bien el otro cuadro, miste er cuadro

este, de unos cuantos artistas de tablao que estan aquí pasando las morás.

Mister Blay. Eso no tiene gracia.

María Pilar. Güen hombre, con licencia de usté, le diré yo que semos unos infilices desterraos de España, que suspiramos por golver á ella. El que más y el que menos tiene allí de quien acordarse, y siente unos tirones en el corazón que le hacen mucho daño.

Mariano. ¿A qué le cuentas al siñor lo que no le importa?

Mister Blay. ¿Quién le ha dicho a usted que no me importa?

Pastora. A mí se me ocurre, que en lugá de yerarle plagas á este cabayero, lo que debemos es bailarle y cantarle una mijita, pa que apresie nuestro trabajo. ¿No opina usté, don José Luis?

La iniciativa de Pastora anima y regocija á todos.

José Luis. ¡Claro! Mister Blay gusta mucho de todas las cosas de España.

Mister Blay. Sobre todo, de lo que lleva aroma popuiar. Acepto esa fiesta, señorita. Ya presumía yo que usted diría lo mejor de cuanto se hablase. ¿Usted canta?

Pastora. Maliyamente, pero canto.

María Pilar. Yo también canto cosas de mi tierra.

Ansúrez. Y yo.

Medina. Y yo toco.

Conchita. Y yo bailo.

Gregorio. Y yo bailaba jotas, pero se mi ha fugao la pareja con el impresario. ¡Ajoiá discarriles!

Mister Blay. A Mariano. ¿Y usted?

Mariano. Yo hago lo que se tercie.

Mister Blay. A la señá Manuela. ¿Y usted, señora?

Señá Manuela. Yo no hago más que tené cuidao con mi niña; que no es poco trabajo.

Mister Blay. Eso tiene gracia. Vuelven á reirse todos.

como antes. Dígame algún chiste de su país. Algún *golpe*, como ustedes les llaman.

Señá Manuela. ¿No se va usté á enfadá?

Mister Blay. No, señora; aunque se meta usted conmigo.

Señá Manuela. Pos entonses le vi á desí una cosa: que se quite usté ese cristá que yeva en el ojo, porque paese que va usté asomao á un camarote.

Ríe de buena gana el extranjero y todos lo acompañan.

Mister Blay. ¡Muy bien; muy justa observación! Diga usted todo cuanto se le ocurra.

Conchita. (Este no sabe lo que píe.)

Mister Blay. Y vamos á ver esa fiestecita.

Pastora. Vamos ayá, vamos ayá.

Gran animación y alegría. En un decir Jesús, quedan todos colocados convenientemente, sin duda por la fuerza de la costumbre. Ansúrez y Medina se sientan en dos sillas que colocan sobre la tarima, y los demás se agrupan en torno de ellos, unos de pie y otros sentados en la propia tarima. Mister Blay no le quita ojo á Pastora, ni Mariano á Mister Blay. Durante toda la fiesta Mariano permanece callado.

Música

Señá Manuela. Ande usté, Paco: tóquele usté argo á mi Conchiya, pa que eya baile.

Ansúrez. Deje usté, señá Manuela. Haré yo boca con unas soleares. ¡La copita e casaya!

Medina. Eso está más propio. A vé si sacas lo mejorsito der baú.

Principia á tocar con verdadero lujo de dedos.

Ansúrez. Cantando al son de la guitarra.

Un dolorsito que tengo
no lo curan melesinas;
lo curan tus ojos negros.

Los compañeros lo jalean.

Mister Blay. No me gusta.

Ansúrez. ¿No le gusta?

Pastora. Es que ha cantao con un poquiyo e mieo.

Señá Manuela. Baila tú, Conchiya, baila tú.

Ansúrez. Aguarde usté, agüela. ¡Cambiaremos la bebía! A Medina. Pásate ar *moyate.*

Medina. ¿Un tanguiyo?

Ansúrez. Un tanguiyo.

Conchita. ¡Vamos á verlo!

Ansúrez. Volviendo á cantar.

La estreyitas que hay en er sielo
me dan consuelo de cuando en cuando,
y las estreyas que hay en tu cara
me tienen siempre desconsolao.
Mándame un besibitibito
de la tu boquibitibita,
que estoy enfermibitibito
de calenturibitibita.

Los compañeros se entusiasman á ver si contagian á Mister Blay.

Mister Blay. No me gusta.

Ansúrez. Como quien se traga una píldora sin agua. ¿Tampoco?

Señá Manuela. ¡Que baile mi Conchiya, ó se va á cansá este señó!

José Luis. Sí, sí; que baile, que baile.

Pastora. Anda, Conchiya, baila cuarquier cosa.

Conchita. Volandito. Toque usté *Las Pamplinas.*

La señá Manuela coge el mantón de Manila que hay en el maniquí y se lo coloca á su hija.

Ansúrez. A Medina, mientras Conchita se prepara. (Estaba por desirle ar tío ese que se pusiera er cristá en la oreja.

Medina. A Ansúrez. Cármate, por tu salú, que nos va er viaje.) Conchiya, *Las Pamplinas.* ¡Vamos ayá!

Conchita. ¡Vamos ayá!

Ansúrez. Olvidando todo resentimiento. ¿Hago parmitas?

Mister Blay. Mejor será que no haga usted nada.

Ansúrez. Güeno está. (¡La ha tomao conmigo el inglés!)

Señá Manuela. Verá usté, verá usté mi niña. Y eso que con este traje no luse.

Baila Conchita «Las Pamplinas», jaleada por todos, pero principalmente por Pastora, por la señá Manuela y aun por el propio Ansúrez, á quien la situación y el temperamento le impiden callar.

Mister Blay. Así que termina Conchita. Esto ha estado mejor.

Conchita. Muchas grasias.

Señá Manuela. Lo ha bailao demasiao desente. ¡Como no trae las medias güenas!

María Pilar. Vaya, Grigorio, coge tú la guitarra ahora, y cantaré yo alguna cosica de nuestra tierra.

Gregorio. ¡Ni visto ni oído! Lo hace.

Los demás secundan la iniciativa con todo calor en vista de que el extranjero parece ablandarse.

María Pilar. *El Baturrico;* ¿sabes, maño?

Gregorio. Ya estoy.

María Pilar. Cantando.

Oiga usté lo que le dijo
una baturra al llevar
á presentale su hijo
á la Virgen del Pilar.

—

Como si tuviera un niño en brazos y le hablara á la Virgen.

Ampara á este retoño
que mi ha nacido
de unas conversaciones
con mi marido.
Quiero que saque el genio
como su madre,

y la cabeza dura
como su padre.
Quiero que cuando sienta
la sangre moza
se lo rifen las chicas
de Zaragoza.
Quiero que nunca pase
la pena negra:
quiero que si se casa
no tenga suegra.
Quiero que sea alegre
para el trabajo,
y español y baturro
de arriba abajo.

—

Esto fué lo que le dijo
una baturra al llevar
á presentale su hijo
á la Virgen del Pilar.

Gran entusiasmo.

Mister Blay. Es muy bonita la canción.

María Pilar. Hi hecho lo que sé.

Pastora. ¿Le ha gustao á usté de veras?

Mister Blay. Yo no miento nunca si no hace falta; y aquí no hace falta. Lo que deseo es que cante usted.

José Luis. Anímate, Pastora; anímate.

Pastora. ¡Pos ya lo creo! Nunca me hago yo de rogá. Coge la guitarra, Medina.

Gregorio. Vaya.

Medina. Venga.

Señá Manuela. (El inglés con Pastora tiene los ojos encandilaos: er der cristá y el otro.)

Medina. ¿Qué toco?

Pastora. Acompáñame er *Te quiero y me quieres.*

Medina. ¡Ole! ¡La alegría e la casa!

Pastora Cantando

Te quiero
cuando por mi caye arriba
vienes vendiendo salero.
Me quieres
cuando me asomo á mi puerta
de veintisinco arfileres.
Te quiero
porque teniéndote ar lao
me orvío der mundo entero.
Me quieres
porque en estando á mi vera
se acabaron las mujeres.

—

Te quiero
porque mirando me hieres:
me quieres
porque mirando te hiero.

—

Por lo grasioso que eres,
por mi charlá salamero,
porque entre sien me prefieres,
porque entre mil te prefiero;
¡ay, compañero
de mis quereres!
por eso tanto me quieres;
por eso tanto te quiero.

Se repiten las muestras de entusiasmo y cesa la música.

—

Mister Blay. ¡Bravo! ¡bravo! También es muy linda canción.

Pastora. Yo me alegro de haber asertao.

Mister Blay. Levantándose y llamando aparte al pintor. José Luis.

José Luis. Mister Blay.

Mister Blay. ¿Es usted mi amigo?

Jose Luis ¿Y usted lo duda?

Mister Blay. Pues bien: venga la prueba. Necesito hablar ahora mismo, y á solas, con esta mujer.

José Luis. Es lo más sencillo del mundo.

Mister Blay. Perfectamente.

Se dedica á ver las pocas curiosidades del estudio. Los demás lo observan todo con extrañeza, sin explicarse bien lo que ocurre.

José Luis. (¡Qué hombre más raro! Me parece que se ha salvado esta pobre gente.) A Ansúrez, con resolución. Amigo, ¿me hace usted el favor?

Ansúrez. ¿Habla usté cormigo?

José Luis. Sí, señor: y con su compañero. Tengan la bondad. Éntrase por la puerta de la izquierda, seguido de Ansúrez y de Medina.

Pastora. A María Pilar. (¿Qué pasará, tú?

María Pilar. A Pastora. No sé, chica.)

Ansúrez. Asomándose a la puerta. Gregorio.

Gregorio. Mande usté.

Ansúrez. Venga usté también.

Gregorio. Allá voy. ¡Ridiez, qué misterio! Éntrase en la habitación tras Ansúrez.

Conchita. A la seña Manuela. (¿Has visto, mamá?

Señá Manuela. A Conchita. Viendo estoy.

Conchita. Pa mí que el inglés se ha chiflao por Pastora.

Señá Manuela. Pos como eya no se ponga romántica, me veo en er tren.)

Gregorio. Asomándose como Ansúrez. Señá Manuela. Conchita. Entren ustés aquí, que tinemos una disputa.

Conchita. (Digo, ¿eh?

Señá Manuela. Mariano está como las sopas de las estasiones: que echa humo.)

Siguen á Gregorio las dos.

Mariano. ¡Güeno, hombre, güeno! ¡Se conoce que ahí dentro dan algo!)

Señá Manuela. Asomándose también, como los anteriores. Mariano. María Pilá. Don José Luis los yama á ustedes.

Mariano. ¿Nos llama don José Luis?

María Pilar. Vamos, tú.

Mariano. (Está visto: quié hablar con ella el extranjero. Allá veremos lo que sale de aquí.) Éntrase en la habitación.

María Pilar. Deteniéndose un punto con Pastora, antes de seguirlo. (Escucha, Pastora.

Pastora. ¿Qué quieres?

María Pilar. Ese hombre se ha prendao de tú.

Pastora. ¡Vamos!

María Pilar. Ya lo verás. En tu mano está nuestra suerte: ya lo verás. Na te digo, sino que te acuerdes del hijo e mi alma. Mia que tengo en la caeza que si lo veo lo salvo.)

Mariano. Dentro. ¡María Pilar!

María Pilar. ¡Allá voy! Éntrase con todos.

Mister Blay. Después de una pausa. La han dejado á usted sola conmigo.

Pastora. Ahora me yamarán á mí.

Mister Blay. ¿Y usted irá?

Pastora. Según. Si es pa arguna urgensia... Porque carcule usté que hay fuego en ese cuarto...

Mister Blay. El fuego no está en ese cuarto. Pastora se ríe. ¿De qué se ríe usted?

Pastora. De una cosa que me ha hecho grasia.

Mister Blay. Le suplico á usted que no se *pitonee* conmigo. Me haría mucho daño.

Pastora. Descuide usté, que no me *pitoneo*. Esté usté seguro.

Mister Blay. Escamado. ¿No es *pitoneo* como ustedes dicen?

Pastora. No, señó; desimos *pitorreo*. *Pitoneo* me suena más bien á otra cosa.

Mister Blay Lamento la equivocación. ¿Quiere usted decirme de lo que se reía? ¿Era de mi lente quizás, como la vieja?

Pastora. Vamos á que fuera der lente. Se sienta.

Mister Blay. Las andaluzas y los andaluces son muy salados.

Pastora. Menos er que sale *patoso*.

Mister Blay. *¿Patoso... patoso?...* ¿Qué es *patoso? ¿Patoso*, por ejemplo, es ese flamenco aburrido que cantó antes?

Pastora. No me gusta hablá malamente de mis compañeros, pero sí, señó: ese flamenco es un *patoso*. Tiene *pato*.

Mister Blay. ¿Se dice tiene *pato* ó tiene *pata?*

Pastora. Las dos cosas Y lo que es ese, tiene *pato* y *pata* y han hecho cría.

Mister Blay. ¡Ja, ja, ja! Con permiso de usted voy á sentarme al lado suyo.

Pastora. ¿Por qué no?

Mister Blay. Gracias. Se sienta, y la mira atentamente en silencio, acercándose mucho á ella.

Pastora. ¿Es usté *moípe?*

Mister Blay. *¿Moípe?*

Pastora. Corto e vista; segato.

Mister Blay. Ah, vamos; *miope*.

Pastora. Eso. ¡Como me miraba usté tan serca!...

Mister Blay. Mucho más cerca quisiera yo mirarla todavía.

Pastora. ¿Pa qué?

Mister Blay. Conteniendo un suspiro. Permita usted que me reserve la contestación. Pausa. Señorita: ¿qué cree usted que es lo más triste que hay en este mundo?

Pastora. ¿Lo más triste? Suspirando. ¡Ay! ¡Verse lejos de la tierra de una!

Mister Blay. Hay algo más triste. Un caballero enamorado y no correspondido.

Pastora. Eso es otra cosa. Ya me ha contao don José Luis que anda usté *chalaíto* por la der cuadro.

Mister Blay. Anduve. Pero, como Romeo, he conocido á Julieta y he olvidado el otro amor.

Pastora. ¿Quién es Julieta?

Mister Blay. Julieta es usted.

Pastora. Yo me yamo Pastora.

Mister Blay. Pues bien: yo estoy enamorado de Pastora.

Pastora. ¿Usté?

Mister Blay. Yo.

Pastora. ¡Ave María Purísima! Pausa. Mister Blay espera con cierta ansiedad. Miste...

Mister Blay. Guillermo es mi nombre.

Pastora. Si no lo yamo á usté

Mister Blay. Como dijo usted mister...

Pastora. No, señó, no; dije miste. En mi tierra desimos: miste esto, miste lo otro... Y yo iba á desí: ¡miste que me suseden á mí unas cosas!

Mister Blay. ¿Se refiere usted á mi enamoramiento? ¿Hay nada más natural, atendiendo á todas las circunstancias? Yo no tengo patria: yo soy de todo el mundo. Pero mi amor por España es grande. Mi corazón está siempre pronto á sentir cuanto le hable de España. Yo siempre he dicho, que si España es una mujer hermosa, sus ojos son Andalucía. Usted, para mí, es toda Andalucía. Ahora me parece que España entera me mira con sus ojos.

Pastora. ¡Qué salidas tiene usté, mister Blay! ¡Y qué cosas tan bonitas inventa!

Mister Blay. Hablo con absoluta sinceridad. Preferiría que se me hubiera ocurrido lo del *pato* y la *pata*.

Pastora. Vamos, ¿quié usté cayarse?

Mister Blay. Si usted ha de hablar me callaré con mucho gusto. ¿Qué me responde á mi declaración?

Pastora. Mister Blay, ¿qué quié usté que yo le res-

ponda? Eso es una locura de usté. Mentira parese que ponga los ojos en mí, cansao como estará de vé mujeres bonitas en toas partes der mundo.

Mister Blay. Por lo mismo.

Pastora. Piénselo usté un poco y se convenserá de que eso no es más que un arrechucho de usté.

Mister Blay. Yo no pienso nunca las cosas del amor: las siento solamente. Levántase. Veo que no le inspiro á usted ninguna simpatía.

Pastora. ¿Qué tiene que vé?... Póngase usté en mi caso, don Guiyermo. Se levanta también. Yo soy una pobre mujé que suspira por verse en España. Suspiro yo, y suspiran tos los que están ahí dentro. Ya se lo refirió á usté María Pilá. El empresario que nos trajo á Parí nos ha abandonao, y nos vemos aquí sin amparo de nadie. Esa pobre mujé tiene en su tierra un chiquiyo enfermo... y está que no vive.

Mister Blay. Basta. Yo les daré lo necesario para la vuelta

Pastora. Resistiéndose á creerlo de pura alegría. ¿De verdá?

Mister Blay. Le repito á usted que nunca miento, á no ser preciso.

Pastora. ¡Se van á gorvé locos cuando se enteren! ¡Lo van á hartá á usté de bendisiones!

Mister Blay. Pues esta misma tarde podrán partir.

Pastora. ¿Todos?

Mister Blay. Todos, con una sola excepción.

Pastora. Temerosa. ¿Cuál?

Mister Blay. ¿No la adivina?

Pastora. Comprendiendo. ¿La mía, quisás? ¿He de quedarme yo en Parí?

Mister Blay. ¿A qué menos puede aspirar un enamorado que al placer de verla á usted y de tratarla algún tiempo?

Pastora. Con angustia. Mister Blay...

Mister Blay. No significa esto que usted haya de

quererme por fuerza: esto no es más que un poco de egoísmo de mi parte. El amor es absolutamente egoísta. ¿Qué tiene usted?

Pastora. Serenándose. Nada.

Mister Blay. ¿Está llorando?

Pastora. No, señó, no.

Mister Blay Me había parecido. ¿Por qué vacila, entonces? París es muy hermoso, muy hermoso... ¿En qué piensa usted?

Pastora. En el hijo de María Pilá.

Mister Blay. ¿Qué quiere decirme con eso?

Pastora. Que sí: que aserto. Que me quedo en París. Entrase decidida en la habitación de la izquierda. ¡María Pilá!

Mister Blay. Estas andaluzas son todo corazón. Yo tal vez haya sido un poco bellaco: pero el amor lo disculpa todo. Y un poeta español lo ha dicho:

En querra y en amor, es lo primero
el dinero, el dinero y el dinero.

Sale José Luís. Luego salen los demás uno detrás de otro, con gran emoción y algazara.

José Luis. Mister Blay, ¿qué dice Pastora? ¿Manda usted á España á mis paisanos?

Mister Blay. ¡Oh, sí!

José Luis. ¡Siempre el mismo! Noble y generoso.

Mister Blay. Y un poco bellaco.

José Luis. ¿Bellaco, por qué?

Mister Blay. Yo me entiendo.

María Pilar. ¡Siñor inglés, la Virgen del Pilar le pague su obra! ¡Esto que hace usté no se olvida nunca! ¡A mi hijico le hi de enseñar á bendecir su nombre!

Seña Manuela. ¡Ay, *mesiú, mosiú*, la Virgen de Regla lo acompañe á usté siempre!

Conchita. ¡La Virgen de la Esperansa le ha tocao á á usté en er corasón, señorito!

Ansúrez. ¡Eso es sé güeno! ¡Er Señó der Gran Podé no lo deje á usté nunca!

Medina. ¡Dichosos los ricos, que puén sacá de apuros á los pobres!

Gregorio. ¡Viva usté mil años, siñor! ¡Y yo que lo vea!

Mariano. ¡Usté nos salva, caballero! ¡Usté nos da la vida! ¡Si hay Dios en el cielo, satisfecho estará de ver lo que usté hace!

Gregorio. ¡Y si no lo hay, Él se lo pierde!

Pastora. ¿Estais contentos?

Mariano. ¡Qué preguntas tiene usté, Pastora! ¿No lo hímos de estar? ¿Es poca dicha encontrar en el mundo un tal caballero y pitar tos pa España esta tarde?

Pastora. Fingiendo tranquilidad. No, no: todos, no. Yo me quedo en Parí.

Mariano. ¿Que usté se queda?

María Pilar. ¿Que tú te quedas?

Señá Manuela. ¿Que se queda usté?

José Luis. ¿Que tú te quedas, dices?

Pastora. Sí, sí: me quedo.

Mister Blay. ¡Oh, sí! Se queda.

Silencio. Todos se miran consultándose.

Mariano. Saltando con resolución. Me paice á mí que no se queda.

Mister Blay. ¿Cómo?

Mariano. No, siñor, no: á no ser muy á gusto suyo, no se queda. Y la cara que tiene, no es de quedarse muy á gusto.

Pastora. Yo le diré á usté, Mariano...

Mariano. No me diga usté na, que aunque bruto, ya estoy al cabo de la calle.

Ansúrez. Güeno, pero...

Mariano. Usté se calla ahora.

María Pilar. No te precipites, hermano.

Mariano. Tú también te callas. Y se calla to el mundo. Y hablo yo solo.

Mister Blay. Vamos á ver lo que usted dice.

Mariano. Con usté va. Y me alegro que entienda usté el español, porque sería una lástima que no me comprendiera bien. Hay un murmullo como de censura y temor en los compañeros ¡Ya he dicho que se calle to el mundo! A Mister Blay. Esta mujer se queda en París haciendo un sacrificio, por salvarnos á los demás.

Mister Blay. Sí, señor; es muy cierto.

Mariano. Pues si es tan cierto, yo le juro á usté por mi madre, que no va por ahí el agua á la fuente Marcharnos tos á España contentos y dejala á ella aquí llorando, eso no pué ser. O ella se viene á España con nosotros, ó tos nos quedamos aquí con ella. Y cuenta que ella y yo andamos siempre de pelea: que si tu tierra, que si la mía; que si mi gente vale más que tu gente; que si las campanas de mi pueblo suenan mejor que las del tuyo. Pero ahora ¿quién se acuerda de esas niñerías? Ahora es otra cosa. Vamos, yo no me sé expresar, pero pa algo himos pasao las mismas penas, y pa algo himos nacido en la misma tierra, aunque ella sea de un barrio y yo del de enfrente. ¡Aquí no hay más barrio que España, contra! ¡O ella se viene á España con nosotros, ó tos nos quedamos aquí!

Mister Blay. Debo advertirle á usted...

Mariano. ¡O tos nos quedamos aquí, ó ella se viene á España con nosotros!

José Luis. Pero, comprenda usted, Mariano...

Mariano. ¡O ella se viene á España con nosotros, ó tos nos quedamos aquí! A un movimiento de algún compañero. ¡Y el que no esté conforme que lo diga, que ese sí que se queda en Francia pa siempre! Enseñando el puño cerrado. ¡Yo me encargo de ello!

Gregorio. Imitándolo. ¡Y yo con tú!

Señá Manuela. ¡Y nosotros también! ¿Qué se han figurao ustés con los puños? ¡Tos tenemos puños!

En el grupo de los desterrados estalla repentinamente gran algarabía, producida por las más vivas protestas de patriotismo.

Mister Blay. Silencio. ¡Silencio! Callan todos y escuchan. Acepto la lección que me ha dado este hombre, que es un hombre de corazón, y un patriota. Todos ustedes, sin excepción alguna, partirán esta tarde para su país.

Pastora. Mister Blay .. Dios se lo pague á usté.

Mister Blay. Todos, ¿eh? Ya está dicho. Todos. Y yo, por supuesto, detrás. Siguiendo á esta mujer, que me ha cautivado. A Mariano. Esto no me lo impide á mí, ni usted, ni Palafox.

Mariano. No, siñor; ni yo lo pretendo. Ese es otro cantar Lo que vale tiene muchos golosos... Y si le falté en algo...

Mister Blay. En nada. Tanto es así, que le ruego á usted que me consienta estrechar su mano.

Mariano. ¡Ahí va!

Mister Blay. Muchas gracias.

Se estrechan las manos.

Mariano. ¡Es usté fuerte!

Mister Blay. ¡Oh, pues usted no es flojo! —José Luis, pase luego por el Hotel, y recogerá cuanto les sea preciso á sus compatriotas. Me ha conmovido el arranque de este hombre.

José Luis. ¿De veras, mister Blay? ¿Qué es eso?

Mister Blay. Enjugándose una lagrima. ¡Oh! cada día que pasa me cuesta una lágrima. La de hoy ha sido para los españoles. Salud. Vase

Mariano. ¡Vaya usté con Dios!

María Pilar. ¡Dios le dé to el bien que merece!

José Luis. ¡Viva mister Blay!

Todos. ¡Vivaaaa!

Pastora. ¡Viva también don José Luis!

Todos. ¡Vivaaaa!

Estalla la alegría general: los unos cantan y bailan jotas, los otros tangos, y todos chillan que se las pelan.

Pastora. Usté nos ha sarvao. Usté ha sío nuestra Providensia.

José Luis. No sabes tú la satisfacción que yo tengo, Pastorilla.

María Pilar. Y ese hombre le compra á usté el cuadro: ese hombre es muy güeno. ¡Ay, siñor, me paice mentira!

Cruza Españita cantando por el jardín, en sentido contrario que antes.

José Luis. ¡Españita! ¡Ahí vuelve Españita!

María Pilar. ¡Lo que va á alegrarse cuando lo sepa!

Mariano. A Pastora, aparte. ¿Cuál es mejor tierra, Pastora: la tuya ó la mía?

Pastora. Dándole la mano. Las dos juntas, ¿no te parese?

Mariano. ¡Me paice!

Llega ESPAÑITA.

José Luis. ¡Españita!

Señá Manuela. ¡Señó Españita, nos vamos á España!

Pastora. ¡Mister Blay nos paga er viaje!

Españita. ¡Pues que sea enhoragüena! ¡Van ustés á cogé la vía poco á gusto!

Medina. ¡Como si to er camino fuea cuesta abajo! ¡Mi Girarda!

Españita. Yo no les encargo más sino que arguna que otra vez se acuerden de Españita, y que á tos los cursilones que les digan á ustés que nuestra tierra es la peó der mundo, les contesten que se vayan á otra cuarquiera, y que se casen ayí, como yo me he casao. ¡Y ya tienen bastante!

Mariano. No, siñor, no: á esos lo mejor será cantales esta coplica, que aunque paezca mentira la hi sacao yo. No sé si de la caeza ó de dónde, pero la hi sacao.

Música

Cantando.

Aquel que hable mal de España
un castigo ha de tener:
echarlo á una tierra extraña
y no dejarlo volver.

FIN

Fuenterrabía, Agosto, 1927.

OBRAS DE LOS MISMOS AUTORES

Esgrima y amor, juguete cómico. (2.ª edición.)

Belén, 12, principal, juguete cómico. (2.ª edición.)

Gilito, juguete cómico-lírico. Música del maestro Osuna. (2.ª edición.)

La media naranja, juguete cómico. (3.ª edición.)

El tío de la flauta, juguete cómico. (3.ª edición.)

El ojito derecho, entremés. (3.ª edición.)

La reja, comedia en un acto. (4.ª edición.)

La buena sombra, sainete en tres cuadros, con música del maestro Brull. (6.ª edición)

El peregrino, zarzuela cómica en un acto. Música del maestro Gómez Zarzuela. (2.ª edición.)

La vida íntima, comedia en dos actos. (3.ª edición.)

Los borrachos, sainete en cuatro cuadros, con música del maestro Giménez. (3.ª edición.)

El chiquillo, entremés. (6.ª edición.)

Las casas de cartón, juguete cómico. (2.ª edición.)

El traje de luces, sainete en tres cuadros, con música de los maestros Caballero y Hermoso. (2.ª edición.)

El patio, comedia en dos actos. (4.ª edición.)

El motete, pasillo con música del maestro José Serrano. (2.ª edición.)

El estreno, zarzuela cómica en tres cuadros. Música del maestro Chapí.

Los Galeotes, comedia en cuatro actos. (3.ª edición.) Traducida al italiano con el título de *I Galeoti* por Giuseppe Paolo Pacchierotti.

La pena, drama en dos cuadros. (2.ª edición.) Traducido al italiano con el mismo título por Giuseppe Paolo Pacchierotti.

La azotea, comedia en un acto. (2.ª edición.)

El género ínfimo, pasillo con música de los maestros Valverde (hijo) y Barrera.

El nido, comedia en dos actos. (3.ª edición.) Traducida al catalán con el título de *Un niu* por Joaquín María de Nadal.

Las flores, comedia en tres actos. (2.ª edición.) Traducida al italiano con el título de *I fiori* por Giuseppe Paolo Pacchierotti.

Los piropos, entremés.

El flechazo, entremés. (2.ª edición.)

El amor en el teatro, capricho literario en cinco cuadros, prólogo y epílogo. (2.ª edición.)

Abanicos y panderetas ó ¡A Sevilla en el botijo! humorada satírica en tres cuadros, con música del maestro Chapí.

La dicha ajena, comedia en tres actos y un prólogo. (2.ª edición.) Traducida al alemán con el título de *Das fremde Glück* por J. Gustavo Rohde.

Pepita Reyes, comedia en dos actos. (2.ª edición.)

Los meritorios, pasillo.

La zahorí, entremés.

La reina mora, sainete en tres cuadros, con música del maestro José Serrano. (2.ª edición)

Zaragatas, sainete en dos cuadros.

La zagala, comedia en cuatro actos.

La casa de García, comedia en tres actos.

La contrata, apropósito.

El amor que pasa, comedia en dos actos. (2.ª edición.) Traducida al italiano con el título de *L'amore che passa* por Giuseppe Paolo Pacchierotti.

El mal de amores, sainete con música del maestro José Serrano.

El nuevo servidor, humorada.

Mañana de sol, paso de comedia. Traducido al alemán con el título de *Ein sonniger Morgen* por Mary v. Haken.

Fea y con gracia, pasillo con música del maestro Turina.

La aventura de los galeotes, adaptación escénica de un capítulo del *Quijote.*

La musa loca, comedia en tres actos.

La pitanza, entremés.

El amor en solfa, capricho literario en cuatro cuadros y un prólogo, con música de los maestros Chapí y Serrano.

Los chorros del oro, entremés.

Morritos, entremés.

Amor á oscuras, paso de comedia.

La mala sombra, sainete con música del maestro José Serrano. (2.ª edición.)

El genio alegre, comedia en tres actos. (2.ª edición.) Traducida al italiano con el título de *Anima allegra* por Juan Fabré y Oliver y Luigi Motta.

El niño prodigio, comedia en dos actos.

Nanita, nana... entremés con música del maestro José Serrano.

La zancadilla, entremés.

La bella Lucerito, entremés con música del maestro Saco del Valle.

La patria chica, zarzuela en un acto. Música del maestro Chapí. (2.ª edición.)

La vida que vuelve, comedia en dos actos.

A la luz de la luna, paso de comedia.

La escondida senda, comedia en dos actos.

El agua milagrosa, paso de comedia.

Las buñoleras, entremés.

Las de Caín, comedia en tres actos.

Las mil maravillas, zarzuela cómica en cuatro actos y un prólogo. Música del maestro Chapí.

Sangre gorda, entremés.

Amores y amoríos, comedia en cuatro actos.

El patinillo, sainete con música del maestro Gerónimo Giménez.

Doña Clarines, comedia en dos actos. Traducida al italiano con el título de *Siora Chiareta* por Giulio de Frenzi.

El centenario, comedia en tres actos.

La muela del Rey Farfán, zarzuela infantil, cómico-fantástica. Música del maestro Amadeo Vives.

Herida de muerte, paso de comedia.

El último capítulo, paso de comedia.

Pompas y honores, capricho literario en verso por *El diablo cojuelo.*

La madrecita, novela publicada en *El cuento semanal.*

LS
A4738
1899

Álvarez Quintero, Serafín (and Álvarez Quintero, Joaquín)
[Teatro]. (1899-1911) Vol.3.

458828

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
LOWE-MARTIN CO. LIMITED